OJO DE DIAMANTE

KATE QUINN

De la autora superventas de LA RED DE ALICE y EL CÓDIGO ROSA

HarperCollins


OJO
DE
DIAMANTE
KATE QUINN
De la autora superventas de LA RED DE ALICE y EL CÓDIGO ROSA
HarperCollins

OJO DE DIAMANTE

La novela basada en la increíble vida de Mila Pavlichenko, la heroína ucraniana más famosa de todos los tiempos.

KATE QUINN

De la autora superventas de LA RED DE ALICE y EL CÓDIGO ROSA

HarperCollins
Narrativa histórica

OJO DE DIAMANTE

KATE QUINN

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

Ojo de diamante

Título original: The Diamond Eye © 2022, Kate Quinn

© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

© De la traducción del inglés, Victoria León

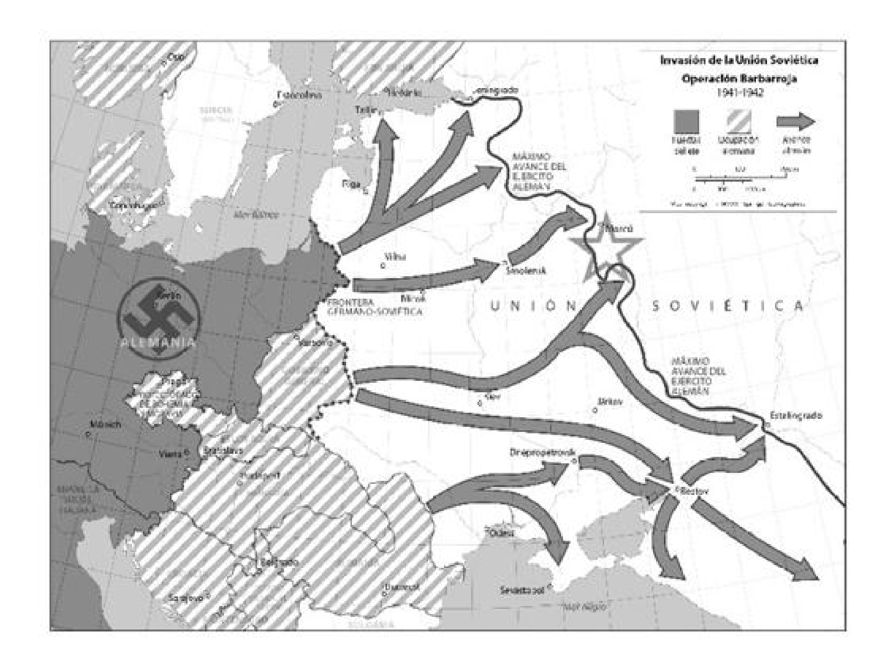
Diseño de cubierta: Elsie Lyons Imágenes de cubierta: © Elisabeth

Ansley/Trevillion Images (mujer); © Andrei Cosma/Trevillion Images (bosque); © Shutterstock

I.S.B.N.: 9788410640108

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice


Invasión de la Unión Soviética
Operación Barbarroja
1941-1942
Estocolmo
Tallin
Leningrado
Riga
Mar Báltico
MÁXIMO AVANCE DEL EJÉRCITO ALEMÁN
Vilna
Smolensk
Minsk
FRONTERA GERMANO-SOVIÉTICA
U N I Ó N   S O V I É T I C A
ALEMANIA
Múnich
Viena
Bratislava
MÁXIMO AVANCE DEL EJÉRCITO ALEMÁN
Járkov
Estalingrado
Dnepropetrovsk
Rostov
Odesa
Belgrado
Sarajevo
Sebastopol

A todos los escritores que lograron dar a luz un libro durante el confinamiento del COVID-19; a todos los creadores que lograron hacer arte en medio de una pandemia.

¿Verdad que no fue fácil?

En el verano de 1942, mientras el mundo estaba inmerso en librar una guerra contra Hitler, una mujer cruzó el mar desde la Unión Soviética hasta los Estados Unidos.

Fue una madre soltera con formación universitaria y una bibliotecaria investigadora. Y fue también una soldado, una heroína de guerra y una francotiradora con 309 muertes a sus espaldas.

Fue una diplomática rusa mimada por los Estados Unidos e íntima amiga de Eleanor Roosevelt.

Su historia es increíble. Su historia es real.

Les presentamos a Lady Muerte.

Prólogo

27 de agosto de 1942

Washington D.C.

Allí estaba él, con un bolsillo lleno de diamantes y un corazón lleno de muerte, viendo a una francotiradora rusa estrechar la mano de la primera dama de los Estados Unidos.

—¿Quién ha oído hablar alguna vez de una francotiradora? —escuchó gruñir el francotirador a un fotógrafo que estaba tras él inclinándose para ver a la joven que acababa de bajar de la limusina de la embajada.

Ella pareció retraerse ante aquel fuego a discreción de flashes de las cámaras, apartando la mirada y subiendo en medio de una falange de escoltas soviéticos los escalones de la Casa Blanca. El fotógrafo resopló con sorna.

—Yo digo que es un fraude.

«Pero no nos hemos resistido a venir a verla», pensó el francotirador haciendo girar distraídamente su falso pase de prensa.

Una delegación de la Unión Soviética que acudía a aquel congreso internacional de estudiantes que era el último proyecto benéfico de Eleanor Roosevelt ni habría merecido más que unas pocas líneas en la prensa ni, desde luego, habría sacado bruscamente de la cama antes del amanecer a un montón de periodistas y fotógrafos para ir, pluma en mano, a las puertas de la Casa Blanca, de no ser por aquella joven con su impecable uniforme de color verde militar.

—Dicen que ha causado setenta y cinco bajas en el frente ruso —se admiraba un periodista del Washington Post mientras repasaba sus notas.

—Pensaba que habían sido más de cien…

—Más —dijo el francotirador con la lenta pronunciación de Tidewater, Virginia, que había adquirido de niño.

Desde entonces había pulido sus suaves vocales sureñas en un acento de la costa atlántica que podría ser de cualquier sitio, pero a menudo dejaba que Virginia se deslizara en su entonación dependiendo de con quién estuviera hablando. La gente confiaba en el acento sureño, y enseguida confiaba en el francotirador: un hombre de aspecto relajado, mediana estatura, cabello a mitad de camino entre castaño y rubio, rostro afilado y ojos marrones, que solía hacer tintinear un montón de diamantes en bruto en el bolsillo de su pantalón. No le gustaban los bancos; así que todo aquel que contrataba sus servicios le pagaba en metálico, y él enseguida convertía el pago en joyas. Más ligeras que el dinero y más fáciles de esconder —igual que las balas—. Tenía treinta y ocho años y llevaba diecinueve en activo y más de treinta objetivos a sus espaldas. Sumaban muchos diamantes y muchas balas en total.

—¿Cómo puede una muchacha como ella haber matado a más de cien nazis? —se preguntaba un columnista a su lado sin perder de vista a la mujer rusa que, en las escalinatas de la entrada a la Casa Blanca, permanecía a un lado entre un grupo de diplomáticos de traje oscuro mientras la primera dama recibía al resto de la delegación soviética—. ¿No era bibliotecaria, maestra de escuela o algo parecido?

—Parece que esos rusos admiten mujeres en su ejército…

«En sus batallones médicos», tal vez, pensó el francotirador. «Pero ni siquiera los rojos convierten a las mujeres en francotiradoras».

Sin embargo, allí había ido él para comprobarlo por sí mismo, ¿no era así? Con el propósito de echar un vistazo a la mujer cuya escasa biografía ya se sabía de memoria: Liudmila Pavlichenko; veintiséis años, estudiante de cuarto curso de Historia en la Universidad Estatal de Kiev y ayudante sénior de investigación en la Biblioteca Pública de Odesa —antes de la guerra—. Tras la guerra, se había pasado trece meses ininterrumpidos combatiendo al ejército de Hitler en el frente ruso. Su apodo: Lady Muerte.

—Maldita sea, ¿cuántos muertos llevaba? —seguía buscando entre sus notas el periodista del Washington Post—. ¿Eran más de doscientos?

«Trescientos nueve», pensó el francotirador, que, sin embargo, no se creía una palabra. Aquella pequeña bibliotecaria/maestra de escuela no era una experta asesina. Era un caballito que solo sabía un truquito

atiborrado de propaganda soviética y escogido a conciencia para formar parte de la delegación estudiantil, y el francotirador podía ver por qué. Tenía delante a una hermosa morena de ojos bonitos y oscuros y rostro fotogénico sobre el condecorado uniforme que no tenía de nada del monstruo hombruno que los estadounidenses habrían esperado de una soldado rusa. Los soviéticos necesitaban la ayuda de los Estados Unidos; necesitaban cobertura positiva de la prensa para aquella delegación en suelo americano, y con ese propósito habían escogido a los candidatos más atractivos que habían sido capaces de encontrar. Y, para que destacara entre todos, a aquella joven francotiradora que parecía tan pequeña y encantadora junto a la alta y huesuda zorra de Eleanor Roosevelt.

—Celebramos que hayan llegado bien a los Estados Unidos. —La prensa se apiñó para oír más de cerca la voz cultivada entre pañales de seda de la primera dama mientras se dirigía a la delegación soviética y para ver el brillo de sus dientes de caballo—. En nombre de mi esposo, el presidente, sean bienvenidos a la Casa Blanca. Él espera reunirse con todos ustedes más tarde, y los invita a pasar sus primeros días en la capital de los Estados Unidos bajo nuestro techo. Son ustedes algunos de los primeros huéspedes soviéticos que se alojan en la Casa Blanca, y es este un momento histórico para la amistad entre nuestras naciones.

Empezó a hacer pasar a los rusos, y eso fue todo. No eran ni las seis y media todavía, y el sol apenas había sonrojado aún los cielos sobre la capital cuando la jauría de periodistas y fotógrafos y un solitario asesino inofensivo empezaron a dispersarse.

—Nunca pensé ver el día en que una francotiradora rusa fuera bienvenida en la Casa Blanca —gruñó un columnista canoso—. FDR se arrepentirá.

«No vivirá para hacerlo», pensó el francotirador con los ojos aún fijos en la bonita cabeza morena de Mila Pavlichenko mientras esta seguía a la primera dama hacia las puertas de la Casa Blanca. «Dentro de nueve días —el último día del congreso internacional— el presidente Roosevelt estará muerto».

—Ya estoy viendo los titulares —murmuró el reportero del Washington Post mientras garabateaba en su libreta—. «Francotiradora rusa recibe cálida bienvenida en la Casa Blanca».

El francotirador sonrió, haciendo tintinear de nuevo su bolsillo lleno de diamantes. ¡Dentro de diez días, lo que exclamarían todos los

titulares sería FRANCOTIRADORA RUSA ASESINA A FDR!

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

El presidente se disponía a recibir conmigo a la delegación soviética, pero sufrió una caída esta mañana. Yo acababa de entrar tras llamar a la puerta con un paquete de memorandos e informes que él debía leer cuando vi al ayuda de cámara perder el agarre de mi esposo mientras lo levantaba de la cama. Franklin cayó con un fuerte golpe sobre la alfombra del dormitorio. De haber ocurrido esto en público, habría estallado en carcajadas como si todo hubiera consistido en una broma, una caída intencional a lo Charlie Chaplin, y se habría levantado haciendo algún chiste tranquilizador y cordial. Pero, al tratarse de su habitación, se permitió torcer el rostro de dolor. Siempre tengo la sensación de que debo apartar la mirada en esos momentos, ver cómo la orgullosa fachada del presidente Franklin D. Roosevelt se resquebraja de frustración en respuesta a las muestras de debilidad de su cuerpo parece una violación.

Tranquilizo a Franklin cuando vuelve a incorporarse, le digo que desayune cuando le apetezca y me ofrezco a recibir a la delegación soviética yo sola. El presidente ya tiene una agenda lo bastante llena; al menos, puedo ocuparme de esta primera tarea. Percibo la gratitud, aunque él bromee sobre su caída. «Mejor aquí que ahí fuera donde lo hubieran visto todos esos chacales». «No se habrían atrevido a celebrarlo», le digo bromeando. «Pero habrían rezado para que no me levantara», responde.

Algo en su tono me inquieta, pero ya ha echado mano de la prensa matinal y se prepara para el día que tiene por delante. Ante el mundo, parece invencible: una voz llena de una confianza de oro que sale de la radio lenta y densa como la miel, un perfil que recuerda a la proa de un barco surcando el mundo con una boquilla de cigarrillo sobresaliente en lugar de un bauprés. Solo unos pocos son conscientes de la voluntad de acero que mantiene en pie su fachada, que hace que su cuerpo siga en movimiento y que mantiene a raya a sus enemigos.

Yo confío, mientras salgo a la luz de la mañana para recibir a la delegación soviética —ese bloque de hombres con traje negro inescrutable y una inesperada joven de mirada seria que dicen que es una francotiradora—, en que sea suficiente.

Cinco años antes

Noviembre de 1937

Kiev, Unión Soviética

MILA

Capítulo 1

Yo aún no era soldado. Aún no estábamos en guerra. Y aún me resultaba inconcebible arrebatar una vida. No era más que una madre de veintiún años aterrorizada. Cuando se es madre, el pánico puede engullirte en un abrir y cerrar de ojos. Todo cuanto se necesita es ese instante en el que tus ojos recorren una habitación en busca de tu hijo y no lo encuentran.

—Pero, Mila —empezó a decir mi madre—. No te enfades…

—¿Dónde está Slavka?

Aún no me había quitado los guantes ni el abrigo espolvoreado de nieve, y el corazón ya me había dado un vuelco. Allí estaba, en el suelo del apartamento, la fábrica de bloques a medio construir de mi hijo, allí estaba la pequeña pila de sus libros manoseados, pero no había ningún robusto niño de cinco años con cabello oscuro.

—Su padre pasó por aquí. Sabía que había faltado a la cita…

—Muy amable reconocerlo, por parte de Alexéi —dije apretando los dientes.

Era la segunda cita que habíamos fijado para finalizar nuestro divorcio; la segunda cita a la que mi esposo había faltado. Por dos veces me había llevado meses ahorrar los cincuenta rublos de la provisión de fondos; semanas para obtener una cita en la oficina colapsada de trámites atrasados; después, horas de espera en un pasillo frío y mal ventilado, aguzando la vista para tratar de distinguir la dorada cabeza de mi esposo…, y todo para nada. La rabia se encendió en lo hondo de mi estómago. ¡Cualquier ciudadano soviético ya tenía que malgastar tiempo suficiente haciendo colas!

Mi madre se limpió las manos en el delantal, suplicando con sus grandes ojos oscuros.

—Lo sentía mucho, malyshka. Quería llevarse a Slavka a tomar algo. Apenas ha visto al niño en estos últimos años, su propio hijo…

«¿Quién tenía la culpa de eso?», quise replicar. No era yo la que estaba manteniendo a nuestro hijo fuera de la vida de Alexéi. Mi esposo era quien había decidido, solo un par de meses después de haberle puesto a nuestro hijo el nombre de Rostislav Pavlichenko, que el matrimonio y la paternidad en realidad no eran lo suyo. Pero el rostro amable y hermoso de mi madre parecía esperanzado, y me mordí la lengua. La voz de mi madre era dulce.

—Quizá haya una razón para que siga faltando a esas citas.

—Claro que la hay —respondí—. Hacerme bailar a su son.

—Quizá lo que en realidad espera es que os reconciliéis.

—Mamá, otra vez no…

—Es médico, Mila. El mejor cirujano de Ucrania, decías…

—Lo es, pero…

—Un hombre en ascenso. Habitaciones propias en lugar de un apartamento comunal, un buen salario, un miembro del Partido. No son cosas que debas desaprovechar.

Mi madre se lanzó a la vieja discusión. Ella no había aprobado la manera en que Alexéi y yo empezamos; dijo que todo había sido demasiado rápido y que él era demasiado mayor para mí, y tenía razón, pero también me quería a salvo, y que no pasara frío ni hambre.

—Siempre has dicho que no bebía, y que jamás te pegó —continuó entonces—. Tal vez no sea el hombre con el que habías soñado, pero la esposa de un cirujano nunca tendrá que esperar en una cola del pan, y tampoco sus hijos. Tú no recuerdas los años del hambre porque eras demasiado pequeña…, pero no hay nada que una mujer no sea capaz de soportar para dar de comer a sus hijos.

Miré mis guantes desgastados. No decían que ella estuviera equivocada; yo lo sabía. Pero también sabía que una parte de mí tenía miedo de dejar a mi pequeño hijo a solas con su padre.

—Mamá, ¿a dónde han ido?

El campo de tiro no era grande, un simple almacén adaptado: rejas en

las ventanas, una pequeña armería, una línea de escudos de madera con dianas, hombres que formaban una línea de fuego con los pies apuntalados y las pistolas levantadas o tumbados bocabajo para disparar con fusiles… y en el medio, un hombre alto y rubio con un niño: Alexéi Pavlichenko y el pequeño Rostislav Alexéivich. El estómago me dio un vuelco de alivio.

—Todos los hombres deberían aprender a disparar —pude oír que estaba diciéndole Alexéi a nuestro hijo cuando me acerqué.

Enseñaba a Slavka a sostener un fusil demasiado grande para él, y su voz tenía aquella cadencia expansiva que tan bien recordaba. No había nada que a mi esposo le gustara más que explicar cosas a gente que sabía menos que él.

—Aunque hacen falta cualidades innatas para ser un verdadero experto, por supuesto.

—¿Qué clase de habilidades, papá? —Slavka miraba con los ojos como platos a aquel dorado extraño que apenas conocía.

Un hombre que había salido de su vida sin mirar atrás cuando él solo llevaba seis semanas en el mundo.

—Paciencia. Un buen ojo. Una mano firme y una forma precisa de sentir la herramienta que empuña. Por eso tu papá tiene tan buena puntería: es el pulso del cirujano.

Alexéi desplegó una sonrisa y los ojos de Slavka se abrieron aún más.

—Ahora inténtalo tú…

—Slavka —llamé mientras me dirigía hacia la línea de fuego cuidándome de mantenerme por detrás de los tiradores—, devuelve ese fusil ahora mismo. Eres demasiado pequeño para sostener armas tan grandes.

Slavka se sobresaltó, sintiéndose culpable, pero Alexéi no pareció sorprendido de verme ni de mi semblante tormentoso.

—¿Qué tal? —dijo tranquilamente, apartándose un mechón de pelo rubio de su frente altiva. Su cabeza se alzó imponente sobre mí: treinta y seis años, dorado y esbelto, mostrando su blanca dentadura en una sonrisa relajada—. Estás preciosa, kroshka.

No me molesté en pedirle que no me llamara así —él ya sabía que me

sacaba de quicio—. Durante casi una semana de matrimonio, me había parecido adorable que me llamara su miguita de pan —«por la cosita tan linda que eres, Mila»—, pero no me llevó demasiado tiempo darme cuenta de que una miga de pan era algo que podía acabar fácilmente en el cubo de la basura. Un desperdicio.

—No deberías haberte llevado a Slavka sin decírmelo —dije, en lugar de eso, lo más serenamente posible.

El miedo seguía latiendo dentro de mí, incluso teniendo a mi hijo sano y salvo a la vista. No pensaba de verdad que Alexéi hubiera intentado llevarse a mi hijo, pero se oía hablar de ese tipo de cosas. En la fábrica donde yo había trabajado cuando Slavka era un bebé, una de las torneras había llorado de rabia cuando su exmarido cogió a su hija en el colegio y se la llevó a Leningrado sin avisar. Nunca recuperó a la niña; su esposo tenía en el bolsillo a demasiados amigos del Partido. Esas cosas ocurrían.

—Relájate, Mila. —Alexéi agrandó su sonrisa, y ese fue el momento en que el miedo que yo llevaba dentro del estómago se convirtió en furia. Él sabía cuándo estaba asustada; lo sabía, y lo disfrutaba a conciencia —. ¿Quién va a enseñar a un muchacho a disparar si no lo hace su padre?

—Yo sé disparar, yo…

—Bueno, ya no importa. —Otra mirada burlona—. Ahora estás aquí. ¡Ya has venido a estropearnos la diversión!

Lo vi hacer un guiño por encima de mi cabeza a algún amigo que estaba tras de mí. «¡Mujeres!». Eso era lo que decía aquel guiño. «Siempre estropeándole al hombre la diversión, ¿no?». Yo me mantuve ocupada quitándome los guantes y zafándome de mi abrigo de invierno, consciente de que era la única mujer en la línea de fuego. Las mujeres se quedaban atrás, aplaudiendo cuando sus hermanos, novios o esposos acertaban el tiro. Empezando por Lenin, todos los hombres soviéticos habían presumido siempre de las mujeres que permanecían codo con codo junto a los hombres en cualquier ámbito que la sociedad tuviera que ofrecerles, pero cuando se trataba de atender a los hijos, fregar los platos o aplaudir, yo nunca había dejado de ver que eran manos femeninas las que hacían la mayor parte de esas labores. Y no es que yo cuestionara tal cosa en exceso: simplemente, así eran las cosas y así habían sido desde siempre.

—¿Mamochka? —Slavka levantaba la vista ansiosamente hacia mí.

—Suelta el arma, por favor —le dije tranquilamente mientras con una mano le acariciaba el pelo para dejarle claro que no estaba enfadada con él—. Eres demasiado pequeño para un fusil de ese tamaño.

—No, no lo es —se burló Alexéi tomando el arma—. Si sigues mimándolo así, nunca lo convertirás en un hombre. Observa cómo lo cargo, Slavka…

Las manos de Alexéi se movían rápidamente mientras cargaba el TOZ-8. Fueron sus manos lo primero en lo que me fijé cuando lo vi en aquel baile —aquellas manos de largos dedos y movimientos precisos de cirujano que actuaban con perfecta habilidad y concentración—. «¿Es que no sabes decir que no en cuanto un hombre alto y rubio te sonríe?», había refunfuñado mi madre al saber que yo estaba embarazada. Pero no había sido la estatura, tampoco el encanto, ni siquiera las manos de Alexéi Pavlichenko las que me habían llevado a sus brazos. Había sido su habilidad, su concentración, su energía —que lo hacían tan diferente de los chicos de mi edad, todo bromas y conversación intrascendente—. Alexéi no era un chico, era un hombre que pasaba de los treinta y sabía lo que quería —y para aquello que quería, se preparaba; y aquello que se proponía lo conseguía—. Vi eso en él la primera noche, joven y sonriente, con mi vestido ligero de color violeta. Apenas quince años.

Fui madre nueve meses después.

Mandé a Slavka a colgar mi abrigo al fondo de la habitación, y entonces me volví hacia Alexéi, esforzándome por mantener una voz serena.

—Faltaste a la cita. —No quería levantar la voz, pues eso solo lo habría divertido—. Estuve esperando casi tres horas.

Él se encogió de hombros.

—Se me fue de la cabeza. Soy un hombre ocupado, kroshka.

—Sabes que hace falta que acudamos los dos para finalizar el divorcio. Tú no quieres seguir casado conmigo, Alexéi, ¿por qué no te presentas, entonces?

—Te lo compensaré —dijo despreocupadamente, y uno de sus amigos, que estaba más abajo en la línea, soltó una risita al ver mi cara.

—¡Ella no quiere que se lo compenses!

Una carcajada se propagó a mi espalda, y alguien murmuró: «Yo dejaré que ella me lo compense a mí».

Alexéi sonrió burlonamente por encima de mi cabeza.

—Concertaré otra cita para finalizar el divorcio —dije con la máxima frialdad de la que fui capaz—. Solo con que te dignes a hacer acto de presencia, todo habrá acabado en cuestión de minutos.

No me gustaba el desbarajuste en el que yo había convertido mi vida: madre a los quince, separada pocos meses después, y prácticamente divorciada a los veintiuno; pero era mejor divorciarse que seguir separada en aquel limbo que duraba seis años, ni casada ni soltera.

—Ay, no te enfurruñes, Mila. Ya sabes que me gusta bromear.

Alexéi me dio un pellizco juguetón en las costillas. Solo que ese pellizco me dolió a través de la blusa de lana.

—Te veo muy bien. Radiante, casi… Quizá hay alguna razón por la que quieres este divorcio. ¿Se trata de otro hombre?

Seguía bromeando, su tono seguía siendo intrascendente, pero había un filo oculto en sus palabras. En realidad, ya no me quería, pero tampoco le gustaba la idea de que alguien pudiera quererme. Y, mucho menos, conseguirme.

—No hay nadie —dije.

Aunque lo hubiera habido, no se lo habría dicho a él; pero no lo había. Entre las clases en la universidad, estudiar, las reuniones del Komsomol y cuidar de Slavka, tenía que arreglármelas con cinco horas de sueño durante la noche. ¿De dónde iba a sacar el tiempo para un hombre nuevo en mi vida?

Alexéi le dio vuelta al fusil entre sus manos sin dejar de mirarme.

—Estás ya en el tercer año de carrera, ¿no?

—El segundo.

Al Departamento de Historia de la Universidad de Kiev y a mi carné de estudiante había llegado con gran esfuerzo, estudiando de noche mientras hacía turnos como tornera en la fábrica de munición de Kiev. Por esa época había estado durmiendo solo cuatro horas de noche, pero había merecido la pena. Todo por Slavka, por su futuro y el mío.

—Alexéi, si consigo otra cita…

—¡Alexéi! —llamó alguien desde más abajo de la línea de fuego, examinándome rápidamente—. ¿Esta es tu mujercita?

Mi marido me puso el brazo por encima estrechándome con un rápido achuchón.

—Dile lo buen tirador que soy, Seryozha. Ya no consigo impresionarla. Lo propio de una esposa, ¿no?

Alexéi vio la expresión de mi rostro y se inclinó para frotarme la nariz con la suya.

—Solo estaba bromeando, kroshka, no te enfades.

—¡Tu hombre es bueno! ¡Mira de lo que es capaz con el TOZ-8!

—Solo es un simple fusil de un solo disparo —me dijo Alexéi mientras yo escapaba de su brazo—. Lo llamamos el Melkashka.

—Sé cómo lo llaman. —Yo no era una experta, pero había estado en el campo de tiro con el club de la fábrica; algo sabía sobre armas de fuego—. TOZ-8, apto para disparar a entre 120 y 180 metros de distancia del objetivo.

—TOZ-8, velocidad de 320 metros por segundo, apto para disparar a entre 120 y 180 metros de distancia del objetivo —dijo Alexéi sin escuchar—. Aquí está el cerrojo deslizante…

—Lo sé. Lo he manejado…

Levantó el fusil entonces, apuntó cuidadosamente y se oyó el disparo.

—¿Lo ves? Casi en el centro exacto.

Me mordí la lengua hasta hacerme daño. Quise darme la vuelta, coger a mi hijo y largarme de allí, pero Slavka se había entretenido junto al perchero de los abrigos, escuchando a dos hombres que mantenían alguna acalorada discusión política, y yo no quería irme sin algún tipo de garantía. Una garantía de que, en la próxima cita que fijara para finalizar nuestro divorcio, Alexéi estaría.

—No solías pasar mucho tiempo en el campo de tiro. ¿Qué te ha hecho querer ser tan bueno? —logré sacar de mi voz una nota de reticente admiración por su destreza como tirador—. Eres cirujano; sabes lo que pasa con los músculos y órganos que reciben una bala.

Solías hablarme de las operaciones de reparación de ese tipo de heridas.

—¿Es que no sabes que pronto habrá una guerra? —dijo volviendo a cargar el Melkashka—. Cuando llegue ese día, se necesitará un arma en cada mano.

—No en las tuyas. —Hasta donde podía recordar, mi padre siempre había movido la cabeza diciendo eso mismo de «un día habrá una guerra», pero todavía no había ocurrido—. Si la guerra llega, tú no vas a ser un soldado.

Mi esposo frunció el ceño.

—¿No me crees capaz?

—Quiero decir que un cirujano como tú es demasiado valioso para desperdiciarlo en el frente —me apresuré a decir, reconociendo mi error. Llevaba tanto tiempo separada de Alexéi que había olvidado cómo halagar su orgullo—. Tú estarás dirigiendo un hospital de campaña, no apretando el gatillo cuando te lo ordenen igual que un mono ciego.

Su ceño volvió a relajarse y levantó el fusil.

—Un hombre ve oportunidades en la guerra, Mila. Oportunidades que no se le presentan en la vida ordinaria. Yo quiero estar preparado.

Disparó de nuevo, casi rozando el centro de la diana.

—Buen tiro, papá —dijo Slavka sin aliento, corriendo de vuelta.

Alexéi se pasó la mano por el pelo. Había dos muchachas mirando al fondo, enrollándose sus rizos alrededor de los dedos, y tal vez mi marido vio su admiración, porque se agachó junto a su hijo para decirle:

—Deja que te enseñe algo.

Aquello fue lo primero que me dijo a mí. A la pequeña Mila Belova, que acababa de cumplir quince años y había recorrido feliz un gélido salón de baile, embelesada por la música, riendo y con su vestido violeta arremolinado alrededor de las piernas. Yo estaba bailando con una amiga, mientras las dos observábamos a los muchachos que pasaban, y entonces empezó a sonar una canción más lenta, más formal…, y un hombre alto e imponente me apartó hábilmente de mi

amiga introduciéndome en la curva de su brazo al tiempo que me decía: «Deja que te enseñe algo…». Luego extendió su abrigo sobre la hierba cuando salimos del baile para que yo me sentara, y me contó que algún día quería ser un gran hombre. «Conseguiré que el nombre de Pavlichenko resuene de Moscú a Vladivostok». Sonrió para darme a entender que bromeaba, pero yo sabía que no era así. No de verdad.

—Ya lo estoy viendo —respondí entre risas—. ¡Alexéi Pavlichenko, Héroe de la Unión Soviética!

Resplandecía de ambición, brillaba tanto que me deslumbraba. Mirándolo ahora en la penumbra invernal del campo de tiro, al recordar cómo me había tomado de la mano poco después y la había guiado mientras susurraba aquel «Deja que te enseñe algo…». Bueno. Aún podía admirar el fuego de su ambición, y, por mucha aversión que me produjera él, no era capaz de evitar incluso una chispa de aquel viejo deslumbramiento.

—No, no —le estaba diciendo Alexéi a Slavka, con impaciencia en su voz—. No dejes que la culata caiga, pégala bien al hombro…

—Es demasiado pequeño —dije tranquilamente—. No alcanza.

—Tiene siete años y puede sostener un fusil como un hombre…

—Tiene cinco.

—Levanta la cabeza, Slavka, no seas un bebé. ¡No te encojas! —gritó.

—Lo siento, papá. —Mi hijo luchaba por sostener el pesado fusil de abedul, esforzándose por complacer a aquel padre deslumbrante al que apenas había visto nunca—. ¿Así?

Alexéi rio.

—Mírate, asustadizo como un conejo. —Puso su dedo sobre el dedo rollizo de Slavka en el gatillo y apretó. Mi hijo dio un paso atrás por el retroceso, y Alexéi volvió a reír—. ¿No te asustará una pequeña explosión, no?

—Ya basta. —Cogí el fusil y atraje a Slavka hacia mi costado—. Alexéi, Slavka y yo nos vamos ya. Y, si concierto otra cita para finalizar nuestro divorcio, ten la amabilidad de presentarte.

Hablé demasiado bruscamente. Tendría que haber sido más suave y haber dicho «Por favor, ven» o «¿Vendrás?». La cauta búsqueda de

palabras de una mujer que va con pies de plomo junto a un hombre que tiene el control de la situación y podría usarlo para atacarla; no existe poeta que haya sufrido más en la cuidadosa elaboración de una frase.

Los ojos de Alexéi adoptaron un brillo de dureza.

—Tendrías que estar dándome las gracias, kroshka. ¿Quién más que yo va a convertir a este cachorrito tuyo en un hombre? —Bajó la mirada hacia Slavka—. Me acuerdo de cuando era un bebé y volvía a casa después de doce horas de quirófano para encontrarme que seguía despierto y llorando. «No se duerme», no dejabas de gimotear, «No se duerme». No se parece a mí, que puedo dormir en cualquier sitio. —Alexéi volvió a mirarme y bajó la voz casi hasta un murmullo—. ¿Qué me dice eso, Mila?

—No sé qué quieres decir. —Sentía a Slavka temblar apretándose contra mi costado, confundido y nervioso.

Estaba segura de que quería su tren de juguete, el apartamento estrecho pero acogedor de su abuela, el brillo del samovar, la mermelada que ella le ofrecía en un cucharón. Yo solo quería sacarlo de allí, e iba a devolverle a Alexéi el Melkashka para marcharme, pero sus palabras me detuvieron.

—Este niño no duerme como yo; eso es todo. No tiene mi pelo ni mis ojos… —Alexéi se encogió de hombros, aún hablando en voz baja—. Un hombre se hace preguntas sobre un niño como este.

—Se parece a mi padre —respondí con frialdad.

—Se parece a alguien. —Alexéi hundió las manos en sus bolsillos con aire despreocupado—. Quizá por eso quieres librarte de mí, Mila. No hay un hombre nuevo en tu vida; quizá haya uno que estuvo en ella antes de que nos conociéramos…

—Ve a por mi abrigo, morzhik —lo interrumpí bruscamente al tiempo que mandaba a Slavka al fondo de la sala con un pequeño empujón.

—Porque yo miro a ese niño que lleva mi apellido y me hago preguntas. —Alexéi observó a nuestro hijo, nuestro, dirigirse inseguro hacia la fila de percheros—. De verdad me las hago.

Aún tenía el Melkashka en las manos, la madera de abedul aún pegajosa por el sudor de los dedos nerviosos de Slavka. Sentí que mis uñas se clavaban en la madera y quise hundirlas también en el rostro

de altos pómulos de Alexéi. Quería gritar que no había habido nadie antes de él y que él lo sabía, porque había salido directamente del colegio para ir a su cama a parir a su bebé. Pero sabía que en el momento en que atacara con esas palabras a mi esposo él me tomaría de la cintura de una manera solo ligeramente demasiado brusca y riéndose. «¡Mujeres! ¡Siempre con sus berrinches!».

—¡Vaya cara que has puesto! —Alexéi movió la cabeza con una sonrisa burlona—. ¡Kroshka, era una broma! ¿Es que no sabes reírte?

—Puede que no —dije—, pero sí sé disparar.

Levanté el fusil, lo giré, alineé mi ojo con la mira delantera y la mira trasera con la diana de madera más alejada del campo de tiro, y apreté el gatillo. Me retumbaron los oídos, y cuando bajé el Melkashka imaginé exactamente dónde había dado: el centro de la diana, dentro de todos los disparos de mi esposo. Pero…

—Buen intento —dijo Alexéi, divertido—. Quizá la próxima vez incluso des en el blanco.

Estallaron las carcajadas de sus amigos, que estaban observando. Las mejillas me ardían. «Yo sabía disparar», quería responder. Había ido al campo de tiro varias veces con el club de tiro de la fábrica, y lo había hecho bien. No había deslumbrado a nadie, pero tampoco había fallado el tiro, ni una sola vez.

Sin embargo, hoy había fallado. Porque estaba intentando borrar aquella sonrisa de la cara de Alexéi.

—Mírate, qué niñita tan seria con su gran arma. —Alexéi me quitó el Melkashka de la mano haciéndome una carantoña bajo la mejilla, como si hubiera sido una niña traviesa, solo que aquel gesto me empujó la cabeza hacia atrás lo bastante fuerte como para molestarme —. ¿Quieres intentarlo de nuevo, kroshka? ¡Salta, a ver si puedes cogerlo! —Lo sostuvo muy por encima de su cabeza sonriendo, con un brillo en los ojos—. ¡Salta!

Otros hombres en la línea de fuego empezaron a reír también. Oí a alguien que decía: «¡Salta y cógelo, kukushka! ¡Salta!».

Yo no iba a saltar por el fusil. Me volví a Slavka, que regresaba con mi abrigo, y empecé a ponérmelo.

—Te avisaré cuando consiga otra cita, Alexéi.

—Haz lo que quieras —dijo y, encogiéndose de hombros, se dispuso a cargar el Melkashka de nuevo, sonriendo fugazmente a las dos chicas en la línea de espectadores.

Las vi a ellas devolverle la sonrisa. Es lo bueno de las chicas jóvenes: son fácilmente impresionables. Por la estatura esbelta, por el pelo dorado, por la ambición arrogante y por los sueños devoradores. Yo fui como ellas. Pero ahora tenía veintiún años y era una madre furiosa, con olor a pólvora en las manos y las mejillas ardiendo de humillación, a la que ya no impresionaba el brillo superficial de los malos hombres.

La mano enguantada de Slavka apretaba con fuerza la mía cuando regresábamos por las calles cada vez más oscuras de Kiev. El cielo de color acero en lo alto dejaba caer la nieve en espirales que iban a posarse en mis pestañas.

—Saca la lengua y atrapa un copo de nieve —le dije a mi hijo, pero él permaneció en silencio—. ¿Pelmeni calientes con nata cuando lleguemos a casa? —probé a continuación, pero él siguió caminando trabajosamente por la nieve embarrada levantando los hombros de cuando en cuando.

—Morzhik —lo llamé cariñosamente. Quería decir ‘pequeña morsa’, el nombre que yo le daba cuando aún era un niño de pecho. Porque igual que una pequeña morsa, desde luego, se alimentaba.

—A papá no le gusto —murmuró Slavka.

—No eres tú, morzhik. A tu padre no le gusta nadie, ni siquiera yo.

Sentía que los dedos me temblaban de rabia dentro de mis guantes con remiendos.

—Ya no veremos más a tu padre, Slavka. No lo necesitas. Tienes a tu babushka y a tu dedushka. —Mis padres, que no habían aprobado mi separación de Alexéi, pero aun así me habían acogido en su casa, mimaban a Slavka con todo su corazón y cuidaban de él para que yo pudiera trabajar en la fábrica y estudiar para mis exámenes—. Y me tienes a mí, Slavka. Tu madre, que siempre está orgullosa de ti.

—Pero ¿quién me enseñará a disparar? Necesito un padre para… —Slavka no acertaba a encontrar las palabras…

Solo tenía cinco años; no entendía aquellas frases que Alexéi había dejado caer: «Sé un hombre», «Convierte a este cachorrito en un hombre», «Lo mimas demasiado». Pero sí se daba cuenta de que de alguna manera su padre lo había encontrado deficiente.

Bajé la vista hacia su cabecita morena.

—Yo te enseñaré.

—Pero tú fallaste —me respondió mi hijo.

Sí, había fallado aquel disparo. Porque cometí un error y me dejé provocar. Pero ya no habría más errores —no podía permitírmelos—. Ya había cometido un error colosal al caer en los brazos del hombre equivocado y mi vida entera había estado a punto de descarrilar una vez. Ahora tenía un hijo, y si cometía otro error, su vida descarrilaría con la mía. Respiré profundamente y respondí:

—No volveré a fallar. Nunca.

—Pero…

—Rostislav Alexéivich —me dirigí a él con formalidad, haciéndolo detenerse junto a una farola y apoyando una rodilla en la nieve mientras lo cogía de sus pequeños hombros. El corazón volvió a golpearme dentro del pecho. Había fallado en aquella diana de madera del campo de tiro, pero no podía fallar allí—. Desde hoy, yo seré tu padre. Seré tu padre y tu madre a la vez. Y te enseñaré todo lo que necesitas saber para ser un hombre bueno algún día.

—Pero no puedes.

—¿Por qué no? —Parecía inseguro, e insistí—. ¿Sabes lo que significa ser un hombre bueno, Slavka?

—No…

—Entonces, ¿cómo sabes que no puedo enseñarte? Las mujeres reconocemos a un hombre bueno cuando lo vemos. —Sobre todo después de haberse enfrentado a hombres como Alexéi—. Nadie mejor para enseñarte a ser un hombre bueno que una mujer buena, te lo prometo.

Slavka se limitó a volver la vista en dirección al campo de tiro; la nieve seguía velando aquellas largas pestañas oscuras.

—¿Puedes enseñarme a disparar? —susurró.

—Habré fallado hoy, pero eso no importa. Tu madre va al club de tiro a veces. Con un poco más de práctica, podré entrar en el curso avanzado de tiro.

No lo había pensado hasta entonces: con la carga de un curso completo en la universidad, ¿quién iba a añadir una clase de tres días a la semana sobre balística y arsenal de nivel experto? Disparar no era más que una afición ocasional, algo que hacía para demostrar que era una persona decente y de mentalidad cívica que participaba de buen grado en actividades recreativas aprobadas por el Estado. Iba porque también iban mis amigos; disparábamos varias rondas después de trabajar, o tras las reuniones de la Liga de la Juventud Comunista, y luego íbamos a ver una película, o con mayor frecuencia me volvía a casa a ocuparme de Slavka. Nunca me lo había tomado demasiado en serio.

Pero eso estaba a punto de cambiar, decidí. Un curso avanzado de tiro —eso sí que borraría la sonrisita de superioridad del rostro engreído de Alexéi—. Y, lo que era aún más importante, convencería a Slavka de que yo era más que su dulce, orgullosa y cariñosa mamochka. Porque yo tenía muchas más cosas que enseñarle, además de a disparar, para convertirlo en un hombre bueno. A trabajar duro, a ser honesto, a tratar a las mujeres de su vida mejor de lo que su padre las trató nunca… Pero un curso de tirador experto…, sí. Ese sería un buen punto de partida.

Además, recordaba aquel brillo afilado y posesivo en los ojos de Alexéi cuando me miraba. No me quería, pero tampoco quería en realidad que nadie me tuviera.

Quizá no estaba mal que aprendiera a defenderme mejor. Que aprendiera a defender a mi hijo.

—Dijo que yo era un bebé —estalló Slavka—. ¡No soy un bebé!

Se me encogió el corazón y lo abracé con fuerza.

—Por supuesto que no.

«Tú no eres un bebé; tu padre es un cabrón. Pero ni tú ni yo lo necesitamos». Mi hijo me tenía a mí, y yo podría dárselo todo. Nuestro propio apartamento algún día; una pared llena de estanterías con libros; un futuro. Yo no necesitaba que mi nombre resonara eternamente como soñaba Alexéi con que hiciera el suyo; yo no necesitaba fama ni grandeza. Solo quería darle a mi hijo la vida que

merecía.

«Así que no más errores», dijo aquella voz interior, dura como la piedra. Y yo me hice esa promesa. «Ni hoy. Ni mañana. Ni nunca».

Capítulo 2

—Silencio, por favor.

Un sable humano con una cicatriz sobre la ceja y dos Cruces de San Jorge que resplandecían sobre su pecho entró en el patio de la entrada de la escuela de tiro de Osoaviajim examinando la doble fila de estudiantes con nuestras flamantes guerreras azules. Dejó que la quietud se prolongara hasta que algunos copos de nieve empezaron a caer del acerado cielo y empezamos a movernos con incomodidad en nuestras botas; entonces habló con una voz que parecía un disparo de fusil:

—He oído que todos disparáis muy bien. Pero un buen tirador todavía no es un francotirador.

«Por el amor de Lenin», pensé, tomando prestada la frecuente exclamación de mi padre cada vez que mi hermana y yo lo molestábamos. Yo no estaba allí para ser una francotiradora, estaba allí para recibir el curso avanzado de tiro y obtener mi insignia. Para demostrarme a mí misma que podía ser el padre de mi hijo, además de su madre. Bajé la vista al programa de requisitos que me habían entregado cuando me había presentado por la mañana para empezar mi primer día: veinte horas de clases políticas, catorce horas de ejercicios de desfile, doscientas veinte horas de entrenamiento con armas de fuego, sesenta horas de táctica… Todo parecía tranquilizadoramente académico; cosa que me calmó. Yo era una estudiante de Historia, prefería que la acción y la violencia quedaran estrictamente confinadas en las páginas de un libro.

Pero ahora aquel instructor de la cicatriz estaba hablando de francotiradores.

—Esto… —La chica que estaba junto a mí (solo éramos tres mujeres en la clase) levantó la mano—. Yo no he venido aquí a ser una francotiradora. Estoy aquí para entrar en las competiciones de alto nivel y obtener el título de Máster de Deporte de la URSS.

—En tiempos de paz disparará en competiciones —dijo el instructor

serenamente—. Pero un día llegará la guerra y cambiará las dianas de madera por corazones enemigos.

Otro igual que mi padre, siempre moviendo la cabeza y diciendo «cuando llegue la guerra». Por extraño que parezca, aquello me tranquilizó: ya estaba de sobra acostumbrada a los hombres que enseñaban todas las habilidades a través de la lente de cómo resultarían útiles en tiempos de guerra, pero la chica que había hecho la pregunta pareció sentirse humillada. Bajó la cabeza y el instructor siguió hablando, recorriendo con los ojos la doble línea de estudiantes.

—Un francotirador es más que un tirador. Un francotirador es un cazador paciente; dispara una sola vez, y si falla, puede pagarlo con su vida.

Fue entonces cuando me sentí segura de verdad. ¿Así que todos aquellos cursos y horas de estudio realmente se resumían en algo tan simple como un «no falles»? Bueno, eso lo entendía.

—No pierdo el tiempo instruyendo a idiotas ni a gamberros —prosiguió el instructor mientras la nieve crujía bajo sus botas—. Si en un mes no me habéis convencido de que podéis adquirir las habilidades y la astucia que requiere un francotirador, seréis expulsados del curso.

Me sentí más segura aún. Porque justo en ese momento supe que si enviaba a alguien a su casa, no sería a mí.

«NO FALLES».

Dos años aprendiendo a disparar armas de fuego y haciendo instrucción militar hallaron hueco entre mis clases universitarias: me metía entre pecho y espalda dos horas de Arqueología Básica y Etnografía en la Universidad de Kiev, y luego me peleaba durante dos horas en mi guerrera azul los miércoles por la noche montando y desmontando mi fusil militar Mosin-Nagant («¿Llamado cómo, Liudmila Mijaílovna?». «El tres líneas, camarada instructor»). Iba directamente desde la reunión del Komsomol en la que habíamos discutido acaloradamente el bombardeo alemán de Guernica en España y después dedicábamos tres horas a la mira telescópica del Emelyanov («Desmóntelo, Liudmila Mijaílovna». «Es un 274 milímetros con un peso de 598 gramos, dos tambores reguladores…»). Dos años, todos los cursos y toda la instrucción… La memorización de las tablas de balística, las horas de práctica aprendiendo el modelo

Simonov y el modelo Tokarev frente al Melkashka y al tres líneas: todo se reducía a una cosa.

No falles.

—Mire ese edificio en construcción —dijo nuestro instructor de la cicatriz señalando a una edificación de tres plantas a medio construir en la calle Vladimir—. ¿Qué posiciones podría usted ocupar para neutralizar al capataz que sube y baja por las planchas de un piso a otro?

Enumeré cada puerta, cada línea de visión y cada ventana, entonces sentía que las lágrimas me pinchaban en los ojos cuando él señalaba el hueco de ventana, la caja de escalera y la cornisa del tercer piso que yo había pasado por alto.

—Tiene que hacerlo mejor —me dijo el instructor con frialdad—. Vuelva aquí dentro de dos días y estudie cómo ha cambiado el edificio: cada nueva pared a punto, cada ventana tapiada, cada muro interior que haya aparecido. La vida avanza con rapidez, pero a través de una mira telescópica. Siempre hay algo retrocediendo hacia el fondo o adelantándose hacia el primer plano, y usted debe hacerse la idea general a través de los más ínfimos detalles.

Moví la cabeza bruscamente. El instructor había dedicado el doble de tiempo a mis errores que a los de los demás —¡las otras dos chicas solo habían recibido un gesto de asentimiento!— y sentí que el rubor me subía por el cuello azul oscuro de la guerrera. Él pareció darse cuenta y me dio la espalda con desdén. Entrecerré los ojos, dos días después me pasé tres horas memorizando cada cambio en aquel edificio en construcción y no me salté ni uno solo cuando más tarde los recité de un tirón en clase.

«No falles». Llevaba esas palabras impresas en mis huesos, pero había demasiadas oportunidades de fallar en esta vida —de fracasar—. Como madre, luchaba continuamente por acertar en la manera perfecta de criar a mi hijo: ni demasiado indulgente, ni demasiado estricta. Como estudiante, luchaba continuamente por acertar en el equilibrio que me mantuviera entre los primeros de mi clase: sacar notas impecables, preparar exámenes de forma impecable, dedicarme en cuerpo y alma a la investigación. Como mujer soviética, luchaba continuamente para acertar con los ideales de mi tiempo: obra productiva, feliz participante de la vida comunal, futuro miembro del Partido. Había tantos espacios grises entre aquellos pequeños blancos en movimiento, tantas maneras de fracasar… Pero cuando irrumpía en

el campo de tiro después de mi última clase en la universidad, preguntándome furiosa cómo solo había sacado un suficiente en un examen de Historia en lugar de un sobresaliente, podía dejarlo a un lado sabiendo que, allí, al menos, dar en el blanco era simple —una cuestión de blanco y negro, y no de nebuloso gris—. O dabas en el blanco, o fallabas.

—Un juego —anunció el instructor de la cicatriz.

Había empezado a llevar a nuestra clase al campo los sábados para darnos lecciones de camuflaje: cómo esconderse entre marañas de arbustos o arboledas o, durante el invierno, entre montículos de nieve. Era invierno otra vez; teníamos un descanso de media hora para almorzar bajo un bosquecillo de abedules helados y dábamos zapatazos con las botas mientras los chicos se pasaban botellas de algo para calentarse el estómago. Nuestro instructor trajo un saco de botellas de limonada vacías y las colocó de lado en difícil equilibrio, con los estrechos cuellos mirando hacia nosotros, mientras nos levantábamos y formábamos una fila con nuestros fusiles.

—Este juego se llama la «base de la botella» —dijo abandonando su postura agachada y viniendo a unirse a la fila.

Preparó su disparo de forma metódica, y cuando abrió fuego, se oyeron susurros y silbidos: había volado la base de la botella dejando intacto el cuello y el cuerpo.

—¿Alguien puede repetirlo? —nos retó con los ojos brillantes bajo la cicatriz.

Habría jurado que sus ojos se detuvieron en mí de forma deliberada y desafiante, pero permanecí apoyada tranquilamente sobre mi fusil y dejé que los chicos más jóvenes se apresuraran a intentarlo. De ese modo, analicé sus errores: todos disparaban demasiado pronto, deseosos de impresionar.

—¿Usted no quiere intentarlo, Liudmila Mijaílovna? —La voz de mi instructor sonó junto a mi hombro, dejando una ráfaga de aliento blanca en el aire helado—. ¿Prefiere quedarse ahí detrás de adorno como un figurín?

Yo llevaba un abrigo nuevo de invierno azul oscuro con un cuello de piel negra que mi madre había recortado meticulosamente de una vieja bufanda apolillada y luego vuelto a coser para abrigarme el cuello igual que una amistosa marta cibelina, y la clase llevaba toda la mañana metiéndose conmigo porque iba demasiado elegante y

arreglada para cargar con un arma.

Ignoré la pulla del instructor, moviendo la cabeza mientras los chicos disparaban.

—No voy a unirme a ellos porque solo están luciéndose. Un fusil no está hecho para eso.

—Bien, eso podría demostrar un buen instinto —dijo el instructor—. Lucirse…, algo siempre peligroso para un francotirador. Solo se es invulnerable en tanto que se es invisible.

—Yo voy a ser tiradora, no francotiradora.

—Así que no se trata de buenos instintos. No se cuida de no mostrarse, sino que simplemente… le da miedo perder. Le da miedo fallar.

Le dirigí una mirada serena y fui a arrodillarme a la línea de fuego, acomodándome sobre el talón derecho y apoyando el fusil en el hueco del hombro. El dedo índice en el gatillo, la cantonera de la culata en la mejilla, el fusil sostenido por la correa bajo mi codo doblado mientras yo descansaba sobre la rodilla izquierda y deslizaba la mano para acercarla al cañón y afianzarlo aún más. Observé a través de la mira telescópica la botella en frágil equilibrio. Incluso aumentada cuatro veces de tamaño, no parecía mayor que el punto al final de una frase —un punto final en negrita—. Pero no me detuve. Disparé y durante el destello del disparo recordé el modo en que había fallado aquel blanco mientras Alexéi me observaba.

Esta vez, cuando bajé el fusil, vi que la base de la botella había volado con un centelleo adamantino de cristales rotos esparcidos sobre la nieve… y que el cuello estaba intacto.

—Bien hecho —dijo tranquilamente mi instructor—. ¿Puede repetirlo?

Sentí que una sonrisa se extendía por mi rostro, casi sin oír el aplauso de mis compañeros de clase.

—Sí.

Aquella fue la primera vez que la oí: era la canción que un fusil podía cantar en mis manos; la culata firme contra mi hombro, la curva de mi dedo sobre el gatillo. De algún modo inadvertido me fui muy lejos de mis competitivos compañeros de clase y sus ruidosas payasadas y me hallé en un lugar de silencio —una isla en medio de aquella estridente atmósfera de diversión y juegos—. Lo bloqueé todo, al mundo entero,

y lo único que podía oír era la canción que el fusil tres líneas estaba cantando en mis manos.

Aquella tarde volé la base de tres botellas, una detrás de otra, preparando cada disparo minuciosamente, sin arrancar ni una esquirla en un solo cuello de botella. Esperaba que mi instructor dijera algo así como «a ver si puedes hacer algo mejor», pero en lugar de eso vino hacia mí para darme un afectuoso y sorprendente abrazo.

—Bien, hecho, belleza de la trenza —dijo dándome un tirón de la trenza, que me llegaba hasta la cintura—. Sabía que ganaría usted.

No podía creerlo.

—¿Ah, sí?

—A quien se haya dado mucho, mucho se le demandará —citó.

El día que me gradué al finalizar su curso un año más tarde, me regaló un ejemplar de su manual Instrucciones para francotiradores con esta sencilla dedicatoria: «No falle, Liudmila Pavlichenko».

—Qué gran logro, malyshka —dijo mi padre aquella noche, cuando volví a casa y orgullosamente enseñé mi certificado—. Mi hija se ha convertido en una mujer peligrosa.

—Nada de eso, papá.

Besé en las dos mejillas a mi padre, mi sólido y responsable padre con la chaqueta militar de gabardina que prefería seguir llevando, aunque llevara mucho tiempo retirado del ejército, y que lucía la Orden de la Bandera Roja orgulloso en su pecho mientras sostenía en las manos una humeante taza de té sobre la mesa de la cocina. Seguro que había estado ayudando a Slavka con los deberes. Mi padre siempre me había ayudado con los míos en aquella mesa hasta donde podía recordar. Aunque no llegara a casa del trabajo hasta la medianoche, siempre encontraba tiempo para sentarse con sus hijos, revisar sus tareas y oír sus problemas, incluso cuando lo distraíamos y protestaba: «¡Por el amor de Lenin, vais a volver loco a este viejo!».

Slavka estaba pasando los dedos por encima del sello redondo de mi certificado de tiradora.

—Puedo enseñarte cuando quieras —dije atrayéndolo hacia mi regazo y besando su pelo de color chocolate, igual que el mío y el de papá—. ¿Quieres que vayamos al campo de tiro?

—Quizá cuando sea un joven pionero —dijo muy serio—. Cuando consiga el pañuelo rojo.

—Cuando seas mayor —asentí.

No me preocupó en absoluto que no estuviera ansioso por aprender aún. Yo ya tenía los conocimientos para cuando estuviera listo, eso era todo lo que importaba.

—*Veamos esos deberes, morzhik. Biología de las plantas, siempre me gustó cuando tenía tu edad. ¿Puedes decirme todas las partes de una hoja?*

Estuve escuchando su voz seria hasta que mi esbelta y radiante madre volvió a casa para abalanzarse sobre mi certificado entre exclamaciones. Estaba orgullosa, pero algo desconcertada.

—¿Para qué sirve esto, malyshka?

—Me ha enseñado a no fallar —respondí con franqueza.

—¿En el blanco?

—En ningún sitio.

Y ese es mi secreto, si tienes curiosidad. La tienes, ¿verdad? Le pasa a todo el mundo al conocerme. Incluso Eleanor Roosevelt la sintió al recibirme en las escalinatas de la Casa Blanca en agosto de 1942. Pude verla en sus ojos: ¿Cómo una chica como yo —una madre, una estudiante, una historiadora en ciernes— podía convertirse en una francotiradora y matar a centenares de hombres? ¿Cuál era su secreto?

Casi nadie se atreve a preguntármelo de forma directa. En parte porque temen irritarme y acabar engrosando mis cifras —pero no es solo eso—. A la gente le encantan los héroes de guerra, pero esos héroes se supone que son rectos y honorables y llevan capas blancas. Luchan a cara descubierta a plena luz del día con sus enemigos. Tratan de frente con la muerte. En cambio, cuando alguien (y, especialmente, una mujer) obtiene sus condecoraciones como yo las he obtenido, la gente se estremece. Cualquiera que actúa durante la noche, se funde con las sombras, observa a través de unas miras telescópicas un rostro confiado —el de un hombre que no sabe que existo, aunque yo sepa que se cortó afeitándose por la mañana o que lleva un anillo de boda—, y después de averiguar todo eso aprieta el gatillo para que esté muerto antes de darse cuenta de nada… Bueno.

Cualquiera que hace eso una y otra vez y consigue dormir todas las noches debe tener, sin duda, un lado oscuro.

No te equivocas al pensarlo.

Pero sí te equivocas sobre quién tiene un lado oscuro como ese esperando ser despertado. Piensas que sin duda alguien como yo es un monstruo de la naturaleza que mordisqueaba un fusil en la cuna, cazaba a los cinco años, mataba lobos a los ocho y ha salido de la estepa siberiana (siempre es Siberia) completamente formado. A los estadounidenses, sobre todo, les encantaba imaginarme de esa forma, una de esas frías mujeres rusas del folclore oscuro que escapa con los dientes ensangrentados y las manos ensangrentadas de algún paisaje infernal aislado por la nieve: una asesina nata.

Luego me conoces: la pequeña Mila Pavlichenko con su amplia sonrisa y su mochila atiborrada de libros, una estudiante de Kiev encantada de contarte lo mucho que desea llegar a ser historiadora algún día y de enseñarte fotos de su adorado hijo de mejillas regordetas… y te llevas un chasco. ¿Así que esta es Lady Muerte? ¿Esta es la francotiradora venida del norte helado? Qué decepción.

O…, y esta es tu segunda reacción, lo que nunca dirás en voz alta… Qué desazón. Porque si una bibliotecaria investigadora de veintiséis años tiene su propio lado oscuro de la luna, ¿quién puede no tenerlo?

No lo sé.

Solo sé que el mío despertó cuando me di cuenta de que en mi vida no quedaba espacio para los errores. Cuando me di cuenta de que no podría fallar jamás. Cuando oí a un fusil cantar en mis manos mientras yo metía una bala por el cuello de una botella y hacía volar su base en forma de esquirlas de diamante y comprendía quién y cómo podría llegar a ser.

Capítulo 3

Junio de 1941

Odesa

Las memorias patrióticas se han puesto de moda —como diría el Partido, son populares, edificantes y beneficiosas para la moral pública. Si acaso, un tanto soporíferas, por ponerles una pega—. Pero, si alguna vez fuera a escribir mis memorias, yo tendría que alterar mi historia bastante o simplemente omitir partes enteras, pues hay muchas, muchísimas cosas acerca de la vida de Liudmila Pavlichenko que no entrarían en ninguna biografía. O, al menos, no en la versión oficial.

Por ejemplo, mi relato del día en que estalló la guerra en la Unión Soviética. Unas memorias oficiales deberían decir algo así como: «El día que se produjo la invasión de Hitler yo asistí a una reunión del Komsomol donde estuve reflexionando sobre mis deberes como futuro miembro del Partido».

¿La verdad? ¿La verdad ? Yo era una estudiante en Odesa y estuve en la playa.

«¿Tenéis playas?», me imagino a los estadounidenses preguntando con la nariz arrugada. Piensan que Rusia no es más que un vasto erial de nieve brillante bajo las noches blancas —sin costas, ni días de verano, únicamente hielo y lobos—. Pero ¿es que a nadie se le ha ocurrido mirar en un mapa? Odesa está mucho más al sur que París, Múnich o Viena, y aquel día de junio hacía un día hermoso, claro y cálido, y un resplandeciente mar Negro se extendía sereno en el horizonte.

Yo no tenía intención de ir a nadar, pero mi amiga Sofía me convenció el día antes, cuando las dos soportábamos la última hora de un turno infinito en el mostrador de la entrada de la biblioteca pública de Odesa.

—Vika y Grigori han vuelto por fin de Moscú y nos vamos todos a la playa.

—Yo tengo que trabajar en mi tesis. —Estaba hojeando mis notas en el mostrador porque no había nadie que atender.

Poco después de obtener mi certificado de tiradora experta, había aprobado los exámenes de mi cuarto curso en la universidad con matrícula de honor. Sacaba mis notas y las miraba cada vez que necesitaba un poco de fortaleza. Mila Pavlichenko podría haber sido madre a los quince años, pero su vida seguía firmemente encarrilada, avanzando como un paciente trenecito que recorre una línea de estaciones preestablecidas. Primera parada: graduarse en la Universidad de Kiev. Segunda parada: esta plaza en la biblioteca pública de Odesa como ayudante sénior de investigación que me permitía enviar a casa dinero para Slavka todas las semanas. Siguiente parada: acabar mi tesis…

—El mar, Mila —siguió tentándome Sofía—, te está llamando, antipático ratón de biblioteca.

—Bogdán Jmelnitski me está llamando.

—No me leas tu tesis. No quiero oír una palabra más sobre Bogdán Jmelnitski, la adhesión de Ucrania a Rusia en 1721…

—En 1654, en realidad.

—Ni las actividades del Consejo de Pereyáslav.

—Es una historia de lo más fascinante —respondí un poco malhumorada.

Todo el personal de la biblioteca estaba ya familiarizado con el tema de mi tesis, pero a nadie parecía entusiasmarle. Sofía solía amenazarme con lanzar mis páginas manoseadas al incinerador; yo amenazaba con meterle el pintalabios por la nariz, era esa clase de amistad.

—Sin la alianza del Hetmanato cosaco con el Estado ruso centralizado nunca habríamos visto la nación bien unificada de…

—Mila, a nadie le importa. Ven a nadar mañana.

Así que allí estábamos, en la playa, con las toallas de rayas extendidas al sol y una cesta deshilachada llena de botellas de limonada sobre la arena.

Los niños pasaban gritando, haciendo volar la arena bajo sus pies, pero yo me había derrumbado con mi traje de baño azul marino que me llegaba hasta los muslos. Con el rostro vuelto hacia el cielo, me quedé dormida con el sonido de las olas, soñando con el día en que habría leído mi tesis doctoral, habría obtenido mi título y sería ya una historiadora en Moscú. Tendría un apartamento no lejos del parque Gorki, donde llevaría a Slavka a patinar sobre hielo y le compraría ponchiki espolvoreados de azúcar en un cucurucho de papel…

—Vamos a la ópera esta noche —dijo Sofía sacudiéndose la arena de las piernas—. La Traviata. Vika tiene entradas de sobra.

—Me han prestado de El lago de las cisnes para actuar con los bailarines de ópera en la danza gitana del segundo acto —dijo Vika poniendo cara de fastidio.

Era semisolista en el ballet de Odesa y acababa de volver de la escuela Bolshói en Moscú; no llegaba ni a los veinte, pero ya tenía uno de esos apodos que ponen a los bailarines, el Ruiseñor o la Libélula, no me acuerdo bien. Yo pensaba que parecía más bien una libélula, toda ojos de insecto y brazos y piernas espigados e infinitos.

—Odio esos pequeños ballets de las óperas —se quejó Vika—. Coreografías de segunda.

—Esnob —la pinchó su hermano Grigori lanzándole arena. Todos encontrábamos a Vika un poco insoportable a veces, pero adorábamos a su hermano gemelo, que también era bailarín, aunque él no se envaneciera tan permanentemente de ello—. Iremos a cenar después de la ópera. Siempre tengo tanta hambre tras quitarme el maquillaje y las medias que me comería las zapatillas de Vika.

—A ti todo te da hambre —se burló Sofía, dándome un pellizco, porque era algo que yo siempre le estaba diciendo a Rostislav.

Mi hijo, que ya tenía nueve años, robusto, moreno y saltarín, que siempre estaba corriendo hacia mí para enseñarme una piedra estriada de cuarzo, una espiral en un trozo de corcho que se parece al perfil del camarada Stalin, un renacuajo acunado en sus cuidadosas manos…

Llevaba meses sin verlo, desde que dejé Kiev para ocupar la plaza de investigadora en la biblioteca de Odesa. No necesitaba cerrar los ojos para verlo en el andén de la estación con el resto de mi familia, aferrándose a mi mano. «Podrías llevarme contigo —me suplicaba—. Yo podría ayudarte con tu trabajo».

—No será por mucho tiempo, morzhik —le prometí, abrazándolo con fuerza e intentando no llorar.

Nunca me había separado de él durante más de quince días, y en esa ocasión iban a ser cuatro meses. Pero ello me pondría en el camino hacia el futuro que tan cuidadosamente había planeado: el apartamento en Moscú, el puesto de historiadora, la independencia y la seguridad.

—Lo hago por ti —le dije a mi hijo—. Lo hago todo por ti. —Y subí mi maleta cargada de libros al tren antes de echarme a llorar.

Y ahora estaba en la playa en un hermoso día que no era tan hermoso como podría haberlo sido porque mi hijo estaba lejos.

Vika seguía quejándose.

—Las variaciones de ballet en las óperas no son más que un montón de frufrús de aquí para allá con enaguas rojas. Un desperdicio de mi formación…

—Para un poco, Vika. ¡No te están pidiendo que te pongas a sudar en el torno de una fábrica!

—¡Sigue siendo una espantosa forma de sudar!

—Yo he trabajado en el torno de una fábrica —protesté—. No era espantoso. Era casi bonito, de hecho.

Cuando Slavka era un bebé apenas destetado y yo trabajaba en el torno y me sacudía el polvo de tungsteno de la trenza del pelo preguntándome si alguna vez podría volver a estudiar, me había dado cuenta de lo mucho que me gustaba ver aquellas láminas de metal azul violeta saliendo de debajo de la hoja.

—¿Bonito? —Vika me miró con desdén.

—No importa lo duro que sea el metal, cede ante la fuerza humana —respondí—. Todo lo hace. Lo único que hace falta es concebir el arma idónea.

La bailarina resopló, pero su hermano gemelo alzó las cejas.

—Hablando de armas…

—No pienso disparar a un naipe para ganarte una apuesta —le dije cortándolo en seco—. Practico regularmente desde que obtuve mi

certificado de experta para no perder mis habilidades, pero no me gusta la exhibición. Disparar es algo que merece más respeto.

—¡Vamos, Mila! —Grigori sonreía, mostrando sus hoyuelos.

Llevaba todo el día coqueteando conmigo y era en verdad atractivo, con aquellas piernas maravillosamente musculadas de todo bailarín…, pero seguía siendo un muchacho de dieciocho años. ¡Había tanta diferencia entre los dieciocho y los veinticuatro! Ser madre tan joven me supuso que, cuando volví a estudiar, mis compañeros tuvieran cinco o seis años menos que yo, y a veces me sentía una vieja bruja en comparación con ellos. Iba a montones de bailes y fiestas ahora, pero ninguno de los hombres que había conocido allí se había convertido en una expectativa a largo plazo. Los chicos de la universidad que me invitaban a ir al cine después de las reuniones del Komsomol no tenían otra cosa en que pensar más que divertirse, mientras que yo tenía un hijo y un futuro que planificar. Y los hombres mayores que conocía de vez en cuando estaban demasiado centrados en el suyo propio, y me dejaban muy claro que esperaban que yo abandonara el mío si el romance se convertía en algo serio.

«Ya habrá tiempo para el romance», me decía cada vez que sentía el aguijón de la soledad. «Ahora, el título universitario». Cuando haya dejado atrás unas cuantas estaciones más de viaje a salvo de errores; cuando haya concluido la cuestión aún pendiente de mi divorcio… Alexéi tampoco se había presentado a la tercera cita, pero cuando tuviera un respiro tras la universidad para encargarme de todo eso, podría dedicarme a buscar a un hombre idóneo para compartir mi vida y la de Slavka. Cuando pisara terreno más firme, tendría tiempo para los hombres, para la familia, para tener más hijos y para todo lo demás.

Cuando se es joven y no se han conocido otros tiempos que los de paz, se da por hecho que habrá tiempo para todo.

—Vamos a almorzar. —Sofía me azotó con su toalla—. O me acabaré comiendo a Vika, hasta con sus huesudas piernas de mosquito. Vamos…

¡Qué día! Un puñado de jóvenes cubiertos de arena y risueños abotonándose los vestidos de verano y las viejas chaquetas sobre los bañadores mojados, guardando las toallas y dirigiéndose al Cheburek Café de la calle Pushkin. Esperando que les sirvieran una bandeja de empanadillas de carne, con las bocas haciéndoseles agua. Vika diciendo que no iba a comer porque si engordaba un solo gramo más perdería el

papel protagonista en La doncella de caballería la próxima temporada; su hermano diciendo que si no dejaba de hablar de gramos y de kilos la dejaría caer de cabeza en su próximo pas de deux; Sofía sorbiendo su zumo frío de abedul a través de una pajita; yo recordando una nota a pie de página que tenía que añadir a mi tesis. Todos rodeados por el ruidoso y feliz clamor del café, los bañistas, los niños pegajosos y sus madres quemadas por el sol. El último día, el último instante antes de que se fuera todo al infierno, antes de que la rueda girase y nos lanzara a todos al aire, nuestros cuidadosos planes convertidos en esquirlas de diamante que llueven a nuestro alrededor. Vika no iba a bailar en La doncella de caballería; Grigori no iba a ser su pareja en más grandiosas jetés; Sofía no tendría más tardes soleadas para beber ociosa su zumo verde de abedul, y yo no iba a defender mi tesis sobre Bogdán Jmelnitski, la adhesión de Ucrania a Rusia en 1654 y las actividades del Consejo de Pereyáslav. Un año después, la mitad de las personas que había sentadas en aquella mesa habrían muerto.

Y todo a consecuencia del anuncio que sonó estentóreo en un altavoz de la calle, justo a la salida del café, interrumpiendo de un tajo las conversaciones, para informar a todo el mundo de que, a las cuatro de la mañana, Alemania había invadido la madre patria.

Nos quedamos paralizados como si nos hubieran disparado. Fuera, sucedió lo mismo, todo el mundo se volvió hacia el altavoz para escuchar al camarada Molotov. «Cada uno de nosotros debe exigirse a sí mismo y a los demás la disciplina, la organización y el autosacrificio dignos de un verdadero patriota soviético para satisfacer todas las necesidades del Ejército Rojo, su Armada y su Fuerza Aérea y asegurar la victoria sobre el enemigo». Sonaba agitado, pero firme. «¡La victoria será nuestra!».

No habló mucho tiempo. El justo para poner el mundo patas arriba.

El zumbido de la conversación se empezó a oír de inmediato, pero nosotros cuatro permanecimos mirándonos en torno a la mesa, estupefactos. «Slavka», pensé. «Slavka…». Nadie se movió hasta que nuestra bandeja de chisporroteantes chebureki calientes llegó a la mesa junto con una botella de vino de pasas blanco, y de repente todos empezamos a hablar.

—¿Hasta dónde han llegado los soldados de Hitler? —Sofía sonó enferma.

—Me alistaré —dijo Grigori.

—Por supuesto que no —le contestó Vika, con unos ojos que parecían

más de insecto que nunca por la conmoción—. No reclutarán a artistas. Así que no vayas tú a ponerte delante de las balas.

—Yo quizá pueda alistarme como personal médico —dijo Sofía, intentando sonar con aplomo, pero aterrorizada.

Yo seguía con la mirada fija en mi plato. «Slavka…». La guerra acarreaba tales horrores a la vida de los niños… Las colas del pan, los bombardeos, las colas que daban la vuelta a varias manzanas. Mis padres aún seguían hablando de la última guerra y de las terribles penalidades que la habían seguido.

Vika se puso en pie de golpe, lanzando una mirada asesina a su hermano.

—Yo aún tengo que bailar en La Traviata esta noche, con invasión o sin invasión. Os veo después.

—Vika. —Su hermano gemelo salió corriendo tras ella, dejándonos a Sofía y a mí mirándonos la una a la otra.

—Podemos ir a la ópera esta noche —dijo mi amiga al fin—. Lo que quiera que vaya a pasar, no va a pasar todavía. No aquí.

Pero sí en el horizonte. En un horizonte no tan lejano. Después supe que los bombardeos aéreos alemanes habían penetrado hasta Kronstadt, cerca de Leningrado y Sebastopol en Crimea. Fuera del café, la calle Pushkin se iba llenando y la gente se congregaba bajo el altavoz para discutir.

Pero seguía habiendo madres que se dirigían a la playa con niños entusiasmados y parejas que caminaban de la mano por el paseo marítimo. Seguía siendo una hermosa tarde de verano; nadie quería perderse sus planes de ir al cine, al teatro o la sala de conciertos simplemente por el estallido de la guerra. Yo no sabía si era ciega tozudez o, simplemente, era el carácter ruso: bajar la cabeza y continuar adelante sin más. Y seguía sin saberlo aquella noche cuando Sofía y yo nos acomodamos en nuestros asientos del palco 16 de la primera planta del teatro de Odesa para contemplar el escenario mientras los graves compases de la obertura de La Traviata de Verdi resonaban como susurros por todo el teatro. Un teatro tan hermoso, todo molduras doradas y enormes arañas de cristal, un teatro para nosotros, estudiantes y ciudadanos corrientes, cuando hubo un tiempo en que la gente como yo habría tenido que quedarse en la puerta mientras los aristócratas lo llenaban.

Pero yo era incapaz de disfrutar de la ópera, de la soprano con sus

volantes blancos y sus fuegos de artificio vocales, del emocionante tenor. Yo seguía mirando ciegamente al escenario con las manos cruzadas sobre las rodillas y mis pensamientos eran un batiburrillo de imágenes al azar adornadas con el lazo de la monótona voz radiofónica del camarada Molotov. Mi hijo comiendo blini calientes con crema agria y mermelada de manzana… «Las tropas alemanas han entrado en nuestro país sin reclamar nada a la Unión Soviética ni hacer una declaración de guerra…». Las ordenadas filas de archivos que tanto disfruté organizando en la biblioteca… «Han atacado nuestras fronteras en muchos puntos…». Los gestos de aprobación de mis profesores de historia cada vez que respondía correctamente a una pregunta: «Exacto, Liudmila Mijaílovna»… «También se han producido ataques aéreos enemigos y descargas de artillería…». Láminas de metal azul violáceo que salen de una hoja; un disparo producido por mi dedo en el gatillo que impacta en el centro de una diana…

El telón cayó con un estallido de aplausos. El primer acto había terminado, la soprano había renunciado al amor en favor de la vida (¿no era así?), y yo apenas había oído una sola nota. Lo único que sabía es que algo se iba formando en mi pecho, se iba formando con implacable firmeza, y de repente no podía respirar, no podía pensar, no podía seguir allí sentada durante el segundo acto y la pomposa entrada de Vika con sus enaguas rojas.

—Tengo que irme —le dije a Sofía bruscamente, y me levanté de mi asiento, bajando las grandes escalinatas para salir a tomar grandes bocanadas de aire tibio de la noche.

Me quedé en los escalones del teatro de la ópera un momento, con mi vestido azul de de China agitándose alrededor de mis rodillas, y a continuación eché a andar.

Acabé dirigiéndome a la bahía, enroscando y desenroscando mis dedos en la barandilla que da al mar. En el escenario veraniego del paseo marítimo cercano, una banda de música tocaba una marcha militar cuyas notas resultaban pesadillescamente alegres. El agua resplandecía y vagamente podía distinguir los perfiles de la flota del mar Negro en la bahía. Lanchas bombarderas, destructores y un viejo crucero reequipado como minador… Me pregunté si alguno de ellos seguiría allí dentro de una semana. Me pregunté si alguna de las personas que paseaban, reían y daban palmas al son de los tambores de la banda seguirían allí dentro de una semana o si todo serían uniformes y rostros sombríos.

Aquel hermoso mundo. Aquella maravilla nocturna que era mi ciudad,

que era mi país. El mundo de Slavka, el único que yo quería enseñarle, construir para él, dejar en sus manos. Infestado de bestias alemanas con aquel dictador suyo que parecía un pequeño cepillo de dientes vociferante y sus delirios de superioridad universal.

—¿Erais mejores los soviéticos? —me preguntaría después un periodista estadounidense medio borracho—. Arrestos sí que le echasteis, si somos justos, queriendo hacer comunista al mundo entero.

Hay cosas por las que mi país puede pedir perdón. Tenemos un largo camino por delante y hemos aprendido a no ver el mundo alrededor de nosotros, sino el mundo tal como será un día, sabiendo que aún falta mucho para llegar. Pero sean cuales sean nuestras culpas, jamás pediré perdón por librar la guerra que atravesó nuestros umbrales en 1941. Alemania nos invadió. Alemania quería nuestro petróleo, nuestras ciudades, nuestra bandera añadida a su corona imperial. Quería ver sus malditas águilas ondeando desde los palacios azules y dorados de Leningrado hasta los icebergs del lago Baikal, y lo que nosotros quisiéramos carecía de importancia; así que nos invadieron. Los primeros disparos fueron suyos, las primeras botas que atravesaron las fronteras fueron las suyas, y si nos hubiéramos rendido y los hubiéramos dejado hacer, mi Slavka habría acabado en las Juventudes Hitlerianas y le habrían enseñado a saludar a un monstruo.

¿De verdad sorprende tanto a Alemania que cada madre, cada padre y cada alma nacida en esta vasta tierra helada nuestra se opusiera a ese destino? ¿De verdad?

Las llamas de la ira que habían prendido en mi estómago al oír el anuncio de la guerra ardían cada vez más altas hasta convertirse en furia al pensar en las esvásticas ondeando en Odesa. Y la furia arañaba y formaba espirales dentro de mí, algo tangible y candente que surgía de los fuegos de alguna monstruosa forja. Era suficiente rabia como para agitar un mar con furia de hervidero.

«¿Para qué sirve la furia?», susurró una voz dentro de mí mientras contemplaba el mar en calma. «Los estudiantes como tú no sirven de nada durante una guerra». La voz sonó muy parecida a la de Alexéi. Podía imaginarlo diciendo: «Un hombre ve oportunidades en la guerra, Mila…, pero no los ratoncitos de biblioteca como tú. Tú vete a enrollar vendas».

Y yo habría podido acabar mi tesis, cavar trampas para tanques,

alistarme para trabajar en el hospital más cercano. Atenerme al cuidadoso plan y a los papeles que conocía: la bibliotecaria, la investigadora, la madre de Slavka. Esos eran papeles que podía desempeñar sin cometer un solo error. Pero aquí, a diferencia de lo que ocurría en Inglaterra, Francia y América, la lucha de una mujer no se limitaba a los hospitales. Y yo servía para más cosas además de para archivar y tomar notas y para la historia ucraniana del siglo diecisiete. «No importa lo duro que sea el metal», le había dicho a Vika aquella tarde, «cede ante la fuerza humana». Lo único que hace falta es concebir el arma idónea.

Yo era un arma. Había aprendido a disparar, después de todo. Y había jurado que sería el padre y la madre de Slavka.

En tiempos de guerra, los padres van a luchar por sus hijos.

Así que dejé escapar un suspiro tembloroso, volví a casa en busca de mi pasaporte, mi carné de estudiante y mis certificados de tiradora y —aún con mi vestido de crepé de China y mis sandalias de tacón— fui a alistarme.

Capítulo 4

Mis memorias (la versión oficial): Cuando llegué al frente en territorio besarabiano, me impresionó la eficacia y la organización de los oficiales del Ejército Rojo y asumí mis nuevos deberes con estoicismo y resolución.

Mis memorias (la versión oficiosa): Cuando llegué al frente, me encontré un completo y absoluto desastre, el mismo que era yo, pues me había ido a la guerra sin despedirme de mi hijo.

—¿No tienes tiempo de venir a casa? —gritó mi madre al teléfono tras oírme decir que era un viaje largo.

—Casi cinco mil kilómetros, mamá. —Yo luchaba encarnizadamente contra las lágrimas, procurando que la voz no me temblara—. Salgo mañana. No sabía que sería tan pronto.

—Es que no tendrías que haberte alistado todavía. —Ella estaba llorando, y oí a mi padre al fondo: «Déjala, nuestra hija sabe lo que hace».

La línea quedó en silencio un momento, entonces volvió a sonar la voz serena de él.

—¿Tuviste algún problema para alistarte, malyshka?

—Alguno. El primer reclutador al que acudí ni se molestó en mirar mis certificados. Murmuró algo acerca de las mujeres que querían ser soldados, pero no tenían ni idea de lo duro que era, y me echó sin más ceremonia de la oficina.

—No conoce a las mujeres Belov —dijo mi padre, añadiendo en un tono un tanto ominoso—. ¿Tengo que hablar con alguien por ti?

Sabía que podía hacerlo. Mi padre era un hombre bueno y generoso, entregado al Partido y a su familia, pero también era un hombre al que convenía no enfadar nunca.

Como se suele decir, conocía a gente —la clase de gente que organizaba viajes solo de ida a ríos, gulags o cubas de cemento—. Esa era la razón por la que Alexéi se había casado conmigo cuando tenía quince años: informado mi padre de que estaba embarazada, mi madre lo informó a él de que haría lo correcto conmigo, y Alexéi probablemente llegó a la conclusión de que era mejor aceptar que perder los pulgares. Los cirujanos los necesitan.

Pero no quería que mi padre tirara de ningún hilo para llevarme al frente.

—Encontré otro oficial de reclutamiento, papá.

Uno mucho más amable que el primero, aunque, aun así, me preguntó: «¿Tiene su esposo alguna objeción a su servicio voluntario en el Ejército Rojo?». Al menos, aquel oficial no me había hecho ir en busca de ningún permiso por escrito de Alexéi. De lo contrario, yo podría haber destrozado la oficina.

—No lleves mucho equipaje —me advirtió mi padre—. Todo lo que necesitas en la guerra son calcetines secos, un buen par de botas y algo para leer. Y puedes estar segura…

—¡Por el amor de Lenin, papá! —Le tomé prestada su expresión para pincharlo—. Deja de preocuparte. Llevo calcetines de sobra, y mi tesis.

Por alguna razón, no podía dejarla atrás. Apretando los dedos alrededor del teléfono, me obligué a añadir:

—Yo… Siento no haber ido a casa a despedirme antes de alistarme. Podría haberlo hecho así, pero…

—Habría sido más difícil marcharte después de haber tenido los ojos enormes de Slavka clavados en ti —dijo mi padre.

Me mordí el labio furiosamente.

—Sí.

Cómo iba a poder apartarme de mi hijo si se me colgaba de la cintura llorando y suplicándome: «Mamochka, por favor, no te vayas, por favor…». ¿Y qué clase de madre habría sido entonces? ¿Una madre que no lucha por su hijo, por el mundo en el que quiere que su hijo crezca?

—Estoy orgulloso de ti, malyshka. —El gruñido de mi padre me arrancó

lágrimas de los ojos. Me libré de ellas como pude—. Cuando llegues al frente, solo recuerda…

—Los Belov nunca se rinden —dijimos a la vez, y eso me dio fuerzas suficientes para despedirme de Slavka por teléfono.

Apenas me llevó tiempo embalar la pequeña vida que había llevado en Odesa. Me despedí de mis compañeros de la biblioteca y de mis profesores, abracé a Sofía. Solo un breve par de días después de alistarme, me hallaba en un tren militar abarrotado de nuevos reclutas que se empujaban unos a otros —algunos de uniforme, la mayoría aún vestidos de civil—. Busqué con optimismo otra mujer en el vagón y no vi ninguna. El corazón se me encogió bajo el cuello de encaje que mi madre había insistido en añadir a mi vestido de viaje más recio para hacerlo bonito. Los soldados a mi alrededor parecían bastante amables, pero…

—¡Aquí! —Una mano esbelta se agitó en un banco junto a la ventana y vi a una rubia desgarbada con un abrigo que le estaba demasiado grande—. Olena Ivánovna Palii —dijo enérgicamente mientras yo luchaba por abrirme paso hasta ella—. Vigilaré mientras duermes si tú haces lo mismo por mí. Preferiría llegar al frente sin que me manosearan.

Extendí la mano

—Liudmila Mijaílovna Pavlichenko. Mila.

—Lena.

Enseguida me hizo sitio en el banco junto a la ventanilla frunciéndole el ceño a un enorme soldado pelirrojo que intentó apretarse entre las dos.

—Ve a buscarte otro sitio, blyat —dijo con un gesto indiferentemente obsceno que yo respaldé con una mirada acerada.

Seríamos aún dos desconocidas, pero éramos dos mujeres que viajaban solas en un compartimento lleno de hombres jóvenes y agitados, y ese tipo de alianzas son rápidas, pragmáticas, casi primitivas.

—Voy al batallón médico —continuó Lena Palii—. La semana pasada era estudiante de segundo curso del Instituto Médico de Odesa y cortaba rebanadas de cadáveres azules en la mesa de disección. ¿Y tú?

—La semana pasada ordenaba publicaciones periódicas por orden

alfabético. Mañana —pensé en mis insignias de tiradora— podré ser útil allí donde me pongan solo con que me dejen un fusil en las manos.

—¿No crees que debería haber aquí más mujeres con nosotras? —Lena sacó una remolacha de su petate y empezó a comérsela cruda—. Los hitlerianos están desbordando las fronteras como cucarachas, ¿y las nuestras son las únicas faldas de este tren? Te hace avergonzarte de ser mujer. Si las niñas quieren quedarse en casa y encogerse de miedo detrás de sus soperas mientras los hombres luchan, que se muden a Inglaterra. Que se pavoneen en Piccadilly con la princesa Margarita y se hagan tirabuzones en el pelo.

Yo sonreí y decidí en ese instante que iba a caerme bien Lena Palii. El tren salió lentamente de la estación, serpenteando hacia el oeste en dirección a la estepa. La superficie brillante del estuario del Dniéster brillaba a la derecha, luego vino la sucesión de estaciones. Shabo, Kolyesnoye, Sarata, Artsyz, Jlavani. Ahogué una oleada de nostalgia. «¿Qué estoy haciendo tan lejos de todo lo que amo?». Pero me sobrepuse enseguida, antes de que pudiera convertirse en autocompasión. «Slavka. Esto es por él».

Fue una larga noche. Lena dio una cabezada primero, mientras yo vigilaba; luego yo apoyé la frente contra el cristal y me tocó a mí. Siguió un día aún más largo; más estaciones extrañas, más poblaciones desconocidas. Lena y yo intercambiamos historias; yo admiré la bufanda que le había tejido su madre; ella admiró mi fotografía de Slavka.

—Qué lindo —dijo tocando su cara redonda de bebé—. ¿Y su padre?

—No tan lindo. Un auténtico cabrón, en realidad.

—Intuyo toda una historia detrás. —Lena hizo un gesto de «cuéntame», y yo, aunque no solía ser tan abierta con gente a la que acababa de conocer, poco después estaba contándoselo todo: la antigua Mila Belova de quince años en su primer baile, y el hombre alto y rubio que la aparta de sus amigas en un abrir y cerrar de ojos y le dice: «Deja que te enseñe algo».

—¿Eso fue todo lo que necesitó? —Lena levantó las cejas—. Tuvo que ser un buen baile.

Hice una mueca.

—Cualquier otra noche habría bailado con él una sola vez y habría

vuelto con mis amigas. Pero lo vi salvar una vida delante de mí.

Alexéi y yo habíamos dado solo dos vueltas a la pista de baile cuando un desconocido se derrumbó de repente junto a la pared con la cara enrojecida por el vodka y los ojos abiertos con expresión de pánico, ahogándose. Sus amigos no se daban cuenta de que era algo serio, y se reían a carcajadas incluso cuando lo vieron caer de rodillas agarrándose la garganta, pero Alexéi se percató. Se mezcló con la multitud para acercarse al hombre y se lo echó al hombro en medio de la pista de baile para darle la vuelta e intentar que expulsara lo que lo estaba ahogando. Cuando logré abrirme camino hasta él, se estaba subiendo las impecables mangas de la camisa y estaba sacando una estilográfica y una pequeña navaja de su bolsillo. Al verme, me lanzó la pluma a las manos y ordenó: «¡Desmóntala y dame el barril!» mientras cogía una botella de vodka de la mesa más cercana y utilizaba el frío licor para esterilizar la navaja. Me arrodillé junto a Alexéi con el corazón golpeándome en el pecho y vi que él estaba muy sereno. Cogió la estilográfica desmontada y me lanzó su pañuelo: «Cuando te diga, limpia la sangre».

Y le hizo una incisión al hombre en la garganta, justo por debajo de la nuez de Adán, hasta la tráquea de un solo movimiento mientras yo limpiaba la sangre, aterrorizada, pero obedeciendo a aquella fría voz, y él iba fabricando un tubo de respiración con el cuerpo vacío de la estilográfica hueca y el hombre dejaba de morirse. Todo gracias a aquellas firmes manos de dedos largos de Alexéi Bogdánovich, el doctor Pavlichenko, aunque su nombre no lo supe hasta una hora después, sentados bajo un roble en el fresco y sombrío jardín a las puertas del salón de baile, cuando ya se habían llevado al paciente al hospital.

—Eres buena en una crisis, pequeña. ¿Cómo te llamas? ¿Mila? —me dijo cogiéndome la mano entre las suyas, con aquellos dedos largos, de un modo que me dejó completamente sin respiración.

—No soy tan pequeña —dije con la esperanza de que no adivinara mi edad, y sintiéndome aliviada cuando sonrió.

—No, ya veo que no.

(Eso era mentira, le dije a Lena. Había hecho un cálculo bastante acertado de mi edad, que era demasiado corta, y exactamente la que a él le interesaba).

—¿Cómo hiciste esa operación? —le pregunté—. ¿Cómo salvaste a ese

hombre?

—Soy cirujano. Ese es nuestro trabajo. —Sonrió—. Aunque yo seré más que un cirujano algún día.

—¿Qué quieres ser?

—Grande —dijo sin más—. Haré que el nombre de Pavlichenko resuene desde Moscú a Vladivostok algún día. —Sonrió para darme a entender que bromeaba, pero yo sabía que no estaba bromeando. No de verdad. En él brillaban las llamas de la ambición.

—Lo veo ya —respondí riendo—. Alexéi Pavlichenko, héroe de la Unión Soviética…

—Suena bien. —Se rio él también, mirándome—. ¿Y tú qué quieres, Liudmila?

Al oír mi historia, mi nueva amiga Lena lanzó un silbido.

—¿Y tú caíste en sus brazos como un lirio arrancado?

—Más o menos. Con apenas quince años, mi vida era asaltar huertos con los chiquillos locales y estudiar; ni la estudiante aplicada que soñaba con la universidad ni la revoltosa que no tenía rival en todo el barrio con el tirachinas tuvieron la menor oportunidad frente aquel alto vikingo dorado que me arrastró a su órbita para salvar una vida y luego me preguntó qué quería. Yo hice lo que habría hecho cualquier otra chica: me acerqué y lo besé antes de que los nervios me traicionaran, y quizá me cogió con la guardia baja lo rápido que todo sucedió desde ese momento, la velocidad con la que se liberaron los botones y la ropa desapareció, pero yo estaba demasiado impaciente, demasiado deslumbrada como para querer parar.

—Nueve meses después —le dije a Lena— allí estaba Slavka.

Ella volvió a silbar.

—¿Y el cabrón rubio?

—En busca de su lugar en el mundo. Es el mejor cirujano de la región, tengo que reconocerlo.

Había tenido que contactar con él alrededor de un año antes para un trámite que exigía mi matrícula universitaria: «¿Tiene su esposo alguna objeción a que se matricule en la Universidad de Kiev?». Tuvo

la amabilidad de poner por escrito una breve confirmación de que llevábamos años sin convivir. No preguntó por Slavka, solo me cogió de la muñeca para tirar de mí hacia él y me preguntó si le daba un beso «por los viejos tiempos». Habría querido decir algo mordaz, pero no me atreví porque necesitaba el documento. Así que me limité a sonreír de forma forzada, evitando el beso, y él sonrió sosteniendo el papel sobre mi cabeza. ¡Salta a por él, kroshka! Y salté, porque no me quedaba otro remedio, y solo me hizo saltar tres veces antes de dejarme alcanzarlo. Acordarme aún me hace encogerme de vergüenza.

—No hablemos más de él —le dije a Lena, tragándome la rabia que sentía cada vez que pensaba en Alexéi.

La rabia no le era de ninguna utilidad a una madre, a una estudiante, a una futura historiadora ni a un productivo miembro de la sociedad, y desde luego no iba a ayudarme a ser más serena y eficaz como soldado tampoco. Alexéi era el pasado, la guerra era el futuro, así que le di un golpe a Lena con mi zapato y dije:

—Te toca a ti.

—Yo también me he encontrado a un par de cabrones rubios en el pasado. —Y se lanzó a contar una extravagante historia que, afortunadamente, sacó a Alexéi de mi cabeza.

Pasaron casi cuarenta y ocho horas de frío, maloliente incomodidad y dolor de huesos hasta que pudimos salir del tren a las tres de la mañana, entre empujones y codazos, para formar una fila en una extraña vía muerta, temblando en medio de la fría humedad. Entre gritos destemplados que nos pusieron en orden, emprendimos un largo camino por una carretera sucia. A las siete tenía los pies llenos de ampollas dentro de mis zapatillas de lona y sentía un denso olor a pino, a savia de árbol… y a pólvora. Era el olor de la guerra o, al menos, de mi guerra. Mi padre decía que sus tiempos en el frente olían a lodo y a alambre, pero quizá toda guerra huele diferente.

La mía olía a árboles, a humo y a sangre.

Desde aquel día, no he logrado sacármelos de la nariz.

Todos los comienzos de las historias de guerra se parecen, ¿verdad? Las historias fluyen como una película, con la banda sonora adecuada. El orgulloso alistamiento, las despedidas de la familia, ponerse el uniforme —la música crece, dulce y conmovedora—. La jura, un

momento dramático —se requiere algo de patriótico metal—. Luego el periodo de instrucción, mientras el nuevo recluta con ojos como platos aprende a manejar su arma —al son de una marcha militar con profusión de tambores—. Y entonces el recluta —y su público, mientras él cuenta esta historia— está listo para la batalla.

Pero yo llegué a territorio besarabiano entre las unidades de retaguardia de la 25.ª División Chapáyev de Fusileros en medio de un completo caos. No había tiempo para una instrucción adecuada ni para apreciar debidamente los distintos momentos de mi iniciación; apenas si lo hubo para engullir un plato de gachas oyendo a lo lejos el sonido de las ametralladoras. Los pies chapoteaban en el lodo y los árboles contemplaban como silenciosos centinelas las sucias tiendas de campaña, los camiones que traqueteaban, los soldados que corrían de un lado para otro como hormigas. Me puse el uniforme que me lanzaron, recité de un tirón el juramento y entregué mi vida y mi cuerpo al Ejército Rojo, quedándome con la información de que me había convertido en soldado del 54.º Regimiento Razin de Fusileros de la Estepa, 1.er Batallón, 2.ª Compañía.

—Adiós a la vida civil —dijo Lena encajándose la nueva gorra de camuflaje en el pelo—. Parece que no somos muchas. Me pregunto si es porque son los primeros días o porque están dejando a las mujeres detrás de los mostradores o en los batallones de hospital.

Yo sabía que no había muchas mujeres en el Ejército Rojo, pero no esperaba ser la única de la 2.ª Compañía. Siempre me había llevado bien con los hombres; la mayoría de mis amigos, de niña, habían sido chicos, y ellos me aceptaban como una más sin hacer preguntas. Pero una cosa era ir por ahí con un grupo de muchachos en un mundo cuya mitad seguía siendo femenina, y otra verte siendo la única mujer en toda una compañía de jóvenes ruidosos, jactanciosos y sobreexcitados sin prácticamente ninguna otra mujer a la vista.

—Córtame el pelo —le pedí a Lena de repente, quitándome la gorra—. Déjalo corto en la nuca.

—Es un pelo bonito —objetó mientras yo me soltaba la gruesa trenza.

—Aquí no vamos a tener tiempo de mantener limpio y peinado el pelo largo. —Aplasté cualquier reticencia: yo era un tipo medio de mujer, ni alta ni baja, ni gorda ni delgada, pero la densa melena de color marrón chocolate que me llegaba hasta la cintura era hermosa.

«El pelo vuelve a crecer», me dije.

—Tú córtamelo, Lena. No solo se trata de lavarlo: mi padre dijo una vez que las mujeres que mejor se desenvuelven en el ejército son aquellas que no llaman la atención sobre el hecho de ser mujeres. Pelo corto. Todo seriedad. Nada de flirteos.

—Ser uno más entre los chicos. —Lena empezó a cortar mi gruesa trenza—. De acuerdo. Tú me lo cortas a mí ahora.

Nos esquilamos mutuamente, arrojamos con ceremonia nuestras trenzas cortadas a la fogata más próxima e intercambios sombrías sonrisas mientras estas chisporroteaban y despedían su espantoso olor a quemado.

—Cuídate —le dije a mi nueva amiga al dirigirse al batallón médico —. Vigila bien tu espalda hasta que tengas amigos que lo hagan por ti.

No necesitábamos decir por qué. Todas las mujeres sabemos por qué.

—Tú igual, Mila. —Lena me hizo un gesto por encima del hombro para despedirse, y cuando se hubo marchado, los oficiales de mi batallón parecieron aún más inseguros sobre lo que hacer con la única mujer que quedaba entre la nueva hornada de reclutas.

Me encontré delante de un teniente que casi no tenía edad de afeitarse intentando explicarle que ya sabía disparar…, noticia que recibió como un director de funeraria delante de un cadáver que hubiera llegado a la mesa de autopsias ya embalsamado.

—¿Sabe disparar? —repitió por tercera vez—. Bueno, quizá eso cree. La guerra no es cosa de mujeres. Pediré al comandante del batallón que la transfiera a un batallón médico.

—Se me desperdiciaría como enfermera, señor.

Pero me enviaron igualmente al puesto de mando del 1.er Batallón, donde tuve la misma conversación otra vez, y luego otra vez más cuando fui a parar —exasperada y dando zapatazos con mi guerrera kaki y mis pantalones nuevos— al despacho de un capitán con cara larga y semblante lúgubre.

—¿Sabe disparar? —dijo mirando mis varios certificados—. ¿Es buena?

—Póngame a prueba, camarada capitán —respondí—. Un fusil con miras telescópicas…

Se echó hacia atrás el gorro sobre el cabello ralo.

—No tenemos fusiles de francotirador.

—¿Un tres líneas estándar, entonces? —Me acordé del instructor de la cicatriz y sus lecciones sosteniendo el fusil Mosin-Nagant.

—Tampoco tenemos de esos, Liudmila Mijaílovna. No hay suficientes para los nuevos reclutas.

Podría haberme molestado que el capitán empleara mi nombre, pero no rizó la lengua alrededor de él del modo que ya había oído a algunos oficiales. El capitán Sergienko era un hombre gris, esbelto, de unos treinta años, aunque aparentara cincuenta, y dijo mi nombre como un hombre que llevara dos semanas en una guerra y ya tuviera la sensación de no haber dormido en un año.

—¿Cómo lucharé contra ellos, entonces, camarada capitán? —El casco se me clavaba de una forma incómoda bajo el brazo, miré mis botas de falso cuero dos números mayores que el mío, y pensé esto con claridad: «Compuesta y sin combate».

—Para los nuevos reclutas, la principal arma por ahora será la pala.

Una pala.

No es un momento muy dramático, ¿verdad? No hay un tema arrollador de Prokófiev para un nuevo recluta que cava heroicamente trincheras. Pero esa fue mi entrada en la 25.ª División Chapáyev de Fusileros: una pala en lugar de un fusil, y el desorganizado batiburrillo de una retirada antes que una carrera lanzada hacia la gloria.

Una de las muchas maneras que tiene la realidad de no parecerse a ninguna película.

No disparé una sola bala durante casi un mes, y de la mayor parte de aquel mes solo me quedan fragmentos en el recuerdo. La claridad se hizo en mí con un gatillo; hasta entonces, todo fue caos y terrones de tierra, confusión y sangre coagulada. Quizá sea distinto para los generales, esos hombres al mando de grandes unidades militares que estudian pulcros mapas y tienen una visión más amplia, la maquinaria al completo. Para nosotros, los subalternos, solo la tierra bajo nuestras botas es clara. A mí me habían lanzado de cabeza a un revoltijo de ataques y contraataques, cargas y retiradas —yo avanzaba, obedecía

toda orden que me gritaban y aprendía a encogerme con el sonido de la artillería que pasaba sobre mi cabeza—. Lo que no aprendí fue cómo luchar por mucho que las batallas ya asolaran toda la longitud de nuestras fronteras. No había tiempo para respirar, ni para aprenderme el nombre del soldado que marchaba junto a mí, y mucho menos para luchar.

Fragmentos.

Recuerdo los regimientos viajando día y noche una vez que emprendimos la retirada caótica a través de las estepas del mar Negro —camiones, carros tirados por caballos, hombres a pie—. Recuerdo derrumbarme para dormir de noche completamente vestida, demasiado exhausta como para vigilar mi espalda, aunque poco importaba, pues en medio de aquel caos los hombres de mi compañía ni siquiera tenían fuerzas para darse cuenta de que el camarada soldado raso Pavlichenko era una mujer, y mucho menos para hacer nada al respecto. Recuerdo la estepa en las cálidas noches de verano, extendiéndose a ambos lados del camino como un libro abierto, y su aspecto de día, cuando estallaban las balas de cañón, salpicada de fuego por todas partes, y el olor a pólvora quemada que persistía, amargo, en la nariz. Recuerdo a los civiles que se retiraban con nosotros, caravanas enteras de obreros y equipamientos de las fábricas, campesinos que empujaban el ganado de las granjas colectivas; mujeres y niños que avanzaban trabajosamente, cargados con cestos y mochilas, estremeciéndose cada vez que un Focke-Wulf zumbaba sobre sus cabezas. Recuerdo cavar trincheras con pequeñas palas de zapador a la luz de la luna mientras restallaba la artillería de largo alcance del enemigo. Recuerdo darme cuenta de que llevaba en el frente un mes entero y aún no había escrito a mi padre. «Los Belov nunca se rinden», pero nos estábamos retirando y enterrando a nuestros muertos en cráteres de bombas. Nos estábamos retirando como si nos segaran de toda nuestra disminuida frontera para ir a caer a los pies de la esvástica.

Recuerdo un campo de trigo que se alzaba en sábanas infladas de fuego bajo el vuelo de los bombarderos alemanes; recuerdo las carcasas retorcidas de poblaciones incendiadas y maquinaria bombardeada. Los Junkers que sobrevolaban podían sembrar de cráteres un camino atestado de familias que huían a pie y ametrallar su mismo centro —mientras mi compañía recibía la orden de refugiarse en los árboles—. En un crepúsculo manchado de sangre, una mujer escuálida cuyo carro acababa de quedar reducido a astillas por las bombas me escupió cuando volvía a la carretera con el resto de mi compañía.

—Al infierno con vosotros —susurró—. ¿Por qué no estáis combatiendo a esos hijos de puta?

Recuerdo bajar los ojos, echarme el petate al hombro e ir a formar, incapaz de responder una palabra.

Recuerdo el miedo. «Aléjalo de ti, apártalo», me decía a mí misma, pero no había a dónde apartarlo, estaba en todas partes: vivíamos miedo, respirábamos miedo, comíamos, bebíamos y sudábamos miedo. Cada zumbido de los aviones alemanes sobre nosotros podía significar el final, y yo no tenía nada con que defenderme aparte de una simple pala.

Pero eso cambió una mañana de julio en el paisaje de pesadilla destrozado y lleno de cráteres que separaba la ciudad de Novopavlovsk de la línea de Novy Artsyz. El fuego de artillería había estado sonando en oleadas y mi regimiento cavaba, mientras tanto. Cavar, bonita palabra para referirse a esconderse, a refugiarse en trincheras improvisadas y arboledas destruidas agachándonos cada vez que otra ensordecedora ráfaga de fuego se desencadenaba como si fueran los pasos de un gigante. El hombre que se refugiaba junto a mí en nuestra mínima hendidura abierta en la tierra no era más que un crío, pecoso y serio, que jugueteaba tan constantemente con su fusil que me daban ganas de abofetearlo. Otra oleada de fuego de artillería estalló; enlacé las manos por detrás de la nuca y bajé la cabeza, diciéndole al chico que hiciera lo mismo.

—Aguanta —grité por encima del estruendo, casi ahogándome en mi propio terror reflejo—, los ataques vienen en oleadas, es como un parto.

Pero él solo me dirigió una mirada de asombro.

No podía ser de otra forma; vaya analogía inútil para un hombre, y entonces busqué otra, pero, de repente, su rostro era una sábana de sangre. Se tocó la frente, aún más asombrado, y vi que la mitad de su cabeza se abría como la cáscara de un huevo. Se derrumbó lentamente sobre mí, traté de sostenerlo, pero pesaba demasiado y siguió resbalando hasta el lodo.

Dejando su fusil cubierto de sangre en mis manos temblorosas.

La delegación soviética

Día 1

27 de agosto de 1942

Washington D.C.

Capítulo 5

«Si alguna vez en su vida ha sostenido un fusil», pensó el francotirador, viendo a la supuesta francotiradora desaparecer en el interior de la Casa Blanca tras la primera dama, «me comeré mi maldito sombrero».

Las puertas se cerraron tras la delegación soviética, y eso fue todo.

—¿Cuándo podremos hablar con los rusos? —preguntó el periodista del Washington Post agitando sus notas—. ¿No irán a hacernos esperar hasta que el congreso de estudiantes haya acabado, no?

—Habrá una rueda de prensa esta noche en la embajada soviética. —El tirador empleó su lenta pronunciación de Virginia mientras daba la espalda a la Casa Blanca bajo el resplandor rosado del amanecer—. Guarda tus preguntas para entonces. A no ser que tengas invitación para el desayuno de bienvenida de esta mañana en la Casa Blanca.

—¿Tú tienes una? Afortunado hijo de…

El francotirador sonrió. La fortuna no tenía nada que ver; los hombres que lo habían contratado para el trabajo se movían en las altas esferas, y se habían asegurado de que su nombre (el nombre que figuraba en la acreditación de prensa impecablemente falsificada) estuviera en la lista.

—¿Para qué necesitas ver tan de cerca a la chica? —protestaron—. Tienes que retratarla, no pedirle una cita.

—Necesitaré saber cómo llevarla aparte cuando llegue el momento —respondió el francotirador—. Si es fácil o difícil distraerla. Si hace falta sobornar a alguien para tener acceso a ella, y, de ser así, a quién. Y solo tendré una semana, desde el día de la llegada de la delegación soviética hasta el último del congreso, para obtener toda esa información.

—Parece bastante trabajo —había sido la respuesta, y el francotirador se había encogido de hombros.

En realidad, siempre había disfrutado el trabajo duro de un nuevo encargo: adoptar una identidad falsa bien planeada, respaldar esa identidad con pruebas sólidas, vivir esa profesión si era necesario. Se acordaba de cuando en 1932 había trabajado durante cuatro meses en la oficina de una empresa de seguros para obtener acceso a un objetivo… Había vendido un montón de seguros verdaderos. Todas esas horas eran trabajo, desde luego —meticuloso y, con frecuencia, tedioso trabajo—. Pero siempre había pensado que había dos clases de hombres en su profesión: los buenos tiradores que pensaban que el trabajo consistía en apretar un gatillo y solo se esforzaban por conseguir una tapadera superficial, y eso sudando todo el tiempo…, y los profesionales para los que la coartada profunda era el objetivo y que invertían suficientes horas en investigar para no tener que sudar una vez que apretaran el gatillo.

Él sabía a qué clase pertenecía.

—Sigue siendo mucho trabajo que tomarse para alguien sin importancia —se había quejado su intermediario de altos vuelos.

«Dice el hombre que no acabará esposado si todo se va al traste», pensó el francotirador.

—Tú solo asegúrate de que mi nombre de la acreditación de prensa pasa todos los controles de seguridad y acaba en todas las necesarias listas de invitados y viajes —había dicho él, y, al menos, no había habido ningún problema con eso.

Normalmente se las arreglaba para obtener acceso a cualquier trabajo necesario —después de diecinueve años, tenía toda una red de contactos e informantes a los que podía pagar por cualquier información o documento—, pero los hombres para los que estaba trabajando ahora tenían a su alcance mucho más con el menor gesto bajo cuerda.

Solo se había reunido con sus empleadores durante treinta minutos, de hecho —o, más bien, con el intermediario de sus empleadores—. No era necesario, pero ellos necesitaban garantías, y él tenía aproximadamente una hora libre antes de volver para el desayuno de bienvenida, donde la primera dama, toda dientes, estaría haciendo de anfitriona de los soviéticos y de un puñado de periodistas en la pequeña habitación de la primera planta de la Casa Blanca. Distraídamente, el francotirador se preguntó qué estaría haciendo Mila Pavlichenko ahora. ¿Se hallaría sobrecogida bajo aquel mítico techo o estaría mirando con desdén la decadencia occidental y capitalista de

todo? ¿Estaría repasando la tapadera de sus supuestos 309 nazis asesinados o sintiéndose perdida y confusa lejos de casa? Esperaba que lo segundo. Las mujeres solitarias son objetivos fáciles. Había tenido a varias en los últimos años.

No estaba seguro de si tendría que matarla o no. La opción que resultara más sencilla: todo profesional sabía que el plan más simple siempre era el mejor. Porque en cuanto las balas empezaban a cantar, incluso los mejores planes se torcían. Cierta improvisación era inevitable. Pero, tanto si acababa dejando su cuerpo junto a una nota de confesión suicida el último día del congreso, como si simplemente la incriminaba y dejaba que su reputación soviética inflada le pusiera la soga al cuello, una cosa era segura.

Cuando se planea asesinar a un presidente, uno lo hace mientras hay una francotiradora rusa en la ciudad para cargar con la culpa.

El francotirador hacía tintinear los diamantes en bruto en su bolsillo al tiempo de parar un taxi.

—Al Memorial de Lincoln —le dijo al conductor bajando la ventanilla para disfrutar de la brisa cálida de la mañana.

El pronóstico de la semana solo daba cielos azules, días cálidos y un tiempo perfecto para un final de verano. «Señorita Pavlichenko, disfrute de su primera visita a los Estados Unidos mientras pueda».

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

Mientras conduzco a la delegación soviética por las escalinatas de la Casa Blanca hasta sus habitaciones, mi mente sigue dando vueltas a las palabras que Franklin me dijo esta mañana después de su caída: «Ellos rezarán para que no me levante». Con un énfasis adicional en la palabra ellos más allá de su bienhumorada ironía habitual. ¿Amargura? ¿Preocupación? Pienso en ello mientras acompaño a Liudmila Pavlichenko hasta la habitación rosada que será la suya durante su visita.

Mi esposo tiene detractores y rivales, por supuesto. Todo presidente es odiado. Y el hombre que ha obtenido un tercer mandato sin precedentes es odiado aún más que la mayoría. Él, normalmente, se ríe de esos odios…, pero no se estaba riendo esta mañana. ¿Existe alguna camarilla de enemigos en particular que le preocupa?

Abandono, sorprendida, mis pensamientos cuando la joven rusa —que hasta ese momento no ha dicho una sola palabra— cruza la habitación para ir hasta la ventana, por donde la luz de la mañana entra a través del cristal. Por un instante, creo que va a exclamar algo acerca de los jardines que florecen abajo, pero en lugar de eso cierra las persianas de un tirón. «¿Sucede algo, querida?», le pregunto.

Ella responde algo en ruso, con aspecto bastante tranquilo, mientras cruza las manos por delante de la cintura, pero yo siento incomodidad. «Dice que prefiere no tener persianas abiertas a su espalda, señora Roosevelt», traduce amablemente el intérprete.

Ah. Dicen que es una francotiradora —yo no sabía qué pensar de eso—. Sigo sin saberlo, en realidad. Pero ella me da las gracias por mi hospitalidad por medio del intérprete y mientras examino esos opacos ojos oscuros me gustaría preguntarle. ¿Cómo sabes que un enemigo te está acechando? ¿Cómo distingues si es solo nerviosismo o un peligro genuino?

¿Cómo sabes que tienes una diana en la espalda?

Catorce meses antes

Junio de 1941

El frente de Odesa, URSS

MILA

Capítulo 6

Mis memorias (la versión oficial): Toda mujer recuerda su primera vez.

Mis memorias (la versión oficiosa): Esas palabras significan para mí algo muy distinto que para la mayoría de las mujeres.

—Veo que se las ha arreglado para conseguirle miras PE a ese fusil. —El lúgubre capitán Sergienko señaló al arma ahora registrada a mi nombre—. ¿Ya ha disparado con él?

—Sí, camarada capitán. —Mantuve la mirada al frente, preguntándome por qué me habían llamado al puesto de mando con la larga luz oblicua de justo antes del anochecer.

Me estudiaba. Yo me metí en mis botas, consciente de que tenía los labios lo bastante secos como para que les salieran grietas y el pelo corto y sucio. La División Chapáyev había llegado a la región fortificada de Tiráspol y cavaba de nuevo. No era un mal sitio para darse la vuelta y luchar: terraplenes, hormigón reforzado, posiciones para abrir fuego, búnkeres, trincheras profundas, ametralladoras y artillería propia. La línea defensiva rusa pasaba como un collar por la garganta de Alexandrovka, Buyalyk, Brinovka, Karpova, Belyayevka… ¿De verdad llevaba menos de seis semanas en la guerra? Aparté aquel pensamiento.

La voz de Sergienko me hizo volver en mí.

—¿Ha alcanzado a alguien a quien haya apuntado con esas miras?

—No lo sé, camarada capitán. No ha sido esa clase de disparos. Yo he disparado como un buen soldado. —Cada vez que me lo ordenaban, a ciegas, sobre el borde de las trincheras y detrás de los árboles, mientras la División Chapáyev continuaba su retirada.

No podías ver a qué estabas disparando en esos momentos; disparabas porque te estaban disparando a ti, no porque tuvieras nada en tus

miras. Yo no sabía si había alcanzado a alguien, lo único que sabía era que tenía menos miedo cuando sentía el reconfortante peso de un fusil en la mano. Algo sin sentido, en realidad —tener un arma no me hacía invulnerable—, pero hacía que me sintiera menos indefensa. No podía deshacerme del miedo, pero podía sujetar mi arma.

—Venga conmigo —dijo Sergienko, y yo lo seguí fuera del puesto de mando a través del caos de cajas y tiendas de campaña, oficinas improvisadas y tierra amontonada en baluartes a cierta distancia de una cabaña de campesino bombardeada, desde donde él señaló al extremo más alejado de Belyayevka.

Entre los descuidados árboles, a lo lejos, se veía una casa de gran tamaño con un porche y un tejado de cumbrera que resplandecía bajo el crepúsculo.

—¿Los ve?

Asentí. Dos oficiales con uniforme de color gris arena salieron al porche, pude distinguir el brillo de sus insignias, sus cascos en forma de cuenco de pudin. No eran soldados de Hitler, sino rumanos —aliados de Alemania—. Tan cerca. Nunca había visto a un enemigo con tanta claridad, hasta entonces solo habían sido formas difusas al otro lado de las trincheras o perfiles con casco en las cabinas de los aviones que pasaban ametrallando sobre nuestras cabezas. Aquellos dos hombres no se hallaban ni a medio kilómetro de distancia. Allí estaban en el porche, al sol, rascándose, riéndose. Nuestros invasores.

El miedo constantemente acumulado en mi estómago empezó a encresparse otra vez. Normalmente sentía el miedo como una lámina de tungsteno fría y azul violácea retorciéndose bajo un torno, pero esta vez el metal iba del azul al rojo en la forja. Del miedo a la furia.

—Ese es seguramente su cuartel general —estaba diciendo el capitán Sergienko con su aspecto agotado—. Me enseñó sus certificados; según nuestros registros, es usted la única que tenemos con un curso de tirador experto bajo el brazo. Ahora que nos han dado un respiro —no dijo «entre retiradas», pero bien podría haberlo dicho—, veamos lo que sabe hacer.

Yo ya estaba descolgándome el fusil.

Sergienko se quedó atrás, observando. Sentía mi pulso bajo la mandíbula al empezar a prepararme para disparar a los dos hombres. «Objetivos», me dije, pero no podía ignorar la realidad de que no eran círculos pintados en un campo de tiro ni botellas de cristal en

equilibrio.

«Son enemigos», dijo la furia dentro de mí, creciendo a medida que avanzaba en mis preparativos. «Invasores». Yo no les había pedido que vinieran. Yo no les había pedido que se aliaran con Alemania a hacer grandiosos planes como cambiar el nombre a Odesa por Antonescu una vez tomada; para purgar el territorio conquistado de judíos y gitanos, ucranianos y rusos, pues todas las nuestras eran razas indeseables. Yo no había pedido nada de aquello. Yo quería quedarme en casa, abrazar a mi hijo, acabar mi maldita tesis. No necesariamente quería muerto al otro bando; yo solo quería que se fuera. Pero no iba a irse, así que me conformaría con verlo muerto.

No dejé de moverme ni dudé. ¿Qué duda puede haber, en realidad, después de tres semanas de retirada desesperada bajo el fuego enemigo? Simplemente exhalé mi furia y dejé que mi entrenamiento se ocupara de todo.

Un buen tirador actúa sin prisa, cada uno de sus movimientos es tan deliberado como el de la manecilla de un reloj. «Uno…». Medir las primeras distancias a través de las miras, el momento en que el alma se queda en silencio y los ojos toman el control. «Dos…». Calcular la línea de visión horizontal; vi que cubría los hombros del oficial que estaba más arriba en los escalones del porche. «Tres…». Usar el punto de referencia para calcular la distancia, la ecuación que había aprendido en mi curso de tiro resuelta en un abrir y cerrar de ojos: cuatrocientos metros. «Cuatro…». Las balas L, ligeras y deslizantes, en su lugar. «Cinco…». Encontrar una posición de tiro en la granja bombardeada donde nos encontrábamos, un ángulo con el vientre en el suelo no era posible, una posición arrodillada tras una pared medio destruida apoyando en las piedras el cañón de mi fusil, mejor. «Seis…». Colocarse: el peso sobre el talón de la bota derecha; el codo izquierdo, sobre la rodilla izquierda doblada; esperar hasta estar inmóvil, hasta volverse de piedra, hasta que pudiera formarse escarcha en las pestañas. «Siete…». Ajustar la correa del fusil bajo el codo, dejar que esta soporte el peso del arma. «Ocho…». Volver a buscar el objetivo a través de la mira, tener el viento en cuenta. «Nueve…». Buscar el gatillo, apuntar. «Diez…». Inspirar. «Once…». Espirar.

Al llegar a doce el reloj marca la medianoche y el dedo aprieta el gatillo.

Vi a los invasores a través de la mira y, al exhalar, disparé.

Después de siete disparos, bajé el fusil, notando que los oídos me zumbaban y el hombro me ardía por el retroceso. El capitán Sergienko bajó sus binoculares, mirándome.

—Le ha dado al oficial de atrás con su tercer disparo y al de delante con el cuarto, a pesar de que ya se habían alejado del porche y habían salido en desbandada.

—Lo he visto. —Mi voz sonó como si viniera de muy lejos.

Me di cuenta de que las manos me temblaban y se aferraban al fusil aún con más fuerza. Cuando miré al capitán, su rostro seguía cubierto por las líneas de mi mira, como si se hubieran grabado a fuego por dentro de mis ojos. El capitán volvió a mirar a través de sus binoculares al cuartel general rumano. Parecía haber bastante actividad en el porche ahora.

—Buenos disparos.

—La verdad es que no. —La cara me ardía—. Solo habría tenido que necesitar dos balas.

—Pero, aun así, ha abatido a dos hombres. —Sergienko parecía pensativo al alejarse de la granja y decirme con un gesto que lo siguiera.

Los rumanos podían calcular de dónde venían mis disparos y responder con fuego contra la posición.

—Tengo unos salvajes chicos siberianos capaces de atravesar con una bala el ojo de una ardilla a medio kilómetro, pero, cuando les he pedido que me demostraran lo que sabían hacer, todos se han quedado paralizados al disparar por primera vez a un hombre. Usted conocía toda la ciencia que hay en el asunto, sabía de balística, de trayectoria y todo eso. Pero lo más importantes es que ha sabido cómo dejar que la ciencia se hiciera cargo de todo al tener que disparar sobre un objetivo humano. Podría haber fallado, pero no dudó. Eso es raro en los nuevos reclutas.

—Solo es cuestión de entrenamiento —dije—. Yo ya he tenido alguno; los demás, no. Eso es todo.

—¿Entrenamiento? ¿No es instinto?

Sergienko era un hombre inteligente, pero incluso él (al igual que otros muchos, como iba a saber pronto) se inclinaba a pensar en el

instinto de un francotirador, en el hecho de sentirlo en la sangre, en cómo todo estaba en las entrañas. Tonterías. Yo era una buena bibliotecaria investigadora porque había aprendido a archivar, catalogar y organizar, y era una buena francotiradora porque había aprendido a calcular el campo y la distancia y sabía hasta dónde una bala en rotación podía desplazarse lateralmente desde el cañón hasta el objetivo. Podía hacerlo no por un instinto innato, sino porque había estudiado y entrenado y practicado hasta que el entrenamiento se había convertido en instinto. Era una buena francotiradora porque era una buena estudiante.

—Entrenamiento —repetí con un saludo a destiempo.

—¿Y puede hacerlo de nuevo? Me vendrían bien tiradores de larga distancia.

—Puedo hacerlo de nuevo. —Incluso después de cinco disparos fallidos, sabía que podía.

Porque había entrenado para ser perfecta, y la perfección se había convertido en un hábito demasiado poderoso como para permitir errores. La vida raramente permitía a una mujer ser perfecta, mucho menos a una madre, mucho menos a una madre soltera, y mucho menos a una madre soltera en la Unión Soviética, un lugar hermoso, pero no precisamente indulgente…, así que cuando me fustigaba por dentro por fallar la pregunta de un examen o desaprovechar una oportunidad en un congreso de estudiantes, al menos podía ir al campo de tiro y saber que allí no fallaría nada. Y aquella compulsión de no fallar era tan poderosa que aquel día había abatido a dos objetivos humanos sin la menor vacilación.

No me había detenido a examinar los rostros a través de las miras, pero sus rasgos debieron causarme alguna impresión contra mi voluntad, porque ahora los veía en mi mente con claridad repugnante. El primer oficial llevaba el pelo rapado y tenía nariz aguileña; el segundo era moreno y tenía un comienzo de vientre abultado. Eran enemigos —pero quizá también esposos y padres—. Todas las singularidades y talentos, las debilidades y las manías que hacían únicas dos vidas humanas, habían quedado extinguidas por dos balas en cuestión de segundos.

De repente quería meter la cabeza entre las rodillas, pero no podía hacerlo delante de mi oficial al mando. Me tragué la bilis que me subía por la garganta y eché un vistazo por encima del hombro hacia el edificio al que había disparado —un edificio que ahora bullía,

imaginaba, de oficiales rumanos presa del pánico—. «Invasores», volví a recordarme. Y, a pesar de mis náuseas momentáneas, supe que la próxima vez que disparase contra mis enemigos no fallaría.

—¿Puede usarme a mí, camarada capitán? —pregunté—. ¿Como francotiradora?

Mi instructor de la cicatriz a menudo había utilizado esa palabra. Esa fue la primera vez que yo la pronuncié.

—Por supuesto. —Sergienko se colgó los binoculares al hombro, con una expresión repentinamente tan seria que el corazón empezó a golpearme en el pecho—. Solo hay una cosa.

—¿Qué…?

—¡Siete disparos para dos nazis! Tiene que ahorrar munición, Liudmila Mijaílovna. ¡Vaya despilfarro! —Permaneció un momento con el ceño fruncido, luego acabó en una sonrisa un tanto lúgubre.

Por primera vez en semanas, me hallé riendo. Una risa débil, pero una risa. La risa en el frente… No sabía que algo podía sentar tan bien y ser tan necesario.

—Lo haré bien la próxima vez, camarada capitán —saludé sonriendo, pero reprochándome a mí misma yo también. Siete disparos para dos objetivos… Mi instructor se habría rascado la cicatriz y habría preguntado si la próxima vez me importaría apuntar a Moscú en lugar de a París—. Dos vidas, dos balas la próxima vez.

—Inténtelo. No tardarán en volver, y solo estamos nosotros para aplastarlos.

—Estados Unidos —dije, porque había rumores: los estadounidenses se sumarían a la guerra, enviarían tropas al este para aliviar la presión sobre nuestras líneas.

Pero el capitán Sergienko movió la cabeza.

—Los estadounidenses antes dejarían que nos pudriéramos. Todo está en nuestras manos. —Hizo un gesto de despedida y se dirigió hacia su puesto de mando, pero entonces se volvió hacia mí—. Ha inaugurado su cuenta hoy, francotiradora. Que los registros muestren que la cuenta de L. M. Pavlichenko ahora está en dos.

—No. —Me oí decir.

Mi capitán alzó las cejas.

—Esos dos han sido disparos de prueba. —Contaban, yo nunca los olvidaría, pero no habían sido oficiales, aún no.

Y yo quería dejar claro que no me importaba aumentar una cuenta a cualquier precio, contando vidas como si fueran monedas. Esa no era más que otra forma de alardear, y tampoco me gustaba. Quizá era el momento en que mi lado oculto de la luna había empezado a pasar de cuarto creciente a luna llena, pero convertir en un juego mis habilidades seguía causándome desagrado. Yo solo quería desempeñar un trabajo y repeler la invasión, no labrarme una fama.

—La soldado francotiradora Pavlichenko inaugurará mañana su cuenta.

Capítulo 7

Mis memorias (la versión oficial): Antes de un ataque, te armas de valor pensando en la patria y en el camarada Stalin.

Mis memorias (la versión oficiosa): Antes de un ataque, normalmente tienes ganas de vomitar.

El ataque de pesimismo previo a la batalla —todo el mundo tiene su propia manera de combatirlo—. La mayoría de los hombres que estaban conmigo en la 2.ª Compañía acudían a ponerse ciegos de vodka, al reconfortante intercambio de chistes verdes y a corear emocionados un par de canciones patrióticas. A mí me gustaba sacar mi tesis, llena de esquinas dobladas, de la mochila y hojearla. Había algo extraordinariamente tranquilizador en Bogdán Jmelnitski cuando las bombas estaban a punto de caerme encima.

Se había declarado un estado de sitio en mi maravillosa ciudad de Odesa; casi había llegado septiembre y mi cuenta de francotiradora estaba… Bueno, se había inaugurado oficialmente, y yo había ido sumando cifras casi a diario, acostumbrándome a aquel trabajo oscuro y cruento sin más bandazos inherentes que los justos entre el miedo y la furia, las náuseas y el perfeccionismo. Pero aquel día estaba con el resto de la 2.ª Compañía no en una de esas misiones de combate rutinarias que constituían la mayor parte de la guerra, sino en algo distinto.

El humo se elevaba sobre el agua, los gritos resonaban por toda la llanura del istmo entre los estuarios del Khajibeisk y el Kuyalnik. El 3.er Batallón estaba acorralado, después de haber sufrido tres días de bombardeos, y reducido a no más de cuatrocientos defensores. Los rumanos habían inundado la llanura, una masa de color gris arena que disparaba cada vez que veía movimiento, luchaba y capturaba a cualquiera que pudiera sacar a rastras de las fortificaciones semiderruidas. Alguien estaba gritando órdenes, el grito de la artillería sobre nosotros hacía las palabras incomprensibles. Yo me deslicé para resguardarme como pude en una trinchera a medio cavar con un

parapeto improvisado, monté mi fusil y empecé a disparar, y, casi en el mismo momento en que empecé, el estruendo de la artillería se extinguió.

Siguió un silencio entonces que cubrió la tierra ensangrentada como el humo. Los rumanos se habían esfumado, retirándose para reagruparse. ¿Por qué se producían aquellas extrañas pausas en mitad de furiosos combates? Las batallas parecen seres vivos, criaturas que necesitan respirar tanto como los soldados que luchan en ellas. Cuando se producen esos silencios, el impulso es el de hacerse un ovillo donde uno está con la cabeza baja, pero solo los novatos se paralizan. Los experimentados aprovechan para comerse un trozo de pan, desabrocharse los pantalones para una meada rápida o comprobar la munición con unas manos que sus amigos fingen no ver cómo tiemblan. Yo le pasé un trapo a mi fusil y lo recargué, flexionando los dedos temblorosos. El hombre que estaba junto a mí había hecho lo mismo, y entonces sacó un ejemplar manoseado de Guerra y paz de su mochila y tranquilamente lo apoyó en las miras de su fusil.

—¿Guerra y paz? —Me oí preguntar de una manera grotescamente coloquial—. ¿No te podías traer nada más irónico a la guerra?

Él pasó una página.

—Quería saber cómo acababa la batalla de Austerlitz.

—Ganó Napoleón. Espero que eso no te estropee el final del libro. —No era capaz de acordarme del nombre del lector, un siberiano delgado como una hoja, con el cabello negro brutalmente rapado hasta el cráneo—. Yo nunca me he terminado Guerra y paz. Nunca pasé del baile de Nochevieja.

El siberiano levantó las cejas. Mi gusto literario claramente estaba siendo juzgado.

—Prefiero la historia a las novelas —dije, encogiéndome de hombros —. A mí dame una buena crónica del conflicto entre la mancomunidad polaco-lituana y el Imperio otomano en el siglo XVII.

El siberiano volvió a su libro, pero detecté un movimiento en la comisura de su boca.

—Ignorante —dijo.

Abrí la boca para responder —una vigorosa discusión filosófica sobre los méritos de la literatura de ficción frente a la documentación histórica parecía una buena manera de matar el tiempo en una trinchera embarrada entre ataques de artillería— cuando una extraña

confusión de sonidos hizo girar rápidamente al unísono mi cabeza y la del siberiano.

La infantería rumana volvía a avanzar, no extendiéndose por la estepa, sino avanzando agrupada en densas columnas, levantando los pies al son de los tambores como si estuvieran desfilando… y cantando. Los oficiales recorrían los huecos entre columnas con los sables desenvainados al hombro; en el flanco izquierdo vi a un sacerdote con una túnica bordada de oro y tres pendones eclesiásticos hinchados por el viento detrás. Iba gritando, animando a los hombres bajo el latido de los tambores y el rugido masivo del himno.

A setecientos metros.

Medí mi campo de tiro mientras los cálculos se deslizaban con rápida fluidez por mi cerebro: una valla al borde de un trigal, seiscientos metros; unos matorrales de goji más cercanos, quinientos metros… El monótono clamor del himno iba creciendo y nuestra batería de morteros abrió fuego.

Vi un manantial de tierra crecer hacia el cielo entre las grises columnas, pero los supervivientes cerraron filas y siguieron avanzando por encima de los muertos. Bajaron las bayonetas y las hojas relucieron como fragmentos de un relámpago prisionero. Hice un recuento rápido —tal vez dos mil bayonetas que se dirigían hacia mi austero regimiento de cuatrocientos hombres—. El sacerdote seguía gritando, y mientras mi pulso golpeaba, me pregunté qué estaría diciendo.

—¿Vive l’empereur? —dijo el siberiano de cabello oscuro que estaba a mi lado como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Larga vida al emperador? Bueno…

Levantó su fusil, y mientras yo hacía lo mismo comprendí lo que había querido decirme. Las tropas de Napoleón habían gritado Vive l’empereur! marchando en columnas masivas exactamente como aquellas bajo águilas no muy distintas de las águilas de Hitler, cerrando filas alrededor de los muertos y avanzando inexorablemente hacia los héroes de Tolstói en Austerlitz… Habían marchado en aquellas mismas columnas y lanzando los mismos gritos contra los rusos cuando Napoleón decidió invadir la madre patria.

Bueno, todos sabemos ya cómo acabó aquello.

La furia se agitaba en mi estómago otra vez, haciendo su trabajo para

ahogar el miedo. Dos mil bayonetas se estaban dirigiendo hacia mí, y mi terror murió. Esperé hasta que dejaran atrás la valla junto al trigal y abrí fuego.

Clic, clic, clic. El reloj marcaba la medianoche con cada segundo que transcurría. Me daba cuenta de que el siberiano a mi lado estaba disparando con serenidad y rapidez, el fusil apoyado sobre el grueso lomo de Guerra y paz. Me di cuenta de que me había quedado sin cartuchos de munición, y cuando lo grité, él me pasó una bolsa de los suyos mientras sujetaba una pesada bala D con la punta amarilla entre los dientes, y yo recargué mi arma y seguí disparando. «Le he dado al sacerdote», oí que alguien gruñía a mi otro lado.

¿Cuánto tiempo estuvimos allí nuestros cuatrocientos disparando contra sus dos mil? De repente, el sol se estaba poniendo, incendiando la hierba de la estepa con sus penachos de fuego, y las explosiones de la artillería rumana volvían a herir mis oídos cubriendo su retirada. Los rumanos se daban la vuelta tropezando con sus heridos, y, por primera vez en lo que me parecieron horas, levanté la vista. Las líneas de la mira sombreaban mi visión de nuevo, como si ardieran sobre cualquier cosa que viese con mi ojo derecho.

—¿Qué…? —empecé a decir, y fue entonces cuando un mortero extraviado atravesó con estruendo el parapeto de la trinchera a no más de dos metros de distancia.

Mi fusil saltó en pedazos, arrancado de mis manos; oí mi propio grito de agonía por el daño sufrido por mi arma, no por el de mi propia carne. Y apenas distinguí al siberiano saltando hacia mí mientras yo me derrumbaba en la trinchera.

Una lluvia de tierra me cayó encima, y entonces oí una voz familiar que me decía:

—Despierta, dormilona.

Abrí los párpados pegajosos y vi el rostro fino y franco de Lena Palii, mi amiga del tren.

—No, no puedes levantarte —dijo, y su voz sonó curiosamente distante; los oídos me zumbaban como si mi cabeza fuera un nido de abejas—. No, tu fusil no sobrevivió. No, no estás bien, no es un simple esguince, tienes una conmoción cerebral y los tímpanos dañados, además tus articulaciones y tu columna se llevaron tal sacudida que vas a ir por ahí tambaleándote como Baba Yagá por lo menos durante una semana.

—¿Qué puedes decirme que empiece con un sí? —pregunté, irritada, comprendiendo que me hallaba tumbada bocarriba en una cama de hospital.

—Sí, podrás volver pronto a tu división. Sí, vas a hacer todo lo que Lena Palii te diga porque es la mejor enfermera de este batallón médico. Sí, eres idiota por asomarte a echar un vistazo a la luna como si fueras Lady Medianoche. —Lena sonrió ante mi frustración, ablandándose—. Estás en el hospital de campaña, Mila. Tus compañeros del regimiento te desenterraron y te trajeron aquí.

—No tendrían que haberme traído por una conmoción cerebral y unos tímpanos dañados —protesté—. Si fuera un hombre, me habrían dicho que me sacudiera el polvo y me pusiera en pie, no me habrían subido a una camilla.

—Probablemente —admitió Lena—. Pero ahora estás aquí, sé razonable y cuida tu salud.

—La salud nos la dan el destino y la fortuna —dije citando a mi madre—. Para todo lo demás, paciencia y hacer cola.

—Vamos, cállate, y disfruta de la tranquilidad. Estamos lo bastante lejos del frente; aquí casi no sabrías que hay una guerra.

Yo me preguntaba qué habría sido del siberiano que leía a Tolstói, pero Lena me dijo que no habían traído conmigo a nadie más. No lo sabría hasta volver al frente, así que extendí los dedos de los pies bajo las sábanas limpias al tiempo que me retorcía porque en mi cuello se habían encendido chispas de dolor. Largas filas de catres se extendían por toda la sala y olía a antiséptico por encima del hedor cobrizo a sangre vieja. Mi cama estaba al final, junto a una ventana; fuera se mecía una maraña de ramas de árboles, como si el hospital se hubiera levantado en medio de algún huerto abandonado. El viento hacía crujir las hojas y se oía un batir de alas…, pequeños gorriones grises, estorninos de cabeza negra. Allí fuera, el mundo seguía caminando hacia el otoño, y por alguna razón aquello hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas. Lo último que recordaba del frente era el calor de la estepa, aquellas columnas masivas de enemigos que cantaban de aquel modo fanático bajo el pendón del sacerdote que iba gritándoles.

«No se detendrán», pensé. «Nunca. No hasta que todos estén muertos, o por lo menos tantos que los vivos ya no puedan pasar por encima de los cadáveres».

—El ataque… —empecé a decir, pero Lena se adelantó.

—Lo repelisteis. Ese, por lo menos. Por supuesto, siguen viniendo como cucarachas.

Y mi división seguí allí, luchando sin mí.

—Así que estás empezando a sumar, francotiradora —dijo Lena al verme los ojos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Se está corriendo la voz. Una francotiradora no es cualquier cosa. ¿Cuántos llevas en la cuenta, veinte?

—Veintiuno. —Me sequé los ojos. Incluso ese pequeño movimiento envió una descarga de dolor que me recorrió toda la columna vertebral—. Oficialmente.

—¿Qué quieres decir con «oficialmente»? —Lena sacó un paquete de cigarrillos Litka—. ¿Son veintiuno o no?

—No es como coger manzanas e ir contando las que van en el cesto —me encendí—. Los únicos blancos que se añaden a la cuenta oficial son aquellos que alguien ha verificado o los que he verificado yo misma al traer las chapas identificadoras o los documentos de…

Encendió una cerilla.

—¿De los cadáveres?

—Sí. —Una parte de mi nuevo cometido que detestaba, pero que tenía que hacer y que hacía—. Si no hay verificación, el blanco no se añade a mi cuenta. Y a veces no puedo decir si he alcanzado un blanco o no, así que esos no se añaden, y tampoco los que alcanzo cuando estoy combatiendo junto al resto de mi compañía. No es… simple. Son veintiún oficiales, y no tengo ni idea de cuántos son los oficiosos.

Esperaba que preguntara si eso me molestaba. No lo hizo, simplemente me ofreció en silencio un cigarrillo. Yo moví la cabeza.

—No fumo.

—Yo tampoco. —Dio una calada con un suspiro de satisfacción, sentándose a los pies de mi cama.

Yo moví los pies para dejarle sitio y sentí otra punzada de dolor en la espalda.

—¿No tienes otros pacientes?

—Estoy en un descanso. Y hay un capitán en la segunda planta al que estoy evitando hasta que haya acabado sus rondas. Un baboso que busca una esposa en el frente y se cree que no sé que tiene a la de verdad en Moscú. —Hizo una mueca—. Los oficiales pueden ser así de gilipollas.

Emití un ruido de asentimiento, aliviada de no tener que seguir hablando de cuentas y muertes.

—Los chicos de las tropas son mejores, ¿verdad?

Cuando Lena y yo nos cortamos el pelo al llegar al frente, las dos nos habíamos ofrecido apoyo mutuo ante la superioridad numérica de los hombres en nuestras compañías, pero ellos no habían resultado ser el verdadero problema. Una desarrollaba su manera de tratar con los compañeros soldados: la de Lena pude ver que era la hábil evitación y la pura ordinariez; la mía era una especie de despreocupada y sensata dureza que había perfeccionado de niña en mis correrías con los muchachos locales. Si lo hacías bien, los hombres de tu compañía acababan viéndote como una especie de macho honorario: alegre, sin sexo y útil en una crisis. (El uniforme también ayudaba. Para gran decepción de la prensa estadounidense que conocería después, el uniforme de soldado femenino en el Ejército Rojo no era ajustado, grácil ni atractivo). Tenía la elegancia de un saco de patatas, solo que picaba más.

No, fueron los oficiales los que resultaron ser el problema, no los soldados rasos. Aquellos malditos tenientes y capitanes brillantes que consideraban a las mujeres soldado como un privilegio de rango —aparecían merodeando en cuanto llegaba al frente una nueva mujer —.Y no hay nada como sentarse en un refugio con una lima de aguja a trabajar en el mecanismo del perno de tu fusil solo para ver a un lujurioso mandamás con tres o cuatro barras en el cuello que se te acerca con una sonrisa radiante, una tableta de chocolate y una proposición indecente.

—¿Ya han venido a ti los oficiales? —preguntó Lena reflejando claramente mis pensamientos en los suyos—. ¿O son lo bastante inteligentes como para mantenerse alejados de una mujer con más de veinte muertes a su espalda?

—Tengo un buen capitán. Sergienko ahuyenta a los oficiales y no se acercan a las mujeres de su batallón.

—A algunos no les gusta oír un no, sin que les importe la opinión de ningún compañero oficial —me advirtió Lena—. Se acercarán a ti en cuanto se dé la vuelta, así que mantén los ojos tan atentos como si estuvieras delante de tus miras.

—Lo mismo te digo. —Hice un esfuerzo para incorporarme, aguantando en los dientes un sonido de dolor—. ¿Alguna otra noticia mientras he estado fuera?

—Odesa ha cambiado, según dice la gente local. Hay sacos de arena en las calles, baterías antiaéreas en las plazas, ventanas con cinta adhesiva. Ya no hay gente de vacaciones, paseando.

Recordé aquel hermoso día de playa, el café abarrotado rebosante de risas.

—¿Y qué más?

Lena vaciló.

—Muchas bajas —dijo escuetamente.

Intercambiamos miradas; cogí su mano con la mía y se la apreté en silencio.

El derrotismo no estaba permitido; no se podía ir por ahí diciendo que la madre patria estaba sucumbiendo ante Hitler…, pero Lena solo había mencionado los muertos de pasada y yo solo había tenido que contar las oleadas de fuego de artillería que sonaban en la estepa. Fácilmente podían ser tres salvas enemigas por cada una de las nuestras.

—Parece que más vale que vuelva al frente y me cargue algunos más —dije tratando de mantener mi voz serena.

—Llévate por delante a unos cuantos por mí. —Me devolvió el apretón de manos y apagó su cigarrillo en el tapón de una botella vacía—. Será mejor que me mueva. Con suerte, el capitán al que se le van los ojos con facilidad ya habrá vuelto a su alcantarilla. Volveré en unas horas, quizá incluso con correo. Las cartas nos encuentran con mucha más facilidad aquí, más cerca de la ciudad.

Me llegaron cuatro cartas durante esa semana. Mi querida madre, que me advertía de que no bebiera agua sin tratar en las marchas y me adjuntaba un precioso garabateo de Slavka que comenzaba con un «Querida mamochka» y me hizo llorar… Mi sereno padre, que me

hablaba de sus días en el ejército: «Los Belov siempre hemos sido afortunados en la batalla». Mi familia estaba muy lejos de mí en ese momento, evacuada a Udmurtia, y era como si me estuvieran escribiendo desde París o desde la luna.

Otra carta era de Sofía, en Odesa: «¿Sabes que el hermano gemelo de Vika se ha alistado en el cuerpo de tanques? Vika dice que los bailarines suelen ser unos cabezas huecas, pero que nunca pensó que su hermano fuera el mayor cabeza hueca de todos. Debo ir corriendo a la biblioteca ahora, estoy guardando en cajas los pergaminos más valiosos por si es necesaria la evacuación. ¡Aquello es un hervidero!».

Por un momento, dejé de oler a antiséptico y a sangre, y olí en su lugar el aroma a cuero viejo, a pergaminos y a libros de la biblioteca de Odesa. Mi olor favorito en el mundo. En el frente, con mi fusil, Mila la estudiante parecía muy lejos de allí, pero aquí podía sentirla conmigo, revolviendo fichas y lápices en su bolso, organizando su investigación con etiquetas de colores. ¿Cómo había terminado aquella mujer allí, con zumbidos en los oídos y la columna vertebral dolorida por el fuego de mortero? Lo único que quería aquella mujer era una vida pacífica sin errores, conducir el tren de su vida hasta el final porque ya no podía permitirse saltarse más estaciones.

Pues, bien, había tenido que bajarme de aquel tren y verme en otras vías muy distintas con muy distintos objetivos. Solo que aquí el precio de fallar era mucho más alto.

La atmósfera esterilizada y sofocante de la sala de repente me ahogó. Extendí un brazo y logré abrir la ventana que había junto a la cama y recibí ávidamente la brisa. Las ramas sin podar de los árboles de fuera casi golpeaban el alféizar. Arranqué una hoja, alisé sus venas y cogí la carta de mi hijo. Se hallaba a punto de salir en su primera excursión con los Jóvenes Pioneros; estaba tan orgulloso de su flamante pañuelo rojo que hasta se lo ponía para dormir, y le preocupaba no encajar con los chicos rurales que lo sabían todo sobre los bosques. «Yo soy un niño de ciudad, mamochka, y no sé nada sobre árboles y plantas…».

—¿Qué clase de árboles son esos de ahí fuera? —le pregunté a la enfermera que estaba más cerca, señalando a la ventana.

Ella me respondió, y yo escribí a Slavka con pulso firme, deteniéndome de vez en cuando para secarme los ojos. «Querido morzhik, yo te ayudaré a aprenderlo todo sobre los árboles y las plantas. ¡Tu mamochka nunca está demasiado ocupada para ti, ni siquiera en el frente! Busca, por favor, en el sobre una hoja de peral. ¿Ves las hojas ovaladas y el dibujo de las venas?

Ahora la reconocerás cuando vuelvas a verla. Pertenece a la clase científica de…». Me detuve, no muy segura de a qué clase científica pertenecía ese tipo de peral, pero iba a averiguarlo. Estaría a centenares de kilómetros de mi hijo, pero le haría sentir que su mamá seguía cuidando de él.

Sellé la carta y la hoja en su interior con un beso, y luego escribí otra carta a mi familia. En esta les decía que me había convertido en francotiradora y que planeaba abatir a mil alemanes y luego volver a casa orgullosa. De algún modo tenía que ser la mujer que escribía ambas cartas y no fallar como ninguna de ellas. Como la madre y como la francotiradora, tenía que vencer.

—Me alegro de verla de vuelta con nosotros —me saludó el capitán Sergienko cuando al fin localicé el puesto de mando cerca de una aldea medio destruida.

Casi dos semanas después de que me enviaran con los otros heridos, yo había convencido a Lena de que me liberase y conseguí que me llevaran en un camión hasta los estuarios del Kuyalnik y el Bolshói Ajalyk. Me había llevado medio día dar con el puesto de mando en mitad del caos de refugios, carros, camiones y edificios destrozados en que consistía la línea del frente, pero allí estaba mi capitán con su familiar rostro gris que parecía bastante más de muerto que de vivo.

Saludé:

—Camarada soldado L. M. Pavlichenko presentándose.

—No lleva el uniforme, Liudmila Mijaílovna.

Me miré, sobresaltada, pero él entonces me tendió una cajita gris de cartón. Al abrirla, vi dos triángulos de metal.

—Ya no es usted soldado, sino cabo. Enhorabuena.

Me recorrió una especie de estremecimiento, una rara mezcla de placer —¡qué orgulloso estaría mi padre!— e inquietud. «Te están ascendiendo por encima de cadáveres». En silencio prendí los triángulos de las solapas de gala color frambuesa de mi cuello mientras escuchaba la lista de bajas de mi capitán: el comandante de mi pelotón y otros treinta hombres de mi batallón. Ni siquiera habían podido ser sustituidos por reclutas, sino por marineros voluntarios de Sebastopol, sin la menor experiencia en infantería… El estómago se

me encogía con cada nueva mala noticia.

—Hay un nuevo fusil esperándote —finalizó mi capitán—, dada la destrucción del antiguo. Hemos recibido directrices para los francotiradores del alto mando de la región defensiva de Odesa, y eso… —su voz adoptó una cadencia oficial— supone ocupar las posiciones más ventajosas para observar y abrir fuego, no dar tregua al enemigo, arrebatarle la capacidad de moverse libremente por las líneas más próximas al frente, perturbar y mermar su moral, su orden y la disciplina entre sus filas. —El rostro de Sergienko no tenía nada de lúgubre ahora.

Parecía fiero, y yo sentía mi columna aún dolorida estirarse con energía en respuesta a sus palabras. Aquella lista de muertos había hecho que la rabia volviera a agitarse en mi interior, donde había estado durmiendo en silencio bajo el dolor de la conmoción cerebral, del agotamiento y la añoranza de mi hijo.

—No tenemos muchos francotiradores expertos —continuó mi capitán—, así que busque nuevos reclutas que puedan ser adiestrados. Para empezar, necesitará un compañero. Los francotiradores trabajan mejor en parejas, cada cual vigilando la espalda del otro.

—Sí, camarada capitán —saludé, ya ansiosa por tener en mis manos el nuevo fusil.

Había llegado a conocer tan bien mi última arma que la sentía como una prolongación de mi propia carne, tendría que familiarizarme con esta. Yo había modificado mi tres líneas para adaptarlo exactamente a mi forma de disparar, eliminando la madera de toda la longitud del guardamanos para que no tocara el cañón y limando el final de la culata. Una vez que hiciera lo mismo con el nuevo fusil y acabara algunas rondas de prácticas, seríamos amigos…

—Liudmila Mijaílovna —dijo Sergienko cuando me daba la vuelta para marcharme.

—Dígame, camarada capitán.

Me miró fijamente a los ojos.

—Buena cacería.

Dos palabras que me ayudaron a apartar a la madre, a la hija y a la estudiante y a dejar que la francotiradora desplegara sus alas.

Capítulo 8

Mis memorias (la versión oficial): El rango conlleva privilegios.

Mis memorias (la versión oficiosa): Que te conozcan por ser capaz de poner una bala en un objetivo a quinientos metros también conlleva privilegios.

—Largo de aquí —le dijo Lena al hombre medio desnudo que había en la sala de vapor del banya—, o te las verás con la ira del disparo más letal de Odesa.

Él se levantó del banco de pino con la toalla alrededor de la cintura, pasándose la mano por el pelo rubio empapado de sudor.

—¿Por lo menos puedo vestirme?

—No voy a dispararle a nadie solo para conseguir sitio en la sauna —protesté a Lena, pero ella ya estaba lanzándole al hombre esbelto su ropa.

Ropas de civil (de lo que me alegré). Al menos, no era un oficial ni un compañero soldado al que estuviera echando sin contemplaciones.

—Normalmente me gusta saber el nombre de una mujer antes de que me vea sin pantalones —se quejó en tono amigable al salir.

Yo me reí, y él me sonrió al tiempo que Lena me arrastraba al vapor, aunque no sin una alegre mirada golosa a los hombros relucientes del hombre rubio.

—Quiero un poco de eso cuando acabe —decidió mientras echaba el cerrojo a la puerta por dentro—. Ahora quítate la ropa y empápate hasta que la cadera se te suelte.

—Ningún médico que haya conocido me ha dicho nunca que una larga sauna en el banya sirviera para una cadera lastimada, Lena Palii. —Me quité los pantalones con una queja entre dientes por el dolor—. Solo me

estás usando para obtener privilegios de uso del baño.

—Tienes toda la puta razón, Mila Pavlichenko. ¿Tú sabes cuánto tiempo llevo sin visitar un buen banya? —Lena se deshizo del uniforme como si fuera una piel de serpiente y se tumbó desnuda sobre el banco de madera.

—De nada.

La cálida voz de barítono que habíamos echado se oyó entonces al otro lado de la puerta.

—¿Acaban de volver del ataque de Gildendorf, señoras?

—Esta misma mañana —respondí tumbándome en el banco que estaba frente al de Lena.

El ataque había terminado a mediodía, con el enemigo expulsado de Gildendorf y de la granja estatal de Ilyichevka, donde mi compañía se estaba asentando felizmente cuando yo llegué cojeando y utilizando mi fusil como bastón. Sin ropa, podía ver ahora el enorme moratón negro que me cubría todo el lado.

—No me puedo creer que te cayeras de un maldito árbol —rezongó Lena, cerrando los ojos.

—Aun así, logré disparar.

Dejé mi cuchillo finlandés de combate al alcance de la mano. No es que pensara que fuera a necesitarlo, pero solo una idiota se desnudaría en un campamento lleno de hombres sin un arma cerca. El sudor ya me corría abundantemente por la cara en el espacio oscuro y cerrado.

La voz de barítono volvió a oírse a través de la puerta.

—¿Eres tú la francotiradora que se cargó todo el nido de ametralladoras?

—Con cuatro disparos. —Todo unos preparativos los que habían exigido aquellos cuatro disparos: un día para reconocer el terreno y toda una mañana encajada en un arce para tener una línea clara de fuego desde el cementerio de Gildendorf hasta la carretera. Pero el resultado fue un oficial y dos ametralladores muertos y una última bala perforante en la recámara de la MG 34 para dejarla inutilizada antes de que mi regimiento avanzara por la carretera—. Ellos estaban

utilizando miras telescópicas y durante todo el día anterior los nuestros no habían podido ni asomar un dedo sin que les pegaran un tiro. Vi caer a tres hombres de mi compañía, unos críos con los que había estado intercambiando bromas y sonrisas por la tarde sobre las bandejas de la cantina.

—¿Cuántos llevas en la cuenta? —preguntó Lena, tras un silencio de media hora, girando el cuello.

Me masajeé la mano del gatillo, comprobando instintivamente que habían desaparecido los temblores de después de disparar. Septiembre estaba más de a mediados, el combate era continuo y mis noches habían sido ajetreadas.

—Oficialmente, cuarenta y seis. —Seguía desagradándome esa cuestión.

Yo no quería contar los muertos, no hacía aquello para tener derecho a presumir. Era simplemente algo que tenía que hacer. Y lo hacía. De repente el calor me resultó asfixiante y me levanté.

—Vamos a enjuagarnos.

En el pueblo donde nací, mi familia siembre iba junta al banya: mis padres, mi hermana y yo nos sentábamos en la sala de vapor, y luego todos salíamos corriendo para lanzarnos al frío arroyo —o, si el arroyo estaba helado, al nevero más próximo—. Pero allí no había nieve aún, y yo no iba a lanzarme a ningún arroyo desnuda con un regimiento entero alrededor, así que Lena y yo no enjuagamos en el vestuario con el pestillo echado y cubos de agua helada. El hombre de fuera volvió a oírse a través de la puerta justo cuando Lena volcaba un cubo sobre mi cabeza.

—No es que esté acechando vuestro baño, señoras, pero uno de los cabos acaba de entrar y ha dejado aquí un buen montón de regalos para L. M. Pavlichenko.

—¿Regalos? —Yo temblaba mientras el agua helada me resbalaba por la piel humeante.

Un tipo de temblor que es agradable, la magia del banya en el momento en que el calor se encuentra con el frío y el sudor con el hielo y tu carne recuerda que está violenta y hermosamente viva. Enterrada bajo el polvo y la sangre del frente, teniendo que arreglármelas con el agua tibia de una palangana para lavarme, no me había dado cuenta de hasta qué punto lo necesitaba. Sacudí la cabeza sintiendo que el polvo y la sangre seca caían

en un charco a mis pies.

—¡Ni se te ocurra pensar que eso te va a servir para meterte aquí, guapito! —gritó Lena a través de la puerta, dándose la vuelta para que yo pudiera volcar sobre ella otro cubo—. Esta puerta se queda cerrada hasta que nos vistamos…

—Supongo que no queréis entonces esta estupenda pastilla de jabón. Así que puedo…

—¡Dame eso ahora mismo! —Lena abrió la puerta lo justo para que una gran mano marrón pasara el jabón.

—Hay un buen surtido aquí —continuó mientras la puerta volvía a cerrarse—. Otra pastilla de jabón, un pequeño frasco de perfume, una pera del huerto de la granja… La nota dice: «De los hombres de la 2.ª Compañía».

No eran regalos de cortejo, sino simplemente los pequeños lujos que permiten los tiempos de guerra como muestra de gratitud. Se me saltaron las lágrimas mientras me enjabonaba. Mi trabajo ahora consistía en arrebatar vidas —aunque a veces olvidaba que también las estaba salvando—. Mi compañía había podido avanzar por aquella carretera aquel día sin sufrir la guadaña del fuego de ametralladora gracias a mis cuatro disparos. Yo lo había olvidado por un momento, pero aquellos hombres, no. Su rudo y sencillo agradecimiento sentaba mejor que la espuma del jabón sobre mi piel.

—Debes de ser uno de nuestros guías civiles —dije a través de la puerta al hombre de fuera, mientras me enjabonaba el pelo—. ¿Sabes lo que está pasando en el resto del sector oriental?

Me explicó los resultados del ataque mientras yo acababa de lavarme el pelo.

—Mi compañía está muy al sur de Gildendorf —concluyó—. ¿Qué hace un nombre como Gildendorf tan cerca de Odesa, por cierto?

Sonreí mientras me enjuagaba.

—La verdad es que es algo muy interesante…

—Te vas a arrepentir de haber preguntado —protestó Lena robándome el jabón.

—Descubrí que la ciudad la fundaron hace unos ochenta años colonos

alemanes, y de ahí la influencia teutónica. Se puede comprobar en la nomenclatura local de las tumbas —añadí, dando lustre a la información histórica que había logrado cosechar.

—¿Tumbas? —La voz de barítono sonó ahora perpleja—. ¿Cuándo has tenido tiempo de visitar cementerios mientras derribabas nidos de ametralladoras?

—Mientras reconocía el terreno en busca de la mejor posición para disparar. Había estado leyendo Combate en Finlandia. ¿Sabías que en los bosques carelios los francotiradores finlandeses disparaban desde los árboles? Es muy interesante. Por eso los llaman cucos…

—Tú sí que eres un cuco. —Lena me lanzó mi camisa, y yo me la puse sobre la piel limpia y reluciente.

—Así di con un cementerio —continué sin hacerle caso, aún hablando al otro lado de la puerta.

Mila la estudiante llevaba tanto tiempo sin tener oportunidad de salir de su cueva para ocupar el lugar de Mila la francotiradora (cuando estaba combatiendo) o Mila la madre (cuando estaba escribiendo cartas a casa).

—Alemanes, te lo aseguro. Aquellos colonos no eran capaces ni de cavar tumbas sin colocarlas fanáticamente en perfectas líneas rectas. Me aposté con mi fusil en un árbol, sobre la tumba del Bürgermeister Wilhelm Schmidt, que murió en 1899…

—¿Explica eso esta fascinante vestimenta amontonada en la puerta? —Indisimulada risa en la voz de barítono ahora—. Había visto ropa de camuflaje antes, pero esto…

—¡He trabajado en eso toda la noche!

Trozos de malla y arpillera marrón y vieja tela de uniforme verde cortados cuidadosamente en forma de bandas y cosidos por toda mi guerrera, recordé las lecciones del instructor de la cicatriz, que solía desaparecer en los prados con un mono con capucha indescriptible de un color verde amarillento y hojas cosidas para retar a la clase a localizarlo. Nos rendíamos una hora después con la vista agotada, y él invariablemente acababa saliendo de un arbusto, a menos de un metro de donde estábamos, con una sonrisa de satisfacción. Yo no había tenido oportunidad de usar mis habilidades de camuflaje en la estepa, pues allí prácticamente no había nada con lo que camuflarse, pero las zonas de bosque de los alrededores de Gildendorf me habían

proporcionado árboles y follaje para esconderme.

—Y no deberías burlarte, porque me cargué el nido de las ametralladoras.

—Y luego se cayó del árbol —dijo Lena a través de la puerta.

—Desde nueve metros. —Me abotoné la camisa, me puse los pantalones y me abroché el cinturón—. Justo encima de la tumba del Bürgermeister Wilhelm Schmidt, muerto en 1899.

—La próxima vez que leas en un libro que puedes trepar a los árboles vestida como un cuco finlandés —dijo Lena—, no des por hecho que puedes volar como uno.

Hice una mueca y salí del baño con mis botas. Apoyada contra la pared del banya estaba mi mochila con mi sombrero, el paquetito de hojas de goji que había encontrado tiempo de reunir para Slavka y mi fusil, envuelto en hojas de arce y enredaderas para disfrazar sus líneas limpias y agudas. Me los eché al hombro y luego miré al hombre con el que había estado hablando a través de la puerta. Él se encogió de hombros dentro de unas botas gastadas, unos pantalones viejos y una camisa aún más vieja a la que le faltaba el botón superior; aparentaba unos treinta y cinco años que contrastaban con los muchachos de uniforme de diecinueve y veinte. Definitivamente, un civil local reclutado como guía por el ejército.

—¿Una caída de nueve metros? —Me examinó en busca de los daños, y yo lo observé a él también. Alto, de anchos hombros, con líneas sonrientes alrededor de los ojos—. Tienes suerte de no haberte roto esa cadera.

Me encogí de hombros.

—Las lesiones son gajes del oficio.

Solo los nuevos reclutas miran a los heridos y piensan «Eso no me puede pasar a mí». Lo que piensa un soldado que ha estado ya bajo el fuego es «Eso me puede pasar a mí, así que necesito tener más cuidado». Del mismo modo que el soldado que ha visto camaradas morir por mucho cuidado que tuvieran piensa «Eso puede pasarme un día…, pero no hoy si logro salir de aquí».

Lena salió del banya secándose aún el pelo con la toalla y le dio un sonoro beso al hombre rubio.

—Esto por haber interrumpido tu baño, zaichik.

Él me miró, levantando una ceja.

—Me daría por satisfecho si recibiera también otro de la señora francotiradora.

Yo me reí, me puse de puntillas y le pasé un brazo por el cuello.

—¿Por qué no?

Nunca había respondido a los flirteos de los compañeros soldados, pero los civiles eran diferentes. Hacía mucho tiempo que no me sentía admirada, halagada, femenina, así que le planté un beso en la mejilla. Él volvió la cabeza, buscando mis labios sin pudor, y yo me aparté con una sonrisa antes de que su boca pudiera aterrizar en la mía. Olía a pino.

Lena silbó al coger la pequeña pila de regalos que había junto a la puerta.

—¡Vámonos ya o llegaremos tarde a la fila de la comida!

La dejé arrastrarme y volví a retorcerme del dolor en la cadera.

—El enamorado tenía razón al decir que podías haberte roto eso. Necesitas un compañero, Mila. Alguien que te cubra las espaldas y te eche una mano cuando tengas que saltar de un escondite de francotirador.

—No he encontrado ninguno todavía.

Había estado buscando en mi batallón, siguiendo las órdenes de Sergienko sobre encontrar reclutas que pudieran ser entrenados como francotiradores, pero no había encontrado ninguno que quisiera tener cubriéndome las espaldas más allá de una misión nocturna. Había un muchacho de Kiev que disparaba bien, pero se movía como un buey; un larguirucho de Leningrado que tenía la vista más certera que hubiera conocido, pero no conseguía dejar de encogerse cada que vez disparaba.

—Cuarenta y seis muertes… —Lena sacó la dorada pera de mi montón de regalos e inhaló su aroma—. Estás viviendo de prestado. Consigue un compañero porque la próxima vez que te caigas sobre una tumba podría acabar siendo la tuya. Así que ¿te importa que me coma la pera?

Catorce hombres de todos los tamaños y todas las edades: mis nuevos reclutas formaban un grupo ruidoso y animado mientras buscaban por todas partes a su oficial. Yo los hacía esperar descansando mi cadera aún dolorida contra una caja de cartuchos y hojeando el manual de mi viejo instructor. Se decía que pronto iban a trasladarnos al retirarnos de Odesa, pero no aún. Y yo había recibido nuevas órdenes sobre el adiestramiento de nuevos tiradores, esta vez del general Petrov en persona. Quería más francotiradores, y los quería de inmediato. «No se puede entrenar a un francotirador en solo tres o cuatro días», había protestado yo solo para oír a un comandante que estaba de pie detrás de Sergienko decir: «Tiene una semana».

Observé con dudas a los hombres que tenía delante mirándolos por encima de mi manual. Algunos eran fusiles huérfanos de pelotones aniquilados que habían acabado en nuevas compañías, pero dos tercios de ellos eran marineros voluntarios de Sebastopol. Yo dudaba que ningún hombre con pantalones de pernera ancha más acostumbrado al cabeceo de una cubierta que al peso suave y brutal de un Mosin-Nagant fuera a tener ojo de francotirador.

El marinero de mayor tamaño finalmente se dirigió a mí:

—¿Tú también sirves aquí, kukulka?

—Sí —dije sin dejar de leer detenidamente el manual.

—¡Vaya enfermera que nos han puesto! ¿No os parece, muchachos? —No lo vi hacerles un guiño a sus amigos, pero lo adiviné—. Vamos a presentarnos, belleza. Soy Fiódor Sedikh. ¿Cómo te llamas?

Hice una marca con el lápiz.

—Liudmila Mijaílovna.

—Bueno, Liuda, no te enfades. ¡Sé amable! No te voy a comer.

De repente me acordé de Alexéi diciéndome: «¡Dame una sonrisa!». Saqué el recuerdo de mi cabeza, pero mi voz salió con un filo más gélido cuando respondí:

—Seré amable cuando todos se cuadren y anuncien su presencia a su comandante como se supone que deberían hacer según el código militar.

Se quedó perplejo.

—¿Dónde está el comandante?

—Yo soy el comandante.

—Deja de quedarte con nosotros, Liuda. Es imposible que…

Me incorporé por completo, bajando el manual para que pudieran ver mis insignias de cabo, y entonces levanté la voz con el bramido de mi padre.

—Firmes.

Un hombre de cabello oscuro dio un paso al frente y decidido. Siguió un largo silencio, yo intenté no contener la respiración. Luego, el marinero de nombre Fiódor Sedikh se colocó junto al primer hombre, aún con semblante de sorpresa, y entonces uno a uno los siguieron todos los demás.

—Están aquí porque se necesitarán francotiradores en la ofensiva que viene.

Continué recorriendo la línea y deteniéndome ante cada par de ojos, uno a uno. Algunos azules y otros marrones; algunos insolentes y otros curiosos.

—Veamos si están hechos ustedes de lo que hace falta. Aquí tienen cartuchos. Cojan cinco cada uno. —Me dirigí al primer recluta, el que se había cuadrado primero—: Empecemos por usted.

Era mayor que los demás, estaría más cerca de los treinta y cinco que de los veinticinco, un hombre sólido como una navaja reducido a músculo, hueso y tendones como látigos. Su gorro descansaba sobre un pelo negro rasurado igual que un trigal en invierno, y cuando respondió a mi mirada lo reconocí.

—¿Llegaste a Austerlitz en Guerra y paz? —pregunté al siberiano al que había visto por última vez en las trincheras, antes de que me hiriesen.

Asintió sin sonreír, pero había una sonrisa escondida en las esquinas de sus ojos. Casi se la devolví.

—¿Su nombre, soldado?

—K. A. Shevelyov —respondió con una voz serena, firme y educada.

—Veamos lo que sabes hacer.

Esperé mientras empezaba a cargar su arma con movimientos rápidos. Ya sabía por nuestro primer encuentro en las trincheras que sabía disparar, pero quería que los otros lo vieran seguir mis órdenes.

—Y ahora el resto, empezando por ese tal Fiódor de allí que es un poco bocazas. —Sonreí para que viera que no perdería el sentido del humor mientras obedeciese—. Si alguno de ustedes resulta ser bueno, me lo llevaré conmigo y comprobaré sobre el terreno que lo es.

—Si usted es Pavlichenko —me retó Fiódor—, ¿es la que lleva una cuenta de cuarenta seis?

—De cincuenta y uno. Carguen sus fusiles.

Empezaron a cargar, unos impresionados; otros, resentidos. Pero sabía que eran míos, en ambos casos.

Parafrasear a Tolstói debería estar prohibido, pero no puedo evitarlo: todas las cacerías infructuosas se parecen; toda cacería exitosa lo es a su modo. (Nunca me acabé Anna Karenina igual que nunca me acabé Guerra y paz, pero hasta yo sabía cómo empezaba). Un día exitoso para un francotirador podía suponer diez muertes o un tenso callejón sin salida sin ninguna. Uno malo podía ser el día que fallaba un disparo y acababa muerto. Así que la eterna pregunta —«¿Cómo es ser un francotirador?»— no tiene respuesta. Cada día era diferente. Si era otro día en que seguía viva, era un buen día.

«Pero ¿cómo es?». Podía oír que mis aprendices me preguntaban en silencio. Vi la pregunta en los ojos de Eleanor un año después —ni siquiera la primera dama de los Estados Unidos fue inmune a aquella curiosidad mórbida—. «¿Cómo es, Liudmila?»…

Tú me lo estás preguntando ahora también, ¿no es así?

Muy bien. Sígueme.

Observa mientras te llevo a una misión. Una misión no especialmente importante —aquella noche no me cargué a ningún oficial ni a ningún coronel de la Gestapo que estuviera llevando a cabo planes secretos de Hitler—. Te llevaré hasta la noche en que encontré a mi compañero, la otra mitad de mi lado oscuro de la luna —para un francotirador, un descubrimiento mucho más importante que el de la noche en que conoció a su amor definitivo—. Los maridos, como ya había podido comprobar, no siempre eran fiables. Un francotirador deja su vida en

las manos de su compañero una noche tras otra. Y más le vale que sea alguien en quien pueda confiar más que en un marido.

Yo había localizado el escondite antes, durante el día, después de reconocer todo el terreno hasta la última hoja de hierba. Unos matorrales —a unos ciento cincuenta metros, de entre doce y quince de anchura— en la vasta tierra de nadie que se extiende más allá de nuestra línea del frente, la estrecha y afilada línea defensiva rumana que acababa como una lanza en un barranco poco profundo cerca del segundo escalón del enemigo.

—¿Ametralladoras? —El recluta que había decidido que me acompañara en aquella ocasión habló en voz baja mientras abandonábamos el refugio a medianoche.

—Levanta tu pala y los nuestros abrirán fuego para cubrir nuestra retirada.

Eso fue todo lo que nos dijimos, avanzando sigilosamente en medio de la tibia noche desde el refugio hasta los matorrales. Deslizándonos como sombras bajo el cielo sin nubes con nuestros fusiles y nuestras bolsas de cartuchos. Una hora para recorrer seiscientos metros.

Observa ahora cómo mi recluta y yo hacemos nuestros deberes. La parte aburrida y minuciosa que nadie imagina cuando piensa en este oscuro trabajo que se hace bajo un cielo oscuro. No es la demostración que me pidió el capitán Sergienko que hiciera en la granja bombardeada y tampoco se parece a mi vigilancia desde el arce, donde me vestí de camuflaje para confundirme con las hojas. Esto es terreno que hay que preparar, y eso implica horas cavando en total oscuridad trincheras y pequeños parapetos reforzados con piedras y con césped, pues los francotiradores solemos disparar más a menudo desde posiciones ocultas en el suelo que desde altos tejados, en contra de la creencia popular. Y entonces vienen las horas tumbados en nuestros escondites, colocando los cañones hasta encontrar la estabilidad óptima del fusil, comprobando la dirección del viento, calculando las distancias. Y luego llega la espera, doblados bajo el jirón de tierra mientras las estrellas giran y el enemigo duerme. Es en la espera donde los francotiradores novatos muestran su inexperiencia; mueven nerviosamente los cartuchos haciéndolos tintinear y sucumben a la necesidad de sus cigarrillos. Pero el siberiano de cabello oscuro permanece tranquilo a la distancia de un brazo de mí, con la cabeza fría, los ojos simples destellos a la luz de las estrellas.

Observa ahora cómo llega el alba. A medida que el movimiento

empieza a agitar al enemigo como el calor en la superficie de un caldero de sopa, los soldados empiezan a ir de un lado a otro llamándose y creyéndose a salvo. Se instala la cocina, los oficiales dan órdenes en voz alta, un puesto médico bulle de los relucientes guardapolvos blancos del personal médico. Hago un gesto a mi nuevo recluta —yo tengo como objetivo el flanco izquierdo; él va a ocuparse del derecho—. Recibo un gesto de asentimiento en respuesta.

Observa ahora cómo el día se caldea. Los dedos se flexionan, se relajan, se vuelven maleables. El corazón late con fuerza. El sol asciende. El fusil canta dulcemente para mí y el fuego de artillería retumba en lo alto. Empiezo la cuenta hasta doce, hasta mi medianoche.

Observa.

La primera muerte es mía. Un oficial rumano con un kepi de tela cae derribado; el siberiano hace su primer disparo antes de que mi primer objetivo haya terminado de caer, y veo a un segundo oficial tambalearse. Nuestros disparos quedan enmascarados por el rugido de la artillería; por un momento, nadie es capaz de ver quién o qué está abatiendo a sus oficiales, y derribamos a otros dos antes de que se desate el pánico entre ellos. Disparo, disparo y disparo, mientras el siberiano hace lo mismo junto a mí, y hasta que las ametralladoras no empiezan a destrozar los arbustos a nuestro alrededor no paramos para parapetarnos tras la maleza y levantar nuestras palas como señal de que necesitamos que cubran nuestra retirada.

De vuelta en nuestras líneas, jadeando por el esprint final, miro a mi compañero.

—Diecisiete disparos, dieciséis muertes. ¿Y tú?

—Diecisiete disparos, doce muertes. —Son las primeras palabras que ha dicho en las últimas doce horas, y suenan furiosas con él mismo por los cinco disparos que ha fallado.

—Yo necesité siete balas para abatir a mis dos primeros objetivos. Esas cosas pasan.

Nos instalamos en el refugio con la luz de color gris acerado de la mañana y desmontamos y limpiamos nuestros fusiles.

—Enhorabuena, has inaugurado tu cuenta.

Me hizo un gesto de asentimiento y siguió engrasando su cañón. Las

manos le temblaban levemente e intentaba ocultármelo.

—Extiende la mano —dije.

Él vaciló.

Yo extendí la mía para que viera que temblaba también.

—Es tensión nerviosa —le dije—. Aparece después de la acción, pero desaparece.

Yo ya lo había aprendido, y él aún no.

—¿Verdad que no temblabas cuando aún tenías que disparar? —le pregunté suavemente.

—No. Pero, aun así, he fallado cinco disparos. —No torció el gesto, pero su rostro se ensombreció—. He cazado desde niño. No había fallado tanto desde que tenía ocho años.

—Disparar contra un ser humano por primera vez no es lo mismo que disparar a un ciervo. No sirve de nada fingir lo contrario.

—He disparado a hombres también. Cientos de veces con mi batallón, he disparado a cientos de enemigos.

—Esto es distinto. Nosotros matamos viendo sus rostros. Sabiendo si se han lavado esa mañana, si son meticulosos o descuidados con su uniforme, si se han cortado el pelo hace poco. —Fui yo la que dudó ahora—. Es algo… íntimo. Lo sientes después.

—¿Y no durante?

—Yo no. Cuando estoy esperando en un escondite —vacilé de nuevo—, no siento ninguna emoción. Me meto allí y espero. Diciéndole a mi fusil que esté seguro y firme.

—¿Hablas con él?

—Oh, sí. Lo conozco mejor de lo que me conozco a mí misma. Este tiene peor carácter que mi último fusil, y es un poco rebelde. —Besé el frío metal negro del cañón—. Pero se puede confiar en él.

Él me miró. Olía a humo de pólvora, igual que yo.

—¿Tú ves sus rostros después?

—Ya no. —No a menudo, al menos.

—Pero tú aún… —Señaló con un gesto el temblor de mi mano.

—Ahora sé que desaparece en un rato. Lo mismo que la fatiga ocular. —Busqué mi paquete de cigarrillos—. Esto ayuda. Yo no fumaba, aunque mi amiga Lena me dijo que solo sería cuestión de tiempo, y tenía razón. —Encendí uno, aspirando el humo tranquilizador en mis pulmones.

—Esto también ayuda. —Sacó una petaca del bolsillo de la pechera y me la ofreció.

—Consíguete una cubierta de tela. —Di un trago y el áspero vodka me supo a savia de pino—. No quieres que el metal tintinee y delate tu posición.

—Fusil, petaca, cuchillo, dos bolsas de munición. —Fue enumerando la lista del equipamiento del francotirador—. ¿Sin casco? —dijo mirando mi cabeza descubierta.

—Yo no lo uso. Desde que me hirió aquel mortero en el ataque rumano, mis oídos ya no son los que eran. —Casi lo eran, pero no del todo, y casi era una desventaja tan letal como un desfiladero del Cáucaso para alguien como yo, que tenía que actuar en fracciones de segundo. Cuando vives sin poder fallar, no hay espacio para el casi—. Un francotirador tiene que ser todo oídos y un casco me hace más difícil detectar sonidos débiles.

Dejé mi fusil a un lado.

—A ver esa mano.

La levantó, quietud de piedra en sus dedos. Sonrió con los ojos.

—Bien.

Nos sentamos y estuvimos pasándonos la petaca, observando el ajetreo del campamento. El batallón iba a retirarse de Odesa muy pronto. Se decía que nos uniríamos a otros dos batallones del 54.º. Habría entonces una gran ofensiva.

—¿Quieres ser mi compañero? —le pregunté sin más.

Y él sin más respondió:

—Sí, Pavlichenko.

—Si vas a guardar mis espaldas ahí fuera, puedes llamarme Mila. —Le ofrecí un cigarrillo—. ¿Cómo te llamas, K. A. Shevelyov?

—Konstantin Andréivich. —Lo encendió y lanzó un anillo de humo de la calada—. Kostia.

Observa ahora. Eso es un día en la vida de un francotirador. Una cacería. Veintiocho muertes. Y yo había encontrado a mi compañero, a mi sombra, a mi otra mitad.

Capítulo 9

Mis memorias (la versión oficial): En la mañana del 2 de octubre, nuestra poderosa maquinaria militar entró certeramente en acción en Tatarka de manera organizada y eficiente.

Mis memorias (la versión oficiosa): Fue casi tan organizada y eficiente como una guerra de lanzamiento de excrementos entre monos de un zoo.

Los batallones de morteros y las instalaciones de cohetes fueron los primeros en golpear al invasor —un rugido ensordecedor como el de un dragón y las inmensas llamaradas amarillas que envolvieron las posiciones enemigas al oeste y al suroeste de Tatarka, que bien podrían haber salido de un dragón también—. Yo entré en combate con el resto de mi batallón unas horas después, atravesando una tierra negra horneada en un paisaje infernal. Alrededor de todos los refugios, los pasillos que los comunicaban y las posiciones de fuego, hierbas altas, avellanos y manzanos silvestres completamente calcinados. Mi pelotón de tiradores recién entrenados me seguía en silencio. Habían fanfarroneado antes de la batalla diciendo cuántos enemigos iban a abatir, pero ahora, ante la victoria, sus caras habían palidecido. No hay nada grato en un triunfo tan atroz de la muerte sobre la vida, ni siquiera de la muerte del enemigo al que se odia. La mitad de mis hombres vomitó en cuanto olió por primera vez el extraño aroma dulzón de los muertos.

—Miren todo eso —les dije serenamente, subiéndome a los fragmentos humeantes de una batería—, pero olvídenlo de inmediato. Porque tendremos que hacerlo más veces.

Todo aquel fuego y toda aquella sangre solo nos habían hecho ganar un kilómetro y medio de terreno, y los rumanos seguían contando con dieciocho divisiones frente a nuestras cuatro.

Esa fue la batalla, y yo luché en ella, y cuando leo las crónicas, podría acordarme de los golpes más importantes. Pero Tatarka siempre estará unida para mí no a una batalla, sino a una niña llamada Maria.

—La finca Kabachenko —el pulgar del capitán Sergienko la señaló en el mapa—, que da a la carretera que va de Ovídiopol a Odesa, no lejos de las vías del tren, solía usarla como puesto de mando el batallón de ametralladoras enemigo. Ahora la han abandonado. Usted y su escuadrón —dijo dirigiéndose a mí— cojan doscientos cartuchos cada uno y sáquenles todo el partido que puedan.

Sergienko siguió distribuyendo los demás puestos de avanzada y yo fui a preparar a mi pelotón reunido improvisadamente. Ahora era sargento, y de los catorce hombres que me habían asignado para entrenarlos, había descartado a cuatro. De los diez que quedaban, tenía ocho tiradores decentes y dos que podían llegar a ser auténticos francotiradores.

Avanzaban cantando detrás de mí «Alegre viento», de la película de Vaynshtok Los hijos del capitán Grant, camino de la finca Kabachenko.

—No la he visto —le comenté a Kostia, que caminaba en su posición habitual a mi lado, y me ofreció su sonrisa silenciosa.

Ahora era mi compañero, y rara vez se hallaba a más de un paso de mí, pero yo seguía sin saber nada de él salvo que venía de Irkutsk y ya llevaba una cuenta que llegaba a treinta y seis. Aunque él no presumía de sus cifras ni de sus habilidades más que yo, y eso, aún más que su mirada certera y sus pasos de lobo al acecho, era lo que me decía que había elegido bien a mi compañero. La guerra resalta la verdadera esencia de cada persona, y, a pesar de lo poco que sabía de Kostia, yo sabía que su esencia tenía la firmeza de una roca.

La casa de la finca era de una sola planta y tenía un tejado rojo y un huerto que se extendía hasta más allá de una suave pendiente. Asegurando aquella ladera, podíamos vigilar la carretera y disparar sobre cualquiera que intentara avanzar… Mi pelotón se dispersó entre los restos quemados de un camión enemigo, una motocicleta volcada y un transporte blindado con un eje roto. La mujer que respondió cuando llamé a la puerta, erguida, con mirada de amargura y un pañuelo de cabeza gris, aparentaba unos cincuenta años.

—No suelo ver soldados bajo el mando de una mujer —respondió con tirantez a mi saludo—. Serafima Nikanórovna. Pase.

Sabía que podíamos entrar y abastecernos con sus provisiones tanto si nos invitaba a hacerlo como si no, pero la mujer hizo un rígido y leve gesto de bienvenida, pese a todo.

—Por supuesto que pueden servirse de todo lo que tenemos.

Lo que tenían antes de que llegaran los fascistas era una de esas hermosas y pequeñas granjas que se ven por todo el campo: una casita acogedora con un marido y una esposa, hijos e hijas que, entre todos, se encargaban del huerto de hortalizas, del corral de gallinas y de la pocilga. Entonces, había llegado el enemigo y había saqueado el huerto y las gallinas y sacrificado los cerdos. En cuanto a la familia, a los dos hijos varones les habían dado una paliza, el padre llevaba un brazo en un burdo cabestrillo, y la hija permanecía sentada envuelta en chales junto a la ventana mirando con los ojos vacíos el campo tras la casa. Uno de mis hombres se acercó a ella con una amable inclinación de cabeza —aquel joven gigantón llamado Fiódor Sedikh que me había retado al principio y que era el segundo mejor tirador que había tenido después de Kostia—, pero ella lo rehuyó con un grito silencioso. Fiódor, un buen muchacho con no demasiadas luces, se apartó con una expresión de desconcierto mientras la madre le dirigía una mirada implacable.

—Todas nuestras unidades militares se retiraron de esta zona en septiembre. —La voz de Serafima sonó dura mientras servía una bandeja de sauerkraut y pepinillos encurtidos—. Nos dejaron a merced de los fascistas. Yo hice a mi Maria esconderse tras la pocilga, pero los invasores la encontraron, aun así. Mi Maria, que soñaba con marcharse a Odesa y convertirse en una actriz de cine. Ellos… —La madre de la muchacha terminó abruptamente, mirándome con ojos furiosos—: Fueron cuatro. Cuatro. ¿Dónde estaba usted entonces, camarada sargento?

Quise decirle que la guerra no estaba perdida, que aquello solo era el comienzo. Quise decirle que habíamos estado defendiendo la línea de Odesa durante dos meses, que miles de invasores habían muerto intentando tomar las estepas del mar Negro. Pero las palabras murieron en mi lengua. Me quedé allí, la dejé sermonearme durante todo el tiempo que quiso, y cuando hubo terminado me acerqué a la ventana junto a la que estaba Maria, la muchacha de diecisiete años con unos ojos como campos de ceniza. Había rehuido a Fiódor, pero a mí me dejó arrodillarme a su lado.

—Quizá puedas ayudarme con algo, Maria —dije suavemente, desdoblando un pañuelo que saqué de mi bolsillo. Contenía un montón de hojas diferentes que dejé sobre su regazo—. Estoy reuniendo muestras de los árboles de aquí para enviárselas a mi hijo. Quiere aprenderlo todo sobre las plantas en los Jóvenes Pioneros, pero yo no soy una chica de campo y no sé a qué árboles pertenecen estas. La de aquí ¿es de un abedul?

Su voz fue un mero susurro.

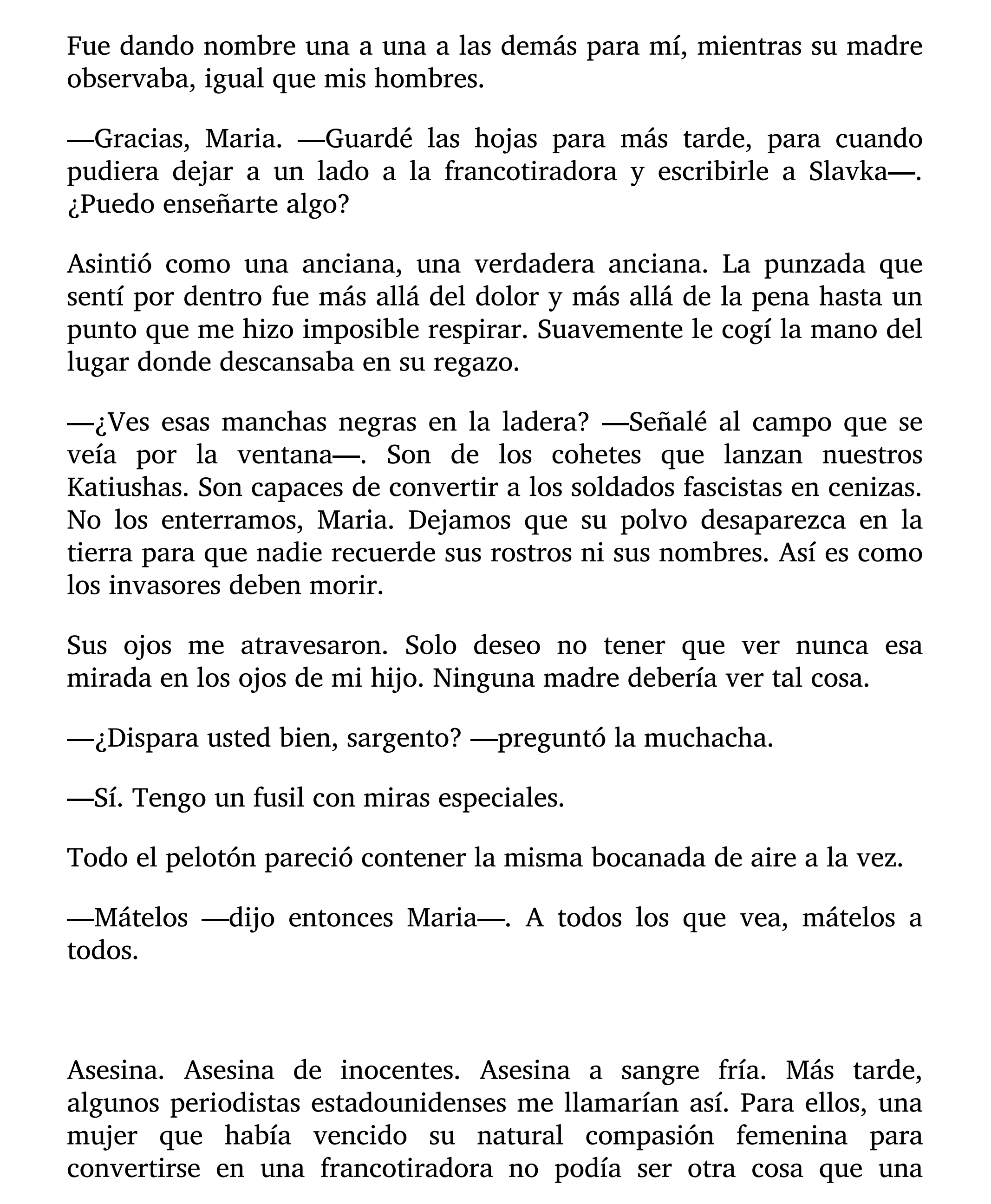
—Aliso negro.

—¿Y esta?

—Pino tiza.

—¿Y esta?

—Roble sésil.



Fue dando nombre una a una a las demás para mí, mientras su madre observaba, igual que mis hombres.

—Gracias, Maria. —Guardé las hojas para más tarde, para cuando pudiera dejar a un lado a la francotiradora y escribirle a Slavka—. ¿Puedo enseñarte algo?

Asintió como una anciana, una verdadera anciana. La punzada que sentí por dentro fue más allá del dolor y más allá de la pena hasta un punto que me hizo imposible respirar. Suavemente le cogí la mano del lugar donde descansaba en su regazo.

—¿Ves esas manchas negras en la ladera? —Señalé al campo que se veía por la ventana—. Son de los cohetes que lanzan nuestros Katiushas. Son capaces de convertir a los soldados fascistas en cenizas. No los enterramos, Maria. Dejamos que su polvo desaparezca en la tierra para que nadie recuerde sus rostros ni sus nombres. Así es como los invasores deben morir.

Sus ojos me atravesaron. Solo deseo no tener que ver nunca esa mirada en los ojos de mi hijo. Ninguna madre debería ver tal cosa.

—¿Dispara usted bien, sargento? —preguntó la muchacha.

—Sí. Tengo un fusil con miras especiales.

Todo el pelotón pareció contener la misma bocanada de aire a la vez.

—Mátelos —dijo entonces Maria—. A todos los que vea, mátelos a todos.

Asesina. Asesina de inocentes. Asesina a sangre fría. Más tarde, algunos periodistas estadounidenses me llamarían así. Para ellos, una mujer que había vencido su natural compasión femenina para convertirse en una francotiradora no podía ser otra cosa que una

asesina de hielo en primera línea del frente que cazaba pobres soldados alemanes indefensos, después de todo, no hacían más que seguir órdenes. Quise decirles a todos aquellos hipócritas guerreros de la máquina de escribir la verdad: vosotros no mirasteis a los ojos a Maria Kabachenko tras haber sido forzada por cuatro hombres que invadieron su país, luego su casa, y luego su cuerpo. Vosotros no visteis la desesperada y dolorosa furia en su mirada. Vosotros no sostuvisteis sus manos aferradas a las vuestras mientras te suplicaba: «Mátelos a todos».

De haber sido así, habríais hecho lo mismo que hice yo. Apretar sus manos con toda la dulzura de vuestra alma y luego, reuniendo hasta el último resto de rabia al que fuerais capaces de acudir, responder: «Te lo prometo».

Maté a cinco cuando mi pelotón tendió una emboscada a tres motocicletas con sidecar. Abatí a ocho más cuando interceptamos dos camiones enemigos que pasaron rugiendo; Kostia se encargó de las ruedas y yo de los invasores conforme iban saliendo de la cabina. Mis hombres cavaron una trinchera al pie de la ladera que había tras la finca, pasada una loma cubierta de rosas silvestres, y allí me apostaba entre Kostia y Fiódor cuando veíamos pasar los tanques rumanos; oíamos el rugido de dragón de nuestra artillería al abrir fuego contra ellos y luego nos ocupábamos de los supervivientes que se retiraban hacia la ladera. Todos los días le llevaba un puñado de hojas y flores a Maria para que las identificara y me dijera sus nombres, y yo le decía cuántos habíamos abatido ese día. Por ella sí que me importaba mi cuenta. Porque todos los días la veía sonreír.

—Rezaré por usted —susurró al saber que regresaríamos con nuestro batallón al día siguiente—. Nuestro Señor Jesucristo la protegerá.

«Yo no creo en Dios», estuve a punto de decir. Como la mayoría de las familias de ciudad, la mía siempre había puesto su fe en el Estado y en la patria antes que en los vacíos adornos religiosos. Y aunque yo hubiera sido tan creyente como solían aquellas remotas familias rurales, la guerra y sus horrores habrían aniquilado por completo mi fe. Pero apreté la mano de Maria y le di las gracias por sus oraciones.

—¿Tú eres creyente, Kostia? —le pregunté a mi compañero aquella noche.

Todo el mundo se había ido a la cama excepto los que estaban de guardia… y nosotros. Yo salí a dar un paseo y me senté en la hierba ante la casa oscurecida disfrutando del fresco aire del otoño, y Kostia

me siguió con una jarra de la turbia cerveza casera que la madre de Maria había abierto para todos por la noche. Sentados con los codos apoyados en la hierba y los fusiles a nuestro lado como si fuesen perros de compañía, mientras las estrellas giraban en lo alto con silencio de diamantes… Era el tipo de noche en que se habla de Dios, de las almas y de los grandes misterios.

Hubo un silencio largo mientras mi compañero enrollaba un tallo de hierba entre sus dedos.

—Creo en los libros —dijo al fin.

—¿Solo en los libros?

—En los libros… y en los amigos.

—Pero eres un solitario, como yo. —Fiódor y los demás siempre estaban peleando y bromeando en manada como perros amistosos, pero a Kostia a menudo se lo podía encontrar solo, leyendo u ocupándose de su fusil en su trozo de silencio.

Yo era igual. Me gustaba la compañía, me gustaba reír, pero, a partir de cierto momento, necesitaba la soledad.

—Somos solitarios —dijo Kostia—. Pero tenemos amigos que morirían por nosotros. Y nosotros moriríamos por ellos.

Me pregunté qué estaría haciendo ahora la alegre Sofía en Odesa o la irritable Vika.

—No creo que mis amigos de antes de la guerra me reconocieran ya. —Mila la bibliotecaria investigadora estaba muy lejos de la Mila soldado.

—Empezarías a hablar de Bogdán Jmelnitski. —Una sonrisa iluminó fugazmente el rostro ensombrecido de Kostia—. Y entonces sabrían que eras tú.

Me eché a reír y cogí la jarra de cerveza casera. Durante la cena, aquella noche la habíamos bebido en las copas de cristal tallado que Serafima había sacado con orgullo de un cofre que de alguna forma había logrado escapar del saqueo alemán. Ahora bebí directamente de la jarra y tosí.

—Te juro que esto es gasolina.

—Trae. —Kostia dio un largo trago contemplando la lenta danza de las estrellas—. ¿En qué crees tú, Mila?

Pensé en ello sintiendo el ardor del fuerte alcohol en la garganta.

—En el conocimiento, para iluminar el camino de la humanidad —dije al fin—. Y en esto —añadí dando una palmadita a mi fusil—, para proteger a la humanidad cuando nos perdemos en el camino.

—Tú guíanos —dijo Kostia—. Yo te cubro las espaldas.

El 1.er batallón había expulsado al enemigo de Tatarka, pero mi pelotón y yo nos vimos en pleno combate cuando regresamos a sus filas, lanzados de frente contra tres batallones enemigos junto a las vías del ferrocarril. Las bombas caían como lluvia de verano alrededor de nuestras trincheras, y medio ensordecida y medio ciega, yo luchaba con el perno obturado por el polvo de mi fusil cuando algo sonó muy cerca de mi oído, un tintineo de plata de advertencia. Y, de repente, dejé de ver, la sangre me caía a chorros por el rostro cerrándome el ojo izquierdo y resbalándome por los labios.

Noté el sabor a cobre y a sal.

«Solo necesito un ojo para disparar», pensé con lentitud sin dejar de tirar de mi perno atascado. La sangre no dejaba de correr y yo no oía nada por mi oído izquierdo. Vagamente vi que mis manos soltaban el fusil y buscaban a tientas el kit de primeros auxilios de mi cinturón; logré ponerme un montón de vendas en el rostro, pero envolverme con ellas la cabeza parecía imposible. Si el estrépito acabara, si este polvo… No veía.

—Mila. —Se oyó la voz de Kostia, muy serena—. Mírame.

Mi compañero presionaba sobre lo que parecía un corte entre el pelo por encima de la frente, el dolor me atravesó como un rayo. Me rodeó la cabeza con las vendas y yo quise bromear: «Me cubres las espaldas… ¡y ahora la cabeza!». Pero todo a mi alrededor se fundió en una niebla entonces. Y, por segunda vez, me desperté en una cama de hospital.

—¿Quieres un souvenir, dormilona? —Lena soltó un trozo renegrido de metal con bordes dentados en mi mano—. Esto te rebanó el cuero cabelludo.

Miré la esquirla de mortero, no mucho mayor que una cerilla. Un poco más abajo me habría atravesado la cuenca del ojo y yo me habría

contado entre los ciento cincuenta soldados de mi regimiento que nunca se marcharían de Tatarka.

—¿A quiénes hemos perdido? —le pregunté a Lena, cerrando los dedos sobre la esquirla—. ¿Quiénes han muerto esta vez mientras yo estaba inconsciente?

Encendió un cigarrillo, sombría y con el rostro gris, tras lo que podía imaginar que habían sido horas frenéticas e interminables atendiendo la incesante riada de heridos.

—El soldado Bazarbayev recibió una bala en el corazón.

Uno de los francotiradores que yo entrenaba. No había sido un buen tirador, pero lo había intentado; se había esforzado tanto… Sentí que los agudos bordes de la esquirla se me clavaban en la mano al apretar los dedos.

—¿Quién más?

—El comandante de tu compañía… ¿Cómo se llama?

—Voronin.

Un buen hombre, uno de los pocos oficiales que apreciaba. Recordé una discusión de trinchera sobre su colección de museo favorita; el joven oficial se había entusiasmado hablando de la colección de oro escita del Hermitage, y yo le había hablado de la excavación arqueológica de la que había tenido la suerte de formar parte tras mi primer año en la universidad. Solo una breve hora en la que estuve hablando de túmulos funerarios del siglo X y del ciervo de Kostromskaya y pude sentirme como una estudiante y no como un soldado. Y ahora él ya no estaba y yo tendría que asistir con mi fusil a otro apresurado funeral entre misiones donde se murmurarían unas pocas palabras y habría una estrella roja de madera contrachapada.

—¿Kostia? —pregunté, temerosa de la respuesta—. ¿Está…?

—Ascendido a cabo. No se ha despegado de los pies de tu cama, vigilándote, cuando no estaba guiando misiones.

—Tendría que haberme cogido unos puntos en el frente en lugar de traerme hasta aquí —protesté. Pero, al menos, sabía que mi improvisado pelotón estaba en buenas manos en mi ausencia—. ¿Cuándo puedo volver? —Intenté levantarme de la cama, pero un repentino mareo casi me hizo caerme.

Lena extendió un dedo y me empujó con él para dejarme de nuevo sobre mi almohada.

—Cuando necesite dos manos para tumbarte y no me baste con el meñique, podrás volver. Para eso falta por lo menos una semana.

—Una semana…

—¿Tan ansiosa estás por seguir aumentando tu cuenta? He oído que ya pasa de cien.

Así era. Bastante más de cien. Pero lo último que quería era discutir mi cuenta.

—Lena, habla con los médicos. Pueden darme el alta…

Ella dio una larga y enérgica calada a su cigarrillo, buscó en su bolsillo una polvera rota y sostuvo el espejo ante mi rostro. Llevaba tanto tiempo sin verme que retrocedí ante la visión. Tenía las mejillas demacradas, las cuencas de los ojos rodeadas de ojeras; me habían afeitado una parte del pelo para tratar la herida de la esquirla, que discurría paralela a la línea del nacimiento como un ciempiés de hilo negro. La zona estaba embadurnada de un antiséptico de color verde chillón. Y yo parecía…

—La muerte —dijo Lena por mí—. No vas a ir a ninguna parte, Mila, porque pareces la muerte.

Aparté el espejo.

—Soy la muerte. —Para más de un centenar de invasores, por supuesto que lo era. «No los suficientes», me susurró un pensamiento. «Demasiados», me susurró otro en respuesta.

Lena guardó la polvera y se levantó.

—Aun así, pueden matarte, Lady Muerte —me dijo volviendo la cabeza por encima del hombro cuando se marchaba para continuar sus rondas.

—¿Lady Muerte? —le dije a Kostia cuando me visitó al día siguiente. Estaba preparada para un vigoroso «Me alegro de que sigas viva», pero mi compañero se limitó a sentarse en un taburete sin decir una palabra y apoyar su fusil sobre mi cama—. ¿Por qué me ha llamado Lena así?

—Han empezado a llamarte así. —Miró las flores secas que yo tenía esparcidas por la mitad de la sábana, las últimas muestras para Slavka —. Lirio, camomila, azalea. —Fue nombrándolas.

Yo empecé a guardarlas una a una en un trozo de papel sobre el que escribía el nombre con letras torpes. Mis manos aún no eran firmes, y Lena quizá llevaba razón en que necesitaba más tiempo. Ante cualquier otra persona me habría avergonzado de aquellas manos temblorosas, pero no ante mi compañero…

—Lady Muerte… ¿Como Lady Medianoche, la sierva de Baba Yagá? —Polunochnitsa, la sierva de la bruja del cuento de la vieja tradición popular, antes de que la revolución acabara con los mitos supersticiosos.

—¿Era tu favorita de las viejas historias?

—Me gustaba más Lady Mediodía. Pero en realidad las dos son lo mismo. Hice un trabajo una vez sobre cómo las figuras del folclore prerrevolucionario representaban los rostros opuestos de la mujer presoviética —dije metiendo otra flor seca en su respectivo sobre—. Saqué un sobresaliente.

—No esperaba menos. —Los dedos encallecidos por el gatillo de mi compañero ordenaron unas margaritas secas—. Yo de niño pensaba que mi padre era el anciano Morozko.

—¿Pensabas que tu padre era Padre Escarcha?

—Era un cazador del Baikal… Iba a Irkutsk solo una vez al año con las primeras nieves y le asomaban cuchillos por todas partes como si fueran carámbanos. Siempre se marchaba en una especie de enorme y violenta avalancha.

—Eso suena ruidoso. Pero el invierno es tranquilo. —Era la primera vez que Kostia decía algo acerca de su familia—. Tú te pareces más a Morozko que él.

Kostia sonrió bajo sus párpados. Me cogió la mano del lugar donde descansaba entre las flores esparcidas, abriéndome los dedos y luego volviendo a doblarlos dentro de los suyos, y se la llevó al pecho. No dijo nada, solo sostuvo mi mano contra su guerrera, donde pude sentir el firme latido de su corazón.

Suavemente separé mis dedos de los suyos y me recosté. No dije nada tampoco, pero le devolví una mirada de firme reconvención. Aquello

no era como flirtear por diversión con aquel guía rubio —yo era el sargento de Kostia, y quizá la diferencia de rango no impidiera a la mayoría de los oficiales confraternizar con sus subordinados, pero a mí no me parecía bien—. Y, lo más importante, él era mi compañero, aquel en el que confiaba sobre todos los demás durante la danza letal en tierra de nadie cada noche. No me atrevía a introducir una caótica estampida de nuevas pasiones en aquel delicado y crítico equilibrio que nos hiciera acabar muertos. Así que dejé caer el silencio e hice un pequeño gesto con la cabeza.

—Vamos a levantarnos y andar —dijo Kostia como si nada hubiera pasado, y me ayudó a bajarme de la cama para poder dar unos pasos tambaleantes por la habitación.

Al día siguiente ya me tenía en pie sola, embutida en un kepi con la cabeza vendada, y conseguía salir cojeando con determinación. El batallón médico se había establecido en lo que una vez fue una escuela rural; sorteando los catres y los médicos apresurados, las camillas con hombres quemados, con hombres inconscientes y con hombres que gemían agarrados a muñones de brazos y piernas, logré llegar hasta el jardín que rodeaba el edificio.

Solo unos días ante el sol del otoño brillaba en un cielo azul calentando la vasta superficie de la estepa. Ahora el invierno llegaba con una bravata de nubes color plomo y frías rachas de viento del norte a medida que el anciano se acercaba arrastrando sus pies con aroma a nieve. Incluso allí, tan alejados del frente como estábamos, seguía oyendo el retumbar de la artillería.

Me di la vuelta para alejarme del sonido aspirando el olor de la tierra recién removida y de las rosas silvestres. Crecían allí, rectos como muros verdes, los enebros y los tulipanes rosas florecían en los parterres —a pesar de las bombas y proyectiles, alguien seguía cuidando aquel jardín—. Di las gracias en silencio a aquella alma que se había preocupado de velar por el humilde parche de flores en medio del infierno en la tierra. Cogí una hoja caída de un color dorado y rojizo para Slavka, y a punto estuve de perder el equilibrio al marearme, y luego traté de abrirla en mi mano. Se rompió, seca y muerta. La dejé caer, sintiendo otra oleada de debilidad y preguntándome por qué luchaba por seguir en pie. ¿Por qué no dejarme caer sin más, tumbarme, cerrar los ojos? Estaba cansada. Cuando volviera a combatir, tendría que reavivar el fuego de mi rabia y seguir adelante, pero en ese momento no era más que ceniza muerta y fría en mi estómago tras tres meses y medio de misiones y batallas. Me senté en un banco del jardín y saqué mi tesis con la esperanza de que el querido Bogdán Jmelnitski me animara, pero no conseguía que

mis ojos enfocaran las palabras. Las letras se movían por la página como si fueran hormigas, y el título que la pequeña bibliotecaria investigadora Mila Pavlichenko había mecanografiado con tanto orgullo aquel mismo año estaba semioscurecido por una mancha de sangre.

Y por mi vida que no sabría decirte de quién era aquella sangre.

Un zumbido se deslizó entonces en mi oído bueno y levanté la vista para ver un coche oficial de color kaki que atravesó la verja abierta y se dirigió hacia la escuela. Lo siguió una riada de uniformes, y para cuando llegaron a la puerta principal, yo había guardado las páginas de mi tesis en la mochila, había vuelto cojeando y me había puesto firme. No era la primera vez que veía al comandante general Ivan Yefímovich Petrov, jefe del ejército costero, pero sí era la primera vez que lo veía tan de cerca. Unos cuarenta y cinco años, pelo rojizo, bolsas bajo los ojos…

Yo esperaba que pasara de largo, pero uno de sus oficiales le llamó la atención sobre mí, susurrándole algo, y el general se detuvo.

—Pavlichenko, ¿verdad? He oído hablar de usted…, la francotiradora.

Saludé.

—Sí, camarada comandante general.

Me examinó.

—Una herida en la cabeza, por lo que veo.

—El 13 de octubre, con el 1.er Batallón en Tatarka.

—¿La están tratando bien? —Hizo un gesto de aprobación al oír mi asentimiento—. Muy bien, prepárese para ponerse en marcha, Liudmila Mijaílovna. Partimos hacia Sebastopol. Órdenes del comandante supremo.

La conmoción recorrió todo mi cuerpo hasta las plantas de los pies. Sabía que la retirada de Odesa estaba próxima, pero oír que la orden se hacía oficial era completamente distinto.

—¿No iremos a entregar Odesa al enemigo? La arrasarán.

Mi hermosa Odesa del mar resplandeciente y los cielos azules, de los paraguas a rayas y los cafés al aire libre. La ciudad que yo había

ayudado a defender manteniendo mis líneas de fuego, disparando a mis objetivos. Me quedé mirando al jefe del ejército costero completamente horrorizada, y vi en sus ojos un destello de comprensión. A él también le dolía en el alma, únicamente lo escondía mejor.

—La obligación de un soldado es cumplir las órdenes al pie de la letra. —Me dio una palmada en el hombro sorprendentemente amable—. ¿Qué es lo que le ordeno yo ahora usted? No sucumba al desaliento, tenga fe en la victoria y luche con valentía. ¿Cuántos lleva en la cuenta?

—Ciento ochenta y siete —dije sin emoción.

El enemigo atacaba en filas tan densas que casi se podía abatir a dos hombres con una sola bala. ¿Quién podía saber cuál era mi verdadera cuenta si se añadían a mis misiones oficiales las batallas, las escaramuzas y los blancos no confirmados? Pero, oficialmente, eran ciento ochenta y siete.

Se oye un tenue silbido del oficial subordinado que está detrás del general Petrov, y su mano aprieta mi hombro en un gesto aprobatorio.

—Magnífico —dijo—. Sebastopol necesita ese fusil. Cruzaremos el mar y defenderemos Crimea.

Lo vi buscar algo estimulante que decir, algo que encendiera la sangre, pero el general parecía tan exhausto como yo.

—Todo irá bien —dijo al fin—. Ya lo verá.

Entonces se marchó con su séquito para ir a visitar a los heridos, evaluar la moral —y probablemente supervisar la evacuación a Sebastopol de sus unidades militares— dejándome helada ante la inútil fragancia de los parterres de flores.

Nos iríamos por mar, y eso significaba retirarse pasando por la propia Odesa hasta el puerto. Rogué que me diesen el alta para poder viajar con mi pelotón, pero no me lo permitieron. Kostia y el resto de mis hombres partieron antes y yo viajé con el batallón médico, que fue ocultándose al anochecer y bajo el fuego de camuflaje de los batallones de retaguardia que permanecerían en las trincheras hasta última hora.

—Nos retiramos —le espeté a Lena—. Somos unos putos cobardes.

No había usado esa palabra en mi vida, pero sentía como si me estuviera ahogando con la garganta llena de espinas.

—Baja la voz —susurró Lena—. ¿Quieres que nos fusilen por derrotismo? Han ejecutado a gente más importante por mucho menos.

La llamaron para volver a vendar a un amputado por un camión, y comprendí que estaba demasiado ocupada con los heridos como para escuchar mis lúgubres pensamientos. Yo no tenía nada de lo que ocuparme más que de poner un pie delante del otro mientras contemplaba, quizá por última vez, la ciudad que amaba tanto.

Cuánto había cambiado desde el día en que partí de allí en tren hacia el frente. El crepúsculo otoñal cubría los parques y bulevares como si fuera un velo, pero aquel velo no podía ocultar los numerosos edificios a los que faltaba el techo, ni los numerosos agujeros negros en lugar de ventanas que parecían contemplar como ojos tristes la retirada de los defensores. Nuestra columna hizo un alto en una intersección bloqueada por vagones de artillería y con asombro vi la oficina de reclutamiento de dos plantas en la que me había unido al Ejército Rojo. Solo que el edificio ya no estaba allí, y solo quedaban vigas derrumbadas, muros ennegrecidos por el hollín y el esqueleto retorcido de la escalera de hierro por la que había subido con mi vestido de crepé de China decidida a coger al destino por el cuello.

—¿Mila? —Una voz me llamó entre los silenciosos espectadores que observaban.

Al volverme, vi a una mujer que se cubría con sus brazos para protegerse del frío de la noche, envuelta en un abrigo que le quedaba corto. Por un momento, no la reconocí, pero entonces reparé en sus ojos saltones y en sus piernas infinitas de bailarina.

—¿Vika? —Me quedé sorprendida y, con permiso de mi teniente, dejé la columna para acercarme a ella.

No había vuelto a verla desde el día en que la guerra estalló, aquel día en que ella había estado haciendo piruetas con enaguas rojas en el ballet de la ópera.

—¿Os retiráis? —dijo en tono perplejo.

—Nos retiramos a una posición más fuerte —respondí repitiendo el argumento oficial que tanto detestaba.

—Os retiráis. —Su voz adoptó un tono neutro—. Abandonáis Odesa.

—Por lo menos yo estoy combatiendo —estallé—. ¿A los bailarines no os han evacuado para poneros a salvo? Debe estar bien ser una semisolista formada en el Bolshói. —Sabía que estaba siendo injusta, pero su desprecio me había herido.

—He dejado el ballet. —A Vika le tembló la voz—. Mi hermano, yo… Grigori ha muerto. No duró ni dos meses en el cuerpo de tanques.

Su gemelo, su compañero de danza, su otra mitad.

—Lo siento —dije, arrepentida de mi falta de tacto.

—Sofía ha muerto también. Una bomba perdida.

—¿Sofía? —susurré sintiendo que el estómago se me revolvía.

—Quería ser profesora —dijo Vika en tono inexpresivo—. Había hecho todos esos pequeños estudios didácticos sobre los juegos en grupo que iban a favorecer la cooperación entre los niños de cuatro a siete años. ¿Quién mata a alguien así, Mila? A una profesora. O a un muchacho como mi hermano, que era capaz de bailar la variación de Pájaro Azul como un ángel.

—Fascistas —dije. Fascistas que ya habían matado a la mitad del cuarteto que se sentó en el café de la calle Pushkin aquella tarde en que la guerra estalló.

Pensaba que la rabia acumulada en mi estómago se había convertido en cenizas, pero resurgió en un instante con renovado fuego cuando vi los desolados ojos de Vika.

Mi columna estaba empezando a moverse, habían despejado el bloqueo de los carros de artillería.

—Cuídate —le dije torpemente—. No dejes que los invasores impidan bailar a la Libélula. ¿O era el Ruiseñor? ¿La Estrella?

—¿Importa eso? Nadie necesita ahora libélulas ni estrellas. Necesitamos asesinos. —Mostró una sonrisa desolada—. Por lo menos te tenemos a ti.

La bailarina se dio la vuelta y echó a andar por la calle en ruinas, con la cabeza alta y sobre las puntas de los pies, y yo seguí el camino de la retirada hacia el mar.

El puerto parecía Babilonia antes de caer: camiones militares por todas partes, unidades de remolque transportando obuses y tanques y miles y miles de soldados. El agua estaba atestada de barcos de la línea de vapor y de la flota del mar Negro. En la oscuridad absoluta, yo subía arrastrando los pies por la rampa del Zhan Zhores, que se alzó imponente ante mí como un largo muro negro elevándose sobre el muelle. La masa jadeante de los heridos fue introducida por debajo, donde estaba el comedor de la tripulación. Me senté agarrada a mi mochila y luchando contra las oleadas de mareo a medida que los remolcadores empezaban a alejar el barco del muelle y este temblaba como una ballena saliendo a mar abierto. A través del ojo de buey, vi unos destellos de rojo y oro —los inmensos almacenes del puerto de Odesa estaban ardiendo—. ¿Deliberadamente, para no dejar nada a los fascistas, o había sido un accidente con los bidones de gas? Fuera como fuese, nadie corría a extinguir el incendio. No quedaba nadie, todo el que podía salir de Odesa estaba abandonándola. Mi última visión de la ciudad en la que me había alistado como soldado fueron sus llamas mientras huía a través del mar Negro.

Mi rabia crecía y crecía y crecía.

—Camarada —me dijo el tercer oficial al verme sacar mis cigarrillos con manos temblorosas—, no se puede fumar aquí.

—Entonces, dime dónde —gruñí.

El comedor ya olía a sudor y a nerviosismo en medio de una atmósfera ruidosa de gritos y arrastrar de botas. Estaba desesperada por un poco de soledad.

—En el alcázar, en la popa.

—¿Alcázar? ¿Qué es eso? ¿Cómo es que tenéis un alcázar?

Empezó a darme una profunda respuesta técnica y yo consumí mi último resto de paciencia.

—Dime dónde puedo fumar.

Vio la mirada en mi rostro.

—Al final del barco, arriba.

Me abrí camino a través de la multitud del comedor y continué hasta la cubierta en busca de la zona donde se podía fumar. Había grupos de marineros y camilleros, y el humo ascendía en forma de anillos. No

solo estábamos abandonando Odesa, pensé, estábamos abandonando Gildendorf, la finca Kabachenko, Tatarka; los campos de batalla que me habían convertido en lo que era ahora. Fuera eso lo que fuese. ¿La sargento Pavlichenko, como oía que me llamaban a diario? ¿La francotiradora, como me había llamado el general Petrov? ¿Lady Muerte, como me había llamado Lena? Lancé los nombres al viento entornando los ojos sobre el oscuro mar en el que Odesa iba desvaneciéndose como un espejismo.

—¿Me prestas tus prismáticos? —le pregunté al hombre que tenía más cerca, y me quedé paralizada en la cubierta cuando se volvió.

—Pequeña Mila —dijo entonces Alexéi Pavlichenko, mirándome con esa expresión irónica tan suya en la boca—. Mírate.

La delegación soviética

Día 1

27 de agosto de 1942

Washington D.C.

Capítulo 10

El francotirador se sentó sobre la orilla de césped que daba al Memorial de Lincoln abanicándose con su sombrero. Su empleador se retrasaba, pero a los tipos de Washington les gustan esos juegos para recordarte lo importantes que son. El francotirador orientó el rostro al sol mientras observaba disimuladamente el goteo de visitantes que salían y entraban del edificio de mármol. Era temprano, pero un puñado de turistas ya salía para adelantarse al calor del verano: una familia con sus folletos, unos padres de vacaciones que arrastraban a unos taciturnos adolescentes y una pareja que se dirigía cogida de la mano a admirar la gigantesca figura contemplativa de mármol en su interior.

Una sombra cayó sobre las manos del francotirador.

—¿Teníamos que encontrarnos precisamente aquí? —inquirió una voz irritada.

El francotirador volvió a ponerse el sombrero, sonriendo.

—¿Se refiere al monumento dedicado a otro presidente que fue asesinado?

—Baja la voz. —El recién llegado era un hombre de mediana edad e incipiente calvicie embutido en un traje caro de fina raya diplomática con un pañuelo de bolsillo azul.

—No hay nadie escuchando. —Por eso el francotirador prefería hacer ese tipo de cosas al aire libre.

En mitad de una gran explanada de césped y fuera del alcance del oído de todo el mundo. Rodeados como estaban por el bullicio de una ajetreada ciudad, nadie prestaría atención a la conversación ociosa de dos hombres que se relajaban al sol de la mañana.

—Siéntese.

Pañuelo de Bolsillo extendió un pañuelo para proteger su traje de la

hierba y se sentó de mala gana. El francotirador no sabía su nombre ni tampoco el de quienes estaban tras él y lo habían escogido como intermediario. Al francotirador eso lo traía sin cuidado, en cualquier caso. No era asunto suyo saber quiénes eran sus clientes o qué los movía a pagar por matar a alguien. Mientras pagaran a su debido tiempo y mantuvieran la boca cerrada, no importaba nada más.

—¿Y bien? —preguntó Pañuelo de Bolsillo.

—Sabré más tras el desayuno en la Casa Blanca que habrá dentro de una hora, pero la chica y el resto de la delegación ya tienen programada una rueda de prensa esta tarde —dijo el francotirador—. ¿Mi nombre está en la lista de la prensa acreditada?

—Sí, pero mis empleadores no ven ninguna razón para que asista.

—Necesito establecerme en las proximidades de esa delegación como parte del escenario contrastada por la seguridad e inofensiva para poder persuadir a alguien de darme acceso a la chica cuando llegue la hora.

No era el procedimiento con que solía trabajar —normalmente, el francotirador ponía más distancia entre él y sus objetivos, lo que conseguía a través de varios niveles de informantes anónimos—, pero con un objetivo presidencial en el punto de mira, quería contar con el menor número de personas y complicaciones posibles dentro de su plan. Tal vez de forma supersticiosa, quería ocuparse de todo por sí mismo.

—Necesitaré una lista de los miembros de la delegación que asistan, no solo de sus compañeros estudiantes, que estarán a la luz, sino de los acompañantes en segundo plano.

—La tendrá. —Pañuelo de Bolsillo se limpió el sudor de la cara.

El día estaba avanzando y el calor ya empezaba a apretar, pero, aunque hubiera hecho frío, el francotirador sospechaba que también habría estado sudando. Hay gente que simplemente no tiene suficiente sangre fría para el asesinato.

—¿Cuándo va a usted a… hacerlo?

—El cinco de septiembre. El último día del congreso.

—¿El éxito está garantizado? —presionó Pañuelo de Bolsillo.

—No. —La muerte nunca está garantizada—. Pero en caso de no obtener el resultado deseado, lo que sí puedo garantizar es la vergüenza y el ultraje público del presidente y de sus huéspedes soviéticos. Se me dio a entender que ello sería un aceptable logro secundario.

—Para algunos de mis jefes, sí —musitó Pañuelo de Bolsillo.

—A los aislacionistas y también a los antisoviéticos les bastará con eso. —El francotirador sonrió ante la expresión sorprendida del hombre.

No era difícil adivinar quién, en aquella ciudad capital carnívora, podía querer muerto a Franklin Delano Roosevelt. Incluso los presidentes populares tenían enemigos, y FDR no era una excepción: fascistas estadounidenses que aborrecían al presidente «judío» Roosevelt; resentidos rivales políticos en el Congreso; magnates aislacionistas que se habían opuesto a la guerra contra Alemania; millonarios anticomunistas tan rabiosamente contrarios al marxismo que ni siquiera derrotar a Hitler merecía aliarse con Stalin para ellos —por no mencionar a los honrados idealistas que veían en cualquier presidente con tercer mandato a un tirano en ciernes—. Quién podía saber qué ocasión o acontecimiento había reunido a suficientes hombres furiosos, qué fósforo había encendido la mecha mientras aireaban sus quejas o qué hechos habían avivado las llamas hasta que alguien había tenido la suficiente valentía como para susurrar la palabra «asesinato»… Pero había sido así, y el teléfono del francotirador había sonado con una oferta.

Pañuelo de Bolsillo parecía ahora claramente sombrío.

—Usted no puede saber quiénes son. Se ha puesto el mayor cuidado en que…

—Llevan traje —dijo tranquilamente el francotirador—. Son hombres con trajes caros que quieren que el mundo funcione a su favor. Son los que siempre me contratan… Alguna conspiración en la sombra de poderosos trajes descontentos. Y saben que yo puedo hacer el trabajo.

Se levantó, tocándose el sombrero imaginariamente en dirección a la lejana figura en mármol del presidente Lincoln dentro del monumento. Un teatro salpicado de sangre y sesos presidenciales; eso sí que era un asesinato con estilo.

—Ahora, si me disculpa —dijo el francotirador a su empleador con condescendencia—, tengo un desayuno al que acudir.

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

Apenas he tenido tiempo antes de recibir a nuestros invitados soviéticos en el desayuno, pero me he ocupado de la invitación a dar un discurso en el Comité Estadounidense para el Socorro de los Niños Europeos, he supervisado los detalles de una reunión del consejo de la Federación Estadounidense de Estudiantes Universitarios Negros, he repasado el plan para encargar un nuevo buque de guerra a los Astilleros Navales de Brooklyn, he leído un informe de la Agencia de Aeronáutica Civil sobre la admisión de mujeres en la formación de pilotos y he comprobado cómo estaba Franklin. Está sentado en la cama, donde siempre desayuna, con una vieja capa azul sobre el pijama y la bandeja a un lado con los restos de las tostadas y los posos del café. Los periódicos cubren la cama — siempre quiere el Baltimore Sun, el Washington Post, el Washington Times-Herald, el New York Herald Tribune y el New York Times con el desayuno — y en el suelo, junto a su cama, está la cesta Eleanor, donde le dejo los informes y las comunicaciones destacados que requieren su atención. Protesta a veces —«¿Más trabajo, Eleanor?»—, pero sabe que él no puede estar en todo y que me necesita para llenar los vacíos. Ya ha leído las notas que dejé antes y debe de estar a punto de vestirse, pues oigo al ayuda de cámara en el guardarropa. Franklin está sentado con los ojos cerrados y su rostro muestra líneas de agotamiento y decisión. Sé lo que está haciendo. Está imaginándose de niño en la finca familiar de Hyde Park, con su trineo en lo alto de un cerro nevado desde donde se ve el Hudson a sus pies en la distancia. En su mente cae desde la cumbre y se desliza hacia abajo mientras el viento le golpea la cara, negociando cada curva con una lluvia de nieve en forma de brillantes cristales de diamante. Al llegar abajo, frena, tira de la cuerda del trineo con un brazo y vuelve a subir con la fortaleza de sus piernas jóvenes. Revive aquel cerro, aquella euforia, aquel ascenso, hasta que se hacen reales y aquel vigor lo recorre de nuevo. Normalmente se reserva ese recuerdo para las noches inquietas y lo usa para tranquilizar su mente e invocar el sueño. Pero esta mañana lo utiliza para desterrar la debilidad antes de enfrentarse al día que tiene por delante. Esta mañana lo necesita. Sus manos delgadas y fuertes sostienen su peso en la cama —y es como si se preparase para recibir una bala—.

«¿Qué temes?», quiero preguntarle. «¿Qué… o a quién?». Pero suena el gong abajo y salgo de puntillas para dar la bienvenida a nuestros invitados soviéticos.

Once meses antes

Septiembre de 1941

El frente de Sebastopol, URSS

MILA

Capítulo 11

Mis memorias (la versión oficial): Estuve sin ver a Alexéi Pavlichenko por lo menos tres años desde que me alisté en el Ejército Rojo. Lo habría escrito así no porque quisiera mentir, sino porque podría despacharlo con una sola línea y no desperdiciar el espacio de la página que la vida real le había concedido.

Porque en mis memorias (de la versión oficiosa) aquel cabrón impresentable de lengua empalagosa se me apareció en medio de la guerra como lo que los estadounidenses llamarían un mal tío. El mal tío más inoportuno del mundo.

Me quedé mirándolo, en carne y hueso y tres veces más desagradable que de costumbre, en la cubierta de un barco con rumbo a Sebastopol, y el estómago se me revolvió de repente.

—Mírate —dijo, y reparó en el rango que mostraba mi cuello—. ¿Sargento? Espero que no le hayas robado la guerrera a tu novio solo para no pasar frío, kroshka. ¡Hay castigos para los impostores de rango!

Había olvidado lo alto que era. La mayoría de los soldados del Zhan Zhores parecían desaliñados y agotados por la retirada, pero el uniforme de Alexéi estaba impecable y hasta llevaba la gorra colocada en un ángulo elegante sobre su pelo rubio.

—Es mi uniforme —dije con toda la frialdad de la que fui capaz—. Soy sargento.

—No está mal, supongo, para una niñita.

No preguntó por Slavka. Yo no quería que preguntara —no quería que se acercara a nuestro hijo—, pero aun así me hacía hervir la sangre que ni siquiera tuviera un pensamiento para el hermoso niño que había concebido. Que Slavka significara tan poco a sus ojos. Llevaba triángulos de teniente en el cuello —por supuesto, era un oficial; por supuesto, estaba por encima de mí en rango—.

—¿Batallón médico? —me obligué a preguntar.

Debió de alistarse en Odesa aproximadamente al mismo tiempo que yo. Los cirujanos con su destreza valían su peso en oro en el frente.

—Así es. Ya te lo dije una vez, ¿no? Un hombre ve oportunidades en la guerra… Esta es la mía. —Movió la cabeza hacia la negra extensión del mar por delante de nosotros—. Tengo un buen presentimiento sobre Sebastopol. Nos esperan grandes cosas, ya lo verás.

Siempre tan seguro, sin una sola duda. Tenía que haber visto cosas infernales si llevaba meses en los hospitales de Odesa, operando heridas de guerra desde el alba hasta el anochecer, pero era evidente que le habían causado poca impresión. Él no había ido a la guerra a curar a sus compatriotas heridos ni a defender un país para que su hijo pudiera crecer en él, había ido a la guerra a aprovechar una oportunidad. Estaba claro que seguía albergando sus sueños de grandeza.

—¿Alexéi Pavlichenko, héroe de la Unión Soviética? —Mi voz sonó dura y sarcástica.

Frunció el ceño. Estaba acostumbrado a verme respetuosa, suplicante, frustrada, la esposa que odia tener que pedirle cosas y que, aun así, seguía teniendo que pedírselas. La pequeña mujer que saltaba cada vez que él se lo decía. Estaba acostumbrado a tener ventaja sobre mí…, pero ya no la tenía. Yo había visto demasiada sangre y terror en los últimos meses como para que me impresionara un hombre mezquino. Aún podía hacerme enfurecer, pero ya no podía conseguir que me pusiera de puntillas ni saltara. Alexéi se acodó sobre la borda del barco y pareció verme entonces.

—¿La División Chapáyev? —adivinó—. Seguiremos viéndonos en Sebastopol.

—Lo dudo. —No pude resistirme a la pulla—. A diferencia de los médicos, yo no estoy operando a salvo en la retaguardia.

Frunció el ceño de nuevo.

—¿No estás en el batallón médico?

—No. —Le sonreí—. Soy francotiradora.

Se echó a reír.

—Me alegra ver que por fin has desarrollado sentido del humor, kroshka.

Me encogí de hombros. Si era lo bastante estúpido como para pasar por alto el fusil que colgaba de mi hombro, qué iba yo a hacer.

—Ahora en serio. —La sonrisa de Alexéi desapareció—. No puedes ser fusilera.

—¿Por qué no?

—Ese no es un puesto para mujeres, ni siquiera en la guerra. No importa lo que diga el Estado.

—Díselo a todos los enemigos muertos que abatí mientras defendía Odesa —le espeté queriendo ver la sorpresa en su rostro. Pero, en lugar de eso, se limitó a soltar una risita.

—Mira cuánto has crecido. ¿Aún quieres que te preste mis prismáticos para mirar Odesa por última vez? —Los sostuvo sobre mi cabeza—. ¡Salta, pequeña Mila!

No me paré a pensar. Descolgué mi fusil del hombro, metí el cañón por el asa de sus prismáticos y, con un giro y un tirón rápidos, se los arrebaté de las manos y los lancé por la borda.

—Salta tú para cogerlos —dije oyéndolos caer al agua a los lejos, y me di la vuelta.

Pero tuve tiempo de ver el destello de ira en sus ojos y de oír sus últimas palabras tras de mí.

—Sigues sin aguantar una broma, ¿verdad? —Una risa acompañaba a su voz, pero había auténtica ira bajo ella—. Aún tienes que fingir que no se juega contigo.

—Ciento ochenta y siete enemigos muertos me bastan para saberlo —le respondí, y me alejé del alcázar.

Alexéi Pavlichenko allí. El corazón me golpeaba en el pecho. Mi esposo de vuelta en mi vida después de años en los que apenas había pensado en él. En el mismo barco que yo, rumbo a Sebastopol.

«No importa», me dije mientras bajaba. Ya no le tenía miedo. Y en el caos del frente sería fácil evitarse. Yo podría mantenerme apartada de su camino, y él —si era lo bastante inteligente—, apartado del mío.

Sin duda.

Sebastopol. Llegué a la ciudad blanca con las manos rojas y el corazón castigado, y me quedé atónita. No tenía ni una cuarta parte del tamaño de la bulliciosa y cosmopolita Odesa, pero sus jardines públicos y sus avenidas de árboles de oro rojo seguían intactos a pesar de la guerra. Los muros de piedra de las antiguas fortificaciones gemelas que protegían la entrada de la bahía principal aún no habían quedado marcadas por los morteros alemanes; la cúpula azul de la catedral de Vladímir brillaba íntegra e inmaculada. La gente paseaba por las calles después de trabajar, acudía a los baños públicos y compraba entradas para ver Tractoristas o Minin y Pozharsky en los cines locales. Una hermosa ciudad, y también una ciudad de la que me cansé pronto, porque no podía salir de ella.

Primero me ordenaron recuperarme con el batallón médico hasta curarme la herida en el cuero cabelludo. Luego, para mi exasperación, no era capaz de encontrar a un solo oficial que pudiera decirme a dónde había ido mi regimiento.

—No es posible perder un regimiento entero —protesté ante un agobiado oficial de Estado Mayor—. ¿Han perdido ustedes todo el ejército costero también?

—Eso es derrotismo —dijo en tono severo—. ¿No tiene amigos en las altas instancias, Pavlichenko? Vaya a hablar con ellos.

Pero octubre había acabado cuando el comandante general Petrov llegó a Sebastopol con su Estado Mayor al puesto de mando de la defensa costera, y más días tendrían aún que pasar hasta obtener una entrevista de tres minutos con él.

—Saludos, Liudmila Mijaílovna. —Estaba haciendo unas ocho cosas a la vez, con el polvo blanco de las carreteras de Crimea aún escarchando sus estrellas de general, pero sonrió a través de los quevedos posados sobre su nariz—. ¿Cómo se encuentra?

Yo echaba de menos a Kostia y a mi escuadrón como si me faltara un miembro amputado, pero eso no era lo que él estaba preguntando.

—Completamente recuperada, camarada comandante general. Me han quitado los puntos y ha vuelto a crecerme el pelo en la zona rasurada alrededor de la cicatriz. Si me coloco el gorro cuidadosamente, nadie podría saber que está ahí.

—¿Así que vamos a derrotar a los nazis en Sebastopol?

—Absolutamente, camarada comandante general.

—Voy a ascenderla a sargento mayor y quiero que se ponga al mando de un pelotón de francotiradores cuando se reúna con su regimiento, que está… —siguió el murmullo de un ayudante de campo— en algún lugar de la carretera de Yalta a Gurzuf. Vaya al cuartel general del Estado Mayor en busca de sus documentos y al intendente para que le den ropa de invierno. —Vaciló antes de continuar—: Y asegúrese de conseguir una pistola.

—Tengo mi fusil, camarada comandante general…

—Consiga una Tula-Tokarev para distancias cortas. Ocho balas. Siete para el enemigo, si la toman por sorpresa. La última… —Su rostro se volvió pétreo de repente—. Ahora estamos luchando contra los soldados de Hitler, no contra los rumanos. Los alemanes no hacen prisioneros a los francotiradores; les disparan a la menor oportunidad. Y a las mujeres…

«Mejor no ser capturada con vida». Las palabras no dichas quedaron en el aire como gotas de escarcha. ¿Qué era lo que me esperaba en Sebastopol? ¿La muerte por mi propia mano, para evitar la violación colectiva y la ejecución? Incluso con mi cuenta de ciento ochenta y siete enemigos a mis espaldas, el hilo del miedo me ensartó el estómago. Hasta entonces yo siempre había disparado en llanas estepas donde la visibilidad era excelente y mis objetivos grupos numerosos, soldados rumanos fácilmente aturdibles. Pero esto era Crimea, un país densamente boscoso lleno de secretos, y mis objetivos eran soldados de Hitler. Alemanes muy bien entrenados capitaneados por oficiales fanáticos a los que habían inculcado el odio a todo aquel que no perteneciera a su raza superior. Fusilaban o mataban de hambre a los soldados rusos en sus campos de prisioneros en lugar de tratarlos como a los soldados británicos o franceses. Violaban mujeres hasta la muerte si las capturaban con vida por el crimen de haber dejado «los niños, la iglesia y la cocina» para matar al enemigo que había invadido su país.

Tragué saliva y saludé.

—Me aseguraré de tener siempre una pistola desde ahora, camarada comandante general.

Transcurrió casi una semana hasta poder reunirme con mi regimiento en los montes Mekenzi —el tercer sector defensivo, entre los ríos Belbek y Chornaya, a más de veinte kilómetros a las afueras de

Sebastopol—. Hice el viaje primero en un camión con un grupo de recién llegados y luego a pie cuando me dejaron en un nido de refugios y caminos de denso bosque preguntando direcciones a los impetuosos soldados que me rodeaban. Estaba deseando ver el lúgubre rostro familiar de Sergienko y pincharle diciéndole que si se ponía más gris parecería embalsamado, pero recibí un mazazo en el puesto de mando.

—El capitán Sergienko ha sido gravemente herido y enviado a casa. El camarada teniente Grigori Fiódorovich Dromin está ahora al mando del batallón.

Y, antes de que hubiera tenido de tiempo de encajar el golpe y la pesadumbre por mi capitán, estaba conociendo a su sucesor. Dromin era nuevo, esbelto, impecable y contaba treinta y cinco años; ni un solo cabello en su suave cabeza proclamaba a gritos otra cosa que bisoño.

Estaba hojeando mis documentos cuando saludé.

—¿Quiere usted convertirse en comandante de pelotón, camarada sargento mayor? ¿Está realmente preparada?

—No me corresponde a mí decidirlo, camarada teniente —respondí con serenidad—, sino al mando superior.

—¿A qué mando superior se refiere? Yo soy su comandante, y me opongo a que las mujeres ocupen puestos de campo en el ejército.

Al menos, él lo decía. Muchos oficiales pensaban lo mismo, pero se negaban a reconocerlo. Se limitaban a sonreír cada vez que ponían a mujeres bajo su mando y luego nunca recurrían a ellas.

—Al parecer, es usted francotiradora —dijo Dromin lanzándome mis documentos de vuelta—. Dispare a los nazis como haga falta. Pero las órdenes las darán quienes se supone que deben darlas.

—¿Y quiénes serán, camarada teniente? —no pude evitar responder.

—Los hombres, por supuesto. Los oficiales apropiados.

Iba a despedirme justo en aquel momento, pero entonces una voz burlona se oyó en la parte trasera del puesto de mando, donde había trabajado un grupo de oficiales.

—Dale un pelotón, Dromin. ¿O quieres discutir con el general Petrov?

—Un hombre se levantó de un taburete demasiado pequeño y por un momento pensé que era Alexéi, y a punto estuve de retroceder. Un subteniente alto y rubio que no era mi esposo, pero que me resultaba familiar—. Ya ha estado al mando de un escuadrón —continuó, apoyándose sobre la mesa de mi nuevo comandante de batallón—. Dale más hombres y llámalo pelotón propiamente dicho.

—¿Tú te crees de verdad esa tontería de las ciento ochenta y siete muertes? —Dromin habló como si yo no estuviera delante—. Con una cuarta parte de eso le habrían dado ya la Orden de la Bandera Roja.

—Petrov ya le ha dado un pelotón —respondió el otro alegremente—. Acéptalo o ve a discutir con él.

El teniente me sonrió, y entonces me di cuenta de quién era: el hombre rubio del banya a las afueras de Gildendorf al que había besado en la mejilla. Llevaba ropa de civil, y yo había dado por hecho que se trataba de un guía… Esa era la única razón por la que me había permitido flirtear con él. Pero ahora allí estaba en el maldito puesto de mando. Sentí que me ruborizaba, sin ni siquiera molestarme en desear que él no se acordara de mí. Sus ojos chispeaban. Se acordaba, estaba claro.

Fue un alivio obedecer la seca orden de retirarme de Dromin y marcharme con la vista perdida en una media distancia. La discusión continuó a mi espaldas, y claramente alcancé a oír:

—La niña mimada de Petrov probablemente le estará calentando el saco de dormir.

El rostro me ardía mientras caminaba rabiosa a través del desconocido caos de trincheras, pasillos de comunicación y emplazamientos de ametralladoras. Una nueva línea de frente que defender, nuevos enemigos que entender, nuevo terreno que estudiar, y ahora un nuevo comandante que me tomaba por una fulana. Una impresión de la que no podía culpar a nadie más que a mí misma. Bueno, si los tenientes no se pasearan por ahí vestidos de civil…

Los zapadores del ejército habían construido buenos y profundos refugios en las montañas de densos bosques. Mientras me abría camino a través de la sinuosa senda que me llevó hasta las líneas de la 2.ª Compañía, aún tragándome mi vergüenza como si fueran carbones encendidos, oí un grito de júbilo y me hallé de repente levantada por unos brazos de oso.

—¡Mila! ¡Mila, estás aquí! —Vi el rostro amplio y radiante de aquel gigantón de Fiódor Sedikh cuando volvió a dejarme poner los pies en

el suelo—. Pensábamos que los rumanos te habían capturado, al final. Le dije a Kostia…

Me di la vuelta, y entonces vi el rostro sereno y esculpido de mi compañero.

—Kostia —dije, y sus brazos me rodearon como una faja de hierro.

Yo le devolví el fuerte abrazo y solo me retiré para mirarlo. Estaba más delgado que cuando lo vi por última vez y llevaba un vendaje en la mano del gatillo.

—¿Estás herido?

Él se encogió de hombros, y entonces Fiódor nos arrastró hasta el fogón más cercano.

—Es un desastre todo esto —dijo sin rodeos mientras calentaba agua en una sartén de campamento para hacer té.

Yo me senté sobre un cajón volcado con el hombro pegado al de Kostia mientras él deshacía el vendaje de su mano.

—La Segunda Compañía se ha reducido a la mitad. Nos enfrentamos a los alemanes a finales de octubre cerca de Ishun. Los derrotamos, pero sus morteros y sus Messers nos hicieron polvo, y nos estaban desplegando casi en la estepa abierta. Demasiado expuestos. Ahí fue donde alcanzaron a Sergienko. Un ataque directo contra el puesto de mando del batallón, la pierna completamente destrozada.

—¿Saldrá adelante? —La garganta se me hizo un nudo por el hombre que me había hecho francotiradora, que había impedido a sus compañeros oficiales salidos molestarme, que me había concedido mi primer ascenso.

—Saldrá adelante, pero no volverá a andar. A Sergienko le espera una mesa de oficina ahora.

Al menos, había sobrevivido a la guerra. Yo ya echaba en falta a mi tranquilo y capaz capitán —desesperadamente—, pero al menos estaba vivo.

—¿Y el regimiento?

Fiódor distribuyó el té con algunos preciosos terrones de azúcar y unas sencillas galletas.

—Reducido a seiscientos o setecientos hombres.

Seiscientos o setecientos hombres de los tres mil que habrían sido en tiempos de paz.

—¿Y mi escuadrón? —pregunté tomando la mano herida de Kostia y ajustándole el vendaje, pues le estaba costando hacerlo con una sola.

En la mochila llevaba regalos para todos y cada uno de los hombres que había entrenado, comprados mientras esperaba en Sebastopol, en su mayor parte brandi y chocolate, aunque a Fiódor le llevaba una lata de sus sardinas en aceite favoritas y a Kostia un ejemplar de segunda mano de los Relatos de Sebastobol de Tolstói que había comprado en una librería al acordarme de su muy maltratado Guerra y paz…, pero en ese momento se me encogió el corazón al darme cuenta de que no había visto a ninguno de los otros. El muchacho de Kiev con la cara picada, el marinero larguirucho de Minsk…

—¿Cuántos quedan?

Kostia habló por primera vez:

—Nosotros.

Había tenido a diez hombres bajo mi mando, pensé sin fuerzas. Me quedaban dos. Esos alemanes eran harina de otro costal para enfrentarse a ellos.

—¿Cuándo podremos conseguir más hombres? —dije más para mí que para los otros—. Más hombres, más fusiles…

—Veré lo que puedo hacer por usted —dijo entonces una voz alegre a mi espalda, y cuando me volví para mirar sobre mi hombro me sorprendió ver al gran teniente rubio. Cualquier esperanza de que no se acordara de mí se esfumó cuando añadió—: Pareces otra con el pelo seco, Pavlichenko.

—Usted también —dije con tirantez—, camarada teniente.

—Estaba de permiso la última vez que nos vimos, por eso llevaba ropas de civil. No me transfirieron a la 2.ª Compañía hasta que llegué a Sebastopol. Camarada teniente Kitsenko, al menos, en el puesto de mando. —Me tendió la mano—. Fuera de servicio, Alexéi.

El nombre me desconcertó. No tenía la culpa de ser un teniente alto, rubio y de ojos azules como mi esposo, pero ¿era necesario llamarse

Alexéi, además? Y entonces volví a quedarme desconcertada, porque Kostia se puso de pie de un salto con una amplia sonrisa y abrazó al recién llegado como si fueran hermanos.

—Tendrás tu pelotón —me dijo Kitsenko golpeando la espalda de Kostia con un puño amistoso y vino a sentarse con nosotros sobre un viejo bidón de aceite—. Dromin solo está pataleando. Sabe que no puede discutir con Petrov.

—Gracias, camarada teniente. —Estaba siendo amable, pero yo no podía evitar preguntarme si la suya había sido la voz que especulaba con que yo era el calentador de cama del general Petrov. Y todo por un beso despreocupado…

—Mis amigos me llaman Lionia —dijo Kitsenko con una sonrisa haciendo un amago hacia Kostia, que esquivó el falso puñetazo y lo devolvió—. Y tú eres Liudmila Pavlichenko. Cuando me encontré con Kostia aquí, le pregunté por aquella visión de pelo castaño que había visto salir de unos baños como una Venus de su concha, y Kostia me lo contó todo sobre ti.

El relajado halago me sorprendió con la guardia baja, pero no tanto como aquella inesperada camaradería.

—¿De qué os conocéis?

—Coincidimos hace años en Donetsk, en la escuela técnica —dijo Kitsenko cogiendo una galleta—. Estoy viendo a aquel muchacho flaco de Irkutsk merodeando por la clase como si fuera un lobo inquieto…

—Todo el mundo en la clase se burlaba de mí por mi acento —dijo Kostia—. Menos él…

—Oh, yo también me burlaba de tu acento. Vocales siberianas que podían cortar el hielo. Pero pensé: «Ese cabrón asilvestrado seguro que es muy útil en una pelea de hockey; voy a hacerme su amigo».

—Y entonces un imbécil de Leningrado me llamó hijo de puta y Lionia le rompió la nariz. —Kostia movió la cabeza sin dejar de sonreír mientras yo lo miraba sin perder detalle. No había oído a mi silencioso compañero decir tantas palabras por su propia voluntad en…, bueno, no lo había oído nunca—. Así que invité a este muchacho de gran ciudad a visitar Irkutsk aquel otoño…

—Y su padre nos llevó de cacería, entonces vi al lobo de verdad —concluyó Kitsenko, estremecido—. Algo salido de las pesadillas de

Baba Yagá.

Yo me preguntaba cómo era posible que uno de los dos fuera teniente y el otro cabo, teniendo en cuenta que debían de haberse alistado aproximadamente al mismo tiempo, pero Kostia dijo:

—Lionia hizo el curso acelerado de oficial de rango intermedio en el cuartel general del Estado Mayor del Ejército Costero.

—Y ahora tengo que darle órdenes —dijo Kitsenko con otro puñetazo fingido—. Ahora oigamos tu historia, Liudmila Mijaílovna. Si tienes ciento ochenta y siete cabelleras, ¿cómo es que no te has ganado un par de Órdenes de Gloria ya?

—No lo hago por la gloria —dije sin ser del todo capaz de eliminar el tono cortante de mi voz.

—Lo hace por el alcohol —bromeó Fiódor pasando una taza con el vodka matarratas del ejército—. Por no hablar de las comodidades de lujo que tenemos aquí.

Kitsenko sonrió, pero siguió insistiendo:

—En serio, ¿por qué ni una sola condecoración en esa guerrera?

Yo me encogí de hombros, pero Fiódor respondió por mí:

—Sergienko envió propuestas de condecoración, pero debieron morir sobre la mesa de algún despacho. Alguien que estuviera por encima de él y a quien no le gustara que Mila estuviera aquí…

—Alguien sin afición a colocar estrellas en la guerrera de una mujer —dijo Kostia.

—Acabarán acostumbrándose a la idea —dijo Kitsenko—. ¿Sabéis que el camarada Stalin ha ordenado formar tres regimientos de combate exclusivamente femeninos en la Aviación del Ejército Rojo bajo el mando de Marina Raskova? Concederán estrellas rojas y doradas a cientos de mujeres el año que viene. —Me sonrió franca y admirativamente—. Tendrás lo que te corresponde, Mila.

Permanecí un momento mirando mi taza de té.

—Señor —dije al fin pregúntame cómo no ofender, pero queriendo dejar trazada esa línea antes de que la primera impresión coqueta que se llevó de mí se transformara en la suposición de que yo estaba

disponible—. Kostia y Fiódor me llaman Mila. Ellos guardan mis espaldas y yo las suyas. Hemos matado juntos, hemos combatido juntos, hemos sangrado juntos. Pero solo a mis hermanos de armas les permito el diminutivo.

—En ese caso, esperaré hasta que hayamos sangrado juntos —dijo Kitsenko sin mostrar irritación, levantando su taza de té en señal de saludo—. Imagino que Sebastopol nos dará la oportunidad.

Desde luego, no se equivocaba en eso.

Capítulo 12

Mis memorias (la versión oficial): Se me encomendó la responsabilidad de reclutar y entrenar un auténtico pelotón de francotiradores; fui la primera mujer que recibió tal honor en el Ejército Rojo.

Mis memorias (la versión oficiosa): No tengo la menor idea de si fui la primera mujer en liderar un pelotón en el Ejército Rojo, pero alguien del Departamento de Propaganda decidió que sonaba mejor así, de modo que allí estaba yo con mi variopinta banda de amateurs de dedos torpes que parecía cualquier cosa menos un auténtico pelotón.

Un verdadero pelotón de fusileros serían cincuenta y una tropas comandadas por un teniente y un sargento mayor, y los hombres bajo su mando estarían divididos en cuatro secciones, cada una de ellas con su propio sargento. Habría una sección de mortero, un jinete de despacho y líneas claras de organización. El mío lo formaban un puñado de reclutas verdes que de mala gana había puesto bajo mi mando el teniente Dromin, quien los escogió entre los batallones de infantería de marina cuando llegaron refuerzos en noviembre. La escena se desarrolló exactamente igual que cuando recibí a mi primera hornada de aprendices: los hombres discutieron conmigo sobre si yo era o no su comandante; discutieron sobre si yo había matado o no a ciento ochenta y siete enemigos, y discutieron si las mujeres debíamos estar o no en primera línea del frente. Pero, francamente, creo que sabes lo suficiente sobre ese tipo de cosas a estas alturas, así que avanzaremos hasta el momento en que ya estaban escuchando, más o menos, y yo tenía, más o menos, un pelotón.

Lo que apenas tenía eran cabos que me ayudaran a dirigirlo, pues ni Fiódor ni Kostia fueron de ninguna ayuda con los nuevos reclutas el primer día. Encontraron tan entretenido sentarse a ver cómo me las arreglaba para imponerme a los nuevos que tuve que amenazarlos con enviarlos a los dos a Dromin por reírse de su comandante.

—No me estaba riendo —dijo Kostia con un rostro de estatua que delataba la risa sus ojos mientras a Fiódor le faltaba poco para tirarse

al suelo riendo a carcajadas.

Los tuve tres horas cavando letrinas.

Así volví a tener fusileros bajo mi mando, pero no hubo muchas misiones de combate para que pudieran acumular experiencia. La primera mitad de noviembre fue una sucesión de furiosas escaramuzas para hacer retroceder a los alemanes, que habían fortificado Mekenzia con la esperanza de que les sirviera de base desde la que presionar la retaguardia de los defensores de la ciudad. Ahora se dirigían como una flecha a Sebastopol, lo que no implicaba trabajo de francotiradores, sino fuego a discreción, contraataque bajo una lluvia de morteros…, semanas enteras de ataques alemanes y de contraataques nuestros, no solo en Mekenzia, sino también subiendo y bajando por las líneas defensivas de Sebastopol.

—Veinticinco días —dijo Kostia, y noté la especulación en su voz.

Veinticinco furiosos días en que los alemanes habían atacado Sebastopol sin desmayo ni vacilación hasta que lograron ganar unos preciosos kilómetros. Los atacantes de Odesa nunca habrían mostrado aquella voluntad de hierro, no bajo la lluvia de muerte que estábamos arrojando sobre ellos.

—Tendrán que reagruparse ahora —dije examinando la tierra de nadie a través de mis prismáticos: una franja neutral a cada lado con trincheras, pasillos de comunicación, nidos de ametralladoras, campos de minas y zanjas antitanque—. Todo estará tranquilo un tiempo. Así que ya sabéis lo que eso significa.

Kostia señaló hacia el lugar que yo ya tenía marcado en la alta sierra del barranco de Kamyshly. No sería un paso que pudieran atravesar tropas ordinarias sin recibir un fuego devastador, pero ¿y francotiradores, de noche? Asentí.

—Allí.

—Ellos también enviarán a los suyos —observó Kostia—. Exploradores, equipos de reconocimiento.

Sin embargo, el primer hombre al que mi pelotón y yo encañonamos durante una patrulla nocturna fue uno de los nuestros, no un alemán.

El bosque era como un laberinto, una vez que dejamos atrás las franjas de trincheras y alambres de púas. Volvía a la vida en una viva maraña de enebros, carpes, espinas de Jerusalén, rosas silvestres… Plantas que

ahora sabía identificar al primer vistazo después de haber reunido tantas hojas y flores para Slavka. Había conducido a mi pelotón a través de la sierra, donde acabábamos de sorprender a una docena de fusileros alemanes armados con Schmeissers. Aunque estaban fuera de nuestro alcance, se retiraron rápidamente, y no teníamos órdenes de perseguir patrullas menores. Como entrenamiento, hice que los hombres dispararan a los lejanos puntos grises de los uniformes hasta que desaparecieron entre los árboles. El humo de los disparos seguía coronando en forma de espirales las montañas y el eco de los últimos aún resonaba en los barrancos cuando un hombre con el pelo blanco salió de la espesura.

Fiódor levantó su fusil, pero yo le hice bajar el cañón. Las manos del anciano estaban levantadas y mostraban lo que parecía un pasaporte soviético, mientras gritaba:

—¡Amigo! ¡Amigo!

—Si eres amigo —dije sin moverme—, ¿qué estás haciendo en las líneas militares del 54.º Regimiento y cómo has conseguido pasar los puestos de vigilancia enemigos?

—No es difícil. —Escupió a las hojas a sus pies—. Los alemanes no se atreven a internarse demasiado en los bosques, y yo conozco las sendas escondidas. He sido guardabosques durante treinta años aquí.

—¿Guardabosques? —repetí escéptica.

Con su chaqueta, su alforja de civil y su barba blanca densa y desaliñada que le llegaba casi hasta los ojos, aquella figura flaca y encorvada parecía más un duende anciano del bosque que un leñador.

—Lo fui. —Miré al anciano, y todo su rostro se arrugó en un paroxismo de dolor. Se restregó los ojos antes de que las lágrimas pudieran resbalarle y dijo con voz ronca—: Aquí me conocen como Vartanov. Y, si me escuchan, puedo entregarles el cuartel general del Estado Mayor alemán en Mekenzia.

—Hay una casa. Transportes oruga blindados con antenas, ametralladoras en los techos de las cabinas, cañones tirados por tractor, motocicletas con sidecar. Esa es.

—¿Tropas? —pregunté.

—Los uniformes verdes y grises de costumbre. —El guardabosques se acuclilló en una de nuestras trincheras de vigilancia zampándose un plato caliente de gachas de cebada—. Y otros con guerrera negra y corta y boinas.

—Tanquistas —observé—. ¿Quién da las órdenes sobre todos los demás?

—Un oficial grande, de unos cuarenta años, ojos pálidos. Guerrera de desfile con charreteras plateadas, cruz negra y blanca bajo el cuello. Todas las mañanas sale a lavarse a la bomba de agua y hace sus ejercicios de gimnasia. Tienen todo lo que quieren, esos cabezas cuadradas. —El rostro de Vartanov se arrugó mientras el odio pasaba en lo más hondo de él, muy lejos de la superficie—. Pero temen a los rusos.

—¿Por qué?

Los ojos de Vartanov se dirigieron hacia mi arma, que nunca estaba fuera del alcance de mi brazo.

—Me han dicho que tienen fusiles con miras especiales.

—Es cierto —respondí en un tono de voz neutro.

—Entonces, úsenlos. —Rebañó los restos de las gachas de la sartén portátil—. No está lejos de aquí… Por el bosque son unos cinco kilómetros utilizando un atajo. Yo se lo mostraré.

Intercambié miradas con Kostia. Él me llevó aparte con un rápido gesto de los ojos.

—¿Una trampa? —planteó la pregunta sin rodeos, y era una posibilidad evidente.

No toda la población local era leal a la patria; aunque se extendían las noticias sobre cómo los alemanes trataban a nuestros civiles y a nuestros soldados capturados, algunos idiotas rurales veían a los soldados de Hitler como libertadores que podrían salvarlos de las hambrunas del camarada Stalin. Yo no tenía ninguna intención de dejarme llevar hasta una emboscada para acabar muerta.

—Llevaremos esto al jefe de reconocimiento —decidí—. Confirmaremos la lealtad y la identidad de este hombre. Y me arriesgaré a llevarlo a hacer un reconocimiento.

El rostro de Kostia se tensó.

—Solos, no.

—Necesitamos un guía —dije—. Las líneas del frente se están estabilizando; no es probable que los cabezas cuadradas vayan a lanzar otro gran ataque durante semanas. Es hora de enviar a un pelotón de cacería.

Y no había forma de empezar sin conocer el terreno y saber cómo navegar por aquel denso bosque que se alzaba como un muro verde y susurraba con el indómito viento del mar.

Así que dos días después, hechas las comprobaciones y aseguradas la identidad y las lealtades de Vartanov satisfactoriamente, el viejo guardabosques y yo nos dirigimos hacia las montañas con las primeras luces del día.

Se deslizaba entre los árboles como si fuera un fantasma, siguiendo una casi invisible senda de cazadores. Yo lo seguía por entre los sicomoros torcidos preguntándome cómo iba a disparar desde aquellos árboles. Buenos para ocultarse —mejores que la estepa, brutalmente expuesta—, pero no para el disparo de precisión. ¿Qué se suponía que iban a hacer mis balas, zigzaguear entre los troncos?

—Pavlichenko —gruñó Vartanov tanteando mi nombre—. ¿Eres ucraniana?

—Soy rusa —respondí sin emoción—. Esas cuestiones de nacionalidad siempre me han irritado. ¿Es que no somos todos soviéticos?

Otro gruñido. No me pareció que Vartanov estuviera de acuerdo conmigo, pero al menos no discutió.

—Desde ese sicomoro inclinado hasta el pozo hay ochenta y cinco metros —dijo desviándose hacia la derecha, y al seguirlo, una espina de Jerusalén se enganchó en mi guerrera.

Al tirar para liberarme, se me heló la sangre cuando oí una bandada de carboneros que alzaba el vuelo ruidosamente del árbol más cercano.

—Cuidado —susurró el guardabosques, que siguió moviéndose como una anguila entre la espesura.

Cuando amaneció, ya habíamos llegado a Mekenzia, y yo trepé al

árbol más cercano con mis prismáticos.

Camiones alemanes y uniformes de color ratón se movían como hormigas por la carretera que unía Mekenzia y la población de Zalinkoi. Entre el gris teutónico distinguí a los tártaros de Crimea con los brazaletes blancos de la Politsei, el cuerpo colaboracionista proHitler que protegía la barrera del cordón. A mediodía apareció una cocina de campaña, y la boca se me hizo agua con el olor a guiso de patatas y a sucedáneo de café.

—Allí —murmuró Vartanov desde el suelo, y entonces vi al oficial.

Yo conocía las condecoraciones del enemigo mejor que el viejo guardabosques, y a través de mis prismáticos distinguí las insignias de un comandante de artillería y una Cruz de Hierro. Lo observé encender un cigarro y salir en coche hacia Cherkez-Kermen. «Los cuarteles generales del Estado Mayor probablemente estén allí», pensé. El mismísimo coronel general Erich von Manstein podía estar residiendo allí, no precisamente al alcance de mi fusil. Pero aquel engreído comandante con su gimnasia matutina y sus charreteras plateadas… sí. «Te tengo», le dije mientras su coche rebotaba en los baches de la carretera.

Tracé el plano de la finca sobre un tosco mapa, anoté las distancias y empecé a calcular el viento. «Velocidad media, entre cuatro y seis kilómetros por hora».

—¿Qué es todo eso? —preguntó Vartanov observando mis cifras, cuando nos retirábamos a salvo hacia la tierra de nadie—. ¿Tiene que ver con el viento?

—El fusil dispara la bala, pero el viento la lleva —respondí citando el viejo proverbio—. Elegimos esa posición y tenemos una brisa de lado que sopla en un ángulo de noventa grados. A cien metros del objetivo, la corrección lateral horizontal para un francotirador es de varios milirradianes. Ahora bien, en ubicaciones muy elevadas sobre el nivel del mar… —me entusiasmé, incapaz de resistirme a la digresión técnica— la presión atmosférica cambia y la distancia de la trayectoria y el vuelo de la bala aumentan. Aunque en montañas por debajo de los quinientos metros de altura, y aquí estamos a 310, se puede ignorar un viento longitudinal mientras se tenga el lateral en consideración, pues este puede causar un importante…

Vartanov me lanzó la misma mirada recelosa y de mortificación que los bibliotecarios de Odesa solían dirigirme cada vez que empezaba a

hablarles de Bogdán Jmelnitski.

Suspiré.

—Se tiene en cuenta el viento para poder dejar margen al disparo y que no se desvíe.

—¿Por qué no lo decía así antes? —Sonó ofendido—. ¡Sé abatir un ciervo a doscientos metros y apuntar para compensar el viento!

—Estoy segura, pero sigue siendo importante entender la ciencia que hay detrás.

Se despidió con un gesto de la mano.

—En esta época del año soplan fuertes vientos del norte y del nordeste. ¿Atacarán mañana?

«No tiene sentido esperar —pensé—. Podemos cobrarnos el nido entero con un poco de suerte y la cabeza fría…, aunque no es un trabajo para mi pelotón al completo». Algunos apenas habían conseguido dominar aún sus tablas de balística, mucho menos calcular el viento de costado, y aquello sería un trabajo que requeriría tensión y rigor.

—Llévese al moreno —dijo Vartanov leyéndome la mente—. Su compañero. Es el único de todos que sabe moverse sin hacer ruido.

—A él, a Fiódor Sedikh y a Burov (el mejor de mis reclutas marineros). Tomaré prestado un par de hombres para el combate cuerpo a cuerpo a mi oficial de reconocimiento también, por si nos atacan.

—Y a mí —dijo Vartanov.

Me detuve junto a una maraña de espinas de Jerusalén.

—Usted no es un soldado del Ejército Rojo, dedushka —dije amablemente —. No puedo llevar a civiles de cacería.

—Esa finca que los alemanes convirtieron en su cuartel general era mía. —Los ojos del guardabosques sobre su espesa barba eran como cuchillos que destellaran en la maleza en ese momento—. Yo vivía allí con mi hijo, su esposa, la mía y otro hijo menor. Teníamos un banya, un granero, invernaderos, y los cinco trabajábamos de sol a sol; no habría sabido decirle siquiera dónde estaba la guerra ni a qué se

debía. Pero fui a las oficinas de la autoridad municipal hace diez días para registrar unos gastos suplementarios, y ese fue el mismo día en que los exploradores alemanes se presentaron, pusieron en fila a mi familia delante de la casa y les dispararon a todos. —Había lágrimas en sus ojos, pero él no las dejaba caer—. Estaré allí para ver morir a esas bestias, con su permiso o sin él.

Despacio extendí la mano hacia el fusil que llevaba colgando del hombro. Él lo dejó caer en mis manos. Un viejo Berdan II, casi una antigüedad. Miré a los ojos al guardabosques.

—Puede pedir que le preste un Mosin-Nagant alguien de mi pelotón. Y puedo dejarle veinte balas para que se familiarice con él antes de mañana.

Él enseñó los dientes.

—Solo me harán falta diez.

Observa ahora cómo un grupo de siete francotiradores se acerca a la población con las primeras luces del día.

Kostia, por una vez, no va a mi lado y no está contento. No discute mis órdenes de permanecer con los miembros menos experimentados del pelotón, pero hay una línea tan afilada como un látigo entre sus oscuras cejas.

—Yo voy a quedarme con el viejo —le digo con un gesto señalando a Vartanov—. Si, después de todo esto, nos la acaba jugando, acabaré con él. Si es quien dice ser, sigue siendo el más inexperto de todos en un tiroteo, y quiero estar cerca para apoyarlo. Apoya tú a los demás. No falles. —Y Kostia asiente y desaparece entre las sombras.

Resulta extraño verlo alejarse de mí. Se ha convertido en parte de mí misma desde que nos reencontramos tras Odesa; estaría más tranquila si hubiera acometido la misión sin mi sombra de lo que estoy al hacerlo sin Kostia. Tanto él como el resto del pelotón toman posiciones quince pasos a mi izquierda; yo me coloco entre Vartanov y los otros dos soldados que he tomado prestados al oficial de reconocimiento, que se hallan quince pasos a mi derecha: un triángulo de fuego que arrojaremos sobre los nazis. El viento sopla en los ángulos adecuados en mi posición; corrijo el dial del lateral del tubo de mi mira telescópica y en silencio transmito las instrucciones a la línea. Vartanov sigue cada uno de mis movimientos con los ojos

brillantes.

Observa ahora. Los alemanes se reúnen siempre a la misma hora, en el mismo lugar y en el mismo número. Por el amor de Lenin, su férreo apego a los esquemas y a las normas podrá haber conquistado imperios, pero los hace presa fácil para una manada de linces como nosotros. El sol asciende, la cocina portátil aparece a las 11:37, los hombres se arraciman… Por lo menos son sesenta oficiales y especialistas.

El comandante de un pelotón de francotiradores siempre es el primero en disparar y es el que da la señal al resto. Mi fusil empieza a cantar atravesando con su primer regalo ardiente el ojo de un oficial que está reprendiendo a un soldado a gritos, y apenas ha empezado a caer cuando los disparos ya suenan a mi derecha y a mi izquierda.

Observa ahora cómo los nazis caen igual que el centeno bajo la guadaña. Están atrapados entre tres puntos de fuego: mi línea de tiradores dispara de fuera hacia dentro; yo apunto a cualquiera que aparezca en el medio, y Vartanov a cualquiera que cruce de izquierda o derecha hacia mi zona. Han ido sin sus armas a la cola de la comida, que está demasiado abarrotada como para que puedan correr, y no siento la menor compasión. Son los mismos que asesinaron a la familia de Vartanov, y si mi pequeño grupo de siete hombres se detiene un solo momento, cargarán contra nosotros y nos sobrepasarán en número de ocho o nueve por cada uno de los nuestros. Si eso ocurre, mis hombres serán ejecutados. A mí me violarán en grupo y luego me ejecutarán si no logro dispararme yo misma primero…, pero ese no es nuestro destino hoy, porque vamos a vencer aquí, y al diablo los números.

El comandante de artillería sale de la casa aún con la camiseta de su gimnasia matutina y una bala lo alcanza entre los ojos. Creo que es de Vartanov. El viejo guardabosques dispara lentamente, pero con firmeza, junto a mí; su rostro endurecido y viejo enseña los dientes. Kostia al otro lado está disparando con la precisión del bloque de hielo que es. Mis aprendices del pelotón y los soldados de reconocimiento que he tomado prestados apuntan y recargan sin vacilaciones, y me siento muy orgullosa de todos ellos. Ni uno solo duda. Son mis hombres, mi manada de letales y silenciosos linces al acecho.

Observa ahora y ni siquiera parpadees —todo habrá acabado en un momento—. Cerca de cincuenta cadáveres en el suelo, una docena de hombres que huye entre giros bruscos en el camión que tienen más cerca. Asaltamos rápidamente el cuartel general, quedándonos con

todos los documentos que nos salen al paso para que nuestros oficiales los analicen, con las provisiones que complementen nuestras escuetas raciones de comida y con una subametralladora MP 40 que ahora podremos utilizar contra quienes la fabricaron. Luego huimos a los árboles. El gigantón de Fiódor avanza dando gritos de alegría como si acabara de ganar un partido de fútbol; Kostia vuelve a deslizarse como una sombra junto a mí, y Vartanov va corriendo entre lágrimas, pero no deja de sonreír.

Y yo tampoco.

No podíamos atravesar la tierra de nadie para regresar a nuestros barracones antes del anochecer, así que acampamos en un lugar que Vartanov me había enseñado durante nuestro reconocimiento: una choza de madera medio enterrada en el suelo y protegida por un grupo de coníferas y enebros espinosos. Casi habíamos llegado, después de recorrer un kilómetro y medio que merecía el esprint, cuando un ciervo atravesó el monte bajo por delante de nosotros.

—No hay tiempo de ir tras él —dije mientras desaparecía antes de que ninguno de mis hombres pudiera empezar a soñar con carne fresca.

—A mí me da igual la carne de venado, yo solo lo cazaría por colgarlo en la pared. —Fiódor vio desaparecer con pesadumbre la corona de cuerno entre los árboles.

—Un francotirador no tiene que matar todo lo que se pone por delante —respondí mientras volvíamos a un trote más lento.

—Caza para llenarte la olla o para poner una piel sobre tu cama, pero no para colgar un trofeo en la pared —gruñó de pronto Vartanov—. El bosque es como un templo: observa las viejas costumbres, sé respetuoso, no mates por diversión, y el bosque te recompensará por ello.

—Yo no creo en los espíritus del bosque, pero no disfruto cazando animales. Están indefensos ante esto. —Golpeé con la mano mi fusil mientras me agachaba bajo una rama baja de sicomoro—. No es como cuando los boyardos salían a cazar con sus lanzas. Al menos, en ese tipo de duelo, el animal tenía la oportunidad de luchar.

—Acabamos de asesinar a cincuenta hombres desde las sombras —dijo Kostia despegando los labios por primera vez en toda la mañana—. Desde luego, no les hemos dado ninguna oportunidad de luchar.

—Pero estamos en guerra, y las guerras son el ser humano en lucha contra el ser humano. No contra bestias inocentes.

Vartanov mostró los dientes de nuevo.

—Los hombres que hemos matado hoy eran bestias.

Para mi sorpresa, alguien ya había encendido una fogata fuera de la choza de madera cuando llegamos.

—Estaba libre de servicio, así que me ofrecí a venir a encontrarme con vuestro pelotón de francotiradores —dijo el teniente Kitsenko mientras se sacudía las agujas de pino de los pantalones al levantarse —. Para ver si habían recuperado algún tipo de información de inteligencia importante.

—Estás evitando el puesto de mando —dijo Kostia golpeando el brazo de su amigo cuando nos apretujábamos para entrar en la choza.

—De acuerdo. Estoy intentando huir de Dromin para no tener que meter a ese espadín metomentodo por la torre de un tanque sin pensármelo dos veces. —Kitsenko me miró—. ¿Buena cacería la de hoy?

—No ha estado mal. —Sonreí, y él me devolvió la sonrisa. Pude oír el silbido admirativo de Lena en mi cabeza, «¡eso sí que es una sonrisa!».

—Podría quedarse de guardia, camarada teniente —sugerí mientras mis hombres empezaban a acomodarse por la choza—. No podemos volver hasta el anochecer y mi pelotón necesita dormir.

Kitsenko hizo guardia mientras los demás nos echábamos sobre las agujas de pino. Fiódor ya empezaba a dar unos inmensos bostezos y yo sentí ascender por mi garganta un bostezo de réplica mientras la sangre agitada tras la larga noche y la mañana de tensión daba paso al repentino agotamiento familiar que caía como si fuera un telón sobre mi pelotón tras la acción acabada.

—Cuánta espera y cuánta vigilancia para asegurar un solo disparo —dijo Kitsenko con aire pensativo—. No me había dado cuenta de que podía ser tan agotador.

—Lo más agotador del mundo es permanecer en gran alerta durante horas. —Coloqué mi mochila a modo de almohada y me apoyé sobre ella—. Los ojos del francotirador se cansan del largo esfuerzo de concentración.

—¿Un solo ojo o los dos?

Me eche a reír.

—Los buenos francotiradores no necesitan cerrar un ojo. Tan solo se concentran en el ojo dominante, ayuda a combatir la fatiga ocular. Pero la fatiga acaba llegando de todos modos y el ojo empieza a enfocar y desenfocar. —Como estaban haciendo los míos en ese momento. Bostecé—. Si me disculpa, camarada teniente, ahora voy a desmayarme un rato.

Y eso hice hasta muy avanzada la tarde, cuando abrí los párpados pegajosos y vi una espesa niebla otoñal que parecía leche envolviendo los árboles. Kitsenko cavaba un pozo para hacer fuego siguiendo las instrucciones de Vartanov. El resto de mis hombres se levantaban bostezando y yo no recordaba la última vez que me había sentido tan bien. Mi pelotón volvía al completo; habíamos tenido una noche exitosa; nadie había muerto ni estaba herido. Los días como aquel eran tesoros. Miré a Kostia, que seguía durmiendo junto a mí con la cabeza sobre Guerra y paz —se llevaba el libro a todas partes, incluso a las cacerías—, y lo toqué.

—Vamos. Levanta. Tenemos que ver qué manjares les hemos quitado a los alemanes, a no ser que ese oficial amigo tuyo ya haya estado husmeando.

—¿Cree que me arriesgaría a enfadar a una mujer que puede atravesar la cuenca de un ojo a trescientos metros? —preguntó Kitsenko—. Le dejo a usted los honores, camarada sargento mayor.

Todos los hombres se colocaron alrededor mientras yo abría la mochila del comandante de artillería y brotaban gemidos de éxtasis. Galletas, tabletas de chocolate, latas de sardinas, un salami del tamaño de mi antebrazo, una botella de litro y medio de brandi… Levanté los ojos para ver a mi pelotón mirándome conmovedoramente como cachorros hambrientos y alcé las cejas a Kitsenko.

Él se rascó la barbilla.

—Si lo lleva al puesto de mando, será confiscado. Así que es evidente que no nos queda otra opción salvo…

—¿No dejar ni las migajas?

Le lancé una lata de sardinas a Fiódor.

—Ya han oído al teniente, muchachos. A comérselo todo.

Nada hace cantar a la gente como la certeza de que la muerte le aguarda a la mañana siguiente, pero hoy la ha eludido. Enseguida Vartanov estaba hirviendo agua en una olla conseguida de forma misteriosa y echando los cubos de puré de guisante para hacer sopa mientras unas raciones gigantescas de pan se tostaban al fuego clavadas en palos. Kostia instaló una mesa apropiada sobre una gran roca plana y cortó en rodajas el salami. Yo me ocupé del brandi, repartiéndolo en tazas de latón mientras todos nos reuníamos alrededor de la roca y los hombres me miraban a la luz danzarina del fuego.

—Buen trabajo, muchachos. —Brindé con ellos sentada entre Kostia y Vartanov—. Que siempre tengamos esta suerte.

—Por Lady Muerte y sus diablos —respondió Kitsenko alzando su taza —. No he visto en toda mi vida nada tan aterrador como ustedes esta mañana al salir de entre los árboles con los fusiles. Bueno, salvo aquella vez que entré en la letrina y vi el culo al aire de Dromin brillando como si fuera un foco reflector; eso hace a cualquiera pasarse toda una noche gritando.

Las carcajadas rodearon la roca y nos acabamos el brandi a la vez. Su fuego bajó hacia mi estómago y cerré los ojos en una evocadora paz mientras la primera cucharada de sopa se deslizaba por mi garganta y empezaban a correr las bromas y las risas. «Podría morir aquí«, me sorprendí pensando. «Podría morir aquí y, al menos, sería feliz». Y abrí los ojos, bebiéndome el resto de la sopa y preguntándome en qué momento había empezado a pensar en la muerte como algo no solo posible, sino inevitable.

Los hombres iban por delante de mí, ya se habían acabado la sopa y ahora saboreaban las sardinas con la barbilla pringosa de aceite. El brandi se le había subido a la cabeza claramente a Vartanov, que estaba proclamando:

—Es fácil no perderse entre los árboles incluso para vosotros, la gente de ciudad… Los árboles son como las personas, cada uno tiene su propia alma…

Cuando se hubieron terminado las últimas sobras, Fiódor se quedó en camiseta y se levantó para retar a uno de los soldados de reconocimiento a un combate de lucha en medio de silbidos. Yo sonreí y rebusqué un poco más en la mochila del comandante alemán mientras mordía una tableta de chocolate y observaba los paquetes con documentos.

—¿Qué ha encontrado? —Kitsenko se inclinó para mirar sobre mi hombro.

La puntiaguda caligrafía alemana era difícil de leer, pero conseguí descifrar el nombre. Klement Karl Ludwig von Steingel. Sus condecoraciones hablaban de una carrera que había pasado por Checoslovaquia, Francia y Polonia.

—Eso es mucha guerra bajo el cinturón de un hombre —dijo Kitsenko —. Y, después de todo eso, vino aquí.

—Vino aquí y aquí se quedó —dijo Kostia desde mi otro lado.

—¡Kostia! —llamó alguien desde la fogata—. ¡Ven a pelear con Fiódor, lobo sarnoso!

—¿A quién estás llamando sarnoso? —exclamó desafiante Kitsenko mientras mi compañero se levantaba y empezaba a quitarse la guerrera—. ¡Arráncale los brazos, Kostia! ¡Espera y verás! —Y el teniente añadió en voz baja dirigiéndose a mí—: Todo el mundo apostará por ese gigantón de Fiódor porque es el doble de grande.

Los dos se colocaron en posición de lucha, mi compañero sonriendo vagamente.

—¡Yo me jugaría una tableta de chocolate por el joven! —exclamó Vartanov al otro lado de la fogata.

—Yo veo esa apuesta —respondió Kitsenko, añadiendo para mí—: Ahora verá como nuestro lobo se lo come vivo.

—Ya habéis jugado a esto antes —dije, mientras Kostia empezaba a describir círculos alrededor de Fiódor con las manos preparadas y los ojos alerta.

Fiódor tenía el tamaño de una montaña, pero era regordete e imprudente; de complexión media, mi compañero no era mucho más alto que yo, pero estaba hecho de tungsteno y paciencia.

—¿Sabe a cuántos compañeros de clase desplumamos con este juego cuando estudiábamos? No había niño mimado de Moscú con papá pez gordo del Partido que no se creyera capaz de limpiar el suelo con el flacucho de Siberia. —Kitsenko apoyó los codos sobre las rodillas—. Cuando ya habían escupido un par de dientes y sabían lo equivocados que estaban, nos habíamos embolsado apuestas de cinco a uno.

Vi a Kostia esquivar un ataque de Fiódor y responder con una llave de brazo que dobló la muñeca de su oponente tras su espalda.

—Así que usted era el corredor de apuestas y él se llevaba los puñetazos.

—Oh, los dos nos llevábamos puñetazos. A los niños mimados de Moscú con papá pez gordo del Partido no les gusta perder, así que tanto Kostia como yo solíamos acabar en otra pelea una vez que la oficial había terminado. Pero, aun así, seguíamos saliendo con más rublos que moratones.

Sonreí.

—Eso es amistad.

—La mejor.

Su mirada sostuvo la mía solo un poco más de lo debido. «No flirtees con oficiales», me recordé, y sentí alivio cuando Kitsenko se levantó para animar a mi compañero.

—¡Ve a por sus rodillas, Kostia!

Este respondió con una reverencia, y sonreí. No podía evitar estarle agradecida a Kitsenko por haber arrojado aquella inesperada luz sobre mi taciturna otra mitad.

Mordiendo otra onza de chocolate, volví a la mochila del oficial alemán y encontré algo aún más perturbador: una fotografía. Una mujer rubia y bonita que rodeaba con sus brazos a dos chiquillos desgarbados mientras todos sonreían a la cámara. Al dorso, una letra de mujer: Mein Herz! Mit Liebe, Anna. Había un paquete de cartas con la misma caligrafía femenina, y otra con caligrafía masculina —el comandante había respondido a su esposa, pero no había tenido tiempo de enviar la carta—. Incluso los diablos nazis tenían familias que los amaban. Me pregunté cómo se sentiría Anna si supiera del asesinato de la familia de Vartanov y de todos los demás crímenes que su esposo hubiera podido cometer allí.

Se oyó entonces un clamor alrededor del fuego. Levanté la vista a tiempo de ver a Kostia voltear hábilmente a Fiódor sujetando su enorme brazo tras él. Fiódor se rindió, y Kostia lo ayudó a levantarse tendiéndole la mano con una sonrisa. Recogiendo su guerrera del suelo, declinó con un gesto de la mano las peticiones de revancha e intercambió unas breves sombras de boxeo con Kitsenko, que entonces fue a librar un pulso con el viejo Vartanov. Mi compañero se dejó caer

de nuevo junto a mí y enmudeció al ver la fotografía en mi mano.

—Me pregunto cuándo sabrá de la muerte de su esposo —ladeé la fotografía— o cómo murió.

Kostia se echó la guerrera sobre los hombros, pues la carne se le había empezado a poner de gallina con la fría niebla.

—Bonita familia.

—No es culpa suya que su padre viniera aquí a ponerse delante de mis miras —dije con una mueca, mirando a los jóvenes hijos del comandante, de unos catorce y dieciséis años, que posaban orgullosos con sus uniformes de las Juventudes Hitlerianas.

—¿Terminaremos luchando contra ellos si la guerra se prolonga lo bastante?

—Si llegamos a eso —Kostia se abrochó el botón más alto de la guerrera—, yo no les habré pedido que vengan a luchar contra mí. Igual que tampoco se lo pedí a su padre.

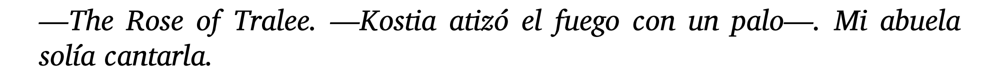
La competición y los silbidos se habían acallado ahora alrededor del fuego mientras la noche caía. Cuando hubiera oscurecido por completo, tendríamos que apagar el fuego y ponernos en marcha, pero una suave calma descendió con el púrpura del crepúsculo.

—¿Quién se sabe una canción? —preguntó Kitsenko desde el otro lado del fuego, y Vartanov empezó a cantar con una voz cascada, pero aun así de bajo poderoso, una balada en tono menor y dialecto ruso-armenio que apenas entendí.

Uno de los reclutas marineros respondió con una melancólica saloma, y luego sonó inesperadamente la voz de barítono de Kostia. «La pálida luna se alzaba sobre la verde montaña».

Sorprendida, me di cuenta de que estaba cantando en inglés. Yo hablo un poco de inglés —mi madre había sido profesora de idiomas en la escuela de primaria local—, pero no lo bastante como para entender todos los versos. Algo parecido a «entre la atroz tormenta de la guerra, su voz era paz y consuelo para mí».

—¿Qué era eso? —pregunté a mi compañero cuando él terminó y Kitsenko empezó a cantar «Las mujeres de Varsovia» con una voz sonora de tenor.


—The Rose of Tralee. —Kostia atizó el fuego con un palo—. Mi abuela solía cantarla.

—¿Ella hablaba inglés?

Kostia vaciló un momento, luego bajó la voz.

—Era estadounidense.

—¿Cómo?

Kostia dijo algo largo y fluido en inglés, sonriendo ante mi sorpresa.

—Una muchacha irlandesa de Nueva York que vino con un grupo de misioneros en tiempos zaristas. Había leído mucho a Tolstói y tenía ideas románticas acerca de las nieves y las noches blancas rusas… Por supuesto, se enamoró del primer revolucionario siberiano con el que se cruzó y se casó con él. —Se apoyó sobre un codo—. Vivió mucho tiempo después de la revolución. Aprendí inglés de ella.

—¿El ejemplar de Guerra y paz que llevas contigo a todas partes era suyo? —aventuré.

Kostia me miró; su rostro, repentinamente serio.

—Mila, no le cuento a nadie esto. Incluso mi abuela lo mantenía en secreto. Mi madre y ella se aseguraron de que toda nuestra documentación se perdiera cuando la familia se mudó a Irkutsk, así que no quedan pruebas en ninguna parte.

Yo entendía por qué. El contacto con extranjeros que tuvieran propósitos contrarrevolucionarios era algo que las autoridades se tomaban en serio. Solo recibir una inofensiva carta del decadente Occidente podía bastar para acabar en una sala de interrogatorios; imaginemos tener un vínculo de sangre con una nación capitalista. Los Estados Unidos no eran exactamente amigos de la patria, y menos ahora que se mostraban reticentes a ofrecer el menor apoyo contra Hitler.

—¿Lo sabe alguien más?

Mi compañero señaló con un gesto de la cabeza a Kitsenko, que seguía cantando al son que marcaban los hombres.

—Solo Lionia.

Me sorprendió.

—¿Hasta ese punto es tu amigo?

—El mejor —dijo Kostia repitiendo lo que Kitsenko me había dicho antes.

—Bueno, yo tampoco se lo diré a nadie —dije dando un pequeño empujón con mi hombro al de Kostia, sin saber cómo responder a tan enorme gesto de fe salvo quitándole toda importancia—, pero no vayas por ahí cantando The Rose of Tralee cuando cualquier otro oficial pueda oírte, ¿eh?

Sonrió.

—¿Y dónde está exactamente Nueva York? —pregunté mientras buscaba mentalmente en un mapa la Costa Este norteamericana—. Al norte de Washington, pero ¿dónde?

—No estoy seguro. Me gustaría ir algún día. ¿A dónde quieres ir tú cuando acabe la guerra?

«No hay un cuando acabe la guerra para mí», pensé. «El único sitio al que voy a ir es una tumba».

Era la primera vez que me permitía admitir lo que había acabado creyendo: que nunca iba a volver a casa. Que aquella guerra, al menos para mí, era el final del camino.

Capítulo 13

Mis memorias (la versión oficial): Los francotiradores deben mantener la calma.

Mis memorias (la versión oficiosa): Los francotiradores deben mantener la calma, y por eso las mujeres son buenas francotiradoras. Porque no hay una sola mujer en el mundo que no haya aprendido a comerse la rabia para aparentar serenidad.

—No —me espetó el teniente Dromin—. No puede tener a ese carcamal de Vartanov en su pelotón. La patria no está tan desesperada como para meter abuelos decrépitos dentro de un uniforme y enviarlos arrastrando los pies contra el enemigo con un bastón.

Volví a dar otro largo y sereno trago de furia manteniendo un tono de voz razonable.

—Ha pedido permiso para unirse y su conocimiento del terreno es de un valor incalculable. —Mi petición por escrito para que aceptaran al viejo guardabosques en mi pelotón había sido rechazada, y yo había ido al puesto de mando a abogar por él—. Gracias a su ayuda como guía, mis hombres han podido abatir a doce alemanes en tierra de nadie en los últimos dos días.

—Oí el ataque de mortero en respuesta del otro lado —dijo el teniente Kitsenko, apoyado contra el escritorio de Dromin—. Vaya concierto. Le dieron fuerte a los metales, supongo que eso es culpa de Wagner…

—¿De quién? —respondió Dromin irritado—. Bueno, ¿qué más da? —añadió cuando Kitsenko abría la boca para responder.

Kitsenko se limitó a reírse con los brazos cruzados sobre el pecho y el gorro ladeado, en un ángulo simpático, sobre un mechón despeinado de pelo rubio. Me acordé de Lena diciendo «Yo quiero un poco de eso» cuando puso los ojos en sus hombros al salir del banya, e intenté no fijarme en sus hombros ahora. Si te distraen los hombros de un

hombre, es mejor que no se trate del nuevo comandante de tu compañía en mitad de una zona de guerra, e incluso mucho mejor llevar puesto algo bonito para que puedan admirarte en respuesta, en ese caso. Yo acababa de volver de una mañana de cacería y llevaba mi guerrera de camuflaje, decorada y cosida con tirabuzones de espina de Jerusalén, y parecía un arbusto andante.

—Yo digo que aceptemos a Vartanov si él quiere servir —estaba diciendo Kitsenko—. Quizá la última vez que lo hizo fuera con Catalina la Grande, pero ¿a quién le importa? Si hay savia en el árbol, también puede vestir un uniforme.

—Es su compañía y su decisión —dijo Dromin con aire de estar lavándose las manos—. Cuando se tambalee sobre una peña, será su responsabilidad. En cuanto a usted, camarada sargento Pavlichenko… —vi sus ojos recorrer con desagrado mi camuflaje y mi fusil, envuelto en una especie de paquete atado con espinas para que pareciera un montón de yesca. Era evidente que no encontraba mi hortícola atuendo atractivo y también que pensaba que eso a mí debía importarme—, representará a la 2.ª Compañía mañana por la tarde en el puesto de mando del 54.º Regimiento en el barranco de Kamyshly, cuando el comandante general Kolomiets entregue las condecoraciones del Gobierno.

Había un brillo de venganza en la mirada de Dromin, y yo le respondí con una maldición. Una tarde de ceremonia significaba que no podría dormir después de una noche entera explorando, cavando y camuflando un escondite en tierra de nadie y de una mañana de tensa espera para disparar. En vez de desmayarme en mi saco de dormir, tendría que acicalarme con mi uniforme de gala y darme la caminata hasta el barranco para pasarme bostezando horas enteras de discursos…

Pero tendría a Vartanov en mi pelotón, y por él merecía la pena perder unas horas de sueño.

—Gracias, camarada teniente —dije saludando elegantemente, y me marché con el esplendor de mi hojarasca.

Kitsenko salió detrás de mí hasta alcanzarme.

—La llevo en el coche oficial mañana —dijo—. También me han enviado a la ceremonia. Llevarla a usted compensará todo el fastidio.

—¿Por qué quiere llevarme? —Me aparté un tirabuzón de espina de Jerusalén del ojo.

—Para tener la oportunidad de robarle un beso —contestó—. La última vez me besó usted a mí. Siento que debería devolverle el favor.

—Sabía que ese beso iba a volver para atormentarme —respondí.

—Espero que en los sueños que tenga despierta, y no en sus pesadillas. ¿Me dispararía usted si la besara, camarada sargento mayor Pavlichenko? —continuó Kitsenko, sonriendo.

—Es posible. —Me detuve a tirar de algunas de las trepadoras que me cubrían los hombros y mi tono siguió siendo cortés, aunque inflexible.

Coquetear está muy bien en un lugar más civilizado: un descanso en la ópera, por ejemplo, cuando va una vestida de satén amarillo y no de arbusto. Y por un momento deseé que ese fuera el lugar donde nos hallábamos. Pero no estábamos en la ópera, y yo ya no tenía la excusa de no conocer a mi superior.

—Gracias, camarada teniente, pero puedo ir por mi cuenta a la ceremonia mañana.

—¿Está segura? Siempre he querido asistir a una entrega de condecoraciones del brazo de un seto. Haríamos una pareja deslumbrante, y yo podría hacer de pícea.

Mis labios esbozaron una sonrisa involuntaria, así que me concentré en seguir quitándome trozos de camuflaje.

—Gracias por hablar a favor de admitir a Vartanov. Le alegrará mucho saber que puede unirse oficialmente como soldado del Ejército Rojo. —En realidad, Vartanov no albergaba amor alguno al Ejército Rojo, a la patria ni a nada que considerase opresor del pueblo ucraniano, pero odiaba a los alemanes aún más de lo que odiaba al camarada Stalin—. Está deseando matar fascistas —añadí con absoluta sinceridad.

—Ese viejo cabrón me cae bien —dijo Kitsenko alegremente, con las manos en los bolsillos de su abrigo—. Sabe uno que sería capaz de acercarse sigilosamente al Padre Escarcha y cortarle el cuello. Me alegra que esté de nuestro lado. ¿Qué es eso? —preguntó mientras yo sacaba un frasco y un tubo de goma de mi cartuchera de munición—. ¿Un enema?

—Otra herramienta del saco de trucos de francotirador. Vartanov me mostró un sendero hasta una sección muy pequeña de tierra de nada que da a una sucia carretera que discurre a medio kilómetro de la línea del frente alemán. Cuando lleno esto de agua —levanté el frasco

—, lo entierro en los alrededores de mi escondite y coloco un tubo que va desde la boca del frasco hasta mi oído, puedo oír el retumbar en el suelo que alerta de que motocicletas o coches oficiales se acercan por la carretera.

Me había pasado la noche y la mitad de la mañana tendida junto a Kostia en una trinchera poco profunda cubierta por un visillo de rosas silvestres y arbustos de carpe, moviendo el tubo de un lado para otro hasta que oímos las vibraciones de un convoy de considerable tamaño. Kostia y yo disparamos a las ruedas del coche oficial y abatimos a tres oficiales y a un artillero.

—Es usted verdaderamente terrorífica. ¿Seguro que no puedo besarla?

Tuve la tentación de permitírselo al recordar que olía a pino, y me irritó el hecho de recordarlo con tal claridad.

—Muy segura.

Seguí andando, arrastrando mis enredaderas.

—¿Por qué no? —Él se puso a mi lado—. ¿No le gustan los tenientes?

—Yo disparo a los tenientes. He disparado a uno esta mañana. Cruz de Hierro y acné.

—¿Y qué hay de los tenientes que se llaman Alexéi?

—El hombre con el que me casé cuando tenía quince años es un teniente que se llama Alexéi, camarada teniente, y no le tengo gran aprecio.

No había vuelto a ver ni rastro de Alexéi Pavlichenko desde que llegamos a Sebastopol, lo que tampoco era de extrañar, pues debía de estar hasta los codos de sangre y desinfectante en el batallón médico. Mientras no me hirieran, no tendría que volver a verlo. Y ese sí que era un incentivo para esquivar las balas alemanas.

—Mi apodo es Lionia —respondió Kitsenko— porque mi madre quería llamarme Leonid en vez de Alexéi, y con Lionia logró imponerse a mi padre. Si lo usa, ya no habría asociaciones negativas con mi nombre.

—Los apodos son para…

—Camaradas de armas, sí. ¿Voy a tener que improvisar una batalla a la que podamos ir juntos antes de mañana a mediodía? —El

comandante de mi compañía entornó los ojos hacia el cielo como si calculara la hora—. Tenemos el tiempo justo, pero…

—Camarada teniente, prefiero no confraternizar con oficiales —dije con firmeza—. Lo confundí con un civil la primera vez que nos vimos, pero eso no cambia el hecho de que las normas…

—Yo prefiero no confraternizar con sargentos. Solo lo hago con setos encantadores. Durante una época estuve saliendo con un espino; oooh, pero vaya un carácter espinoso. Luego tuve más suerte con un viburno, pero su afecto se marchitó. Una espina de Jerusalén ahora…

—Buenas tardes, camarada teniente… —Y me dirigí hacia la letrina, a la que ya no podía seguirme, antes de que pudiera darse cuenta de que, contra mi voluntad, yo estaba sonriendo.

«Homicidio por perorata interminable». No importa si estamos asistiendo a un coloquio del Komsomol sobre «La juventud comunista del mañana» o a la entrega de una Orden de la Bandera Roja para honrar la gallarda defensa de Odesa: cualquier reunión oficial celebrada en cualquier punto de la madre patria siempre incluye discursos. Yo solía pensar que nadie podía superar a los hombres soviéticos en sus discursos interminables, aunque cuando llegué a los Estados Unidos comprendí que a los hombres de todas las nacionalidades les encanta el sonido de su propia voz, y especialmente al tipo de hombres que pasa largas horas tras un podio. Y lo mismo sucede en el parque Washington o en medio de una zona de guerra en Sebastopol: tras el primer discurso, temes que el aburrimiento pueda matarte; tras el quinto, rezas para que lo haga de una vez.

Para mantenerme despierta en la ceremonia de entrega de condecoraciones al día siguiente estuve pasando mentalmente las páginas de mi tesis y preguntándome si habría alguna forma, allí en el frente, de conseguir reescribirla a máquina. Demasiadas trincheras y escondites de francotirador habían dejado las páginas blandas y arrugadas, y la sección que trataba el Consejo de Pereyáslav había quedado salpicada de sangre cuando Kostia fue herido por una esquirla en la nuca. No había sido una herida grave —se quitó la guerrera y me ofreció el cuello para que pudiera suturarle el corte yo misma tras desinfectar la aguja con vodka, sin tener así que ingresar en el batallón médico—, pero mi pobre tesis, como Bogdán Jmelnitski, había pasado un calvario… Salí súbitamente de mis reflexiones cuando llegó la hora de dar mi propio (¡breve!) discurso de

agradecimiento en nombre de la 2.ª Compañía.

El teniente Kitsenko sí pronunció un discurso mucho más largo, combinación perfecta de lenguaje oficial e ingenio irónico que hizo que en las caras afloraseen sonrisas. Se le daba bien, como ya había tenido oportunidad de observar. Un oficial capaz de mostrarse amistoso sin perder autoridad es algo poco común, y estaba dispuesta a reconocer que Kitsenko tenía ese don. Lo había visto poner fin a una pelea entre soldados con rápida eficacia y en lugar de castigarlos con trabajos les había ofrecido una lección mitad riña y mitad broma que los había hecho reírse y encogerse de vergüenza a la vez, jurando como si fueran niños traviesos que no, camarada teniente, nunca lo volverían a hacer, camarada teniente.

Los discursos acabaron por fin, y ya solo quedó ver cómo se prendían galones y estrellas de las guerreras. Uno de los soldados condecorados era una mujer, una guapa ametralladora que había llevado a quinientos fascistas a la tumba. «Bien por ti», pensé con admiración viendo su sonrisa en el momento en que le colocaban la Orden de la Bandera Roja en el pecho. Y entonces la fila avanzó y vi a Alexéi Pavlichenko esperando para ser condecorado. No estaba segura de qué galón o estrella iban a colocarle en la guerrera, pero se trataba de algo sobre «la excepcional eficacia en la restitución de los heridos al frente», y pude distinguir en sus labios la curva de la complacencia. Por supuesto que lo habían condecorado. Los hombres como Alexéi siempre obtienen su justa recompensa. Había ascendido rápidamente en su hospital como civil y había ascendido rápidamente en el batallón médico como teniente.

Me escapé enseguida, una vez que la asamblea se disolvió. De algún modo sabía que Alexéi iba a buscarme —me había apuntado como si fuera a hacer un disparo de exhibición en el momento en que me adelanté para dar mi discurso—, y yo corrí a ocultarme tras una maraña de matorrales junto a la improvisada plaza de armas.

—¿Mila? —Su voz quedó suspendida en el aire; aquella voz que aún tenía el poder de hacerme apretar los dientes, y yo me acomodé en silencio contra un árbol caído.

Allí conseguí burlarlo hasta que se cansó del juego y volvió con su batallón. Después de tantas horas de vigilancia habría podido burlar al Padre Tiempo, y por supuesto que pude burlar a un marido irritante.

No me atreví a fumar hasta que no vi que la cabeza rubia de Alexéi se alejaba. Encendí y di una calada de alivio, recordando lo gazmoña que

había sido al llegar al frente y decir con aquel aire de suficiencia que yo no fumaba. Miré a lo lejos a aquella mujer —la bibliotecaria investigadora, la estudiante de licenciatura, la aspirante a historiadora — y casi no pude reconocerme. Ya llevaba casi seis meses en la escuela de la guerra.

—Es la primera vez que veo a una mujer fumar en pipa —dijo Kitsenko detrás de mí.

Podría haberle dicho que prefería estar sola, pero si estaba sentada junto al comandante de mi compañía, mi marido no podría colocárseme al lado en caso de dar conmigo, así que no objeté nada cuando el amigo de Kostia se apoyó contra el árbol junto a mí. Aquello no tuvo nada, absolutamente nada que ver con sus hombros.

—¿De dónde la ha sacado? —preguntó señalando a la pipa en mi mano mientras sacaba un paquete de cigarrillos.

—Vartanov. Me la dio después de nuestra primera misión. —Era una vieja pipa turca tallada en raíz de peral con una boquilla de ámbar muy hermosa, y claramente el objeto más valioso que poseía. Yo prefería los cigarrillos, pero me la había ofrecido con tan intenso y trémulo orgullo que supe que tenía que aceptarla. Era una condecoración, y a mí me parecía muy superior a la Orden de la Bandera Roja que había obtenido la ametralladora Onílova—. Estoy intentando aprender a llenarla, para usarla por lo menos allí donde él me ve.

—¿No es un poco fuerte ese tabaco? —Kitsenko encendió un Kazbek.

—Me he acostumbrado.

—Es curioso —dijo Kitsenko, exhalando el humo hacia el frío cielo—. Las mujeres hermosas no suelen fumar en pipa.

—Dicho de otro modo, debo ser fea e inusual —dije con una sonrisa, pues en ese momento podía sentirme cualquier cosa menos fea.

En realidad, me estaba sintiendo maravillosamente femenina por primera vez en meses. Quizá desde la primera vez que pusimos los ojos el uno en el otro, cuando coqueteamos en la puerta del banya.

—Que es usted inusual lo sabe bien el 54.º al completo a estas alturas. —Kitsenko lanzó un anillo de humo—. La cuestión de las apariencias, bueno, es compleja. Los ideales los dictan el tiempo, la moda, las costumbres… Por lo que a mí respecta —me miró con gran seriedad

—, nunca he visto un seto tan bonito.

No pude evitarlo. Me eché a reír. Él golpeó el aire con el puño como si se hubiera ganado una vuelta triunfal.

—¿Por qué se esfuerza tanto conmigo? —pregunté sin dejar de reírme al tiempo que soltaba la pipa—. Quizá no haya muchas mujeres en el regimiento, pero sí las suficientes. Y todas son blancos más fáciles que yo.

—Blancos menos interesantes.

—¿Por qué? —Acepté el cigarrillo que me ofrecía—. ¿Tiene algún tipo de idea romántica acerca de las francotiradoras? ¿No puede resistirse a la mujer que ha sido letal para más de doscientos hombres? —Empezaba a encontrarme esa idea entre algunos de los jóvenes oficiales más idiotas. Cierta idea vagamente articulada de que una mujer que había matado a doscientos hombres a sangre fría tenía que ser, no sé, puro fuego en el saco de dormir.

—Eso es —dijo repasándome con la mirada, pensativo—. Una mujer francotiradora con doscientos blancos en su cuenta… evoca una imagen muy específica.

—¿Y estoy a la altura de sus imaginaciones?

—En absoluto.

»Yo me imaginaba a alguien parecido a la hermanastra de Kostia. La había conocido el año anterior, cuando había ido a visitarlo a Irkutsk; no tengo ni idea de cómo sobreviví a la experiencia. Tendrá que ser Kostia quien le hable de su complicada historia familiar, pero su padre no se casó exactamente con su madre. El viejo vive en el lago Baikal con una manada de hermanastros y hermanastras de Kostia, y una de ellas fue a Irkutsk a la academia de vuelo…

—¿Esto va a alguna parte, camarada teniente? —lo interrumpí a mitad.

—Tenga paciencia conmigo. Kostia y yo nos topamos con su hermanastra Nina en Irkutsk; él apenas la conocía, pero me la presentó. He tenido pesadillas con ella. Era una criatura salvaje con ojos como cuchillos a la que solo le faltaba mondarse los dientes con un hueso humano, absolutamente capaz de desgarrarte la garganta con las manos desnudas. Y esa —dijo Kitsenko— es la clase de mujer que uno imagina cuando oye las palabras «francotiradora con

doscientas muertes». Algo salvaje salido de los yermos siberianos con unos ojos de hielo y sin más conciencia que un lobo.

—¿Qué le hace llegar a esa conclusión? —dije ladeando la cabeza—. ¿Por qué imagina que así es como tiene que ser una francotiradora: fría, sin emociones y salvaje? Ni me conoce a mí ni a ninguna otra francotiradora. ¿Qué le hace pensar que tenemos que ser de una determinada manera o tener un determinado aspecto?

—Solo resulta sorprendente conocer a una mujer con doscientas muertes a sus espaldas y encontrarse a una estudiante de Historia con la tesis más aburrida del mundo en su mochila y con los ojos marrones más dulces que hayan puesto jamás el punto de mira en el corazón de un hombre.

No supe qué decir a eso, salvo que mi propio corazón latía de un modo que no era habitual en él a menos que acabara de volver de una cacería.

—¿Cómo sabe algo de mi tesis? —acerté a decir, finalmente—. Para su información, no es en absoluto aburrida.

—Su tesis es famosa en toda la compañía, sargento. Hombres valientes preferirían lanzarse a una zona de fuego en cuanto la ven sacarla. Soldados con la Orden de Lenin flaquean y palidecen…

—¡Insultar mi tesis, esa sí que es una buena manera de meterse en el saco de dormir de una mujer!

Esbozó una sonrisa.

—¿Es que pasó por alto la parte en la que hablé de sus ojos?

—Aunque tenga bonitos cumplidos sobre mis ojos, no estoy interesada en ser la aventura del frente de nadie. Hasta donde sé, todos tienen en casa una esposa, una prometida o toda una cola de aspirantes a algo.

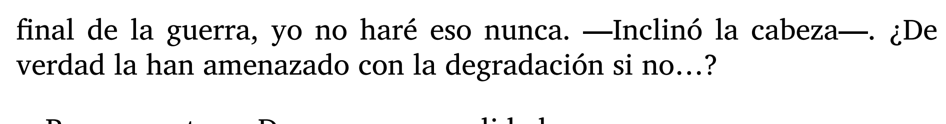
—Le doy mi palabra de que no estoy viéndome con ningún otro seto en este momento. Soy un arbusto bastante monógamo.

—Todos dicen lo mismo.

—Supongo que lo hacen —admitió.

—Y si luego dices que no, amenazan con degradarte.

—Yo no haré eso, Liudmila. Si usted dice que no desde hoy hasta el


final de la guerra, yo no haré eso nunca. —Inclinó la cabeza—. ¿De verdad la han amenazado con la degradación si no…?

—Por supuesto. —Dos veces, en realidad.

Y más que ser degradada me había preocupado que me violaran mis propios oficiales si seguía diciendo que no. Ocurría. Lena recomponía después a aquellas mujeres en el batallón médico, pero por supuesto nunca se informaba.

—Con su expediente, debería haber estado hoy junto a esa pequeña ametralladora recibiendo su propia Orden de la Bandera Roja, y no eludiendo la degradación de sus oficiales. —Por primera vez desde que lo conocía, aquel alegre teniente parecía furioso. Su rabia adoptó la forma de una borrasca, como si los aguaceros cayeran tras aquellos ojos azules y aquellos pómulos altos y grandes hasta cristalizar en una tormenta—. Yo propondré su nombre. Con un expediente como el suyo…

Me encogí de hombros mientras daba una honda calada al cigarrillo.

—Aceptaré cualquier condecoración que haya merecido, pero no es lo que me mueve a hacer esto.

—¿Por qué lo hace, entonces?

—Ahora, en serio. ¿Le haría esa pregunta a alguno de los hombres?

—Claro que lo hago —dijo, cogiéndome por sorpresa—. Pregunto a todos los nuevos soldados por qué se alistaron, si es que lo hicieron. Quiero saber quiénes son los patriotas, quiénes los fanáticos, quiénes los temerarios…

—Pero todos dirán lo mismo: «Lo hago por el camarada Stalin y por la patria».

—Sí, pero lo revelador es cómo lo dicen. —Me dio un empujoncito con el codo entonces—. Bueno, ¿usted por qué se alistó?

—Por el camarada Stalin y por la patria —recité.

Me dirigió una mirada seria, esperando. Yo vacilé.

—Por mi hijo —admito que eso me sorprendió. Casi nadie fuera de mi pelotón sabía que yo tenía un hijo. Yo no hablaba de Slavka, no podía hablar de él. Sentía que lo estaba mancillando al llevarlo a aquel

fétido mundo de muerte, barro y humo de pólvora—. Si no combato, él no tendrá un mundo en el que crecer.

Kitsenko golpeó el cigarrillo para dejar caer la ceniza.

—¿Tiene alguna fotografía suya?

La saqué, volviendo a sorprenderme a mí misma.

—Mi Slavka. —Una fotografía formal tomada cuando tenía siete años, sentado muy recto con su barco de madera favorito en las manos y su pelo oscuro peinado con elegancia—. Ya no se parece en nada a como era ahí —dije con dulzura—. Está mucho más alto y desgarbado… Al menos, la última vez que lo vi. ¿Quién sabe lo que habrá cambiado desde entonces? —Si me mataban allí, o, como pensaba cada vez más a menudo, cuando me mataran allí, nunca tendría respuesta a esa pregunta.

Si el teniente Kitsenko hubiera intentado rodearme con su brazo en ese momento, me habría puesto como una furia. Pero él se limitó a mirar la fotografía fingiendo no darse cuenta de cómo luchaba por mi autocontrol.

—Un chico guapo —dijo devolviéndome la foto cuando mi rostro se recompuso—. Se parece a usted.

—Yo… —Una nueva lucha por contener las lágrimas mientras volvía a guardar la foto de mi hijo en el bolsillo de la pechera—. Yo le prometí que pensaría en él todos los días. Pero pasan días sin que piense en él en absoluto. ¿Me convierte eso en una mala madre? Ni siquiera… —Tuve que parar, respirando entrecortadamente—. Ni siquiera cuando estoy recogiendo hojas y flores para enviárselas en mis cartas pienso en él. No puedo pensar en él, no aquí. Él no pertenece a esto. Así que lo encierro en una habitación en mi mente que dejo sellada.

—Hace lo que tiene que hacer. Todos los hacemos. —Kitsenko agachó la cabeza hacia mí—. ¿Cuántos años tiene?

—Nueve. —Me di cuenta de que Kitsenko hacía cálculos—. Yo era muy joven cuando nació, sí. —Oí mi voz quebrarse mientras me tapaba los ojos—. Demasiado joven.

—No he podido evitar fijarme en un tal teniente Pavlichenko que había en la fila de los que iban a recibir condecoraciones. —El comandante de mi compañía exhaló el humo de una calada—. ¿Su exmarido?

No respondí, pues no quería entrar en la complicada historia del divorcio que nunca llegó a producirse. Me limité a dar una salvaje calada a pecho. Permanecimos apoyados contra el árbol uno al lado del otro hasta que la última voz se perdió en la distancia y el último coche arrancó, entonces Kitsenko tiró al suelo la colilla de su cigarrillo y la apagó.

—La llevo.

—Me volveré sola.

Si Kostia hubiera vuelto en coche con el comandante de su compañía, todo el mundo habría sabido que eran amigos cuando el rango no se interponía entre ellos. Si yo hubiera vuelto en coche con el comandante de mi compañía, todo el mundo habría dado por hecho que se estaba acostando conmigo.

—La dejaré a doscientos metros del campamento para que pueda llegar caminando sola —dijo leyendo mi mente a la perfección.

Yo dudé.

—Gracias.

Sonrió.

—En cuanto a ese beso…

—¡No va a haber ninguno!

— ¿Es una apuesta? Recuerde, solía ser un corredor de apuestas.

—Tendría que cogerme con la guardia baja, y yo nunca bajo la guardia.

—Soy paciente. Y no siempre puede tener ese tubo de goma metido en la oreja…

—Acechar a una francotiradora experta para robarle algo que ella no quiere darle me parece una idea bastante estúpida —saludé—. Buena suerte con eso, camarada teniente.

—Ah, pero está sonriendo…

Capítulo 14

Mis memorias (la versión oficial): A las seis y diez de la mañana del 17 de diciembre de 1941, diez días después de que los Estados Unidos entraran en la guerra, los alemanes desataron la furia de su artillería y sus bombardeos sobre las posiciones defensivas de Sebastopol. El propósito era abrir una brecha en nuestro frente defensivo y entrar en Sebastopol en cuatro días, el 21 de diciembre, cuando se cumplían seis meses de la guerra entre Alemania y la Unión Soviética.

Mis memorias (la versión oficiosa): Mi suerte se acabó.

Parpadeos, luz y oscuridad. Dolor, rojo dolor y negrura de medianoche. Confusión, una manta que envuelve.

No podía moverme.

«Un vehículo de transporte acorazado se acerca, seguido de dos batallones de fusileros y subametralladoras. —El traqueteo del informe llega de los puestos de avanzada. Los hombres de mi compañía se apresuran a tomar posiciones. Órdenes. ¿De Dromin? ¿De Kitsenko?—. Los soldados del pelotón de francotiradores para apoyar a los subametralladores. Pavlichenko —es Kitsenko el que habla, con la mano en el hombro y sus ojos azules destellando en un rostro ensuciado por el humo de pólvora—, ocupe la trinchera camuflada que cubre el flanco, y apunte a los nidos de ametralladoras y a los equipamientos de mortero…».

Tengo sangre en las pestañas. Sigo sin poder ver ni moverme. Estoy tumbada bocabajo, inmovilizada.

—Los nidos de ametralladoras, acaben con ellos —grita la orden una voz que suena histéricamente por encima del estruendo.

Más gritos a medida que el trasporte blindado avanza hacia el claro con su movimiento de oruga; la ametralladora canta igual que un insecto malévolo tras el escudo blindado del techo de la cabina

mientras se acerca al tronco quebrado de un joven olmo y barre con balas las trincheras del 1.er Batallón.

Oí el estruendo de madera aplastada de una trinchera al ceder, a un hombre gritando de dolor… Vi sangre en mis pestañas de nuevo. Algo chorreaba por mi costado y algo pesaba sobre mi espalda. Kostia. ¿Dónde estaba Kostia? ¿Y mi pelotón? Kostia.

—Déjame ir contigo —me había gritado Kostia directamente al oído para que pudiera escucharlo por encima del estruendo, al tiempo que me agarraba del brazo mientras me dirigía hacia la trinchera camuflada.

Pero yo señalé en dirección contraria, hacia el pelotón.

—Tienes el pelotón, ve a por ellos. —Vartanov, con la boca abierta, intentaba no temblar en medio del estruendo y del humo de su primera batalla campal; algunos de los demás estaban a punto de salir corriendo si una mano no los tranquilizaba—. Kostia, VE A POR ELLOS. —Y yo me lancé a la trinchera superficial medio cubierta por las hojas de una acacia.

El transporte blindado sigue avanzando y escupiendo muerte; miro a mi alrededor y alineo el disparo, y tengo menos de sesenta segundos para…

Parpadeo, parpadeo. Yazgo inmóvil en la oscuridad como una mariposa clavada a un tablón con sabor a sangre y a hierro en mis labios, pero mi mente con gran diligencia termina los cálculos que empezó a hacer durante unos segundos frenéticos hace solo unos minutos —¿o quizá son horas o días?—. «Cabezas de ametralladoras a unos doscientos metros sobre el nivel del suelo; un fusil apoyado sobre un parapeto de veinte centímetros; entre la línea de tiro y las armas a la vista, un ángulo de 35 grados… Distancia de doscientos metros del blanco en movimiento; la bala que recorre doscientos metros en 25 segundos; en ese tiempo el objetivo habría recorrido cuatro metros… Ajustar la corrección del viento en las miras…». Los cálculos se han prolongado mientras mi reloj interno marcaba la cuenta atrás del disparo hacia la media noche.

«Fuego». Mis balas atraviesan las ranuras de visión del vehículo blindado; cae un cuerpo —dos—. Un teniente alemán asoma de la cabina para comprobar qué ha alcanzado a sus ametralladores. ¿Qué tiene que temer, después de todo, estando a cubierto del blindaje y cuando todo el fuego soviético viene de las trincheras que tienen

delante? Mi bala llega de un lado y lo alcanza en la sien…

Parpadeo. Sigo sin ver, pero he intentado levantarme apoyando las manos. Una oleada de dolor recorre mi columna vertebral y me aplasta contra la tierra. Polvo, ¿sigo aún en el suelo en mi trinchera, o…?

—Scharfschütze, Scharfschütze. —¿Es esa la palabra alemana para «francotirador»; ese es el grito que sale del puesto de mando del batallón de reconocimiento alemán?

Hay disparos que agitan de repente los árboles sobre mi cabeza, balas alemanas que arrancan la tierra intentando encontrar mi escondite. Cojo mi fusil y ruedo para salir de mi trinchera hacia la izquierda. Hay otro escondite de francotirador más profundo cavado a unos pocos pasos en esa dirección; una vuelta más y me dejaré caer en él…

Pero el mundo me cae encima antes, un proyectil que rasga el aire y me impacta de costado como si fuera una bestia de garras descomunales. Tengo tiempo de pensar mientras me siento lanzada entre los terrones y las esquirlas de ramas de árbol, «no, no, herida otra vez no…».

Pero lo estoy. Lo que comprendo cuando el frío envolvente me devuelve la plena consciencia, cuando parpadeo con las pestañas llenas de sangre y finalmente regreso a mi cuerpo desgarrado en el puño de la noche que cae.

Lo primero en lo que reparo es en mi fusil. Mi Mosin-Nagant de líneas brillantes camufladas bajo capas de espina de Jerusalén… La culata de madera está rota por la mitad; el cañón, torcido, la mira telescópica, hecha añicos de metal y cristal. Nunca volveré a disparar mi maravilloso fusil que tan dulcemente me cantaba, y atraigo su cuerpo destrozado hacia mí y empiezo a llorar sin sensibilidad física. Puedo mover los brazos, pero nada más —la copa de una acacia ha sido arrancada por las bombas y ha caído sobre mí, dejándome atrapada en el suelo—. El dolor me apuñala como un cuchillo entre la columna vertebral y el omóplato derecho; no sabría decir si viene de las ramas clavadas o de heridas de mortero, pero no puedo levantarme, retorcerme ni intentar contener mis hemorragias. Solo puedo yacer en el barro agarrando mi fusil destrozado mientras el gélido anochecer lentamente cae sobre mí como una niebla inmisericorde y siento que la sangre va formando un charco bajo mi cuerpo a medida que el día

se desvanece. Tengo la camiseta y la guerrera empapadas.

Todo estaba tan en calma… Los árboles crujían casi imperceptiblemente, la marea de la batalla había avanzado sin duda hacia el siguiente sector y oía los ecos del fuego de artillería a lo lejos. «Mi pelotón», pensé, mis compañeros de regimiento… ¿Cuántos de ellos estarían muertos ya? ¿Hasta dónde habrían conseguido llegar los cabezas cuadradas? Si los alemanes me encontraban allí, no tendría oportunidad de pegarme un tiro en la cabeza antes de que me capturasen —no podía llegar más abajo de mis hombros, y la pistola TT que llevaba en el cinturón era como si estuviera en Moscú—.

«Voy a morir aquí», pensé sin dejar de agarrar mi fusil. Los árboles se agitaban en lo alto contra el cielo invernal; renegridos y desnudos de hojas por el fuego de mortero, proyectaban extrañas sombras sobre el suelo ante mis ojos nublados… Veía a mi madre inclinándose sobre mí para apartarme el pelo del rostro, luego la misma sombra se convirtió en mi padre que me decía con firmeza: «¡Los Belov nunca se rinden!». Quise responderle que lo había intentado, que había sido una Belov a pesar de tener que cargar con Alexéi Pavlichenko como si fuera un lastre venenoso, pero mi padre se había ido antes de que hubiera podido decírselo, y entonces era Slavka quien estaba delante de mí. Mi pequeña morsa, con su pañuelo rojo de los Jóvenes Pioneros volviéndose hacia mí con las manos llenas de las hojas y flores que yo le había enviado. «¿Mamá?». Ya no tiene mejillas regordetas de morsa, los huesos de su rostro empiezan a mostrarse para revelar al adolescente que no tardará en ser, pero yo nunca lo vería. Nunca lo vería en esta vida. Me estaba desangrando.

—Slavka —logré articular con los dientes manchados de sangre, pero en un abrir y cerrar de ojos se había ido.

Se había ido y yo veía la sombra oscura de un hombre con el último rayo del crepúsculo reflejado en su casco. El teniente Kitsenko, con un abrigo sobre el uniforme y una subametralladora colgada del hombro.

—Mila —estaba diciendo—. Mila, dime dónde te duele…

«En todas partes». Había soldados tras él, pero solo eran sombras que ayudaban a mover la acacia astillada. «No os molestéis», quería decirles, «no se puede hacer nada por mí». Quizá por fin me den una medalla, algo póstumo por lo que mi hijo pueda recordarme.

—No diga tonterías, no tiene permitido morirse aún —volvió a hablar Kitsenko dándome la vuelta y pasándome un brazo bajo las rodillas y

el otro bajo los hombros—. No ha entregado todo el papeleo necesario al comandante de su compañía, que soy yo, así que lo de morirse tendrá que esperar. Aguante. —Y me levantó para llevarme de vuelta a las trincheras.

—Mierda. —La exclamación de cansancio de Lena Palii me llegó en el mismo instante en que sentí unas tijeras cortando costuras por mi espalda y quitándome el abrigo y la camiseta como si fuera un caparazón sangriento—. La herida de la espalda es profunda…

—Puedo llevarla al batallón médico en veinte minutos. Mi sector está en calma —habló de nuevo Kitsenko—. Tengo el coche de Dromin.

—¿Ese imbécil le deja su coche?

—Deje que lo explique así: si usted la venda rápido y yo conduzco aún más rápido, podré devolverlo antes de que se dé cuenta de que no está.

Rebotando por los caminos agujereados por las bombas, mi torso atado con correas era una llamarada de agonía. La mano de Kitsenko descansaba sobre mi cabeza caída cada vez que podía liberarla del volante.

—Vamos, Mila, no va a rendirse por un puñado de esquirlas… Hábleme, hábleme de Bogdán Jmelnitski. Si se muere, ¿quién va a darme la lata con el Consejo de Pereyáslav?

Pierdo por un instante la consciencia, y a continuación estoy en el lúgubre infierno del 47.º Batallón Médico, un complicado laberinto de salas de vendaje, pabellones de aislamiento y enfermerías cavados en túneles subterráneos como si se tratara de un reino de topos.

—Necesita sangre. —Se oye la voz cansada de un médico—. Mierda, ¿cuántos más vienen? Las reservas de sangre están…

«Yo no necesito sangre», intenté decir. «Me estoy muriendo».

Kitsenko se estaba subiendo la manga.

—He visto sus etiquetas; tenemos el mismo grupo sanguíneo. Busque una vena.

—Lo mejor para ella será estabilizarla y enviarla a territorio no ocupado. El próximo barco carguero…

—Si mi compañía pierde a Liudmila Pavlichenko, se amotinará. Consiga una mesa de operación y luego una cama aquí.

—Pero…

—¿Necesita sangre? Su batallón al completo vendrá a remangarse. Usted solo deje que se quede aquí.

Un quirófano: luces cegadoras en lo alto, cuatro cirujanos trabajando sin descanso en cuatro mesas separadas. Lo último que vi mientras me ponían en la camilla antes de perder el conocimiento en un túnel de oscuridad fue un hombre aullando de dolor con una arteria rota mientras un fornido auxiliar lo sujetaba y un cirujano rendido de agotamiento volviéndose con la bata cubierta de sangre. Incluso mientras mi oído se sumía en la oscuridad, siguiendo el camino de mi vista, reconocí la voz.

—Kroshka, ¿qué haces tú aquí? Oh, por el amor de…

Luego perdí el conocimiento.

El primer rostro que vi al despertar fue el de Alexéi Pavlichenko, y me incorporé con tal aversión que casi tienen que despegarme del techo.

—Eso no ha sido muy halagador, kroshka. —Me puso una mano sobre la base de la garganta, me empujó para que volviera a acostarme en la cama de hospital y se sentó a mi lado más cerca de lo que yo habría querido. Aunque, si se hubiera sentado en Vladivostok, cierto es que también habría estado más cerca de lo que yo quería—… teniendo en cuenta que te salvé la vida hace tres noches.

Empecé a decir que habían sido Kitsenko y Lena quienes me habían salvado la vida —él, al sacarme del frente, y ella, al ponerme las correas que impidieron que me desangrara por el camino—, pero entonces me dio un ataque de tos, y cada golpe de tos era una puñalada de agonía. Alexéi me tomó el pulso mientras yo no dejaba de toser, contando los latidos y viéndome sufrir con una expresión indiferente.

—¿Hasta qué punto es grave? —logré susurrar al fin—. Mi herida.

Tenía aproximadamente las fuerzas de un gatito, con los codos llenos de marcas de aguja de las transfusiones, y me parecía que me hubieran rociado con ácido la espalda y los hombros. Pero, si todo

había ocurrido tres días antes, no parecía estar muriéndome con demasiada rapidez. Tiré de mis mantas sintiendo que me helaba de frío.

—Tenías clavada una esquirla del tamaño de tu pie desde la escápula derecha hasta la columna vertebral —dijo Alexéi en tono aséptico—. Unos centímetros más y estarías muerta o paralítica. Yo la extraje, te cosí e hice que volvieras a bombear sangre.

—Gracias —dije, en parte porque hizo una pausa a propósito, y en parte porque sin duda había hecho un buen trabajo.

Alexéi Pavlichenko podría ser un cabrón, pero también era un excelente cirujano.

—Fue la pérdida de sangre lo que estuvo a punto de acabar contigo —continuó tomando nota de mis distintas constantes vitales—. El teniente que te trajo te transfundió casi un litro directamente a tus venas… ¿Quién es?

Ignoré la pregunta tratando de incorporarme.

—El ataque alemán está…

—Continúa, pero lo estamos conteniendo. Von Manstein no va a brindar por el Año Nuevo en Sebastopol, como planeaba.

—¿Cuándo puedo regresar a mi compañía?

Alexéi volvió a obligarme a recostarme en la cama.

—Llevará dos semanas poder quitarte los puntos.

—Diez días —dije con mi voz áspera—. Al undécimo me los quitaré con la botella rota que encuentre más a mano.

—De verdad lo harías, ¿no? —Mi esposo me miró pensativo—. En el barco pensé que me estabas tomando el pelo, con todo aquello de las ciento ochenta y siete muertes. Pero he oído cosas desde entonces… No estabas bromeando, ¿verdad?

Apreté los labios con la vista fija en el techo.

—¿Cuántos son ya, kroshka? ¿Más de doscientos? Si pienso en la miguita de pan con la que me casé, casi no puedo…

—Le agradecería que se dirigiera a mí por mi rango, camarada

teniente Pavlichenko.

—Solo bromeaba; nunca has sabido aguantar una broma…

—¿Está nuestra paciente problemática creando dificultades otra vez? —Lena, para mi gran alivio, entró como si nada con un cuenco de agua—. Comprobaré sus puntos, camarada teniente; a usted lo necesitan en quirófano.

Otra larga mirada pensativa y Alexéi se marchó con movimientos de desfile. Su ausencia pareció volver más amplia y luminosa toda la habitación; de pronto fui consciente de las otras camas en mi hilera, de los pacientes con quietud de piedra y de los que se revolvían bajo sus mantas, del olor a antiséptico y a cobre. De pronto pude respirar hondo, aunque ello hiciera que mis puntos parecieran incendiarse empapados de gasolina.

—De todos los cirujanos del batallón, ¿por qué tenía que ser él quien acabara ocupándose de mí? —pregunté volviendo a toser.

—Porque pidió que lo avisaran si te traían. Todos los médicos hacen lo mismo por los soldados que conocen. Lo mismo que las enfermeras… ¿Por qué crees que soy yo quien viene siempre a comprobar tus puntos? Y ya que lo mencionamos, date la vuelta. —Lena me ayudó a volverme hacia el otro lado fingiendo no reparar en el bufido de dolor que no pude contener—. Conque ese es el marido, ¿eh? Guapo. La mitad de las mujeres del batallón médico intenta meterse en sus pantalones.

—Pueden quedarse con él —respondí con firmeza sintiendo el aire frío en la espalda desnuda a medida que los vendajes se desenrollaban—. ¿Te ha dado a ti algún problema?

—Tengo la sensación de que soy demasiado mayor para él —dijo Lena con bastante sequedad—. Siempre va detrás de las jovencitas de ojos grandes e ingenuos. Pero hizo un buen trabajo con esta sutura, tengo que admitirlo. Por lo que respecta a los demás cirujanos, si son jóvenes, son inexpertos, y, si son viejos, están borrachos. Tu Alexéi hizo turnos de veinticuatro horas la semana pasada y no titubeó ante una sola incisión.

«Los cabrones fríos y engreídos son buenos cirujanos», pensé.

—El ataque… ¿Sabes algo de la 2.ª Compañía? ¿Y mi pelotón?

—Tu compañero vino a donar sangre y se quedó por aquí merodeando

como un lobo hasta que dijeron que estabas fuera de peligro. Luego se marchó para tomar el mando del pelotón, pero me dejó esto para que te lo diera en cuanto despertaras. —Lena me pasó un cuadrado de papel doblado—. Las bajas.

«Gracias, Kostia». Repasé los nombres escritos con su letra, que era pequeña y cuadrada. No la había visto antes; es curioso cómo se puede luchar durante meses al lado de alguien, conocer detalles íntimos sobre él desde cómo bosteza a cómo exhala el aire o cómo tamborilea con los dedos sobre el muslo para conjurar su miedo, y no saber cómo es su letra… Suspiré, temblorosa, de alivio. Solo una muerte, mi recluta más joven; el resto, indemne salvo por heridas leves. El viejo Vartanov había sobrevivido, y el zoquete de Fiódor, y Kostia… y yo.

Aún no acababa de creerme que había sobrevivido. Tan segura había estado de que había llegado mi hora.

—Te curarás antes de lo que te mereces —estaba diciendo Lena alegremente mientras volvía a vendarme—. Vaya suerte que tienes, perra afortunada.

—Suerte. —Me recosté sobre la dura almohada, cerrando los ojos. Quería a Lena, pero en aquel momento no quería hablar con nadie, ni siquiera con ella. «Suerte».

Fue algo que la gente no dejó de decir durante toda la semana. Lo dijo Vartanov, tirándose de la barba gris: «¡Los pies de un lince y la suerte del diablo!». Lo dijo Fiódor, apretándome las manos entre sus enormes zarpas. Lo dijo el resto de mi pelotón después de darse la caminata en sus horas libres para traerme noticias del frente.

—No lo digas —advertí a Kostia cuando apareció—. No me digas la suerte que he tenido.

La comisura de su boca se inclinó, y entonces descolgó un flamante Mosin-Nagant de su hombro.

—Tu nuevo fusil. Yo insistí en un tres líneas. Intentaron endosarte un Sveta.

—¿A quién demonios se le ocurre que un fusil que destella al disparar igual que si fuera un foco reflector es un arma adecuada para un francotirador?

—Eso es lo que yo dije. —Se sentó al pie de mi cama sin decir otra palabra, sacando su cuchillo de combate finlandés y una lima de

aguja.

Me di cuenta de que ya había invertido un tiempo considerable en prepararlo para combatir. Él me había visto desmontar y engrasar mi viejo fusil centenares de veces; sabía que yo quitaba la madera del guardamanos para que no tocara el cañón; sabía que prefería meter relleno entre el receptor y el cargador; sabía que limaba la punta de la culata. Casi estuve a punto de llorar viendo cómo sus manos trabajaban, y sentí que las palabras acudían a mi boca: «Cuando salga de esta cama y coja ese fusil, voy a morir».

Pero no podía decírselas a Kostia; era mi compañero, mi sombra, quien se suponía que tenía que evitar que yo muriera. Cuando mi destino viniera a buscarme, él se culparía a sí mismo; así que dejaba morir las palabras y me sumía en el blando silencio de nieve de Kostia cada vez que venía a visitarme en mi cama de hospital, mientras yo salía y entraba de mi adormilamiento sintiendo el peso reconfortante del cañón del nuevo tres líneas contra mi pierna y Kostia trabajaba pacientemente en él para hacerlo mío en cada visita. Cuando un líder tiene dudas sobre sí mismo en tiempos de guerra, aunque sea un sargento, no puede revelarlas a sus hombres. Yo había aprendido eso al mando de mi pelotón.

Tampoco debía revelar tales dudas a mis oficiales, pero Kitsenko siempre sabía cogerme por sorpresa.

—No va a morir —dijo desde la puerta en mi sexto día de hospital, sorprendiéndome mientras yo miraba con el ceño fruncido un cuenco de sopa—. Tome un poco de chocolate —añadió sacando una tableta con envoltorio de papel al tiempo que se sentaba en un taburete demasiado bajo junto a mi catre—. Belga auténtico. Uno de mis sargentos lo sacó de la mochila de un teniente alemán ayer por la tarde. Yo tiré de rango sin pudor y lo robé para usted.

No reaccioné, sorprendida de verlo allí.

—El ataque alemán. ¿Cómo es que no está…?

—El ataque contra el 54.º se relajó ayer. Estoy libre hasta que vuelvan a hostigarnos como los parásitos que son. —Tenía el rostro manchado y el uniforme arrugado y lleno de salpicaduras, como si acabara de volver directamente del frente, pero su sonrisa seguía siendo alegre al mirarme—. No va a morir —repitió desenvolviendo para mí el chocolate.

—¿Por qué sigue diciendo eso?

—Porque cuando la estaba sacando del frente no me creía. No dejaba de murmurar «estoy muerta, me muero». Pensé que intentaría convencerla de la verdad cuando estuviera algo más consciente. No va a morir —concluyó, y partió una onza de la tableta.

La dejé deslizarse en mi boca. Auténtico chocolate belga, no uno de esos bloques blanquecinos de chocolate del ejército a los que estaba acostumbrada. Su dulzura hizo que se me saltaran las lágrimas.

—No me habrán matado esta vez —me vi diciendo de forma casi inaudible—. Pero lo harán la próxima.

Esperaba que dijera algo afectuoso: «¡Se cargará a muchos más por la patria; no se preocupe!». O quizá recibir una severa reprimenda por derrotismo. En lugar de eso, partió otra onza de chocolate y me obligó a aceptarla, preguntando:

—¿Por qué piensa eso?

Mastiqué y tragué. Me remetí el pelo estropajoso tras la oreja.

—Dicen que la tercera herida te mata.

—¿Quiénes lo dicen? ¿Y quién dice que lo sepan todo?

—Sabe lo que quiero decir.

—Bueno, pues su cuenta es errónea. Esta ya es la cuarta vez que la hieren.

—Las dos primeras no cuentan. —Moví la cabeza, impaciente—. Una conmoción cerebral, luego una luxación de cadera… Esas fueron heridas insignificantes. La última fue la primera, en realidad. Y ahora esta. La próxima…

—Pero la semana pasada estaba convencida de que moriría a causa de esta —observó Kitsenko—. Así que me parece que está cambiando su historia. ¿Tan decidida está a ser una mártir que se ha olvidado de contar?

Intenté dirigirle una mirada amarga, pero resultaba difícil con la boca llena de chocolate.

—No va a morir —dijo—. ¿Qué puedo decir para convencerla de eso?

—Nada. Déjelo. —Mi voz sonó débil y quebrada—. Quizá no se trate del número de heridas. La tercera, la cuarta… En algún momento

habrá acabado todo. Mi suerte está casi agotada.

—No creo que la suerte funcione así, Pavlichenko. —Volvió a encajarse el gorro sobre el despeinado cabello rubio—. No te dan una cantidad determinada, como si fuera la ración de pan en la cola del comedor.

—Hago los números —dije brutalmente—. Sé calcular las desviaciones del viento en milirradios, ¿cree que no sé deducir las posibilidades que tengo de volver a ver a mi hijo?

—Creo que le quedan por despachar muchos más nazis antes de que eso tenga ninguna posibilidad de suceder. —Kitsenko me puso otra onza de chocolate en la mano—. Escuche. Mi madre siempre decía que cuando una mujer estuviera triste debía ofrecerle chocolate y decirle que era hermosa. En su caso, creo que puedo arreglarlo ofreciéndole chocolate y diciéndole que es peligrosa. También es hermosa —añadió—, pero algo me dice que se sentirá más reconfortada con la idea de que sigue siendo peligrosa. Y los alemanes lo saben.

El cumplido no debería haber importado en un momento como aquel, pero lo cierto es que importó. Se me escapó una sonrisa.

—Todos tenemos esa sensación de vez en cuando —añadió—. La sensación de estar condenados. Viene y va, como la fiebre. Yo la tuve cuando llegué al frente por primera vez. Pensé que no sobreviviría a la primera batalla, y aquí estoy. Kostia me dijo que había tenido un mal momento en Odesa, al final, y estuvo convencido de que moriría antes de la evacuación.

—No me lo contó.

—Necesita ser invencible para usted, igual que usted para él. Y ahora es usted la que está teniendo un mal presentimiento, y es totalmente natural. Ha lidiado con mucha muerte, la siente respirar en el cogote.

—¿Va a decirme que no la tengo respirando en el cogote?

—Respira en el de todos. Todos podemos morir mañana. Así que cómase el chocolate, Pavlichenko.

Me dio la última onza. La deshice en la boca saboreando hasta la última gota de dulzor sin saber muy bien cómo me sentía. Salvo… aliviada, un poco. Para todos los demás —mi familia, en mis cartas; mis hombres, en mi pelotón; incluso Kostia en nuestra relación de compañeros— tenía que ser invencible. Pero, ante Kitsenko, podía

tener miedo. Podía estar cansada. Podía ser humana.

Aquel alivio era una punzada tan dulce…

—Mila —dije al fin.

—¿Cómo dice? —Cruzó las manos entre sus rodillas.

—Ya hemos luchado juntos. —Volví a tumbarme en la cama—. Puedes llamarme Mila.

Sonrió.

—Si tú me llamas Lionia.

La delegación soviética

Día 1

27 de agosto de 1942

Washington D.C.

Capítulo 15

—Señora Pavlichenko, ¿podemos llamarla Liudmila? ¡«Pavlichenko» es tan difícil de pronunciar!

El francotirador observó la hambrienta oleada de curiosidad que despertó la joven francotiradora al entrar en el comedor de la primera planta de la Casa Blanca. Otra descarga de flashes de cámara —él escondía su rostro tras la suya, prestada—, y a través de la lente percibía su incomodidad.

Liudmila Pavlichenko no era una mujer alta, y parecía aún más pequeña ahora que había cambiado su uniforme verde militar por un vestido de mañana con ramitos azules que probablemente habría pasado por moderno en Moscú. El francotirador vio cómo sus ojos recorrían los elegantes vestidos de las impecables mujeres de Washington presentes en la sala, sus collares de perlas, sus ondas y rizos cuidadosamente definidos, y por un instante la mano de la joven rusa se dirigió a su cabello toscamente cortado.

«Tímida», anotó mentalmente el francotirador, sin dejar de esconder su rostro tras la cámara. «Se la van a comer viva».

—Espero que todos hayan descansado. —La primera dama se adelantó con un gesto de bienvenida ante la delegación soviética al completo mientras los hombres con traje oscuro formaban una fila tras la joven francotiradora, intentando no quedarse mirando boquiabiertos a su alrededor.

La sala era grande pese a que la llamaran el comedor pequeño, y tenía una rutilante lámpara de araña, techos con refinadas molduras y altos ventanales con cortinas elegantemente recogidas. Los intérpretes susurraban presentaciones de un lado y de otro, y el francotirador prestó especial atención a los murmullos en ruso. No hablaba bien el idioma, pero sí lo entendía. Algo que resultaba útil cuando tenía que asistir a las reuniones del Partido Comunista Estadounidense en busca de la oportunidad de liquidar al último agitador rojo que hubiera causado suficiente alarma a alguien en Washington o en Nueva York. Preparar accidentes fatales de marxistas norteamericanos le había supuesto todo un sueldo en su día, aunque no tanto ahora que los

soviéticos eran aliados…

Pero la gente para la que trabajaba no parecía del todo convencida de que fueran a seguir siendo aliados, una perspectiva que para el francotirador implicaba bastante trabajo futuro.

La primera dama continuó, guiando a todo el mundo hacia la larga mesa con su bosque de porcelana, cristal y plata:

—He pensado que podrían empezar a familiarizarse con nuestra forma de vida probando un desayuno tradicional estadounidense.

—¿Siempre hay tanta comida en un desayuno estadounidense? —Oyó musitar en ruso el francotirador al líder de la delegación soviética mientras todos ocupaban sus asientos.

Los platos ya estaban servidos: huevos fritos, beicon y salchichas a la parrilla, setas marinadas, jarras de zumo de naranja frío y garrafas de café caliente.

—¿Qué son? ¿Oladyi?

—Tortitas —susurró también en ruso Mila Pavlichenko.

El francotirador se había colocado a dos asientos de ella, desde donde podía oír con claridad lo que decía sin que ella pudiera verle el rostro a él.

—Los estadounidenses llaman tortitas a los oladyi. No te quedes mirándolas, o nos tomarán por paletos.

—Solo te miran a ti. Quizá piensan que eres tú la paleta. —El líder de la delegación soviética sonó irritado, y el francotirador tuvo que ocultar una sonrisa mientras la conversación se propagaba por la mesa.

Los soviéticos habían enviado a otros estudiantes rusos convertidos en soldados para que asistieran al congreso internacional, y ambos se hallaban sentados a la mesa con una falange de escoltas y personal diplomático: hombres sin ningún atractivo de traje oscuro y con aspecto de bloque por los que nadie se interesaba. Todos los ojos estaban pendientes de la joven francotiradora que había empezado a vaciar un tarro de mermelada en su taza de té, y que entonces se detuvo con un pequeño gesto despectivo al darse cuenta de que sus vecinos la miraban.

—Me gustaría que dejaran de llamarme la «joven francotiradora». —La oyó musitar en ruso el francotirador mientras daba un sorbo al té lleno de mermelada—. Solo en los Estados Unidos se puede ser una soldado de veintiséis años y que aun así te sigan llamando «la joven».

«Susceptible», anotó mentalmente el francotirador, mientras masticaba el beicon crujiente, cada vez más satisfecho de estar allí para poder evaluar a Liudmila Pavlichenko. Normalmente, habría obtenido la información que necesitaba de alguna tercera persona a la que habría sobornado a tal efecto, pues mantener un solo filtro de distancia entre un objetivo y él equivalía a un peligro. Pero, con una tapadera de primera en el lugar gracias a sus poderosos patrocinadores, por no hablar de la multitud de ávidos periodistas y deslumbrantes funcionarios de Washington para impedir que la chica se fijara en un rostro anodino en una mesa de ruidosos extranjeros… Bueno, pensó que merecería la pena correr aquel mínimo riesgo. Ya podía ver su bosquejo interior de aquel bonito poni de la propaganda soviética: quién era, qué la movía, cómo tirar de sus cuerdas. No pensaba que fuera a suponer un gran reto.

—¡Una mujer en el frente, sirviendo como soldado! —dijo una esbelta rubia que asomó al otro lado de la mesa para dirigirse al lado ruso con los ojos ávidos—. No imaginan lo extraño que resulta para las mujeres estadounidenses. Supongo que se ha tomado esa medida para derrotar a Hitler; medidas desesperadas para tiempos desesperados y todo eso…

—Todo lo contrario —respondió la joven francotiradora en ruso una vez que la pregunta se hubo traducido—. Nuestras mujeres estaban ya en pie de igualdad con los hombres mucho antes de la aparición de Hitler. Nuestros plenos derechos quedaron garantizados desde el primer día de la revolución: eso es lo que nos hace tan independientes como nuestros hombres, no la guerra.

«Adoctrinada», pensó el francotirador mientras sus palabras se traducían al inglés. Por supuesto que lo estaba. A los enviados soviéticos siempre los atiborraban de respuestas preparadas y eslóganes memorizados.

—¿Echa de menos el borsch, Liudmila? —preguntó uno de los ayudantes de la primera dama delante del zumo de naranja y del beicon.

—Nadie en su sano juicio echa de menos la remolacha —respondió Liudmila Pavlichenko a través del intérprete, despertando las risas.

«Ocurrente», pensó el francotirador con cierta sorpresa. No esperaba sentido del humor. Empezaron a volar más preguntas.

—Tengo entendido que llegó en el tren Miami-Washington esta mañana, Liudmila, ¿es la primera vez que viaja en expreso? ¿La asombró su velocidad?

—Lo único que me asombró fue esa señal del vagón que advertía SOLO BLANCOS. —La joven francotiradora pinchó una seta de su plato con el tenedor—. Resulta extraño ver algo como eso en un país que comenzó con un «Todos los hombres son creados iguales».

«Mordaz», pensó el francotirador. Estaba seguro de que el líder de la delegación le dio una patada por debajo de la mesa, pero ella siguió masticando su seta como si nada. El intérprete pareció aliviado cuando la rubia volvió a asomarse con otra pregunta.

—Dígame, ¿admiten mujeres solteras en el Ejército Rojo? Me he fijado en que usted es la señora de Pavlichenko.

«Casada», tomó nota el francotirador. Se preguntó dónde estaría el marido.

—No creo que a los maridos soviéticos los entusiasme más que a los estadounidenses la idea de que sus esposas vayan a la guerra. —Rio la mujer rubia—. ¡Hombres! ¡Mi esposo protesta tanto cada vez que salgo a presidir la reunión de algún comité que cualquiera creería que lo estoy abandonando para irme al frente ruso!

—Hay esposos a los que no les gusta nada de lo que hacen sus mujeres —dijo la francotiradora.

Más risas alrededor de la mesa.

—No es mi caso —intervino la primera dama inesperadamente—. Si decidiera irme al frente ruso, creo que mi esposo se limitaría a decir: «Que no te maten, Eleanor, y tráete unas cuantas caballeras nazis para el despacho».

La joven francotiradora se rio…, antes de que el intérprete murmurase una traducción. «Entiende el inglés», pensó el francotirador de nuevo sorprendido. Y es lo bastante inteligente como para no mostrarlo.

—Creo, señora Pavlichenko, que se las está arreglando bastante bien en su primer viaje a los Estados Unidos —dijo un hombre de apariencia afable desde el otro lado de la opulenta mesa de desayuno

—. ¡Mírese, manejando ese tenedor de plata como una profesional!

La voz de Liudmila Pavlichenko se volvió aún más cortante.

—Gracias —dijo alegremente—. Las cuberterías de plata llegaron a la Unión Soviética la semana pasada. Hasta ahora comíamos con palillos.

«Enfadada», pensó el francotirador, bastante seguro de que habría recibido otra patada bajo la mesa. La vio concentrarse en su plato de nuevo, acuchillando su salchicha con más energía de la necesaria. «Compórtate y sonríe», musitó el jefe de la delegación en ruso, y ella se limitó a devolver una mirada con los ojos entornados. «Muy enfadada, en realidad», corrigió el francotirador. No tan calmada y controlada como había dado por hecho que sería la muchacha del cartel de propaganda. Liudmila Pavlichenko no quería estar allí, no tenía ganas de sonreír siguiendo órdenes y odiaba las preguntas estúpidas.

El francotirador sonrió, tomando nota de ello. «Enfádate, pequeña», pensó mientras sorbía su café. «Pierde los nervios, pierde la compostura, sáltate el guion. Mientras más enfadada parezcas durante toda la semana, más fácil será que esta gente te crea capaz de apretar el gatillo contra el presidente».

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

A Franklin le interesará saber que nuestros invitados soviéticos hablan más inglés de lo que muestran —o, por lo menos, la muchacha lo habla—. «Esos granujas», dirá él riéndose con el cigarrillo en la boca. Disfrutaré pintando la escena para él después —no en vano me llaman los ojos y los oídos del presidente—. Él fingirá que su caída de esta mañana no sucedió; negará, si lo sugiero, que le preocupen las malas intenciones de sus enemigos y me pedirá que le hable. «¡Descríbemelo, Eleanor!».

Cuántas veces me había dicho lo mismo mientras tamborileaba con sus finos dedos sobre el brazo de la silla, los ojos brillantes e impacientes por saber, por absorber, por aprender. Muchas veces le cuento más cosas de las que quiere oír y se enfada por mi insistencia en las cuestiones que atañen a mis causas más queridas, pero eso nunca ha hecho que deje de pedirme esas descripciones ni que yo se las ofrezca.

Y así observo a los soviéticos en la mesa del desayuno y reúno impresiones para mi esposo incluso mientras pienso en otras mil cosas que exigirán mi atención en el momento en que pueda dejar esta sala (la columna que debo acabar, la carta a Hick, la planificación del banquete para la Liga Nacional de Mujeres Sufragistas, la colecta de fondos para la ayuda a Polonia…). Nuestros amigos rusos son dignos, circunspectos y se esfuerzan por causar buena impresión —pero, bajo su dignidad, percibo fragilidad—. Los soviéticos no solo han enviado estudiantes a mi congreso internacional, pero tampoco han enviado superhombres soviéticos duros como el granito. Han enviado a cansados veteranos de guerra que han sufrido. «Miradnos», dicen con cada movimiento y cada gesto. «Comemos beicon y tortitas con el mismo entusiasmo que vosotros; nos reímos de los mismos chistes; tenemos planes, esperanzas y sueños como los vuestros… y los tanques, bombas y aviones de Hitler nos están desangrando. Vednos como los aliados que decís que somos. Ayudadnos».

Ese es el verdadero propósito de su visita, por supuesto. Hacernos entender lo mucho que necesitan nuestra ayuda, lo mucho que necesitan un segundo frente… Y aquí en Washington hay quienes estarían dispuestos a todo —absolutamente a todo— para impedir a Franklin concedérselo.

Nueve meses antes

Diciembre de 1941

El frente de Sebastopol, URSS

MILA

Capítulo 16

Mis memorias (la versión oficial): Ser una mujer en el ejército entraña sus dificultades. En compañía masculina, una debe ser estricta: nada de coqueteos, nada de bromas, nada de juegos, jamás.

Mis memorias (la versión oficiosa): Bueno, acerca de eso…

—Parad —jadeé, limpiándome los ojos—. Los puntos me están matando.

Ni Kostia ni Lionia me prestaron la menor atención. Estaban disputando un duelo fingido en la habitación, blandiendo rollos de vendas por sables y bacinillas como escudo.

—¡Ríndete, perro viejo! —gritó Lionia con algunos movimientos de esgrima a lo Errol Flynn.

Algo me decía que había echado algún vistazo a más de una escena de películas occidentales prohibidas. Toda la sala animaba: los pacientes jaleaban desde sus catres, y Lena y el resto de las enfermeras se partían de risa en la puerta. Yo intentaba contener la respiración para evitar una nueva carcajada. No recordaba la última vez que me había reído tanto.

Kostia y Lionia solo podían visitarme cada varios días, pero cuando lo hacían, el resultado siempre era algún elaborado y gran jolgorio. La última vez Kostia nos había enseñado un laberíntico juego con unos dados tallados en los huesos de un caribú que había cazado cuando tenía nueve años, y a Lionia y a mí nos levantó hasta el último rublo que nos quedaba antes de que averiguáramos que estaba haciendo trampas. Y la penúltima yo necesitaba una transfusión de sangre y Lena me colocó una vía directamente del brazo de Kostia mientras Lionia contaba historias macabras sobre los upiros que salen de noche a chupar sangre para sobrevivir: «Mila, vigila si te salen colmillos. Por supuesto, Kostia no se dará cuenta, con esos incisivos de lobo suyos…».

Y en esta ocasión…

—¡Ríndete, villano! —Una de las salvajes paradas de Lionia hizo volar la bacinilla escudo de Kostia, y mi compañero dio un grito de espanto cuanto la espada rollo de vendaje se hundió dramáticamente en su vientre.

Se dobló, se derrumbó al pie de mi cama y se retorció allí un rato en una muerte forzada mientras Lionia saludaba y la sala aplaudía. Un mes antes habría jurado que mi taciturno compañero no tenía el menor don para la broma, ahora aplaudía su teatral muerte tan ruidosamente como la que más.

—Más te vale no estar muerto —le dije—. Seguiré necesitando un compañero cuando salga de aquí.

—Y yo necesito asegurarme de que sigues teniendo un pelotón al que volver.

Kostia miró su reloj, se levantó y cogió su gorro.

—Debería irme. Tu fusil está casi a punto para el campo de batalla — añadió.

—No veo la hora de estar de vuelta —dije golpeando impaciente las sábanas con los talones mientras pensaba en mis hombres saliendo de cacería sin mí para cuidar de ellos—. Diles a los chicos que tengan cuidado.

Vi melancólicamente cómo Kostia golpeaba el hombro de Lionia y se marchaba sin hacer ruido.

—¿No te vas con él? —pregunté a Lionia al tiempo que se dejaba caer en una silla junto a mi cama.

—Por suerte yo no tengo la agenda nocturna que tenéis vosotros los upiros. ¿Qué puede hacer nadie a las tres de la mañana aparte de rumiar sobre los viejos errores?

Empecé a rotar el brazo y el hombro para recuperar el movimiento, algo en lo que Lena me había insistido, por mucho que hiciera que me dolieran horriblemente los puntos.

—¿Sobre qué errores rumias tú?

—He estado casado —me dijo inesperadamente—. Me divorcié al cabo

de un año. ¿Piensas ahora peor de mí?

—Eso depende de la razón por la que te divorciaras.

—Oh, era joven y estúpido. —Movió la cabeza con pesadumbre—. Tenía dieciocho años y dejé que mi madre me empujara a casarme con la muchacha que vivía en la casa de al lado. Yo no sabía nada sobre mujeres, ni siquiera sabía decirle a Olga que era hermosa ni ofrecerle chocolate cuando estaba llorando, y después de unos meses parecía que lo único que hacía era llorar. Ambos comprendimos que había sido un error. Así que seguimos caminos separados antes de que hubiera hijos que pudieran sufrir. Olga es ingeniera ahora, tiene otro esposo y un hijo. Tenemos un trato cordial cuando coincidimos.

—Qué civilizado —dije pensando en la burla del «¡Salta por él!» de Alexéi. Los puntos volvieron a tirarme y me encogí de dolor.

—Sé que tú también te casaste joven. —Lionia se echó hacia atrás en su silla demasiado pequeña con los codos doblados a la espalda—. ¿Qué pasó?

—Él decidió que no estaba hecho para ser marido ni padre —dudé—. Si él lo hubiera… Bueno, yo lo habría dejado al final, de todas formas. Era malo para mi hijo y a mí me hacía sentir pequeña.

—Eres pequeña. Una francotiradora de tamaño bolsillo. —Al verme esforzarme por extender el hombro, Lionia me cogió de la muñeca, sus dedos se superponían sobre mis huesos más estrechos con facilidad, y me dio un lento y firme tirón—. Pero te he visto cuando el teniente Pavlichenko viene a hacer la ronda. Te encoges ante él, no me gusta verlo. Aquí, dime dónde te duele…

Sintiendo distenderse los músculos, susurré:

—Créeme, no me gusta sentirme así.

Lionia soltó mi muñeca cuando asentí, y me recosté de nuevo en la almohada, sin querer hablar más de Alexéi. Lionia condujo la conversación hacia terrenos más alegres durante alrededor de media hora más, luego miró el reloj.

—Debería irme. Se supone que soy un teniente con pesadas responsabilidades; así que tengo que ir a esquivarlas un rato para dar a Dromin alguna excusa con que lanzarme sus miradas asesinas.

Me eché a reír. Lionia se inclinó para hablarme al oído.

—Tu exmarido está merodeando en la puerta. ¿Quieres que te robe ese beso para ponerlo celoso?

Ahogué otra risa, tentada.

—No.

—Merecía la pena intentarlo. —Lionia se marchó, silbando, con el pelo rubio brillante bajo las luces duras de hospital, y yo me volví deprisa de lado y fingí quedarme dormida antes de que Alexéi pudiera venir a entablar conversación.

Pese a todo, lo oí quedarse un largo rato parado junto a mi cama. Solo respirando.

«¿Qué quieres?», pensé mientras lo oía marcharse por fin.

Lena, cuando vino a sentarse junto a mi cama en su descanso, no se anduvo con rodeos.

—Quiere saber si estás compartiendo el saco de dormir con Lionia, con Kostia o con los dos… Ha interrogado a todo el personal del hospital sobre vosotros tres.

—No es asunto suyo —protesté—. ¿Y por qué nadie cree que me esté limitando a hacer mi trabajo y no a entrar y salir de los sacos de dormir de nadie?

—Porque los hombres son más cotillas que las viejas, por eso. El rumor que corre es que te estás acostando con los dos. —Lena me dirigió una mirada astuta—. Así que, dime, ¿quién es el afortunado?

—Ningunos de los dos, y lo sabes bien. Por el amor de Lenin, me acaban de sacar una esquirla del tamaño de un pie de la espalda.

—Podrías haber tenido a cualquiera de los dos, y lo sabes perfectamente. Lo extraño es que no hayan acabado a puñetazos entre ellos.

—Ellos no acabarían así nunca. Son amigos. —Lionia era la única persona que conocía capaz de romper el silencio de Kostia y de arrancarle su esquiva media sonrisa—. Y también los míos. No hay nada más.

—Kitsenko tiene demasiado que hacer en el puesto de mando para presentarse aquí un día sí y otro no con regalos. —Lena señaló con la

cabeza un pequeño frasco de perfume que el comandante de mi compañía había traído en su última visita envuelto en un pañuelo con bordes de encaje—. Rojo Moscú, que no es barato. Primero un litro de su propia sangre, ahora perfume… Te traería diamantes si los tuviera. Te está cortejando, Lady Medianoche.

—¿Te has vuelto una defensora de los romances en el frente ahora? —Me incliné hacia delante para que pudiera examinarme los puntos—. ¿Después de todas las veces que hemos hablado acerca de esquivar a los oficiales?

—Esquivar a los imbéciles y a los patanes, sí. —Sus dedos parecían de hielo; era la víspera de año nuevo y hacía un frío cortante. El único consuelo de aquel frío inmisericorde era pensar que los alemanes de suave infancia bávara lo estarían pasando peor que nosotros—. Los oficiales que creen que tienen derecho a llevarnos a su cama con solo chasquear los dedos son los que hay que rehuir. Pero si un tipo agradable y decente muestra interés, no siempre salgo corriendo. —Movió las cejas—. O al menos corro lo bastante despacio como para que me alcance.

—Espero que tengas cuidado.

—Les digo muy claro que o se la enfundan o se retiran. —Tiró de mi bata sobre los puntos—. Pero es agradable tener un cuerpo en el que acurrucarse ahora que las noches son frías, Mila. Pruébalo. Tanto tu teniente como tu siberiano estarían encantados de que te metieras bajo sus mantas.

—Kostia no…

—No finjas ser una de esas mujeres idiotas que no se dan cuenta de cuándo un hombre está loco por ellas.

—Pero es mi compañero —dije en voz baja.

Era difícil explicar el vínculo entre dos compañeros francotiradores a alguien que no lo era. Cuando estábamos el uno al lado del otro en la oscuridad durante una cacería de medianoche, no solo nos movíamos al unísono: respirábamos al unísono, pensábamos al unísono, sentíamos que nuestra sangre latía al unísono como si fuéramos dos linces silenciosos deslizándose por la nieve. Vivíamos por el susurro, continuo como un latido, de «no falles». Y, si introducíamos cualquier cosa que alterase aquel perfecto trabajo de compañerismo, uno de los dos podría acabar cometiendo un error infinitesimal y letal, y terminar en una tumba improvisada con nuestros nombres mal escritos sobre

una estrella roja de madera contrachapada. No.

—Tu teniente, entonces. Es un bombón, y así no hay errores. —Lena se perfumó con Rojo Moscú—. Habrás salido de aquí en un par de días. Prométeme que pasará por lo menos una semana antes de que vueles por los aires otra vez.

—No voy poniéndome delante de esquirlas de mortero solo para que tú no pierdas la práctica de suturar, Lena Palii. —No le había contado a Lena mi idea supersticiosa de que la próxima herida acabaría conmigo.

Ella se limitó a golpearme con una bacinilla.

Pero eso no significaba que hubiera dejado de sentir aquel temor acechante, aquella gris certidumbre de que mi suerte se había terminado. «No seas cobarde», me fustigaba a mí misma sin piedad, pero no pensaba que fuera cobardía precisamente. Que me pusieran ante la mira a un soldado de Hitler; sabía que no me temblaría el pulso al apretar el gatillo. No, aquella era solo una voz objetiva al fondo de mi mente que decía: «Acaba ya con todos los que puedas; haz lo que esté en tu mano ahora…, porque la arena de tu reloj casi ha terminado de caer».

Bueno. ¿Tan terrible sería que Mila Pavlichenko no sobreviviera a aquel año de 1942 y no llegara a cumplir los veintiséis? Ya había cumplido mi deber con mi patria, había luchado tanto y tan duro como había podido. Mi hijo podría estar orgulloso de mí y crecería con mi madre y con mi padre, al amparo de todo el amor que ellos podrían darle en mi lugar. Y, si los alemanes invadían el país y sometían a todos los que amaba obligándolos a vivir bajo una esvástica, al menos ya nunca lo vería.

Me dieron el alta en un crepúsculo de color gris acerado unos días después de Año Nuevo. Al abotonarme el uniforme, vi que me quedaba ancho, y en el minúsculo espejo descubrí las manchas y el color ceniciento de mi piel.

—Estás guapa —dijo Alexéi tras de mí—. ¿Te ha quedado mucha cicatriz?

—Estás perdiendo facultades, Alexéi. —Me coloqué bien el gorro sobre el pelo, sintiendo el borde arrugado en mi cuero cabelludo producto de mi último viaje al batallón médico—. Decirle a una mujer que está guapa al tiempo que mencionas sus cicatrices…

—Al menos esa otra no se ve debajo del uniforme. —Se acercó un paso más—. Pero a mí podrías enseñármela, ya sabes. Más tarde, quizá. Después de cenar.

—Las cicatrices bajo mi uniforme no son asunto tuyo. Nunca, jamás vas a verlas. —Me propuse no retroceder un solo paso para apartarme de él.

Alexéi había hecho lo mismo muchas veces cuando estábamos casados; avanzar lo justo hacia mí para que yo sintiera la necesidad de dar un paso hacia atrás. Ya estaba bien de retroceder.

—Si me disculpa, camarada teniente —dije, apartándome del espejo.

—Solo intentaba hacerte un cumplido, kroshka. —Su mano cayó sobre mi brazo; sonó molesto. Cuando Alexéi Pavlichenko se esforzaba por una mujer, esperaba ser recompensado con sonrisas—. ¿Es que no sabes apreciarlo?

—Y yo tengo invasores a los que disparar —dije al tiempo de irme—. ¿No aprecias tú eso?

Se rio, y aquel sonido condesciende me hirió los oídos.

—Mila, en serio, deberías…

—¿Marcharme? Sí. —Me cerré el cuello y levanté la barbilla—. No quiero tus cumplidos. No quiero tus invitaciones a cenar. No quiero de ti nada en absoluto.

—¿Lo quieres con ese teniente rubio mejor? —preguntó Alexéi en tono relajado—. Quizá debería darle algunos consejos. Cómo manejar a la francotiradora… Ha pasado algún tiempo, pero aún recuerdo las cosas que te hacían estremecerte y gemir.

La rabia me hizo marearme cuando avanzaba por el pasillo con sus duras luces parpadeantes. Al volver la esquina tuve que detenerme y apoyarme en la pared mientras el hombro me latía. Someter mi rabia no ayudaba; la herida seguía lanzando sus pulsaciones de dolor que sentía hasta los pies. En realidad, no había curado del todo. En tiempos de paz, me habrían tenido otra semana en cama, pero en tiempos de paz yo tampoco habría necesitado curarme. El segundo asalto alemán había sido rechazado a costa de 23.000 muertos, heridos o desaparecidos…, pero pronto habría otro. Y allí estaba yo, enfocando la cara de suficiencia de mi esposo con una mira telescópica imaginaria mientras él se reía diciendo: «¡Solo estoy

bromeando, Mila!». No habría fallado ese disparo. Mentalmente, apreté aquel gatillo hasta que el aturdimiento de la ira pasó. Y entonces me abrí camino hasta la superficie desde el centro médico subterráneo. Me protegía los ojos de la débil luz del invierno cuando vi un coche oficial salpicado de barro aparcado a la entrada. Lionia estaba apoyado en él, leyendo una novela manoseada de Gorki.

—He pensado en llevarte de vuelta a las líneas del 1.er Batallón —dijo al verme—. ¿Te gustaría cenar conmigo cuando lleguemos?

Expulsé la voz burlona de Alexéi de mi cabeza y simplemente respondí:

—Me gustaría.

Ni siquiera el comandante de una compañía cuenta con demasiadas comodidades para vivir en primera línea del frente. Lionia tenía un refugio privado que era como una pequeña celda con paredes y suelo de tierra y tres niveles de troncos como techo bajo el que tenía que encorvarse…, y cuando vi todo lo que había preparado, lo único que se me ocurrió decir fue un tranquilo:

—Oh.

—No es gran cosa —dijo con preocupación, deteniéndose en la entrada.

Había dado forma a una mesa con unos toscos tablones y la había cubierto con una cortina de lona a modo de mantel; la lámpara, que funcionaba con batería, mostraba la cena servida en platos de hojalata: el típico festín de frente que implicaba una semana de negociaciones e intercambios de favores. Pan negro y salami duro, una lata de estofado de carne, patatas poco cocidas en una sartén, vodka… En el centro había un proyectil de 45 mm que había convertido en una vasija llena de verdes hojas de enebro y ramitas de arce en la que resplandecían sus hojas de oro rojizo.

—Pensé que después podrías enviárselas a tu hijo. Sé que recoges hojas y flores para él.

Acerqué el rostro hacia las ramitas, inhalando el invierno y sintiendo de repente que me faltaba la respiración. «Te está cortejando», había dicho Lena.

Sí, eso parecía.

—¿Qué habrías hecho si no hubiera aceptado la invitación a cenar? —preguntéVlevantando el rostro.

—Habría invitado a Kostia —dijo Lionia—. He oído decir que tiene un buen polvo.

Me dio un ataque explosivo de risa que rompió la tensión y dejé que me acercara un taburete a la improvisada mesa.

—Me muero de hambre.

—Bien, porque estás oficialmente libre de servicio esta noche.

—Pero…

Aún no había visto a mi compañía ni a mi pelotón, ni había vuelto a mi refugio habitual.

—Puede esperar hasta mañana por la noche para ir a acechar a la tierra de nadie, camarada sargento mayor. —Lionia se anticipó a mis objeciones sirviendo el estofado de carne en mi plato—. Esta noche comerá y dormirá bien; son órdenes del comandante de su compañía. Y esto es lo último que voy a decir como comandante de su compañía esta noche.

—¿Y eso por qué? —Le hinqué el diente al festín.

—Cuando te pida matrimonio después de cenar —explicó Lionia—, prefiero que la oferta no vaya revestida de ningún sentido de obligación de un sargento hacia su teniente. ¿Vodka, mi elegida? —me ofreció, mientras yo me ahogaba con la boca llena de estofado.

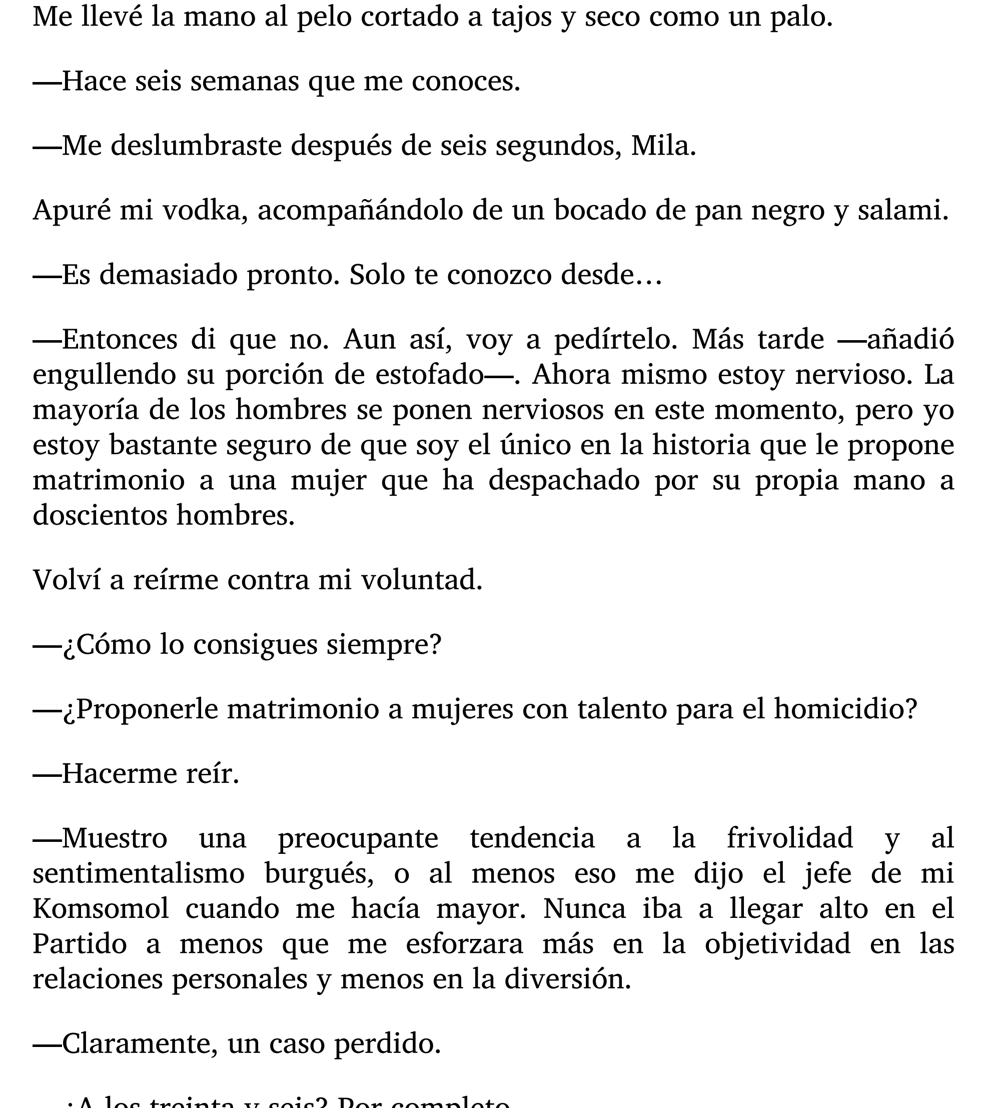
—No puedes estar hablando en serio. —Logré tragar el bocado, que tenía más de nervio que de carne. Una invitación a cenar y unas flores eran una cosa; sabía que esperaba seducirme para que acabáramos en su saco de dormir, pero…—. ¿Me estás proponiendo matrimonio?

—No —dijo sirviéndonos vodka a los dos—. Lo haré después, con el estómago lleno.

—Estás de broma —decidí.

Me miró desde el otro lado de la mesa a la luz de la lámpara.

—Me deslumbras —dijo.



Me llevé la mano al pelo cortado a tajos y seco como un palo.

—Hace seis semanas que me conoces.

—Me deslumbraste después de seis segundos, Mila.

Apuré mi vodka, acompañándolo de un bocado de pan negro y salami.

—Es demasiado pronto. Solo te conozco desde…

—Entonces di que no. Aun así, voy a pedírtelo. Más tarde —añadió engullendo su porción de estofado—. Ahora mismo estoy nervioso. La mayoría de los hombres se ponen nerviosos en este momento, pero yo estoy bastante seguro de que soy el único en la historia que le propone matrimonio a una mujer que ha despachado por su propia mano a doscientos hombres.

Volví a reírme contra mi voluntad.

—¿Cómo lo consigues siempre?

—¿Proponerle matrimonio a mujeres con talento para el homicidio?

—Hacerme reír.

—Muestro una preocupante tendencia a la frivolidad y al sentimentalismo burgués, o al menos eso me dijo el jefe de mi Komsomol cuando me hacía mayor. Nunca iba a llegar alto en el Partido a menos que me esforzara más en la objetividad en las relaciones personales y menos en la diversión.

—Claramente, un caso perdido.

—¿A los treinta y seis? Por completo.

Sonreí, relajándome contra mi voluntad, mientras el vodka se desplegaba en mi estómago. No recordaba la última vez que cenar había sido un placer, con conversación y recreo, en lugar de un simple ejercicio de repostaje de energías entre escenas de muerte.

—Dime una cosa, Lionia —dije, optando por un cambio de tema hacia algo menos que grave que las propuestas de matrimonio y las cifras de muertes—. Como oficial, ¿tienes idea de dónde podría conseguir acceso a una máquina de escribir aquí, en el frente?

—¿Una máquina de escribir? —Señaló el bouquet invernal sobre la mesa —. Ofrécele a una mujer una cena romántica y ella te pedirá una máquina

de escribir…

—Quiero volver a mecanografiar mi tesis. Está toda llena de sangre…

Un estruendo en lo alto casi me dejó sorda en ese momento. Era el aullido de los morteros… En condiciones normales, ya era insensible al sonido de la artillería alemana, pero dos semanas en el hospital lejos del fragor del frente me habían ablandado los oídos. Tal vez me ablandaran también la columna vertebral, porque con el aullido del mortero sobre nosotros salté de la silla como si hubiera recibido una descarga eléctrica buscando desesperadamente mi fusil, que no estaba allí.

—Mila…

La mesa se movió cuando me metí debajo tapándome los oídos con los brazos y con el corazón a punto de salírseme del pecho.

—Mila…

No sabía decir si venían más proyectiles, mis oídos dañados zumbaban y rugían. Yo temblaba con los ojos cerrados. ¿Tan pronto estaban empezando otra vez los putos alemanes? ¿Es que nada los detenía?

—Mila. —Envolviéndome, cálida, una voz que vibraba grave y dulce junto a mi oído. Él sonaba sereno, pero sus músculos estaban en tensión—. No es un ataque, los alemanes solo están ofreciéndonos un poco de música nocturna. Intentan tenernos asustados.

«No estoy asustada», intenté decir, pero las palabras se me atascaron en la garganta. Vaya una estupidez, en cualquier caso, porque era evidente que estaba asustada: estaba debajo de una mesa tapándome los oídos con los brazos. Y el comandante de mi compañía había tenido que meterse debajo de la mesa detrás de mí. Sentía sus brazos apretándome los hombros, estrechándome contra su pecho. Había sentido tal alivio en el hospital al darme cuenta de que no tenía que esconder mis miedos ante él… Sin embargo, ya había salido del hospital, se suponía que me había recuperado, y no debía seguir encogida de miedo y petrificada. Me inundó tal oleada de vergüenza que a punto estuve de hundirme en el suelo como un domovik, uno de esos espíritus del hogar a los que la gente hacía ofrendas en los tiempos prerrevolucionarios, antes de que la educación y la racionalidad derrotaran al miedo y la superstición. Solo que, por supuesto, tales cosas nunca se derrotan, diga el Partido lo que diga.

—Lo siento —murmuré, intentando apartarme y recobrar la

compostura, pero Lionia me apretó aún más fuerte contra su hombro.

—Créeme, yo soy el que tiene miedo de verdad aquí. Me he metido debajo de la mesa justo después que tú.

Estábamos acurrucados en el suelo ahora, y la cortina de lona que hacía las veces de mantel improvisado nos separaba del resto del mundo. Mi corazón seguía desbocado en su alarma fuera de lugar, me aparté las manos de los oídos y vi cómo mis dedos se hundían en la chaqueta de Lionia.

—Ellos… Ellos no están atacando.

—No es lo que parece.

Agucé el oído. Sonido de botas que pasaban fuera, alguna risa baja ocasional, el tintineo de las tazas de hojalata. Una compañía en su rutina de todas las noches, sin gritos, ni alarmas, ni estruendo de ametralladoras.

—No se lo cuentes —susurré en su chaqueta—. A la compañía, ni a los hombres, ni a los oficiales, no…

—¿Que no les cuente qué?

—Yo… Esto. Liudmila Pavlichenko hecha una bola temblorosa. La francotiradora lloriqueando bajo una mesa.

—Has matado a más de doscientos hombres mientras los mirabas a la cara al apretar el gatillo. —La mano de Lionia se movía por mi pelo—. Nadie te tiene por cobarde.

«Yo sí».

—¿Te sigo deslumbrando? —logré decir ásperamente.

Pude sentirlo sonreír contra mi sien, apretando los labios sobre mi oído.

—Por completo.

Nos soltamos y salimos de debajo de la mesa de tablones. Los platos de hojalata estaban a salvo, pero el proyectil vasija se había caído y el bouquet invernal estaba esparcido por el suelo de tierra.

—No pasa nada —dijo Lionia, pero yo me agaché a recoger las hojas de enebro y las ramitas de arce.

Aquellas hojas brillantes que parecían de fuego en mis manos aún temblorosas volvieron a la carcasa de aquel proyectil de 45 mm que en tiempos de paz yo ni siquiera habría sabido qué era. Un fragmento de belleza vagabundo aquí y allí, metido en algo producido en masa y violento, que normalmente acaba destruido y pisoteado. Aunque estarían muertas y marchitas al día siguiente, en ese momento las hojas resplandecían de vida.

Como nosotros.

Aún temblaba cuando me levanté y acerqué el rostro de Lionia al mío.

—¿Tienes algo? —pregunté, y lo besé. Sabía a vodka y a pino.

—¿Algo? —Ya estaba devolviéndome el beso, con las manos en mi pelo, mientras los dos nos movíamos torpemente pegados a la pared del refugio.

—Ya sabes. —Le abrí el cuello de la chaqueta y él abrió el mío mientras su boca descendía por mi mentón. Un botón cayó haciendo ruido sobre la mesa—. ¿Tienes…?

—No tengo un anillo —confesó—. Ya fue bastante difícil conseguir una hogaza de pan decente y una maldita lata de estofado.

—Por el amor de… —Lo empujé hasta la silla, me subí a su regazo y apoyé mi cabeza contra la suya para que nuestros ojos quedaran frente a frente: unos ojos oscuros ahogándose en azul, mientras yo llevaba una mano hasta la hebilla de su cinturón—. No pienso quedarme embarazada en el frente, Lionia. ¿Tienes algo?

—Oh —dijo—. Sí —añadió sacando un paquetito de alguna parte.

—Bien —dije, y nuestras bocas volvieron a unirse mientras primero mi chaqueta y luego la suya golpeaban el suelo.

Quizá no fuese una buena idea; no con el comandante de mi compañía; no después de haberlo tratado durante menos de dos meses. Pero ignoraba si estaríamos vivos o no una semana después. «Esto», pensé mientras me quitaba las botas, «voy a permitírmelo mientras aún esté viva para disfrutarlo».

—Nunca he tenido que desarmar a una mujer antes de llevármela a la cama —murmuró Lionia sobre mi clavícula mientras apartaba mi cuchillo de combate, mi pistola y mi cinturón con cartuchera de munición para devolverme a su regazo en la silla una vez que habían

desaparecido los pantalones.

Hacía demasiado frío para estar desnudos de esa manera y los dos temblábamos a pesar de la pequeña estufa del refugio mientras nuestros alientos formaba penachos en el aire entre nosotros que volvían a fundirse con cada beso. Tenía los hombros anchos, la espalda larga y el pelo suave mientras sus grandes manos sujetaban mis caderas y yo abría el paquetito.

—Ha pasado mucho tiempo —murmuré mientras nos fundíamos, pensando sin querer en el chico con el que un año antes había disfrutado de un alegre revolcón durante una visita a la Academia Lenin de Ciencias Agrarias de la Unión Soviética.

Había sido algo rápido y divertido, bastante superficial y nada serio para ninguno de los dos. Pero allí no había nada rápido ni superficial. Lionia me sonreía mirándome a los ojos todo el tiempo mientras deslizaba las palmas de sus manos por mi columna vertebral, mi garganta, mi nuca, y nuestros cuerpos se movían abrazados en silencio mientras el mundo prosaico de barro del regimiento seguía en marcha fuera con sus botas de clavos.

«Te quiero», pronunciaron sin sonido sus labios sobre los míos, y su mano en mi garganta debió de sentir la tartamudez de mi pulso en respuesta a aquellas palabras sencillas y aterradoras, porque sonrió y las dijo entonces en voz alta para que no hubiera confusión posible:

—Te quiero —dijo simple y crudamente mientras se movía dentro de mí y mis ojos rebosaban.

La aterradora unión de nuestros ojos no se rompió hasta el último momento, cuando me vio mordiéndome los labios con la misma ferocidad con que la oleada nos invadió a los dos. Colocó su enorme mano sobre mi boca y me dejó gritar dentro de ella mientras él sofocaba su grito en mi hombro.

Luego nos quedamos abrazados en silencio, todavía unidos en la silla.

—Cásate conmigo —susurró contra mi garganta—. Cásate conmigo, Mila.

—No puedo —murmuré, aún temblando en sus brazos.

Él me echó el pelo hacia atrás.

—¿Confías en mí?

—Sí, pero… —Había una conversación que debíamos tener, pero ¿tenía que ser en ese momento?—. ¿Tenemos que hablar del fututo, Lionia? ¿No podemos simplemente…?

«¿Tener esto? ¿Solo esto, por ahora…?». Porque hacía meses que no me sentía tan viva.

—Ya trabajaremos en la parte del matrimonio. —Me besó en la frente al tiempo que empezaba a separarse de mí—. Volveré a preguntártelo mañana. Mientras tanto, ¿quieres dormir?

—¿Dormir, como si estuviéramos de vacaciones? Estamos en un refugio. Las bombas podrían atravesar el techo en cualquier momento.

—Bueno, no dirás que eso no le añade emoción…

Capítulo 17

Mis memorias (la versión oficial): El teniente Kitsenko envió un formulario a nuestros superiores para formalizar nuestra relación de manera oficial. Requirió el sello y la firma del teniente Dromin y el comandante del regimiento, y, obtenido el beneplácito, quedó registrado en el cuartel general del Estado Mayor de la 25.ª División.

Mis memorias (la versión oficiosa): «Lionia, tenemos que hablar…».

—¿Sigues casada? —repitió mi nuevo amante por tercera vez.

—Solo técnicamente. —Inspiré hondo, intentando calmar la inquietud en mi estómago.

Estábamos sentados a la precaria mesa de su refugio, dos días después de nuestra primera noche juntos, y el tema que tanto había temido se derramó sobre la mesa como un pringoso aceite desagradable e invisible.

—El divorcio nunca llegó a concluir.

Lionia se rascó la barbilla.

—Pero los divorcios se obtienen con facilidad.

—Mi padre complicó las cosas —suspiré—. Puede ser algo chapado a la antigua… Y no aprobaba del todo que yo abandonara a Alexéi. Así que me dejó mudarme a su casa, pero me pidió que esperara y reflexionara sobre el divorcio, que me asegurara de que era la decisión adecuada. Yo lo dejé estar porque pensé que Alexéi estaría encantado de divorciarse de mí y sería una de esas separaciones legales de tarjeta postal sin aspavientos; pero no preví que tener una esposa ausente era justo lo que a él le convenía. Toda la libertad del mundo para ligar con jovencitas y luego decir apesadumbradamente un «No puedo casarme contigo, kroshka, ya tengo una soga marital al cuello». Y antes de darme cuenta Slavka ya tenía cuatro años y entraron en vigor las nuevas leyes. —Las nuevas leyes

exigían el pago de una multa de cincuenta rublos y la comparecencia de ambas partes para disolver el matrimonio.

Le expliqué que Alexéi no se había presentado a ninguna de las citas que había conseguido fijar.

—Así que lo fuisteis posponiendo —dijo Lionia—. ¿Desde cuándo son las cosas tan complicadas?

—Cuando haces malabares con un niño, un trabajo en una fábrica, una escuela nocturna y luego clases en la universidad y un trabajo de investigadora… Bueno, las cosas siempre son complicadas.

No hubo un solo día en que pudiera pensar «este es el momento justo para pagar un dinero que no me sobra con el propósito de pelearme con mi esposo, al que no podré llevar a una oficina que él fingirá no encontrar para que firme unos documentos que no tiene ninguna intención de firmar». Y tampoco había supuesto ninguna diferencia ni en mi vida cotidiana ni en la de Slavka que Alexéi y yo estuviéramos divorciados o solo separados.

Solo que ahora estaba sentada delante de un hombre que quería casarse conmigo… y yo sentía que quería decirle que sí. Escruté el rostro de Lionia en busca de señales de enfado, pero él se inclinó desde el otro lado de la mesa y me besó, sonriendo.

—Reconozco que esto altera un poco mis planes de boda.

—¿No estás enfadado?

—¿Enfadado? Lo que siento es alivio. Pensaba que quizá no querías casarte conmigo. Si el problema es solo un esposo que sobrevive, eso puedo manejarlo.

Levanté una ceja.

—¿Qué quieres decir? ¿Que vas a matarlo?

—No voy a matarlo —dijo Lionia alegremente, dirigiéndose a la estufa para calentar té—. Le costaría al Ejército Rojo un buen cirujano, aunque nos ahorrásemos papeleo. Por mucho que, siendo un cerdo que persigue colegialas, le estuviéramos haciendo al mundo un favor.

—Eso no tiene gracia —protesté, pero no pude evitar reírme, pese a todo.

Ya me había dado cuenta de que ese era el don de Lionia: sabía arrancar la risa como un rayo de sol perdido para iluminar incluso las habitaciones más oscuras. Él sonrió por encima de su hombro, y yo le devolví la sonrisa, apoyando la barbilla en mi mano.

—Pero lo que tiene menos aún es que iniciaras todo el papeleo del matrimonio en el frente para nada —dije disfrutando la vista de su ancha espalda bajo la guerrera del uniforme—. ¿Cuántas han sido, dieciséis páginas por triplicado?

—Estoy seguro de que habrá otras dieciséis páginas que puedo rellenar por triplicado para formalizar una unión no legal en el frente y que puedas alojarte aquí conmigo. Lo averiguaré.

Arrugué la nariz.

—No existe ningún formulario para oficializar a alguien que vive como tu novia de búnker.

—Milaya, estamos en la Unión Soviética. —Lionia me acercó una taza de hojalata con té caliente y azucarado como a mí me gustaba—. Tenemos formularios para todo.

—Por el amor de…

—No te preocupes. Nos ocuparemos de Alexéi de una manera o de otra…, después. Ahora tengo que volver al puesto de mando.

Lionia se inclinó y me besó en la comisura de la boca.

—Nos vemos por la mañana. Cárgate a un montón de nazis y regresa viva.

Volvió a besarme, tan fuerte que el té casi salió volando, y se fue silbando acto seguido.

—Dieciséis páginas por triplicado —murmuré, pero no podía dejar de sonreír.

Después de las bromas de Lionia, Alexéi y nuestro vínculo legal ya no parecían una montaña. Y aunque costara algunos meses más conseguir el divorcio, tenía a Lionia allí conmigo ya. Solo habían pasado unos días, pero me había hecho adicta a dormir junto a la sólida tibieza de su cuerpo, a aquellos brazos que me envolvían cuando llegaba helada y cubierta de nieve tras pasarme la noche entera encogida en una trinchera de francotirador, a la olla con agua ya puesta a calentar en

la estufa para que pudiera lavarme el rostro aterido y las manos doloridas.

—¿Puedo cargarme a esos desgraciados, camarada sargento mayor? —refunfuñaba el viejo Vartanov cuanto llegué para unirme a mi pelotón. Señalaba al puñado de nuevos reclutas a los que estaba enseñando a desmontar sus fusiles SVT-40—. Todos completos inútiles. Verdes como la lechuga.

Observé a los nuevos, buscando ese brillo del resentimiento en los ojos que augura problemas, pero todos parecían intimidados o temerosos ante mí.

—Recuerda que tú también estuviste un día verde como la lechuga.

—Cuando yo era tan joven e idiota, Rusia aún tenía un zar.

—Bueno, las cosas han mejorado desde entonces.

—¿Han mejorado? —preguntó Vartanov.

—¡Por supuesto que sí!

Se tiró de la barba desigual.

—No lo sé, camarada sargento mayor. Los hombres pequeños siguen ahí llevándose las balas mientras los grandes permanecen sentados cómodamente y a salvo. Eso no cambia, esté quien esté en el poder.

—Calla, Vartanov —lo interrumpí antes de que se dejara llevar por su patriotismo ucraniano y empezara a lanzar sus pullas antisoviéticas mal disimuladas—. Otra vez —ordené a los nuevos reclutas, e hice que el viejo guardabosques desmontara el Sveta mientras yo iba enumerando los pasos en voz alta—. Separen la caja de diez cartuchos… Quiten la cubierta de la culata… ¿Ven cómo libera el seguro y baja el arma con las miras hacia arriba? Luego empujen la cubierta hacia delante… con la mano izquierda, así… —Los fui guiando con paciencia—. Otra vez, ahora solos. Muy pronto serán capaces de hacerlo en la oscuridad.

—No tan pronto —murmuró Vartanov mientras volvían a repetir los pasos, titubeantes—. Dígale a ese comandante suyo que nos consiga mejores reclutas.

Esperé para ver si la alusión a Lionia iba acompañada de alguna mirada o guiño maliciosos, pero no lo hizo. Me había estado

preparando para chistes o bromas obscenas, temiendo el momento en que oyera las burlas de mi pelotón… Había protegido mi reputación durante tanto tiempo y había tenido tanto cuidado de no cruzar aquella línea…, pero, hasta el momento, mis hombres parecían tomárselo con calma.

Como si hubiera leído mi mente, Vartanov dijo entonces:

—Los muchachos sienten que ahora pueden descansar tranquilos sabiendo que tiene un oficial en su saco de dormir, Liudmila Mijaílovna.

—Eso no es asunto suyo, camarada cabo —dije con frialdad.

Pero no podía negar que había sentido alivio. Quizá todo podía manejarse sin escándalo, después de todo. Si acaso, ahora era objeto de menos miradas descaradas y flirteos que antes.

—Tener una mujer joven alrededor en una zona de guerra sin saber a quién pertenece, eso sí que perturba a los chicos. —Vartanov era sin duda el único hombre en mi pelotón que se atrevía a ser tan directo conmigo, pero la edad tiene sus privilegios, incluso en el frente—. Ahora que lo ha dejado claro, ellos pueden calmarse.

«Por el amor de Lenin, pensé. Hombres».

—Otra vez —ordené a los nuevos con sus Svetas.

Y de nuevo empezaron con sus torpes, torpes, torpes movimientos.

—Por cierto, Kostia ha vuelto —añadió Vartanov, desesperándose al ver que la cubierta de culata de un Sveta caía sobre la hierba.

—¿Kostia? —No había visto a mi compañero desde su última visita al hospital…

A la mañana siguiente, tras la primera noche que pasé en el refugio de Lionia, sonriente, flotando y con el inconfundible rubor de los besos, me había encontrado en el refugio donde yo solía dormir mi nuevo fusil pulido hasta adquirir el brillo de un diamante junto a una nota escrita con la pequeña letra cuadrada de Kostia. «Tuyo», decía simplemente. Luego Fiódor me contó que mi compañero había pedido un permiso postergado desde hacía mucho ahora que el asalto alemán al fin había ido aminorando y que se había marchado a Sebastopol como si una división Panzer completa lo persiguiera.

—Ha vuelto —repitió Vartanov rascándose la áspera barba blanca—. Yo no diría que esté de su mejor humor. No he visto nunca a un muchacho beber tanto, y mira que he visto beber a unos cuantos en mis tiempos.

—Dile que me busque cuando lo veas. —Yo sabía por qué mi compañero se había marchado, pero no había nada que decir al respecto, así que volví a dirigirme a los nuevos reclutas—: Otra vez.

Y empezaba a pensar en una incursión en tierra de nadie por la noche, quizá llevándome a Vartanov como centinela, cuando apareció un ordenanza con un mensaje: debía presentarme en el puesto de mando de inmediato.

Casi esperaba ver a Lionia allí, pero se trataba del comandante Matusievich y de un coronel fornido y con la cara roja que se presentó como el comandante de la 79.ª Brigada Naval de Fusileros. Saludé mientras el coronel me miraba con curiosidad.

—Dicen que es usted el mejor francotirador de la división, camarada sargento mayor Pavlichenko. Su fotografía está en el cuadro de honor.

Aquello era nuevo para mí.

Continuó:

—Ha aparecido un fusilero alemán de primera en nuestro sector defensivo. En los dos últimos días, han muerto cinco de los nuestros: tres soldados y dos oficiales, uno de ellos el comandante de nuestro 2.º Batallón. Todos de un único disparo en la cabeza.

Sentí que hasta el último nervio de mi cuerpo se tensaba.

—¿Su escondite?

Encogimiento de hombros.

—Nuestra hipótesis más sólida es que se oculta en alguna parte entre las ruinas del puente sobre el barranco del Kamyshly.

Sentí que sonreía con un tipo de sonrisa que Lionia nunca había visto. El tipo de sonrisa que no había visto nadie salvo, tal vez, Kostia, porque era la sonrisa que yo mostraba cuando la cuenta hacia la medianoche estaba en marcha y era el momento de disparar.

—Conozco ese puente.

Lo conocía porque lo tenía marcado como un paraíso del francotirador. El barranco en mitad de la tierra de nadie estaba cubierto de juncos y huertos descuidados de manzanos astillados entre dos pendientes que se alzaban desde el río que describía meandros en el centro. La escarpada ladera sur, cubierta de pinos, la controlaba nuestra división; la más suave del norte la controlaban unidades de la 50.ª División de Infantería Brandemburgo alemana…, y las dos altas paredes del barranco las atravesaba un puente de ferrocarril bombardeado.

Un par de arcadas sobrevivían a ambos lados de este para permitir el único paso del aire sofocante en la sección central, unos bloques de hormigón cubiertos por una telaraña de metal enmarañado y retorcido que contemplaban el barranco.

—Habrá encontrado un escondite en alguna de las arcadas que sobrevive y estará oculto entre los restos de metal. —Había un mapa sobre la mesa, señalé el lugar—. Seiscientos, ochocientes metros… Perfectamente posible para un buen disparo. Ha podido disparar a su antojo si está allí.

—¿Puede usted acabar con esto?

Levanté la vista, sin dejar de sonreír.

—Sí.

—Francotiradores alemanes —dijo Lionia en tono indiferente—. No me extraña que estén empezando a aparecer.

—¿Por qué? —Mi lucha era algo tan estrictamente centrado en una sola cosa, que apenas podía ver más allá de mis miras o, como mucho, de lo que se cocía directamente en mi compañía, en mi regimiento y en mi división. La guerra de Lionia, vista desde el puesto de mando de la compañía, tenía un ángulo más amplio.

—En el primer asalto a Sebastopol, los alemanes esperaban liquidar nuestras defensas. —Lionia apartó a un lado los restos de la cena que el ordenanza había traído de las cocinas de la cantina y desenrolló un mapa—. En su segundo asalto, comprendieron que no cederíamos y han tenido que reevaluar su situación. Tenemos aquí un fuerte inmejorable, y por eso traerán especialistas para minar la moral. En el puesto de mando hemos oído decir que enviarán francotiradores alemanes desde Polonia e incluso desde Francia.

—¿Quién crees que es? —La voz de Kostia sonó detrás de mí. Me di la vuelta y vi a mi compañero, apoyado contra la jamba de la puerta como una oscura sombra. Con los ojos negros algo hundidos, pero sereno—. Ese francotirador alemán.

—No me importa quién sea —dije encogiéndome de hombros.

Algún alsaciano de ojos de hielo que creció cazando jabalíes en la finca de su familia; algún fanático soldado del Reich de pelo rubio platino que recibió un curso especial acelerado para poder ocupar su lugar en ese puente en ruinas y acabar con nosotros. ¿Qué más daba?

—Es mío.

—No vas a ir sola —protestó Lionia.

—No. —Miré a mi compañero—. Kostia, ¿preferirías que se lo pidiera a Fiódor o a Vartanov?

Era una pregunta cautelosa, y yo necesitaba una respuesta franca. Si ahora se sentía incómodo conmigo, si no podía ser mi otra mitad en cuanto saliéramos de cacería, no me serviría ahí fuera. Si ese era el caso, necesitaba oír un no, y necesitaba oírlo ahora, antes de que los dos acabáramos muertos.

Kostia ocupaba el tercer lugar en la mesa junto a Lionia y a mí, mirando el mapa.

—Lo vigilaremos mañana. Hagámoslo a la vieja manera rusa…

—Astucia, tenacidad, paciencia —acabé la frase al unísono con mi compañero.

No podía detener la sonrisa que se desplegaba en mi rostro. Lionia le acercó un vaso de vodka desde el otro lado de la mesa con una media sonrisa. Kostia se lo bebió de un trago y volvió a inclinarse sobre el mapa, llamándome la atención sobre un punto situado en el extremo norte del puente. Los dos pusimos los codos en la mesa y las cabezas juntas para trazar nuestro plan mientras Lionia se echaba hacia atrás y observaba nuestro trabajo, contribuyendo de vez en cuando con alguna observación. Cuando faltaba una hora para que amaneciera y llegó el coche que nos llevaría a Kostia y a mí al puesto de mando de la 79.ª Brigada Naval de Fusileros, Lionia cargó en él nuestro equipamiento de bolsas y fusiles, me abotonó el abrigo y empezó a meterse con Kostia por no quitarse las orejeras hasta que este le dio un manotazo y los dos empezaron a boxear con amagos en el refugio.

—Dejadlo ya —reñí, dándole un cachete a cada uno, y Lionia paró y la diversión se desvaneció cuando agarró el hombro de Kostia.

—Tened cuidado ahí fuera —dijo mi amante—. Cuida de ella por mí.

—Siempre —respondió mi compañero, y hubo un momento de silencio que yo interrumpí con una tos.

—Sin despedidas largas —dije bruscamente—. ¡Que encogen el corazón en tiempos de guerra!

Y salimos en avalancha. Pero cuando el coche se alejaba con nosotros tuve la sensación más extraña de mi vida: la sensación, nueva para mí, de dejar atrás a alguien que me preocupaba para ir a atravesar la noche. La de ir a luchar mientras un hombre que me amaba me esperaba con las manos en los bolsillos, temiendo por mi vida y mostrándolo en el brillo de sus ojos al despedirse de mí. Y en ese mismo instante me olvidé por completo de Lionia, porque eso era lo que tenía que hacer.

Kostia y yo estuvimos observando el puente durante tres horas antes de que alguno de los dos dijera una sola palabra.

—Difícil —dijo al fin.

—Justo cuando me había acostumbrado a disparar entre los árboles —respondí, pensando en los senderos del bosque de Crimea por los que Vartanov me había enseñado a moverme como una sombra.

Pero esto era algo nuevo: los restos de las arcadas de un puente coronados por maderas calcinadas, traviesas astilladas y vías de ferrocarril retorcidas que se alzaban clavándose en el cielo cubierto de blanco. Mi compañero y yo estábamos tumbados sobre el estómago en la tierra nevada al otro lado del barranco con ropa de camuflaje por la cabeza y aguzábamos los ojos de halcón en nuestros prismáticos.

—Está allí —dijo Kostia.

—Pero no ahora.

—No, ha hecho su disparo y se ha ido hasta el anochecer. Pero ha estado disparando desde algún escondite allí arriba.

—Vago. —Hice que mis prismáticos rastrearan una maraña de

retorcidas vigas metálicas—. Lleva disparando dos días desde esa posición. El segundo día yo habría encontrado un nuevo escondite. —Un buen francotirador nunca adquiría hábitos. Los hábitos hacían que te mataran.

—A los alemanes les gustan las rutinas. —Los prismáticos de Kostia rastrearon el puente—. Le ha funcionado por dos veces y cree que lo hará una tercera.

—Creo que su escondite está allí. —Señalé.

—O allí. —Indicó Kostia hacia otro punto.

—De acuerdo. Está en alguno de los dos.

Retrocedimos avanzando con los codos hasta que estuvimos tras nuestra línea. Yo me senté, giré el cuello y arqueé la espalda para aliviar las molestias de una larga vigilancia. Kostia sacó nuestras raciones de la noche: un corrusco de pan de centeno con dos tiras de sonrosada panceta aderezados con sal y pimienta negra molida. Comimos sin dejar de mirar en dirección al puente.

—¿Trinchera? —dijo al fin, tragando el último bocado de pan.

—Trinchera —asentí—. Y ya sabes a quién más necesitamos.

Kostia me miró y sonrió, y en sus dientes apareció un súbito brillo blanco bajo la luna creciente.

—¿Iván?

—Iván.

El coronel de la 79.ª se mostró escéptico, pero accedió a proporcionarnos un equipo de zapadores. Ocultos entre la espesura helada de enebros y avellanos, los hombres cavaron una trinchera después del anochecer, durante las primeras horas de oscuridad en que los bombardeos del día cesaban, pero antes de que el francotirador alemán regresara a su escondite tras la medianoche.

—Es bastante profunda —se quejó uno de ellos palpándose las ampollas de las manos producto de las paletadas en la tierra helada.

—Ochenta centímetros de profundidad y diez metros de largo —dije agitando mis papeles—. He hecho los cálculos.

—Yo te enseñaré lo que puedes hacer con tus cálculos —murmuró el

hombre.

—Acabo de alcanzar las 226 muertes en mi cuenta de francotiradora —respondí—. Siga hablando si quiere ser el 227.

Una vez cavada la trinchera, Kostia y yo desplegamos una estructura de metal que cubrimos con una funda de lona, y dedicamos ocho horas enteras a camuflarla con ramas, matorrales y brazadas de nieve. Entonces pusimos en marcha un pequeño truco de francotirador al que hacía mucho habíamos apodado Iván.

—No es que tenga mucha personalidad —dije retrocediendo y examinando nuestro trabajo.

—No te metas con Iván —dijo Kostia—. Es mi hermano de armas.

—Hablando de hermanos de armas… —Levanté mi fusil, el mismo que mi compañero había adaptado a mis manos, mis ojos y mis hábitos mientras yo estaba en el hospital—. Aún no he tenido ocasión de darte las gracias por esto. Es perfecto, Kostia.

—Consigamos la 227 con él —dijo con una sonrisa de nuevo en la comisura de los labios, y nos metimos en nuestro escondite.

El mejor momento para un francotirador empieza una hora y media después de la medianoche. Es cuando suele ocupar su posición, y mi compañero y yo estábamos completamente ocultos en nuestra trinchera y esperando que el francotirador alemán se desplazara al puente en busca de su escondite. Pero la noche pasó y el alba se abrió camino a través de nuestros prismáticos hasta que al fin nos miramos el uno al otro.

—¿Regresamos? —preguntó Kostia, porque el alemán ya no iba a aparecer a la luz del día.

Visualicé el refugio de Lionia, la salamandra, la sartén de hojalata con patatas calientes y el estofado que me habría puesto delante mientras yo me quitaba el uniforme. El apósito que preparaba para la cicatriz que aún estaba curándose en mi espalda.

Moví la cabeza contemplando el barranco bajo el puente.

—Voy a quedarme hasta que lo tengamos.

—Yo seguiré vigilando hasta media mañana. Duerme tú.

Dudé si acurrucarme contra Kostia como solía hacer antes, pero mi uniforme de invierno —gruesa ropa interior, guerrera, camiseta y pantalones acolchados y guardapolvo de camuflaje blanco— no me aportaba mucho más calor que el que podía impedir que muriera congelada. Así que me acurruqué contra la espalda de Kostia y estuve durmiendo hasta que él me despertó y ocupó mi lugar, y así fuimos alternándonos durante todo el día hasta que el sol se puso de nuevo, la luna menguante apareció y ambos volvimos a nuestros prismáticos. «Vamos, cabeza cuadrada hijo de puta».

Otra noche larga y vacía. Otra mañana alternando sueño y vigilancia y orinando en una lata mientras el otro educadamente volvía la cabeza. Lionia estaría gastando el suelo de su refugio de pasearse por él, pensé, pero no podía abandonar mi vigilancia; aún no.

—¿Y si está muerto? —pregunté mientras otra medianoche discurría sobre el barranco—. ¿Y si los nuestros acabaron con el francotirador en algún lugar del bosque cuando se retiraba después de su última incursión?

Kostia me pasó una pizca de té seco y un terrón de azúcar envueltos en papel de aluminio. Masticar el azúcar y el té juntos ayudaba a mantenerse despierto durante una larga vigilancia, y sin verter un té en el estómago que después habría que mear en una lata.

—Quieres cazarlo desesperadamente —observó mi compañero—. Más que a los objetivos de costumbre.

—Sí. —Estuve pensando por qué durante alrededor de media hora.

Kostia y yo podíamos mantener conversaciones de cuatro frases que se prolongaban durante horas, no había necesidad de prisa alguna en el escondite de un francotirador.

—No es por ninguna de esas ideas ridículas sobre que lo que hacemos los francotiradores sea injusto —dije al fin—. Los alemanes nos han invadido y nos están exterminando; vamos a detenerlos como podamos. Ya tienen ventaja sobre nosotros en muchos aspectos. Así que no tengo tiempo para nadie que me diga que disparar contra ellos desde las sombras no es justo.

—Nadie dice eso —observó Kostia, y tenía razón.

Unas pocas semanas en el caos y la crueldad del frente bastaban para convertir al más ferviente amante del juego limpio en un soldado que haría lo que fuera por acabar con la esvástica. La idea de lo que

constituía un combate justo no era una cuestión que debiera plantearse durante una brutal invasión; eso era una discusión académica para tiempos de paz. Pero yo era una académica en el fondo, y en las largas noches vacías como aquellas las cuestiones teóricas seguían dando vueltas por mi mente.

—Francotirador contra francotirador… —Me detuve a pensar durante otra silenciosa media hora. Kostia esperaba masticando té—. Esto es lo más cercano a un combate justo, sea eso lo que sea, que vamos a ver en esta horrible guerra —terminé al fin.

—Somos dos contra uno —señaló Kostia.

—Estupendo, cárgate mi teoría. No era nada del otro mundo, en cualquier caso. —Y no me importaba.

Mientras observaba el puente en el que esperaba atrapar a mi enemigo, yo solo deseaba ganar aquel duelo.

La luna ascendía. Se nos terminó el té y se nos terminó el pan. El hambre arañaba mi estómago con garras de acero, pero yo me adormilaba contra mi voluntad con la barbilla caída mientras seguía agachada, con el hombro contra la pared de la trinchera. Y entonces Kostia me tocó en el hombro. Me desperté de golpe cuando señaló al puente.

Observa ahora. El duelo comienza.

La primera luz helada de un alba de enero empieza a invadir el puente lo bastante para ver la sombría silueta de un hombre abriéndose camino por la maraña de hierro de las vigas. Llega tarde, deprisa, pero, aun así, sabiendo ocultarse, desaparece casi tan rápidamente como apareció, demasiado rápido para dispararle.

Kostia y yo intercambiamos miradas. Me muestra un pulgar levantado; yo asiento. Mi compañero empieza a retroceder sobre su estómago hacia la línea del frente mientras yo observo el puente a través de mis miras. Al otro lado del barranco, el francotirador alemán estará acomodándose en su escondite fuera de la vista, instalando su fusil, encontrando hitos familiares para calcular los disparos de hoy. Solo que no hará ninguno. El mío le llegará desde abajo.

Transcurre media hora mientras el día fulge en completo silencio. No hay ruido de fuego de morteros esta mañana, pues los cañones de ambos bandos se están aclarando la garganta, y no hay cazas ni bombarderos en el cielo. La guerra ha desaparecido de la vista igual

que un cisne que hubiera plegado sus alas. Solo hay un barranco con un francotirador a cada lado. Me llevo dos dedos a los labios y lanzo el reclamo bajo y suave de pájaro que Vartanov me enseñó. Un momento después, oigo a Kostia responderme con su propio silbido. No quito los ojos del puente ni un momento, pero mi mente ve cada movimiento que hace mi compañero con la claridad del día. Está colocando a Iván en su posición: un maniquí que hemos fabricado con un torso de relleno y un palo y hemos vestido con un abrigo de invierno y un casco de capitán. Desde el otro lado del puente, parecerá un oficial soviético que ha abandonado su puesto momentáneamente y ha ido hasta el borde del barranco para estirar las piernas por la mañana.

«Un viejo truco», había dicho Kostia mientras embutíamos a Iván en un uniforme de sobra.

«Un buen truco», había respondido yo.

El disparo desde el extremo más alejado del puente suena amortiguado, como el tañido de una campana rota. Veo un fugaz resplandor en la maraña de vigas de hierro destrozadas y mis miras centran el objetivo. «Ahí estás», pienso mientras Kostia deja caer el cuerpo de relleno de Iván. «Ahí estás, nazi hijo de puta». El francotirador alemán está sentado sobre su talón izquierdo con el fusil apoyado sobre una rama doblada y casi completamente oculto por una viga metálica. A través de mis miras lo veo tirar del cerrojo de su fusil, guardar el cartucho utilizado y asomar la cabeza de su escondite para mirar.

«Medianoche», pienso.

Y disparo.

—¿Así que era un pez gordo?

—Mucho, Helmut Bommel, Cruz de Hierro, 121.er Regimiento de Infantería, 50.ª Divisón de Infantería Brandemburgo, oberfeldwebel. —Dejé escapar un gemido mientras las manos de Lionia masajeaban mis doloridos pies.

En cuanto me soltó después de sacarme del coche oficial y abrazarme hasta dejarme sin aliento, me llevó a su refugio, me dejó en camiseta, me envolvió en una manta y me colocó junto a la estufa encendida, agachándose él sobre un taburete para poner mis pies en su regazo.

—Deja de retorcerte, milaya, tienes los pies como bloques de hielo. ¿Cómo has podido averiguar su nombre y su rango? —dijo trabajando en los dedos que me hormigueaban.

—Su cartilla militar.

El cuerpo del francotirador había caído en picado desde el puente hasta el barranco como un meteorito; Kostia me había cubierto con su fusil mientras yo me deslizaba por la pendiente cubierta de arbustos en busca del cadáver e información de inteligencia utilizable.

—Decía que había luchado en Polonia, Bélgica y Francia y que había sido instructor de francotiradores en Berlín. Tenía en su cuenta 215 muertes —dije pensando en aquel rostro moteado por el frío y de mejillas rosadas del muerto que yacía entre los juncos blancos de escarcha.

—¿A qué viene ese gesto? —Las manos de Lionia masajeaban ahora mis pantorrillas, hinchadas y doloridas.

—No me gusta mirar sus rostros después —admití.

—Lady Muerte es humana, después de todo. —Lionia sonrió—. No te preocupes. No se lo diré al mandamás.

Resoplé.

—¿El coronel de la 79.ª? Dio por hecho que el disparo fue de Kostia. Miró por encima de mí y le preguntó cómo lo había hecho.

—Date la vuelta, deja que me ocupe de esos hombros…

Me di la vuelta gimiendo otra vez cuando los fuertes pulgares de Lionia empezaron a profundizar en círculo junto a mi cuello, evitando cuidadosamente la herida que aún no había acabado de cicatrizar.

—No habrás visto a un hombre pasar más vergüenza que ese coronel cuando Kostia señaló con el pulgar hacia mí. Se apresuró a preguntar: «¿Y cómo ese alemán tenía dos condecoraciones y usted ninguna, camarada sargento mayor Pavlichenko?». Y entonces le tocó pasar vergüenza a Dromin. ¡Ay!

—¿Dos días en un escondite de francotiradores masticando té seco a treinta grados bajo cero y te quejas por un masaje en el hombro? —Lionia depositó un beso entre mis omóplatos, dejando que su boca se quedara un largo momento allí—. Estaba aterrorizado por ti, milaya —dijo

tranquilamente—. Preferiría luchar contra cien alemanes con bayoneta antes que pasearme por el refugio preguntándome si algún maldito instructor de francotiradores con un ejemplar de Mein Kampf sobre su corazón va a convertirte en su número 216.

Sentí que mis hombros se tensaban.

—Lionia… No voy a dejarlo si eso es lo que…

—No, no te estoy pidiendo eso. —Me dio la vuelta para que quedáramos frente a frente. Yo ya conocía su rostro bien: sus pómulos anchos y altos, sus transparentes ojos azules; su media sonrisa. No había media sonrisa ahora—. Solo ten cuidado.

—No puedo tener cuidado —dije con honradez—. La cautela te hace fallar. O eres cauto, o eres bueno, y yo soy muy buena.

—Eres buena, pequeña asesina. —Me atrajo hacia su pecho frotándome los brazos, que aún me hormigueaban con el frío de dos días en aquella trinchera metido en los huesos—. El mundo está a punto de saberlo.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que los días de Dromin ocultando tus logros han acabado. Tú —Lionia me besó la punta de la nariz— estás a punto de ser famosa.

Capítulo 18

Mis memorias (la versión oficial): Recibí las felicitaciones del general Petrov por el duelo de francotiradores, quien me dijo que esperaba que no me durmiera en los laureles de mis victorias y que siguiera aplastando a los enemigos de nuestra patria socialista. También me informó de que una crónica del duelo se emitiría en la región defensiva de Sebastopol y de que vería mi fotografía en folletos militares. Yo estuve encantada de servir, en aras de inspirar a nuestros valerosos soldados de la Unión Soviética.

Mis memorias (la versión oficiosa): ¿Folletos militares? Por el amor de Lenin.

No sé por qué todo el mundo quiere ser famoso. Es una absoluta locura. Primero la visita del alto funcionario político, luego las hordas de periodistas, y cada visita más irritante que la anterior.

Desde el alegre fotógrafo del periódico militar de la costa Por la Patria: «Es usted muy fotogénica, camarada sargento mayor. Intente sonreír».

Al corresponsal del Faro de la Comunidad: «Los detalles del duelo serán muy útiles. ¿Está segura de que es así como sucedió? ¿No fue algo un poco más dramático? Intente parecer más simpática para la cámara…».

Al redactor que enviaron del Crimea Roja: «¿Qué tal una sonrisa para su compañero? ¡Estoy seguro de que le fue de gran ayuda en conseguir ese disparo exitoso!».

Al camarada Vladislav Mikosha, camarógrafo de cine: «Estoy buscando el ángulo adecuado para esta escena; es solo que no lo veo. Mire: suba a ese manzano y pose con su pistola. Gran sonrisa…».

—No —le solté, estallando al fin—. No voy a subirme a ningún manzano, y esto es un fusil, no una pistola.

Ni mi amante ni mi compañero fueron de ninguna ayuda. Lionia se reía tanto que casi no podía tenerse en pie; Kostia tenía que

sostenerlo, conteniendo la risa. Les dirigí a los dos una mirada traviesa mientras el camarógrafo trasteaba en su cámara.

—Escuche —dije, intentando explicárselo a un civil—. Yo no disparo desde los árboles en Sebastopol, así que cualquier fotografía mía de esa guisa resultaría engañosa. Y no puedo responder preguntas acerca de mi trabajo como francotiradora, sobre técnicas de camuflaje ni métodos de cacería. Cualquier cosa que apareciera en un periódico acabaría en manos del enemigo.

Él respondió con un gesto despreocupado.

—No necesitamos detalles técnicos, camarada sargento mayor. ¡Lo que necesitamos es emoción! Usted háblenos de los fríos ojos grises del fascista opresor mientras se escrutaban frente a frente a través de las miras…

—No nos escrutamos frente a frente a través de las miras. No funciona así.

—Cuénteme cómo se estremeció de odio hacia el invasor Helmut Bommel antes de dominar su rabia para apretar el gatillo…

—No siento rabia cuando aprieto el gatillo. Eso resultaría una distracción. Se va a la posición de disparo con el corazón sereno y la convicción de que se está haciendo lo correcto, y le aseguro que Helmut Bommel se sentía exactamente igual. —Lancé a Lionia una mirada que pedía auxilio, pero él se quedó allí plantado con sus anchas espaldas sacudiéndose de risa.

—Escuche, Liudmila Mijaílovna —dijo el camarógrafo al fin, con tono de desconcierto—. No me importa cómo se sienta usted cuando aprieta el gatillo. Lo que la gente necesita ahora mismo son héroes, y a usted la han escogido para representar el papel, así que haga el favor decir alguna cosa amable sobre cómo le inspiran el coraje de sus camaradas de armas y el liderazgo del Partido y súbase a ese maldito manzano con su fusil. Y sonría.

Me mordí la lengua. Todo aquel circo era absurdo, pero tenía razón en lo que decía sobre la necesidad de héroes. Yo no creía ser uno, pero quizá Slavka leyera las crónicas y estuviera orgulloso de su madre —a la que ya llevaba sin ver más de un año—. Así que me subí al maldito manzano, posé con mi fusil y enseñé los dientes en lo que se podría considerar, piadosamente, una sonrisa.

«Con eso, por lo menos, acabaría todo», pensé, ignorando las risas

sofocadas de Kostia y Lionia mientras yo intentaba averiguar qué significaban exactamente las palabras «ponga un brillo heroico en sus ojos». Todos se marcharon y me dejaron sola.

—Te equivocas, milaya —dijo Lionia cuando las historias se publicaron—. Me temo que esto es solo el principio.

—No han entendido nada —dije, casi al borde del llanto, paseándome de un lado a otro por el refugio mientras leía uno de los recortes de periódico—. Escucha esto: «Con la pálida luz del día, Liudmila vio a su enemigo tras la raíz de un árbol…». Lo recolocan todo en el bosque; al parecer, el puente no era lo bastante dramático… «De repente, ella encontró en las líneas de sus miras la visión de los ojos apagados del francotirador alemán, su pelo rubio platino, su mandíbula cuadrada…». ¡Ese no era su aspecto, y yo no le había dado ninguna descripción! «La vida se decidió en un instante, en cuestión de un segundo, lo había abatido de un solo disparo. Al hacerse con las notas del francotirador nazi, leyó que más de 400 franceses e ingleses habían perecido por su mano fascista». Eran 215, no…

—El Faro de la Comunidad eleva su cuenta a 600 vidas soviéticas solo —dijo Lionia, leyendo.

—¿Quién va a creerse eso? —Metí el recorte de periódico en la estufa—. Ningún francotirador alemán ha tenido oportunidad de cosechar tantas muertes del Ejército Rojo a estas alturas de la guerra. En la guerra de trincheras y en los largos asedios es donde los francotiradores entran en juego. Los alemanes solo llevaban medio año aquí, y han estado avanzando con tanques y ataques aéreos, no cavando con miras telescópicas. El combate posicional…

—Me encanta cuando empiezas a ponerte notas a pie de página a ti misma acerca del combate posicional. —Lionia apartó los recortes de periódico y me llevó a su regazo—. Puedes sacar a la francotiradora de la erudita, pero no a la erudita de la francotiradora.

—No son más que chorradas —protesté mientras tocaba su hombro con mi cabeza.

—Son propagandistas, milaya. Ese es su trabajo. Están decididos a convertirte en una heroína…

Imité el sonido de unas arcadas.

—Y, personalmente, me agrada bastante la idea de casarme con una heroína. Tú obtienes la gloria y yo la disfruto. Ya me han preguntado

cómo es vivir con la francotiradora…

Protesté, pero sentí que una sonrisa empezaba a apoderarse de mi rostro.

—¿Qué dijiste?

—Fui muy elogioso. Les dije que eras letal en el campo de batalla, pero un completo desastre en la cocina, ¿y qué más puede pedir un hombre de una esposa?

—No sabes si se me da bien cocinar o no…

—Estoy seguro de que tienes una caja de recetas en alguna parte, y que están todas estupendamente anotadas al pie. Con manchas de sangre —añadió Lionia, y mientras yo estallaba en una carcajada me cogió y me echó sobre uno de sus hombros—. ¿Cuándo nos casamos? —preguntó al tiempo de soltarme sobre su catre militar.

—Más adelante. —Tiré de él hasta que quedó encima de mí, cogiendo su cabeza con mis manos para darle un largo beso—. Ven aquí…

—¿Por qué más adelante? —preguntó más tarde, cuando aún no habíamos recuperado el aliento, empapados en sudor con nuestros cuerpos aún enlazados—. ¿Por qué no dejas zanjadas las cosas con Alexéi y te casas conmigo, Mila?

Mi mano seguía dentro de la maraña de su pelo, acariciando lentamente de arriba abajo las suaves hebras de la coronilla y las cortas y aterciopeladas del cuello.

—Te quiero, Lionia. Pero ¿estás seguro de yo soy lo que tú quieres? Es tan pronto…

—Hace un mes que te viniste aquí conmigo. ¿Un mes en el tiempo del frente? Eso es un año en tiempos de paz. —Me dirigió una mirada perspicaz—. Creo que te retrae la idea de enfrentarte a Alexéi por el divorcio.

Me retraía, y odiaba que lo hiciera. Yo sabía, estaba segura de eso, que Alexéi daría problemas en cuanto le dijera que quería el divorcio para casarme con alguien, y no parecía la mejor idea añadir ni un problema más a una vida que Lionia y yo ya estábamos viviendo en una zona de guerra.

—¿Cuál es la prisa? —pregunté, esquivando el asunto—. ¿Qué

ganamos casándonos que no tengamos ya? —Señalé el pequeño mundo del refugio: la estufa que calentaba nuestras noches, la mesa donde cenábamos, la cama en la que nos resguardábamos del frío.

—Si estuviéramos casados, obtendrías mi pensión en caso de que yo muriera —dijo Lionia—. Vamos, Lady Muerte, cásate conmigo por dinero.

—Quizá eres tú el que está intentando casarse conmigo por lo mismo —bromeé—. Mi cuantiosa pensión de sargento mayor, si caigo aquí en el frente.

—Me gustaría saber que te quedas protegida, después de todo esto. —La media sonrisa en la boca de Lionia—. Tras las guerras vienen épocas de miseria y de hambre. Tengo once años más que tú; probablemente me acuerdo con algo más de claridad de los tiempos de hambre que siguieron a la última guerra.

—No te preocupes por eso. —Recorrí el borde exterior de su ceja—. No pasaré hambre nunca. Mi padre conoce a gente. El tipo de gente que nunca muere de hambre, pero hace que lo hagan sus enemigos.

—Entonces, cásate conmigo para que tu padre no me acuse de robarte y decida tomar medidas. —Lionia se tumbó de espaldas, sonriendo, con un brazo aún alrededor de mi cintura—. Haz de mí un hombre decente antes de que me encuentren flotando en un río.

—Si alguna vez un hombre acaba flotando en un río en mi nombre, seré yo misma quien lo deje allí, ¡no mi padre! —Me refugié en el hombro de Lionia—. Aunque a él probablemente le gustaría que pidieras su aprobación.

—Haremos un trato. Yo le escribiré a tu padre si tú te enfrentas a Alexéi.

Respiré hondo. Sí, podía hacer eso. Me había enfrentado a cosas mucho peores que Alexéi en aquella guerra, así que arredrarse no tenía justificación.

—Querría escribirle a Slavka primero, para que vaya acostumbrándose a la idea. Ni siquiera te conoce, y él es parte de cualquier decisión que yo tome.

—Aunque aún no lo conozca, es tu hijo, y a él también lo querré. —Lionia movió una ceja—. Espero que no creas que me negaría a criar a un niño que no fuera mío.

Había conocido a hombres que pensaban así. Alexéi ni siquiera había querido criar al suyo. Pero, no, yo no creía que Lionia fuera de esa forma.

—Alexéi nos abandonó —dije despacio— y a Slavka le hizo daño crecer sabiendo que su padre no lo quería. Si meto a alguien en su vida y sale mal, sufrirá de nuevo. Así que debes estar seguro, Lionia. ¿Lo estás?

Entrelazó lentamente sus dedos con los míos, uno a uno.

—He estado seguro desde el momento en que te conocí, Mila. ¿Por qué?

—Porque estamos en guerra. La vida que llevamos no es la normalidad.

Solo nos veíamos unas horas durante la noche: Lionia llevaba horas durmiendo cuando a medianoche yo me colocaba las botas y me dirigía a la tierra de nadie; para cuando regresaba con mi fusil hacia el mediodía y me derrumbaba bostezando en la cama, él se había marchado mucho antes a cumplir con sus obligaciones de teniente. El único momento en que de verdad coincidíamos era después del anochecer, cuando él regresaba del puesto de mando y me despertaba con un «La cena ya está, milaya». Teníamos unas horas en la cama después de comer, pero cuando él se quedaba dormido por la noche yo tenía que meterme en mi uniforme y salir de nuevo de cacería con Kostia.

—Esto no es la vida real, pero estamos hablando de tener una vida real juntos —me obligué a decir aquello que más temía—. ¿Y si descubrimos que no encajamos en tiempos de normalidad? ¿Tenemos siquiera una idea de cómo son los tiempos de normalidad?

—Bueno, yo te lo diré —respondió con los dedos aún entrelazados con los míos—. Encontraré trabajó en Moscú: tengo mi título de electricista, y para los técnicos como yo siempre hay trabajo. Tú acabarás tu tesis, obtendrás tu doctorado y te convertirás en historiadora o bibliotecaria. Viviremos con el mismo horario, saldremos a trabajar y volveremos del trabajo a las mismas horas del día. Yo te pondré mermelada en el té todas las mañanas mientras tú envuelves nuestros almuerzos, y si trabajamos lo bastante cerca el uno del otro, nos encontraremos para comer. Y cuando Slavka vuelva del colegio, él y yo iremos jugar a hockey al parque Gorki. —Lionia sonrió —. La única diferencia real en nuestras vidas, Liudmila Mijaílovna, será que en lugar de preguntarte cuántos nazis has matado hoy podré

preguntarte cuántas notas a pie de página has añadido.

Me senté en la cama, echándome la manta sobre los hombros para ocultar mi temblor. No era un temblor de frío, sino de anhelo. Podía verlo, sentirlo, casi tocarlo: aquel apartamento compartido, el té con mermelada, los almuerzos y los juegos en el parque. Un dorado y glorioso mañana al otro lado de nuestro presente lúgubre y manchado de sangre.

«Si es que hay un mañana», susurraron mis pensamientos. Porque no había desaparecido aquel miedo que a veces se aferraba a mi garganta. La certidumbre de que la próxima bala me mataría…, que todo lo que Lionia decía acerca del futuro era en vano, porque el único futuro que me esperaba era un ataúd.

—Por cierto —Lionia me besó en un lado del cuello—, he llamado al sargento mayor para que te consiga un uniforme de gala en los almacenes del regimiento.

—Me paso los días vestida de arbusto —respondí—. ¿Para qué necesito un uniforme de gala?

—¿La primera vez? —condescendió a preguntar la camarada sargento mayor Onílova—. Supongo que yo estuve nerviosa la primera vez que hablé en público. Ya lo he hecho tantas veces que no lo recuerdo. —Se ajustó la Orden de la Bandera Roja; yo quise decirle que había estado presente cuando se la impusieron por su gesta de la ametralladora, pero estaba demasiado nerviosa.

Y, nerviosa o no, mis órdenes eran claras: «El 2 de febrero de 1942, la comandante de pelotón sargento mayor Pavlichenko, L. M. dejará el frente y asistirá a un congreso de mujeres activistas en defensa de Sebastopol, donde presentará una ponencia de quince minutos sobre las operaciones y actividades de los francotiradores».

—¿Una ponencia formal? —había respondido yo con escepticismo—. Disparo a gente desde lejos y hago lo posible por que no me vean, ¿y quieren que me ponga delante de una sala atestada bajo unos focos y que dé un discurso? Quiero decir que lo intentaré, pero…

—No digas tonterías, Mila, estarás brillante —dijo Lionia.

—Los mandamases no han pensado bien esto. ¿Qué pasa si me bloqueo de vergüenza? ¿Qué va a suponer eso para la moral de las

mujeres activistas por la defensa de Sebastopol?

—Los mandamases nunca piensan bien nada y tú no vas a bloquearte de vergüenza. Te ganas la vida poniendo balas en la cuenca del ojo de francotiradores con la Cruz de Hierro, no me digas que tienes miedo a hablar un poco en público.

—En absoluto —mentí.

Y allí estaba yo, en el coche del comandante del regimiento, con un uniforme de falda y medias por primera vez en ocho meses, repasando nerviosamente mis notas de la ponencia, que por momentos me parecían más estúpidas.

—Eres la francotiradora, ¿verdad? —continuó Onílova, mirándome con cierta curiosidad—. No me digas que traes notas. Cielos, yo hace siglos que no las necesito. No leas, que queda fatal. Y no te encorves en la tribuna.

Siguió hablando como su ametralladora durante todo el camino hasta las líneas del frente de Sebastopol, mientras yo me mordía el labio y las medias me incomodaban, pues se me caían y me picaban a la vez. Podría haber dado saltos de la alegría ante las vistas de la ciudad mientras el coche rodaba a través de ella, tanto tiempo llevaba sin ver casas, agujas ni nada que no fuera de color verde militar o estuviera hecho de metal y de lona, pero estaba demasiado nerviosa.

Me sumí en un gentío en la Casa del Maestro, donde el congreso se iba a celebrar, y de repente me hallé en una sala llena de mujeres. A la ametralladora Onílova se la llevó de inmediato una multitud de fans entusiastas, pero yo me quedé mirando. No había visto tantas mujeres juntas en un sitio en meses: vestidos azules y blusas rosadas, largas trenzas bamboleándose sobre caderas huesudas… y, como puntos de color caqui entre las ropas ligeras, la austera forma de las guerreras de las mujeres militares como yo. Linces de ojos astutos en una muchedumbre de amables gatos domésticos.

«O quizá no tan amables», pensé, al ver la ferocidad en los rostros de aquellas mujeres civiles mientras se sentaban. Seguían viviendo en medio de un asedio, después de todo —y sabían cuál sería el precio si la ciudad caía—. Tras algunas parrafadas oficiales de los mandamases, las mujeres empezaron a hablar, una tras otra, y de repente tenían toda mi atención. Algunas llevaban notas como yo; otras improvisaban sus historias. Una mujer con un pañuelo amarillo que a diario enseñaba a una clase llena de niños en un refugio. Una robusta

matriarca con mejillas de manzana que hacía turnos de doce horas inutilizando granadas de mano. Una mujer que había perdido el brazo izquierdo en un bombardeo y aun así se había quedado en la ciudad a trabajar —alcanzaba su cuota cada día, decía desafiante, porque ese era el papel que le tocaba en la lucha contra el enemigo—. Su manga izquierda vacía iba prendida a su vestido con un alfiler como si fuera un adorno y ella la lucía con el mismo orgullo que Onílova llevaba su Orden de la Bandera Roja. ¿Se suponía que yo debía seguirla con un escueto recuento de los nazis que había liquidado en los bosques de Crimea?

Cuando llegó el momento de levantarme y dirigirme a ellas, tenía lágrimas en los ojos. Arrugué mis notas en la mano y me oí decir:

—Lo que tenéis que saber en lo más profundo de vosotras es que no podéis fallar jamás. Nunca, ni en la guerra, ni en la vida civil, o ese error será vuestra ruina.

Y hablaba desde el corazón.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Lionia cuando regresé.

—Un horror —admití—. Titubeé. Me atasqué. Tosí y tartamudeé bastante. Pero me aplaudieron igualmente, y me dijeron que me cargara a un alemán en nombre de cada una de ellas, y yo prometí que lo haría. Así que algo debo de haber hecho bien. —Empecé a quitarme, agradecida, el uniforme de gala, deseando volver a mis pantalones acolchados y mi camuflaje.

—Tienes las mejores piernas de todo el frente —dijo Lionia admirativamente mientras me veía bajarme las medias con cuidado.

—Eso es una suposición sin fundamento. ¿Cómo puedes saber que tengo las mejores piernas del frente sin haber recabado rigurosamente más datos?

—No tengo intención de recabar más datos. Ni el menor interés en ver a Kostia o al viejo Vartanov con faldas. ¿De verdad vas a liquidar a uno por cada una de esas mujeres?

—Vendrán a buscarme si fallo. —Me puse los pantalones y me abroché el cinturón alrededor de las caderas—. Casi me piden que les traiga orejas como prueba.

—Las mujeres son criaturas sedientas de sangre. Los ingleses y estadounidenses son del todo idiotas si consideran a las mujeres

demasiado frágiles como para ir al frente. —Lionia me tendió mis botas—. Bueno, tu primer discurso público: todo un hito.

—¿El primero? —resoplé poniéndome mis gruesos calcetines—. Tras mi actuación de hoy nadie va a volver a ponerme delante de una multitud.

El destino, desde luego, debió de echarse a reír en ese punto.

Capítulo 19

Mis memorias (la versión oficial): 4 de marzo de 1942. El día en que…

Mis memorias (la versión oficiosa): …

¡Primavera! No recuerdo haber saludado nunca una estación con mayor alegría. La semana anterior nos había traído tormentas de nubes bajas, aguanieve y crujiente escarcha bajo los pies. Ahora la nieve se fundía, el sol brillaba y la temperatura subía por encima del cero. En las alturas de Crimea se podían vislumbrar la hierba amarilla, los nuevos brotes de enebro, los cipreses y los cedros que reverdecían con intensidad —podría empezar a recoger muestras de hojas y flores para Slavka de nuevo—. Observé el valle a través de mis prismáticos, casi sonriendo.

—La primavera significa que pronto habrá otro asalto —gruñó Vartanov a mi lado—. Llevan demasiado tiempo callados.

—Vamos a animarlos, entonces. —Tenía siete hombres de mi pelotón conmigo ahora, porque todo un grupo de francotiradores nazis se había ocultado en una cumbre que en nuestros mapas figuraba simplemente como Montaña Sin Nombre.

Habían establecido como blanco el tráfico de la carretera de tierra que pasaba por debajo; la mitad de las unidades de un cañón antitanque habían sido abatidas el día anterior, y la respuesta de fuego de artillería acababa de hacer que los francotiradores cambiaran de posición y siguieran hostigándonos.

—Llévese a sus hombres, Liudmila Mijaílovna —me ordenaron, y allí estábamos casi el pelotón al completo.

—Vigilen los arbustos —ordené.

La noche anterior, en el refugio de Lionia, Vartanov, Kostia y yo habíamos preparado seis arbustos como señuelo juntando ramas de

enebro. «Parecemos novias tejiendo guirnaldas», dijo Lionia mientras nos echaba una mano, «pero de caqui». Kostia respondió con un «Tú eres la novia más fea que he visto en mi vida, Kitsenko», y yo me metí entre los dos antes de que pudieran empezar a pelearse entre los arbustos, riñéndoles, «¡No empecéis!», mientras Lionia me besaba en el cuello y Kostia me lanzaba una fronda de enebro. Lionia me había dado un abrazo de despedida en los escalones del refugio a las tres de la mañana, pero ahora me devolvió el saludo con mayor formalidad cuando salimos. Siempre hacíamos lo mismo: desde el instante que poníamos un pie en el umbral del refugio, dejábamos de ser amantes. Éramos camaradas de regimiento que se despedían formalmente y se deseaban «buena cacería».

Pero ya la larga noche de preparación de las trampas había quedado atrás, y yo acechaba con mis prismáticos esperando el momento en que los francotiradores alemanes mordieran el señuelo: nuestros falsos arbustos, que resultarían trampas obvias a un enemigo que se conocía ya cada centímetro de la montaña y que dábamos por descontado que advertiría la aparición de seis nuevos arbustos en la ladera durante la noche. Y yo no podía evitar sonreír mientras amanecía, cuando los alemanes descubrieron el ostentoso nuevo arbusto colocado en la oscuridad de la noche y empezaron a abrir fuego contra nuestras ramas de enebro, tras las que pensaban que nos escondíamos.

—Allí —Kostia señalaba a uno de los francotiradores alemanes ocultos en sus escondites, al que había rastreado siguiendo el ángulo de sus disparos—, y allí, y allí…

Y cuando el fuego alemán cesó y los francotiradores nazis levantaron la cabeza para comprobar los daños, los saludó una lluvia de balas rusas.

—¡Arriba! —grité cuando todo quedó en silencio—. ¡Adelante!

Y ascendimos corriendo los últimos cien metros de la Montaña Sin Nombre hasta la cumbre y las trincheras enemigas.

No un simple complejo de parapetos de francotirador, sino una red de pasillos conectados y plataformas de ametralladoras, tres MG 34 con cinturones de munición cargados que habían estado empleándose carretera abajo… Vartanov lanzó una bengala roja que significaba que lo habíamos capturado; y una bengala verde que significaba «¡Bien hecho!» ardió en respuesta del lado soviético. La carretera pronto sería un hervidero de tropas nuestras, pero mi pelotón me miraba, hambriento y preparado.

—¿Esperamos aquí o limpiamos esto? —preguntó Kostia.

Había sin duda más alemanes allí que nos tenderían una emboscada a la menor oportunidad que les diéramos.

Sonreí a mi compañero.

—Lo limpiamos.

Como lobos metódicos fuimos destruyendo un refugio tras otro. Lanzábamos granadas de mano a través de las entradas, nos protegíamos de la explosión, y luego nos abríamos camino en el interior con disparos rápidos y los ojos atentos a la espalda del otro. Un cabo con una Walther me atacó con un grito agudo; saqué mi pistola, pero Kostia derribó al hombre con su cuchillo de combate finlandés. Un capitán alemán cayó después de arrancarle un lóbulo de la oreja a Fiódor con un disparo desesperado. Cuando al fin limpiamos el cuartel del Estado Mayor subterráneo, lanzamos gritos triunfales al ver una radio portátil con transceptor y baterías y una antena aérea que sobresalía del techo del refugio.

—El oficial de reconocimiento dará saltos de alegría. —Rio Vartanov, desconectando la radio para transportarla.

Una radio enemiga en funcionamiento era un gran botín, y allí teníamos auriculares, códigos y libros de registros. Empecé a dividirlos para que mis hombres se los llevaran mientras la sangre golpeaba en mi interior: «Sigue, sigue».

—¡Mila! —El grito de Kostia llegó de la zona oriental del refugio, y cuando fui corriendo hasta él vi al equipo de subametralladores alemanes, por lo menos veinte, que se abría camino con dificultad por un estrecho sendero a través de arbustos de avellanos.

Mi pelotón me rodeó, ocho culatas de fusil golpeando hombros, ocho cañones golpeando parapetos. Pronuncié en voz alta los cálculos que había reunido en medio segundo en mi cabeza, acabando con un «Ajusten el tiro hacia abajo, muchachos, no fallen», y disparé en primer lugar, desatando la tormenta de balas que cayó acto seguido.

—¿Cuántos abatieron? —dijo el joven capitán que nos relevó en nuestra posición unas horas más tarde.

—Treinta y cinco —respondí, y mi pelotón se congregó a mi alrededor entre ruidosos vítores.

Besé a cada uno de mis hombres en las dos mejillas como si fueran mis hermanos, demasiado ahogada por la emoción para hablar. El gigantón de Fiódor y mi silencioso Kostia, que ahora eran subsargentos, el viejo Vartanov y el resto de los hombres a los que yo había formado y que habían pasado de ser torpes reclutas inexpertos a tiradores fríos y capaces… No había uno solo que no pudiera moverse como una sombra entre arbustos y árboles ahora; ni uno solo que no pudiera permanecer inmóvil en la oscuridad y el frío durante seis horas seguidas si eso era lo que exigía el disparo.

—Que lancen los alemanes su tercer ataque —exclamé elevando la voz sobre el griterío de los hombres que me llevaban a hombros de vuelta con nuestra división—. ¡Denle a mi pelotón una posición ventajosa y munición suficiente y detendremos todo su avance oriental!

—Os condecorarán por esto —me dijo Lionia aquella noche—. A ti y a Kostia. Dromin está aullando como un gatito en un barril de lluvia, pero no puede impedir las condecoraciones que vienen de Petrov. Pronto habrá suficiente hojalata en tu guerrera como para formar una vajilla, milaya. ¿Cómo va tu cuenta ya?

—Doscientos cuarenta y dos. —Me puse de puntillas con mis botas militares para besarlo—. Estar enamorada es bueno para mi puntería. Te juro que no hay bala que no silbe en la trayectoria correcta cuando sé que vuelvo a casa contigo…

—Por el amor de Lenin, mujer, ¿acabas de decirme que me quieres mientras haces recuento de tus muertes? Un clásico de Mila Pavlichenko. —Me devolvió el beso, y a punto estuve de derretirme dentro de mis botas—. Te han concedido un permiso en Sebastopol. Yo también puedo coger uno. ¿Qué te parece una tarde en la ciudad?

—¿Un día de vacaciones? ¿Juntos? —Yo había perdido la mitad de mi último día de permiso en tratar de encontrar a Alexéi en el batallón médico, para al final dejarle una nota en la que decía que quería tratar la finalización de nuestro divorcio lo antes posible.

Aún no había recibido respuesta alguna, y sabía que no me quedaba más remedio que ir de nuevo a buscarlo, pero no iba a desperdiciar por culpa de Alexéi un día de permiso que podía pasar en Sebastopol con Lionia.

Me pareció lo más raro del mundo pasear con él por el zigzagueante paseo marítimo aquel fin de semana con una vieja falda por las rodillas con estampado de flores y volantes en lugar de mi abrigo;

Lionia, con un descosido suéter en lugar de sus charreteras. Ambos del brazo, como cualquier pareja normal que disfruta de un domingo por la tarde contemplando la ancha extensión del mar, y deteniéndonos de vez en cuando a besar la sal en los labios del otro. Me regaló un ramillete de jacintos tempranos que luego rescató cuando empecé a gesticular algo más vigorosamente de lo que debía ante el monumento a los Barcos Hundidos: «Erigido en honor del hundimiento de la flota del mar Negro durante la guerra de Crimea». Hice un trabajo sobre eso una vez. Uno de los pocos monumentos de época zarista que se alejaba de la ostentación en pro de la sencillez.

—Solo una columna de granito sobre una roca y el lamer de las olas alrededor. Ya sabes que fue proyectado por…

—No sé quién lo proyectó, y tengo la sensación de que no hay nada en el mundo que pueda impedir que tú me lo digas —dijo Lionia abrazándome por detrás y descansando su mentón sobre mi coronilla mientras yo hablaba señalando el monumento.

—La historia vive a nuestro alrededor —concluí felizmente después de que Mila la erudita abandonara su hibernación con una conferencia bastante bien resumida sobre las obras de Amandus Adamson y su influencia sobre el art nouveau ruso—. Puedes respirarla en cualquier esquina. ¿Podemos ir al museo de la calle Frunze? Una de las mujeres del congreso me contó que hay una exposición histórica. El primer asedio de 1854 durante la revolución…

—Vivir contigo va a suponer patearse muchos museos, ¿me equivoco? —se quejó Lionia.

—¡La fábrica se puede visitar! ¿Sabías que la asociación de operarios del torno tiene un especial…?

—Sí, sí, te llevaré al maldito museo…

Seguía pensando en el museo a la mañana siguiente, en el frente de nuevo. Aquella noche volvería a mis rutinas nocturnas de costumbre, pero por la mañana podía despertarme con el sol y pasear con sus rayos de primavera para ir a disfrutar de mi desayuno como cualquier soldado normal. Bostezando, repasando la exposición sobre el papel de Sebastopol en la revolución y preguntándome si habría paralelismos que pudiera establecer con el tema de mi tesis, me tomé mi taza de café templado y fui en busca de Lionia, que ya estaba sentado sobre un tronco caído ante su sartén de campamento, metiéndose con

Kostia.

—Mi padre no se transforma en lobo con la luz de la luna —estaba diciendo Kostia mientras cosía un trozo de malla deshilachada a su guardapolvo de camuflaje—. ¿Lo has visto solo una vez y ya estás convencido de que es un bodark?

—Juro que tenía incisivos que se alargaban cada vez que sonreía, igual que esa hermana tuya.

—Medio hermana.

—Y medio loba. Toda tu familia es salvaje, canalla siberiano…

Seguían metiéndose el uno con el otro cuando me senté en el tronco. Lionia acomodó un brazo distraído alrededor de mis hombros —«Los chicos blandos del sur como tú no duraríais ni un día en la taiga siberiana, Lionia». «Debería ordenarte que te quitaras las botas, Kostia. Apuesto a que encontraríamos garras en lugar de pies»— y yo robé un trozo de pan negro de la sartén de Lionia y esparcí las migajas para los gorriones de Sebastopol. Daban saltitos alrededor de mis botas, piando y picoteando, sin temor alguno. ¿Cómo era posible que aquellas criaturas tan pequeñas y frágiles no tuvieran ningún miedo?

—Ah, la música de cámara de las mañanas —dijo Lionia cuando empezó a oírse, desperdigado, el acostumbrado fuego de artillería de largo alcance alemán—. ¿El programa de hoy será Brahms o Wagner?

Escuchamos la explosión de los primeros morteros a lo lejos, en la retaguardia.

—Wagner —decidió Lionia cuando la segunda descarga pareció quedarse corta—. Definitivamente, estoy oyendo entrar los timbales.

Yo reía, Kostia reía, Lionia reía mientras me apretaba los hombros y me preguntaba:

—¿Cómo has dormido, milaya? No estás cansada, ¿verdad? —Entonces, una tercera descarga alemana explotó justo detrás de nosotros.

Los tres caímos al suelo, con los brazos alrededor de la cabeza. El brazo de Lionia me arrastró bajo él mientras las esquirlas y la metralla desgarraban el aire. Los oídos me zumbaban y yo tosía aplastada sobre la dura tierra bajo el pesado pecho de Lionia. Aparté las manos de mi cabeza y levanté la vista cuando el estruendo se desvaneció.

—¿Mila? —Kostia estaba haciendo lo mismo, mirando a su alrededor.

Tenía un corte de metralla en la frente del que le chorreaba la sangre, pero ya se estaba poniendo de pie. Lionia se apartó de mí con un gruñido y yo me liberé mientras los oídos seguían zumbándome.

—Casi me aplastas —empecé a decir, sonriendo, y entonces advertí la palidez en el rostro ancho y atractivo de Lionia.

Vi la roja humedad que le empapaba el hombro derecho y vi que algo le pasaba, algo terrible, horrendo, a su brazo derecho, que le colgaba por dentro de la manga. Y entonces mi caja torácica entera pareció derrumbarse al levantarme y ver la roja ruina de la espalda de mi amante. Heridas de esquirlas que habían penetrado a través de la guerrera y la camiseta hasta la carne mientras él me envolvía con su cuerpo para protegerme.

—Escucha la sección de metales —dijo, intentando sonreír, y entonces lentamente cayó al suelo de lado.

El batallón médico de nuevo. Ya lo conocía tan bien que era como mi casa. Solo que esta vez no era yo la que llevaban en un camilla al quirófano.

—Lionia, respira, solo respira. Estás en buenas manos ahora.

Mi mano no había abandonado su pálida y sudorosa frente en todo el camino de sacudidas y traqueteos hasta aquel infierno subterráneo de desinfectante y luces cegadoras; entonces lo apartaron de mí y sentí su pelo suave resbalar bajo las puntas de mis dedos como si fuera un fantasma. Estúpidamente, empecé a seguirlo, y Kostia me detuvo.

—Deja trabajar al cirujano.

Kostia me había ayudado a llevar a Lionia hasta el puesto de primeros auxilios sobre una manta, y ahora me apartó.

—Sangre —balbuceé, acordándome de cuando me hirieron a mí—. Necesitarán sangre para él; tenemos el mismo tipo. —Me rompí la manga y le ofrecí a la enfermera mi brazo para la aguja.

Me habría abierto las venas con los dientes y habría traspasado mi sangre al cuerpo de Lionia si me hubieran dejado. No se suponía que iban a herir a un teniente que se pasaba los días sin salir del puesto de

mando, y aquello ni siquiera había sido un asalto propiamente dicho; no era más que la música de cámara de la mañana. ¿Por qué estaba herido, entonces?

—Mila. —Kostia me cogió por los hombros con el rostro borroso y manchado de sangre seca por un lado, como si fuera una máscara de arlequín. También tenía una manga subida, la enfermera iba a extraernos medio litro de sangre a los dos para el quirófano—. Ahora nos toca esperar.

Y esperamos. Yo me paseaba por el pasillo subterráneo mientras Kostia permanecía sentado contra una pared con los codos sobre las rodillas levantadas, tan inmóvil como si estuviera en un puesto de vigilancia. Quizá hubiera otros esperando con nosotros, no lo sé. Yo solo me paseaba contando los minutos a medida que pasaban como cuentas de ámbar helado.

Entonces salieron dos cirujanos con los brazos enguantados de sangre hasta el codo.

—Valor, Liudmila Mijaílovna. —El hombre de más edad me apretó las manos con el rostro demacrado—. Ha habido que amputarle el brazo derecho. Le colgaba de un solo tendón.

El aire entraba y salía de mis pulmones, pero yo no podía respirar. Vagamente oí decir a Kostia:

—Puede vivir sin un brazo.

Habló entonces el otro cirujano, y con cierto vago asombro vi que era Alexéi:

—Lo peor son las sietes esquirlas en su espalda. He extraído tres, pero el resto…

No recuerdo qué ocurrió entonces. No lo recuerdo. Volví en mí en una habitación de alguna parte, sentada sobre un estrecho catre. Mi mano buscó mi pistolera automáticamente y la encontró vacía.

—¿Dónde está mi pistola? —pregunté a la enfermera.

—Le devolverán su arma después, cuando no esté usted tan…

—No. —Con un tirón, logré ponerme de pie—. Devolvédmela. Devolvédmela ahora mismo.

—Mila, para. —La voz de Kostia, los brazos de Kostia que impiden que me lance contra la enfermera.

—¿Crees que voy a pegarme un tiro? —grité—. No. No, eso no va a pasar. —Dejé de luchar, agarrando a mi compañero por el cuello de la guerrera y tirando de él hacia mí hasta que nuestras narices casi chocaron—. Dámela. Mi pistola.

Kostia me la consiguió. Y pude ver la duda terrible en sus ojos, la tensión que lo recorrió, pero yo me limité a devolverla a la pistolera con los dedos entumecidos. No sabía cómo tranquilizarme sin un arma a mano. Volví a levantar la vista con ojos acuosos.

—Ahora llévame con él.

Mi amor yacía vendado y quieto en un catre con las cortinas echadas. Estaba tan quieto. Me arrodillé a su lado y toqué la mano que le quedaba. «Lionia», intenté decir con voz clara y serena, pero no salió sonido alguno, solo mis labios se movieron en silencio. Tenía todo el torso envuelto en vendajes y su brazo derecho estaba reducido a un muñón tapado con gasas bajo el hombro. Tenía el rostro exhausto, vacío, sin señal alguna de las líneas sonrientes que arrugaban sus ojos ni de la vitalidad bienhumorada que caracterizaba su sonrisa.

Desenfundé mi pistola, sintiendo a Kostia tensarse de nuevo, pero me limité a cerrar la única mano de Lionia sobre ella y luego cubrirla con las mías. No era mi tres líneas, pero aun así se sabía la misma canción.

—Saldrás adelante —susurré con los ojos nublados—. Y luego me cargaré a cien nazis por el que lanzó aquel mortero.

Le apreté la mano, pero no hubo apretón de respuesta. Ni un parpadeo en su rostro ausente. Con un nudo en la garganta, dejé mi pistola en la mesilla y me eché en la cama junto a él, poniendo la cabeza sobre su hombro. Había descansado así tantas noches… No. No tantas. Solo llevábamos tres meses juntos. No demasiado tiempo. Seguro que íbamos a tener más. Él saldría adelante.

—Puede despertar —dijo la enfermera en tono concluyente—. Intente leerle, hablar con él.

Lo intenté. Lo intenté de todas las maneras posibles, pero el único sonido que pude obtener fue un sollozo ahogado. Yo me quedé tumbada temblando contra el hombro de Lionia. Kostia sentado al otro lado del catre con sus ojos como agujeros negros que ardieran en la nieve, y la misma impotencia en su rostro de piedra esculpida.

Éramos francotiradores, pertenecíamos al mundo del silencio y la oscuridad. Aquel lugar terrible de luces brillantes y voces ruidosas nos perturbaba a los dos.

Viendo que yo seguía sin poder hablar, Kostia buscó en su mochila y sacó su ejemplar de Guerra y paz manoseado y manchado de sangre. Su voz era ronca cuando empezó a leer, traduciendo la edición inglesa al ruso: «Vera —dijo a su hija mayor, que claramente no era su favorita—, ¿cómo puedes tener tan poco tacto? ¿No te das cuenta de que no te quieren aquí?».

Kostia siguió leyendo mientras la enfermera se marchaba y mis lágrimas comenzaban a resbalar. «No te quieren aquí», le dije a la muerte, que respiraba invisible e inexorable sobre mi hombro. «Se suponía que ibas a llevarme a mí. No a él».

A la muerte eso no le importó. Siguió sobre mi hombro, implacable, impertérrita, mientras las horas del día se iban deslizando hacia la noche y Kostia leía, leía, leía; mientras Lionia a veces se agitaba en medio del delirio y abría unos ojos ciegos y vacíos, y a veces se quedaba quieto como un sepulcro. Hubo un momento en que volvió la cabeza hacia mí —pensé que tal vez me sonreía—. Kostia paró entonces, tan ronco que casi había perdido la voz.

Cogí la mano de Lionia entre las mías y besé su mejilla, que parecía de papel.

—Vamos a casarnos —susurré—. ¿Te acuerdas?

No se movió, no sonrió, ni habló. La muerte seguía respirando sobre mi hombro.

—He conseguido el divorcio. Ya puedo casarme contigo. —Cualquier cosa por mantenerlo allí, por que se quedara conmigo—. Podemos casarnos ya. Me casaré contigo mañana.

Seguí repitiéndolo hasta mucho después de que él se hubiera ido.

La delegación soviética

Día 1

27 de agosto de 1942

Washington D.C.

Capítulo 20

El desayuno de bienvenida en la Casa Blanca casi había finalizado. Las tazas de té se vaciaban, las manchas de sirope de arce se estaban limpiando y el murmullo de las conversaciones en el pequeño comedor iba apagándose. El francotirador removía los posos de su café y trazaba sus planes silenciosos cuando alguien, al fin, tuvo el valor de preguntar a la joven francotiradora lo que todo el mundo había estado pensando desde el momento en que llegó.

—Señora Pavlichenko, la verdad es que ardo en deseos de satisfacer mi curiosidad… ¿Es verdad que es usted una… una francotiradora? ¿Que usted ha…? Bueno… —nadie quería emplear la palabra «matar»— acabado con 309 enemigos?

Toda la mesa quedó en silencio entonces, y todos los ojos estadounidenses buscaron a Liudmila Pavlichenko. Algunos con desaprobación, otros con escepticismo, y todos con curiosidad. El francotirador se arrellanó en su silla, cada vez más curioso por ver cómo respondía ella.

El rostro limpio y bonito de la joven rusa no mostró el menor indicio de incomodidad. Devolvió una sonrisa educada al otro lado de la mesa y respondió a través del intérprete:

—Sí, es del todo verdad.

«Y una mierda», pensó el francotirador. Conocía a mujeres que sabían disparar: rústicas amas de casa que llenaban la olla de sopa para sus familias con lo que pudieran, bellezas de la alta sociedad que disfrutaban de una práctica de tiro entre cotilleos antes del martini del aperitivo, jóvenes aficionadas a la caza que llenaban sus habitaciones de trofeos de competición gracias a su buena puntería. Pero no creía que una mujer pudiera haber disparado a 309 hombres —y si había sido capaz de hacerlo, debía estar esposada o dentro de una camisa de fuerza—. No existía una mujer capaz de disparar a 309 hombres y de tomar el té con la primera dama tan tranquila.

El murmullo que recorrió la mesa sonó escéptico; evidentemente, el

francotirador no era el único que albergaba dudas. Eleanor Roosevelt, sin embargo, parecía pensativa, sentada con la barbilla descansando sobre su mano.

—¿Puede ver sus rostros? —preguntó.

El intérprete, un joven oficial con charreteras de teniente, murmuró una traducción mientras la joven francotiradora respondía:

—¿A qué rostros se refiere, señora Roosevelt?

—A los rostros de los hombres a los que disparó. Si tenía una buena visión de los rostros de sus enemigos a través de sus miras, pero, aun así, disparó… Bueno… No será fácil que las mujeres estadounidenses le den su aprobación, querida Liudmila.

Durante un largo momento, la joven francotiradora miró fijamente a la primera dama. Lo bastante largo como para que la gente comenzara a moverse, incómoda, en sus asientos; lo bastante largo como para hacer que la sangre del francotirador hormigueara en sus venas. Tuvo la necesidad de buscar un arma en su chaqueta, aunque, por su supuesto, no había llevado ni una navaja de bolsillo a la Casa Blanca. Pero de repente, en aquel momento, deseaba tener un arma de fuego.

—Señora Roosevelt —empezó a decir Mila Pavlichenko, y, sobresaltado, el francotirador se dio cuenta de que estaba hablando en inglés. Tenía un acento marcado y era evidente que le costaba expresarse correctamente, pero cada palabra salió con lentitud, claridad… y rabia—, es un placer visitar su hermoso país. Es un país próspero y todos ustedes viven lejos de la guerra. Nadie destruye sus pueblos, sus ciudades, sus campos. Nadie asesina a sus compatriotas, a sus hermanas y madres, a sus padres y hermanos. Yo vengo de un lugar donde las bombas reducen las aldeas a cenizas, donde la sangre rusa tiñe las rodadas de los tanques alemanes y donde civiles inocentes mueren todos los días.

Se recompuso y exhaló el aire lentamente antes de pronunciar sus siguientes palabras. Nadie se movía, y menos que nadie el francotirador.

—Una bala certera disparada por un francotirador como yo, señora Roosevelt, no es más que una respuesta al enemigo. Mi esposo murió en Sebastopol ante mis ojos. Murió en mis brazos. Por lo que a mí respecta, cualquier soldado de Hitler que veo es el mismo que lo mató.

Un silencio helado se apoderó de la sala. Solo los ojos del

francotirador parecieron recorrer la mesa como si catalogara las reacciones. El jefe de la delegación soviética permaneció sentado agarrando el cuchillo de la mantequilla como si quisiera cortarle la cabeza y lanzarla por la ventana a los jardines de la Casa Blanca. Las elegantes mujeres de Washington con sus encajes y sus perlas parecían horrorizadas. La primera dama daba la impresión de estar…

¿Avergonzada?, se preguntó el francotirador. ¿Aquella zorra presidencial con cara de caballo parecía avergonzada?

—Le pido disculpas, querida Liudmila —dijo serenamente, soltando la servilleta—. No era mi intención ofenderla. Esta conversación es importante, y la continuaremos en otro lugar más adecuado. Pero, ahora, por desgracia, tengo que despedirme. Me reclaman mis obligaciones, y creo que un fotógrafo la está esperando a usted en la embajada.

Entonces se levantó de la mesa del desayuno, se despidió de algunas personas y se marchó antes de que la joven francotiradora hubiera podido intentar una respuesta.

—¿Qué has dicho? —le susurró el jefe de la delegación—. ¡Teníamos órdenes de no ofenderlos!

—Son ellos los que me han ofendido a mí —respondió Liudmila Pavlichenko con un furioso susurro casi inaudible en ruso.

El francotirador, observando la marcha de la primera dama como si no prestara atención, se esforzaba por oír cada palabra que se decía a dos asientos del suyo.

—He venido aquí a pedir ayuda para mis camaradas de armas, para mis amigos en el frente, hombres y mujeres que están muriendo a diario en sus refugios, ¿y la mujer del presidente se sienta ahí a preocuparse de si los votantes de su marido no me encuentran de su agrado?

—Liudmila Mijaílovna, obedecerás las directrices…

El intercambio de susurros en ruso se volvió demasiado rápido como para que el francotirador pudiera seguirlo, y la delegación soviética se estaba levantando ya para marcharse, en cualquier caso. Las sillas se retiraron, se intercambiaron cortesías en los dos idiomas, y un edecán se acercó.

—La señora Roosevelt ha dado instrucciones de que la lleve a hacer un

breve recorrido por la Casa Blanca antes de que se marche usted a la embajada…

El francotirador se perdió entre la muchedumbre de invitados que se despedían, volviéndose para dirigir una última mirada pensativa sobre su hombro a la joven francotiradora. El color ardía con intensidad y rabia en sus mejillas cuando se volvía para seguir al edecán, y tenía los ojos húmedos.

Por un instante, el francotirador se preguntó: «¿Y si de verdad es todo lo que dice ser?».

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

—Me puso en mi lugar —le digo a Franklin más tarde, arrepentida—. No se puede decir de otra manera.

—Me gustaría conocer a la rusa capaz de hacer eso. —Sonríe.

—No era mi intención despreciarla… Si acaso, era en las mujeres estadounidenses en quienes estaba pensando de forma menos favorable. Yo quiero que la visita de la delegación soviética sea un éxito, pero ni el ama de casa media de Virginia ni la matrona de alta sociedad de Washington se lo pondrán fácil a una mujer como la señora Pavlichenko —me censuro a mí misma mientras le paso una nueva estilográfica a mi esposo. No es propio de mí cometer semejante torpeza con una invitada; sin embargo, mi agobiante preocupación por Franklin me tiene esta mañana distraída—.

—Deja de preocuparte por las amas de casa estadounidenses. Ella ya estará lo bastante ocupada con la prensa estadounidense —me responde quitando el capuchón a la pluma con absoluta apariencia de vitalidad y vigor, y eso me alivia—. Veremos si también pone a los periodistas en su lugar en la rueda de prensa de esta noche. —Golpea la estilográfica contra la férula de su pierna y permanece pensativo mientras tomamos notas para la inminente gira por las bases militares occidentales.

Se pregunta si la joven francotiradora podrá ser útil en su cruzada por cambiar la opinión pública acerca de la ayuda a la Unión Soviética. Confía en que lo sea, no solo porque él quiere su segundo frente en Europa —y ha estado enfrentándose a quienes se oponen a ello en base a nuestros reveses en el Pacífico—, sino también por su peculiar simpatía hacia las mujeres útiles. Nos colecciona, y vaya si formamos una variada constelación femenina. La callada e incómoda esposa que tan eficazmente se ha convertido en sus ojos y oídos… La impasible secretaria Missy LeHand, capaz de organizar ese segundo frente con la misma eficacia con que lo organizaba todo en la Casa Blanca…, o su secretaria de Trabajo, Frances Perkins, la mano de hierro detrás de su New Deal que lidiaba con todos los hombres poderosos en las reuniones de gabinete…

Las mujeres de Franklin. Nos colecciona, nos admira, nos perfecciona, y luego no vacila en utilizarnos, en quemarnos en cuerpo y alma hasta consumirnos. Y si una parte de nosotras se alza en silenciosa protesta ante semejante trato —como a veces me sucede a mí, pues las cosas no siempre

son fáciles entre nosotros—, se acaba rindiendo sin decir palabra cada vez que vemos que él se quema igualmente, sin la menor compasión. Todas seríamos capaces de dar la vida por él, porque él se está matando por todos nosotros.

¿Son capaces de verlo sus enemigos, esos que lo acusan de traidor de clase, de filocomunista y de tirano? Los hombres que ahora le preocupan, tanto si lo reconoce como si no. ¿Comprenden que ese hombre con férulas en las piernas es el último baluarte que impide la caída de Occidente?

¿O es que, a pesar de todo, quieren derribarlo solo para asistir a ese derrumbamiento?

Cinco meses antes

Marzo de 1942

El frente de Sebastopol, URSS

MILA

Capítulo 21

Mis memorias (la versión oficial): Al funeral de mi esposo el teniente A. A. Kitsenko asistieron mi pelotón al completo y todos los oficiales del 54.º Regimiento que no estaban de guardia; los discursos fueron emotivos, y las salvas, sentidas.

Mis memorias (la versión oficiosa): Él no era legalmente mi esposo —perdí mi oportunidad de que lo fuera, fallé, y lo absurdo de su muerte ahora me carcomía—. Pero Lionia era mi esposo en todos los aspectos salvo el legal, y supe que así lo seguiría llamando hasta el último día de mi vida.

—Neurosis postraumática —dictaminó Alexéi Pavlichenko sin molestarse en examinarme—. Voy a darte dos semanas en el hospital.

—Eso es absurdo. —Intenté levantarme de la silla y él me obligó a volver a sentarme.

—Estuviste a punto de estrangular al comisario político en el funeral de Kitsenko.

Yo miraba impasible, sin hablar. El comisario me había reprochado tras las salvas sobre el féretro de Lionia que yo no hubiera disparado mi pistola con los demás, queriendo saber por qué. Yo lo había cogido por las solapas y le había respondido haciendo rechinar los dientes que «mi salva iría dirigida a los nazis». Era lo único que recordaba de todo lo que pasó.

—Fue necesaria la mitad de tu pelotón para apartarte de él —continuó Alexéi—. Exige una disculpa. Tu compañero lo convenció de que estabas bajo los efectos de una conmoción.

—¿Y por qué está examinándome un cirujano y no un neuropatólogo, entonces?

—No hace falta un especialista para identificar una neurosis postraumática. Además, le dije que yo era tu marido para que te

dejara a mi cargo. —Alexéi sonreía con facilidad, con un aspecto tan dorado y saludable como el sol—. Sé que querías finalizar nuestro divorcio, pero no llegamos a ocuparnos del asunto, ¿verdad? Y quizá no esté tan mal, después de todo. Estoy en situación de ayudarte aquí. Puedo hacer que ese comisario político se olvide de la disculpa. Si lo pides amablemente.

—Iría andando descalza hasta Vladivostok antes que pedirte nada.

Quise levantarme y hundir mis manos en su garganta, pero me temblaban demasiado. Las mantenía cogidas en mi regazo para que él no pidiera que se las mostrara y no tener que admitir que llevaban temblándome tres días.

—Dos semanas de descanso —continuó Alexéi, ignorando mi veneno—. Infusión de raíz de valeriana y solución de bromuro para calmar los nervios…

—¿Lo mataste tú? —pregunté.

Por primera vez desde que lo conocía, Alexéi pareció verdaderamente estupefacto.

—¿Cómo dices?

—¿Mataste tú a Lionia? —Las palabras salieron casi a tirones con cada respiración—. Lo tenías en tu mesa de operaciones. Sabías que quería casarse conmigo. Llega con siete esquirlas y solo puedes extraerle tres. —Me detuve, porque la rabia me hervía en la garganta. La sospecha me había atormentado desde que vi a Alexéi salir con los brazos enguantados de sangre del quirófano—. ¿Lo mataste tú, hijo de perra?

El rostro de Alexéi se cerró. Vi ira allí, pero también una inmensa y exhausta tristeza.

—¿Me crees capaz de hacer eso? ¿De asesinar a un hombre en mi mesa de operaciones?

Me negué a apartar la mirada.

—¿Lo hiciste?

—Escucha, podrás crees que fui un marido de mierda y podrás pensar que soy un padre de mierda…

—Eres un padre de mierda —susurré.

—Pero nunca podrás decir que soy un cirujano de mierda. Paso quince horas en ese quirófano todos los días. ¿Crees que me fijo en los nombres y en las caras? No me di cuenta de que era tu teniente adorado hasta que acabé. Salí a informarte yo mismo como cortesía…

—No voy a darte las gracias. No por hacer lo que te obliga a hacer tu juramento por un hombre herido. Si tú hiciste…

—No podría haberlo salvado ni aunque esas esquirlas lo hubieran atravesado en la mesa de operaciones delante de mí. Ni san Nicolás el Milagroso podría haber hecho magia con sus pulmones. —Alexéi se alejó de mi silla—. Tú cree lo que quieras, Mila.

Se marchó como si fuera el hombre más cansado del mundo. Yo me quedé allí. Un dolor sordo en mi cabeza. No sabía si creerlo o no. Apenas sabía lo que yo misma estaba diciendo, viendo o pensando; llevaba tres días y tres noches sin dormir. Cada vez que lo intentaba, me quedaba tumbada dolorida y exhausta en la cama del refugio de Lionia, que probablemente pronto tendría que desalojar para el nuevo comandante de la compañía.

—Tenemos una cama para usted, camarada sargento mayor. —Un camillero me ayudó a levantarme al hacerse evidente que yo no podía hacerlo por mí misma—. Las dos semanas de descanso en el hospital empiezan ya.

«No», pensé. «Quiero salir de cacería. Matar a los hombres que han matado a Lionia». Pero no estaba en condiciones, y esa era la terrible verdad. El día del funeral volví al refugio arrancándome el uniforme de gala para ponerme mi guardapolvo de camuflaje, coger mi tres líneas… y darme cuenta de que las manos me temblaban de tal forma que era incapaz de meter una sola bala en la recámara. No dejaban de caerse de mis dedos cada vez que lo intentaba. Parecía que mi fusil fuera un garrote y no mi letal compañero de medianoche con su canción inaudible. Si intentaba salir, fallaría cualquier disparo que hiciera. Haría que me mataran a mí o a mi pelotón.

«Sobreponte, Pavlichenko», intenté decir a mis manos temblorosas mientras el camillero me llevaba hasta mi cama, pero lo único en lo que pude pensar fue en que, de no haber postergado mi divorcio durante tanto tiempo, podría estar llamándome Kitsenko.

—Tendría que haberme casado contigo —susurré mientras me hundía en la cama.

Ahora era demasiado tarde. Demasiado tarde para casarme con él.

Demasiado tarde para vengarlo.

Demasiado tarde para todo.

En algún momento de las dos semanas siguientes, me di cuenta de que la mano que me ofrecía mi dosis diaria de valeriana no pertenecía a Lena ni a ninguna de las enfermeras. Era una mano de hombre recia y de piel olivácea con callosidades de francotirador.

—Hola, Kostia —dije, y la aspereza de mi nueva voz me sorprendió.

Él parecía más delgado, con los ojos hundidos, terrible. Bajé la vista hacia mi taza.

—Ojalá fuera vodka.

—Tengo vodka —dijo señalando su mochila.

Asentí lentamente.

—¿Podemos… emborracharnos?

Él miró alrededor.

—Aquí no.

Era media tarde, y casi todos los camilleros y enfermeras estaban asistiendo a los cirujanos mientras los heridos yacían tranquilos en sus camas.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Nueve días.

—¿Y el pelotón?

—Te necesitan de vuelta.

Levanté la mano. Aún temblaba. Todos los días me esforzaba, volvía a intentarlo, pero el temblor no desaparecía.

—Quiero estar ahí fuera —susurré—. Pero no puedo. Así no. Haré que os maten.

Kostia se levantó.

—Salgamos de aquí. He pedido un coche prestado.

—No sé conducir. —Alexéi sabía, y estaba muy orgulloso de ello. Pero yo nunca había tenido ninguna razón para aprender.

—Yo conduciré.

Kostia condujo a gran velocidad y con soltura, traqueteando hacia el cuarto sector defensivo. Supe a dónde íbamos incluso antes de estar a medio camino, y me mordí el interior de las mejillas furiosamente cuando aquel muro de caliza de Crimea con sus imponentes verjas de hierro se alzó ante nosotros: era el Cementerio Fraterno.

Entramos por la cara sur, aparcamos y empezamos a subir a pie hacia la antigua iglesia bombardeada en lo alto del cerro. La iglesia había sido consagrada a san Nicolás el Milagroso en tiempos zaristas, lo que me recordó las palabras furiosas de Alexéi. Ahora no era una iglesia, sino una ruina. Podría haber utilizado la renegrida y desmoronada cúpula como escondite de francotirador.

En el funeral de una semana antes no me había fijado en las viejas tumbas con sus lápidas de mármol blanco y negro, y mucho menos en las nuevas, distinguidas por poco más que estrellas de madera. Tomé una larga bocanada de aire para serenarme al ver la de Lionia. Se hallaba pintada con más cuidado que las otras, y la inscripción era más larga, con la fecha de nacimiento y muerte y el nombre completo escritos con una caligrafía cuadrada que reconocí.

—¿Te encargaste tú? —pregunté a Kostia sorteando el nudo en mi garganta. Él asintió, y yo recorrí las letras con la yema de un dedo—. Me gustaría que dijera algo sobre cómo hacía reír a todo el mundo. Incluso a mí.

—Fue el mejor amigo que he tenido nunca —dijo Kostia.

—Háblame de él. —Había un tocón de árbol junto a la tumba lo bastante grande para los dos. Me senté tirando de Kostia para que se sentara a mi lado—. Quiero… Quiero saber más de él.

Durante un largo rato pensé que Kostia no hablaría.

—Los muchachos pueden ser crueles —empezó a decir al fin—. Konstantin Andréivich Shevelyov. Todo el mundo sabía que mi padre no era Andréi Shevelyov. Mi madre se casó con él porque mi padre era un cazador del lago Baikal, y cuando yo iba a nacer, descubrió que él tenía allí una esposa y una familia de las que nunca le había hablado

cuando iba a Irkutsk a vender pieles. Pero todos los niños sabían que mi padre era el viejo loco Markov del lago, e incluso cuando estaba lejos, en la escuela en Donetsk, siempre había alguien que lo averiguaba y todos empezaban a decirme que mi madre era una puta y yo un bastardo. —Se detuvo a coger aire—. Salvo Lionia…

Mi compañero y yo estábamos sentados el uno junto al otro sobre el tocón, y a través de las palabras austeras y afiladas de Kostia vi a Lionia como mi compañero lo había visto por primera vez: un joven atleta dorado de anchos hombros y miembros flexibles que era todo palos de hockey y malas notas de exámenes, pero con una veta de bondad de la que la mayoría de los jóvenes atletas carecía por completo.

—Se le daba bien hacer amigos —concluyó Kostia tranquilamente—. A mí no. Pero no importaba, porque lo tenía a él.

Nos íbamos pasando alternativamente la botella de vodka de Kostia mientras hablaba. Di otro trago ahora contemplando la hilera de tumbas. La de Lionia seguía siendo un túmulo de tierra negra, pero pronto se volvería solo otro montón de tierra seca coronado por una solitaria estrella desvaída. No tenía flores, así que saqué un trozo de pan de una bolsa de lona de máscara antigás y lo desmenucé sobre la tierra para que los gorriones de Sebastopol fueran a volar en círculo y cantar allí. Para mi dorado esposo del frente.

Kostia vertió un chorro de vodka sobre la tumba.

—Descansa en paz, hermano.

Yo intenté responder, pero mi garganta se cerró y no dejó salir las palabras. Nos quedamos en silencio entonces, sentados en medio de la tarde cada vez más fría durante más de una hora, pasándonos el vodka de nuevo. Los gorriones vinieron a posarse, aletearon y alzaron el vuelo otra vez. Hacía un día muy hermoso.

—He oído que ahora eres sargento mayor —dije al fin.

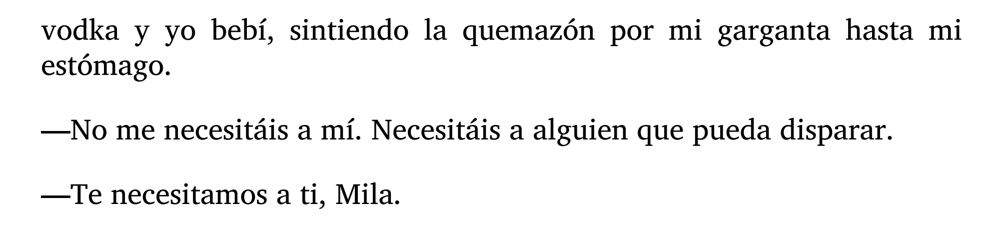
Kostia asintió.

—El pelotón es tuyo.

Él negó con la cabeza.

—Te necesitamos, Mila.

Levanté la mano. Aún temblorosa. Él me puso en ella la botella de



vodka y yo bebí, sintiendo la quemazón por mi garganta hasta mi estómago.

—No me necesitáis a mí. Necesitáis a alguien que pueda disparar.

—Te necesitamos a ti, Mila.

—Para. —Le di un repentino empujón furioso; él se cayó del tocón, pero acto seguido estaba de pie, con las manos abiertas y la mirada firme en sus ojos negros.

—Tú eres la mejor. —Su voz era implacable como el granito—. Los alemanes te temen. El pelotón cree en ti. Te necesitamos de vuelta.

—No puedo disparar —grité, poniéndome de pie bruscamente y volviendo a empujarlo.

Él no esquivó el empujón. Entonces le golpeé el esternón con el puño cerrado y encajó el golpe también.

—Lo único que quiero es matarlos, y no puedo disparar.

—Tienes que hacerlo —dijo—. Te necesitamos.

Di otro largo trago de la botella y la solté a sus pies.

—No es que tenga miedo. —Mi lengua pronunció las palabras con dificultad, y me di cuenta del poderoso efecto que había tenido el vodka sobre mi estómago vacío, que ahora me ardía.

—No he dicho que lo tengas. —Kostia dio un paso hacia mí.

Yo volví a lanzar mis puños contra su pecho; él tenía mi estatura, no necesitaba levantar el brazo.

—Mila…

Yo tenía los ojos acuosos. Me tambaleé al volver a levantar las manos, mirando hacia la tumba.

—Yo era la que tenía el trabajo peligroso. Se suponía que iba a ser yo.

—Pero no fue así —dijo mi compañero simplemente.

—Voy a hacer que os maten a todos —susurré.

—Entonces, moriremos como Lionia. —Vi las lágrimas en los ojos

negros de Kostia—. Moriremos como soldados.

—¿En una agonía, con esquirlas de hierro en los pulmones? —murmuré. Estaba muy borracha. ¿Por qué el vodka no calmaba el dolor?

—Moriremos con valentía. Como él. —Kostia extendió los brazos y me cogió los hombros, tanto para afianzarse a sí mismo como a mí. Podía beber como el siberiano que era, pero estaba borracho también—. ¿Y tú y yo, Mila? Moriremos disparando.

Me atrajo hacia su pecho al tiempo que los sollozos de ambos estallaban. Lloró en mi cuello y yo en el suyo, los dos abrazados, meciéndonos sobre la tumba de Lionia. No sé cuánto tiempo tardó en pasar aquella explosión de dolor, solo que acabamos de nuevo en el tocón del árbol, con los rostros apoyados el uno en el otro y salpicados de la sal de las lágrimas, el pecho aún jadeante, acabándonos el vodka y viendo atardecer. Cuando llegó la oscuridad permanecimos sentados en un silencio de francotiradores, con la inmovilidad de la muerte, que aún seguía sobre mi hombro, alentando negra y silenciosa.

Kostia me miró.

—¿Camarada sargento mayor? —dijo con formalidad.

Respiré hondo y levanté la mano. Llevaba una semana sin dormir; tenía los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos, un estómago lleno de vodka, un corazón lleno de odio y un alma llena de pena, pero mi mano estaba firme como una roca.

—Mañana por la noche —le dije a mi compañero. Y regresé.

Capítulo 22

Mis memorias (la versión oficial): Debido al gallardo espíritu del Ejército Rojo y al liderazgo de nuestros valientes oficiales, ninguno de nosotros creía que Sebastopol pudiera caer.

Mis memorias (la versión oficiosa): Recuerdo el momento exacto en que supe que Sebastopol estaba perdida.

Un marzo tranquilo, y un abril y un mayo saliendo a cazar todas las noches a la tierra de nadie y durmiendo como un tronco durante el día… Entonces llegó el salvaje ataque nazi para apoderarse de la península de Kerch a mediados de mayo. Los ataques aéreos masivos contra la principal base naval de la flota del mar Negro más tarde convirtieron la ciudad en un mar de fuego y humo, y por último llegó el gran ataque durante tanto tiempo esperado, durante tanto tiempo temido, en la primera semana de junio.

—Es un ataque psicológico —dijo Kostia mientras observábamos la masiva oleada de infantería alemana que avanzaba hacia la primera línea de nuestros defensores.

Sabía que estaba pensando en aquellos rumanos que habíamos visto avanzar en un columna napoleónica bajo los gritos del sacerdote intentando abrumarnos con la fuerza de su número.

Yo observaba con mis prismáticos al borde de la trinchera de francotirador en la que los dos yacíamos sobre nuestro vientre, vigilando el avance de ciempiés de los tanques, los fusileros alemanes con Mausers, las subametralladoras MP 40, todo ello medio oculto por las volutas de humo negro producido por el bombardeo de artillería del amanecer.

—Recién llegados —dije al fijarme en los cuerpos bien alimentados que había bajo aquellos uniformes nazis que aún no habían sufrido el desgaste del frío y la resistencia rusa—. Alemanes imperiales. Probablemente transferidos del Donetsk, del 17.º Ejército. —Solté los

prismáticos, me coloqué el fusil en el hombro, y vi a un oficial que marchaba junto a sus tropas, dirigiéndose justo hacia mi mira.

Disparé, el fusil retrocedió y él cayó abatido.

—Esta hornada no tendrá mejor suerte que las de los dos primeros asaltos del año pasado.

Eso creía yo. Aún era presa de las fauces de aquella furia agónica que se había apoderado de mí desde de la muerte de Lionia; me había pasado tres meses matando alemanes seis noches por semana y dedicando la séptima a tratar de escribir cartas a Slavka y a envolver flores secas en páginas arrancadas del final de mi tesis. El tercer ataque comenzó y yo me uní a mi pelotón para seguir disparando, y no se me ocurrió pensar que podíamos ser derrotados.

Pero todos los días el martillo golpeaba: ataques de mortero que duraban cinco horas, tanques y columnas de infantería que avanzaban por la carretera que llevaba a la estación de ferrocarril de los montes Mekenzi. Todos los días los nazis mordisqueaban nuestras defensas como las ratas que eran, avanzando centímetro a centímetro hacia la cara norte de la bahía principal. Llevábamos diez días, puede que once, de combates continuos, y yo me iba tambaleándome por una senda del barranco Martynov, preguntándome dónde podría conseguir una comida fría y una hora de sueño, cuando casi me choco con una fila de muchachos que avanzaban bajo las exhortaciones del monitor de la Joven Liga Comunista del regimiento.

—Camarada sargento mayor Pavlichenko —me saludó—. ¡Vamos, muchachos! ¡Aquí tenemos a nuestra joven francotiradora en persona, una verdadera heroína de nuestra patria! ¿Cuántos van ya, Liudmila Mijaílovna?

—No lo sé —dije, agotada—. ¿Trescientos? ¿A quién le importa?

—Los alemanes temen la sombra de su fusil —dijo el monitor a sus muchachos, que me observaban, exhaustos, con la mirada perdida y los rostros inexpresivos.

Parecían muy jóvenes. Seguramente alguno no tendría más de catorce años. Yo respondí al saludo y traté de sonreír, pero la animación del monitor se extinguió de repente. Se llevó una mano a la boca para ocultar el temblor, y lo llevé aparte.

—¿Hasta qué punto está mal su sector? —pregunté en voz baja.

—Los alemanes tienen todo el barranco Kamyshly —susurró—, la estación de ferrocarril, Verkhny Chorgun, Nizhny Chorgun, Kamary… Las batallas rodean todo el Cementerio Fraterno.

El estómago se me retorció. La tumba de Lionia… Ahora podría ser profanada por los alemanes, y su estrella roja convertida en astillas.

El monitor de la Joven Liga Comunista prosiguió en un tono monocorde.

—Esto es todo lo que queda de mis muchachos —dijo moviendo una mano hacia la fila oscilante de chicos de rostro gris—. Perdí dos tercios de mi liga completa en nueve días. Ya no nos va a llegar más munición. La comida y el agua, bueno…

«Van a derrotarnos», comprendí entonces, mirando a aquellos muchachos condenados al agotamiento letal que se movían bajo un sol abrasador. No parecían mucho mayores que mi Slavka, quien en su última carta me había dicho que había sacado un sobresaliente en dictado y un bien en cálculo mental, que me echaba de menos y que estaba haciendo un álbum con todas mis muestras de plantas, era el mejor en Biología de su tropa de Jóvenes Pioneros, mamochka…

Si mi Slavka estuviera allí, en Sebastopol, quizá estuviera cargando con un fusil, porque la ciudad estaba a punto de caer.

—¿Tiene una palabra de ánimo para mis chicos? —me rogó el monitor —. ¿Aunque solo sea una palabra?

Yo no tenía ánimos ni esperanza alguna. Pero miré a aquellos muchachos, obligándome a recordar sus caras, y les dije:

—Juro que lucharé por ustedes hasta dar la última gota de mi sangre.

—Y nosotros, nosotros también lo juramos, nosotros también. —Los juramentos se propagaron como una brisa cálida y moribunda entre el grano.

Nos saludamos y seguimos caminando, cada uno de camino a defender nuestra ciudad, que entraba en su agonía. Cuando regresé con mi pelotón y nos enfrentamos a la siguiente oleada de soldados nazis que avanzaban con sus filas presuntuosas y bien alimentadas, la oleada de odio que se apoderó de mí casi me cegó.

—No apuntéis a la primera línea —ordené a los hombres—. Apuntad a la segunda, a los vientres…, y no falléis.

Los fusiles comenzaron a escupir sus balas y los alemanes de las segundas filas empezaron a gritar, doblándose; la tercera fila tropezaba con ellos y la primera se volvía al oír los gritos; la columna perdía su unidad.

—Seguid así —grité sin dejar de llenar de acero un blando vientre alemán tras otro; yo, la mujer que se enorgullecía de sus muertes limpias, rápidas y misericordiosas, disparaba ahora para mutilar—. Romped su centro. Hacedlos sufrir. Frenadlos.

Tomarían Sebastopol, pero Mila Pavlichenko iba a hacerlos pagar por ello.

Llevaría casi un mes hacer caer la ciudad y requeriría 300.000 soldados alemanes, más de cuatrocientos tanques y más de novecientas aeronaves. Pero yo ya no estaba allí para verlo.

En lo que resultaría ser mi último día de combate en el frente del mar Negro, bajé exhausta de lo alto de una iglesia que había estado usando para abatir observadores alemanes. Eran como cuervos que se escondían en los árboles, en las cumbres de los montes, en las plantas superiores de los edificios; debería haber llevado a Kostia cubriéndome la espalda, pero habíamos intentado abarcar demasiado terreno como para ir en parejas, y entonces lo vi bajar a él de un edificio al otro lado de la calle, con el rostro manchado de mugre.

—Llevo nueve —dijo.

—Yo doce. —Y no es que sirviera de nada.

Disparábamos a doce observadores y doce más ocupaban su lugar para dirigir sus golpes contra la ciudad con muros de fuego; los aviones de la Luftwaffe ametrallaban ya a coches particulares y a peatones por las calles en ruinas de Sebastopol. La ciudad por la que había caminado del brazo con Lionia, admirando el monumento a los Barcos Hundidos y planeando nuestro futuro, se había convertido en un matadero.

—¿Y Fiódor?

—A una manzana, en el tejado de la panadería.

Echamos a andar a la par con los fusiles al codo. Ninguno se inmutaba ante el estruendo de la artillería que tronaba sobre nosotros, ni ante los gritos de los moribundos, ni ante el rugido de los edificios al derrumbarse que venían después. Aquello ya no era la música de cámara de las mañanas, era una sinfonía de muerte. Una sinfonía que

no acababa nunca.

Trepamos al tejado de la panadería en el que Fiódor Sedikh se había ocultado tras una chimenea para abatir más observadores, y Kostia me ayudó a subir por el agujero del tejado bombardeado mientras yo llamaba:

—¿Fiódor? —Pero el pesado gigantón de mi subsargento ya no podía responder; un bombardeo aéreo había alcanzado el tejado y derrumbado la chimenea, dejándolo atrapado en un amasijo de vigas destrozadas y ladrillos rotos.

La mitad inferior de su rostro había desaparecido, pero sus ojos imploraban. Kostia y yo fuimos hacia él, cada uno a un lado de aquel cuerpo enorme e irremediablemente roto, y Kostia tomó las manos de Fiódor y murmuró la pregunta que todos sabíamos hacer si llegaba un momento como ese. Fiódor asintió retorciéndose de dolor, sin apartar sus ojos de los míos, y yo asentí en respuesta.

—Héroe de la Unión Soviética Fiódor Sedikh —dije con voz ronca—, ha sido un honor…

Y disparé un solo tiro de gracia.

Kostia y yo estábamos demasiado desolados incluso para llorar cuando bajamos del tejado destruido. Solo nos aferramos el uno al otro durante unos segundos de bloqueo, y luego nos separamos y nos dirigimos al cuartel del Estado Mayor del regimiento. Solo quedaban cuatro hombres junto a nosotros en mi pelotón.

—Ve a comprobar que Vartanov y los demás están bien —le dije a Kostia mientras esperábamos nuevas órdenes del oficial de reconocimiento, y en ese momento el proyectil alcanzó el refugio.

No hubo tiempo para gritar y advertir a mi compañero.

No hubo tiempo para protegerme.

No hubo tiempo.

Sudor. Aceite. Aire viciado y cuerpos sucios a mi alrededor. Incluso con los ojos aún pegados supe que estaba hacinada en algún espacio claustrofóbicamente pequeño, un espacio que hacía resonar en mis huesos un rumor palpitante de motores diésel en marcha. El pánico se

apoderó de mí incluso antes de haber recuperado la conciencia por completo.

—Pensé que estabas muerta —dijo una voz inexpresiva en alguna parte junto a mí.

Abrí los párpados con esfuerzo. Un techo bajo no lejos de mí; un suelo lleno de colchones de corcho entre divisiones de metal, soldados hacinados en cualquier lugar donde pudieran sentarse, yacer o encogerse en posición fetal. La mayoría vendados, y todos como si contemplaran con los ojos vacíos algún lugar desconocido en la distancia. Solo que no había distancia que mirar, aquello era una habitación sin ventanas igual de abarrotada que el cañón de un fusil.

—¿Dónde estamos? —dije con voz ronca mientras miraba a mi alrededor para ver a un cabo delgado del 54.º Regimiento con el que había charlado de vez en cuando en la fila de la cantina—. Eres Misha, el camarada cabo Sternov, ¿verdad? De la Tercera Compañía. ¿Dónde…?

—Navegando en un submarino con rumbo a la bahía de Tsemés en Novorisíisk —respondió—. El L-4, que solía ser un minador, pero ahora es un transporte submarino. El capitán Poliakov hizo la inmersión al amanecer y usted lleva inconsciente desde que la embarcaron en una camilla.

No encontraba sentido a lo que estaba diciendo. ¿Submarino? Vagamente, recordaba haber oído el rumor de que varios submarinos se dirigían a la bahía de Sebastopol con munición, combustible y provisiones, pero nadie sabía nada más. Si habían logrado llegar y descargar, lógicamente partirían con todos los heridos que pudieran llevarse…

Kostia. Vartanov. Mi pelotón. Traté de incorporarme y una oleada de dolor atroz me taladró la cabeza. Sabía lo que era: conmoción cerebral, daño en el tímpano, neurosis de guerra. Oí un gemido que pareció salir de mí, y al acercar la mano encontré una hilera de pulcros puntos de sutura a lo largo del lóbulo de la oreja.

—Parece que una explosión la dejó inconsciente y una esquirla casi le arranca la oreja. —El cabo Sternov me miraba un tanto maliciosamente—. Me gustaría saber a quién tiene en el bolsillo en el batallón médico para conseguir entrar en la lista de evacuación por una herida de esquirla.

—Lena… ¿estaba allí? ¿Conoce a Lena Palii, la mejor enfermera de…?

—Muerta, según he oído. Fuego de mortero en la estación de primeros auxilios.

No, Lena no, Lena no.

—Mi pelotón. —Me humedecí los labios agrietados, intentando incorporarme, pese al dolor palpitante en el cráneo, el sargento Shevelyov, el cabo Vartanov…

Se encogió de hombros.

—¿Y la Segunda Compañía? —Los nombres de amigos y camaradas de armas fueron saliendo de mí como murciélagos atrapados.

—Probablemente, todos muertos. —De pronto el rostro de Sternov se torció estremecedoramente en un sollozo—. Mi compañía también fue aplastada. No sé si soy el único que…

Extendí la mano y le cogí la suya casi sin darme cuenta de lo que estaba haciendo.

—No puedo estar aquí —susurré.

¿Qué estoy haciendo aquí cuando mi compañero sigue allí, mis hombres siguen allí, la tumba de Lionia sigue allí? ¿Cómo pueden haberme subido a una camilla y haberme metido por arte de magia en un submarino para huir de mi ciudad derrotada como una rata de agua? Si hubiera estado consciente cuando llegó la orden de evacuación, habría luchado con todas mis fuerzas por quedarme. Me habría bajado de la camilla y me habría arrastrado de vuelta a Sebastopol sobre mis manos y mis rodillas ensangrentadas.

—Tengo que volver.

—¿Piensa que el submarino se dará la vuelta solo por usted? —gruñó Sternov lloroso—. Ni siquiera Lady Muerte tiene ese privilegio.

—¡No me llame así!

Se alejó taciturno, con lágrimas aún en los ojos. Yo me di la vuelta, de cara al vibrante muro de metal, y sentí que una esquina afilada se me clavaba. Estaba acostada sobre mi mochila; probablemente la única razón por la que no me la habían robado. Mi fusil no estaba, se lo habrían entregado a alguien que aún fuera capaz de defender Sebastopol. El hermoso tres líneas Mosin-Nagant que Kostia había hecho que dejara de ser un fusil estándar para convertirlo en un arma

de francotirador perfecta para mis manos…, pero mis dedos temblorosos encontraron todo lo demás. Los paquetes de cartas de mi familia, el dibujo de Slavka, mi manoseada tesis, la pipa de madera de peral que me había regalado Vartanov. Y algo más.

Resbaló de la mochila para ir a parar a mis manos: un ejemplar en inglés manchado de sangre y grasiento de Guerra y paz. El de Kostia. Lo había visto apoyar su fusil sobre él cuando no había tiempo de construir un parapeto; lo sacaba para leerlo durante las largas vigilancias; había cortado cuidadosamente tiras de las páginas en blanco del final para encendernos cigarrillos cuando nos quedábamos sin cerillas. Solíamos meternos con él diciéndole que lo quería más que a su babushka.

—Era de mi babushka —respondía él.

No sabía si lo había dejado conmigo a modo de despedida cuando me sacaron del campo de batalla por última vez o si había muerto allí y algún camillero benevolente lo había dejado entre mis cosas como recuerdo. No lo sabía, y tal vez no llegara a saberlo nunca. Mi compañero.

Me doblé de llanto agarrando el libro mientras el submarino se deslizaba por aguas extrañas hacia una seguridad que yo no quería y lejos de una muerte que habría sido bienvenida, para abandonar a todos los que amaba.

—Liudmila Mijaílovna, ¿es usted?

Me di la vuelta cuando me dirigía a la oficina del comandante de Novorisíisk. Al principio no reconocí al hombre de rostro serio y aspecto cansado con su buen abrigo y su acompañamiento de edecanes. Entonces me fijé en su rango y rápidamente saludé.

—A sus órdenes, camarada comandante general Petrov.

Habían pasado doce días desde que el submarino llegó a Novorisíisk y descargó a sus heridos en los pabellones del hospital, a mí entre ellos. Solo un día después de que me dieran el alta, me dijeron que fuera a la oficina del comandante a dar fe de mi recuperación —o, al menos, de haberme recuperado lo suficiente como para volver a sostener un fusil—. Y allí estaba Petrov en persona, abandonando su coche oficial y yendo hacia mí con una sonrisa. Recordaba haberme encontrado con él antes de la evacuación de Odesa, y sabía que había sido quien propuso mi nombre para mi primera condecoración tras el duelo del

puente, pero ya no habíamos vuelto a cruzar una sola palabra. Si había reconocido mi rostro demacrado y serio con su ciempiés de puntos de sutura desde el cuello hasta la oreja, tenía una buena memoria.

Habló sin rodeos ni formalidades:

—¿Lo ha oído?

—Sí, camarada comandante general. —El Pravda había publicado la noticia el día anterior: «Por orden del Mando Supremo del Ejército Rojo con fecha del 3 de julio, el ejército soviético había abandonado la ciudad…».

Yo llevaba veinticuatro horas llamando a todas las puertas posibles para suplicar información sobre los supervivientes de Sebastopol. No había supervivientes. El resto de mi pelotón…

—¿Quién más de la División Chapáyev logró sobrevivir con usted, Liudmila Mijaílovna? —El general Petrov había estado allí hasta el final, según me dijeron, y fue evacuado con el resto de los altos mandos justo antes de que la ciudad cayera.

Le di todos los hombres que pude de soldados evacuados en el submarino, los que había visto más tarde en los pabellones del hospital. Lo vi tomar nota de cada uno.

—Tengo un nombre para usted, camarada sargento mayor. Su esposo, el doctor Alexéi Pavlichenko, salió en el último transporte. Con rumbo a Krasnodar, me parece. —Sonrió—. Será condecorado por su servicio a los heridos. Un valeroso servidor del Ejército Rojo.

—Valeroso —repetí.

El sereno estoicismo de Kostia, la amarga resistencia de Vartanov, el humor de Lena bajo el fuego: ellos sí que habían demostrado valor. Pero no podía negar que las manos de cirujano de Alexéi probablemente habían salvado cientos, si es que no miles, de vidas, y el general evidentemente pensaba que me había dado buenas noticias. Así que respondí con un gesto de agradecimiento e hice la pregunta que tanto temía:

—¿Y el resto de mi división, los que quedaban en Sebastopol cuando fui evacuada a finales de junio?

—Ya no hay División Chapáyev —dijo Petrov intentando suavizar sus

palabras—. Lucharon hasta el final, quemaron los documentos del Estado Mayor, enterraron sus sellos y arrojaron sus estandartes al mar. Los alemanes no desfilarán con los colores de su división como trofeo en Berlín.

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas, logré impedir que rebosaran cuando asentí con firmeza. El general mostró una sonrisa que más bien pareció el rictus de una cabeza de muerto. Recordé haber oído el rumor de que había intentado dispararse antes que huir de Sebastopol, pero alguien de su consejo militar se lo había impedido. Uno de tantos rumores desatados en el ejército que corrían por todas partes, pero que de repentí creí. El general Petrov parecía desolado, un muerto andante.

—Dígame, camarada sargento mayor, ¿ha recibido usted nuevas órdenes?

—Aún no. —Tuve que secarme los ojos, para mi vergüenza—. Espero que me destinen de nuevo al frente como oficial.

El edecán de Petrov le señaló con la mirada hacia el coche que lo estaba esperando, pero el general se volvió hacia mí.

—¿Como oficial?

—Sí. Creo que me lo he ganado. —No debería haber sido tan directa, pero estaba demasiado exhausta como para evitar la franqueza con la que hablé—. He aprendido durante este último año a comandar tropas, camarada comandante general. A pensar en ellas en combate, a ser responsable de ellas. Y aún no estoy en paz con los nazis por la muerte de mis amigos. —Lena, Fiódor, Lionia. Oh, Lionia. Si era oficial en mi próximo destino, responsable de más órdenes, quizá podría salvar a un mayor número de mis hombres la próxima vez—. Los alemanes siguen avanzando. Las cosas que les he visto hacer a civiles en Odesa y Sebastopol… La tierra debería arder bajo sus pies.

El general me examinó por un momento.

—Dentro de tres días dejaré Novorisíisk para ir a Moscú. Me acompañará usted para recibir su nuevo destino.

Capítulo 23

Mis memorias (la versión oficial): Moscú era la perfecta encarnación de la imaginación soviética encapsulada en piedra y en acero.

Mis memorias (la versión oficiosa): Moscú era enorme, austera e infernal. Pero mi madre abrió los ojos como platos cuando la tuvo delante… y cuando me tuvo a mí.

—¡Mírate: una heroína de guerra, una teniente, y una moscovita!

Mi madre estaba más delgada que nunca por los racionamientos de la guerra, pero su larga trenza y sus ojos brillantes eran los de siempre mientras la llevaba a mi alojamiento en una pensión de la calle Stromyn. Había estado viviendo allí desde que llegué a Moscú; más de un mes ya.

—Tendrías que haber visto a tu padre cuando se enteró de lo de tu Orden de Lenin. Se fue a trabajar henchido de orgullo como un gallo.

Sentí ganas de llorar. Habría querido que mi padre hubiera venido a Moscú también, pero solo había un salvoconducto y él no habría podido cogerse tanto tiempo de permiso en el trabajo para hacer un viaje de más de mil kilómetros solo con el propósito de una visita. Tampoco un niño podía hacer aquel viaje, y tuve que respirar hondo como si me acuchillaran para preguntar:

—¿Qué ha dicho Slavka?

—No puede estar más orgulloso. —Mi madre metió su maleta de mimbre bajo la mesa—. Y, antes de que preguntes, él piensa que he ido a visitar a una prima.

—Bien —balbuceé.

Si sabía que había vuelto del frente rogaría que lo dejaran visitarme y yo no podía hacerle eso. Había oído decir a otros soldados que resultaba devastador visitar a tus hijos si solo podías estar un corto

periodo con ellos y que ellos se derrumbaban por completo cuando era hora de marcharse otra vez.

—Oh, malyshka, no llores. Es lo correcto. —Mi madre me dio el abrazo que anhelaba, refugiándome entre sus brazos como si fuera una niña.

Yo me incliné en el abrazo y sentí el momento en que ella inhaló rápidamente el olor a vodka de la noche anterior, que no había sido capaz de eliminar.

Esa era la otra razón para pedirle que dejara a Slavka en casa: no quería que viera que su sonriente mamochka, la mujer que revisaba sus deberes y le contaba las historias de Lady Medianoche haciendo recados para Baba Yagá, se había convertido en una mujer con duras botas relucientes y despiadadas estrellas de metal, y en una mujer que no sonreía. Una mujer que solo lograba dormir de noche gracias al vodka.

Pero mi madre no mencionó el vodka.

—Qué lujo —dijo, en lugar de eso, admirando mi habitación—. ¡Dieciséis metros cuadrados solo para ti! ¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—No lo sé. Me pondrán a cargo de un pelotón de francotiradores en la 32.ª División de Paracaidistas, pero aún no tengo órdenes de ir al frente.

Había tenido que contener mi frustración desde que llegué a Moscú; ahora se liberó mientras yo empezaba a servir unas rebanadas de pan negro y unos pepinillos.

—Mamá, estoy aquí atrapada haciendo instrucción en el centro de adiestramiento local. Cuando no estoy delante de una pizarra, el secretariado del comité central de la Joven Liga Comunista para toda la Unión Soviética me quiere dando discursos.

—¿Y por qué no iban a querer eso? —Mamá sonrió—. Eres una heroína, ¿no?

—No soy una oradora. Eso fue lo que respondí al secretariado, pero rechazaron mis objeciones. «La gente necesita saber sobre esta guerra. ¡Solo póngale una nota optimista!».

Optimista. Como si hubiera una forma optimista de contar la historia de haber perdido a mi pelotón al completo…, pues de ninguno de

ellos había tenido noticia alguna por mucho que llamara a todas las puertas en busca de información: «Konstantin habla inglés muy bien, y quizá vino a Sebastopol y lo pusieron a trabajar como intérprete en alguna embajada. Anastas Vartanov, ¿hay alguna noticia del viejo guardabosques de Crimea?».

Nada.

—¡Yo creo que estás haciendo más que dar discursos y clases de balística! —Mi madre sonrió, y por un horrible instante pensé que iba a preguntar si había un hombre en mi vida.

«No, no hay ningún hombre», casi estuve a punto de gritar. «Me voy a dormir todas las noches llorando a Lionia y creo que nunca dejaré de hacerlo». Pero contuve mis palabras de rabia antes de que pudieran salir. Mi madre no sabía nada sobre Lionia; lo habían matado antes de escribirle a mi familia sobre él, pues quería esperar a que el divorcio de Alexéi fuera definitivo para hablar a mis padres de su nuevo yerno, y después de su muerte no tuve valor para escribir su nombre sobre el papel. Mi madre no sabía que yo estaba de duelo, y, en todo caso, no parecía estar pensando en romances, pues de pronto preguntó:

—¿Y el panfleto de Lavreniov?

—Oh —dije—. Eso.

Aquel maldito panfleto, encargado por el comité central de propaganda política del Ejército Rojo para formar parte de la muy leída colección Biblioteca del Frente: las hazañas de guerra de la francotiradora Liudmila Pavlichenko, narradas por el famoso novelista Borís Lavreniov.

—¿Cómo es? —quería saber mi madre.

Yo estaba intentando servirle unos aperitivos, pero ella me obligó a sentarme en una silla e insistió en cortar las rodajas de salami ella misma.

—Siempre me ha encantado El cuarenta y uno, ¡es tan romántico! ¿Te entrevistó él mismo?

Ja. El gran hombre me había mirado de arriba abajo a través de sus gafas metálicas, me había interrumpido en la primera frase y me había explicado su Visión sobre cómo presentar mi vida a las masas. (Porque él tenía una Visión. Noté la letra mayúscula).

—Es usted igual que mi Mariutka —dijo amablemente—. Mi heroína de El cuarenta y uno, que, por supuesto, conocerá. Solo necesito algunos detalles sobre usted y habré acabado el panfleto en una semana.

Reconozco que no reaccioné bien. Tenía resaca, estaba cansada y el destello de autocomplacencia a través de las gafas de aquel hombre estaba haciendo que las sienes me palpitaran.

—Yo no tengo nada que ver con su estúpido personaje de ficción —le dije rotundamente—. Toda la premisa de su novela es artificiosa, y si cree que quiero que un escritor de mala muerte como usted escriba sobre mí…

Las cosas fueron en picado desde ahí, pero no lo bastante para cancelar el panfleto. Se publicaría a finales de año, y yo ya había podido echar un vistazo al avance. «La joven francotiradora y yo recorríamos el bulevar hacia la plaza Commune una hermosa mañana y el viento despeinaba su sedoso pelo corto sobre su frente juvenil cuando nos sentamos en un banco. En su delicado y nervioso rostro latía un carácter profundamente apasionado. Sus ojos parecían tristes, pero brillaban durante mi habilidosa entrevista con un entusiasmo infantil». Me pregunté si esa parte se suponía que había ocurrido antes o después de haberle dicho que era un escritor de mala muerte y de que él me hubiera contestado que yo era una zorra ucraniana rabiosa.

—Antes de que me olvide, Liuda. La semana pasada llegó una carta para ti. —Mi madre buscó en su bolsa con cordón—. Te la habría enviado, pero cuando supe que iba a verte pronto…

Rasgué el sobre y saqué la hoja cuadrada de papel emborronado mientras el corazón se me salía. Había intercambiado direcciones con todo mi pelotón; nos prometimos escribir a las familias si alguno de nosotros caía o quedaba apartado de la compañía. Yo había enviado cartas a las familias de todos mis hombres. ¿Quién me estaba escribiendo ahora a mí?

La caligrafía cuadrada me resultó tan familiar como mi pulso.

Mila:

Estoy vivo. Última evacuación de Sebastopol, rodilla destrozada. Me recuperé en el hospital de Krasnodar; a punto de embarcar hacia la región

militar de Moscú para que me asignen nuevo destino. ¿Dónde estás tú?

Kostia

—¿Estás bien? —La mano de mi madre fue veloz a mi frente—. Te has puesto tan rara…

—Estoy bien, mamá. —Levanté la vista de la carta de mi compañero con una sonrisa que parecía llegarme hasta los dedos de los pies—. Me has traído la primera buena noticia que he tenido en meses.

Kostia estaba vivo. Mi compañero, mi sombra, mi otra mitad. Un dolor sin fondo dentro de mí encontró alivio como si se me hubiera quedado una pierna dormida y ahora la sangre volviera a circular por ella, produciéndome la dolorosa pero bienvenida sensación de que seguía allí y al completo.

Kostia, vivo.

Abracé a mi madre con tal fuerza que la levanté del suelo.

—Ponte el mejor vestido que traigas en esa bolsa, mamochka. Vas a verlo todo en Moscú esta semana, empezando por el ballet.

—¡Ballet! —Rio mi madre—. ¿Te acuerdas de tu amiga bailarina, Vika? ¡Oí que había dejado un papel estelar en Odesa para conducir un T-34 en el cuerpo de tanques! Una bailarina convertida en tanquista, ¡las cosas que la guerra nos lleva a hacer! Menos mal que tú ya has vuelto a casa del frente…

No le dije que estaba deseando volver allí. Reunirme con mi compañero, asignarlo a mi nuevo pelotón y luego volver a la guerra. Porque el trabajo aún no había acabado, y en aquel momento yo no servía para otra cosa.

—¡Buenas noticias, Liudmila Mijaílovna! Vuelves a la guerra. —Parpadeé con los ojos irritados por el cansancio, sorprendida.

Había hecho turno de veinticuatro horas de instrucción en el centro de adiestramiento; había realizado mis rondas por las distintas oficinas de personal preguntando si Kostia había llegado ya a la región militar de

Moscú, y luego había ayudado a organizar cuatro camiones de armamento recién llegados. Y allí estaba ahora, convocada a la oficina del primer secretario, mirando a un grupo de hombres, algunos de uniforme y otros de traje.

—¿Ya han llegado mis órdenes? ¿Órdenes del frente?

—No de esa guerra. —Rio el secretario—. Pero sí de la guerra más importante de todas: la guerra de la propaganda.

Me quedé mirándolo en total confusión.

—Vas demasiado rápido —dijo una voz familiar detrás de mí, y me volví para encontrarme el rostro sonriente de Alexéi.

No había vuelto a verlo desde Sebastopol, ni había pensado en él desde que Petrov me dijo que había sido evacuado. Di por hecho que estaría sacando brillo a su nueva condecoración y en busca de un mejor puesto. ¿Y ahora estaba allí?

—Hola, kroshka. —Me besó en las dos mejillas a modo de saludo relajado —. Nos vamos a América.

La delegación soviética

Día 1

27 de agosto de 1942

Washington D.C.

Capítulo 24

Si había algo que el francotirador detestaba, era tener que tranquilizar a sus clientes nerviosos. «Si quieres que te tranquilicen, ve a ver a un loquero». Ocultaba su impaciencia paseando bajo el calor por una acera de Washington con Pañuelo de Bolsillo, pero estaba irritado. Ya había ofrecido a aquel tipo un informe aquella mañana antes del desayuno en la Casa Blanca; una segunda reunión era excesiva. Él prefería reducir al mínimo el contacto con sus empleadores, por amor de Dios —cuantos menos puntos de conexión, mayor seguridad para todos—. Y allí estaba él, siendo requerido para calmar y tranquilizar.

—Necesitamos saber. —Pañuelo de Bolsillo miró furtivamente tras él, sudando como nunca.

Ya estaba sufriendo una agonía porque el francotirador no había aceptado reunirse en un oscuro bar con olor a whisky para discutir todo aquello, pero en los bares siempre había fisgones, razón por la cual el francotirador siempre prefería reunirse al aire libre.

—Dijo que sabría más después del desayuno de bienvenida. ¿Y bien?

—Todo está bajo control. —El francotirador avivó el paso cuando volvieron la última esquina hacia la embajada soviética. En una hora, la delegación soviética se dirigiría a la nación en directo desde la radio.

—Pero queremos detalles —susurró Pañuelo de Bolsillo.

—Me pagan por resultados, no por detalles. —El francotirador ya había detallado su plan para el 5 de septiembre, el último día del congreso.

Aquella zorra con cara de caballo de la primera dama tenía intención de invitar a todos los estudiantes internacionales a una recepción de despedida en los jardines de la Casa Blanca. El presidente asistiría, al igual que una nutrida delegación de prensa…, en la que estaría incluido el francotirador gracias a los hilos que los empleados de Pañuelo de Bolsillo ya habían empezado a mover tras el escenario.

—Todo está bajo control por lo que a mí respecta. —Casi todo, al menos.

—¿Qué ha averiguado sobre la joven soviética? —Pañuelo de Bolsillo siguió mirando furtivamente a su alrededor y atrayendo las miradas de un par de mujeres de mediana edad que pasaban apresuradas con su compra—. ¿Puede garantizar que ella será el chivo expiatorio?

—No hay garantías en este negocio. —El francotirador puso algo más de acento de Virginia en su voz, para suavizarla—. Pero su gente hizo bien en permitirme observarla de cerca. No se puede pedir un chivo expiatorio mejor.

Pañuelo de Bolsillo levantó la vista hacia la mole de piedra de la embajada, que ahora se alzaba imponente sobre ellos. Periodistas y fotógrafos ya se apresuraban a entrar mostrando sus acreditaciones de prensa a la seguridad de la embajada.

—¿Es una francotiradora de verdad?

—No. —El francotirador había tenido un momento de duda al final del desayuno, cuando contempló el rostro furioso de Liudmila Pavlichenko mientras decía «una bala certera disparada por una francotiradora como yo, señora Roosevelt, no es más que una respuesta a un enemigo…», pero al pensarlo detenidamente lo había descartado. Una mujer furiosa no era una francotiradora—. Es una chica de cartel de propaganda que se pone nerviosa con facilidad y pierde los estribos ante preguntas estúpidas, y bien sabe Dios que se puede contar con que la prensa las haga de sobra.

Los rusos cometieron un error al elaborar la historia de la francotiradora. Creen que la convertirán en alguien admirado, en una heroína de guerra —puede que en la Unión Soviética sí, pero no en los Estados Unidos, donde las mujeres bonitas de pelo castaño se supone que se dedican a hornear galletas, no a matar fascistas—. La señora Pavlichenko no causará aquí la impresión que ellos esperan. Adondequiera que vaya la verán como un bicho raro y como un monstruo.

De hecho, él contaba con ello.

—Señora Pavlichenko…

—Señora Pavlichenko…

—Señora Pavlichenko…

Intenté no encogerme. Los flashes estallaban en mi rostro como si fueran granadas. ¿Ninguno de aquellos periodistas había hecho preguntas a soldados antes? Lanzar cualquier cosa que explotara con un resplandor de luz en la cara de un veterano era como pedir que te apuñalaran.

—Sonríe —susurró el jefe de la delegación.

Para aquella delegación nos habían elegido a tres de nosotros, todos estudiantes y soldados, pero él estaba a cargo: Nikolái Krasavchenko, veintiséis años, cuadriculado y serio. Había luchado bien en Smolensk, pero no era esa la razón por la que lo habían elegido para liderar la delegación. Lo habían elegido por ser un pomposo y un pesado joven del que se podía estar seguro de que no tendría un solo pensamiento original en todo el viaje. «Con él no habrá sorpresas», los imaginaba diciendo al estampar el sello de aprobación en su expediente. «¡Pura esencia del Partido!».

Krasavchenko quizá estaría encantado con su elección, pero yo no. Yo había tenido que soportar (estupefacta, incrédula y cada vez más furiosa) grandes parrafadas sobre el congreso internacional de estudiantes de Eleanor Roosevelt aquella noche en Moscú que supe de él por primera vez. Cómo proporcionaba al camarada Stalin una oportunidad de enviar estudiantes como elemento más progresista de la población para hablar en contra del fascismo a los estadounidenses… Cómo habíamos sido elegidos entre centenares de candidatos en la región militar de Moscú, no solo como antiguos estudiantes y soldados en activo, sino como miembros de la Joven Liga Comunista… Cómo tendríamos la oportunidad de hablar en favor de nuestro país, de nuestro partido y de la urgente necesidad de la ayuda de los Estados Unidos…

—Sonríe —repitió entonces Krasavchenko al tiempo que me dirigía una mirada asesina.

No estaba contento con mi estallido de furia en el desayuno de la Casa Blanca aquella mañana, y él daba las órdenes que se suponía que yo debía cumplir, así que miré hacia las cámaras y obedientemente estiré los labios. El congreso no empezaría hasta unos días después; la rueda de prensa de aquella noche sería retransmitida en directo por la radio desde la embajada para todo el país. Contuve mis nervios mirando por encima del mar de cámaras y voces. Toda la escena me parecía tan extraña como la luna. Lo único que yo quería era encontrar a Kostia y volver al frente, y ¿en lugar de eso me enviaban a un continente lleno

de capitalistas impasibles a una misión propagandística? A los estadounidenses no les gustaban los rusos. Se llamaban a sí mismos nuestros aliados, pero hasta el momento nos estaban dejando morir por centenares de miles. ¿Cómo se suponía que nada de lo que yo dijera en aquel congreso podía cambiar esa situación?

—¿Un vaso de agua, kroshka? —susurró Alexéi, merodeando a mi alrededor.

—Puedo conseguir mi propia agua. No necesito al médico de la delegación para que la consiga por mí.

Ese era el puesto en el que había aterrizado: médico oficial de la delegación soviética en Washington.

—¿Cómo has logrado meterte en esta misión? —le había espetado en Moscú, aún sorprendida por volver a verlo—. ¿Para qué necesita una delegación de estudiantes a un cirujano de combate?

—Quieren a un médico soviético para atender cualquier necesidad médica de la delegación, otro soldado con una hoja de servicios excelente, y yo ya he hecho mi parte en la medicina general. —Alexéi parecía reluciente y seguro en su inmaculado uniforme, sin el menor vestigio de los horrores de Sebastopol en él—. En cuanto a cómo conseguí este nombramiento… Bueno, naturalmente, estoy muy atento a cualquier noticia relacionada con mi esposa. —Extendiendo la Orden de Lenin, sobre mi pecho, sus dedos se demoraron en la orgullosa cinta roja—. Y, naturalmente, un marido quiere acompañar a su esposa al extranjero si la envían a un viaje tan largo…

—Estás utilizando mi nombre para dejar el servicio en el frente y conseguir un puesto cómodo —susurré, pero ya nada tenía remedio.

Ni al otro lado del mundo iba a poder escapar de mi marido. Y él se había mostrado solícito desde entonces: primero en Moscú, durante aquellos días frenéticos en que a todos nos daban instrucciones y nos preparaban para el viaje; más tarde en el largo vuelo desde Moscú a Teherán y de allí a El Cairo, ocupando el asiento junto al mío mientras yo agarraba con fuerza el reposabrazos durante el despegue y ofreciéndose a cogerme la mano si tenía miedo.

—¿Qué es lo que quieres? —le había preguntado a bocajarro.

Él se limitó a sonreír.

—*¿No puedo decirle a mi esposa lo valiente que es? Tu primer vuelo; lo*

estás haciendo bien, kroshka.

—Oh, tú has volado ya en aeroplano tantas veces… —me burlé.

Pero su sonrisa no desapareció, y después de volar de El Cairo a Miami llamó a la puerta de mi habitación en el hotel para preguntarme si quería dar un paseo por la playa: «Que le dé un poco el sol a esa preciosa cara». Toda aquella amabilidad me resultaba más incómoda que una vigilancia de dos días sobre un objetivo. En ese momento lo aparté y volví la vista hacia la fila de micrófonos y cámaras mientras nos colocaban en nuestros sitios.

—Si tienen la amabilidad de ocupar los tres sus asientos con la señora Pavlichenko en el medio…

Hice lo que me decían, expulsando a mi marido de mi pensamiento, ya que no podía expulsarlo de mi presencia. Krasavchenko estaba revolviendo las páginas de su intervención a mi derecha, y a mi izquierda se arrellanaba el teniente Pchelintsev, nuestro tercer delegado estudiante, de aspecto altivo.

—Tienes café en la guerrera —le dije, y a punto estuvo de volcar su taza en su prisa por limpiarse.

No podía caerme mal Pchelintsev en realidad; en cierto sentido, no se diferenciaba tanto de mí, un simple estudiante universitario formal antes de que la guerra lo hiciera tomar un camino distinto y convertirlo en francotirador. Pero resultaba difícil no mirarlo con cierto cinismo, pese a todo, pues era tres años más joven que yo y su cómputo oficial de muertes era la mitad que el mío, y ya era teniente por encima de mí y había obtenido la distinción de Héroe de la Unión Soviética y no solo la de Caballero de la Orden de Lenin. No es que me devoraran los celos por su estrella de oro, pero era difícil mirar a aquel lustroso y joven teniente Pchelintsev sin preguntarme si yo estaría en su lugar solo de haber nacido hombre.

«Anota cuatrocientos en tu cuenta, muchacho», pensé la primera vez que me crucé con la mirada de superioridad de Pchelintsev en Moscú. «Entonces podrás mirar por encima del hombro».

Pero no era mi impresionante cómputo lo que me había ganado mi lugar allí junto a Pchelintsev y Krasavchenko, y yo lo sabía. Había oído a dos de los hombres con traje de Moscú discutir sobre mi designación mientras me arreglaban el uniforme con falda que ahora vestía:

—Deberíamos haber escogido a aquel tanquista del programa literario de Leningrado, Vasili Noséqué. ¿Quién quiere una mujer en la delegación? Demasiado emocionales, demasiado difíciles de controlar.

—Pero esta es guapa, y presentará a la URSS bajo una luz más favorecedora…

—Vamos a empezar. —El susurro de Krasavchenko desde el otro lado de la mesa me trajo bruscamente de vuelta al presente—. Recordad que debéis a escuchar a nuestro intérprete, no al suyo.

Y entonces se me hizo un nudo en la garganta al ver a Kostia ocupar su lugar tranquilamente delante de la mesa.

Si Alexéi podía mover hilos para obtener un puesto en la delegación, yo también; y había maniobrado para que mi compañero pudiera estar conmigo desde el momento en que oí hablar a Krasavchenko sobre llevar a nuestros propios intérpretes. No tenía trazado ningún plan, simplemente dije sin pensarlo:

—Puedo recomendar a un excelente intérprete, recién transferido a la región militar de Moscú. Soldado condecorado que habla con fluidez inglés y ruso.

Porque, si iba a dar media vuelta al mundo con la posibilidad de nuevos enemigos a los que enfrentarme y la certidumbre de al menos un viejo enemigo tras de mí, yo quería a mi compañero de vuelta.

Y allí estaba mi compañero, casi irreconocible con un uniforme planchado y un rostro bien afeitado, de pie junto a la mesa de la delegación, apoyándose en el bastón que aún necesitaba después de que una esquirla casi le volara la rodilla en pedazos durante la caída de Sebastopol. Quise que levantara la cabeza y sonriera, pero él solo revolvía papeles y ajustaba su micrófono. «Después de la rueda de prensa, pensé. Por fin podremos hablar». Pero los flashes estallaron de nuevo por toda la sala cuando comenzó la retransmisión.

Yo me agitaba en mi asiento mientras se desarrollaban las presentaciones intentando librarme de aquella sensación de estar expuesta, inerme, atrapada en miras enemigas. Krasavchenko parecía impecable y cómodo en aquel tipo de escenario; yo habría preferido estar disfrazada de arbusto con mi tres líneas en la mano. Pero mi camino de vuelta al frente pasaba por aquel viaje. «Los estadounidenses necesitan que les muestren la verdad sobre nuestra lucha contra el nazismo», nos habían instruido en Moscú cuando nos preparábamos para el viaje. «Nuestra necesidad de refuerzos —ese es

el verdadero propósito de la delegación, no simplemente asistir a las ponencias de los estudiantes internacionales—. La orden viene directamente del camarada Stalin». Siguió una mirada severa. «No podemos fallar y desperdiciar esta oportunidad».

Mi espina dorsal se irguió al oír eso. Quizá no tuviera un fusil en la mano, pero parecía que aquella misión también se resumía en un «ni se te ocurra fallar».

—Ponis de propaganda —oí decir con una risita a un periodista estadounidense en la primera fila durante la retransmisión, sin molestarse en susurrar, pues daba por hecho que ninguno de nosotros lo entendía—. Veamos lo que saben hacer.

Yo levanté la barbilla. Sí, veámoslo.

Al principio no estuvo tan mal. Krasavchenko leyó una declaración: la necesidad urgente de nuestro país, la unidad de nuestra población. Pchelintsev leyó otra declaración: la disposición del Ejército Rojo para contraatacar frente los alemanes. Yo leí una declaración: primero algunas banalidades aprobadas por el Partido a modo de saludo de las mujeres soviéticas, y luego me alegré de poder ir al meollo:

—El pueblo soviético les da las gracias por su ayuda, pero la lucha que nuestra nación está liderando exige cada vez más de nosotros. Esperamos la colaboración activa y la apertura de un segundo frente. —Oí la voz de Kostia traducir con un murmullo sereno; vi los lápices de los periodistas garabateando notas. Yo me erguí en mi silla—. Como soldado rusa, les tiendo mi mano. Juntos hemos de derrotar a los monstruos nazis. —Ahí acababa mi declaración impresa, pero yo añadí en inglés, con una sonrisa—: ¡Hacia la victoria! —Un pequeño y bonito eslogan capaz de envolver casi cualquier discurso.

La gente necesita una señal para saber que has acabado y que ya pueden aplaudir.

El embajador abrió el turno de preguntas, y yo empecé a ordenar datos y cifras, aunque pensaba que la mayor parte probablemente irían dirigidas a Krasavchenko. Pero casi todas las preguntas acabaron siendo para mí, y no trataban sobre la guerra.

—¿Es verdad que la llaman Lady Muerte?

Empecé a decir que otra interpretación podía ser Lady Medianoche, pero ya empezaba a percibir que nadie allí quería respuestas complejas; solo quería comentarios simples que encajaran fácilmente

en los pies de foto de los periódicos.

—Sí —respondí a través de Kostia.

Me habían dado instrucciones de utilizar al intérprete para todas las preguntas, aunque mi inglés fuera suficiente. Pues quién sabía lo que una impredecible mujer podría decir sin un hombre que filtrara sus palabras si perdía el control. Levanté la vista al cielo ante aquello, pero después de todo prefería ser subestimada por la prensa, así que tanto mejor si pensaban que apenas hablaba inglés.

—A veces me llaman Lady Muerte. También el Lince, por cómo me muevo entre los árboles.

—Liudmila, ¿puede tomar baños calientes en el frente?

Vacilé, sorprendida en parte por la pregunta y en parte porque ni siquiera se molestara en llamarme por mi rango.

—¿Cómo dice?

—Baños —repitió el hombre, un tipo desgarbado del Washington Post—. Calientes —dijo haciendo mímica como si sudara.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Sí, me baño dos o tres veces diarias, cada vez que estoy en una trinchera y hay un ataque de artillería. Ese es un auténtico baño, solo que un baño de polvo.

Una oleada de risas sorprendidas respondió a mis palabras. Entonces se levantó un hombre con corbata de cuadros.

—¿Pueden usar lápiz de labios las mujeres soldado?

Miré a Krasavchenko. Hizo un pequeño gesto de apremio.

—Cuando las balas vienen hacia ti, tiendes más a buscar un fusil que un lápiz de labios.

Kostia me tradujo con un rostro impasible, pero yo pude oír su risa soterrada. Habló entonces una periodista, que me preguntó frunciéndome el gesto.

—¿Ese es su uniforme de gala o el de diario?

—No tenemos tiempo para desfiles en el…

—El corte es muy poco favorecedor. ¡El largo de la falda la hacer parecer gorda! ¿No le importa?

Exhalé lentamente mientras la rabia ascendía por mí y filtraba el color de la habitación. En Moscú ya me habían advertido: «Algunos estadounidenses estarán convencidos de que una mujer es incapaz de hacer lo que usted ha hecho, Liudmila Mijaílovna, y creerán que es una actriz preparada por propagandistas. Ábrales los ojos, pero cortésmente».

Pero ya había decidido aquella mañana en el desayuno de la Casa Blanca que si las preguntas eran lo bastante insultantes, no iba a molestarme en ser cortés.

—Estoy orgullosa de vestir el uniforme de mi ejército —respondí a la periodista—. Lo ha empapado la sangre de mis camaradas caídos en combate.

Un repentino flash horrendo de la sangre de Lionia impregnando mi guerrera mientras las esquirlas se clavaban como estalactitas en sus pulmones; de las salpicaduras grises de los sesos de Fiódor Sedikh al liberarlo de su agonía en un tejado de Sebastopol. «Respira. Respira».

—Me gustaría que pudiese experimentar un bombardeo, señora. Créame, se olvidaría usted del corte de su traje.

Ni siquiera pude ver al siguiente periodista a través de la niebla de furia que enturbiaba mis ojos; solo oí el vago tono malicioso de su voz:

—Liudmila, ¿cuál es su color favorito de ropa interior?

Kostia no tradujo aquello. El intérprete de la embajada lo hizo, pues mi compañero permaneció irradiando una rabia fría, al igual que Krasavchenko y Pchelintsev, a un lado y al otro. Extrañamente, aquello frenó el latir furioso de mi pulso. Quizá tenía un pelotón a mi alrededor, después de todo.

Miré al periodista y sonreí. Era la sonrisa que hacía que mis nuevos reclutas retrocedieran unos pasos si les quedaba un mínimo de buen juicio.

—En Rusia —empecé a decir, haciendo un gesto a Kostia para que tradujera—, se llevaría usted una bofetada por hacer cualquier pregunta como esa. Esa es una pregunta para su esposa o para su amante. Yo no soy ninguna de las dos cosas, reportero, por lo que, si

quiere acercarse, no tendré inconveniente en dársela.

Para mi sorpresa, la sala estalló en carcajadas indisimuladas. Incluso el hombre que había hecho la pregunta movió la cabeza arrepentido, como si se supiera merecedor de mi mordacidad. No confiaba en mí misma para seguir hablando, así que me levanté antes de que el aplauso acabara.

—Hemos terminado aquí.

Me preparé para una reprimenda del embajador soviético cuando nos retirábamos por el pasillo, pero solo me dirigió una mirada de adusta complacencia:

—Bien dicho, Liudmila Mijaílovna. Cucarachas de Washington…

—Debo disculparme por nuestra prensa. —El tono grave de la primera dama nos llamó al orden a todos—. Puede ser difícil lidiar con ella. —Iba seguida de una especie de estela de cometa de secretarios y lacayos de la Casa Blanca, y vestía un sencillo vestido de noche azul marino.

Soy una mujer que trabaja, es lo que decía aquel vestido, no una modelo. Algo que contrastaba radicalmente con el resumen que me habían hecho en Moscú: una aristócrata, una millonaria, una explotadora de la clase obrera.

¿Lo era? Aquel era nuestro segundo encuentro, y el primero no había acabado precisamente bien…, pero su sonrisa parecía tan acogedora como la de su presentación por la mañana. Si estaba molesta conmigo, no lo mostraba.

—Están todos invitados a cenar en casa de la señora Haabe, hija del exembajador estadounidense en la URSS —continuó la primera dama—. Pensé que tal vez les gustaría ir directamente.

Un trajín de conversación bilingüe se desató mientras se discutían los detalles, y finalmente logré escabullirme al balcón más cercano en busca de un cigarrillo, desesperada por un momento de soledad tanto como por la dosis de nicotina. Otra fiesta llena de extranjeros curiosos cuando la mañana había comenzado con aquel incómodo desayuno y la tarde había sido una confusión de reuniones, fotografías, discursos… Busqué a tientas unas cerillas y entonces vi la silueta de alguien que ya estaba fumando en el balcón —no sosteniendo el cigarrillo relajadamente entre los dedos, sino haciendo pantalla con la mano vuelta al modo de los francotiradores para impedir que la brasa

delate su posición—. Encendí el mío, di la primera calada y fui a colocarme junto a mi compañero. Kostia estaba inmóvil como una columna, contemplando la ciudad. ¡Tantas luces eléctricas! Washington parecía un montón de joyas esparcidas en la oscuridad. Debería haber sido hermoso, pero lo único que pude pensar fue que estaba arruinando mi visión nocturna.

—Tres —dijo Kostia al fin.

—Yo cuento cuatro —respondí—. ¿Dónde están los tuyos?

Señaló hacia un tejado frente a él, a una ventana de un último piso en una línea diagonal y a una cabina telefónica en una esquina, las mejores posiciones desde las que se podía disparar contra nosotros.

—¿Y tus cuatro?

Señalé casi justo encima de nosotros, a una ventana en una sexta planta.

—Un buen disparo podría conseguirlo, justo entre las cornisas de las ventanas.

—El viento de costado podría complicarlo.

—Yo podría hacer ese disparo. Tú también.

Había tantas cosas que quería decir. Deberíamos haber tenido oportunidades de sobra para hablar —durante las horas de preparativos en Moscú, los infinitos planes de vuelo, aquellos días en El Cairo en que habíamos sido exhibidos por los embajadores británico y estadounidense y habíamos tenido nuestro primer breve contacto con las fiestas y las cámaras—. Pero Kostia y yo no habíamos podido intercambiar más que unas pocas palabras. La primera vez que lo vi, solo dos días después de que yo hubiera propuesto su nombre como intérprete de la delegación, el momento me cogió completamente por sorpresa —se presentó en la oficina del secretariado, quemado por el sol y sombrío, con una Orden de la Bandera Roja destellando en su pecho—. Si hubiéramos tenido la oportunidad de fundirnos en un abrazo de camaradería y unos instantes de tranquilidad para reflexionar sobre aquel último día en Sebastopol, todo habría ido bien.

Pero nos quedamos mirándonos el uno al otro de manera incómoda —él apenas pareció reconocerme en mi nuevo uniforme con medallas y faldas, y yo no podía apartar la vista del bastón en su mano y de las líneas de dolor que se iban haciendo más blancas alrededor de su boca

—, y el momento pasó. Y desde entonces siempre había habido alguien presente para impedir que habláramos: Krasavchenko hablando por los codos sobre algún memorándum del Partido, el embajador británico en El Cairo preguntando en voz alta si Pchelintsev y yo éramos soldados de verdad, Alexéi pegado a mí…

Y ahora por fin estábamos solos y señalábamos las trayectorias de disparos de cada uno en duelos imaginarios. «Francotiradores —me pareció estar oyendo a Lionia reírse—, ¡siempre la alegría de la huerta!». Una descarga de agónica nostalgia me atravesó como una bala. Sin Lionia, ¿cómo iba a recordar siquiera qué era la alegría?

—¿Aún tienes la pipa de Vartanov? —preguntó Kostia inesperadamente, mirando el cigarrillo en mi mano.

Saqué la pipa del bolsillo, un talismán que seguía llevando a todas partes.

—Nunca aprendí a fumar bien en ella, por mucho que él se esforzara en enseñarme. —Acaricié la boquilla de ámbar sintiendo una opresión en el pecho—. No has dicho qué fue de él.

—Le dispararon en el muslo el día antes de que me hirieran a mí y me evacuaran. La arteria femoral. Se desangró antes de que pudiéramos conseguir un camillero.

Incliné la cabeza por el viejo guardabosques que se movía entre los árboles igual que un fantasma.

—¿Y los otros? Burov, Volkonski…

Escuché a Kostia recorrer la lista. Esperaba que alguno hubiese sido evacuado con él, pero el corazón se me encogió mientras Kostia iba diciendo un nombre tras otro.

—¿Quieres decir que, de todo el pelotón, solo hemos sobrevivido…?

—Nosotros. —Lo mismo que había dicho cuando me reuní con él en Sebastopol tras ser evacuados de Odesa—. Solo nosotros.

Cómo habría deseado en aquel momento una botella de vodka y un poco de privacidad. Nos habríamos emborrachado igual que tras la muerte de Lionia, habríamos llorado en el hombro del otro, y así habríamos dejado atrás la pena y la rabia. Eso era lo que hacías cuando perdías a tus amigos en la guerra. Pero estábamos en un balcón de Washington a punto de que nos llamaran en cualquier

momento para algún maldito acto oficial, y yo no sabía cómo lidiar con la pena que parecía solidificar el aire entre nosotros como si fuera ámbar.

—Kostia —empecé a decir, ni siquiera segura de lo que iba a preguntarle—. Aún tengo tu ejemplar de Guerra y paz, si lo quieres. ¿Me perdonas por haberte arrastrado a este viaje, cuando probablemente tú preferirías estar en el frente vengando a tus amigos? ¿Crees que yo quiero estar aquí, entre todas estas luces y preguntas estúpidas?

—Ahí están. —La voz de Krasavchenko nos sobresaltó a los dos—. Nos vamos a la residencia de la señora Haabe, pero en el Cadillac no cabemos los tres delegados y los intérpretes.

—He pensado que tal vez la señora Pavlichenko podría viajar conmigo —estaba sugiriendo la primera dama mientras yo apagaba mi cigarrillo y volvía a entrar, borrando apresuradamente la frustración de mi rostro—. Voy en mi propio coche y hay espacio para un pasajero.

—¿Yo? —No había olvidado sus palabras de aquella mañana: «No será fácil que las mujeres estadounidenses le den su aprobación».

Había dado por hecho que ella no me la daba. ¿Por qué me estaba invitando, entonces, a ir en su coche particular?

La miré entonces, la miré de verdad: una mujer alta, elegante más que vestida a la moda, envuelta en una energía parecida a la electricidad de la tormenta que se acerca. Los dientes prominentes, los ojos amables, la sonrisa al mirarme inequívocamente amistosa.

—Me encantaría tener la oportunidad de conocerla mejor, querida Liudmila.

Sería justo decir que no me asusto con facilidad. He vivido el asedio de Odesa y he sobrevivido a la caída de Sebastopol. Me he ganado el apodo de Lady Muerte.

Pues, bien, Lady Muerte nunca había estado tan segura de hallarse a punto de morir.

—Harry Hopkins estará presente en la cena; ha sido un gran defensor de la reconciliación entre nuestros países. —La primera dama lanzaba su descapotable de dos plazas por las anchas avenidas de Washington

como si estuviera pilotando un tornado.

Habíamos dejado atrás tanto al Cadillac de la embajada como a las patrullas de seguridad soviética y estadounidense en el primer semáforo; lo único que pude hacer fue concentrarme en intentar seguir su inglés. ¿Tenían permitido hacer aquello las esposas de los presidentes? Intenté imaginarme a la mujer del camarada Stalin (si la tuviera) dando vueltas por Moscú sin escolta como un misil, y mi imaginación fracasó de forma estrepitosa.

—Harry está deseando hablar con usted de la lucha en Leningrado, en Odesa y en Sebastopol.

—Yo no he luchado en Leningrado, señora Roosevelt. —Me apretaba en el asiento cada vez que nos acercábamos a una curva. Por el amor de Lenin, tenía que frenar para girar, ¿no?

—Dondequiera que haya luchado usted, él estará encantado de conocer los detalles. —Lanzó el descapotable hacia la curva prácticamente sobre dos ruedas. Yo me agarré al tirador de la puerta —. Lleva mucho tiempo diciendo al presidente que, aunque ustedes, los rusos, hayan asestado un golpe sin precedentes al ejército alemán, ha llegado la hora de ofrecer ayuda.

—A buenas horas —no pude evitar decir, intentando no poner mala cara.

—Entendemos la necesidad urgente de abrir un segundo frente para su país, querida Liudmila. —La voz de la señora Roosevelt sonó amable, pero muy firme, incluso mientras lanzaba el coche por otra larga avenida—. Quizá ustedes no sean conscientes de las dificultades a las que nos enfrentamos para tomar esa decisión. Tenemos las manos ocupadas en el Pacífico: la caída de Singapur, la retirada de las Filipinas. Hay quienes argumentan que debemos concentrarnos en Japón en vez dispersarnos entre el Pacífico y Europa, y hay que abordar esas preocupaciones.

Me quedé perpleja. No era algo que hubiera considerado en realidad, que los estadounidenses también estuvieran encontrando dificultades en distribuir sus recursos en esta guerra. Tenían tantos que enviarnos ayuda me parecía una cuestión sencilla, algo que se podía conseguir con solo un gesto de la mano del presidente. Por supuesto que no era así. En la oscuridad, sentí que me ruborizaba… Quizá yo hubiera sorprendido a contrapié a la primera dama en el desayuno, pero ella acababa de hacerme lo mismo a mí con unas pocas hábiles palabras.

—Un segundo frente es una obsesión para los soldados del Ejército Rojo —admití, esforzándome por encontrar las palabras adecuadas en inglés. Las palabras que ofrecieran una rama de olivo por mi estrechez de miras sin disculparme por pedir lo que, después de todo, tan desesperadamente necesitábamos nosotros de su país—. Estamos demasiado cerca de la violencia de la lucha como para ser objetivos. Y, por supuesto, yo pienso como francotiradora, y tiendo a centrarme únicamente en lo que tengo dentro de las miras. —De nuevo me detuve al tiempo que una luz se ponía roja inesperadamente y me preparé para no salir disparada por el parabrisas en el momento en que ella pisara el freno.

—Naturalmente, su mayor preocupación son los hombres y mujeres que están en las trincheras a su lado. Y yo les aseguro que nosotros no nos hemos olvidado de ellos. En la cena de esta noche encontrará defensores de su causa, pero también detractores… —La primera dama apartó las manos del volante mientras hablábamos, con sus brillantes dientes prominentes, el vivo retrato de una mujer parlanchina de cincuenta y ocho años que estuviera hablando de sus nietos.

Solo que ella estaba desglosando facciones antisoviéticas y explicándome qué miembros de estas podía encontrarme en la cena sin detenerse a tomar aliento cuando la luz del semáforo cambiaba de color y ella nos lanzaba como una bala de nuevo hacia la noche, a unas velocidades que yo dudaba que los trenes alcanzaran, mucho menos los automóviles. «La mujer del presidente está loca», pensé mientras me agarraba a la puerta temiendo por mi vida. Ella me dirigió una mirada divertida, como si supiera lo que yo estaba pensando, pero no le pedí que frenara. Y ella tampoco frenó.

—¿De verdad su cuenta de francotiradora va por 309?

«Sí. No. ¿Tal vez?». Sabía que mi cómputo oficial sobrepasaba los trescientos, pero, en los caóticos últimos días de la caída de Sebastopol, había dejado de anotar los blancos oficiales. ¿Quién tenía tiempo para eso ante el avance demoledor de los alemanes?

«Los estadounidenses querrán una cifra concreta», había insistido el secretariado en Moscú, y por eso se estableció la de 309. No me importaba lo bastante como para discutir. Mi verdadero cómputo probablemente sobrepasara los cuatrocientos, pero a nadie parecía interesarle la respuesta compleja más que la simple.

—Trescientos nueve, da —le dije a la primera dama.

—Su inglés le dará ventaja en reuniones como la de esta noche —dijo mientras nos lanzábamos hacia una luz ámbar sin frenar—. Es muy bueno. ¿Dónde lo aprendió?

—Las primeras lecciones me las dio mi madre, de niña.

—¿Es profesora?

—Da. —Me mordí el labio al pasar rozando junto a un Packard verde oscuro—. ¿Le resulta eso interesante, señora Roosevelt?

—Los estadounidenses queremos gustar a la gente —dijo de forma inesperada—. Queremos gustar a todo el mundo. Es una de nuestras mejores cualidades. Pero necesitamos una razón, Liudmila. Ustedes, los rusos, con sus declaraciones y sus puntos centrales… Todo eso está muy bien para reuniones políticas, pero el pueblo de Estados Unidos quiere conocerla a usted. A la joven que hay detrás de las declaraciones oficiales. Quién es su familia, qué comida le gusta…

—¿Cómo es mi ropa interior? —No pude evitar decirlo ni pensar en la risa de Lena: «Será la primera dama, pero no deja de ser una yanqui impertinente. Y a los yanquis impertinentes hay que pararles los pies»—. ¿Ese es el tipo de cosas que los estadounidenses quieren conocer sobre mí…, mi ropa interior?

—Apreciarían poder echar un vistazo a los sostenes de su carácter —dijo la señora Roosevelt con tacto—. Pero las preguntas sobre los sostenes que usted se pone, por supuesto, pueden ignorarse.

—Pero las cosas sobre mi carácter, sobre mi familia… no son relevantes. No para el público. —Trataba de encontrar las palabras mientras el descapotable se detenía con un chirrido de neumáticos junto a una señorial mansión de Washington, toda ladrillos rojos, y una vasta explanada de césped. Brillaban las luces en las ventanas; veía mujeres con trajes de satén moviéndose tras el cristal y camareros con bandejas de aperitivos—. Lo importante es la razón por la que estoy aquí. Dice usted que el señor Hopkins, el asesor presidencial, quiere conocer detalles de nuestra lucha. ¿Por qué nadie más? —alcé la voz sin querer—. ¿Por qué a la prensa no le importan? ¿Por qué a los lectores no les importan?

—Deje que la conozcan —respondió Eleanor—. Haga usted que les importe.

—¿Y no falle?

—Odio decirlo así, querida Liudmila, pero no estará aquí mucho tiempo. Es una breve ventana la que se abre ante usted para ganarse al pueblo estadounidense.

—No se preocupe, señora Roosevelt. —Miré hacia el cóctel que se estaba celebrando dentro y respiré hondo—. Cuando tengo un objetivo, nunca fallo.

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

Lo ha hecho bien. No es fácil introducirse en una cena de Washington (¡vaya si aquellas elegantes matrones sorbe-cócteles sabían hacer que me temblaran las rodillas a mí cuando yo era la joven señora Roosevelt!) ni mantener la compostura ante esos ojos ociosos y llenos de curiosidad. Y no digamos hablando una lengua extranjera —su inglés es minuciosamente gramatical, a pesar del acento—.

Es casi medianoche cuando traigo de vuelta a la Casa Blanca a nuestros invitados soviéticos. Se van a sus habitaciones con aspecto exhausto, pero yo aún tengo horas de trabajo por delante —el borrador de un discurso que daré en el astillero de Brooklyn y el texto para mi columna del My Day que debo concluir—. Franklin ya estará dormido, o, al menos, eso espero, pues de nada servirá que siga dando vueltas a sus cábalas sobre enemigos en la sombra y lo que estos puedan o no estar planeando. La mejor manera de hacer que deje de rumiar es intrigarlo con algo, y sé perfectamente cómo conseguirlo. Deteniéndome en el pasillo a oscuras que hay delante de su dormitorio, le hago una señal al oficial del servicio secreto que vigila el corredor y garabateo una nota para la cesta de Eleanor que empujo por debajo de la puerta para usarla por la mañana. Me duelen los pies cuando me dirijo a mi estudio, ya hojeando las páginas de mi discurso del astillero, y no puedo esperar para quitarme los zapatos.

«Te gustará Liudmila Pavlichenko», dice mi nota para Franklin. «Y ella me ha dado una de mis ideas».

Capítulo 25

El titular: LA FRANCOTIRADORA LIUDMILA PAVLICHENKO DISFRUTA SU PRIMERA NOCHE EN WASHINGTON BAJO EL TECHO PRESIDENCIAL.

La verdad: La francotiradora Liudmila Pavlichenko supo que ni siquiera bajo techo presidencial estaba a salvo de gente que la quería muerta.

Por un momento solo me quedé mirándola: la hoja de papel doblada que habían metido en un sobre en blanco y deslizado bajo la puerta de mi dormitorio mientras yo dormía. Sin encabezamiento ni firma, solo era un bloque de letras cirílicas que gritaba ante mis ojos aún aturdidos por el sueño.

VUELVE A TU PAÍS, PUTA COMUNISTA, O MORIRÁS AQUÍ

Vagamente percibí que mi mano temblaba sosteniendo la hoja. No por las palabras —no era la primera vez que me llamaban puta, y, por supuesto, ya me habían amenazado de muerte antes—. Sino porque alguien había podido llegar hasta mí justo allí, en la Casa Blanca. Se había acercado hasta mi dormitorio en algún momento después de la rueda de prensa de la noche anterior y había deslizado su odio bajo mi puerta para que yo lo encontrara nada más despertarme.

Quienesquiera que fuesen, querían que supiera que podían llegar hasta mí. Incluso allí.

Miré a mi alrededor en aquel dormitorio palaciego al que la señora Roosevelt me había acompañado la mañana anterior.

—El señor Churchill se queda aquí cuando viene de visita, y también la princesa Marta de Noruega. —No me impresionaba la realeza, pero sí descansar la cabeza en el mismo lugar que el primer ministro británico.

Una gran cama con un dosel rosado; divanes a rayas y mesas con encajes; un tocador y un vestidor. Y un baño privado solo para mí, que no tenía que compartir con ocho vecinos moscovitas del mismo pasillo… Me había recreado sin pudor la noche anterior en la enorme bañera, y luego en la increíble suavidad de las almohadas, pensando en lo distinto que era todo aquello de los refugios embarrados del frente. En una cama como aquella, incluso alguien como yo podía quedarse dormido sintiéndose a salvo.

Volví a mirar la amenaza escrita que tenía en la mano. «Ya no».

—Parece usted un poco seria —dijo la primera dama cuando vino a desayunar. Krasavchenko y Pchelintsev ya estaban ocupados con sus huevos y su beicon—. ¿No ha dormido bien, querida?

—Su amigo el señor Hopkins me sirvió demasiado whisky anoche mientras me preguntaba por el frente de Sebastopol. —Fingí una sonrisa radiante mientras desplegaba el periódico.

—Las crónicas de la rueda de prensa de ayer son bastante favorables —dijo la primera dama mientras vertía té caliente en una delicada taza de porcelana—. Elsa Maxwell le dedica unas maravillosas notas en el New York Post. Escuche: «Lo que la teniente Pavlichenko posee es más que belleza. Su serenidad y su seguridad imperturbables vienen de lo que ha tenido que soportar y experimentar. Posee el rostro de una Madonna de Correggio y las manos de un niño, y su guerrera de color verde militar con sus condecoraciones rojas se ha quemado en el fuego del feroz combate…».

Las floridas palabras me hicieron ruborizarme, pero el siguiente artículo —que me describía con «los ojos de hielo de una asesina a sangre fría»— me encendió. Un día en Washington, y ya había gente a la que no agradaba. No, peor que eso —aparté el periódico, sintiendo crujir el papel que guardaba en mi bolsillo: «Vuelve a tu país, puta comunista, o morirás aquí»—.

Un día en Washington, y ya me vigilaban.

—Regresarán a la Casa Blanca para el congreso de estudiantes en unos días —nos dijo el embajador soviético cuando todos nos reunimos en su despacho tras otra rueda de prensa al mediodía—. Pero desde esta noche se les alojará cerca de la embajada, en un hotel situado a unas manzanas de aquí. Podrán tener la tarde de hoy libre para hacer turismo, pero esta noche hay un espectáculo en el teatro nacional al que la delegación al completo debe asistir —añadió mirando sus notas—. La ópera es Madama

Butterfly.

Yo no había estado en la ópera desde La Traviata en Odesa el día en que la guerra estalló. Me había marchado en el descanso, sin llegar a ver siquiera a Vika bailar en el ballet. Me pregunté si seguiría conduciendo tanques o habría regresado a sus zapatillas y a los escenarios.

O si estaba muerta. Había muerto tanta gente que conocía… Y allí estaba yo yendo a la ópera…

Sentí una repentina y violenta necesidad de aire fresco y decidí (una vez que nos permitieron retirarnos) dar un paseo a pie por la ciudad. Era hora de ver algo de los Estados Unidos que no fuera a través de la ventanilla de un tren o ante una fila de micrófonos —y no pude creer lo brillante y próspera que era aquella ciudad—. Resultaba imposible saber que había una guerra en marcha viendo a aquellos hombres con zapatos lustrosos que jamás habían sido remendados, a aquellas mujeres con sombreros elegantes y vestidos de confección, a aquellos niños bien alimentados con mejillas regordetas. Los relucientes automóviles, los edificios sin cráteres de bombas, las tiendas sin colas que se extienden a sus puertas… Y yo me mezclé con ellos mientras los transeúntes pasaban a mi alrededor sin fijarse ni en mis zapatos de lona ni en mi vestido con cuello de encaje. Yo era solo otra más mirando escaparates, no la asesina de ojos de hielo y sangre fría sobre la que había leído con el café de la mañana. No «una puta comunista».

Aparté aquel pensamiento de mí antes de que pudiera oscurecer el día.

—¿Va a ir a la ópera esta noche? —pregunté a mi escolta animosamente mientras caminaba con pasos pesados junto a mí—. ¿Le gusta Puccini?

—No, camarada Pavlichenko. Es occidental y, por lo tanto, decadente.

Suspiré. A todos los miembros de la delegación se les habían asignado escoltas, discretos hombres del partido con pesados trajes cuyo trabajo consistía en ser nuestra sombra cada vez que salíamos de la embajada. Yo había protestado simbólicamente el día anterior… ¿Qué creían que iba a hacer? ¿Desertar? ¿Con mi hijo aún en casa? Pero el escolta era obligatorio y el mío se llamaba Yuri Yuripov y parecía un bloque de cemento con su traje gris de lana. Y tenía también la misma personalidad de un bloque de cemento. Llevarlo detrás mientras recorría una hilera de tiendas era como llevar una pulsera de cemento en la piscina.

—¿Qué me dice de hacer algunas compras, camarada Yuripov? ¿Algún

pequeño lujo para llevarle a su esposa en Moscú?

Se me quedó mirando estólidamente. No es que nadie pueda esperar de verdad un alegre sentido del humor en alguien que ha hecho carrera en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la URSS, pero una sonrisa de vez en cuando no era tanto pedir. «Apuesto a que es el alma de todas las fiestas», me parecía oír decir a Lena entre risas. Deseé desesperadamente que hubiera estado allí en su lugar. De haber sido así, habría pegado la nariz al escaparate de la boutique más cercana para comerse con los ojos los vestidos de los maniquíes. «Mira qué belleza», estaría alardeando. «¡Yo parecería Hedy Lamarr con él!».

—Verdad que sí —dije en voz alta, deteniéndome a mirar el vestido del escaparate: un traje de noche amarillo de un grueso satén del color del sol con gran escote y falda que caía hasta el suelo desde una cintura muy estrecha.

No podía apartar los ojos de aquel color, un color que un francotirador nunca llevaría, un color que te convertía en un blanco. Había pasado un año entero intentando camuflarme, mezclarme, y ahora, de repente, anhelaba el color. Bueno, ¿por qué no? Tenía dinero en el bolsillo, toda la paga del ejército, que no había tenido oportunidad de gastar, y Lady Muerte quería un poco de vida para variar. Lady Medianoche quería ponerse un poco de sol.

—¿Le importaría esperar aquí? —pregunté a Yuri—. ¿O va a seguirme hasta el mismo probador?

—No, camarada Pavlichenko. Eso no forma parte de mis directrices.

—Menos mal —dije para mí, y entré.

Al salir media hora después con una bolsa en la mano, tuve una visión desagradable: Alexéi apoyado en una farola fumando un cigarrillo con Yuri.

—¿Está esa preciosa mujer comprándose preciosidades? —preguntó mi marido.

—¿Qué vas a hacer? ¿Denunciarme por sucumbir a la decadencia occidental? —respondí—. ¿Después de que la mitad de los hombres de esta delegación hayan competido por comprar lápices de labios y medias para sus esposas de Moscú y sus amantes del Ballet Bolshói?

—Todo el mundo conoce las ventajas de viajes como estos. Las medias y los lápices de labios son solo el principio. —Alexéi se puso a mi

lado.

Él ya se había agenciado un traje de estilo occidental, de un magnífico tweed flexible que adornaba su largo y esbelto cuerpo con una relajada elegancia.

—Hay uno de esos Hot Shoppes a la vuelta de la esquina, mucho mejor que nuestros cafés de chebureki en Odesa. Deja que te invite a una zarzaparrilla. —Miró hacia atrás mientras mi escolta permanecía a una docena de pasos tras nosotros—. Y a Yuri también.

—La zarzaparrilla no forma parte de mis directrices —dijo Yuri, impasible.

—Tampoco de las mías.

Me habían dicho que había un parque no lejos de allí, así que tomé la calle Decatur. Un francotirador solo puede mirar algunos escaparates antes de sentir nostalgia de árboles y arbustos. O quizá lo que buscaba era sentirme a cubierto. No había estado tranquila desde que leí la amenaza de aquella mañana, y ahora allí estaba Alexéi presionándome también.

—Espera, kroshka. —Mi marido me siguió, y Yuri vino tras él.

Menos mal que a Alexéi no lo habían considerado lo bastante importante para tener su propia escolta (aunque, oh, cuánto debía mortificarlo eso), pues entonces habría parecido que estaba encabezando un desfile.

—Tómate esa zarzaparrilla conmigo. Te gustará.

—Lo que no me gusta es aceptar nada de ti, Alexéi.

—Solías llamarme Alyosha. No en público, sino cuando estábamos los dos solos y no hablabas solo para quejarte.

Me detuve en la esquina de Decatur y Blagden, casi chocando con una mujer que llevaba un bolso de charol.

—Alexéi, ¿qué es lo que quieres? ¿Por qué estás haciendo esto?

En sus ojos brilló la satisfacción.

—¿Hacer qué?

Estuve a punto de gritar. No estaba bien que aún pudiera irritarme de

esa manera. No estaba bien.

—Olvídalo. Voy a dar un paseo por el parque.

—Entonces, pasearé contigo. ¿Le importaría dejarnos un poco de intimidad, camarada Yuripov? —preguntó Alexéi—. Un hombre necesita hablar en privado con su esposa, ¿no?

Yuri se retiró otros veinte pasos sin consultarme. Casi nadie sabía en la delegación que Alexéi era mi esposo, pero claramente no era nuevo para el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. Suspiré, con la tentación de decirle a Alexéi que antes preferiría pasearme por un campo de batalla entre las balas que con él, pero, si mi esposo y yo teníamos que resolver algo, era mejor hacerlo lejos de la embajada. Así que me encogí de hombros y avivé el paso en la dirección en la que el conserje del hotel me había dicho que estaba el parque del arroyo Rock. Aunque esperaba que se tratara de alguna anodina zona verde de ciudad, este resultó ser una auténtica extensión de bosque en el corazón de la capital. Kilómetros de arbustos, rocas y árboles, unos aferrados a sus agujas verdes, otros adoptando el rojo y el dorado del esplendor otoñal. Incluso a pesar de mi irritante séquito, no podía evitar estar encantada.

—¿Seguro que no prefieres una hamburguesa? —dijo Alexéi sin dejar de caminar a mi lado mientras yo me abría paso entre las hayas y los robles—. He probado algo que llaman Mighty Mo, carne achicharrada y pan blanco insípido, pero extrañamente adictivo. No me importaría probar más comida estadounidense. Ver más de este país…

Pasé por debajo de una rama para salir a un sendero que apenas merecía tal nombre.

—Solo estaremos en la ciudad una semana o poco más.

—Pero esto sin duda es solo el principio para ti. Has recibido la aprobación del propio Jefe. Eso significa que podrá haber más salidas al extranjero, más viajes, más privilegios…, las recompensas de la fama lloviendo sobre nuestra familia.

—La fama es pasajera. —Ignoré el «nuestra», sin dejar de balancear la bolsa con mi compra a mi lado—. Mi intención es volver al frente. ¿Cuáles son las posibilidades de que sobreviva otro año? Solo mi familia recordará mi nombre cuando me haya ido, y con eso me basta.

—El Partido podría tener planes más altos para ti. —Alexéi no parecía impresionado por los árboles; trepaba con paso firme como una cabra

montés por una pendiente hacia una roca que sobresalía—. ¡Eso sí que es una buena vista!

Yo trepé tras él ignorando su mano tendida, y por un momento me quedé contemplando una cresta más escarpada debajo, toda ella una maraña de laurel de montaña y aleteos de tordos. «Qué magnífico lugar para una vigilancia», no pude evitar pensar. Podías tumbarte allí con el fusil y abatir a cualquiera en la cresta de abajo.

—¿Cómo está Slavka? —preguntó Alexéi, volviendo los impecables puños de su camisa.

—Ni una sola vez me has preguntado antes por tu hijo. —Me di la vuelta para bajar de la roca, sintiendo que todo mi ser se tensaba al oír el nombre de Slavka.

—Aun así, tengo derecho a saber.

—Eso es discutible —reanudé mi paso apresurado por el sinuoso sendero—. Está sano, si te interesa saberlo. Y es un estudiante brillante.

—Llevo mucho tiempo sin verlo, pero seguro que está cada vez más guapo. Siempre pensé que tenía mis ojos.

—Recuerdo que una vez dijiste que no tenía nada tuyo, y me preguntaste si era tu hijo de verdad.

—Yo era un imbécil, entonces. —Alexéi mostró una sonrisa de arrepentimiento, pero pude notar el filo que se deslizaba en su voz—. ¿Puedes culparme a mí por entero? Tu intimidante padre me forzó a una boda para la que no estaba preparado; la elección fue entre casarme contigo o tener que preocuparme de que enviara a alguien a cortarme los pulgares. ¿Y te extraña que yo estuviera algo resentido por ello? ¿Porque me obligaran a hacer algo contra mi voluntad?

—Nadie te obligó a seducir a una niña de apenas quince años —oí mi propia voz amplificada.

—Te estoy diciendo que lo siento, Mila. —Hizo uno de esos pequeños gestos de «cálmate» que me daban ganas de golpearlo con el primer objeto de cemento que tuviera a mano.

En ese preciso momento habría sido el camarada Yuri Yuripov que venía tras nosotros, poniendo todos sus esfuerzos en nombre del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la URSS para que no

empezáramos a divulgar secretos de Estado al olmo más próximo.

—No estoy aquí para discutir contigo —continuó Alexéi—. Estoy aquí para arreglar las cosas. Quiero ver a nuestro hijo cuando volvamos a casa.

Reanudé mi paso vivo.

—No.

—Mila, un hombre puede admitir que ha cometido errores. No fui ni un buen marido ni un buen padre entonces; déjame compensároslo. Después de todo, Slavka sigue siendo mi hijo.

De repente, me arrepentía de aquel paseo entre los árboles. No era la clase de multitudes que había imaginado, niños jugando, mujeres con carritos de bebé, estudiantes almorzando al aire libre. Solo unos pocos excursionistas a lo lejos, las manchas de color de sus chaquetas reflectantes, y un observador de aves desgarbado con prismáticos…, pero, aparte de ellos, ni un alma entre aquellos bosques que absorbían el sonido, salvo Yuri. Y no pensaba que fuera a intervenir si Alexéi intentaba ponerme las manos encima. Su directriz era impedir que me comportara mal, no interferir entre un marido y su mujer. Oí el murmullo de un arroyo en algún lugar cercano y apreté el paso en aquella dirección. Agua corriendo significa orillas abiertas, y de repente quería espacio para maniobrar.

—Incluso tú tendrás que admitir que todos los niños necesitan un padre —insistió Alexéi, aparentando no reparar en mi incomodidad—. Alguien que le enseñe a jugar al hockey, le ayude con los deberes…

Lionia habría hecho todo eso. Era tan fácil ver aquel futuro que ya nunca tendríamos, los tres patinando sobre hielo en el estanque del parque Gorki en invierno… Parpadeé con fuerza, deseando que las lágrimas desaparecieran de mis ojos, mientras llegaba al lecho del riachuelo. No era una corriente profunda, sino más bien un arroyo serpenteante lleno de rocas, pero había un puente que lo cruzaba a mi izquierda, con unas arcadas de aspecto antiguo unidas por sólidos fragmentos de piedra, y tomé esa dirección.

—Sabes que Slavka necesita un padre. ¿Por qué, si no, ibas a juntarte con aquel teniente? —preguntó Alexéi, leyendo mi mente aunque no pudiera verme la cara, pues iba delante de él—. Pero él ya no está, y eso me ha hecho darme cuenta de que dejé que se me escapara algo bueno.

Llegué hasta la mitad del puente, en guardia. Era un lugar hermoso: enormes árboles que se extendían a ambas orillas, el arroyo con su alegre balbuceo entre las piedras y los arcos de color rojo y dorado de las hojas de otoño que el viento agitaba sobre nosotros. Una parte de mí se admiraba al ver algo tan hermoso en medio de una ciudad, una naturaleza prístina y perfecta para reconfortar al alma cansada de edificios de piedra y asfalto. Y otra parte de mí se hallaba más recelosa que nunca, consciente de la presencia de mi marido junto a mí, sin perder detalle del menor de sus movimientos ni de sus miradas.

—¿Qué quieres? —pregunté al fin, serenamente.

Sabía perfectamente lo que él quería, pero me negaba a ponérselo fácil.

—Quiero que vuelvas conmigo, Mila. —Alexéi dejó su mano sobre la baranda del puente, con la palma vuelta a modo de invitación—. Tú, yo y Slavka. Una familia completa de nuevo. ¿Y qué mejor momento para que tú y yo tengamos un nuevo comienzo que este viaje?

—No —respondí—. No y mil veces no.

Su sonrisa no se inmutó.

—Sé que tendré que ganármelo, kroshka. Cortejarte como es debido, como debí hacerlo la primera vez.

—¿No soy un poco mayor para ti ya? —Había visto sus ojos seguir las caderas casi sin curvas de las muchachas adolescentes que pasaban por la calle Decatur.

—Eras una niña entonces. Ahora eres una mujer. Un hombre llega a un momento de su vida en el que valora a una mujer…

—En el que valora a una heroína de guerra, querrás decir. A una mujer que puede recibir privilegios del Partido. —Si Alexéi ya había pensado en los viajes al extranjero que podría ganarme si sobrevivía a la guerra, estaba segura de que también había pensado en un gran apartamento en Moscú; en celebraciones del Partido en las que fluyeran el caviar y el champán; en regalos y en sobornos y en sentarse a la mesa de honor junto a rutilantes oficiales.

Fama, comodidad, riqueza. Tal vez habría preferido ganarse tales cosas por sí mismo, pero si hacía falta enganchar su troica a una estrella en lugar de convertirse en una, sacaría el arnés y empezaría a

abrochar correas.

Todo cuanto necesitaba era que la yegua tirara del ahogadero que él sostenía.

—Imagina la vida que tendríamos —decía suave, persuasivamente—. Los trajes y las joyas que yo te regalaría, los privilegios para Slavka…

—No soy tan famosa como pareces creer. Esa vida de lujos que tú crees que está al alcance de mi mano…

—Al alcance de nuestra mano.

—Aunque fuera posible, no creo que mi notoriedad durara más que un abrir y cerrar de ojos. ¿Y para qué te necesito? Cualquier cosa que prometas para nuestro hijo yo ya puedo dársela por mí misma. —Ignoré la mano tendida de Alexéi—. Todos esos privilegios de los que hablas proceden de mí.

—Salvo el nombre. —Algo brilló en su sonrisa—. El nombre con el que te hiciste famosa, Mila. Sigue siendo mío.

—El mundo me conoce como Lady Muerte, y eso me lo he ganado yo misma. No debo nada a tu nombre.

—Me debes algo. ¿Acaso no te dejé tener a tu teniente en Sebastopol?

La rabia me ahogó por un momento.

—Déjame…

—Cualquiera habría visto que aquello no iba a durar, así que te dejé tenerlo. Él iba a morir tarde o temprano, o morirías tú, y no le di importancia…, pero la verdad es que pocos esposos habrían sido tan comprensivos. Las cosas son diferentes ahora…

Un tordo salió de pronto de unos arbustos cercanos mientras el observador de aves con los prismáticos pasaba caminando pesadamente por la orilla y sus lentes destellaban. El corazón me dio un vuelco ante el repentino ruido, y la sonrisa de Alexéi se agrandó un poco.

—Me divorciaré de ti en cuanto volvamos a Moscú —le dije, deseando no haber mostrado ninguna debilidad, y regresé hacia el impasible Yuri, que esperaba en la orilla.

Quería salir de aquel bosque. Quería la privacidad de mi habitación de

hotel en Washington. Un lugar donde pudiera encerrarme con llave tras una sólida puerta a salvo tanto de mi marido como de mis anónimos enemigos que dejaban notas de odio.

—Eso no es lo que quieres, Mila.

No me volví, pero pude oír la sonrisa en la voz de Alexéi. Era inasequible a la ira porque siempre sabía mantener el control. Siempre.

—Tú no sabes lo que quieres.

Eso me hizo darme la vuelta, aunque supiera que no debía. Sus ojos brillaban. «¿Estás disfrutando tu pequeña pataleta?», preguntaban.

—Quiero que me dejes en paz —rugí—. Porque nunca, jamás volveré contigo.

—Yo te haré cambiar de opinión —respondió suavemente—. Y, kroshka, te gustará.

—Voy a pedir que el doctor Pavlichenko sea eliminado de la lista de asistentes a la ópera de esta noche —le dije a Krasavchenko en el despacho de la embajada que había hecho suyo—. Recibí instrucciones de no mencionarlo públicamente durante el viaje porque la prensa estadounidense desaprobaría a una mujer que estuviera separada de su esposo. Muy bien, pues quiero más distancia entre él y yo en todos los actos programados.

Krasavchenko pareció confuso.

—Él me dejó claro que los dos estabais considerando la reconciliación.

—Yo no estoy considerando nada. Él me presiona mientras yo trato de centrarme en cumplir con mis deberes, y tú debes procurar que eso acabe. Leí la mirada de Krasavchenko: «Mírala, reaccionando exageradamente como cualquier mujer».

—Quizá si lo pensaras más tranquilamente…

—Estoy muy tranquila, te lo aseguro. A menos que me provoquen, soy una persona extraordinariamente razonable, tranquila y serena. Pero el doctor Pavlichenko está empezando a provocarme. Te garantizo que si él y yo coincidimos en el mismo lugar habrá una escena.

Hubo un suspiro.

—El doctor Pavlichenko no irá a la ópera esta noche.

—Gracias.

«Limítate a acabar el congreso», me dije mientras volvía a mi habitación de hotel. Cuando hubiera vuelto a casa y luego al frente, Alexéi sabría que mis posibilidades de sobrevivir serían demasiado mínimas como para conseguir gran cosa de mi fama antes de que me mataran…

Luego me detuve, pasándome un peine por el pelo corto, al darme cuenta de que llevaba tiempo sin sentir la sombra callada de la muerte junto a mi hombro para recordarme el poco tiempo que me quedaba. Tenía aquel breve lapso antes de que la batalla volviera a consumir mi vida; quizá estaba bien disfrutarlo como lo que era: la larga inspiración final antes de la última zambullida.

«Así que disfruta de la ópera», pensé en un arrebato de tentativa de placer, y desenvolví el vestido de satén amarillo que había comprado en la boutique. Lo primero que me compraba en mucho tiempo… Lo colgué para que se le cayeran las arrugas, luego me puse mi combinación y pasé algún tiempo empolvándome el rostro y aplicándome lápiz de labios. Aún tenía el pelo corto a la altura de la nuca, pero había recuperado sus bucles y su brillo, y apenas resultaba visible la zona en la que me lo habían afeitado después de aquella herida de esquirla. Me lo recogí de un lado y dejé el otro suelto sobre la oreja que a punto había estado de arrancarme el fuego de mortero y aún mostraba marcas de sutura. Una vez que las cicatrices estuvieron bien ocultas, me metí el vestido por la cabeza y empecé a abotonarme la docena de pequeños botones forrados de satén que tenía a la espalda.

Entonces llamaron a la puerta. Es curioso poder reconocer a un hombre por su manera de llamar: la de Krasavchenko era tan prepotente como él mismo; la de Alexéi sonaba insinuante, casi como si se deslizara por debajo de la puerta; la de Kostia era casi inaudible, poco más que un roce de nudillos.

No necesitaba que hablara para saber que era mi compañero.

—Bajaré enseguida. —La habitación solo tenía un pequeño espejo y yo me giraba delante de él para intentar verme la espalda—. Dile a Krasavchenko que tengo que cambiarme.

Sonó entonces la voz de Kostia.

—¿Por qué?

No conseguía verme la espalda. Dejé escapar un resoplido de frustración.

—¿Te importaría entrar?

Mi compañero entró en la habitación, y la visión me hizo levantar las cejas: riguroso traje de etiqueta blanco y negro que contrastaba con su rostro quemado por el sol y su bastón oscuro, que más parecía una espada de caballero que un objeto sobre el que apoyarse.

—Nunca había visto a un lobo vestido de etiqueta —bromeé.

Él no dijo nada y simplemente se quedó mirándome. Yo doblé los brazos sobre mi corpiño de satén amarillo, repentinamente cohibida. Me resultaba extraño sentir tanta piel desnuda: los brazos al aire, los bucles del pelo en la nuca, el satén que se deslizaba sobre las piernas con medias. Mi compañero en realidad solo me había visto de uniforme. Me había puesto un vestido de noche para actos formales en El Cairo, pero la idea de Moscú de un vestido de noche y la de los Estados Unidos eran muy diferentes. El rostro de Kostia estaba completamente blanco.

—Lo compré sin habérmelo probado —dije para llenar el silencio—. La dependienta me aseguró que me estaría bien… No pensé en la espalda.

Me di la vuelta. La espalda del vestido de satén amarillo se abría en una profunda V, y por mucho que me girara yo no podía ver hasta qué punto dejaba mi espalda al descubierto.

—¿Se ve?

La herida de esquirla que me había llevado al hospital en Sebastopol había dejado al curarse una cicatriz alargada y rojiza en forma de tenedor que serpenteaba desde mi omóplato derecho hasta mi columna vertebral. Lena había enfrentado dos espejos para que yo pudiera verla. «Parece que un pájaro de fuego te hubiera dejado la marca de su garra», había dicho alegremente. Nunca había tenido ocasión de sentirme cohibida por la cicatriz. ¿Por qué iba hacerlo? El único que la había visto, además de Lena, había sido Lionia; solía recorrerla cuando me quedaba dormida por la noche con la espalda desnuda acurrucada contra su pecho. El resto del tiempo mi uniforme la cubría. Todas mis ropas la cubrían… salvo aquel estúpido vestido que había comprado por un impulso, porque Lady Muerte quería

ponerse guapa.

A nadie le parecería guapa con mis cicatrices a la vista entre las dos piezas de satén amarillo. Había podido esconder las cicatrices de mi cabeza, las cicatrices de mi oreja, pero no esas.

«Deje que la conozcan», me había aconsejado la primera dama para tratar con los estadounidenses. Pero no querrían llegar a conocerme si mis heridas de combate los espantaban.

—Se ve, ¿verdad? —pregunté mientras el silencio se alargaba.

La voz de mi compañero sonó tranquila, justo detrás de mí, lo bastante cerca como para erizarme la piel.

—Sí.

—Voy a cambiarme. Díselo a Krasavchenko…

Las manos de Kostia se posaron a cada lado de mi cintura. Inclinó la cabeza, apretó la boca contra la piel fruncida de la cicatriz y permaneció así por un instante que pareció eterno.

—Lúcela —susurró pegado a mi piel. El beso empezó en mi omóplato y acabó en mi columna vertebral al final de la cicatriz—. Lúcela con orgullo.

Me quedé completamente paralizada, como si estuviera clavada en el sitio, hasta que oí el clic silencioso de la puerta por el que supe que se había ido.

El francotirador se deslizó hasta el taburete que había junto al ruso alto y rubio que bebía vodka en silencio en el hotel del bar.

—¿Le importa que me siente con usted? —preguntó en su pobre ruso, mostrando fugazmente su falsa credencial de periodista—. Es usted el doctor Pavlichenko, ¿verdad? El médico de la delegación. —Había sacado el nombre de la lista de personal secundario de la delegación que le había proporcionado Pañuelo de Bolsillo.

—El mismo —dijo Alexéi Pavlichenko, claramente halagado por haber sido reconocido—. Siéntese, siéntese. Siempre es un placer conversar en mi lengua materna.

—Incluso con alguien que la habla tan mal como yo, ¿eh? Solía cubrir

la información sobre el Partido Comunista Estadounidense hace unos años… —El francotirador dejó caer algunos cumplidos y fue dejando que la conversación girara en torno a las bebidas. Normalmente no contactaba con personas cercanas a su objetivo de esa manera —solía actuar según la norma de cuantos menos puntos de contacto, mejor—, pero se había documentado lo suficiente como para hablar igual que un reportero durante toda la noche, si era necesario, y algunos cuidadosos cambios en la apariencia (peluca, alzas en los zapatos, voz) hacían muy poco probable que Alexéi Pavlichenko reconociera al francotirador si volvía a encontrárselo una vez recuperado su acento y su color de pelo original.

—Doc —dijo tras pedir una nueva ronda—, he oído que es usted una especie de héroe de guerra. ¿Cómo es que no está en el Teatro Nacional con los demás?

La sonrisa del médico titubeó.

—Uno se cansa de esos actos públicos. Toda la prensa, la atención…

«No te han invitado». El francotirador ya había estado en el primer acto de Madama Butterfly aquella noche vigilando a la delegación soviética, que era el centro de atención, aún más que los cantantes. En el descanso, el público los animó a subir al escenario para saludar. Liudmila Pavlichenko, visiblemente nerviosa y vestida de satén amarillo, había dado un bonito discurso a través de los intérpretes sobre lo encantados que estaban de hallarse en Washington y la urgente necesidad para los rusos de la ayuda estadounidense… Cuando empezaron a pasar el sombrero de las donaciones para el Ejército Rojo, el francotirador se había levantado de su asiento y había vuelto dando un paseo hasta el hotel donde se alojaba la delegación. No solo esta, sino también sus lacayos y escoltas.

—Pero si su apellido —exclamó el francotirador como si acabara de ocurrírsele— es el mismo que el de la francotiradora. ¿Es usted su hermano o su primo…?

—Su marido. —El médico se bebió el vodka en un movimiento rápido.

—Tenía entendido que era viuda —dijo fingiendo asombro.

—Es complicado. —Sonrisa de complicidad—. ¿No lo es todo siempre con las mujeres?

El francotirador ocultó su sonrisa en el vaso. Oyó celos en la voz del otro, envidia, resentimiento, nostalgia…, aquella confrontación en el puente Boulder había sido una discusión conyugal, entonces. No

estaba del todo seguro, dando tumbos por las orillas del arroyo Rock como si fuera un observador de aves local, no había podido acercarse lo suficiente como para oír, y no había querido situarse a una distancia que permitiera que le vieran la cara bajo la visera de su gorra de béisbol, pero el lenguaje corporal entre la chica y el médico había contado su intrigante historia. Su encuentro lo había sorprendido. El francotirador iba siguiendo al médico aquella tarde, no a la chica —reduciendo sus opciones sobre a qué miembro del personal de la delegación acercarse, qué persona utilizar para fijar el marco en torno a Liudmila Pavlichenko. ¿Y descubría ahora que su elección había sido su frustrado y postergado esposo?

A veces el destino hacía regalos.

Otra ronda de bebidas, y el francotirador esperó a que hiciera efecto antes de acercarse aún más en la barra del bar…

—Así que esta asamblea de estudiantes…

Capítulo 26

El titular: LA ASAMBLEA INTERNACIONAL DE ESTUDIANTES SE INAUGURA HOY CON CASI CUATROCIENTOS ESTUDIANTES PROCEDENTES DE CINCUENTA Y TRES PAÍSES. LATINOAMERICANOS, AFRICANOS, ASIÁTICOS Y EUROPEOS SE HAN MEZCLADO EN ARMONÍA Y CON ENTUSIASMO.

La verdad: Los estudiantes de la Universidad de Bombay casi acaban a golpes con el contingente británico de Oxford por la llamada Cuestión India, y la única razón por la que yo no acabé apoyando al joven con turbante que gritaba «¡Obtendremos la independencia al final, perros colonialistas!» fue que Krasavchenko amenazó con desterrarme al Ártico.

—¿Les importa que me los lleve, queridos?

Miré sorprendida a la primera dama, que intercambiaba miradas con Krasavchenko y Pchelintsev. La recepción del día inaugural estaba lejos de haber acabado; los tres nos hallábamos delante de bandejas de canapés intactas y ubicuas copas de un vino blanco templado que parecía pis de cabra, asediados por las preguntas de los periodistas, los invitados de honor de las entidades cívicas y los colegas estudiantes. Krasavchenko estaba aburriendo a un asistente de la Casa Blanca; Pchelintsev recreaba todos sus duelos de combate en Leningrado ante un general estadounidense cargado de medallas, y yo me las veía con una ávida columnista de sociedad que quería conocer mi rutina de maquillaje en el frente. «Me baño en la sangre de mis enemigos», quería decirle. «¡Es sencillamente milagroso para el cutis!». Pero probablemente habría pensado que lo decía en serio, pues los estadounidenses parecían dar por hecho que todos los soviéticos carecíamos de sentido del humor tanto como mi escolta, Yuri.

En suma, todo iba bastante según las expectativas el primer día del congreso. Pero ahora la primera dama quería hablar aparte con los tres.

—Cena en la Casa Blanca —se disculpó por nosotros, llevándose a Kostia por el camino.

Yo esperaba que nos condujeran hasta el comedor de la Casa Blanca que ya conocía y decidí que esta vez no me quedaría embobada mirando las lámparas de araña, los retratos y la porcelana. Pero en esta ocasión nos condujeron hasta un despacho privado con forma ovalada, y yo me quedé boquiabierta por una razón completamente distinta.

En el centro de la habitación había un hombre a solas, sentado en una silla de madera con un respaldo alto, descansando unas manos de largos dedos sobre sus amplios brazos y con una manta de tartán sobre las piernas.

—Les presento al presidente —dijo sin más la primera dama.

Yo ya me había puesto firme sin ni siquiera haberlo decidido, igual que los demás, todos respondiendo a la autoridad que irradiaba aquella silla. La mirada penetrante del presidente nos recorrió mientras Kostia hacía las presentaciones, y supe que sería capaz de dar nuestros nombres y hasta detalles sobre cada uno si dentro de una década le preguntaran.

—Krasavchenko, Pchelintsev, Pavlichenko…, encantado. —Sonrió, y no pude evitar devolverle la sonrisa cuando me tocó adelantarme para estrechar aquella mano larga y nervuda—. Me gustaría oír las experiencias de la dama primero —dijo con una cortés inclinación de cabeza.

«Eres una francotiradora con 309 muertes a tus espaldas», me reconvine. «¡No te ruborices solo porque el presidente de Estados Unidos sea un hombre encantador!». Pero, por el amor de Lenin, qué cercano: me habían dicho que podía esperar una mente aguda y una voluntad de hierro en Franklin Delano Roosevelt, pero no esperaba aquella calidez, aquella energía, aquella imperturbable atención mientras me hacía preguntas a través de Kostia. En qué clase de combates había participado, por qué acciones había sido condecorada, cómo había luchado mi regimiento. A la prensa estadounidense le costaba creer que yo hubiera hecho otra cosa en el frente más que rizarme el pelo para las fotos de propaganda; su presidente no pestañeaba mientras le describía cómo cavaba una trinchera y esperaba durante seis, siete y ocho horas hasta poder hacer el disparo perfecto. Cómo nuestra escasez de armas de fuego era tan alarmante que mi primer fusil llegó a mis manos con la sangre de su anterior

propietario aún húmeda en el cañón.

—Años de guerra —dijo al fin el presidente Roosevelt después de preguntar a mis compañeros delegados—, y nuestro bando no ha logrado en ninguna parte la resistencia que vosotros los rusos habéis opuesto. ¿Se trata de vuestro espíritu militar, de vuestro entrenamiento? ¿Es la habilidad de vuestros oficiales y generales? ¿La unidad entre el ejército y el pueblo? —Ladeaba la cabeza, mirándonos sucesivamente a cada uno de nosotros—. ¿Qué dirían ustedes?

—Es la voluntad —respondí al ver que Krasavchenko vacilaba—. Porque o resistimos y luchamos, o morimos. Pero ni toda la fuerza de voluntad del mundo importa sin balas ni fusiles con que disparar.

—Cuéntenme más —dijo el presidente, tranquilo.

Nos había ganado a todos en cuestión de minutos. La voz autoritaria de la primera dama sonó al fondo y las sillas se movieron, se sirvieron bebidas y se esbozaron mapas rudimentarios con servilletas y agitadores de cóctel mientras nosotros hablábamos y el presidente escuchaba.

—¿Y cómo se sienten en nuestro país? —dijo al final, volviendo a mirar un rostro tras otro—. ¿Han sido amables los estadounidenses con todos ustedes?

Por un instante, pensé en la segunda nota de amenaza que acababa de recibir la mañana del día anterior: MORIRÁS GRITANDO, PUTA ROJA. La misma escritura cirílica, aparentemente salida de la misma mano que la anterior, y al parecer seguían pudiendo llegar hasta mí con la misma facilidad en mi hotel de Washington que en la Casa Blanca. Ya no podía dejar de mirar a mis espaldas cada vez que me aventuraba a salir, por mucho que el embajador soviético se encogiera de hombros y dijera que probablemente no sería nada…

—En todas partes nos hemos sentido huéspedes muy bienvenidos —estaba asegurando Krasavchenko al presidente a través de Kostia—. ¡Son ustedes un pueblo tan hospitalario!

No iba a sacar a relucir mis amenazas de muerte, pero no pude resistirme a decir en inglés:

—A veces sufrimos repentinos ataques.

El presidente frunció el ceño.

—¿Ataques?

—De sus reporteros. —Mantuve el rostro serio, pero dejé que mis ojos sonrieran—. Son muy persistentes. Quieren que lo desvelemos todo.

El presidente Roosevelt sonrió. Qué sonrisa la de aquel hombre. Le gustaban las mujeres, según los informes que nos habían dado en Moscú, y podría decir que yo le gustaba. No pensaba que el corte de mi uniforme fuera poco favorecedor en absoluto. Así que tomé aire y dije…

—¿Podría pedirle…?

—¿Más ayuda activa para la Unión Soviética? —dijo leyéndome sin esfuerzo—. ¿La apertura de un segundo frente en Europa occidental para apartar a las divisiones alemanas de las orillas del Volga?

Asentí. Sabía que aquel segundo frente no era algo tan fácil de poner en marcha como había dado por hecho al llegar al país, pero no iba a fingir que nuestra necesidad de él no era urgente.

Pareció pensativo.

—El señor Stalin ya está al tanto de las dificultades que entraña para nosotros en este momento prestar ayuda más activa a su país. Los estadounidenses aún no estamos preparados para una acción decisiva…

—Actuaron decisivamente después de Pearl Harbor —no pude evitar decir.

Otra de aquellas sonrisas de pesadumbre.

—Cuando se trata de abrir un frente europeo nos frena la necesidad de ayudar a nuestros aliados británicos. Pero de todo corazón… —Otra de aquellas corteses inclinaciones de cabeza desde la silla—. Apoyamos a nuestros amigos rusos.

—Bueno —musitó Krasavchenko después, cuando nos dirigíamos a nuestra verdadera cena y el presidente se hubo disculpado por tener que acudir a otro acto—, no ha servido de nada.

—¿Creía que iba a llevarse la mano al corazón y prometernos un ejército sobre la marcha? Si lo hubiera hecho, no habría confiado lo más mínimo en él. —Sonreí—. Somos estudiantes, no negociadores. Lo único que podemos hacer es proponer. Al menos, él nos ha escuchado,

a diferencia de los periodistas.

Inesperadamente, Kostia habló con su voz tranquila, que sonó sobre nuestros pasos amortiguados por la lujosa alfombra.

—Es un hombre al que se podría seguir bajo fuego de mortero.

—Me hace pensar… —Me detuve, intentando encontrar las palabras —. Puede que aquí yo no sea más que una estudiante, pero no tengo por qué ser inútil. Si un hombre como él es capaz de guiar a su nación sin ayuda de nadie a través de una depresión económica y de una guerra mundial, yo puedo aprender a dar discursos sin sentirme como un cervatillo atrapado bajo los focos, ¿no?

Kostia no respondió, pero sus ojos se encontraron con los míos por primera vez desde la ópera. Había algo en su mirada que quemaba, y no podía evitar que el estómago se me encogiera en una reacción confusa, caótica, incluso mientras nos conducían hacia otra larga mesa de comedor de funcionarios e invitados de la Casa Blanca. El último día del congreso se cumplirían seis meses de la muerte de Lionia…

Sentí alivio al apartarme de mi compañero y tomar asiento junto al asesor presidencial Harry Hopkins, que me retiró la silla con algo parecido a un guiño. Desde nuestro primer encuentro, yo le había gustado, y a pesar de todos mis instintos de conservar mi reticencia hacia los estadounidenses, él también me había gustado a mí. Al igual que su jefe, era alguien que hacía preguntas y de verdad escuchaba las respuestas. Yo había estado vertiendo todos los datos que pude en aquel oído receptivo.

—¿Qué piensa usted del presidente?

—Es un honor poder llamarlo aliado —respondí con mi más elegante tono diplomático, murmurando un spasibo al camarero que me llenó la copa.

—Señora Pavlichenko, he oído que la compañía tabacalera Philip Morris le ha ofrecido un contrato —dijo una mujer al otro lado de la mesa—. ¡Quieren poner su imagen en los paquetes de cigarrillos! ¿Qué tienen que decir de eso?

—Pueden irse al diablo —dije en inglés, abandonando el elegante tono diplomático, y la mesa estalló en carcajadas.

—Los paquetes de cigarrillos podrían ser solo el comienzo —murmuró la primera dama, y yo ladeé la cabeza para escuchar.

—¿Qué quiere decir, señora Roosevelt?

—Oh, nada. —Sus ojos sonreían sin duda—. Solo he tenido una idea…, y creo que el presidente, después de haberlos conocido a todos ustedes, está dispuesto a aceptarla.

Segundo y tercer día del congreso. Largos y tediosos discursos que solían ir seguidos de encendidos debates. Responder preguntas acerca de mi uniforme; intercambiar historias de ponencias universitarias con una chica dentuda de York y un muchacho con mejillas delicadas de Pekín que apenas parecía tener edad de afeitarse. Aplaudir a los delegados que aprobaron un Memorándum Eslavo de Condena al fascismo alemán.

—Qué amable por su parte llegar a la conclusión de que el fascismo es condenable —le susurré a Yuri—. Impaciente estoy por informar al camarada Stalin de su decisión. ¡Se va a sentir tan aliviado!

Pero ni siquiera aquello alteró la expresión facial de mi escolta, que siguió vigilando desde el fondo de la habitación con unos ojos pequeños y brillantes mientras los flashes estallaban. La primera dama insistió en posar para los fotógrafos entre Pchelintsev y yo, tomando firmemente nuestras manos en las suyas grandes y hábiles. Tal vez su esposo no pudiera prometer ayuda con la celeridad que nosotros necesitábamos, pero ella se aseguró de que ningún fotógrafo se marchara sin capturar esa imagen nuestra con las manos unidas, un símbolo visible de la alianza militar soviético-estadounidense.

—Te estás acostumbrando a los focos al final —murmuró Alexéi el último día del congreso. Se estaba celebrando la recepción de clausura en los jardines de la Casa Blanca; la tarde tibia y soleada proyectaba mi sombra por delante de mí, alargada y oblicua—. Bien hecho, kroshka.

—Ta mère suce des ours —le dije.

Una expresión que me había enseñado una estudiante francocanadiense durante una pausa para fumar mientras discutíamos sobre cómo librarse de los conferenciantes sobones; un tema de conversación que las universitarias pueden tratar por encima de todas las fronteras del mundo y barreras lingüísticas. Yo le había enseñado a ella a decir «métete las sucias manos en el bolsillo» en ruso, y ella me había enseñado a mí ta mère suce des ours, que al parecer quiere decir «tu madre se lo hace con osos». «Es aún más insultante de lo que suena en la traducción», me había advertido, y yo sonreía ante la cara perpleja de Alexéi mientras me alejaba para

unirme al grupo de estudiantes de Montreal. Estaba decidida a disfrutar de aquella última recepción. En Moscú habría sido una ceremonia complicada con mesas blancas adornadas, trajes oscuros y largos discursos, pero la primera dama la había convertido en una fiesta de jardín: estudiantes que paseaban con bandejas de papel repletas de sándwiches y botellas de cristal de Coca-Cola, y un decadente y delicioso ragtime que sonaba en una radio invisible. El presidente Roosevelt aún tenía que unirse a nosotros, y podía sentir vibrar a la multitud de invitados mientras lo esperábamos, pero hasta que llegó las cosas siguieron discurriendo de manera decididamente informal. Yo acabé contándole a un asistente de la Casa Blanca mi paseo por el puente Boulder en el parque del arroyo Rock, y me quedé asombrada cuando el asistente me dijo que el presidente Roosevelt una vez había perdido un anillo de sello allí durante una excursión.

—¿El presidente Roosevelt estaba haciendo senderismo?

—Fue su primo el presidente Teddy Roosevelt, hace cuarenta años —explicó el asistente—. Perdió su anillo favorito allí, y puso un anuncio en el periódico: «Anillo de oro perdido cerca del puente Boulder en el arroyo Rock. Si alguien lo encuentra, devuélvalo al 1600 de la avenida Pensilvania. Pregunte por Teddy». —Se echó a reír, al igual que los estudiantes de Montreal—. El anillo nunca apareció…

Sonreí mientras respiraba hondo para inhalar el olor de la hierba recién cortada, dejando que el asistente me pusiera un sándwich en la mano —esa salchicha que los estadounidenses llaman «perrito caliente»—. La comida me parecía que brillara en tecnicolor, como si estuviera hecha de plástico en lugar de cocinada.

—No está mal —dije probando mi primer bocado—. ¿Es perro de verdad?

—¡Señora Pavlichenko, qué cosas tiene usted!

—¿Por qué? Ya comen cosas peores que perro en Leningrado a estas alturas.

En medio de la fluida conversación, la observación fue un rotundo fracaso, pero la señora Roosevelt vino a socorrerme, suavizando el momento.

—Ya sabe usted —dijo llevándome a un lado— que llevo mucho tiempo planificando este congreso. La idea era promocionar los valores estadounidenses en el contexto de la juventud internacional…, pero ustedes los rusos han cambiado ese plan.

Di un sorbo a mi Coca-Cola a través de la pajita. Demasiado dulce y demasiado fría, como chupar cuchillas de afeitar azucaradas.

—¿Cómo, señora?

—Todos los delegados son elocuentes —ja, eso era mentira, a ella Krasavchenko le producía el mismo fastidio que a mí—, pero ustedes los rusos ponen una particular pasión al hablar de la guerra, querida Liudmila. Casi duele escucharles.

—Siento si es doloroso oír la verdad —empecé a decir con tirantez, pero ella posó una mano apaciguadora sobre mi brazo.

—No, está bien que duela. Nosotros, los estadounidenses, nos hemos acostumbrado a ver la guerra desde la distancia. —El privilegio de vivir, como dijo una vez el canciller Otto von Bismarck, junto a vecinos menos poderosos al norte y al sur, y con nada al este ni al oeste más que peces.

»Incluso el terrible ataque contra Pearl Harbor se produjo a miles de kilómetros de aquí. Ustedes nos han ayudado a poner un rostro visible al precio de la guerra vista desde la propia patria. La sangre y el sufrimiento de vecinos y seres queridos en la propia ciudad… Ustedes lo han hecho real e imposible de ignorar. Gracias por ello.

Hizo una pausa, pero yo no dije nada. Aún no estaba completamente segura de cómo tratar a aquella atenta dama que a todas luces pretendía seducirnos. El presidente Roosevelt podría haber sido un hombre privilegiado, pero sus piernas tullidas claramente le habían proporcionado una aguda comprensión del sufrimiento. No estaba tan segura de que la primera dama lo tuviera. Era amable, muy inteligente, muy considerada a la hora de hablar de poner rostro visible a la guerra… Pero ¿qué sabía ella de la guerra en realidad?

Y, aun así, no había olvidado lo que me dijo el primer día en la mesa del desayuno. Si podía ver los rostros de mis enemigos a través de mis miras, eso no haría fácil que yo agradara a los estadounidenses.

Sonrió, sin ofenderse por mi silencio.

—Tengo la esperanza de que el país entero escuche lo que ustedes tienen que decir.

—Pero regresamos a Moscú en unos días. —Estaba impaciente.

Aquella celebración en los jardines de la Casa Blanca sería la última, y

yo me alegraba. El viaje a Washington habría tenido sus momentos agradables, pero quería sentir la tierra de mi país bajo los pies de nuevo. Quería saber que estaba al menos en el mismo continente que mi Slavka.

—Su embajador aún tiene que informarles, pero ha habido un cambio de planes… —La irrupción de Alexéi con una reverencia en la conversación interrumpió a la primera dama.

—Le ruego mil perdones a la primera dama —susurró en ruso haciendo el gesto de besarle la mano—. Necesito robarte un momento, kroshka. Me han dicho que te enseñe el jardín de las rosas antes de que llegue el presidente Roosevelt y la velada se convierta en un caos.

Yo estaba a punto de decirle que no tenía ninguna intención de pasear entre rosas con él jamás, pero la primera dama intervino. Aunque ella no hablaba ruso más allá de da, niet y spasibo, había oído el nombre de su esposo.

—¿Quiere saber cuándo viene el presidente? —preguntó, mirándome—. No podrá pasarse esta noche tal como tenía planeado, por desgracia. Le ha surgido otro asunto, pero no se preocupen; tendrán más ocasiones de reunirse con él. —Desplegó una amplia sonrisa—. Por insistencia mía, el presidente ha invitado a toda la delegación soviética a prolongar su estancia. Harán ustedes una gira por otras ciudades de nuestro país para dar mayor publicidad a su lucha contra Hitler. ¡Su embajador me ha dicho que acaba de llegar el visto bueno de Moscú!

Ante su entusiasmo, me esforcé por no mostrar mi decepción en el rostro.

—¿Cuánto va a prolongarse la visita, señora?

—Eso se decidirá más adelante. El plan inmediato es enviarlos a todos ustedes a Nueva York mañana en el expreso Washington-Nueva York. —Bajó la voz—. He solicitado que usted especialmente, Liudmila, tenga la oportunidad de hablar más. Creo que el pueblo estadounidense responderá ante una mujer. Y no ante cualquier mujer, sino ante usted.

—Pensé que le preocupaba que no me aprobaran —no pude evitar decir.

Ella sonrió.

—Creo que usted tiene el poder de hacer cambiar de opinión.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Alexéi en ruso. Yo lo ignoré, tratando de estar a la altura de la evidente alegría de la señora Roosevelt mientras a mí el alma se me caía a los pies. Al final, no volvía a casa.

El pañuelo de bolsillo de Pañuelo de Bolsillo aquel día era rojo en lugar de azul, y él tenía el rostro aún más rojo.

—Explíquese —le susurró al francotirador sin mediar saludo. Se habían reunido esta vez ante el monumento a Washington, viendo pasar las nubes por la punta de la gran aguja de piedra, manteniéndose fuera del alcance del oído de la muchedumbre de turistas—. ¡El congreso ha acabado y no ha habido un solo tiro! ¿Ha perdido los nervios o qué…?

—El presidente no asistió —dijo el francotirador tranquilamente, tocándose el sombrero al paso de una guapa y joven madre que paseaba a un bebé en su carrito en dirección al monumento—. Un cambio de planes de última hora.

Una verdadera lástima, porque todo había ido como la seda hasta entonces: el francotirador se las había arreglado para apartarse del grupo de fotógrafos, desaparecer en los jardines y empezar a preparar el disparo de precisión que habría alcanzado a Roosevelt entre los ojos en el momento en que hubiera aparecido en el porche. Y hasta había convencido a aquel idiota del médico ruso de que llevara a su mujer hasta el jardín de las rosas para que ella estuviera sospechosamente ausente de las celebraciones cuando se produjera el disparo. «Yo me agazaparé y conseguiré unas magníficas fotografías de los dos para la prensa de mañana», le había prometido el francotirador en el bar del hotel. Y el médico, hasta arriba de vodka para entonces, sintió tal entusiasmo por ver su rostro en los periódicos junto al de su mujer que ni siquiera necesitó el incentivo de un par de billetes. Ni la menor sospecha de estar siendo manipulado; el marido cómplice ayudando a su esposa asesina a matar al presidente. «Habría sido una bonita pareja de fotos policiales en los periódicos», pensó melancólicamente el francotirador.

Bueno.

—Le advertí que incluso los mejores planes pueden torcerse —le dijo a Pañuelo de Bolsillo, que no había salido de su apoplejía—.

Afortunadamente, la gira soviética por Estados Unidos se ha prolongado, así que tendremos muchas más oportunidades mientras Pavlichenko siga aquí para cargar con las culpas. Se ha marchado a Nueva York; necesitaré una copia de su nuevo itinerario.

El francotirador hizo una pausa, frunciendo el ceño. Su falsa identidad de periodista le había servido hasta entonces, pero la primera dama parecía haberse encariñado con Liudmila Pavlichenko, y si aparecían juntas en actos de la gira, Eleanor Roosevelt insistiría en contar con mujeres periodistas. Otra de las debilidades de la zorra caballuna era algo sobre una mayor presencia de mujeres en las plantillas de los periódicos. Como si el mundo necesitara más vacas parlantes.

—Puede que necesite otra identidad —dijo el francotirador, más para sí mismo que para Pañuelo de Bolsillo, y se alejó de la aguja de piedra del monumento a Washington sin despedirse.

Lady Muerte estaba en Nueva York; había tiempo de sobra para trazar un plan.

—Yo querría estar en Stalingrado. —Hablé en el silencio del coche, pero, aun así, no estaba segura de que Kostia hubiera podido oírme entre el sonido de las sirenas y el estruendo de los motores de motocicleta del convoy que encerraba al Cadillac.

Dos vehículos habían recibido a nuestra delegación en la estación de tren de Nueva York; Krasavchenko, Pchelintsev y sus escoltas habían atravesado un túnel de flashes de cámaras y periodistas vociferantes hasta el primer coche, y yo me había lanzado de cabeza hacia el segundo con mi compañero, mientras Yuri subía con el chófer al otro lado de la mampara del interior.

—He oído que los alemanes están atacando el Volga —continué—, abriéndose camino hasta las afueras de Stalingrado. —Los soldados del Ejército Rojo estarían retirándose de calle en calle, escaramuzando desde los tejados y los edificios bombardeados: una situación perfecta para los francotiradores—. Podía vernos claramente a Kostia y a mí allí, camuflados entre los escombros de tuberías destrozadas y muros derruidos, masticando té seco y azúcar, con los ojos gemelos de los cañones de nuestros fusiles fijos en nuestros enemigos.

Pero allí estaba en un Cadillac en lugar de eso, avanzando a paso de tortuga en un atasco por la ciudad más brillante y ajetreada que hubiera visto nunca. Cuanto más nos acercábamos a Central Park, más

profundo se volvía el rugido de la multitud que nos rodeaba. El corazón se me iba a salir por la garganta. Washington me había resultado abrumadora, pero el ruido de la ciudad de Nueva York me hacía querer salir corriendo y meterme en una trinchera.

Y quizá mi creciente crispación de nervios tenía algo que ver con la tercera nota amenazadora que había encontrado…, esta vez esperándome en el bolsillo de mi abrigo cuando subía al tren con destino a la ciudad de Nueva York. Quienquiera que fuese, me había seguido desde Washington, había estado lo bastante cerca como para tocarme, y podía haberme hundido un cuchillo entre las costillas en lugar de deslizarme una nota en el bolsillo que decía VOY A DESTROZARTE EL CRÁNEO CON EL CAÑÓN DE TU PROPIO FUSIL, PUTA ROJA ASESINA.

No me importaba que la embajada no estuviese preocupada; que lo desdeñara como «otro loco americano». Me estaban acechando, y me hallaba desarmada en un territorio que no conocía, algo que para un francotirador resulta terrorífico.

Y, para rematar todo eso, yo tenía que dar un discurso en aquel parque inmenso y cacofónico atestado de gente que probablemente estaría de acuerdo en que yo era una puta roja asesina.

—Lionia me contó que diste tu primer discurso en Sebastopol. —Kostia miraba hacia delante, y habló en voz baja y calmada, pero su hombro presionaba el mío como si estuviéramos tumbados codo con codo en una trinchera esperando para disparar. Él sabía de las amenazas, pero yo les había quitado importancia; no quería que me viera asustada—. ¿Cómo te preparaste entonces?

—Le pregunté a Lionia. —Mi voz se quedó atrapada en su nombre y tuve que esforzarme en tragar saliva—. Le pregunté cómo alguien como yo, que dispara a gente desde lejos intentando siempre no ser vista, podía presentarse bajo los focos delante de una multitud para dar un discurso.

—¿Y qué dijo él?

—«Cállate, Mila, estarás brillante».

—Tenía razón. —Kostia me miró de frente—. Tú siempre estarás brillante.

—Pero…

Mi compañero levantó una mano, sosteniéndola horizontalmente a la altura de los ojos. Yo dejé de hablar y levanté la mía. Mi pulso podría estar disparado, pero tenía la mano firme como el granito. Con amenazas o sin ellas, con multitud o sin ella. Kostia sonrió. No con la boca, sino con los ojos, donde solo yo podía ver su sonrisa.

No pude evitar devolvérsela, mientras el extraño caos de emociones contrarias volvía a desatarse en mi estómago. Alivio e incomodidad, ternura y confusión, cautela y…

El Cadillac enfiló la entrada principal de Central Park y el rugido se redobló. Las multitudes empujaban por todas partes, apenas contenidas por la comitiva. Las miré y luego volví a mirar a Kostia.

Inspira, espira.

—¿Vigilarás mi espalda?

—De aquí a Stalingrado.

El coche se detuvo.

—Me gustaría estar armada —protesté mientras las puertas se abrían, y entonces salí blandiendo una sonrisa en su lugar.

El sonido rugía en mis oídos; unas manos me empujaron hacia adelante y unos hombres fornidos con chaqueta nos subieron a hombros a Kostia y a mí. Nos llevaron atravesando la muchedumbre hasta el escenario, donde el alcalde de Nueva York estaba diciendo algo a través de un micrófono acerca de la lucha colosal entre el pueblo ruso y los fascistas alemanes.

Y entonces llegó el momento de que yo hablara.

Contemplé un mar de rostros y un océano de cámaras. «No falles», pensé. «No falles».

—Queridos amigos. —Oí mi voz elevarse como si tuviera que alcanzar las agujas de aquellos vastos rascacielos. Kostia repitió mis palabras en su propio micrófono, intensas y sonoras—. Hitler está intentando desesperadamente paralizar a nuestras naciones unidas antes de que nosotros los Aliados logremos hacer lo mismo con él. Es una cuestión de vida o muerte que los pueblos amantes de la libertad de nuestros países unan sus fuerzas y se brinden ayuda en el frente. Más tanques, más aviones, más munición.

Afiancé mis botas en el suelo, me agarré las manos a la espalda. Encontré en mí la rabia que un año en el frente no había logrado matar, y entonces la dejé arder en mi voz. Estaba hablando en ruso y, aunque aquellos neoyorquinos no pudieran entender mis palabras, entendían mi fuego. Mi rabia. Mi voluntad.

«Nos ayudaréis», pensé. «Nos ayudaréis en esta guerra, o moriré intentándolo».

Aún vacilaba a veces. Aún tartamudeaba. Pero aquel era mejor que el discurso que había dado en Sebastopol, mejor que las declaraciones que había hecho en las ruedas de prensa de Washington, y el clamor de la multitud cuando acabé casi hizo estallar mis oídos dañados por los bombardeos.

Quizá no me consideraban una puta asesina roja, después de todo…

Permanecí en el escenario mientras los aplausos caían sobre mí como si fueron morteros, oyendo a miles de estadounidenses decir mi nombre, y por primera vez me pregunté si Alexéi estaba en lo cierto. Si aquel resplandor de fama que de alguna forma había adquirido iba a durar más que la fugaz llama de una cerilla.

Capítulo 27

El titular: EL ALCALDE DE NUEVA YORK FIORELLO LA GUARDIA ENTREGA A LA DELEGACIÓN SOVIÉTICA UN MEDALLÓN EN HONOR DE QUIENES LUCHAN CONTRA EL FASCISMO Y PAUL ROBESON CANTA «BROAD IS MY NATIVE LAND» [VASTA ES MI PATRIA] CON UNA VOZ DE BAJO TAN OSCURA Y BRILLANTE COMO SU ROSTRO. RECIBIÓ AMBOS HOMENAJES LA ENCANTADORA JOVEN FRANCOTIRADORA LIUDMILA PAVLICHENKO, CUYO DISCURSO ENCONTRÓ EL ENTUSIASMO DEL PUEBLO DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK. LA SEÑORA PAVLICHENKO SE DIRIGE AHORA A BALTIMORE…

La verdad: Cuando las mujeres se hacen famosas, hombres extraños salen de la nada.

—¡Su discurso ha sido brillante, señora Pavlichenko, absolutamente brillante!

—Gracias, señor Jonson. —Yo trataba de liberar mis dedos de la mano del hombre que tenía delante, pero él parecía decidido a arrancármelos de la mano, con unos ojos resplandecientes de fervor sobre un cuello almidonado y un traje de raya diplomática.

—Casi tan brillante como el que dio en Nueva York.

—Señor Jonson, era el mismo discurso…

—¡La primera vez que la oí fue en Nueva York, y la he seguido hasta Baltimore solo para oírla hablar de nuevo!

—¡Qué… comprometido! —Mi sonrisa cordial iba desapareciendo; volvía a devolverla a su lugar mientras Kostia traducía.

Normalmente, intentaba hablar en inglés cuando conversaba durante aquellas recepciones y actos, pues no me gustaban las instrucciones de la embajada sobre usar al intérprete para todas las preguntas, pero

William Patrick Jonson —millonario estadounidense, excéntrico comprometido, propietario de una compañía metalúrgica y, al parecer, prendado de la joven francotiradora— me había hecho buscar refugio tras el doble escudo de mi lengua materna y de Kostia. Y no es que Kostia fuera de gran ayuda; se estaba divirtiendo tanto con mi nuevo pretendiente que casi sonreía.

—Te sacaré las muelas de un puñetazo como no quites esa sonrisa de satisfacción —le advertí en ruso sin dejar de sonreír al señor Jonson.

—El señor Jonson desea saber si visitaría usted su residencia a las afueras de Nueva York —dijo Kostia con rostro serio—. Posee una gran colección de vanguardistas rusos de comienzo de siglo.

—Dile que puede tirarse desde el puerto de Baltimore.

—La señora Pavlichenko prefiere la obra de los Peredvízhniki —tradujo Kostia—, sobre todo, de Vasili Vereshchagin.

—Compraré algunos Vereshchagin, señorita Pavlichenko, solo con que usted acepte la invitación. —El millonario estadounidense seguía frotándome la mano como si intentara devolverle el calor tras la congelación—. Y podría usted conocer a mi madre…

«Por el amor de Lenin».

—Señor Jonson, me temo que tengo que marcharme muy pronto. La delegación soviética ha sido invitada a pasar una semana en la finca familiar del presidente.

—Estará encantada de conocer a su madre cuando regrese —tradujo Kostia. Temblaba de risa cuando conseguí liberarme.

—Te prometo que el número 310 en mi cuenta vas a ser tú —le dije a Kostia en un susurro mientras salíamos del atestado salón de la recepción de Baltimore—. Porque pienso dispararte por la espalda en cuanto nos manden de vuelta a Stalingrado después de este circo.

—Lady Medianoche, yo siempre estoy a su espalda.

Intercambiamos rápidas sonrisas. No había incomodidad entre nosotros, pero sí cautela; conversábamos en lugar de salir y entrar del cómodo silencio, y me oí a mí misma decir alegremente:

—¿Vienes a Hyde Park? Si Alexéi se las ha logrado para incluirse, seguro que tú puedes también.

—¿Alexéi viene? —Hyde Park era la finca rural de Roosevelt junto al río Hudson; la primera dama había invitado a la delegación soviética, a los estudiantes británicos y también a varios holandeses y chinos—. Pensaba que Krasavchenko estaba de acuerdo con dejarlo fuera.

—Dice que necesita atender la reciente enfermedad de Pchelintsev.

—Pchelintsev tiene fiebre del heno.

—Eso es lo que yo dije, pero ¿alguien me hizo caso?

Alexéi estaba allí con el resto de la delegación, metido con calzador entre Kostia y yo cuando llegamos a Hyde Park. Vi que sus ojos se volvían codiciosos ante la visión de la elegante casa colonial con sus columnas y pórticos, sus acres de verdes prados alrededor y sus árboles mecidos por la brisa.

—No me importaría llegar a tener una dacha alguna vez —suspiró, poniendo una mano acariciadora en mi espalda baja mientras el grupo de dirigía hacia la entrada—. Tendremos algo parecido a esto. Espacioso, bien equipado, cerca del bosque para cazar de cuando en cuando… ¿Qué te parece, kroshka?

Me aparté de su mano sin decir nada porque las palabras eran inútiles. Claramente, su plan era desgastarme por pura persistencia hasta que estuviera tan cansada de decir que no que acabara aceptando. Los insultos no lo desalentaban; el silencio, tampoco… y aunque tal vez hubiera recibido alguna advertencia por parte de la delegación sobre no provocar ninguna escena pública embarazosa a mi alrededor, le sobraba tiempo lejos de las cámaras y de ojos estadounidenses para continuar su campaña. «Esa es mi mujer», no dejaba de decir como si fuera casualmente delante de los demás miembros de la delegación. «Hemos estado separados, pero ella era demasiado joven… Ya saben lo variables que pueden ser las chicas jóvenes, ¿no? Tenemos muy buena relación ahora…».

«Evítalo», pensé, mirando la vasta extensión verde de la finca y las dependencias de invitados en las que Yuri y el resto de los escoltas ya habían entrado con el equipaje. Al menos, allí había espacio de sobra para hacerlo.

El aire fresco del campo debería haber sido un alivio después del ruido y el humo asfixiantes de Nueva York y de Baltimore, pero por alguna razón mis sueños de aquella noche estuvieron llenos de telarañas y pesadillas. Lionia moría en mis brazos una y otra vez, y cada vez que lograba salir de ese sueño, me sumía en otro en el que una figura

siniestra me acechaba por las calles vacías de Washington mascullando «zorra comunista»…, «puta roja»… Me desperté jadeando al oír el susurro «vas a morir aquí».

—No voy a morir aquí —dije en voz alta en mi habitación en penumbra.

Ningún loco podía hacer llegar sus notas con sus intenciones asesinas hasta aquel remoto escondite presidencial rodeado de servicio secreto y bosque. Pero sabía que no volvería a pegar ojo, así que en cuanto comenzó a amanecer, me metí un vestido de día floreado por la cabeza y me escabullí de la casa para dar un paseo…, solo para encontrarme con el pilar de cemento de Yuri.

—¿En serio? —estallé—. Estamos en el lugar de retiro presidencial. Todo está cerrado a cal y canto, no habría manera de encontrarme con indeseables en los alrededores ni aunque lo quisiera, lo que no es el caso. ¿No puede irse a dormir por una vez y dejarme dar un paseo sola?

—Eso sería incumplir mis directrices, camarada Pavlichenko.

Bueno, merecía la pena el intento.

—¿Le importaría quedarse un poco atrás, entonces? —suspiré y me encaminé hacia los jardines, lejos del ajetreo de los preparativos del desayuno que ya podía ver en la casa principal, de la que los sirvientes entraban y salían.

El parque circundante estaba adornado de senderos, lechos de flores de otoño, glorietas para sentarse a perder el tiempo, y todo era sol y quietud a la luz de la mañana en contraste con la oscuridad del bosque. Respiré hondo; no me había dado cuenta hasta entonces de lo desesperadamente que echaba de menos la tranquilidad, el silencio, el espacio para respirar. Los francotiradores son solitarios, después de todo, y entre Yuri, los omnipresentes periodistas y mi agenda de intervenciones no tenía demasiado tiempo para mí misma. Mis terrores nocturnos se desvanecieron rápidamente mientras caminaba hacia el agua; una orilla estaba atestada de juncos, mientras que la otra contaba con una cabaña de baño, una hilera de pequeños botes y un pequeño muelle.

Al final del muelle, mirando hacia el agua…

—Tendría que haberme imaginado que te encontraría aquí, lejos de todo el mundo —le dije a la espalda de Kostia mientras me dirigía

hasta él tras hacer un gesto a Yuri para que se quedara en la orilla.

Mi compañero estaba fumando un Lucky Strike; los dos nos habíamos acostumbrado a los cigarrillos americanos, así que encendió otro y me lo pasó. Nos quedamos mirando al agua durante un cuarto de hora de silencio cómplice mientras el humo se elevaba de nuestras manos ahuecadas.

—Tres —dijo al fin.

—Tres —asentí—. La cabaña de baño…

—Tras la línea de árboles…

—Y entre los juncos de la otra orilla. —Agucé la vista en aquel punto, planeando mentalmente una trinchera.

—Difícil mantener tu arma seca ahí.

—Menos mal que no tenemos que dispararle a nadie esta mañana.

Me acabé el cigarrillo y aplasté la colilla bajo el talón mientras observaba la hilera de pequeños botes.

—Cuando era niña en Belaya Tserkov, mi hermana y yo solíamos coger un bote de remos de fondo plano y salir al río de vez en cuando. Lo llamamos Roble Cosaco y hacíamos como que íbamos remando al Polo Norte en busca de Morozko. —Recordaba haberle dicho a Kostia en Odesa lo mucho que me recordaba al dios del invierno de los tiempos antiguos, silencioso como la nieve y peligroso como él. Me aclaré la garganta, acerqué la embarcación más cercana, una estrecha, cubierta de cuero, con dos remos cortos que estaba bastante segura de que los americanos llamaban canoa—. ¿Probamos? La primera dama dijo que nos sintiéramos como en casa.

Kostia saltó a la canoa antes de que hubiera acabado de hablar. Yo me senté a su lado al tiempo que él daba el primer impulso para apartarnos del muelle.

—¡Solo hay espacio para dos! —le grité a Yuri, por si había tenido el menor pensamiento de unirse a nosotros, y empezamos a remar rítmicamente en busca de aguas más profundas.

Disfrutaba del ardor en mis hombros, aunque prefiriera el lado sin cicatriz, y saboreaba la cristalina extensión de agua y el crujido de los juncos.

—A Lionia le habría gustado esto —me sorprendí diciendo. Casi podía verlo en la canoa con nosotros, su pelo rubio agitado por el viento.

—A él no le gustaba el agua —dijo Kostia, mirándome sobre su hombro—. Solía meterme con él por eso.

—Oh. —Algo que no sabía del hombre en el que pensaba como mi segundo esposo.

En mi imaginación, él extendía una mano y me metía un mechón de pelo por detrás de la oreja. «Hay muchas cosas de mí que no tuviste oportunidad de saber, milaya».

Y ya no las sabría nunca. Había perdido mi oportunidad, mi segunda oportunidad en el amor cuando el mundo me ofreció a Lionia después de haber cometido aquel monumental error en mi primer intento de matrimonio. Es difícil tener una segunda oportunidad de disparar cuando se ha fallado la primera vez; la vida como francotiradora me había enseñado eso; pero el mundo había sido lo bastante generoso como para dármela, y yo había vuelto a fallar…

—La señora Roosevelt dice que hay una magnífica biblioteca en la casa —dije solo por decir algo—. Me vendrían bien libros nuevos que leer para practicar mi inglés. Quizá podamos encontrarte algo que no sea Guerra y paz.

Los hombros de Kostia seguían flexionándose y relajándose al tiempo que movía los remos en el agua.

—Me vuelvo a Washington mañana.

Me quedé sorprendida.

—¿Vas a dejar la delegación?

—Solo por unos días. Protestaré en privado a Krasavchenko, le diré que no me parece bien quedarme en un palacio presidencial construido a costa de las espaldas de las masas, y le pediré volver a la embajada el resto de la semana. —Un fugaz tono de diversión adornó su voz—. La verdadera razón… es que quiero pasar un día en Nueva York antes de tomar el expreso Nueva York-Washington.

—¿Nueva York?

Dejó de remar, y la canoa quedó a la deriva en mitad del cristalino espejo del agua.

—Mi abuela. ¿Recuerdas que te hablé de ella?

La muchacha estadounidense que había llegado a Rusia antes de la revolución junto a un grupo de misioneros llena de ideas románticas sobre las nieves y las noches blancas de Siberia para casarse con un revolucionario y quedarse allí. Asentí, recordando la noche que me había confiado aquella historia —un bosque a las afueras de Sebastopol, de celebración con Vartanov y el resto de nuestro pelotón cuando todos aún estaban vivos y reían—. Era extraño pensar que casi había olvidado que Kostia era en parte estadounidense a pesar de que había pasado las últimas semanas en Estados Unidos, empleando su fluido inglés en lugar de su fusil.

—Tengo familia en Nueva York —continuó Kostia, aún sentado de espaldas a mí—. Primos a los que no he visto nunca. Probablemente no saben que existo. He investigado un poco muy discretamente. He localizado al menos a la hermana de mi abuela. Aún vive y reside en Ridgewood.

—Kostia, el riesgo… —Había logrado mantener ocultos sus vínculos estadounidenses durante tanto tiempo, perdida ya o destruida toda documentación relevante, que incluso había pasado todos los controles para que le permitieran formar parte de aquella delegación.

Si a estas alturas se descubría que tenía parientes que no había revelado…, no quería ni imaginar las consecuencias. Sin ninguna duda, serían espantosas.

—No me costará obtener el permiso para volver a Washington solo… No asignan escoltas a gente insignificante como yo. Y me inventaré una historia sobre haber perdido el último tren y tener que pasar la noche en Nueva York. No sospecharán.

—¿Y qué harás? ¿Presentarte en la casa de tu tía abuela y llamar a la puerta?

—Tal vez llame. O tal vez solo pasee por las calles en las que mi abuela creció —vaciló—. No lo sé.

Traté de imaginarme a una familia irlandesa de Nueva York encontrando a aquel fibroso lobo siberiano en su portal, un primo del otro extremo del mundo. «Suerte tendrás si no te cierran la puerta en las narices», pensé.

—Si necesitas una coartada, yo te cubro —dije sumergiendo mi remo en el agua de nuevo para devolvernos a la orilla.

—Ojo —dijo Kostia—, tiene muy poco calado…

Demasiado tarde. Mi remo hizo que la canoa volcara y antes de haber podido darme cuenta ya estaba en el agua.

«La célebre Lady Muerte y su compañero francotirador», se burló cariñosamente Lionia mientras Kostia y yo nos revolvíamos y chapoteábamos. «¡Ahí tienen las miras más letales de Sebastopol!».

El agua apenas nos llegaba al pecho, así que lo único que había sufrido era mi orgullo al emerger escupiendo agua. Yuri, en la orilla, no se movió; sus órdenes eran impedir que desertara, no que me ahogase. Kostia dio la vuelta a la canoa subiéndose las mangas empapadas y metió dentro los remos antes de que la corriente pudiera llevárselos.

—La volcaremos de nuevo si tratamos de subir —dije mientras atrapaba mi sombrero de fieltro antes de que se hundiera—. Menos mal que los alemanes no pueden vernos así. Aunque se morirían de risa, no haría falta un solo disparo.

Kostia lanzó mi sombrero empapado a la canoa también, moviendo el bote de manera que bloqueara la visión de Yuri desde la orilla. Mi compañero buscó mi mano bajo el agua y se la llevó al pecho, luego inclinó la cabeza y me besó. Sabía a hierro y a lluvia. Su otra mano se mezcló un instante con la maraña de mi pelo, y sentí sus callosidades de francotirador en mi cuello marcado por cicatrices antes de que la retirara.

—Ya sabes lo que siento por ti —dijo.

Lo sabía. Lo sabía desde hacía mucho tiempo.

—No podía decirlo en Sebastopol. —Sacó la mano de mi pelo para sujetar la canoa antes de que la corriente la alejara de nosotros—. Eras mi sargento. Eras mi compañera. Y amabas a mi amigo. —Hizo una pausa—. Siento que es prematuro decírtelo ahora. Lionia murió hace solo seis meses.

Lionia. Me di cuenta de que mi mano se había aferrado a la camisa mojada de Kostia, y la aparté.

—Me gustaría haber esperado un año, haber esperado hasta que el dolor se hubiera aliviado. Pero no tenemos un año. Apenas tenemos un mañana. —Kostia dudó. El fuego que había en él siempre había estado contenido, guardado; ahora ardía libre en su mirada, casi

demasiado deslumbrante para sostenerla—. Se me acaba el tiempo, Mila. Cuando volvamos a Moscú (dentro de una o dos semanas, cuando sea), tú irás directamente al frente, y yo no. Seguiremos caminos separados. Así que tengo que decirlo ahora.

—Pero tú volverás al frente también. —No sé por qué me centré en aquello primero cuando todo lo que había dicho me había resquebrajado y agitado como si fuera un terremoto, pero la idea de volver a entrar en combate sin él hizo que una punzada de puro terror me recorriera, pasando por alto todo lo demás—. Eres mi compañero. Pediré que te destinen a mi pelotón. Te transferirán…

—No con esta rodilla. No podría ni recorrer dos kilómetros, y mucho menos hacer marchas de todo un día. Estoy acabado como soldado. Yo seré instructor de francotiradores y tú volverás a combatir. —Me apartó un mechón de pelo mojado de la frente—. Es demasiado pronto. Lo sé. Pero esto es lo que tenemos. Hasta que vuelvan el peligro y las balas volando y nos quedemos sin vida.

«Lionia», pensé. Kostia estaba pensando lo mismo.

—Aún lo amas. Aún lo echas de menos. Yo también. Hayan pasado seis meses, seis años o seis décadas, lo seguiremos echando de menos. —Los ojos de Kostia eran negros y tranquilos—. Ni siquiera tenía celos de él por haberte conquistado. Elegiste al mejor hombre que conocía. No iba a romper por eso con mi amigo y con mi compañera.

Había dolor en su voz, pero bien sepultado. Le había puesto una losa encima en su momento de manera pragmática, porque a sus ojos no importaba haber perdido. Recordaba la mirada suspicaz de Alexéi evaluando a cualquier hombre que fuera a visitarme al batallón médico: era un perro vigilando un hueso desechado que, sin embargo, no quiere que otro tenga… Mientras que Kostia, silenciosamente, había seguido siendo mi otra mitad y el amigo de Lionia, haciendo que todo quedara completo: nosotros tres.

Y ahora solo quedábamos nosotros, las dos personas que Lionia más quería.

—Eso es todo. —Kostia exhaló largamente—. Yo solo… No quería despedirme de ti antes de volver a la guerra sin decirte que te quiero.

Yo estaba temblando, y no solo de frío. La boca me ardía. Extendí la mano y cogí su camisa de nuevo, pero fui incapaz —por primera vez desde que éramos compañeros— de mirar a mi sombra a los ojos.

—Yo siento lo mismo. —Me oí decir muy serenamente—. Tal vez lo he sentido desde hace mucho tiempo. Pero aún sigo… de duelo.

De duelo, y no solo por Lionia. Aún seguía luchando por salir de él. Los dedos de Kostia se cerraron sobre los míos.

—Y yo.

Soltó mi mano, sujetó la canoa por la proa y empezó a remolcarla de vuelta a la orilla.

—¡Liudmila! —Se oyó de repente la voz de la señora Roosevelt. Levanté la vista cuando cruzaba el prado hacia la mansión, y la vi asomada a una ventana de la primera planta—. ¿Qué ha pasado?

—He estado nadando —dije mientras me castañeteaban los dientes, con los brazos cruzados sobre el empapado vestido— sin traje de baño.

Yuri, que me venía detrás, no me había ofrecido su abrigo. No formaba parte de sus directrices.

—Hace demasiado frío para bañarse —me regañó la primera dama como si fuera mi madre—. Venga aquí inmediatamente.

Estaba demasiado entumecida como para oponer ninguna resistencia. Obedecí el gesto de la mano de la señora Roosevelt, que me señalaba hacia el vestíbulo lateral, donde ella vino a mi encuentro y empezó a ejercer de gallina protectora.

—Usted debe quedarse fuera —le dijo a Yuri cortés pero tajantemente, y esta vez no pronunció una palabra sobre sus directrices a la primera dama cuando ella me arrastró a sus dependencias privadas.

Yo le ofrecí una poco coherente explicación sobre la canoa, vacilando al ir a pisar sus exquisitas alfombras con mis zapatos empapados, pero ella me señaló el baño anexo y me puso en los brazos una enorme y suave toalla. (¡Las tollas estadounidenses nunca han dejado de admirarme por su suavidad! Seguía sin tener un criterio claro sobre los perritos calientes, pero sobre las toallas…).

—Cámbiese aquí. Volveré enseguida.

—Izvinite, puedo ir a mi habitación —empecé a decir, pero era inútil

intentar convencerla.

Para cuando salí del baño, envuelta en toallas, tras dejar una pila de prendas mojadas en el borde de la bañera de la primera dama, ella había vuelto con un pijama y un costurero. Sonrió ante mi cara ruborizada, llamó a una sirvienta para que viniera a buscar mi ropa mojada y luego se volvió con la expresión de seguridad de quien está acostumbrada a tener francotiradoras soviéticas semidesnudas goteando sobre sus alfombras persas.

—Póngase mi pijama, querida.

—No… No somos de la misma estatura —dije, y los dientes seguían castañeteándome.

—No importa; cogeré el dobladillo de las mangas y de los bajos del pantalón.

—¿U-usted misma?

—Da, mi querida amiga rusa. ¿O acaso cree que las mujeres Roosevelt son señoras ociosas que jamás levantan un dedo? —Eso era exactamente lo que yo pensaba, y ella volvió a sonreír al ver mi expresión—. ¡Le aseguro que las mujeres estadounidenses sabemos trabajar! Y, ahora, los pantalones del pijama primero…

Yo seguía aún demasiado desconcertada como para discutir mientras ella con tacto se volvía a rebuscar en su costurero y yo me metía en los pantalones del pijama. Un grueso satén rosado, que claramente no se había usado nunca, con violetas bordadas… No había visto en mi vida nada tan maravilloso solo para dormir. Yo solía dormir con una de las camisas viejas de Lionia o, si hacía frío, con las camisetas interiores de lana de mi uniforme de invierno. Me dejé la toalla alrededor del torso mientras la primera dama sacaba una cinta métrica y me tomaba medidas de los brazos.

—No tiene que hacer esto, señora —intenté débilmente, pero ella no prestó la menor atención, así que me dejé tomar medidas.

—Cielo santo —dijo detrás de mí, y supe que estaba mirando la cicatriz de mi espalda—. ¿Qué es eso, Liudmila?

Sentí a Kostia murmurando contra mi columna vertebral: «Lúcela con orgullo»; lo sentí con tal intensidad que un escalofrío recorrió toda la superficie de mi piel.

—El resultado de un trozo de metal —dije, al fin, incapaz de encontrar la palabra en inglés para ‘cicatriz’ o ‘esquirla’—. Diciembre pasado. Sebastopol.

—¿Un accidente mecánico? —La señora Roosevelt dio la vuelta para volver a estar delante de mí mientras guardaba su cinta métrica—. ¿O viene de luchar contra los alemanes?

—De la batalla.

—Mi pobre niña —dijo simplemente—. Qué cosas tan terribles has tenido que soportar.

Me abrazó. Yo la abracé. No habían vuelto a darme un abrazo desde que me despedí de mi madre en el andén de la estación de trenes de Moscú. Y me rompí. Sentí que mis hombros temblaban, sentí que los brazos de la primera dama apretaban mi espalda mientras yo enterraba mi rostro en su hombro huesudo. Había tantos pedazos rotos clavándose dentro de mí que no sabía qué hacer más que deshacerme en aquel abrazo e intentar no llorar.

—He perdido… a tantos —logré decir entre hondos hipidos. Lionia, Vartanov, Lena, mi pelotón… y ahora, cuando volviera al frente, iba a perder también a Kostia. No mañana, ni pasado mañana, pero pronto. Nunca volveríamos a luchar juntos.

La primera dama no dijo nada. Solo me abrazó hasta que dejé de temblar, y entonces me pasó un pañuelo igual que habría hecho mi madre. Reí, vacilante.

—Usted y mi madre… se llevarían bien.

—Estoy segura. Educó a una hija extraordinaria, después de todo. —La señora Roosevelt se apartó y volvió a su costurero para darme tiempo de secarme los ojos—. ¿Está su madre satisfecha con su historial de guerra, Liudmila?

—Está orgullosa —dije sentándome al borde de la cama mientras la primera dama se sentaba al otro lado y ensartaba hilo en una aguja—. Pero llora a la estudiante de historia que iba a la universidad —vacilé, preguntándome si sería contrapropaganda derrotista decir lo que quería decir—. Y yo también —admití finalmente.

—¿Usted también la llora? —La señora Roosevelt cogió sus tijeras y midió por dónde cortar las mangas demasiado largas.

—La gente cree que odio a los alemanes —dije con cansancio—. Los odio. No tengo más remedio. Pero yo no pedí odiarlos. Yo crecí soñando con ser historiadora, no con matar a 309 fascistas.

—Sé que es doloroso para usted leer artículos que la llaman asesina. No le extrañe; vi su rostro cuando leía las crónicas de su primera rueda de prensa. —Sus tijeras fueron cortando y los extremos de los puños cayeron—. Le aconsejo que no se meta en política, donde una tiene que acostumbrarse a leer sobre sí misma cosas como esas.

—¿Usted se ha acostumbrado? —no pude evitar preguntar.

—Si me preocuparan las difamaciones estaría muerta desde hace mucho tiempo. —La primera dama dobló los bordes de satén cortados para formar un nuevo dobladillo—. Pero yo fui una muchacha tímida, Liudmila, y hubo un tiempo en que ver mi nombre en los periódicos me hacía sentir vergüenza. Al final, acabé aprendiendo a ejercer mi papel, pero en aquellos primeros tiempos como esposa de un político… Bueno, la crítica pública sabía cómo hacer daño. Requiere tiempo desarrollar una piel gruesa ante los insultos.

—Pero su valoración en las encuestas está incluso por encima de la del presidente. Recuerdo haberlo oído en un informe en Moscú. La calificaba como «buena» el 67 por ciento de los estadounidenses frente al 58 por ciento de su marido.

—Aún me llaman insolente, presuntuosa, entrometida. Una traidora de clase, un adefesio con dientes prominentes, una amante de negros y judíos. —Se encogió de hombros—. He oído de todo.

—¿La han llamado «asesina a sangre fría»? —No podía reproducir los peores insultos ante ella: «puta roja, zorra comunista…».

—¿«Una asesina a sangre fría que no muestra piedad con los pobres soldados enemigos que simplemente siguen las órdenes de su mando superior»? —citó Eleanor—. Pensé que eso habría sido lo más hiriente para usted.

—¿Qué piensan esos periodistas que debería hacer, pedir amablemente a los soldados enemigos que se vayan? ¿Creen que eso iba a funcionar?

—Creo que no sabían qué pensar al conocerla. Pero están empezando a cambiar de tono gracias a todas sus recientes apariciones públicas.

—¿Por qué, por estar empezando a conocerme? ¿A apreciarme?

En mis palabras había sarcasmo, pero ella asintió.

—¿Tan imposible es? No estaba en absoluto segura de llegar a apreciarla cuando nos vimos por primera vez, pero he llegado a conocerla…, y ahora la aprecio. Al pueblo estadounidense está empezando a pasarle lo mismo. Y por esa razón, si desea ayudar a influir en la opinión pública para enviar soldados estadounidenses a la URSS, debería considerar la idea de ampliar aún más su gira de discursos.

—Yo hago lo que dictan mi delegación y el Partido —dije con el corazón encogido.

Yuri no era el único que tenía que seguir directrices.

—Sé que no quiere. Sé que no le gustan los focos. —La primera dama cortó un hilo con los dientes—. A mí tampoco me gustan. Recuerdo que las rodillas me temblaban la primera vez que di un discurso.

Aquello yo no era capaz de imaginármelo en absoluto.

—¿Cómo lo consiguió? ¿Llegar a ser buena en ello?

—Me recordaba a mí misma que debemos hacer aquello que creemos que no somos capaces de hacer —dijo simplemente—. Siempre. Y, por lo general, descubrimos que podíamos hacerlo, después de todo.

—¿Pero qué pasa si no puedes? —estallé—. ¿Qué pasa si fallas?

—Lo intentas de nuevo…

—No. —Moví la cabeza, pensativa—. No funciona así. No podemos contar con que el mundo nos dé segundas oportunidades si fallamos.

Pareció perpleja.

—¿Esa es una regla que se ha impuesto a usted misma?

—La regla más importante que existe. —Pronuncié las palabras que surgían de lo más profundo de mí—: No falles.

—Oh, querida. Con esa regla no es posible vivir.

—¡Para un francotirador, sí!

—¿Cree que esa regla es exclusiva de los francotiradores? La mayoría de las mujeres viven atormentadas por el miedo a fallar. A fracasar.

Me quedé sorprendida y perpleja.

—A mí me ha mantenido con vida.

—Y evidentemente la ha convertido en una valerosa soldado, pero también en una mujer asustada. —La primera dama soltó la aguja y me miró con sus ojos penetrantes—. Todo el mundo fracasa, Liudmila. Yo he fracasado. Mi esposo ha fracasado… ¿Cree que todas esas propuestas de su New Deal fueron éxitos deslumbrantes? Ha propuesto iniciativas que han fracasado; ha adoptado posturas por las que se le ha censurado con justicia; tiene montones de enemigos que estarían encantados de verlo muerto. —Una sombra cruzó por su rostro en ese instante—. Ha fracasado en más cosas de las que intenta la mayoría de los hombres…, pero mejor eso que no haberlo intentando.

—Es un hombre —respondí ásperamente— y un estadounidense. Puede cometer errores y que el mundo lo haga el único presidente con tres mandatos de la historia de su país. Pero el mundo no es tan generoso con los errores de las mujeres.

—Estoy de acuerdo —dijo volviendo a sorprenderme—. Por eso las mujeres son especialmente dadas a creer que nunca debemos tropezar. Pero la perfección constante es algo en lo que siempre fracasaremos todos. Y, a pesar de lo que piensa usted, el mundo no la aniquilará por errar un disparo de vez en cuando. Seguro que no ha abatido a cada enemigo que ha tenido en sus miras en el frente… y, sin embargo, aún sigue aquí, viva, con mi pijama puesto. Perdió al hombre al que amaba…, pero seguro que no se arrepiente de haberlo amado, y muy posiblemente tenga otra oportunidad para amar algún día, porque es usted encantadora. —Volvió a coger la aguja y siguió dando puntadas —. Si a la primera no es… Bueno, le ahorraré el refrán algo fastidioso que me enseñaron de niña, pero intentarlo otra vez es algo en lo que nosotros los yanquis creemos fervientemente.

—En Rusia creemos que, si fallamos, morimos —respondí—. Y no he visto nada en esta guerra que me haya hecho cambiar de opinión.

—Pero la vida no siempre consiste en ir a la guerra, Liudmila —dijo ella dulcemente—. Y se hará usted un flaco favor a sí misma si vive cada instante, no solo en la guerra, sino también los más dulces, con una exigencia tan dura como la de ese «No falles nunca».

Me quedé mirándola mientras agarraba la toalla que me envolvía y temblaba por dentro.

—Ahora acabemos estos puños. —Al percibir claramente mi angustia,

la primera dama adoptó un tono más ligero—. Este rosa le sienta a usted de maravilla…

Después de una hora, una tetera y una bandeja de galletas, llamaron a la puerta. No la oímos, tan absortas estábamos en la conversación.

—Pero, según tengo entendido, las mujeres no suelen servir en el ejército soviético —estaba diciendo Eleanor—. Ni siquiera en su país es del todo habitual. ¿Cómo pudo tomar la decisión de alistarse tan fácilmente, entonces?

—Porque en mi país a las mujeres se las respeta no solo como mujeres, sino también como individuos. —Para mi alivio, la primera dama y yo nos habíamos deslizado hacia temas de conversación menos sensibles: primero la paleta de colores y las discrepancias de la moda, luego las diferencias entre el cine estadounidense y el soviético, y ahora las complejidades de servir en el ejército como una mujer.

—No sentimos limitaciones por nuestro sexo. Por eso las mujeres como yo ocupan su lugar entre los hombres de manera tan natural en el ejército.

—Tiene que ahondar en eso en su próximo discurso. Yo pondría énfasis en esa palabra, «individuo». Los estadounidenses estamos enamorados de la idea de individuo y damos por sentado que para ustedes los soviéticos todo gira en torno a lo colectivo.

La puerta se abrió, y yo levanté la vista al oír el chirrido de los goznes.

—¿Qué es esto? —dijo el presidente Roosevelt con expresión de sorpresa.

Me puse en pie de un salto, dejando caer migas de galleta. Ahora llevaba la toalla por debajo de la cintura y la parte de arriba de aquel frívolo pijama color rosa con bordado de flores mientras Eleanor daba las últimas puntadas a la parte de abajo. Vi al presidente de los Estados Unidos mirar alrededor de la habitación de su esposa, retales de satén rosa sobre la cama, bobinas de hilo por todas partes, tazas con posos de té, una francotiradora soviética semidesnuda.

—Hola, querido —dijo Eleanor tranquilamente, como si cogiera dobladillos de pijamas para asesinas extranjeras todos los días antes de almorzar.

—Esta es una de esas escenas —reflexionó el presidente, rascándose la barbilla con aquella mano nervuda— que simplemente desafía

cualquier descripción.

Yo empecé a disculparme, derrapando hacia el ruso, pero él se echó a reír. Eleanor hizo mismo. Y entonces yo también.

Cuando volví a mi habitación con mi esplendor de satén rosa, encontré mi sombrero de fieltro, que Kostia había rescatado del agua en la canoa, cuidadosamente secado y sobre una silla junto a la puerta.

Lo apreté con fuerza entre mis manos con el corazón golpeándome, pero podía sentir los brazos de la primera dama a mi alrededor en aquel abrazo sorprendentemente, intenso mientras mi maltrecho corazón exploraba con cautela las palabras que seguían resonando en lo más profundo de mí con su voz franca: «El mundo no la aniquilará por errar un disparo de vez en cuando».

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

Algo que la querida Liudmila ha dicho hoy me ha preocupado profundamente. Fue al despedirse cuando se marchaba a su habitación sin aparentar más de dieciséis años con su pijama rosa y el pelo húmedo y Franklin le preguntó si estaba disfrutando de Hyde Park. Duermo bien, respondió ella, directa como una de sus balas. Aquí no pueden hacerme daño. No conoce a Franklin, así que no pudo ver la sombra que cruzó por su rostro mientras respondía jovialmente: Ni a mí.

Cuando se ha ido, miro a mi esposo y le pregunto: ¿Quién crees que quiere hacerte daño? Esquiva la pregunta con una media sonrisa: Se nos hace tarde para almorzar.

¿Otro Zangara?, me hago preguntarme. ¿Otro MacGuire? Zangara fue el asesino que disparó cinco veces a Franklin en Miami en 1933, diecisiete días antes de su investidura como presidente. MacGuire fue el oficial de la Legión Estadounidense a la cabeza de la conspiración que pretendió destituir a mi esposo en 1934 e instalar una dictadura militar. Zangara mató al alcalde de Chicago en su lugar; el golpe de MacGuire fracasó y se hizo desaparecer en una infinidad de vistas ante comisiones del Congreso. Aquellos hombres fracasaron.

Pero siempre han existido rumores de nombres más importantes —nombres de la industria, nombres de Wall Street, nombres conocidos para cualquier estadounidense— que habrían estado tras ellos.

Franklin, empiezo a decir, mientras el pulso se me acelera, pero él ya está marchándose en silencio.

Capítulo 28

El titular: LA DELEGACIÓN SOVIÉTICA REANUDA SU GIRA DE BUENA VOLUNTAD POR LAS CIUDADES DE ESTADOS UNIDOS. EL SEÑOR KRASAVCHENKO Y EL TENIENTE PCHELINTSEV LIMITARÁN SUS VIAJES A LA COSTA ESTE, PERO LA CÉLEBRE JOVEN FRANCOTIRADORA LIUDMILA PAVLICHENKO SE DIRIGE A DETROIT, CHICAGO, MINEÁPOLIS, SAN FRANCISCO, FRESNO Y LOS ÁNGELES. IRÁ ACOMPAÑADA EN EL PRIMER TRAMO DE SU VIAJE NADA MENOS QUE POR LA PRIMERA DAMA…

La verdad: Menos mal que la limusina presidencial tenía chófer, porque si Eleanor Roosevelt hubiera propuesto ir al volante, yo habría ido andando al Medio Oeste.

—NO LO ENTIENDO —protesté mientras la limusina aminoraba la velocidad por la carretera—. ¿Por qué hacerme visitar la sede de la compañía Ford si los trabajadores ni siquiera hablan conmigo?

—Por supuesto que no iban a hablar con usted —dijo la primera dama —. Ford paga bien, y tienen mucho que perder. Les preocupa resultar sospechosos si muestran demasiado interés en una visitante de la Rusia comunista, ¡y no digamos en sus ideas sobre los derechos de los trabajadores! —La señora Roosevelt ya estaba tomando notas rápidas sobre nuestra gira por las fábricas aeronáuticas y nuestra reunión con Mr. Ford. Yo había llegado a los Estados Unidos dando por hecho que la esposa del presidente sería una millonaria ociosa de la alta sociedad, pero por lo que había visto aquella mujer no dejaba de trabajar nunca—. Me ha parecido que su discurso era todo un éxito.

Yo no estaba tan segura, pero ya había empezado aquella gira con una nota amarga: otra de aquellas ominosas amenazas había llegado hasta mí por debajo de la puerta de mi habitación en el hotel aquella mañana. DE NADA TE SIRVE DEJAR WASHINGTON, PUTA ASESINA. VUELVE A TU PAÍS O LO HARÁS METIDA EN UNA CAJA.

¿Estaba mi enemigo siguiéndome a través del país ahora? ¿O se

trataba de alguien de dentro de la delegación? De forma paranoica, pensé en Alexéi. No me habría sorprendido que intentara aterrorizar a su esposa solo para hacerle buscar protección en sus brazos. ¡Si pensaba que eso iba a funcionar…!

—Quedan cinco horas hasta Chicago —dijo Eleanor interrumpiendo mis cavilaciones, y miré a través del cristal blindado los llameantes árboles de otoño junto a la carretera. Cinco horas…

Me habría gustado llevar un libro, como Kostia. Él llevaba un volumen encuadernado en piel de algunos poemas de un tal Walt Whitman que había cogido prestado de la biblioteca de la primera dama.

—¿Qué te parece? —pregunté, volviendo al ruso.

—Desconcertante. —Tenía mi diccionario de inglés sobre la otra rodilla e iba y venía de un libro a otro.

El sol acuoso del otoño entraba oblicuo por la ventana blindada y caía sobre su pelo negro.

—¿Qué es un pokeweed?

—No lo sé. Me dan ganas de coger una muestra para Slavka. —Respiré hondo.

Nadie en el coche podía entender lo que decíamos; ni la primera dama ni su secretario hablaban suficiente ruso; el chófer y el guardia estaban aislados por la división; el omnipresente Yuri viajaba en el coche de seguridad que nos seguía con Alexéi (que de algún modo había logrado meterse en mi gira), pero, aun así, hice temerosa la pregunta.

—¿Cómo fue tu visita a Nueva York? —Mi compañero estaba en la embajada soviética de Washington cuando regresamos de la finca de Roosevelt, pero no me había atrevido a preguntarle por su familia entre las paredes de la embajada—. ¿Pudiste…?

Su sonrisa permaneció invisible mientras pasaba una página.

—Sí.

—Liudmila, mire por la ventana —dijo la primera dama—. Esa tierra llana de Míchigan, ¿no le recuerda a las estepas de su país?

Kilómetro tras kilómetro, la limusina siguió rodando mientras Eleanor

señalaba las ciudades que conocía en nuestro trayecto de costa a costa. Estaba orgullosa de su país; podía oírlo en su voz —sin duda le parecía superior a cualquier cosa que pudiera hallarse en Rusia, lo que me hacía sonreír para mis adentros—. Dejamos atrás los pueblos y ciudades de Ann Arbor, Albion, Kalamazoo… Luego las vastas orillas del lago Míchigan que parece un auténtico mar, y mis ojos se nublaron al acordarme del mar Negro al pie de Odesa.

—Siente nostalgia de su país —dijo la señora Roosevelt leyendo mi rostro de un solo vistazo—. Estará de vuelta muy pronto, querida, y con suerte podrá regresar a sus estudios en vez de volver a su pelotón.

—Me gustaría poder acabar mi tesis doctoral —suspiré—. ¿Le gustaría echarle un vistazo? Es un estudio sobre Bogdán Jmelnitski, la adhesión de Ucrania a Rusia en 1654.

Juraría que Kostia tosió a modo de advertencia al otro lado, pero la primera dama escuchaba con lo que a todas luces parecía fascinación, y solo me interrumpió para señalar a las altas dunas de arena que habían empezado a aparecer en el paisaje conforme nos internábamos en el sur.

—Es un país hermoso —admití asomándome por detrás de ella para mirar—. Y viven tan en paz… Yo no dejo de mirar a mi alrededor preguntándome dónde están los destrozos de las bombas…, qué país de lujo.

—¿Pero? —dijo al percibir la nota en mi voz.

—También es un país de pobreza. —La miré a los ojos—. He visto lo suficiente de las zonas más pobres de sus ciudades como para saber que los negros estadounidenses viven muy mal.

—Es verdad que nos queda mucho camino por delante —reconoció con voz serena—. Los Estados Unidos combaten la discriminación fuera de sus fronteras, pero la tolera dentro. La segregación deforma y tuerce las vidas de nuestra población negra; de eso no hay duda. Las cosas deben cambiar.

—¿Cómo?

—Trabajando —dijo blandiendo su lápiz—. No basta con creer en la igualdad, la paz y los derechos humanos…, hay que trabajar por ellos. Sonreí.

—Para ser una millonaria estadounidense, posee usted una ética del

trabajo que cualquiera ruso aprobaría.

—Y usted tiene una capacidad de bromear que aprobaría cualquier estadounidense. Las caricaturas y Hollywood nos han hecho creer a todos que los soviéticos carecen de sentido del humor.

—La vida puede ser dura para nosotros. Necesitamos poder reírnos de ello. —Recordé un chiste que me había contado mi adorada Lena—: ¿Qué le dice un soldado alemán a otro al llegar al frente ruso?

—¿Qué?

—«Mira qué rusa tan mona te está guiñando el ojo. ¿Por qué no vas a saludarla?», le dice el primero a su amigo. Y el otro responde: «Porque me está apuntando con un fusil».

Eleanor se rio. Más kilómetros que se iban deslizando; la conversación dejó pasó al silencio, y luego a la somnolencia. En algún momento, di una cabezada, y me llevé un gran sobresalto cuando la limusina se detuvo. Tenía los párpados pegajosos y sentía un peso sobre mi hombro que resultó ser la cabeza de Kostia.

—Os quedasteis dormidos al mismo tiempo —dijo la señora Roosevelt, mirándome con los ojos arrugados, y entonces me di cuenta de que me había dormido sobre su hombro—. Despierte, querida —continuó mientras yo me incorporaba, roja de vergüenza, pensando «¡Por favor, que no haya babeado sobre la primera dama!»—. Estamos en Chicago. Un famoso poeta estadounidense una vez la llamó la ciudad de los grandes hombros, como sabrá.

—También tenemos mala poesía en la Unión Soviética —la consolé, y ella se echó a reír.

«¿No parecen frescos y descansados?», pensó contrariado el francotirador mientras observaba a Liudmila Pavlichenko y a la primera dama ocupar el escenario adornado con banderines mientras saludaban a la entusiasta multitud abajo. Llevaba cinco horas siguiendo a la comitiva presidencial en la caja de zapatos de un Packard, entumecido e irritable —él no había llegado a Chicago con los ojos brillantes y descansado como la joven francotiradora—.

Se desató un resplandor de flashes, y el francotirador reparó en que ella ya no se encogía como si fueran granadas que estallaran en su rostro. Pensaba que estaría más nerviosa, sobre todo después de haber

sobornado a aquella camarera del hotel para hacerle llegar otra de sus amenazas anónimas por debajo de la puerta. En Washington pareció funcionar. Había estado visiblemente nerviosa en la ópera, y durante la inauguración del congreso había mirado sobre su hombro una y otra vez en busca de su acosador. Parecía inquieta, y ese era justamente su propósito. Pero ahora se mostraba serena y profesional mientras pronunciaba un breve discurso a través de su intérprete —y la gente estaba respondiendo, maldita sea—. El francotirador estaba convencido de que nunca obtendría el éxito que los soviéticos esperaban de aquella gira de buena voluntad —pedir a un público estadounidense que acogiera bien a una mujer que supuestamente había matado a 309 hombres era absurdo—. Pero el público de Chicago estaba en éxtasis.

«Muy bien», dijo en alto bajo el estruendo de la multitud haciendo tintinear las pequeñas rocas de los diamantes sin cortar de su bolsillo. «Así que el éxito es ella». Eso demostraba que era una experta propagandista, no una francotiradora. Solo una profesional podría haber conseguido aquello… y haber encandilado a la primera dama, para colmo. No dejaban de juntar sus cabezas para hablar de manera cómplice en el escenario compartiendo alguna broma privada. «Veamos cómo sonreís cuando lleguemos a Los Ángeles», pensó el francotirador. Ese era el nuevo plan: introducirse en la comitiva de parásitos que acompañaban al séquito presencial mientras se dirigía hacia el oeste e integrarse hasta el punto de convertirse en parte del decorado para pasar completamente desapercibido. Ya había contactado con Pañuelo de Bolsillo, y se había asegurado de que su nombre pasaba la seguridad de la primera dama sin obstáculo. Nadie se pararía a mirarlo dos veces, y él tendría todo el tiempo del mundo para quedarse en segundo plano hasta que llegaran a la ciudad de Los Ángeles…, donde estaba previsto que el presidente Roosevelt, que había estado haciendo su propia gira por las bases militares de la nación, se uniera a su esposa y a Liudmila Pavlichenko.

Ese sería el momento de disparar.

Y vaya si sería una sorpresa para la primera dama ver a su nueva amiga caer de las alturas, ya no como una heroína nacional, sino como una John Wilkes Booth soviética. LA SEÑORA ROOSEVELT, AMIGA DE LA ASESINA DE SU ESPOSO —ese sí que sería un buen titular—.

El francotirador se dio cuenta, mientras observaba a las dos mujeres dejar el escenario, de que lo estaba esperando con una satisfacción visceral, vengativa. No había sentido nada en particular hacia Liudmila Pavlichenko la primera vez que la vio llegar a las puertas de

la Casa Banca unas semanas atrás, tan solo una vaga curiosidad mientras la escogía para inculparla del asesinato del siglo. Ahora que se había visto arrastrado por todo el país detrás de la puta roja y ya planeando su nueva serie de amenazas anónimas en cirílico, deseaba verla caer.

—¡Señora Pavlichenko, qué gran placer volver a contemplar su rostro!

Al principio no reconocí al hombre, traje de lino, ojos muy abiertos; pero entonces sentí los dedos húmedos y enfebrecidos que apretaban los míos y me acordé del millonario que había conocido en Baltimore.

—Señor Jonson, está usted aquí…, tan lejos de Maryland.

—Habría querido saludarla en Detroit —dijo con los ojos brillantes—. Pero la seguridad de la sede del señor Ford es muy estricta.

—¿Aquí no lo es? —no pude evitar preguntar. La primera dama y yo habíamos sido invitadas a visitar la Asociación de Tiradores de Chicago; cualquiera pensaría que un club de tiro tendría más guardias armados en la puerta—. ¿Cómo ha logrado usted…?

—Oh, compré una entrada. Y habría comprado una docena por tener la oportunidad de verla de nuevo. ¿Necesita un pañuelo? Hace mucho calor…

—Niet. Señor Jonson…

—¡William!

—William, me han pedido que me reúna con el presidente de la asociación. —Saqué mis manos de las suyas pegajosas y me dirigí hacia los estantes con armas quitándome de encima a los periodistas, que no dejaban de piar «señora Pavlichenko…, señora Pavlichenko…», como si fueran un coro de polluelos.

¡Había tantos! Seguía esforzándome por poner rostro a cada nombre, pero eran simplemente demasiados para no perderse.

—Sonríe a la cámara, kroshka —murmuró Alexéi, arreglándoselas para poner su brazo alrededor de mi hombro y girarme hábilmente hacia el flash más cercano mientras acariciaba mi nuca con su pulgar.

Lo aparté con una mirada de advertencia y finalmente logré encontrar

al presidente de la Asociación de Tiradores, que esperaba, más bien impaciente, para hacerse su foto conmigo.

—¿Qué piensa de las armas estadounidenses, señora Pavlichenko? —preguntó bruscamente, y no me extrañó ver miradas de escepticismo entre los miembros del club. ¿Creían que no podía escuchar los susurros? «Esa niña a la que llaman francotiradora no sabe diferenciar un extremo del fusil del otro…».

—¿Eso es un M1 Garand? —le pregunté al presidente a través de Kostia, recorriendo los estantes del club—. Se parece mucho al Sveta que usamos en el frente oriental: el gas propelente se desvía por la abertura del cañón para desbloquear la recámara. —Cogí el fusil de autocarga del estante, lo examiné rápidamente y lo apoyé en el hombro para contemplarlo en toda su longitud—. Miras de tejedor, excelente.

Miradas de sorpresa que finjo no ver.

—¿Qué piensa de este, señora Pavlichenko? Nuestro M1903 Springfield.

—Muy parecido al tres líneas que usé. Yo prefiero un perno deslizante en el campo de batalla. El cierre de seguridad no automático es muy similar también al Mauser Zf. Kar. 98K del ejército alemán…

Estuve hablando de fusiles soviéticos y comparándolos con distintos modelos de los Aliados, e insté al presidente a desmontar el 1903 conmigo para poder examinar los mecanismos del gatillo y admirar su peso, su vigor y la sensación que producía amartillarlo. Los viejos sonreían al final. Incluso el ejército vigilante de periodistas parecía a regañadientes impresionado, y William Jonson tenía una mirada de ensoñación.

—Oh, señora Pavlichenko, cómo desearía que nos honrara con una exhibición.

Vacilé. Siempre había rechazado ese tipo de invitaciones hasta entonces. Yo no era un caballito que solo sabe un truquito para hacer lo que le mandaran; era una soldado. Un periodista de Detroit me había comparado con una tiradora de circo llamada Annie Oakley, y me había preguntado si era capaz de disparar sobre mi hombro mientras miraba a un espejo; yo le respondí que destrezas como las mías no eran para carpas de circo ni juegos festivos. Pero aquellos tipos del club de tiro parecían tan entusiasmados; los más viejos, con aspecto de veteranos, de hombres que recordaban cómo era el olor de

la sangre mezclada con el barro, y los más jóvenes, tan aniñados e inocentes…, y que, aun así, eran los que irían a luchar si el plan de la primera dama para vender la idea de un segundo frente a través de mí lograba tener éxito… La señora Roosevelt estaba hablando con un coronel del ejército al otro lado de la habitación, pero habría jurado que me hacía un pequeño gesto de asentimiento con el rabillo del ojo.

—Nu ladno —dije con una sonrisa, y los hombres lo celebraron.

Las manos me temblaban un poco mientras discutíamos los detalles de la exhibición: 100 metros de distancia, bocabajo y sin apoyo, diez disparos, diez minutos para disparar, miras de hierro. «Llevas un mes y medio sin disparar un fusil —me advirtió la voz dentro de mi cabeza —. ¡Un profesional necesita disparar al menos dos veces por semana para no perder la práctica!». ¿Se suponía que iba a defender mi propia reputación y el honor del Ejército Rojo con unas habilidades oxidadas y un arma que no me era familiar?

—Necesitará a alguien con quien competir —se prestó inesperadamente Kostia en inglés cuando llegamos al campo de tiro. Me quedé perpleja ante el clamor de estadounidenses que se ofrecieron—. No, alguien a quien le cueste vencer. Otro ruso —sonrió, provocando el coro de risas y abucheos justo—. Si me prestan un 1903, yo me uniré a la teniente Pavlichenko. Camarada Yuripov, ¿le importaría sumarse?

—Eso no forma parte de mis directrices —dijo Yuri contra la pared.

—El médico de nuestra delegación, entonces. —Kostia mostró una sonrisa afable—. Presume de ser un gran tirador.

Levanté bruscamente la cabeza en el momento en que Alexéi salía tranquilamente con su traje occidental de rayas diplomáticas del grupo parasitario de la delegación y tomaba el fusil que tenía más a mano.

—Encantado —dijo en el inglés que claramente se estaba esforzando por aprender durante la gira.

—Y yo también me uniré a ustedes —respondió entusiasmado William Jonson, saliendo tan apresuradamente que casi da un traspiés al pisarse los cordones de los zapatos—. ¡Creo que puedo competir con un médico de embajada, ja, ja! He salido a cazar palomas alguna vez cuando era muchacho, vaya si lo he hecho…

—¿Qué estás haciendo? —susurré a Kostia en ruso, pero él siguió

cargando su fusil con rapidez de relámpago en sus manos.

Todos tomamos posiciones, colocándonos en el suelo bocabajo, hicimos cinco o seis disparos de calibrado para familiarizarnos con nuestras armas, y entonces esperamos que colocaran los nuevos blancos de papel; yo, tumbada entre mi esposo y mi compañero; Mr. Jonson, que seguía manipulando el cañón de su fusil con una despreocupación que me crispaba, y un puñado de los estadounidenses más viejos que decían haber luchado en la Gran Guerra. Llegó la hora de empezar, Lady Medianoche inició su cuenta atrás y el mundo desapareció.

Diez disparos. El primero quedó a unos centímetros del centro de la diana; por cómo cayó la bala, habría dicho que tiré del gatillo en lugar de apretarlo. Pero no iba a permitir que el error me afectase. Aquello no era el campo de batalla; la muerte no vendría a reclamarme porque me quedara a unos centímetros de la perfección. Con el segundo disparo, el fusil con el que no estaba familiarizada susurró: «Allí». Al ver impactar la bala, yo estaba sonriendo. Kostia ya estaba apuntando para hacer su tercer disparo junto a mí mientras un estadounidense con el pelo gris cortado al cepillo iba justo detrás de nosotros. El 1903 de Kostia y el mío detonaron al unísono y supe que eran un par de blancos perfectos. Nuestras manos volaban en tándem, nuestros fusiles rugían en tándem, y era como en los viejos tiempos. No, mejor…, más limpio, el olor de la pólvora no estaba mezclado con el de sangre.

No necesité diez minutos para hacer mis diez disparos. Ni siquiera necesité cinco.

Todo el mundo se levantó cuando acabaron los últimos disparos de los rezagados y se amontonó alrededor de los blancos de papel. Se oían gritos de celebración mientras se contaban las dianas.

—¡Lady Muerte gana! —sonreí sacudiéndome la delantera del vestido y preguntándome qué diría mi instructor de la cicatriz si pudiera ver a su discípula. Preguntándome si aún seguía entrenando francotiradores, si aún vivía…

—Maldita sea, no he quedado tan mal en una competición desde que tenía nueve años. —El estadounidense del pelo gris cortado al cepillo me ofreció una mano de roble. Había quedado tercero, justo después de Kostia, y yo apenas entendía su extraña y lenta pronunciación—. Creo que su chico siberiano podría alcanzar el ojo de una rata a tres millas de distancia con el viento adecuado, señorita Pavlichenko, y que usted probablemente podría hacerlo a cinco. Le pediría que se

casara conmigo si no tuviera una parienta en casa con reparos a alojar a una francotiradora rusa en la habitación de invitados. Pero me gustaría invitarla a un trago por lo menos.

—Y a mí —dijo efusivamente William Jonson, que no había logrado dar en la diana ni una sola vez. Encendió un Lucky Strike que agitaba con entusiasmo.

—¡Una extraordinaria exhibición, señora Pavlichenko!

Empezaron a aparecer botellas de brandi y de whisky; arriba, en la galería, con el coronel Douglas, la primera dama observaba con una vaga expresión de desaprobación. Yo la saludé, impasible. Era una reunión de soldados, un reunión de tiradores, y por primera vez desde que había llegado a los Estados Unidos me sentía verdaderamente en casa. Uno de los lacayos de la delegación me recordó que debía utilizar a Kostia como intérprete en vez de utilizar mi inglés, pero lo ignoré. No quería ningún filtro entre aquellos hombres y yo; ya estaba bien de filtros. Por el rabillo del ojo vi a Alexéi soltar su 1903 con un gesto brusco y sonreí. Había quedado el quinto de diez.

—Buen intento —le dije en ruso. Él miró con furia y yo agité los dedos preguntando en voz baja a Kostia—. ¿Por qué lo invitaste a unirse?

—Porque estabas nerviosa —respondió mi compañero—. Pero en cuanto él avanzó hasta la línea de tiro fue absolutamente imposible que lo dejaras ganar.

Me eché a reír y di un trago a un whisky americano que sabía a leña quemada.

—Lo he dejado hecho polvo, ¿verdad?

—Por completo.

—¿Podrá dar su discurso acostumbrado esta noche? —preguntó la primera dama en cuanto nos acomodamos en la limusina, con un gesto de cabeza desaprobatorio.

—No fue mucho whisky. Los estadounidenses no saben beber. Cuarenta mililitros no son suficientes para un brindis apropiado. —Solo lo bastante para calentarme las mejillas, que aún seguían sonriendo después de media hora en compañía de los tiradores estadounidenses. La charla sobre los vasos había sido toda historias de guerra. Me preguntaron por las mías del último año, y yo a ellos por las suyas de la Gran Guerra. Y luego me regalaron la caja de madera

de caoba que llevaba en el regazo—. ¿Ha visto alguna vez algo tan bonito? —exclamé volviendo a levantar la tapa de mi regalo: un par de pistolas Colt M1911A1 nuevas y flamantes y dos cargadores con cartuchos.

—En Nueva York le regalaron un abrigo largo de lince —dijo la primera dama divertida mientras yo alegremente sacaba una de las Colts y empezaba a examinarla en el asiento del pasajero—. En Detroit le regalaron seis docenas de rosas. ¿Y usted mira con los ojos brillantes un par de pistolas?

—Esta vez es mucho mejor que la última que tuve una. —Eso había sido en Sebastopol, cuando el general Petrov me dijo que me guardara la última bala para que no me capturasen con vida y sufrir lo que los alemanes hacían a las francotiradoras. Aparté aquel recuerdo examinando los mecanismos de mi nueva Colt—. ¡Ah, calibre 45! Fabricado por Browning, ¿lo sabía usted? Lo adoptó su ejército en 1911, y luego el nuestro en la última guerra…

La señora Roosevelt se echó a reír.

—Juegue usted más tarde con su nuevo juguete, querida. Casi hemos llegado al Grant Park.

Puede que fuera el whisky, puede que fuera volver a oír la reconfortante canción del fusil en los oídos, o puede que fuera el hecho de que al fin, al fin había logrado turbar el rostro sereno de Alexéi, pero algo me estremeció cuando me vi en el parque sobre otro escenario decorado con banderas delante de otra multitud de hombres de mediana edad.

—El escenario es suyo, señora Pavlichenko…

—Teniente Pavlichenko, spasibo —. Me adelanté y empecé mi discurso, describiendo la furia de la guerra en mi lejano hogar mientras Kostia traducía.

Uno de los hombres que estaban en la primera fila hacía tintinear algo en sus bolsillos mientras me observaba con una mirada gélida; un periodista jugueteaba con su cámara y parecía aburrido; un grupo de funcionarios de la ciudad observaban mi uniforme como si fuera un disfraz. «Ninguno de vosotros cree que yo haya luchado de verdad en una guerra», pensé. Los hombres que había conocido en el campo de tiro aquel día creyeron en mí. Muchos de ellos eran veteranos; reconocían a un verdadero soldado solo con verlo apretar un gatillo. Pero me encontraba con aquel público en una ciudad tras otra, y me

enfrentaba a aquel público sin otra arma que mi voz… ¿Qué sabían ellos?

«Hagamos que lo sepan», pensé, y el pensamiento por una vez no fue amargo ni furioso. Me llenó de un feroz orgullo.

—Caballeros —dije en voz alta y brusca, abandonando el plan de mi discurso. Esperé hasta que hube captado todas las miradas que podían seguir erráticas, y entonces planté mis botas en la tribuna con un sonido que pareció un golpe en un ataúd, dando una palmada por detrás de mí en un gesto de descanso de desfile—. Caballeros, tengo veintiséis años. En el frente ya he eliminado a 309 fascistas entre soldados y oficiales. ¿No les parece, caballeros, que llevan demasiado tiempo escondiéndose tras de mí?

Dejé que el reto quedara suspendido en el aire.

Por un instante, la multitud permaneció en silencio. Luego un clamor de aplausos recorrió todo Grant Park entre hombres poniéndose en pie, damas agitando sus sombreros y periodistas alzando sus cámaras. Miré a Kostia, y al encontrar sus ojos entre los flashes habría podido jurar que vi a Lionia junto a él.

Estaba sonriendo.

«La zorra sabe disparar».

El francotirador no había sido capaz de pensar en otra cosa desde que vio a Liudmila Pavlichenko hacer diez disparos soberbios a 100 metros con un arma que no le era familiar en tres minutos. Había soportado las reacciones de admiración del resto de la multitud en el campo de tiro, pero las palabras lo habían golpeado una y otra vez: «La zorra sabe disparar».

Ni siquiera podía decirse a sí mismo que estuviera ante una tiradora de exhibición en competiciones de clubes de tiro. Estaba la experiencia del campo de tiro y luego estaba la experiencia real, la fría experiencia adquirida por la práctica hasta hacerse parte de la propia sangre. La había vislumbrado en cuanto ella empuñó el fusil por primera vez…, y luego la había visto tomar posición en la línea de tiro, y entonces Lady Muerte le destapó los ojos. La brillante mujer de pelo castaño y mirada cálida había desaparecido; la francotiradora con 309 enemigos en su cuenta salía al mundo entre llamaradas. Para cuando logró el último blanco, él ya se creía hasta la última de esas

muertes en el frente oriental.

«Maldita sea», pensaba el francotirador, aturdido, viéndola en el escenario del Grant Park mientras medio Chicago coreaba su nombre, «es auténtica». Cien mínimos detalles encajaban ahora en su lugar: la manera en que sostenía sus cigarrillos ahuecando la mano vuelta para esconder las brasas; el modo en que sus ojos lo recorrían todo cada vez que entraba en una nueva habitación, estableciendo puntos de salida y líneas de movimiento. ¿Cómo no se había dado cuenta?

«Porque no querías», se respondió a sí mismo. «No pensabas que fuera posible».

Bueno, pues lo era. Allí estaba Lady Muerte, en carne y hueso. Una rusa del tamaño de un botellín que acababa de levantar la cabeza sobre un escenario estadounidense y decirle a todo hombre con sangre en las venas que hubiera entre el público que dejara de esconderse a su espalda.

«Te dispararía encantado de frente», pensó el francotirador, viendo sus ojos, feroces como los de un lince depredador, recorrer la multitud que aplaudía con furia. «Pero mañana tengo un presidente que asesinar en Los Ángeles, y una soviética a la que incriminar».

Capítulo 29

El titular: DESPUÉS DE SU YA FAMOSO DESAFÍO A LOS CIUDADANOS DE ESTADOS UNIDOS, LIUDMILA PAVLICHENKO VIAJA A LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES. GRANDES NOMBRES DE HOLLYWOOD COMO DOUGLAS FAIRBANKS JR., MARY PICKFORD Y CHARLIE CHAPLIN IRÁN A RECIBIR A LA JOVEN FRANCOTIRADORA…

La verdad: «Estuvo usted extraordinario en La marca del Zorro, señor Fairbanks» no fue mi mejor inicio de conversación si tenemos en cuenta que la respuesta de borracho del actor fue: «Eshe fue mi padre Douglash Fairbanksh shenior».

—¡Como siempre, brillante, señora Pavlichenko! ¿Champán?

—Nu ladno, señor Jonson —suspiré. Ni siquiera con esmoquin sus ojos parecían menos saltones ni él resultaba menos irritante. Rápidamente cogí la copa de flauta de champán antes de que él pudiera capturar mi mano—. No pensaba que fuera a venir a Los Ángeles.

—¡Hice una solicitud a la primera dama en persona! Tenía algo muy especial que pedirle, y su gente me incluyó en la lista de hoy…

Me quedé perpleja, volviendo de la sensación ya familiar de haber estrechado doscientas manos, posado para doscientos fotógrafos y respondido doscientas preguntas inanes.

—¿Pedirme qué, señor Jonson?

—Liudmila, ya la he invitado a llamarme William —me reprendió.

—William, ¿se propone usted oír cada discurso que dé desde Washington hasta Fresno? ¿Cuánto tiempo libre tiene?

Evidentemente, demasiado. Me bebí de un golpe media copa de champán con la esperanza de que acabara con el dolor de cabeza que me duraba desde Chicago. No había dormido bien tras el acto de

Grant Park —la primera dama me aseguró que había sido un rotundo éxito («No me extrañaría que Reuters reprodujese su discurso para el mundo entero, querida»), pero desde entonces me había estado sintiendo como si tuviera arañas recorriéndome la espina dorsal—. Ni siquiera se debía a la aparición de otra desagradable nota en mi habitación de hotel (VOY A ARRANCARTE LA ESPINA DORSAL Y A AHOGARTE CON ELLA, PUTA QUERIDA DE STALIN). Me daba cuenta de que me había vuelto casi inmune a las cosas aborrecibles. Teniendo en cuenta que, quienquiera que las enviara, me estaba siguiendo, parecía bastante obvio que era alguien de dentro de la delegación, y aún más obvio que esa persona era Alexéi, y aunque notifiqué esta sospecha a la seguridad de la delegación en términos muy claros, me negué a seguir dejándome amedrentar por ninguna nota ni a darle a mi esposo la satisfacción de preguntarle por ellas. No, no eran las notas anónimas. Era algo distinto lo que me estaba perturbando tan en lo hondo de mí que apenas lo advertía.

¿Era algo que había visto u oído? En el frente podía vigilar tan atentamente que ni una hoja cayera en el paisaje nocturno sin que yo la advirtiera, pero aquella gira había supuesto tal avalancha de visiones y sonidos que cualquier cosa podría haber pasado desapercibida en el marasmo. Y tenía la sensación de que así era, pero no podía identificar cuál.

—Sabrá usted que soy viudo, por supuesto —seguía hablando Mr. Jonson.

—¿Lo sé? Claro, sí, da…

—Y he leído en la prensa que usted también estuvo casada. Perdió a su esposo en Sebastopol…

«Al segundo, por desgracia. No al primero».

—Así es —respondí pensando en la carcajada que habría lanzado Lionia ante toda aquella conversación.

—Entonces, mi querida Liudmila, ¿por qué no salvarnos mutuamente de la soledad? Si usted quisiera, me haría el hombre más feliz de…

—¿Chto? —Mi atención volvió del golpe al hombre que ahora me cogía la mano ignorando la copa de champán vacía que había en ella —. Señor Jonson…

—¡William!

—Señor Jonson, ha perdido usted el juicio.

—Desde el momento en que la vi hablar en Nueva York, mi corazón me dijo que usted era la única esposa posible para mí. ¿Quiere casarse conmigo?

—Puede aceptar su oferta, ya lo sabe. —Me detuve con un bollo de mantequilla a mitad de camino hacia la boca.

—¿Habla usted en serio, Eleonor? —La primera dama me había invitado a llamarla por su nombre de pila, pero esta era la primera vez que yo lo hacía.

—¿Por qué no? —Al otro lado de la pequeña mesa, Eleanor desplegaba su servilleta. La delegación comía en privado tras aquellas recepciones, pues cada vez que la primera dama y yo íbamos a cenar a un restaurante toda la comida se convertía en horas de firmar autógrafos. Kostia, Yuri y los demás ya habían ocupado sus asientos a la mesa en el comedor privado—. El señor Jonson es quizá un tanto excéntrico, pero agradable y educado —continuó Eleanor—. No le ha mentido en cuanto a sus antecedentes y sus perspectivas: es viudo, es el dueño de una compañía metalúrgica y sus finanzas y su reputación son impecables. A esos hombres se los investiga —respondió ante mi mirada de asombro— cuando empiezan a seguir a mi comitiva de un estado a otro. La propuesta de matrimonio del señor Jonson podrá ser repentina, pero es honesta.

Resoplé.

—¡Solo lo he visto cinco veces!

—Pero casarse con un caballero con recursos que está locamente enamorado de usted… es la mayor garantía de seguridad que a una mujer pueden darle los caprichos del destino. —Sonrió mientras cogía el tenedor de la ensalada—. Se quedaría usted aquí, en nuestro país, y a mí me alegraría la oportunidad de continuar nuestra amistad.

—A mí también, pero… —Solté mi bollo y me levanté para coger un ejemplar del Chicago Tribune que había traído del avión—. Escuche esto: «La señora Pavlichenko pierde la cabeza por la comida estadounidense y se toma cinco raciones todas las mañanas en el desayuno». Descaradas mentiras. ¿De dónde se sacan esas cosas y por qué están obsesionados con esas tonterías? —Volví a soltar el periódico con las mejillas encendidas, luchando por encontrar las palabras adecuadas en inglés—. En su país soy

objeto de la curiosidad ociosa. Un espectáculo de circo, como una mujer barbuda. En el mío soy una oficial del Ejército Rojo. He combatido, y no soy un monstruo por ello. Hay otras mujeres como yo. —Me acordé de lo que le había dicho sobre que las mujeres soviéticas teníamos completa independencia como seres humanos, no solo como mujeres.

—Esta gira es mi guerra ahora. Pero pronto volveré a casa, y seguiré luchando por la libertad y por la independencia de mi país. No voy a unirme al suyo, por mucho que haya llegado a apreciarlo.

Me di cuenta de que en la otra mesa se había oído mi arrebato. El rostro de Kostia estaba inmóvil, observándome. Me ruboricé y volví a sentarme para trocear el bollo que había soltado. Cuando levanté la vista hacia la señora Roosevelt, vi una extraña sonrisa melancólica en su rostro. Yo había dicho que no había mujeres como yo en Estados Unidos —bueno, no había mujeres como ella tampoco—. ¿Era esa la razón por la que se había hecho mi amiga, la razón por la que se había entusiasmado tanto con la idea de que pudiera quedarme en su país? ¿Que ella también se sentía un espectáculo de circo a veces?

—Nos olvidaremos de Mr. Jonson —dijo, simplemente, empujando la panera sobre la mesa—. Haré que quiten su nombre de la lista de los actos que tengamos antes de regresar a Washington.

—Se lo agradezco —dije, sintiéndome ahora algo avergonzada por mis palabras vehementes—. ¿No se va a quedar hasta la llegada del presidente?

—Sí, sobre eso…

«Maldita sea, que se vaya al infierno de una vez esa zorra soviética», pensó el francotirador. Acaba de saberlo: el presidente Roosevelt ha cancelado discretamente sus apariciones en el sur de California. Su gira por las bases militares había transcurrido bajo un apagón informativo, pero los operadores alertas en Washington ya sabían que el tren especial estaba de camino a la capital, y Pañuelo de Bolsillo había telefoneado para comunicárselo puntualmente. Quizá no fuera culpa de Liudmila Pavlichenko, después de todo, que el lisiado presidencial no se hubiera sentido en condiciones al final de su gira, pero el francotirador decidió que la culparía de igual forma. Lady Muerte estaba acabando con su habitual buena fortuna en el trabajo.

Ocioso en el vestíbulo del hotel, evitando a los escoltas soviéticos y sus ojos de piedra, repasaba el resto del itinerario. Alguna fiesta de

Hollywood; más discursos; luego el viaje a Fresno…

Fresno, por amor de Dios. El francotirador recordó un trabajo de dos por uno allí unos años atrás, liquidando a una pareja de ejecutivos que habían metido la mano en los fondos de su compañía. Un lugar horrible lleno de horribles rústicos, ¿y ahora tenía que volver, después de haber seguido ya a aquella mujer desde Detroit a Los Ángeles pasando por Chicago? Aquello era demasiado viajar para tan poco fruto: un montón de noches en hoteles anónimos, el dolor de espalda de tantas horas al volante en aquel Packard que parecía una lata, y ni una maldita ocasión de disparar a Roosevelt. Habría dado lo mismo que se hubiera quedado helándose los pies en Washington y esperando que volviera la francotiradora en lugar de recorrerse el país entero intentando crear una oportunidad de alcanzar su objetivo que nunca se presentó. Y ahora el puto Fresno.

«La culpa es tuya», se dijo, aún enfurecido. Normalmente, se habría quedado en Washington en lugar de seguir la gira: se habría quedado atrás reuniendo toda la información de terceros que necesitara. Menos contacto, menos problemas y menos peligros. Pero, no, él había decidido abordar de forma más personal aquel trabajo. ¿De verdad había permitido que lo venciera la curiosidad, después de tantos años de profesionalidad distante?

La delegación soviética atravesó las puertas del hotel de vuelta de la recepción de la tarde. El francotirador miró a Liudmila Pavlichenko desde el borde de su periódico cuando ella se detuvo en el mostrador. El conserje nocturno le entregó un sobre sellado; la joven francotiradora alzó las cejas mientras alcanzaba un abrecartas. El francotirador se inclinó ligeramente hacia delante, sabiendo exactamente las palabras que iba a encontrar: VIGILA TU ESPALDA, PUTA SOVIÉTICA. Nunca hasta entonces la había visto abrir una de sus misivas. Esperaba que palideciera, que temblara, que mirara sobre su hombro…

Ella puso cara de fastidio. Inequívocamente, puso cara de fastidio.

—Otra —le dijo en ruso al pétreo escolta que iba junto a ella, al tiempo que hacía una pelota con la carta y se la lanzaba, y acto seguido se dirigió al ascensor del hotel. Para subir a su lujosa cama de puta y dormir a pierna suelta toda la noche, indudablemente. Se estaría riendo a gusto para sí.

El francotirador tomó una decisión repentina mientras ella desaparecía de su vista. Soltó el periódico, atravesó las puertas del

hotel y salió a la noche templada.

—Taxi —le dijo al botones bruscamente.

No más naranjos, no más conversación de Beverly Hills ni más maldito Fresno: abandonaría el Packard y su identidad falsa actual y cogería un vuelo de vuelta a Washington. Lady Muerte tendría que regresar a la capital en algún momento. Él estaría allí (y también el presidente) para entonces.

Pensó, cuando iba en el taxi, que Liudmila ya era un objetivo tan importante como el propio FDR. Hasta entonces, había dejado sus planes abiertos: entre inculparla o matarla, haría que lo resultara más simple.

Ya había tomado una decisión.

—¿Está cansada de firmar autógrafos? —Laurence Olivier me dirigió la ardiente mirada que era su especialidad, definitivamente tan atractivo en persona como en la pantalla. Lena lo habría tenido ya contra la pared con los pantalones bajados a esas alturas. Su mano descendió hasta mi espalda baja mientras comentaba—. Siempre he pensado que la caza de autógrafos es la manifestación menos atractiva de la curiosidad sexual.

«Tú sigue bajando la mano y te quedas con un muñón», pensé. Un sonido explosivo me sobresaltó, pero no era más que un corcho de champán. Junto a las amplias cristaleras abiertas a la templada noche californiana, podía ver a la actriz Mary Pickford riendo con la cabeza echada hacia atrás por algo que una Myrna Loy cubierta de lentejuelas plateadas le estaba susurrando al oído. La elegante casa de estilo italiano estaba atestada de estrellas de cine. Y no es que conociera ni a la mitad de ellas; yo no había visto muchas películas occidentales. Mi pobre amiga Sofía, de Odesa, sí que habría reconocido cada rostro después de haberse empapado clandestinamente de la lectura de muchas revistas de cine de Occidente; ella habría dado cualquier cosa por una oportunidad de conocer a Mary Pickford en una fiesta de Hollywood. Yo solo estaba desconcertada. Y echaba de menos a Sofía…

—Charlie Chaplin va a dar una fiesta para la delegación en Breakaway House, su casa en Beverly Hills —me había dicho el personal del consulado soviético alegremente aquella tarde tras un almuerzo, una reunión en la embajada y un discurso en un hotel con vistas a las olas

largas y azules del Pacífico—. Ahora que la primera dama no está —Eleanor había tenido que marcharse a Washington aquella mañana, dejándome con un sentido abrazo—, ¡tendremos ocasión de divertirnos! —Hasta el momento, Charlie Chaplin me había besado la mano, Tyrone Power me había derramado el champán y Laurence Olivier me había evaluado el culo.

Le golpeé la mano cuando la bajó aún más, pero el inglés no pareció ofenderse. Solo se echó a reír, metiéndome un mechón de pelo tras la oreja.

—No hay necesidad de estar tan tensa y vigilante, querida. Puede que la apuñalen por la espalda en una fiesta de Hollywood, pero nadie va a dispararle.

—Muy ingenioso, señor Olivier.

—Llámeme Larry.

—Niet —respondí. La estrella de cine me recordaba demasiado a Alexéi: el mismo brillo, el mismo encanto, la misma absoluta incapacidad para oír la palabra «no».

—Charlie tiene una piscina abajo —siguió ronroneando, haciendo caso omiso—. ¿Por qué no nos escapamos un rato y disfrutamos de un poco de fiesta privada mientras sus amigos se divierten?

La gente del consulado soviético desde luego que se estaba divirtiendo, tomando el suntuoso espacio con cristaleras, su piano de cola negro, sus bandejas de plata con aperitivos y sus cubiteras de champán por todas partes. Incluso Yuri definitivamente se reía viendo a Charlie Chaplin coger con los dientes una botella de champán y andando a cuatro patas por el suelo de mármol.

«Gente de Hollywood», me dije. Si los estadounidenses a veces me resultaban raros, aquellas estrellas de cine me lo parecían aún más. Despreocupada, informal, ni de lejos tan dada a erizarse ante las ideas socialistas como los invitados a cualquier fiesta de Washington…, pero parecían actuar, más que existir, y no estaba segura de que vieran mi uniforme como algo muy distinto de sus extravagantes trajes.

De repente, necesitaba aire fresco.

—Discúlpeme, señor Olivier… —Volviendo a apartar su mano de mi cadera—. Necesito más champán.

—Bébame a mí, pequeña asesina encantadora. Soy como un vino añejo… ¡Tiene que beberme antes de que me avinagre!

Logré liberarme entre la multitud de la terraza y bajar por la larga pendiente para salir de Breakaway House.

—Veo que los dos hemos buscado algo de tranquilidad —dijo Kostia saliendo en silencio de las sombras como solía.

—Al menos Yuri no me está respirando en el cogote por una vez. —Mi compañero y yo paseábamos por la larga extensión de césped que, en efecto, llegaba hasta una piscina muy abajo—. ¿Quién iba a imaginar que las estrellas de cine lo deslumbrarían tanto?

—Parece que en Moscú solía ser la sombra de un pez gordo al que en privado le gustaban las proyecciones de películas occidentales prohibidas —dijo Kostia.

Nosotros habíamos tenido nuestra propia proyección de cine privada esa noche: El gran dictador, la película más famosa de Charlie Chaplin, proyectada en su pequeña sala particular. Había visto cosas extrañas en mi vida, pero nada tan extraño como ver a un hombre gesticular y darse aires en una pantalla parpadeante y volver la vista y ver a ese mismo hombre sentado a mi derecha, todo sonrisas amistosas, esperando mi reacción. Nunca había visto una película de Chaplin hasta entonces; parecía un extraño hombrecillo con los ojos saltones que nada tenía que ver con mi idea de una estrella de cine.

—¿Qué te ha parecido El gran dictador? —preguntó Kostia leyendo mis pensamientos.

—No sé si puedo reírme de Hitler. —Acorté mis zancadas para mantenerme a la par de la leve cojera de Kostia, que había salido sin su bastón—. Quizá deberíamos. La risa empequeñece a los hombres. Pero he visto a demasiados alemanes viniendo hacia mí con fusiles y tanques como para encontrarlos divertidos.

—Te has puesto filosófica —observó mi compañero.

—Solo me pasa en las fiestas ruidosas. —Nunca me sentía sola en un escondite de francotirador a medianoche, pero a menudo sí que me sentía sola entre multitudes, y esa era la razón por la que había salido, igual que también lo era de la Kostia. Así es como se encuentra a dos francotiradores en una fiesta: lejos del gentío, en la oscuridad, a solas. Y encantados de estar allí.

—Odio casi todas las fiestas —confesó Kostia.

Yo seguía de uniforme, pero él iba de esmoquin otra vez. Se había dejado la chaqueta en alguna parte dentro de la casa y llevaba los brazos remangados y las manos en los bolsillos.

—No parecías odiar tanto esta en particular cuando tenías a dos estrellas de cine encima de ti antes —no pude evitar decir. Myrna Loy y Mary Pickford, al saber que mi intérprete también era un francotirador, habían pedido que les enseñara sus manos de tirador experto, habían admirado sus callos y habían zureado como palomas viéndolo cascar nueces sin esfuerzo entre sus dedos de hierro—. Myrna Loy casi se sienta en tu regazo.

—Charlie Chaplin te ha besado la mano —observó Kostia— y ha hincado una rodilla en el suelo ante ti.

—Eso ha sido embarazoso. —El actor había proclamado que estaba dispuesto a besar cada dedo de mi mano por aquellos 309 alemanes que yo había abatido, lo que había ejecutado de una forma lenta y húmeda mientras los flashes destellaban y yo resistía la necesidad de limpiarme los dedos en el uniforme.

Otro corcho de champán saltó a lo lejos. Hizo que mi compañero y yo nos tensáramos por un instante; intercambiamos sonrisas, y Kostia me ayudó a bajar por el murete que había sobre la piscina al final de la larga pendiente de césped. La casa en lo alto de la loma apenas resultaba visible desde allí; veía brincar sombras de actores medio borrachos —podría jurar que vi la silueta cuadrada de Yuri bailando sobre el piano—, y oí los acordes lejanos de la «Canción de los barqueros del Volga» que sin duda estaban tocando en nuestro honor. Hacía una noche templada; el otoño ya había llegado al Medio Oeste, pero aún tenía que alcanzar la ciudad de Los Ángeles. La piscina solo resplandecía vagamente en la oscuridad; había luna nueva, y casi ninguna luz. Pero eso no importaba. Kostia y yo podíamos ver en la oscuridad como si fuera mediodía.

Nos sentamos al borde. Me quité los zapatos para meter los pies en el agua fresca, y Kostia se remangó los pantalones para hacer lo mismo.

—Tu visita a Nueva York… —empecé a decir, pensando que quizá en ese momento podía contarme algo de su familia, pues no había nadie cerca que pudiera oírnos, y mucho menos que hablara ruso; pero él movió la cabeza.

—Después.

Yo asentí, mirando al agua, de un color azul oscuro y brillante. Era la primera vez que veía una piscina privada, con baldosas de mármol, suntuosa, para que alguien pudiera disfrutarla en soledad… o en compañía. El corazón empezó a latirme en la garganta y tuve que tragar saliva.

—Vamos a nadar.

Me quité el uniforme y me quedé con mi nueva y sedosa ropa interior estadounidense, y me lancé al agua de una perfecta zambullida. Kostia se deshizo de sus prendas de esmoquin igual que un pez que deja atrás un rastro plateado de escamas y pareció que se deslizaba en el agua sin alterar la superficie. Un segundo después sentía las fuertes manos de acero en mi cintura que tiraban de mí hacia lo hondo; me giré bajo el agua y le puse los talones en las costillas para liberarme mientras una risa subacuática me sorprendía en medio de un torrente de burbujas. Nos revolvimos y luchamos hasta que al fin salimos jadeando a respirar en el extremo más profundo, con los brazos doblados el uno junto al otro en el borde de la piscina y los cuerpos flotando ligeros en el agua. El corazón no dejaba de golpearme dentro del pecho.

—Tu pierna —logré decir, mirando entre las ondas la lívida cicatriz que había visto en su pierna cuando nos zambullimos. El tajo iba desde la rodilla casi hasta el tobillo—. Del final de Sebastopol… Conozco todas tus cicatrices salvo esa.

Una gota de agua resbaló por su mentón afilado. Resistí la tentación de secársela.

—¿Las conoces?

—Por supuesto. Nunca estuve a más doscientos metros de ti cuando te hirieron. —No estaba segura de lo que estaba diciendo, solo sabía que tenía que seguir llenando con palabras aquel oscuro silencio sin fondo —. No solías acabar tan mal como para tener que aterrizar en el batallón médico; siempre tuviste más suerte que yo. Pero te hiciste aquel mal corte en la mano del gatillo al comienzo del asedio de Sebastopol. —Estaba hablando demasiado rápido. Y, obligándome a ir más lento, señalé la línea dentada que recorría su pulgar en el lugar en que este descansaba sobre el borde de azulejos de la piscina—. El tajo de un cuchillo de combate alemán que salió de aquel escondite de francotiradores en la Montaña Sin Nombre. —Extendí la mano para tocar la costura arrugada que le corría por la parte superior de la frente, bajo la línea del pelo rasurado—. Y la herida de esquirla de tu

nuca, la que yo misma suturé en Sebastopol —dije deslizando mis dedos por la marca dentada. Dejé mi mano allí, descansando contra su pulso—. Cuatro por muy poco —añadí tranquilamente.

Él no nombró mis cicatrices, pero su mano las encontró bajo el agua —deslizándose sobre la cadera que me disloqué a las afueras de Gildendorf; recorriendo mi espina dorsal para seguir la cicatriz de metralla bifurcada; por mi pelo húmedo, hasta encontrar la herida de la esquirla de Odesa y descansar en mi mejilla, con sus dedos en la oreja que habían tenido que suturarme casi para devolverla a mi cabeza—.

—Esas son solo las cicatrices que se ven.

«Lionia». Sabía que eso era lo que los dos estábamos pensando.

Y, de repente, Kostia me estaba mirando a través de la oscuridad, pensando «te quiero». No necesitó decirlo para que yo lo oyera. Respiré hondo, vacilante, mirando el borde de azulejos donde mi mano había encontrado la suya y se habían unido los dedos de ambos, uno a uno.

—Eres mi compañero —vacilé—. Eres mi sombra. Mi otra mitad. Confío en ti como en nadie en este mundo. Nadie puede hacer lo que nosotros hemos hecho y no unirse tanto como puedan llegar a unirse dos seres en esta vida o en la próxima. —Ni mis padres, ni mi hijo, ni mis amigos, ni ninguno de los hombres a los que había llamado esposos…, nadie había llegado a conocerme como Kostia. Nadie conocería nunca a Kostia como yo. Su índice calloso acarició mis nudillos—. Simplemente podrías haberme dicho que «me quieres», Liudmila Mijaílovna.

—Te quiero —susurré. También amaba a Lionia. Quizá los había amado a los dos a la vez, a mi esposo y a mi compañero. Quizá aquello no era avanzar demasiado rápido; quizá era lo que había sido siempre.

El segundo beso fue más lento e intenso que el de la canoa.

—¿Por qué siempre estamos en el agua cuando hacemos esto? —susurré mientras me apretaba contra él entre las sedosas ondas de la piscina.

Aún sabía a hierro y a lluvia. Nos abrazamos, nos revolvimos juntos con las bocas selladas, silenciosos como una cuenta atrás. Con Lionia todo eran bromas y risas, incluso en la cama; estar con Kostia era

como caer a un pozo en el centro del mundo. Mis dedos se deslizaban por su piel, satén sobre granito. Resultaba engañosamente ligero al lado de la estatura y la anchura doradas de Lionia, pero Kostia parecía forjado en lugar de nacido, hecho de cuerdas de piano y remaches de hierro en vez de tendones y músculos. Mi cabeza caía sobre el borde de la piscina mientras su boca encontraba mi pecho, y en ese momento fue cuando oímos los gritos alegres desde la casa. Era la voz de Yuri, llamándome por mi nombre; la delegación, achispada y feliz, regresaba al hotel. Kostia emitió un silencioso gruñido de lobo junto a mi garganta, y entonces nos separamos, chapoteando para salir de la piscina lo más silenciosamente posible y volver a ponernos nuestras ropas secas. Le di un último beso oscuro y sofocado murmurando «habitación 114» en su boca mientras metía mi cuerpo empapado de nuevo en el uniforme —menos mal que existía aquella recia tela de gabardina que, si era capaz de soportar el invierno ruso, también podía con un poco de cloro de Beverly Hills—. Tras ponerse rápidamente su ropa, Kostia cojeaba de vuelta a la casa por el largo camino mientras yo me quitaba el pelo mojado de la cara y gritaba «¡Me apetecía darme un baño!» a un Yuri irritado que salía de las sombras.

—Nadar no es parte de sus directrices.

Un ebrio y zigzagueante paseo en coche para abandonar Beverly Hills mientras cada centímetro de mi piel cantaba como si me estuviera arrastrando sobre los codos en tierra de nadie otra vez, sintiendo a mi compañero en el asiento de delante como si fuera un miembro perdido de mi cuerpo mientras todo el mundo a nuestro alrededor iba borracho y ajeno en el coche atestado… Y, luego, a solas en la oscuridad de mi habitación de hotel, esperando, viva. Supe en qué momento estaba allí; no tuvo que llamar. Entró como una flecha en la habitación incluso antes de que yo hubiera abierto la puerta por completo y me tumbó en el suelo en medio de una oscuridad de medianoche que parecía radiante como el día. Forcejeando y tirando el uno del otro, los ojos de francotiradores relucientes, los dedos endurecidos por el fusil logrando gemidos por respuesta igual que lográbamos trayectorias de balas en el viento helado. Doblando nuestros cuerpos juntos en un escondite, en una trinchera, igual que tantas veces antes —solo que esta vez era una trinchera de frescas sábanas y cálidos brazos feroces, y un silencio tan profundo que hacía que el mundo desapareciera—.

Ninguno de los dos habló casi hasta el amanecer, y fui yo la primera que lo hizo, con los brazos alrededor de la cintura de Kostia, sus labios en mi pelo.

—Cuando dije que aún estaba de duelo, lo que en realidad pensaba era «qué diría Lionia si nos viera».

La voz de mi compañero sonó serena en la oscuridad.

—Yo también lo he estado pensando.

Sabía que era así. Nuestros pensamientos, durante los pocos momentos de intimidad que pudimos encontrar al margen de aquella ruidosa, agotadora y absolutamente pública gira, probablemente habían sido muy similares. En sombría reflexión, en amargo duelo, en silencio infinito, estuvimos imaginando el rostro sonriente de Lionia y manteniendo conversaciones sin palabras con el hombre al que los dos amábamos.

—Yo creo —dijo lentamente Kostia— que se alegraría por nosotros. Él diría que no hay tiempo que perder si se tiene una oportunidad de ser feliz.

—Yo estaba pensando lo mismo —susurré al tiempo que los labios de Kostia tocaban mi sien, la cicatriz de mi oreja—. Lo estoy oyendo decirlo.

Capítulo 30

El titular: ¿QUIÉN IBA A DECIR QUE LA PRÓXIMA NOVIA DE ESTADOS UNIDOS PODÍA SER UNA JOVEN FRANCOTIRADORA SOVIÉTICA CUYA MANO (QUE AHORA BESA LA MITAD DEL PAÍS) HA ACABADO CON LA VIDA DE 309 NAZIS? LIUDMILA PAVLICHENKO REGRESA A WASHINGTON TRAS CONCLUIR SU GIRA POR EL OESTE CON PARADAS MULTITUDINARIAS EN SAN FRANCISCO Y FRESNO…

La verdad: Creo que San Francisco tenía un puente. De Fresno no recuerdo nada en absoluto, pero ni siquiera a la gente que vive en Fresno probablemente le importe acordarse de algo. Lo único que se impuso sobre la niebla de serena felicidad por estar con Kostia fue la pregunta que la delegación entera hizo en cuanto regresamos a Washington: ¿Cuándo podemos volver a casa?

—La gira se ha prolongado —dijo sonriente el embajador soviético mirando a los tres delegados estudiantes reunidos.

Habíamos intercambiado historias sobre nuestras respectivas giras, y esas historias eran en gran parte las mismas…, salvo que la mía había obtenido una cobertura considerablemente mayor en los periódicos. Krasavchenko era el único que parecía complacido por seguir bajo el ojo público; Pchelintsev mostró abiertamente su contrariedad, y yo no pude evitar poner mala cara.

—Amigos míos, esto es una buena noticia —protestó el embajador—. Han logrado ustedes algo cercano a lo imposible: cambiar la opinión pública de Estados Unidos para ponerla a favor de la URSS. La oposición a un segundo frente está cediendo. Seríamos estúpidos si no capitalizáramos…

—Envíen a Liudmila a esa gira —interrumpió Pchelintsev—. A ella es a la que quieren ver. Paséenla a ella bajo los focos y envíenme a mí a Stalingrado.

Lo miré.

—Si alguien tiene que volver a Stalingrado, debería ser el mejor francotirador, que soy yo.

El embajador apartó nuestras objeciones.

—Nadie va a volver a Stalingrado todavía. Nuestras directrices vienen del Kremlin; continuaremos en Canadá y luego en Gran Bretaña…

Sentí desolación al oír los detalles: íbamos a volar hasta Montreal, luego a Halifax, luego a Glasgow, luego a Londres… Vi una larga fila de recepciones, cenas y discursos extendiéndose ante mí. ¿Pensaría Slavka que no quería volver a casa con él? A ese paso, sería un hombre cuando regresara.

—Sirvo a la Unión Soviética —respondí suspirando cuando el embajador hizo una pausa esperando respuesta.

—¿Conseguiste decirlo sin maldecir? —me preguntó Kostia después.

Había venido a mi habitación con la discreción de siempre, llamando a la puerta cuando Yuri ya no estaba de servicio. (¿Qué harían los bloques de cemento soviéticos cuando no estaban de servicio? Alguna lectura ligera, tal vez: Ganar la guerra al capitalismo, I. K. Volkov, 9.ª edición).

—Por poco. —Me acurruqué en el hombro de Kostia. Estábamos tumbados en medio de un desorden de sábanas aún húmedas por el sudor de nuestros ejercicios recientes, mientras el frío sol de Washington entraba a través de las persianas—. ¡Y luego me llevé una reprimenda, porque de alguna forma al embajador le había llegado el rumor de la propuesta de matrimonio que me había hecho ese imbécil de Jonson, y temía que yo fuera a aceptarla y a desertar! —Doblé las sábanas entre los dedos, moviendo la cabeza—. Imagino que pensaba que yo saldría corriendo ante la menor oportunidad de quedarme en los Estados Unidos.

—Esto no está tan mal.

Sonreí.

—Si tengo que comerme otro perrito caliente empezaré a correr gritando como una loca por el Monumento a Washington. Quiero noches blancas, Kostia. Quiero ponchiki en un cucurucho de papel espolvoreado de azúcar. Quiero gente que sepa quién es Bogdán Jmelnitski y el Consejo de Pereyáslav…

—Mila, ni siquiera en Rusia sabe nadie qué es el Consejo de Pereyáslav.

—Lo sabrán cuando yo acabe mi tesis. Si es que mi tesis se puede leer aún entre las manchas de sangre y las quemaduras de pólvora… —Moví la cabeza—. Mis estudios no habrán servido de nada si me quedo aquí. Nunca llegaría a ser historiadora, y eso es todo lo que siempre he querido ser. Pero incluso la señora Roosevelt parecía creer que yo estaría encantada de quedarme.

—Alguna gente lo estaría. —La voz de Kostia sonó extraña.

—No gente como nosotros. —Tiré de la cabeza de mi compañero para besarla, pero se había quedado completamente en silencio—. Kostia…

Súbitamente, extendió el brazo y encendió la radio. El sonido de Kay Kyser canturreando «Jingle, Jangle, Jingle» invadió la habitación de hotel cuando Kostia subió el volumen, se envolvió en la ropa de cama y me cubrió con ella debajo de él. Con su mejilla contra la mía y sus labios en mi oído, me habló en una voz que apenas era un susurro.

—Quiero hablarte de Nueva York.

Yo no sabía si nuestros escoltas espiaban mi habitación, pero Kostia no estaba dispuesto a correr riesgos. Me habló en los términos más vagos posibles, en un casi inaudible susurro directo a mi oído que ni el micrófono más sensible habría sido capaz de captar…, pero la situación quedó bastante clara.

Había reunido el valor y había llamado a la puerta de su tía abuela en Ridgewood. Él le había mostrado fotografías: de su abuela y de su madre. Lo habían recibido, abrazado y presentado a otras personas. No se había hablado explícitamente…, pero lo acogerían si se quedaba.

Quedó en silencio entonces, con el rostro tenso y pétreo, y yo no tenía ni de idea de qué decir. Había demasiadas cosas que decir, y todas ellas imposibles. «¿Cómo puedes pensar en huir de tu país?». Pero también entendía por qué estaba tentado. La patria podría ser grande, estaba convencida de eso con toda mi alma, pero no iba a fingir en un momento como aquel que no fuera un lugar duro e inmisericorde para hacer una vida. «Te pones en peligro». Pero eso Kostia ya lo sabía; sabía que arriesgaba su vida solo con revelar que tenía familia allí, y mucho más al haberla visitado. Y mi última pregunta desesperada: «¿Cómo puedes estar conmigo y amenazar con dejarme?». Pero eso no importaba. Era una vida lo que estaba en juego, su vida. Yo tenía un

vínculo de sangre en Rusia que tiraba de mí para regresar con un invisible hilo de acero; pero él, no. Su única familia de sangre estaba en Estados Unidos. Su lazo con Rusia era… yo.

Debió leer la conmoción en mi rostro. Yo no podía decir nada, no allí, en aquella habitación donde podía haber micrófonos y oídos atentos, así que me limité a mover la cabeza en silencio. Él apagó la radio, y volvió a inclinarse para cogerme la cabeza entre las manos. No sé lo que nos habríamos podido decir, porque en ese momento se oyó una llave en la cerradura, y de repente la puerta se abrió de par en par.

Allí estaba Alexéi Pavlichenko con una brazada de rosas de color rosa. Podría haber sido una ilustración en una novela romántica. El pretendiente con traje elegante, flores en los brazos y una encantadora media sonrisa en su cara de rasgos hermosos. Pero la sonrisa desapareció como una luz que se apaga, e invadió su rostro una oleada de furia mortal.

Yo estaba al borde de las lágrimas, desbordada por distintas emociones revueltas. No, no necesitaba que Alexéi se añadiera a la mezcolanza.

—No —rugí antes de que hubiera podido decir una palabra—. Ahora no. Hoy no. Nunca. No me importa lo que quieras. Lárgate.

Se quedó mirando a Kostia como si fuera una alimaña.

—¿Cuánto hace que llevas tirándote a tu lobo favorito a mis espaldas, Mila?

Kostia se incorporó lentamente; la sábana resbaló hasta su cintura al reposar los codos en sus rodillas levantadas, y quizá mi marido no se dio cuenta de cómo ese movimiento acercó a mi compañero al cuchillo de combate finlandés que había en la mesilla de noche, pero yo sí.

Yo tiré de la sábana y me levanté. La piel desnuda me hormigueaba, pero me negué a quedarme encogida en la cama como si fuera una esposa culpable sorprendida durante un revolcón ilícito.

—¿Cómo has entrado aquí? —Yo sabía que había cerrado la puerta.

—He engatusado a la gobernanta para que me diera una llave maestra y poder sorprenderte dejándote esto. —Tiró al suelo su brazada de rosas, que quedaron esparcidas en un desorden de espinas y pétalos sobre la alfombra—. Me pregunto cuántos hombres habrán desfilado

desnudos por esta habitación.

Kostia se tensó a mi espalda, preguntándome en silencio qué quería que hiciera. Mis dedos tamborilearon dos veces sobre mi pierna, como si estuviéramos de nuevo en una trinchera de francotiradores comunicándonos en silencio: «Espera». Me paseé desnuda por la habitación con la cabeza alta para ir a coger mi bata, que colgaba de un perchero en la pared.

—No finjas que estás celoso, Alexéi. Este cuerpo de mujer adulta mío tiene diez o doce años más de los que debería tener para excitarte. —Me anudé el cinturón en un chasquido—. Ahora, vete.

—No. —Dio un paso hacia mí, alejándose de Kostia ahora.

Kostia no se había movido de la cama, impertérrito, observándolo todo…, pero su cuchillo de combate había desaparecido de la mesilla de noche.

—Yo soy la que está diciendo que no, Alexéi. —La tormenta de emociones se iba inclinando rápidamente hacia la furia.

Desde la ciega insistencia de la mano húmeda de Mr. Jonson a la petulante tenacidad de Alexéi o a la mano de Laurence Olivier volviendo una y otra vez a mis caderas… ¿por qué parecía que no era capaz de hacer entender a ninguno la palabra «no»?

—Sigues siendo mi esposa.

Me permití reírme en su cara.

—¿Quién te crees que eres? Yo soy la francotiradora famosa, la heroína de guerra, la novia de Estados Unidos. Yo soy la que agasajan por todo el mundo ayudando al camarada Stalin a conseguir su segundo frente. Y tú eres el dispensador de píldoras de la delegación. Un perro al que llevan detrás con una correa.

—Cierra la boca. Suenas como una niñita mimada que tiene una pataleta.

—¿Niñita mimada es todo lo que puedes llamarme? ¿Qué hay de todas esas encantadoras cosas que me has escrito en notas anónimas? «Zorra roja», «puta asesina…».

—Si te comportas como una puta, no te extrañe que te llamen como a una. —Sus ojos se endurecieron—. Pero yo no te he escrito esas

malditas cosas. Ya he respondido a suficientes preguntas sobre ellas a la seguridad de la delegación; no me quedaré aquí a escucharte…

—Habrías hecho bien en escucharme, Alexéi. —Ahora era yo la que lo sobrepasaba a él. Hubo un tiempo en que se había erguido imponente en mi vida como una montaña, como el mayor obstáculo al que me enfrentaba para construir una nueva vida. Ahora, después de todo aquello a lo que había tenido que enfrentarme en el último año y medio, era un guijarro. Pero aquel guijarro seguía metido en mi zapato haciendo todo lo que podía para impedirme avanzar. Había acabado con aquello—. Ya no eres mi marido, y en cuanto volvamos a Moscú, lo haremos oficial. Porque ahora soy la que tiene amigos en las altas esferas, y ya no podrás obstaculizarlo.

Dio unos pasos violentos hacia mí y se detuvo, porque tenía a Kostia tras él. Mi compañero, que silenciosamente se había deslizado de la cama mientras yo hablaba, se había colocado a un lado y actuó en el momento en que Alexéi llegó hasta mí. Mi esposo se quedó petrificado. Kostia nunca se había parecido más al viejo mito de Morozko, el invierno envuelto en su silencio de hielo, desnudo, con un cuchillo saliéndole del puño igual que un carámbano, y la punta de este descansando suavemente sobre la yugular de Alexéi.

Mi esposo dio un paso brusco hacia delante. Kostia clavó el cuchillo un milímetro más y un hilo de sangre resbaló por la garganta de Alexéi hacia el cuello de nieve de su camisa. Alexéi se detuvo, apartando los ojos de mí y dirigiéndolos a Kostia.

—¿Sabes qué? —dijo—. Quédatela. Quédatela y ahógala.

Quizá ahora me deje en paz por fin. Ahora que él ha decidido que ha terminado conmigo. Lo que yo hubiera decidido hasta ese momento, por supuesto, no importaba. Con aquel rugido en mis oídos, llevé el pie hacia la flor caída sobre la alfombra que tenía cercana y se la lancé de una patada.

—Lárgate y llévate tu barato y repugnante cebo contigo.

Pero la puerta se cerró de golpe tras él y nos dejó a Kostia y a mí mirándonos el uno al otro, y la rabia desapareció para dejarme helada y temblorosa. Quería que Alexéi se fuera, y al fin se había ido. Quería que Kostia se quedara… y no tenía la menor idea, al mirar su rostro inescrutable, de si lo haría o no.

El francotirador sintió que su buena suerte regresaba cuando vio a Alexéi Pavlichenko irrumpir en el bar del hotel y pedir un vodka doble, con un tono no muy por encima del gruñido, incluso antes de sentarse en el taburete. El francotirador se acercó, haciendo tintinear los diamantes en bruto en su bolsillo.

—¿Un mal día? —preguntó en su execrable ruso.

Alexéi lo miró.

—El periodista —dijo, recordando visiblemente su última conversación en aquel mismo lugar. Habían pasado ya casi dos meses desde el congreso internacional de estudiantes que lo había puesto todo en marcha—. ¿Cómo se llamaba usted?

El francotirador mostró sus falsas credenciales de prensa. Había recuperado la identidad de periodista, la que contaba con el respaldo de su extenso trabajo de investigación y de la cobertura de las altas instancias.

—No pude hacer aquellas fotos de usted y su esposa en el Jardín de las Rosas de la Casa Blanca —dijo solo por decir algo—. ¿Quiere que lo intentemos de nuevo? La delegación va a tener una última cena en la Casa Blanca antes de marcharse, ¿verdad? Una bonita fotografía de usted y su esposa para la edición dominical…

—Si cree que esa zorra necesita aún más prensa que la halague… —El médico se detuvo, aguzando la vista de repente—. Yo le he visto antes.

—Claro —dijo el francotirador con naturalidad—. Aquí mismo. Hace un par de meses.

—No. Después de eso. En el club de tiro de Chicago. Usted era uno de los que iba detrás de Mila como un idiota. —Una larga pausa—. Usted es Jonson —se sorprendió Alexéi Pavlichenko.

—No, no era yo —dijo el francotirador, verdaderamente sobresaltado. Los cambios de ropa, de postura, de pelo, de voz… Había sido muy cuidadoso. Se le daban bien los disfraces, maldita sea. Se metía en cada nueva identidad como en un traje a medida—. ¿Quién es Jonson? —preguntó haciendo girar el hielo en su vaso de roca.

—Usted. —Los ojos del médico ruso escrutaron rápidamente el rostro del francotirador—. Los cirujanos vemos hueso y músculo, no colores de pelo ni posturas. Usted es él.

«Y tú eres bueno», pensó el francotirador con cierta angustia. Lady Muerte no había visto más allá de la peluca oscura de William Jonson con sus entradas pronunciadas, la voz de pito de rico y el ansia de agradar que ponía a su pretendiente varios centímetros por debajo de la estatura del reportero alto, pelirrojo y con bigote que la había seguido en muchas de sus intervenciones públicas. Y también se había cuidado de que Liudmila Pavlichenko nunca viera al periodista sino como uno más encorvado tras su cámara en la sala. Pero el médico había sumado dos y dos. El francotirador volvió a agitar el hielo en su vaso. ¿Matarlo, sobornarlo o encontrarle alguna utilidad?

—Así que ¿quién de los dos es usted? —preguntó Alexéi Pavlichenko —. ¿William Jonson o…?

—Existe un tal William Jonson —decidió reconocer el francotirador.

Un empresario metalúrgico que vivía casi en total reclusión en el estado de Nueva York. El tipo nunca iba a ninguna parte y nunca veía a nadie, así que su identidad era útil cada vez que el francotirador necesitaba una que resultara tanto genuina como libre de sospechas cuando la investigaran. Una peluca, un buen afeitado y algún traje caro era todo lo que necesitaba para parecerse a la desactualizada fotografía.

—Corre el rumor de que usted le ha propuesto matrimonio a mi esposa. —Alexéi seguía mirándolo como si esperara el remate final de una broma—. ¿Era una broma o…?

—Necesitaba una coartada para seguir la gira. Los periodistas no solemos seguir ni siquiera a una comitiva presidencial por todo el país, y los ciudadanos corrientes son susceptibles de tener que contestar preguntas difíciles si insisten. —Incluso con todas las medidas bajo cuerda tomadas por los empleados de Pañuelo de Bolsillo para asegurarse de que la seguridad de la primera dama incluía al francotirador en cualquier lista necesaria, él había querido otra falsa identidad…, y nadie parecía más inofensivo que un idiota enamorado que no reparaba en cuentas de restaurante. Especialmente un idiota enamorado que proponía matrimonio—. Además —dijo el francotirador con total honestidad—, quería ver más de cerca a Lady Muerte. —Estrechar aquella pequeña mano con sus callosidades producto del gatillo, observar la irritación enmascarada tras aquellos grandes ojos marrones. Pensar en cómo en aquellos ojos brillaría el miedo si comprendieran lo que había tras la entusiasta mirada de los ojos saltones de William Jonson. Pensar: «No tienes ni idea, puta roja».

Sí, pensó el francotirador. Definitivamente, había dejado que la curiosidad venciera a su profesionalidad en aquel trabajo. Nada bueno, teniendo en cuenta que era el objetivo más importante de su carrera… Pero, pese a todo, no se dejó llevar por el desaliento. Aquel giro de los acontecimientos estaba conduciendo a alguna parte; lo presentía. Semanas enteras de callejones sin salida y planes fallidos lo habían llevado hasta allí.

Alexéi Pavlichenko volvió a sentarse entonces en su taburete e inclinó su vaso de vodka. Rápidos cálculos pasaban por su atractiva cabeza, sin duda.

—¿Y por qué tenía que seguir a la zorra de mi mujer?

—Solo buscaba crearle algún lío a la novia soviética de los Estados Unidos. —El francotirador se acercó más, sin dejar de hablar en su pésimo ruso, sintiendo que el pulso se le aceleraba—. No todo el mundo aquí quiere que vuelva a casa convertida en una heroína, ya sabe.

La mirada del médico se aguzó.

—Cierto.

«Ahora», pensó el francotirador. Y se acercó aún más.

Capítulo 31

El titular: LA JOVEN FRANCOTIRADORA Y SUS COMPATRIOTRAS REGRESAN A LA CASA BLANCA PARA UNA CENA DE DESPEDIDA Y UNA RUEDA DE PRENSA CON EL PRESIDENTE ROOSEVELT ANTES DE ABANDONAR NUESTRO GRAN PAÍS MAÑANA POR LA MAÑANA…

La verdad: Mi último viaje a la Casa Blanca no fue tan tranquilo.

El viento estaba soplando con fuerza fuera, mientras la delegación se hallaba reunida en el vestíbulo del hotel vestida de etiqueta: nuestra última noche en los Estados Unidos.

—Un tiempo muy adecuado para Halloween, ¿verdad? —dijo el conserje.

—¿Qué es Halloween? —pregunté distraída por el equipaje de la delegación que se iba apilando tras el mostrador.

La mayoría de nuestras cosas ya se habían empaquetado y estaban preparadas para nuestro vuelo a Halifax por la mañana. No quedaba nada más que hacer en el país salvo despedirnos del presidente y la primera dama en la cena de la Casa Blanca de esa noche. Krasavchenko y los demás ya bromeaban sobre llevarse un par de botellas de vodka del hotel, pues teníamos un largo vuelo por delante a Canadá para dormir cualquier resaca. Busqué entre ellos —Yuri, Pchelintsev, un encapotado Alexéi—, pero no vi a Kostia.

—Mila.

Me volví. Mi compañero estaba despeinado y remangado hasta el codo, y había una oscura sombra de barba de varios días en su mentón.

—No te has vestido para cenar —dije de malas maneras.

—Me he excusado —respondió—. Tienen intérpretes de sobra… Yo

voy a dar un paseo.

«¿Vas a volver?», pensé, acercándome. No podía leer su rostro. Pese a conocerlo tan bien, no podía.

—Coge un abrigo —dije en lugar de eso—. Hace frío.

—No para un siberiano —sus ojos me recorrieron como un beso. Había vuelto a ponerme mi vestido de satén amarillo y no me había inmutado cuando el ascensorista se sorprendió ante mis cicatrices.

—¿Te veré? —Me refería a mi habitación; me preguntaba si iría a verme cuando volviera de la cena en la Casa Blanca.

Quizá cuando estuviéramos piel contra piel pudiera decirle a través del pacto de sangre de nuestro silencio todas las cosas que no podía pronunciar en voz alta… Pero, en cuanto las palabras salieron, me di cuenta de que habían sonado como un «¿Te veré mañana por la mañana?». ¿Estaría allí, esperando el coche de la embajada que nos llevaría al aeródromo, o se habría… ido? Habíamos llegado a la última noche antes de nuestra partida y yo seguía sin saberlo. Sabía que me estaba evitando. Sabía que no podía rogarle nada. Más allá de eso…

—No lo sé —respondió.

Yo di un paso hacia él y lo besé en medio del vestíbulo atestado de gente del hotel, larga y desesperadamente, y su mano rodeó mi cintura y tocó la cicatriz de mi espina dorsal.

Luego me fui, ignorando las miradas de todos los que nos rodeaban, y me uní a la delegación para mi última visita a la Casa Blanca.

El presidente Roosevelt alzó su copa.

—Por los nuevos amigos.

La delegación murmuró una respuesta al brindis. Estábamos en el mismo pequeño comedor donde nos habían ofrecido nuestro primer desayuno estadounidense de bienvenida. ¿De verdad solo habían pasado dos meses? La primera vez que me senté a aquella mesa sentía dolor, furia, resentimiento, y estaba convencida de que odiaría los Estados Unidos y a los estadounidenses. Pero había dado discursos en más ciudades de las que era capaz de contar delante de una infinidad de periodistas, y había contemplado la belleza de las montañas

estadounidenses, de los imponentes rascacielos estadounidenses y de los rostros amables estadounidenses. Ya no me sorprendía ver mi nombre en letra impresa ni tener un micrófono delante bajo un foco esperando mi voz o una multitud entusiasta con los rostros vueltos hacia mí para escucharme. Qué lejos había llegado Mila Pavlichenko.

Pero aún seguía sintiendo dolor, y seguía sintiendo rabia, aunque fuera por razones distintas.

—¿Se encuentra bien, Liudmila? —preguntó la primera dama en voz baja. Me había sentado a su derecha, en el lugar de honor—. Parece usted tensa.

—Estoy bien, Eleanor. —Vi a Alexéi mirándome desde su asiento en el extremo más alejado de la mesa con una expresión más pensativa que hosca.

No había vuelto a hablar con él desde que cogió sus rosas rechazadas de mi alfombra y se fue hecho una furia de mi habitación. Probablemente habría decidido que había salido triunfante de todo…, nadie podía superar a Alexéi cuando se trataba de retorcer un argumento para ganar siempre.

Tres platos, más brindis, y entonces el presidente se disculpó para dirigirse a la recepción en el despacho oval, donde la prensa tomaría unas últimas fotos. Yo ya sabía —aunque, por supuesto, Eleanor nunca había dicho tal cosa— que su esposo iba a sentarse en un sillón antes de que llegaran los fotógrafos para que estos lo encontraran cómodamente fumando con su boquilla de cigarrillo entre los dientes y no luchando con sus aparatos de ortopedia o su bastón. Tras una respetuosa espera, la delegación soviética se dirigió al despacho oval con sus techos abovedados y su elegante chimenea, ante la cual el presidente mantenía sus famosas charlas junto al fuego. Una última oleada de fotógrafos y periodistas entró haciendo fotos —no solo de nosotros, sino también de los obsequios que habíamos acumulado durante nuestra gira de buena voluntad—. En una larga mesa se habían amontonado placas, sellos de ciudad, llaves consistoriales y álbumes conmemorativos de todos los lugares que habíamos visitado. Sonreí al ver la caja de caoba con la pareja de pistolas Colt M1911A1 que me habían entregado en la Asociación de Francotiradores de Chicago y el suave abrigo de lince plateado que me habían regalado en Nueva York.

—Dos regalos más para usted, Liudmila. —La primera dama me llevó aparte, bajando la voz mientras Krasavchenko se acercaba al

presidente Roosevelt para el apretón de manos de despedida—. Tengo muchas fotografías suyas a estas alturas, pero he pensado que quizá a usted le gustaría tener una mía para recordar nuestra amistad.

Miré la fotografía enmarcada que puso en mi mano: una imagen de Eleanor con el vestido negro que lucía esa noche, sentada en su escritorio como la incansable trabajadora que era, y con una dedicatoria de su propia mano: «A la teniente mayor Liudmila Pavlichenko, con los mejores deseos de Eleanor Roosevelt».

Me emocioné al levantar la vista de la fotografía y ver a su sonriente protagonista, y por un momento mis preocupaciones desaparecieron.

—La echaré de menos —dije simplemente—. No echaré de menos sus perritos calientes ni su prensa… —añadí mirando de reojo el barullo de reporteros y flashes alrededor—. Pero a usted sí que la echaré de menos, Eleanor. Me ha enseñado muchas cosas.

—Y usted a mí —dijo con una sonrisa—. Los echaré de menos a todos, incluso al señor Krasavchenko con sus más bien interminables anécdotas sobre sus tiempos en el Komsomol… Pero de todos, querida Liudmila, es usted la que me gustaría poder quedarme.

«Quizá vaya a quedarse a mi compañero», deseé poder decir. «Si se queda, cuide de él». Pero no podía. Si Kostia pedía asilo allí, nuestra delegación quedaría completamente comprometida; tendría que parecer que no le había contado a nadie sus planes. Y, además, sabía que no tenía que pedir a la primera dama su ayuda si él la necesitaba. Si había algo que Eleanor Roosevelt supiera hacer con elegancia, tacto y empatía infinita, era ayudar.

—Otro regalo más ha llegado para usted —dijo con una sonrisa traviesa que iluminó el momento de la despedida, y me pasó una caja lisa de seda. Pchelintsev estaba haciéndose ahora su fotografía con Roosevelt; yo sería la siguiente—. ¡De cierto pretendiente estadounidense, descorazonado al comprender que usted nunca aceptará su propuesta!

Miré la caja como si fuera una serpiente. ¿Qué sorpresas me deparaba ahora el señor Jonson? Al levantar la tapa, mi exclamación hizo que el embajador soviético se acercara.

Un collar de pequeños diamantes. Dos brazaletes que parecían bandas de encaje de diamante. Un broche con colgantes de diamante que capturaban la luz. Y un anillo de diamante que parecía una gota de fuego helado.

«A Liudmila, con el gran amor de W. P. Jonson», había escrito en la tarjeta mi pretendiente el hombre de negocios. «Volveremos a encontrarnos».

—No puedo aceptar esto —empecé a decir, pero Eleanor movió la cabeza.

—El hombre dice en otra nota que se niega a aceptar devolución alguna.

—Un digno tributo a una heroína de la URSS —dijo el embajador soviético con una mirada envidiosa.

Tomé nota mental de ofrecerle el broche para su esposa o su amante. Así es como se hacían las cosas en la Unión Soviética, y estaba segura de que en Washington era igual.

La voz de Alexéi sonó afilada y sarcástica al otro lado del embajador.

—Pruébatelas, Mila.

—Sí, hágalo —se entusiasmó Eleanor—. Para su última fotografía. —Parecía inocentemente encantada, y por ella me puse el collar, me cerré un brazalete alrededor de cada muñeca, prendí el broche del corpiño de mi vestido amarillo de satén y me probé el anillo. Resultó que encajaba en mi dedo del gatillo a la perfección.

Miré la tarjeta escrita a mano. «Volveremos a encontrarnos…».

—Tu pretendiente estadounidense ha sabido elegir, Mila —dijo Alexéi con el mismo sarcasmo—. Diamantes para una mujer con el corazón como un diamante.

—No estoy de acuerdo —dijo Eleanor cuando lo tradujeron para ella —. Creo que he llegado a conocer un poco a los francotiradores a estas alturas. Un ojo de diamante, sí. Pero un corazón… —me llevó hacia su esposo para hacerme la última fotografía— para la amistad.

—Estoy de acuerdo —bramó el presidente Roosevelt sonriendo alrededor de la boquilla de su cigarrillo, y por última vez sentí en la mía aquella mano fuerte y nervuda.

Nos volvimos hacia el enjambre de periodistas, sonriendo, mientras los flashes disparaban, y antes de liberar mi mano le dio un último apretón al tiempo que en voz baja me prometía:

—Vuelva a casa, siga luchando, y dígales a sus amigos que los Estados Unidos están en camino.

El francotirador, mientras tomaba metódicamente su posición tras una espesura de arbustos al borde del South Lawn, se preguntaba por qué le había dado sus diamantes.

Los recuperaría, por supuesto. Pero ¿para qué hacerlo? Había acabado con el personaje de William Jonson, por lo menos en lo concerniente a aquel trabajo; no había ninguna necesidad de mantener la fachada del pretendiente idiota. Y, sin embargo, mientras hacía los preparativos de aquella noche, metiendo el fusil desmontado en la funda modificada ex profeso para mostrar la apariencia de un equipo de fotografía, había tenido aquel capricho de ir a su caja de seguridad, apartar las gemas sin tallar por las que acostumbraba a cambiar sus pagos en metálico y buscar el estuche de joyas que guardaba al fondo. El pago por un trabajo de 1927; la esposa inconveniente de un corredor de bolsa. El francotirador lo había hecho pasar por un robo interrumpido, y el agradecido esposo le había pagado con los diamantes de su difunta esposa y luego había ido a cobrar el seguro y en busca de una flamante prometida; todo el mundo se había ido a casa feliz. Bueno, salvo la esposa. El francotirador recordaba cómo había abierto los ojos en el momento en que se había dado cuenta de que iba a matarla… ¿Abriría los suyos Lady Muerte de la misma manera cuando se enfrentara a la boca de su cañón? Siguiendo un impulso, cogió el estuche de joyas, garabateó la nota en la tarjeta y la envió en nombre del imbécil de William Jonson. Un capricho.

Quizá no había podido resistirse a decirle aquel «Volveremos a encontrarnos».

O quizá era un anticuado. Le hacías un regalo a una mujer, después de todo, cuando la llevabas a una cita. ¿Y no era aquello una cita?

Sus manos no habían dejado de moverse, montando las piezas del fusil. Se había apartado del resto de los periodistas en cuanto fueron admitidos en los terrenos de la Casa Blanca; no tenía que haber sido tan fácil, pero así fue. El servicio secreto no estaba en alerta para pequeños acontecimientos como aquel, y sus empleadores con traje en la sombra le habían allanado el camino asegurándose de que su nombre estaba en la lista de aquella noche y anticipándole las rutas para evitar la seguridad al perderse en los jardines.

Consultó su reloj, el tiempo medido al segundo. La delegación estaría acabando de hacerse las últimas fotografías en el despacho oval, justo dentro del pórtico sur. Después de eso, se dispersarían por el jardín para una última reunión informal con ponche de Halloween antes de que todo el mundo se marchara… y el presidente y su esposa se despedirían desde las escaleras del pórtico.

El disparo desde el South Lawn sería largo, pero los había hecho desde mayor distancia. Solo necesitaba quitar de en medio a Mila Pavlichenko antes…, y si su marido cumplía su papel, sería cuestión de diez minutos.

Volví a sentir que tenía arañas corriendo por mi espina dorsal. Nos habíamos dispersado por el South Lawn, tomando un fuerte ponche de Halloween como aperitivo informal mientras terminaban de cargar la montaña de regalos para la delegación en los coches de la embajada, aparcados delante. Eleanor estaba hilando una de sus divertidas e instructivas anécdotas sobre la celebración del 31 de octubre en los Estados Unidos: disfraces, desfiles de cosecha, velas en calabazas huecas…, pero yo no era capaz de concentrarme. Aquella desasosegante sensación había vuelto con más fuerza que nunca y no podía librarme de ella. Encendí un cigarrillo y miré a la luna que se alzaba sobre la multitud alegre y triunfal de los soviéticos de celebración y los ansiosos periodistas. Era una luna gibosa menguante —hacía meses que las fases de la luna no eran algo de lo que dependiera mi supervivencia cada noche, pero, aun así, no podía evitar seguir su ciclo—. El viento se había echado; no hacía frío para los estándares rusos, pero el vestido de satén amarillo era lo bastante ligero como para envolverme en mi abrigo de lince antes de salir al césped de la Casa Blanca. Y di otra larga calada a un Lucky Strike observando los destellos de los diamantes del señor Jonson en mi muñeca a la luz de la luna.

«Volveremos a encontrarnos…».

¿Exactamente dónde pensaba que volveríamos a encontrarnos, cuando aquella noche era la última que yo pasaría en su país? Moví la cabeza pensando en mi pretendiente de ojos saltones, que probablemente había pensado que estaba siendo muy romántico. Cualquiera podría haberle dicho que la línea que se separa lo muy romántico de lo vagamente escalofriante no es una que se deba cruzar hacia el lado equivocado cuando se está cortejando a un francotirador. Kostia se estaría partiendo de risa.

Kostia. Sin duda él era la razón de aquel desasosiego. Eludí a un periodista que intentaba convencerme: «¿Una sonrisa más para la cámara, Lady Muerte?». Y me volví hacia el pórtico de columnas de la cara sur de la Casa Blanca. El presidente Roosevelt, por supuesto, no había bajado las escaleras hasta el césped; permanecía sentado bajo la galería charlando con uno y con otro. Podía distinguir la línea llena de confianza en sí mismo de su perfil desde allí. De haber estado Kostia conmigo, automáticamente nos habríamos puesto a evaluar potenciales ángulos de disparo.

—Allí —dije en voz alta, señalando a unos setos al este del césped—. Mejor aún, allí. —Una espesura de árboles y arbustos al otro lado, cerca del ala oeste.

Subí el cigarrillo para dar otra calada y me detuve. Incluso allí, en aquel momento, seguía escondiéndolo en la palma de la mano para esconder la brasa…

Y entonces algo hizo clic en mi memoria: William Jonson en el club de tiradores de Chicago, burlándose de sí mismo por haberlo hecho tan mal durante la competición y encendiendo un Lucky Strike —que sostuvo con la mano vuelta, igual que un francotirador—.

«No solo los francotiradores fumamos así», pensé. Cualquier veterano de guerra que haya hecho una guardia nocturna fumaría igual. ¿Había sido soldado el señor Jonson? Era demasiado joven como para haber luchado en la Gran Guerra. Y había disparado tan mal en la competición que la mitad de sus disparos ni siquiera dio en la diana…

Que es exactamente lo que haría un francotirador experto si quisiera hacerse pasar por otra cosa.

«Volveremos a encontrarnos».

—¡Mila! —Alexéi estaba intentando llamar mi atención entre la multitud, pero Krasavchenko lo había abordado por algún asunto.

Mi esposo me hizo una seña para que me acercara, pero yo me fui en dirección opuesta, aplastando la colilla en la hierba con el pie, y mirando hacia el presidente Roosevelt en el pórtico. No sabía lo que estaba haciendo; solo que la sensación de que algo iba mal era más poderosa que nunca, y mis ojos iban y venían entre las potenciales líneas de fuego tan automáticamente detectadas por mis ojos de francotiradora («un ojo de diamante», susurró la voz de Eleanor).

Los setos al este; los árboles y arbustos al oeste. Vacilé.

—¡Liudmila! —me llamó Eleanor con las mejillas sonrojadas por el frío de la noche—. ¿Le apetece más ponche, o…?

La interrumpí, algo que nunca había hecho antes.

—Llévelo dentro —dije señalando la figura sentada de su esposo en el pórtico—. Llévelo dentro ya. —Y, sin esperar una respuesta, me lancé como una flecha hacia el lado oeste de los jardines la Casa Blanca. Había una camarera con delantal blanco junto al césped con una bandeja, y entre los vasos vi un pequeño cuchillo para mondar cáscaras de limón o quitar la lámina de aluminio de las botellas de vino. Cogí la pequeña hoja de la bandeja y seguí mi camino dejando atrás a la estupefacta camarera y yendo directa hacia la espesura de árboles. No estaba pensando; no con palabras, al menos. Estaba siguiendo algo tan profundo que no podía darle nombre, o quizá sí. Quizá ya se lo había dado al capitán Sergienko, cuando me preguntó si habilidades como la mía eran instintivas y yo me reí diciendo que no era más que entrenamiento.

Pues, bien. Docenas de meses de práctica, cientos de horas de entrenamiento, miles de disparos hechos bajo una luna de sangre al otro lado del mundo habían unido sus voces para entonar una canción en lo más profundo de mis venas.

Y mis pies la siguieron.

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

Ella dio una orden. Y, de repente, yo estaba obedeciéndola. ¿Es el tono de absoluta autoridad con que se dan las órdenes lo que hace que los pies se muevan tanto si se lo habían propuesto como si no?

Quizá es, simplemente, que cuando una mujer a la que llaman Lady Muerte parece repentina y tremendamente alerta, los mortales hechos de simple carne y hueso sabemos que es hora de correr.

Subo las escaleras corriendo hacia el pórtico sur con el corazón golpeándome, y no puedo evitar acordarme de aquella noche clara en Miami en que dispararon a mi esposo en el corazón mientras daba un discurso desde el coche descapotable. Aquella noche. Esta. Los tácitos temores de Franklin durante los últimos meses… Sí, había tenido miedo. ¿De qué? ¿De esto?

Llego a lo más alto de los escalones y mi esposo mira hacia mí. Su rostro preocupado, con las señales del dolor y del humor, tan vivo. Y yo le digo en voz queda, pero perentoria:

—Querido, te necesitan dentro…

Y enseguida me vuelvo al miembro del servicio secreto más cercano.

No sé lo que tu ojo de diamante ha visto, Liudmila, pero no falles.

Capítulo 32

Su suerte había vuelto; el francotirador lo sentía. Su Packard estaba preparado para una huida rápida y discreta; ya lo había comprobado, y pensaba que podría salir en él en medio del caos que seguiría al disparo. Si no, había gente dentro preparada para allanarle el camino. Podía oír el tictac del reloj en su interior, la cuenta atrás para apretar el gatillo.

Tal vez diez minutos más. La francotiradora llegaría, desconcertada, conducida por su esposo: «Le diré que su querido compañero está aquí para hablar con ella; sale corriendo como una zorra en celo cuando él la llama». Una rápida y silenciosa llave por detrás para ahogarla sin dejarle marcas y luego el disparo de largo alcance hacia el pórtico sur, donde estaban el presidente y la primera dama enzarzados con las cabezas juntas en alguna discusión. El francotirador ya había preparado su arma: un Mosin-Nagant con miras PE del mismo tipo que Lady Muerte solía usar en el frente. Había hecho miles de rondas de práctica con él —arma excelente, eficaz y simple—. En el momento en que el presidente cayera, el francotirador haría un segundo disparo, esta vez en la boca inconsciente de Liudmila Pavlichenko, y dejaría el fusil en su mano: un asesinato suicidio. Los periódicos se lo tragarían. Cogiendo el fusil con las manos enguantadas, sonrió mientras lo cargaba con cinco balas. Solo necesitaría dos.

No supo por qué levantaba la vista. Era demasiado pronto para que ella estuviera allí, y en sus oídos no había sonado ni el menor crujido de hojas o susurro de ramas. Pero alguna desconocida cuerda de trampa tembló en sus silenciosas profundidades muy lejos del nivel de los relojes, los planes e incluso el pensamiento, y su cabeza, rápidamente, se movió.

Allí estaba ella: Lady Muerde deslizándose entre la hierba en penumbra envuelta en una piel de lince y con el brillo de los diamantes en su garganta como si fuera polvo de estrellas. Plata blanqueada por la tenue luz de la luna, pero negrura de abismo en sus ojos. Unos ojos que no abrió de sorpresa, y un rostro que no expresaba ninguna estupefacta incredulidad.

Ella lo sabía. Ella ya lo sabía.

«¿Cómo había podido ella…?».

Su mano se tensó en el fusil… No podía dispararle; hacerlo lo arruinaría todo… Y en ese instante de vacilación, la francotiradora se movió con rapidez de sombra. No para alejarse, huyendo en busca de seguridad. Sino hacia él. Él se lanzó contra ella y los dos francotiradores colisionaron bajo la luna gibosa.

En aquel instante vi el cráneo bajo el rostro: William Jonson sin el pelo oscuro, la mirada entusiasta, la suplicante encorvadura de los hombros. Un hombre considerablemente más alto que Jonson de hombros afilados, cara redonda y ojos como el lodo. Y, a su lado, la larga, reluciente e inconfundible forma de un cañón de fusil, y unas miras telescópicas que apuntaban entre los arbustos hacia la Casa Blanca como una serpiente semioculta preparada para atacar. Un Mosin-Nagant.

Una mirada y, a continuación, estábamos luchando.

Lancé un grito agudo y sin palabras antes de que sus dedos se cerraran sobre mi boca. Se la mordí tan fuerte como pude y oí su estrangulada maldición. Estuve a punto de perder el cuchillo de mondar que llevaba en la mano; antes de haber podido asestarle una rápida puñalada entre las costillas o en la garganta, él se apartó para liberarse de mí. No lo consiguió del todo, pero yo perdí el equilibrio y caí de rodillas en la hierba. Él me dio una patada, dos, y sentí que algo en mi costado ardía. Me costaba respirar, y entonces mi cabeza se llenó de chispas cuando me golpeó en mi oído herido.

Vagamente, sentí que me levantaba tirando de mi brazo, y busqué instintivamente dentro de mi abrigo la Tula-Tokarev de ocho disparos que solía colgar de mi cinturón por si caía en manos enemigas, el arma que podría llevarme a la sien antes de que me capturasen con vida. Pero no llevaba la TT; iba vestida con un vestido de cóctel de satén y diamantes al otro lado del mundo de mi campo de batalla, y no se suponía que fuera a estar entre enemigos… Sin embargo, allí estaba. Allí, en el corazón de terciopelo de la capital de los Estados Unidos, Lady Muerte al fin había caído en manos enemigas.

Y el presidente Roosevelt estaba sentado justo a un tiro de bala. El esposo de Eleonor, que me había estrechado la mano y me había dicho: «Siga luchando, y dígales a sus amigos que los Estados Unidos

están en camino».

«Llévatelo de la galería, Eleanor. Llévatelo de la galería».

Sentí que me rodeaba el cuello con el brazo desde atrás y apretaba como si fuera una banda de acero. La vista se me nubló. Mis labios se separaban, pero no tenía aire suficiente para gritar. Busqué el cuchillo de mondar con mi mano entumecida, y se lo clavé con fuerza en la pantorrilla.

Gritó, y el brazo aflojó la presión sobre mi cuello, pero el grito se perdió en un coro de hurras: Krasavchenko, Pchelintsev y el resto de la delegación se arrancaban a cantar a gritos las efusivas canciones patrióticas sin las que ninguna velada con presencia de rusos puede concluir. Logré zafarme del abrazo estrangulador al aflojarse, atragantándome con el aire y retorciendo salvajemente el cuchillo para sacarlo de su pierna. Mi enemigo retrocedió gateando con un bufido de agonía, volviendo la cabeza hacia donde se oían las voces rusas —sonaban fuertes y cerca, cada vez más cerca— y entonces vaciló por un segundo, volviendo de repente los ojos hacia mí mientras yo luchaba por levantarme aún con el cuchillo ensangrentado en la mano.

Mi mirada se dirigió momentáneamente al pórtico de la Casa Blanca. También la del francotirador. En ese mismo instante vimos que estaba vacío. O más bien los rápidos movimientos de unos trajes negros, pero ninguna figura sentada sosteniendo una boquilla de cigarrillo. «Gracias, Eleanor», pensé confusamente, agarrando con fuerza el cuchillo mientras otro verso de la delegación medio borracha se alzaba hacia el cielo.

—¿Mila? —Aún más cerca que las de Krasavchenko y los otros, oí la voz irritada de Alexéi. Los arbustos se agitaron, y vi la decisión atravesar los ojos color de lodo de mi enemigo. Cogió su fusil y la funda en un rápido movimiento y solo un segundo después corría cojeando y tambaleándose en dirección opuesta.

Traté de mantenerme erguida y casi me caigo. El costado me ardía en el lugar donde me había estado pateando —«Costilla rota», pude oír diagnosticar a Lena, «puede que dos»— y la garganta me abrasaba de dolor por el casi estrangulamiento. Pero peor era el mareo que me había producido el golpe en la cabeza; el mundo no dejaba de darme vueltas. Pese a todo, me puse de pie con dificultad y fui tambaleándome tras el hombre que me había atacado: mi pretendiente William Jonson, el hombre que me había regalado diamantes; el que

había apuntado con un fusil exactamente como el mío al presidente de los Estados Unidos en los terrenos de la Casa Blanca. Nada tenía sentido.

Excepto su nota de aquella noche —escrita, comprendí vagamente, con la misma caligrafía que tantos epítetos me había dedicado en cirílico. Aquella última nota que decía: «Volveremos a encontrarnos».

—Mila, te he estado buscando. —Alexéi me agarró del brazo cuando salí tambaleándome de los arbustos a uno de los senderos de grava—. Iba a decirte que Kostia está… —Pero mi esposo se detuvo al ver las marcas en mi garganta y el cuchillo en mi mano.

—El hombre al que llamamos William Jonson ha intentado matar al presidente Roosevelt —logré decir, y vi la mirada de absoluto horror en el rostro de Alexéi mientras yo salía medio corriendo y medio tambaleándome tras el hombre con los ojos color de lodo.

No tendría que haberlo hecho así. Tendría que haberme detenido en el camino y haber empezado a gritar hasta que el personal de la Casa Blanca hubiera acudido corriendo. Pero ya había alertado a Eleanor; dependía ya de ella y del servicio secreto proteger al presidente. El hombre que había intentado matarlo estaba huyendo rápidamente y yo no quería desperdiciar los momentos preciosos que me llevaría explicar lo ocurrido a la seguridad de la Casa Blanca. Y no era propio de mí pararme a gritar cuando la muerte levantaba la cabeza a mi alrededor y las balas amenazaban con cantar. Todo lo que había aprendido durante un año y medio en el frente me decía que no me parara a gritar y que corriera en silencio.

Así que fui tras él.

Alexéi corría junto a mí mientras yo me lanzaba como una flecha a través de los jardines oscuros hacia la fachada de la Casa Blanca. Mi esposo hablaba en un torrente de palabras inconexo.

—Dijo que iba a dejarte inconsciente y a hacerte unas fotografías embarazosas como si estuvieras borracha. Yo solo quería bajarte los humos. No lo sabía, Mila. Yo no sabía que era… —E, incluso con mi atención fracturada en mil pedazos, lo entendí todo. Si un asesino estuviera buscando alguien a quien culpar de un atentado presidencial, una joven francotiradora de la Unión Soviética le serviría a la perfección. Igual que serviría, si hubiera que librarse de la joven francotiradora, su esposo despechado—. Mila, tienes que creerme; yo

nunca formaría parte de algo como esto; no tengo ningunas ganas de morir; yo jamás me metería en conspiraciones de asesinato estadounidenses…

Yo seguía pensando que nos encontraríamos escoltas presidenciales, personal de la Casa Blanca, quienesquiera que fuesen los responsables de proteger aquellos terrenos. En la URSS el asesino ya habría estado contra la pared y le habrían arrancado la mitad de las uñas. Pero en ninguna parte se veían guardias con una silueta esposada, por mucho que los ojos buscaran, y me pregunté si alguien se habría encargado de eso. Un cambio de turnos para allanarle el camino…

Aun así, no podía ir muy lejos. Los terrenos estaban vallados.

Pero comprendí que alguien se había encargado de eso también al salir de los oscuros jardines a la fachada de la Casa Blanca, donde los coches de la embajada soviética estaban aparcados esperándonos para marcharnos… y ver tras ellos un Packard azul que se desplazaba rápidamente, pero no a una velocidad que pudiera resultar sospechosa, hacia la verja de entrada.

Pararme y gritar: eso es lo que tendría que haber hecho, también entonces. Pero el coche habría atravesado la verja antes de que nadie hubiera podido oírme, y yo seguía prisionera de aquel furioso imperativo de luchar, no detenerme. Aquel hombre había estado delante de mis narices durante semanas y yo lo había pasado por alto. Había pasado por alto una amenaza sobre el esposo de Eleanor, sobre toda aquella frágil alianza que era lo único que podría salvar mi patria, y ahora estaba huyendo. No habría podido evitar ir tras él incluso si se hubiera asomado por la ventanilla del conductor y me hubiera disparado en la cabeza; habría seguido arrastrándome, cegada por la sangre y moribunda, tras aquel Packard.

Así que me volví y agarré a Alexéi por las solapas, sintiendo un instantáneo y retorcido ataque de frustración por el hecho de que Kostia no estuviera allí a mi lado esa noche entre todas.

—Alexéi —dije jadeando mientras lo arrastraba hasta el coche de la embajada más próximo, en el que los empleados de la Casa Blanca estaban cargando los últimos regalos para la delegación—. Ese hombre ha estado a punto de convertirte en el chivo expiatorio de un asesinato. Ayúdame ahora y conviértete en un héroe en lugar de eso.

Juro que vi el cálculo en sus ojos. Incluso en aquel momento estaba buscando el ángulo que más le beneficiara.

—¿Qué…?

En el maletero abierto del coche de la embajada, vi una caja de caoba que me resultó familiar: las dos pistolas gemelas de Chicago junto con dos cargadores de munición de calibre 45. Saqué la caja, me la metí bajo el brazo, cerré de un portazo el maletero y di la vuelta hacia el asiento del pasajero. En ningún momento de mi vida había tenido motivo para lamentar no haber aprendido a conducir, pero lo tuve entonces. Demasiado tarde.

—Metan al presidente en un búnker si no está ya en uno, y dígales a los suyos que pregunten quién ha entrado con un Packard azul en el recinto —le dije al atónito empleado de la Casa Blanca más próximo, y a continuación me dejé caer en el asiento—. Alexéi —bramé cerrando la puerta con fuerza—, sube y conduce.

Capítulo 33

El francotirador maldijo al ver que el coche de la embajada lo había alcanzado al girar hacia la calle Dieciséis. «¿Qué demonios crees que estás haciendo?», le preguntó. Tendría que haberse quedado en el recinto de la Casa Blanca; dar la alarma. No tenía más arma que aquel cuchillo de mondar y, aun así, ¿iba tras él?

Bueno, la había estado estudiando durante todos aquellos meses —y aquella misma mañana había visto cómo perdía los nervios y se saltaba el guion al verse sorprendida—.

Los dedos de la mano con la que apretaba el gatillo le sangraban por las marcas de sus dientes, y su pierna era un rugido de dolor. Se había hecho un torniquete con la corbata que, por el momento, había detenido la hemorragia, pero la puñalada había sido profunda: si no hubiera tenido que correr cojeando la habría dejado atrás antes de subirse a su Packard y se habría perdido en la noche antes de que ella hubiera podido alcanzarlo. La rabia latía en su interior con un pulso irregular mientras se saltaba un semáforo en rojo al pasar por Dupont Circle y veía al coche de la embajada hacer lo mismo.

«La has jodido», se dijo a sí mismo sin contemplaciones. Había ignorado sus propias reglas sobre mantener la distancia; la había subestimado desde el principio y se había permitido ser descuidado. Y ahora la oportunidad con Roosevelt había desaparecido, y él odiaba fallar. Se sorprendió preguntándose si a ella le ocurriría lo mismo. No pensaba que tuvieran mucho más en común —él disparaba a gente porque le pagaban por ello; ella, porque habían invadido su hogar, y él tenía muy clara esa diferencia—, pero habría apostado cada diamante que llevaba en el bolsillo y que le había puesto a ella alrededor del cuello a que detestaba fallar tanto como él.

Pero era él quien había fallado esa noche. Nunca sería el hombre que mató a un presidente. Era el hombre que huía de una mujer armada con un cuchillo de mondar.

Casi habría deseado que ella tuviera una pistola. Nunca se había enfrentado antes a alguien con unas habilidades como las suyas.

—¿No pones cara de fastidio delante de mí ahora? —dijo en voz alta.

El coche que iba detrás avanzaba como un fantasma en silencio. Sin tocar el claxon ni intentar sacarlo de la calzada. Solo siguiéndolo mientras el francotirador recorría a toda velocidad la calle Dieciséis. A aquella hora de la noche, las calles de Washington estaban lo bastante despejadas como para poder conducir rápido y sin obstáculos. El francotirador miró el indicador de combustible. El tanque estaba lleno; podía salir de los límites de la ciudad y perderla en la carretera.

Pero, entonces, ¿dónde estaría la diversión?

Dio un giro repentino y vengativo en la calle Decatur, sabiendo perfectamente hacia dónde se dirigía.

—Párate ahí —le dije a Alexéi agarrando una de las pistolas Colt que ahora llevaba cargada en mi regazo.

Aún estaba cargando la otra, pero resbaló bajo el asiento con una cascada de balas sueltas cuando Alexéi pisó demasiado bruscamente el freno. Él había visto lo mismo que yo: el Packard delante, abandonado a un lado en la avenida Colorado, con la puerta del conductor abierta.

—¿A dónde ha ido? —Alexéi agarraba el volante con la cara blanca.

Seguía imaginando su futuro si se descubría que había ayudado a alguien que quería cometer un asesinato presidencial, por muy inconscientemente que lo hubiera hecho. Yo no sabía si estaba visualizando una silla eléctrica en los Estados Unidos o una bala soviética, pero dudaba que le gustara ninguna de las dos perspectivas.

—¿Por qué habrá…?

—Quiere perderme en el bosque. —El parque del arroyo Rock se alzaba imponente al otro lado de la calle, un oscuro muro de árboles.

Había paseado antes por allí con Alexéi el día que compré el vestido de satén amarillo que llevaba puesto. Me pregunté si el hombre al que seguíamos nos había estado siguiendo a nosotros aquel día. Si había elegido aquel lugar por una razón: que él y yo lo conocíamos. Maldije, buscando a tientas bajo el asiento la pistola que había caído.

—Quizá solo se ha deshecho del coche y ha vuelto sobre sus pasos a la ciudad entre los edificios —musitaba Alexéi mirando el Packard.

—Está en el bosque. —Porque era lo mismo que yo habría hecho. Y él esperaba que lo siguiera. «Volveremos a encontrarnos».

Dejé de buscar la segunda pistola, recogí todas las balas que pude y salí del coche.

—Mila —empezó a decir Alexéi.

—Vuelve a la Casa Blanca y cuéntaselo todo al embajador —dije—. Da la alarma. Si salgo de ese bosque es que ese hombre está muerto. Si no, estaré muerta yo y podrán rastrearlo a partir de mi cadáver. Sea como sea, el presidente está a salvo y tú serás el héroe que dio la alarma. —Y, dando un portazo, eché a andar hacia los árboles.

«Por el amor de Lenin», me pregunté, «¿qué estás haciendo?». Podía concentrar los ojos de nuevo, pero la cabeza seguía martilleándome. Las costillas me palpitaban con cada paso. Iba descalza porque me había deshecho de los endebles zapatos de tacón, vestía de un amarillo tan brillante como un semáforo en lugar de mi camuflaje de francotiradora y llevaba un arma que nunca había disparado…, pero no dejé de caminar hacia los árboles sin prisa, observando cada sombra, porque, si aquel individuo era inteligente, me estaría esperando justo detrás de la línea de árboles por si yo me lanzaba desde la calle al muro de bosque sin mirar a mi alrededor. Pero yo no iba a hacer eso. Incluso sorprendida en una situación de desventaja como aquella, seguía conociendo mi oficio y ahora sabía algo sobre mi enemigo. Había estado siguiéndome desde que llegué a la ciudad, y había estado siguiendo a Franklin Roosevelt, que no era mi presidente, pero estaba —en la medida en que yo le había prometido mi amistad a su esposa y en la medida en que él le había prometido su amistad a mi país— bajo mi protección. Y aquel hombre que me había desafiado con sus diamantes y sus notas llenas de odio no era un francotirador como yo. Ni siquiera era un asesino, porque no había matado a nadie —no aquella noche, al menos—. No era más que un francotirador de tantos, y yo era Liudmila Pavlichenko.

Y con cada paso que daba hacia los árboles sentía que mi yo de francotiradora me invadía de nuevo. Quizá no estaba en mi mejor momento, con mis costillas rotas y mi cabeza aturdida, y quizá parecía alguien de la élite de Washington de camino a su casa tras una cena —la esposa consentida de algún político envuelta en pieles moteadas y con diamantes brillando en su garganta bajo la luz de las farolas—. Pero era la víspera de Todos los Santos, cuando se supone que hay cosas peligrosas andando por la calle… y la más peligrosa de todas era yo. Una mujer que llevaba una piel de lince como la depredadora que

era y que caminaba por la calle bajo la luna menguante no con la premura de la mujer de mundo o con la prisa del ama de casa, sino deslizándose como un pistolero, con los hombros relajados, las caderas sueltas, la pistola balanceándose preparada junto a ella. Me quité los diamantes del cuello y las muñecas y me los metí en el bolsillo del abrigo para que sus destellos no me delataran, y mientras recorría la superficie pavimentada de la avenida Colorado para sumirme en el oscuro coro de árboles, la brillante mujer de cartel de propaganda tan acostumbrada a los focos nacionales desapareció. A través de su piel, empezó a respirar Lady Medianoche, Lady Muerte, la mujer que había aterrorizado a los invasores nazis desde Odesa a Sebastopol.

Aunque se hubieran ablandado tras los dos meses de gira, los músculos de mis piernas recordaban cómo era trepar por el barranco de Kamyshly y la Montaña Sin Nombre bajo quince kilos de equipo de francotirador. En los pies se me hacían cortes y moratones, pero yo apartaba el dolor junto con el de mis costillas rotas encontrando el casi invisible sendero y siguiéndolo en silencio. Avanzaba despacio, manteniéndome agachada y cubriéndome tras cada tronco de árbol y cada roca, atenta al más leve rumor o crujido fuera de lugar.

«¿Dónde estás?».

Recordaba el camino al puente Boulder perfectamente, incluso en la negrura de la noche. Estaba al borde de la roca sobresaliente donde me había detenido la última vez a contemplarlo, abriéndome camino entre marañas de laurel de montaña hacia la curva que llevaba al arroyo y hasta el puente de piedra, cuando el instinto arañó mi nuca con sus garras oscuras. El menor susurro de hojas, un tenue deslizamiento de guijarros, el más imperceptible clic de metal allí a donde no pertenecía metal alguno en el tapiz de los ruidos de la noche; me eché al suelo sobre la tierra sin un segundo de vacilación. Un instante después, el chasquido de un disparo resonaba en la oscuridad y oía una bala enterrarse en el tronco de un árbol junto a mí.

Rodé rápidamente hacia mi izquierda y no me detuve. Otro disparo silbó mientras me metía a gatas en una maraña de laurel de montaña y las ramas me arañaban el rostro para acabar ovillándome tras una roca de granito. «Está en lo alto de esa roca saliente», pensé, trazando mentalmente el ángulo del disparo. La misma en la que yo me había detenido a contemplar el paisaje. La misma que me había hecho pensar: «Qué sitio tan perfecto para apostarse».

Era un sitio perfecto para apostarse. El francotirador yacía bocabajo, abrazado al cañón del Mosin-Nagant, y el terreno se extendía por debajo de él en un arco perfecto. Si ella se movía detrás de la roca en cualquier dirección, le metería una bala entre los ojos —a esa distancia, él no podía fallar ni siquiera en la oscuridad—.

Ahora era un juego de paciencia. Estuvo a punto de retarla, por pura curiosidad. Pero ¿qué faltaba por decir? La pregunta ya se había hecho en silencio: «¿Quién de los dos es el mejor?». La respuesta llegaría en la punta de una bala.

De nuevo, deseó que ella hubiera tenido un arma. Habría hecho las cosas más interesantes.

Él tenía un fusil ruso; yo, una pistola estadounidense. No pasé por alto la ironía. Mi Colt no sería eficaz a más de cincuenta metros, pero era mejor que ir completamente desarmada. Me tendí tras la roca y busqué en los bolsillos de mi abrigo de lince para comprobar qué más tenía: el cuchillo de mondar, un puñado de balas sueltas, las joyas que me había quitado al llegar a la línea de árboles… y entre el tintineo de diamantes, una caja de cerillas.

Oía el crujir de hojas cuando se movía en su escondite, pensando cómo intentar un disparo; pero, en la oscuridad, disparando montaña arriba con una pistola que no me era familiar, habría tenido que exponerme para conseguir una trayectoria clara, y eso habría implicado que el disparo del francotirador habría tenido más posibilidades de acertar que el mío. Él había escogido aquel terreno, no yo; le favorecía a él y no a mí, y yo no quería mostrar mis cartas hasta dominar el terreno. En aquel momento, él pensaba que yo me estaba escondiendo allí, desarmada, la idiota temblorosa que había salido corriendo ciega y apresuradamente en medio de la noche tras su enemigo.

En el aire que había entre nosotros temblaban palabras que no se pronunciaban. Estuve a punto de retarlo: «¿Quién eres? ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Eres un fanático o solo un asesino a sueldo?». Pero no tenía sentido. No importaba quién fuera ni por qué estaba haciendo aquel trabajo oscuro. A mí me había forzado la guerra a encontrar el lado de la medianoche de mi luna; él lo había seguido por su propia voluntad. Eso era todo lo que necesitaba saber.

Pero, aun así, podía sentir el latido de su curiosidad en medio de la

noche. Estaba vigilante, ansioso… y había llegado el momento.

Cerré los ojos con fuerza y encendí todas las cerillas a un tiempo. Al sentir la llama en el puño, levanté la mano sobre la roca y las lancé como si fueran un puñado de luciérnagas. Cuando el resplandor cegó la visión nocturna del francotirador yo estaba en movimiento, con los ojos aún cerrados, para salir de detrás de la roca y lanzarme pendiente abajo hacia el arroyo en la dirección que ya había trazado mentalmente para mis pies. Su disparo impactó en algún punto tras de mí, pero no cerca; lo oí gruñir; oí el golpear irregular de sus botas entre los árboles en el ángulo equivocado. Oí lo que me pareció un gemido de dolor y sonreí al pensar en la herida del cuchillo en su pantorrilla. Abrí los ojos entonces y me pegué al árbol más cercano, atenta con todos mis sentidos a la viviente oscuridad. Lejano crujir de hojas; el francotirador seguía insistiendo en la dirección errónea, pero no tardaría en orientarse.

«El bosque es como un templo», recordé que decía Vartanov. «Respétalo y te recompensará». Había usado todos los trucos que el viejo guardabosques me había enseñado para moverme entre los árboles descendiendo silenciosamente al riachuelo y allí deslizándome por la orilla de guijarros. Sabía exactamente dónde tenía que estar.

La helada luna asomó tras una nube y vi el oscuro arco del puente. Me revolví entre las piedras y rocas de la orilla mientras el agua gélida me entumecía los pies amoratados con sus medias destrozadas y hojas muertas colgaban de los bajos empapados de mis pieles, y entonces llegué hasta el puente y lo crucé a toda velocidad. Si el francotirador ya me estaba siguiendo, era su oportunidad de meterme una bala entre los omóplatos —pero solo se oyó el rumor borboteante del arroyo abajo mientras yo desaparecía en el puente y luego bajaba a la orilla más alejada junto a la arcada de piedra—.

Era casi medianoche y hacía un frío atroz. El terreno junto al agua estaba casi helado y la escarcha brillaba, pero yo me quité el abrigo de piel y metí las balas sueltas en el corpiño de mi vestido. Reuní un montón de hojas húmedas y maderas arrastradas por el riachuelo en lo alto de una roca junto al puente y justo encima del agua. Trabajé con frenética rapidez, quedándome inmóvil cada vez que oía un nuevo sonido. En un par de ocasiones llegó a mis oídos un lejano grito de borracho; hubo un momento en que me pareció ver el perfil de un transeúnte en los árboles cercanos —el parque no estaba completamente desierto ni siquiera a aquella hora de la noche—, pero estaba demasiado oscuro y hacía demasiado frío para cualquiera que no fuese un vagabundo excéntrico o un alborotador. Comoquiera que

acabase aquel duelo entre el francotirador y yo, no había inocentes que pudieran verse en medio de nosotros. Casi le estaba agradecida por llevar el combate a una arena en la que podíamos luchar los dos solos.

Terminé mi montón de hojas y madera bajo el puente y coloqué mi abrigo encima para que pareciese una mujer acurrucada bajo el arco de piedra. Cogí el resplandeciente broche de diamantes (¿de verdad me lo había puesto hacía unas horas en la Casa Blanca, mientras Eleanor sonreía sobre la mesa de los regalos?) y lo prendí de la solapa del abrigo donde pudiera recibir la luz de la luna. Añadí el collar y los brazaletes también, metiéndolos por las mangas del abrigo, y retrocedí para comprobar el efecto. «No eres Iván», pensé, acordándome del falso soldado que Kostia y yo habíamos fabricado juntos durante el duelo con el francotirador alemán ante un puente muy distinto a las afueras de Sebastopol. «Pero tendrás que servir». Desde lejos, a los ojos de mi enemigo, con suerte parecería que yo había cruzado el puente y me había deslizado exhausta para esconderme en el extremo más alejado, donde estaría esperando temblorosa y rezando para que él lo cruzara… sin reparar, por supuesto, en que mis diamantes estaban capturando la luz de la luna y desvelando mi posición como la estúpida zorra roja que era.

El cabrón estúpido era él por ir a por mí de aquella forma. Por pensar que un verdadero francotirador entraría alguna vez en un duelo desarmado.

Encontré un haya ahorquillada por un rayo en la orilla —llena de follaje, era una perfecta posición de ventaja—. Nunca me había apostado vestida con traje de noche hasta entonces, pero al menos el amarillo brillante se había vuelto gris en aquellas sombras profundas. Trepé al árbol, apoyando dolorosamente los pies contra la corteza, y me metí en la horquilla que formaban las ramas para convertirme en una estatua de piedra.

Maldiciendo, cojeando y sintiendo cada vez más frío, el francotirador se recordó que todo lo que ella podía hacer era esconderse. Había sido un truco inteligente el de las cerillas —lo había desorientado en la oscuridad, haciéndole perder su visión nocturna y recorrer unos cuatrocientos metros en la dirección equivocada antes de recuperar la orientación—, pero ahora tenía de nuevo su rastro, que se dirigía al puente. Hacía dos meses que había estado oculto en la orilla del arroyo viendo a la rusa discutir con su marido… Al seguirla en aquella

ocasión, se fijó en que ella no llevaba ningún perfume que se quedara en el aire e hiciera su rastro más fácil de seguir. Tampoco ahora lo llevaba, y maldijo, deseando que lo hubiera llevado.

Había dejado de divertirse. Quería una cerveza y un analgésico para la pierna; quería telefonear a Pañuelo de Bolsillo y decirle que el trabajo había terminado. Quería que aquel duelo terminara.

Vi la luna ocultarse tras una nube y sumir el mundo en la medianoche. El puente era un arco oscuro contra el rumor de seda negra del agua, y el frío cantaba una alta nota de hielo adentrándose en mi cuerpo como si fueran frondas heladas sobre la superficie de un lago. Una noche de octubre en Washington no era fría como un enero en Crimea, pero, sin el abrigo de lince, mi piel desnuda se iba volviendo de mármol. Para impedir que las manos me temblaran tenía que agitarlas y frotarlas una contra otra. El costado me ardía. La garganta me estaba matando. Tenía calambres en las piernas. La piel se me helaba. Me habría gustado tener mi fusil tres líneas y no aquella pistola que no había disparado nunca agarrada con firmeza en el recodo de la rama de un árbol. La última vez que había librado un duelo iba envuelta en camuflaje y lana con Kostia a mi espalda y conversaba relajadamente en los momentos de calma sobre si un enfrentamiento entre dos francotiradores constituía un combate justo. Habría dado cualquier cosa por una pizca de té seco y un terrón de azúcar para masticar; por un pedazo duro de pan negro con tiras de panceta y sal. Habría dado cualquier cosa por tener allí a Kostia.

Mantuve mi posición. La habría mantenido durante toda la noche si hubiera sido necesario.

Resonó un trueno en lo alto entre las impetuosas nubes negras. Mientras rezaba por que no empezara a llover, pegué mi Colt a la rama y apunté a la piedra central del puente. Hice tres disparos aprovechando el siguiente trueno para enmascararlo —tres disparos no iban a enseñarme lo suficiente sobre el arma ni sus variaciones únicas de la canción que todas cantaban en mis manos, pero tendrían que bastarme—. Mis disparos impactaron alto; estaba levantando la muñeca. Podía atenuarlo, pero ¿hasta qué punto? Una pistola era tan implacable en comparación con un fusil… El menor movimiento podía desviar mi disparo. Para un blanco seguro, tendría que dejar que él se acercara. Mucho. Los cálculos pasaban por mi mente mientras yo temblaba bajo el creciente azote del viento y la tormenta seguía tronando.

Y entonces vi una sombra renqueante que bajaba por la orilla más lejana y me quedé completamente inmóvil mientras comenzaba la cuenta atrás. La cuenta atrás de Lady Medianoche, aquella que me había cantado en voz baja desde los tiempos en que disparaba a objetivos de madera hasta el día en que maté a mis primeros enemigos a las afueras de Odesa y hasta sumar las 309 muertes oficiales en mi cuenta y quién sabe cuántas oficiosas antes de llegar allí, a aquel lugar, a aquel momento, a aquella noche negra llena de fantasmas al otro lado del mundo.

«Uno…». La primera mirada fría para evaluar el objetivo, el momento en que el alma guarda silencio y la vista se hace con el mando.

«Dos…». Medir la línea de visión horizontal; no tenía miras telescópicas aquella noche, pero podía imaginar las líneas que enmarcaban los hombros del francotirador en el momento en que salió de los árboles.

«Tres…». Usar el punto de referencia para calcular la distancia. Prácticamente no la había allí, pero aún no estaba lo bastante cerca. Mi pesada bala del calibre 45 caería rápidamente al salir del cañón, pero no había hecho miles de rondas de práctica con el arma para saber hasta qué punto.

«Cuatro…». Comprobar la bala en la recámara.

«Cinco…». Asomar el cañón mínimamente a través del follaje al tiempo que él ponía el pie en el puente apuntando con el fusil.

«Seis…». Verlo detenerse, verlo captar el resplandor de los diamantes apenas visible bajo el arco más alejado del puente.

«Siete…». Volverme de piedra, volverme de hielo, quedarme tan quieta que la escarcha pudiera acumularse sobre mí —todo ello mientras veía a quien había querido asesinar al presidente levantar su arma con la satisfacción en cada línea de su cuerpo porque pensaba que me tenía muerta en sus miras—.

«Ocho…». Hacer los ajustes finales en función del viento en condiciones normales. No era necesario allí.

«Nueve…». Apuntar.

«Diez…». Inspirar.

«Once…». Espirar.

El francotirador estaba sonriendo cuando disparó al acurrucado corazón del amasijo de piel de lince. La joven francotiradora se derrumbó de lado hacia la perezosa corriente del riachuelo y él sintió el lento y extático latido de su corazón al ver su brazo hundirse. «Ya te tengo, puta roja».

Y entonces vio que el brazalete se salía de la manga sin que una mano lo retuviera. Vio las solapas del abrigo de piel rodeando una masa de agujas de pino. Vio el collar que le había regalado alrededor de un montón empapado de ramas de pino destellando ante él con una luz fría y alegre.

Levantó la vista espantado del muñeco y vio el resplandor. No el de los diamantes, sino el de la luz de la luna en la boca de una pistola. «Oh, mier…».

«Doce».

Mi disparo le entró limpiamente por el ojo derecho.

Capítulo 34

«Quiero irme a casa».

Toda la ligereza de mis pies había desaparecido cuando emprendí el camino para salir del parque del arroyo Rock. Cada dolor y cada agonía me volvieron en oleadas en el momento en que me bajé medio congelada y temblorosa de aquella haya ahorquillada por un rayo. Aún me obligué a vadear el riachuelo hasta donde había caído el cadáver, a darle la vuelta y a registrar sus bolsillos. No había identificación, ni llaves, ni siquiera un pañuelo o una caja de cerillas para decirme quién era o de dónde venía —solo su fusil, un puñado de balas y unas pequeñas y raras rocas en uno de sus bolsillos que transferí al mío para tener algo que enseñarle al embajador soviético —. Volviendo a meter los brazos helados como el mármol con gratitud en las mangas empapadas del abrigo de lince, me quedé un momento mirando al hombre que había matado. El número 310 miraba al cielo con su rostro blanco y anodino mientras la luna se reflejaba en su ojo abierto, brillante y vacío. Parecía sorprendido. Lo parecían a menudo. Incluso cuando se estaba acostumbrado a tratar con la muerte, siempre sorprendía cuando venía a por ti.

«¿Cómo te llamas?», me pregunté mirándolo. Y, entonces, en una repentina oleada de agotamiento y aversión, dejó de importarme. Dejó de importarme quién era o para quién había estado trabajando. Dejó de importarme cualquier cosa salvo irme a mi casa y abrazar a mi hijo acunando su hermosa cabeza entre mis manos y prometerle por mi vida que nunca más volvería a abandonarlo.

Así que dejé atrás al francotirador, metiendo la pistola que lo había matado en el bolsillo de mi abrigo y cojeando sobre mis plantas destrozadas hacia la calle de la ciudad y el Packard abandonado. Una vez allí, quedaban unos seis o siete kilómetros hasta el hotel a pie… Los había recorrido antes, balanceando la bolsa de la tienda que contenía mi vestido de satén amarillo, aunque eso había sido un día templado con unas cómodas zapatillas de lona con cordones, no con unas medias estadounidenses completamente destrozadas durante una medianoche tempestuosa. Pero no tenía más remedio que recorrerlos

de nuevo; no podía conducir, y no tenía ni una sola moneda para un taxi. ¿Habría regresado ya la delegación al hotel, o seguiría de fiesta en la Casa Blanca? ¿Se habrían dado cuenta siquiera en la Casa Blanca de que habían tenido a un asesino en su recinto o…?

—¡Mila! —Era la voz de Alexéi, afilada por la alarma, entre los árboles—. ¿Eres tú?

—¿Alexéi? —Me detuve, tambaleándome de agotamiento; él estaba justo detrás de la línea de árboles al borde del parque, una silueta recortada contra los retoños en sombra, con las farolas no lejos, detrás—. ¿Por qué no has ido a dar la alarma?

Aunque la rabia me recorrió en un espasmo, el alivio también. Ahora podría derrumbarme en el coche de la embajada y él podía llevarnos a donde tuviésemos que ir a hacer nuestra declaración. Lo convertiría en un héroe en mi relato solo por eso; le daría todo el mérito que quisiera mientras pudiera sentarme.

—¿Está muerto? —preguntó Alexéi, acercándose un paso.

—Muerto debajo del puente —dije, agotada, y ahí fue cuando mi esposo me disparó.

La bala me pasó rozando el pelo. Tendría que haberse hundido en la cuenca de mi ojo izquierdo, pero yo había visto su brazo levantarse y el brillo del metal donde no tendría que haber habido ningún metal, y aquel oscuro zarpazo de mi instinto me hizo apartarme a un lado antes de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, así que la bala me dejó una marca en la punta de la oreja en lugar de hundirse en mi cerebro. Esta vez no había nada controlado en mi huida; corrí medio tambaleándome a la espesura de arbustos a cuatro patas, golpeándome como un ciervo presa del pánico.

—Te preguntarás cómo tengo un arma. —El tono de Alexéi era increíblemente conversacional—. La Colt que se cayó bajo el asiento… y unos cuantos cartuchos de munición.

Acabé tras un gran tocón de árbol medio podrido con las dos manos en la boca para no dejar escapar mis jadeos irregulares producto de la huida. Del lóbulo de mi oreja goteaba sangre caliente sobre mi hombro. Mi esposo me había disparado. Alexéi me había disparado. Y ni siquiera estaba sorprendida. Él sabía que nunca iba a recuperarme, y aunque lo consiguiera, nunca habría estado satisfecho viviendo el resto de su vida colgado del brazo de una mujer más famosa que él. Quizá no habría pensado en matarme por sí solo, pero el francotirador

le había servido una oportunidad en bandeja de plata: o yo moría en el duelo con el hombre que había querido asesinar al presidente y Alexéi daba la alarma solo, como afligido viudo y heroico mensajero, o yo mataba al francotirador, Alexéi me mataba a mí aprovechando que me hallara exhausta y con la guardia baja y todo lo demás seguía según el guion. En ningún caso tenía que compartir la gloria conmigo, y de las dos maneras se libraba de la zorra de su esposa.

O quizá ni siquiera lo había pensado tanto. Quizá solo me quería muerta, y pensó que de esa forma podía salirse con la suya.

—No corras, Mila. —Oí a Alexéi cargando su Colt, y yo busqué a tientas el mío en mi bolsillo empapado—. He visto lo mojado que está ese abrigo. Morirás congelada ahí si huyes, y no será agradable. Yo haré que sea rápido.

Cogí la pistola en mi mano entumecida por el frío y la cargué frenéticamente, aún luchando por respirar. Me arriesgué a asomarme tras el tocón y no lo vi en ninguna parte. No era estúpido; sabía que no debía ofrecerme su silueta. Habría sido un error subestimarlo simplemente porque no era el francotirador muerto que acababa de dejar. Mi esposo no era francotirador, pero ya había estado a punto de alcanzarme con una bala en una casi total oscuridad desde una distancia de treinta pasos con un arma que no conocía. Y estaba abrigado, descansado, alerta y motivado; era un hombre con ropa seca, zapatos recios y la oportunidad de su vida —libertad, fama— al alcance de su mano. Yo era una mujer exhausta, medio congelada y con dos costillas rotas y unos pies destrozados que había dejado un claro rastro de sangre desde el arroyo Rock mientras se dirigía al momento cumbre de liquidar a otro individuo empeñado en matarla aquella noche.

Por un instante, sentí que todo mi cuerpo tembloroso se contraía, y entendí por qué los animales a veces se quedan paralizados ante un depredador y esperan con los ojos vacíos a que la muerte vaya a por ellos. Estaba tan cansada. Había disparado a tantos enemigos en Odesa, en Sebastopol —y ahora, después de haber cruzado medio mundo, seguía disparando a enemigos—. ¿Cuándo iban a dejar de llegar? ¿Cuándo podría mirar a mi alrededor y no ver a nadie viniendo hacia mí para matarme? ¿Podría cerrar los ojos sin más y dejar que todo parara?

Pero Alexéi no era cualquier enemigo; había sido mi primer enemigo. El primero al que había superado, el primero al que había dejado de temer mucho tiempo atrás, cuando monstruos mayores se pusieron en

mis miras…, pero seguía siendo el primero. Aquel cuya mirada me había provocado mientras me llevaba a un Slavka de cinco años lejos de él en el campo de tiro, aquel que me había hecho pensar que estaría bien aprender a disparar. No solo para tener habilidades de padre que enseñar a mi hijo algún día, sino por si llegaba el momento de defendernos.

Bueno. Pues allí estaba. Si moría allí, Alexéi haría lo posible por volver a casa dándoselas de héroe y reclamar a mi hijo.

—¿Mila? —Su voz sonó de nuevo impaciente, tensa—. No te hagas la muerta. Sé que no te he alcanzado. Si lo hubiera hecho, estarías gritando.

Cogí aire lenta y profundamente.

—Tú no tienes ni idea de lo que me hace gritar, ni en el campo de batalla ni en la cama, patético desperdicio de tío.

Sentí su sorpresa a través de las sombras. Él detrás de una pendiente rocosa en algún punto al sudoeste de donde estaba yo; yo tras mi tocón de árbol: de nuevo un juego de paciencia como el que había jugado no hacía ni una hora con el francotirador en su escondite mientras yo me ocultaba detrás de una roca. Solo que el francotirador podría haber esperado para siempre. Yo no sabía su nombre, pero sí sabía que tenía una paciencia de francotirador. Había tenido que recurrir al truco de las cerillas para cambiar el juego, cambiar de terreno, cambiar de ritmo.

Ya no me quedaban ases en la manga; solo una pistola y unas pocas balas. Pero aquel era un enemigo que conocía a la perfección.

—No vas a salirte con la tuya matándome —dije en la oscuridad—. Todo el mundo en la delegación sabe que te detesto. Nunca creerán que no tuviste nada que ver con mi muerte.

—Voy a ser el héroe de la noche —respondió—. En cuanto les diga dónde encontrar al hombre que intentó matar al presidente.

—Seguirás sin ser más que el mensajero. Sabrán que fui yo quien se encargó de él. Me homenajearán en la Plaza Roja con un desfile por toda la ciudad y me harán Héroe de la Unión Soviética a título póstumo. Seguirás en segundo plano incluso en mi funeral.

—Eres mi esposa. —Alzó la voz contra su voluntad. Lo estaba irritando—. Ese famoso nombre del que presumes es el mío.

—Ya no. —Flexioné la mano derecha para interrumpir los temblores—. ¿No soñabas con hacer tu nombre famoso, Alexéi? ¿No soñabas con que se conociera de Moscú a Vladivostok? ¿No soñabas con el teniente Pavlichenko, Héroe de la Unión Soviética? Bueno, pues todo se ha hecho real. Pero para mí, no para ti. —Susurré las palabras a través de la oscuridad que había entre los dos como si fuera una víbora, hundiendo cada una más profundamente que la anterior.

Nunca me había escuchado cuando le decía que no; nunca me había oído cuando le había suplicado «por favor», pero sí que me oyó esta vez. Quizá era lo único que podía oír: que sus sueños de grandeza habían florecido para alguien que no era él.

—Yo ni siquiera quería la fama. Lo único que quería era defender mi hogar. Yo no quería la fama, pero la encontré… Tú no. Tú sigues en el mismo lugar en el que has estado siempre: eres el perro que se come las sobras de la mesa de otro. No hay ni una gota de verdadero heroísmo en ti. Todo lo que has sido es un montón de pedazos cogidos de los desperdicios de alguien…, sobre todo de mí.

Yo oía cómo su respiración se aceleraba y sentía cómo aumentaba el pulso de su ira. «Si fueras inteligente, Alexéi, abandonarías esta locura y volverías al hotel —pensé—. Déjame aquí esperando; invéntate una historia que contar a la delegación para confrontar todo lo que yo pueda decir». Pero él no iba a hacer eso. Fuera lo que fuese lo que lo había empujado a aquel límite definitivo y lo había hecho quererme muerta —haberme visto en los brazos de Kostia, quizá, o haber visto mi nombre en demasiados titulares de periódicos—, no iba a dejarme salir con vida de Washington. Había tomado su decisión, y se mantendría firme en ella hasta el final.

—¿Qué se siente? —lo provoqué, elevando la voz—. ¿Qué se siente al saber que el Pavlichenko que recordarán los libros de historia no serás tú? Será tu novia niña. Seré yo.

El francotirador no habría perdido el control por una provocación de patio de colegio. Mi esposo sí lo perdió. Oí a Alexéi salir de detrás de la ladera rocosa para acortar la distancia, lo vi apuntar con el brazo, mostrando los dientes en un gruñido de odio absoluto, y en ese momento me puse bruscamente de pie, empleando cada exhausto músculo de mi cuerpo tras la pistola al disparar una, dos, tres veces.

Sucedió en el transcurso de un latido, en el abrir y cerrar del ojo de un francotirador, en el destello de luz de un diamante. Se tambaleó —mi esposo, mi primer miedo, mi último vestigio de una vida dejada atrás

— y cayó.

Alexéi estaba muerto.

Invoqué el invisible acero, la fuerza y el espíritu de Eleanor Roosevelt al entrar en el vestíbulo del hotel casi a las dos de la mañana: los pies ensangrentados, el rostro amoratado y sucio, la empapada piel de lince envolviendo un vestido de satén destrozado. Mientras mi furioso escolta y media delegación caían sobre mí como una tormenta de trajes y preguntas de Moscú, yo me erguí como si midiera un metro ochenta, me subí el cuello del abrigo como había visto a Eleanor colocarse su famosa estola de zorro y extendí la mano con toda la absoluta autoridad de la primera dama de los Estados Unidos.

—Algunos problemas con mi marido —dije despreocupadamente, interrumpiendo el «¿dónde estaba?» de Yuri, el «¿cómo se te ocurre?» de Krasavchenko y el «la primera dama ha dicho» de Pchelintsev—. Empecé a sentirme indispuesta en la Casa Blanca; él se ofreció como médico de la delegación a traerme de vuelta temprano y acabamos teniendo una discusión tras la que él me dejó tirada en algún sitio cerca del parque del arroyo Rock. El coche sigue allí, entre Colorado y Blagden, y está lleno de regalos para la delegación, así que les sugiero que vayan a buscarlo. Nos reuniremos en la habitación del camarada Krasavchenko dentro de cuarenta y cinco minutos para que les informe más detenidamente, pero ahora tengo intención de asearme.

Los hombres me dejaron pasar mientras yo me dirigía al ascensor sin dejar de hacerme preguntas que no sabía responder. Nadie decía nada sobre el presidente Roosevelt ni sobre ningún revuelo en la Casa Blanca, y eso me decía que él estaba a salvo. El esposo de Eleanor estaría durmiendo entre crujientes sábanas en ese momento, sano y salvo…, o quizá estaba trabajando en su escritorio a pesar de la hora con Eleanor a su lado. Haciendo planes, tal vez, para cuando pudieran abordar la cuestión del segundo frente para enviar ayuda a mis compatriotas.

Mi encapotado escolta hizo intención de subir al ascensor conmigo, y yo volví a extender la mano.

—Yuri —dije amablemente—, no. —Y él retrocedió y dejó que las puertas se cerraran entre nosotros.

Aquella noche había sobrevivido a dos duelos, a incontables heridas menores y a una caminata de siete kilómetros a medianoche sobre

unos pies destrozados…, pero lo que casi me hace derrumbarme fue llegar a mi habitación del hotel en la segunda planta y darme cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba la llave. Me dejé caer contra la puerta, temblando de agotamiento, preguntándome si podría acurrucarme y dormir allí en el umbral… Y, entonces, casi me desplomo al abrirse la puerta desde dentro para caer en los brazos de Kostia.

—Mila. —Me agarró, me llevó dentro de la habitación y me apretó contra su pecho.

Los dientes me castañeteaban tanto que no podía decir nada, así que yo solo lo abrazaba. Sentía su calor, sólido como el granito y silencioso como la noche en su camisa oscura remangada. Naturalmente, había entrado con la llave que yo le había dado unos días antes, y me esperaba en la silla que había junto al escritorio, donde yacía bocabajo su ejemplar prestado de Walt Whitman.

—Estás a-a-aquí —dije aún temblando de frío, y la implicación de aquello se me hizo manifiesta de golpe. Estaba allí, no de camino a Nueva York o a su familia. Estaba allí. Conmigo, con su rostro vuelto hacia el mío, no en busca de un nuevo futuro lejos de nuestro hogar.

—Estoy aquí —dijo tranquilamente, y eso fue todo.

Cuando regresé de mi duelo con el francotirador alemán en Sebastopol, había sido Lionia quien me quitó la ropa helada, me envolvió en una manta y empezó a devolver la vida a mis pies fríos y a mis hombros acalambrados frotándolos. Ahora fue Kostia quien me quitó el abrigo de lince empapado en el riachuelo, el destrozado vestido amarillo debajo, y sin hacer ningún comentario apartó a un lado la pistola y el pequeño montón de diamantes mezclados con casquillos sueltos del calibre 45 y con la cartera y la identificación de Alexéi. Él no estalló en preguntas como los hombres de abajo; solo me desnudó y me arropó bajo las mantas y luego se echó a mi lado y se pegó a mí para darme calor.

—Dijeron que no habías vuelto de la Casa Blanca, Mila. La primera dama le contó al embajador que saliste corriendo. —Su voz era normal, despreocupada, pero sentí la tensión resonando a través de él como si fueran amarras de acero. Porque a diferencia de los hombres de abajo, él podía reconocer las secuelas de un duelo de francotiradores cuando las veía.

Le conté lo ocurrido. Tendría que repetirlo dentro de media hora ante

la delegación al completo, pero era una oportunidad de ordenar los hechos…, pensar lo que iba a decir y lo que omitiría. Kostia se apartó cuando terminé y me miró. Yo le devolvía la mirada, aún castañeteando los dientes, pues las reacciones al fin se asentaban ahora que me había parado el tiempo suficiente como para bajar la guardia.

—Maté a Alexéi —repetí, escueta y claramente, sin tener que preocuparme de que hubiera oídos escuchando en la habitación.

No podía dejar de temblar; no podía dejar de ver su rostro. Pero no sentía culpa alguna. «Se había ido. Se había ido por fin». Me quería, y si no podía tenerme, me quería muerta, y ahora el que estaba muerto era él.

—¿Los dejaste allí? —preguntó Kostia.

—Donde cayeron.

Les diría a Krasavchenko y al embajador soviético dónde y ellos podrían hacer lo que estimaran mejor, ya fuera retirar los cuerpos o dejarlos pudrirse sin ser identificados, implicar a la Casa Blanca o no.

Comoquiera que decidiesen manejarlo, sabía que lo harían con la máxima discreción. Esa sería una escapada de la joven francotiradora soviética que no aparecería en ningún periódico estadounidense. Lo único en lo que insistiría, cuando hiciera mi declaración, sería en hacerle llegar una advertencia clara y completa a Eleanor: «Su esposo tiene enemigos que lo quieren muerto». Me había encargado de uno, pero yo me marchaba del país. Ella tendría que hacerse cargo de la vigilancia.

Pero yo confiaba en que podría hacerlo.

Entonces caí en la cuenta de que, al apretar el gatillo aquella noche —primero contra el francotirador, luego contra Alexéi—, no había entonado mi desesperada plegaria de «no falles». Quizá había entendido la lección de Eleanor al fin: ahora sabía que, incluso si fallaba, me levantaba, volvía a disparar, seguía intentándolo hasta que lo lograba. Hasta que salvaba al presidente de los Estados Unidos; hasta que me salvaba a mí misma.

Kostia seguía mirándome, con una mirada tan imperiosa que podía arder. «¿Qué necesitas?», me estaba diciendo. «¿Cómo puedo ayudar?». Yo solo me acurruqué en su pecho, flotando en alguna parte entre el calor y el frío, entre los posos de una vieja furia y el

desasosiego de una cacería acabada, para refugiarme en aquel oasis de calidez y seguridad antes de tener que levantarme para ir a hacer mi declaración. Vi al francotirador yaciendo en el riachuelo, un enigma hasta el final. Vi los ojos de Alexéi mirando a la gibosa luna, vacíos como el cristal. Me pregunté cuál sería la excusa oficial para que no regresara a la Unión Soviética. ¿Dirían que habría desertado o…?

Abrí los ojos de par en par al llegar a la palabra «desertado», medio aturdida como estaba mientras el calor ascendía por mis miembros y el torrente de adrenalina los abandonaba.

—Kostia, ¿dónde has estado esta noche? —Se había saltado la cena de despedida, y claramente había tomado una decisión en ese tiempo, pero ¿cuál?

—En la embajada soviética —dijo junto a mi clavícula—. He estado yendo allí todas las semanas, cada vez que encontraba unas horas libres. Necesitaba una máquina de escribir en cirílico.

Me quedé sorprendida.

—¿Una máquina de escribir en cirílico?

—No puedo regalarte diamantes. —Kostia señaló el brillante montón sobre mi escritorio, al tiempo que se apoyaba sobre un codo para alcanzar una pila de papel sobre la mesilla de noche—. Solo se me ocurrió esto. Lo he acabado esta noche.

Saqué un brazo del edredón para coger las páginas al tiempo que leía el título en letras cirílicas pulcramente mecanografiadas. «Bogdán Jmelnitski, la adhesión de Ucrania a Rusia en 1654 y las actividades del Consejo de Pereyáslav: una tesis doctoral de Liudmila Mijaílovna Pavlichenko», leí sin salir de mi asombro…

—¿Tú… has reescrito a máquina mi tesis?

—Tecleando con dos dedos. —Kostia me besó en la nuca—. La última versión tenía sangre por todas partes.

Me pregunté si aquel había querido ser un regalo de despedida. Quizá, mientras mecanografiaba mis últimas notas a pie de página aquella misma noche, había cambiado de opinión sobre marcharse. O quizá acabar el trabajo había sido una manera de impedirse a sí mismo escoger la vida que lo llamaba allí.

Habría tiempo de hablar de eso más tarde, cuando tuviéramos

verdadera privacidad.

—Gracias —susurré alisando las páginas con mi mano.

El francotirador me había regalado diamantes. Mi esposo había ignorado por completo cualquier cosa que le hubiera dicho que quería porque él siempre sabía lo que era mejor. Mi compañero francotirador había copiado mi tesis con dos dedos en una máquina de escribir prestada.

Kostia se fue deslizando en el sueño a la manera de los francotiradores, aún lleno de preguntas y también de tensión, pero dando a su cuerpo la oportunidad de descansar que se presentara. Con cuidado de no despertarlo, salí de la cama y me puse ropa limpia, preguntándome si aún partiríamos todos con destino a Canadá al día siguiente o no.

Mientras separaba las balas de las joyas de diamante y aquellas extrañas piedrecitas que había sacado del bolsillo del francotirador, encontré un bulto que no me era familiar. En el parque del arroyo Rock había recogido automáticamente los casquillos de las balas que habían matado a Alexéi y al francotirador, y evidentemente mi mano había recogido otro bulto metálico entre las hojas muertas. No daba crédito al contemplar el modesto anillo de sello de oro con pequeñas incrustaciones sucias de diamante que tenía el tamaño de un dedo masculino y el metal oscurecido como si llevara décadas enterrado sin ver la luz del sol. Por dentro había una inscripción en inglés desgastada —no podía distinguir la primera letra, pero la segunda era definitivamente una R—.

Lo sostuve bajo la luz, y un recuerdo me perturbó por un momento hasta encajar en su lugar: un asistente de la Casa Blanca en los jardines de la mansión contándome la historia del presidente Teddy Roosevelt que había perdido su anillo durante un paseo cerca del puente de piedra hacía cuarenta años. ¿Podía ser aquel? Le di la vuelta en la mano. Era maravilloso aquel símbolo del escenario de mi último duelo. Una señal, quizá. Había tenido dos esposos, uno según la ley y otro en mi corazón; uno que había muerto en un bosque de Washington al que nunca volvería y otro que había muerto en Sebastopol, un lugar al que no podría volver a menos que fuéramos capaces de arrancarlo a las manos de los nazis. Nunca debí casarme con el primero, y el tiempo me había arrebatado la posibilidad de casarme legalmente con el segundo.

No volvería a cometer un error como ese. No perdería esta tercera y

preciosa oportunidad.

Me incliné sobre Kostia, sumido en un sueño ligero, e introduje el anillo en su mano medio cerrada.

—Cuando volvamos a Moscú —le susurré suavemente, mientras me preparaba para ir a reunirme con el resto de la delegación y hacer mi declaración completa—, cásate conmigo.

NOTAS DE LA PRIMERA DAMA

Observo subir y bajar en el sueño el pecho de mi esposo. Descansará menos de lo habitual esta noche —el ajetreo a puerta cerrada tras la marcha de Liudmila fue considerable, y hubo confusas llamadas telefónicas entre la embajada soviética y la línea privada de Franklin—. Falta mucho para tener el cuadro completo, pero algo está claro: el peligro inmediato ha sido conjurado gracias a la joven que deja nuestro país mañana.

Al recibirla en mi casa, no podía imaginar el servicio que nos brindaría tanto a mí como a este país. Solo pensé que podría ser interesante, otra mujer útil del tipo que a Franklin le gusta coleccionar y pulir y usar —hasta la extenuación, a veces— en esta gran obra suya.

Las mujeres de Franklin. Estoy segura de que se escribirán muchos libros sobre él algún día, pero espero que haya también libros sobre nosotras. La mujer que fue su esposa, sus ojos y sus oídos… Las mujeres que trabajaron en su gabinete y a su lado en la Casa Blanca… Y la mujer llegada de una nación al otro lado del mundo, de una nación completamente extranjera para nosotros, y a veces amenazadora, que no le debía lealtad alguna, pero, aun así, arriesgó su vida por defenderlo.

Observo su pecho subir y bajar en la oscuridad durante un largo rato, sonriendo. Luego cierro la puerta.

Aún queda mucho trabajo por hacer esta noche antes de irme a la cama…, pero una bala rusa me ha ofrecido la paz y la seguridad necesarias para hacerlo.

Capítulo 35

Pasaron dos largos meses hasta que al fin volví a encontrarme en suelo soviético tras bajar de nuestro bombardero B-24 Liberator de cuatro motores después de un interminable vuelo nocturno desde Glasgow hasta el aeródromo de Vnúkovo. Doce horas dentro del bombardero, en cuyas entrañas destellaba la escarcha como si fuera el dormitorio de la Reina de las Nieves, con la delegación al completo envuelta en pieles hasta los ojos y comentando la gira que al fin, al fin, habíamos terminado. Pero yo no iba pensando en los rutilantes actos a los que habíamos asistido en Montreal, Londres, Cambridge, Birmingham, Newcastle y Liverpool —no cuando aterrizamos por fin en una enorme pista helada rodeada por un cinturón azul de bosques nevados—. «Hogar», pensé. Se suponía que iba a estar fuera solo un mes —habían sido cuatro—.

Una vida entera.

Al desembarcar, con mi mano enguantada en la de Kostia, podía sentir el círculo duro del anillo de sello de oro en su dedo. El corazón me latió con fuerza al ver las figuras en sombra que se abrían camino entre la muchedumbre que esperaba, corriendo hacia el bombardero. Pchelintsev ya estaba abrazando a su esposa, Krasavchenko besando a su padre en ambas mejillas, pero yo no pensaba en ellos. Había visto a mi madre con su larga trenza recogida como una pequeña y redonda lechuza… y a su lado, corriendo hacía mí, apareció otra figura más pequeña.

Mi mano soltó la de Kostia cuando eché a correr. Dejé a Lady Muerte tras de mí, dejé a la famosa francotiradora que había salido en mil fotografías, dejé mis orgullosas esperanzas de ver pronto soldados aliados en Europa para apoyar nuestro frente oriental: lo dejé todo salvo la visión del niño de diez años desgarbado y con rostro radiante que corría hacia mí. Lo rodeé con mis brazos, entonces mis piernas cedieron y caí de rodillas en la nieve, apretando a mi hijo en un abrazo de acero y llorando en su pelo sin pudor.

Mila Pavlichenko al fin estaba en casa.

Epílogo

Eleanor Roosevelt llega a Moscú

10 de octubre de 1957

—Señora Roosevelt, permita que le presente a Liudmila Pavlichenko, Héroe de la Unión Soviética.

Nos miramos la una a la otra durante un largo instante, lo bastante largo como para que se propagaran los murmullos por el Comité de Mujeres Soviéticas reunido alrededor de nosotras en aquella sala sofocante. Habían pasado quince años desde que la ex primera dama y yo nos conociéramos. Me fijé en el traje sobrio y el sombrero negro, en las arrugas del duelo que la pérdida de su extraordinario esposo había esculpido en su rostro, y supe que ella también estaba examinando los cambios que el tiempo había operado en mí. Ahora tenía cuarenta y un años y ya no era la furiosa joven teniente que la había mirado con tanto recelo sobre aquel desayuno de huevos y beicon en la Casa Blanca. Mi pelo oscuro mostraba zonas grises en las sienes y mis condecoraciones iban prendidas de un traje y no de un uniforme verde militar. Pero sentí que en mi rostro se abría una enorme sonrisa que encontró reflejo en el suyo bajo el pelo blanco.

—Querida Liudmila —dijo acercándose.

—Eleanor —saludé yendo a abrazarla, y estallaron los aplausos mientras las dos nos sonreíamos.

Tal vez quince años no eran tantos, después de todo. Nos habíamos visto una vez más durante mi gira inglesa, cuando Eleanor fue a visitar a los Churchill, y habíamos mantenido correspondencia una vez que regresé a la Unión Soviética. Yo le había enviado una carta de condolencias tras la muerte del presidente Roosevelt («Eleanor, recuerdo su apretón de manos como si hubiera sido ayer»); ella me había felicitado tras la guerra al saber que yo era estudiante de quinto curso de la Facultad de Historia en la Universidad Estatal de Kiev y

que había leído mi tesis con sobresaliente («¡Liudmila, le confieso que no recuerdo quién era Bogdán Jmelnitski y le ruego que no me explique!»).

Y allí estaba ahora en Moscú, aunque ya no primera dama, aún una fuerza diplomática que había que tener en cuenta, intercambiados nuestros papeles: ahora era ella la que estaba en una gira de buena voluntad por mi país. Hubo discursos que soportar (siempre hay discursos); hubo manos que estrechar (siempre hay apretones de manos); hubo placas conmemorativas que obsequiar (por el amor de Lenin, no más placas…, ¿dónde se supone que va a ponerlas un Héroe de la Unión Soviética?). Pero al fin a la ex primera dama y a mí nos permitieron retirarnos a mi apartamento en Moscú y sentarnos con los pies en alto a beber té del samovar de la esquina mientras el servicio de seguridad y los escoltas del Comisariado del Pueblo esperaban fuera.

—Tienes una casa preciosa, Liudmila. —Sus ojos recorrieron el apartamento que me habían concedido: cuatro habitaciones cerca del centro de Moscú, no lejos del departamento de la Armada Soviética, donde yo trabajaba, y una pared entera con mis libros—. ¿Vive tu hijo contigo?

—Ya se ha independizado. Se graduó con honores en la Facultad de Derecho de Moscú. —Mi Slavka, ya un hombre, tan serio y bondadoso, que con su pelo oscuro y su complexión robusta parecía una versión joven de mi padre. En nada, por fortuna, se parecía al suyo.

—Debes estar orgullosa de él. —Eleanor me estudió, removiendo su té —. Pareces feliz, Liudmila. Confieso que me preocupaba que pudieras estar resentida por no haber regresado nunca al frente después de tu gira de buena voluntad.

—Decidieron que sería más útil como instructora de francotiradores.

Sí, fue muy decepcionante en su momento… Pero, como decía Kostia, si hubiera regresado, probablemente habría muerto en Stalingrado igual que tantos otros francotiradores, y ello habría sido una excelente propaganda de victoria para los alemanes. En lugar de eso, me asignaron nuevos francotiradores que entrenar… y no solo muchachos. También pasaron chicas por mis manos, muchachas con mejillas de cereza como yo había sido una vez, igual de feroces y con el mismo fuego. Les transmití mis habilidades, les expliqué cómo controlar el temblor de sus manos cuando mataran las primeras veces, y que ese temblor no significaría que les faltara coraje. Les enseñé a

camuflarse y a cuidar de sus armas; cómo buscar tela de sobra en los campos de batalla, pues el Ejército Rojo nunca les daría suficiente para sus menstruaciones; cómo evitar a los oficiales que se sobrepasaban y cómo atravesar la tierra de nadie con unos pies de lince tan silenciosos que al desaparecido Vartanov le arrancaran lágrimas de orgullo.

Les enseñé a volver a intentarlo sin vergüenza cuando fallasen un disparo. Que el fracaso no siempre era una sentencia de muerte.

Les enseñé todo lo que sabía, las despedí cuando se marcharon y las lloré cuando murieron… y a las que lograron sobrevivir las alojé en Moscú y las invité a beber vodka y a intercambiar historias de las viejas pesadillas y los compañeros de armas perdidos mucho tiempo atrás, y siempre nos despedíamos con lágrimas en las mejillas y sonrisas en los labios: éramos las francotiradoras que habían sobrevivido.

Quizá podría haber añadido más nazis a mi cuenta, pero más de dos mil mujeres habían luchado por su patria como francotiradoras al final de la guerra, y una buena parte de ellas habían sido entrenadas por mí.

La cuenta de cada mujer que adiestré acompaña a la mía, y como una mujer de cuarenta y un años no puedo mirar atrás y ver mi paso de francotiradora a instructora de francotiradores como una pérdida.

—Además —le dije ahora a Eleanor, sonriendo—, yo quería ser historiadora, no francotiradora. Y lo conseguí.

—Por supuesto que lo conseguiste… Liudmila, ¿vas a ponerle mermelada a tu té?

—Es la costumbre rusa —añadí una cucharada hasta arriba de mermelada de cereza a su taza—. Espero que tengas tiempo en tu visita de reunirte con el Comité de Veteranos de Guerra.

—Por supuesto. Sé que trabajas con ellos ahora que te has retirado de… ¿Cuál era tu puesto?

—Ayudante de investigación en la sección de historia de la Armada Soviética. —Me había retirado unos años antes a causa de mis viejas heridas de guerra. Todas aquellas conmociones y heridas de mortero y tanto tejido blando… no habían hecho más que empeorar cuando me hice mayor en lugar de desaparecer—. Haberme retirado no es razón para sentarme a no hacer nada.

—No puedo estar más de acuerdo —dijo la ex primera dama.

Kostia apareció entonces, aún delgado como un alambre, aunque con el pelo ya gris, mientras nuestra perra tiraba de él. Había acabado la guerra a mi lado, siendo mi sombra hasta el final, ayudándome a entrenar a los jóvenes francotiradores…, y luego había acabado entrenando perros militares en el Ejército Rojo, de los que decía que eran mucho más inteligentes que la mayoría de los reclutas. Nosotros teníamos una enorme cachorra negra de terrier ruso; Kostia la llevaba al parque Gorki a jugar todos los días a pesar de su antigua cojera.

—Mi marido —lo presenté cuando él se acercó a depositar un beso en mi pelo y estrechar la mano de Eleanor, pero no más que eso. Por muchas razones, Kostia mantenía un perfil bajo.

—Me resulta familiar —dijo Eleanor pensativa mientras Kostia se despedía con una inclinación de cabeza y se llevaba a la perra a otra habitación para cepillarla.

—¿Estaba en la delegación de Washington?

—Mmm —murmuré.

—Quizá estoy pensando en tu primer marido… No me di cuenta hasta después de que había acompañado a la gira hasta Washington.

—Mmm —sonreí.

—No salía demasiado favorecido tal como lo pintabas en lo poco que me contaste. —Los ojos de Eleanor me miraron serenamente por encima de sus gafas—. Quizá no sea una gran tragedia que no pudiera volver con el resto de vosotros.

—Mmm.

Alexéi Pavlichenko, oficialmente, había muerto de una apendicitis según las frenéticas improvisaciones tras las bambalinas para asegurar que nada de lo ocurrido en el parque del arroyo Rock salía a la luz e incomodaba a la delegación soviética o a la Casa Blanca. Nada en absoluto, por supuesto, se dijo del francotirador.

Aún me despertaba de noche a veces pensando en sus ojos color de lodo, preguntándome cuál habría sido su nombre. Quién lo habría contratado. Eleanor y yo nunca habíamos tenido la oportunidad de hablar de ello, ni siquiera cuando nos vimos más tarde en Inglaterra.

Ahora…

—¿Te acuerdas de aquel excéntrico hombre de negocios estadounidense que me propuso matrimonio? —dije moviendo mi té—. Siempre me pregunté qué fue de él. Quiénes eran sus amigos. Para quiénes trabajaba.

(Habría sido estúpido pensar que no había oídos intentando escuchar la conversación. Eleanor y yo podríamos ser amigas, pero nuestras naciones ya no lo eran, por mucho que eso me pesara).

—Mi esposo tenía bastante claro quiénes eran los amigos de tu pretendiente —dijo Eleanor—. Habló con varios de ellos después de tu marcha. Hubo ciertos ajustes de cuentas… No creo que nadie diera demasiados problemas tras eso.

Era evidente que no. Si hubo más intentos contra su vida, claramente fallaron: había salido ileso de un cuarto mandato, después de todo.

—Ojalá el presidente Roosevelt hubiera vivido para ver el fin de la guerra.

Yo lo había salvado de la muerte en la noche de Halloween de 1942, y él había vivido lo suficiente como para cumplir su promesa de que soldados estadounidenses acudieran en ayuda de mis compatriotas… Pero había muerto antes de la derrota de Hitler.

—No viviría para ver la victoria, pero sí lo suficiente para asegurarla —dijo Eleanor levantando su taza hacia mí y dándome las gracias en silencio.

Yo respondí levantando la mía. Nos sostuvimos la mirada durante un largo instante, y luego las dos empezamos a hacer tintinear nuestros platillos de té como las señoras de mediana edad que éramos.

—Qué buen tiempo está haciendo para tu visita, Eleanor…

—¡Sí, y espero poder ver más del país en tu compañía mientras esté aquí, Liudmila!

—Esta vez yo seré tu guía. Hay muchas cosas que quiero enseñarte. Leningrado, Tsárskoye Seló, el Hermitage, el Museo Ruso… Pero esta noche —dije— vamos a la ópera. Tengo entradas para Eugenio Oneguin, donde mi amiga va a aparecer en una variación de la escena del salón de baile. Fue tanquista en la guerra, como sabes…, condecorada tres veces por su valor, y ahora es bailarina en el Bolshói.

—Qué mujeres tan extraordinarias produce tu país —observó Eleanor.

—Te presentaré a más.

Conocía a muchas ahora a través de mi trabajo con las mujeres veteranas de guerra: Vika, quisquillosa e incorregiblemente elegante pese a haber perdido un ojo durante el asalto final a Berlín; un Héroe de la Unión Soviética de pelo oscuro llamada Yelena Vetsina que había hecho novecientos vuelos de bombardeo con las Brujas de la Noche… y la mejor de todas, mi querida amiga Lena Palii. No había muerto en Sebastopol. Se había presentado esquelética pero viva después de huir de la invasión alemana a las montañas, y ahora íbamos a pasear a diario al parque Gorki para hablar de los viejos tiempos. Yo solía llegar tarde, y ella golpeaba la puerta de mi apartamento gritando: «¡Despierta, dormilona!».

—¿Vodka de día? —Eleanor movió la cabeza con gesto de desaprobación cuando propuse un brindis antes de salir—. Es muy mala costumbre, querida Liudmila.

—No puedes llamarte veterano de guerra si no tienes al menos una mala costumbre que no consigas dejar —sonreí.

En realidad, tengo más de una. Bebo demasiado; lo sé. Me despierto por la noche jadeando con viejos recuerdos de batalla o con sueños en los que me hielo de frío en aquella haya partida por un rayo junto al arroyo Rock hasta que el francotirador llega para atravesarme un ojo con su disparo y no al revés. Durante esas noches, Kostia tiene que abrazarme hasta que los temblores desaparecen, y durante otras soy yo la que tiene que hacer lo mismo cuando sus propios demonios de la guerra salen rugiendo con sus garras rojas de la tierra del sueño para atormentarlo a él. Aún me tenso cuando oigo cualquier sonido que parezca un disparo, y no puedo entrar en una habitación, en un edificio ni en cualquier espacio abierto sin analizar las líneas de movimiento y las amenazas potenciales. Pero ese es el precio, tanto como las viejas heridas físicas que todavía a veces me causan dolor. Las heridas invisibles pueden doler igual, si es que no más que ellas.

El Partido me anima a escribir mis memorias. «Un relato directo de sus hazañas en el frente, camarada Pavlichenko, con las debidas reflexiones estoicas acerca del coraje, el deber y el brillante futuro de la patria». Pero, como he reflexionado muchas veces en los años transcurridos después del fin de la guerra, habría una gran diferencia entre cualquier relato oficial de mi paso por el Ejército Rojo y la versión que vive en mi memoria. Puedo escribir sinceramente sobre

los amigos que he perdido, sobre mi trabajo como francotiradora y sobre las exigencias que este plantea al espíritu. Puedo escribir sobre la gente extraordinaria a la que conocí durante mi gira de buena voluntad por los Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña, de Charlie Chaplin a Franklin Roosevelt, de Paul Robeson a Winston Churchill. No mentiría en mis memorias…, pero habría muchas cosas que tendría que omitir.

Alexéi Pavlichenko no aparecería en esas páginas más que en un par de líneas como el enamoramiento de una joven idiota que apenas había salido de la niñez y el padre de mi hijo. Dejemos que desaparezca del recuerdo y de las páginas de la historia en la hojarasca de un parque de Washington.

Kostia no aparecerá en esas páginas tampoco por diferentes razones. No mucho después de que regresáramos de nuestra gira en el extranjero, lo avisaron discretamente de que su padre oficioso, aquel cazador del Baikal que transmitió al hijo concebido en Irkutsk su ojo de diamante y su salvaje destreza, había sido denunciado por hablar en contra del camarada Stalin. Hicieron falta la mitad de mis diamantes —las piedras en bruto que había sacado de los bolsillos del francotirador y los brazaletes que me había entregado como desafío— para mantener el nombre de Kostia al margen de las órdenes de detención que barrieron al resto de su familia, los hijos e hijas que llevaban el apellido Markov en lugar de Shevelyov. Guardé el resto de mis joyas, y Kostia vive desde entonces en silencio, lejos de la fama que podría tener como francotirador condecorado y esposo de Lady Muerte. A veces lo miro y me pregunto si se arrepiente: de los hijos que no pudimos tener, de la familia que dejó atrás en los Estados Unidos… Pero, si es así, nunca los menciona. Espero haber sido suficiente para él, y, puesto que tomó la decisión de uncir su vida a la mía, he jurado mantenerlo a salvo. Los registros del Ejército Rojo podrán decir que tuve una relación íntima con mi compañero francotirador, pero el compañero de mis memorias no se llamaría Konstantin Shevelyov. Le daría ese nombre a otro miembro del pelotón —a alguno de los que murieron hace tiempo y ya no pueden contradecirme— y mantendría a mi esposo en el anonimato.

Y, finalmente, tampoco diría ni una palabra en mis memorias del hombre de los ojos color lodo que me cortejó, me acechó y luchó contra mí en el parque del arroyo Rock.

Porque la gente adora a los héroes de guerra… Pero, incluso en mi querida patria, se supone que los héroes son limpios y carecen de complejidad. Quienes me animan a escribir unas memorias querrán a

una mujer joven y patriótica que luchó para defender a su país, una heroína de propaganda con una historia limpia y sencilla como una luna llena —y yo fui aquella mujer, pero no solo eso—. Mi luna tiene un lado oscuro.

Para el mundo, la cuenta oficial de Liudmila Pavlichenko está en 309, una lista lograda sin sed de sangre, habiendo disparado cada vez por simple defensa de mi hogar y mi país. Solo unos pocos saben que hubo otro duelo librado bajo una luna menguante al otro lado del mundo, un duelo librado con rabia y desesperación y con un salvaje instinto de supervivencia contra dos hombres muy diferentes…, y que mi verdadera cuenta asciende a 311.

Pero ese es mi secreto, un secreto de francotiradora, y morirá conmigo. Eleanor lo sabe, pero salvé la vida de su esposo, y quizá la de nuestras naciones con ella, así que también se llevará mi secreto a la tumba. Dejo mi té y me dirijo al armario con una sonrisa.

—Ya no tengo aquel viejo vestido amarillo de satén, pero a ver qué improviso para ponerme esta noche en la ópera…

—Aquí me tienes para coger un dobladillo si hace falta —dijo la primera dama.

Nota de la autora

Lo más probable es que nunca hayas oído hablar de Liudmila Pavlichenko. Hasta hace unos años, yo tampoco —no fue hasta investigar sobre las aviadoras de las Brujas de la Noche que aparecen en La cazadora cuando me encontré con otra heroína de guerra soviética: esta célebre bibliotecaria-investigadora-convertida-en-francotiradora que fue responsable de 309 muertes durante la Segunda Guerra Mundial y conquistó Estados Unidos durante una gira publicitaria en 1941 en la que se codeó con estrellas de Hollywood y se convirtió en gran amiga de Eleanor Roosevelt—. Enseguida supe que tenía que escribir su increíble historia.

La historia de la Unión Soviética antes, durante y después de la guerra no es bonita, así que resulta fácil olvidar que en los primeros tiempos de la Segunda Guerra Mundial fueron la parte más débil. El Tercer Reich consideraba a los rusos racialmente indeseables y aptos solo para el exterminio; los soldados soviéticos eran rutinariamente asesinados o se los dejaba morir de hambre cuando caían prisioneros, a diferencia del trato más ortodoxo que se daba a los prisioneros de guerra franceses e ingleses. Los rusos respondieron con la misma brutalidad una vez que las tornas cambiaron en su favor, pero al principio de la terrorífica y aplastante invasión alemana, lo único que el precario Ejército Rojo pudo hacer fue organizar una retirada táctica, dejando que el duro terreno y el invierno ruso hicieran con Hitler lo mismo que habían hecho con Napoleón. El coste de la estrategia fue atroz: millones de soviéticos murieron intentando desgastar el avance alemán.

Y muchas de aquellas vidas abandonadas en el frente fueron de mujeres. La URSS fue el único país aliado que empleó mujeres en el frente en sus ramas militares de combate activo. Aproximadamente 800.000 mujeres sirvieron en las Fuerzas Armadas Soviéticas durante la guerra, alrededor del cinco por ciento del personal militar total. Lo más frecuente era que se las destinara a las comunicaciones y al personal médico, pero muchas lograron desempeñar un papel más activo: pilotos de bombarderos como las Brujas de la Noche; tanquistas como Vika, la amiga de Mila…, y francotiradoras.

Hollywood ha puesto color a nuestra visión de los francotiradores. Los imaginamos como asesinos en serie militarizados; en el mejor de los casos, como el tipo raro de un escuadrón de individuos normales, ese que es descrito como alguien que tiene agua helada corriendo por sus venas —véase aquel francotirador que citaba pasajes de la Biblia encarnado por Barry Pepper en Salvar al soldado Ryan de Steven Spielberg—. Y persiste la idea de que matar a distancia, oculto en escondrijos, es de algún modo deshonroso o injusto… Pero los tiradores expertos han sido utilizados por todos los ejércitos desde la invención de las armas de fuego (y, antes de eso, ya existieron el arco y la flecha: ¡pensemos en los arqueros ingleses que derribaban caballeros franceses en Azincourt, o en los Hombres Alegres de Robin Hood abatiendo soldados del rey ocultos en los bosques!). El empleo de francotiradores no es ninguna violación de la Convención de Ginebra, pero el estereotipo persiste: los francotiradores son de sangre fría, distantes, despiadados. Como dijo Eleanor Roosevelt al conocer a Liudmila Pavlichenko: si puedes ver los rostros de tus enemigos a través de tus miras y, aun así, disparar para matar, ¿cómo esperas ganarte la aprobación de la gente corriente?

Pero la mujer conocida como Lady Muerte desafía tales estereotipos. Se nos presenta en sus memorias y en las anécdotas de sus compañeros cálida, divertida, encantadora, devoradora de libros, madre cariñosa y una introvertida capaz de apreciar la soledad, pero al mismo ser el alma de la fiesta. ¡Ni siquiera cumplía el requisito de los ojos de un color azul hielo o un frío gris con los que se describe a la mayoría de los francotiradores!

No era una novata que hubiera aprendido a disparar en el frente; se vistió al uniforme ya formada como tiradora. Y tampoco procedía de una familia rural donde fuera esperable que la hija manejara un fusil casi desde la cuna. Era ucraniana (aunque, cuando le preguntaban, se decía firmemente rusa), una chica de ciudad y una amante de los libros que tenía por aspiración convertirse en historiadora, pero que disfrutaba yendo de vez en cuando al campo de tiro con sus amigos —disfrutaba hasta el punto de decidir matricularse en un curso de tirador experto—. Sin embargo, aunque hubiera adquirido sus habilidades como hobby, no se lo pensó para alistarse voluntariamente y defender a su país: una muchacha fue a la playa con sus amigos por la mañana, oyó la declaración de guerra al mediodía, cuando almorzaba en un café cercano, y al atardecer salía antes de tiempo de La Traviata para ir a alistarse. No le llevó demasiado tiempo a aquella muchacha de Odesa —la estudiante de posgrado que estaba acabando la tesis más erudita del mundo sobre Bogdán Jmelnitski, la adhesión de Ucrania a Rusia en 1654 y las actividades del Consejo de Pereyáslav— empezar a acumular una cuenta considerable.

El cómputo oficial de un francotirador lo engrosaban tan solo las muertes confirmadas, por lo que la verdadera lista de enemigos muertos de Liudmila probablemente superaba aquellos 309 oficiales: al haber combatido en dos asedios desesperados, no habría tenido la oportunidad de verificar todas sus muertes, y los enemigos que abatió luchando como soldado y no como francotiradora no habrían contado a ningún efecto. Su verdadera cuenta podría haber estado por debajo de esos 309 establecidos quizá con propósitos propagandísticos; pero fácilmente habría podido ser también muy superior. Lo que parece seguro es que en menos de dieciocho meses de combate, Liudmila Pavlichenko enterró a centenares de enemigos, resultó herida en, al menos, cuatro ocasiones, y se ganó el sobrenombre de Lady Muerte. Muchas de las hazañas descritas en esta novela —su entrenamiento de un pelotón, los asaltos a Gildendorf y a la Montaña Sin Nombre, su reclutamiento del guardabosques Vartanov cuya familia había sido asesinada, la granja Kabachenko y el vínculo que estableció con la muchacha a la que habían violado los soldados alemanes («mátelos a todos»)— están tomadas directamente de las memorias que Liudmila escribió en vida más tarde.

Las memorias soviéticas son prolijas en hechos y parcas en emoción; no es la costumbre soviética prodigarse en los sentimientos. Pero la respuesta de Liudmila a haberse convertido en tan eficaz arrebatadora de vidas dista mucho de ser macabra. Al lograr sus dos primeras muertes bajo la mirada del capitán Sergienko, no dudó en abatir a los dos oficiales, pero admitió que disparar contra un blanco y disparar contra un ser humano eran cosas muy diferentes. No le gustaba su fama cada vez mayor, pues se veía a sí misma simplemente como una soldado con un trabajo que hacer: el enemigo eran invasores con órdenes de atacar, y ella una defensora a la que habían ordenado repelerlos, y eso era todo. Su ira contra los alemanes floreció en odio cuando vio el daño que las fuerzas de Hitler infligían a su patria, pero Liudmila no dejó de enorgullecerse de sus muertes limpias y de su profesionalidad. La única vez que dio la orden de disparar para herir en vez de matar fue durante la defensa final de Sebastopol, cuando aquella fue la única forma de frenar a un enemigo aplastante.

El frente ruso era un puro infierno: el número de bajas era terrible, el clima brutal, las tropas mal entrenadas y peor equipadas tenían tantas posibilidades de morir por los disparos de sus propios oficiales (si mostraban la menor señal de vacilación) que de los alemanes. Las mujeres soldado lo pasaban especialmente mal. Mujeres del Ejército Rojo del Aire como las Brujas de la Noche servían en regimientos exclusivamente femeninos o se agrupaban al menos con sus hermanas aviadoras en los regimientos mixtos, pero las mujeres del Ejército Rojo

se hallaban en absoluta minoría ante los soldados masculinos y eran comúnmente consideradas como gratificaciones sexuales para los oficiales. Rechazar las insinuaciones de un superior podía acabar en cualquier punto entre el asalto físico o la postergación en la lista de recomendaciones de ascenso. Liudmila fue muy admirada por los hombres de su compañía, que aparentemente ella supo liderar con autoridad amistosa aunque férrea, pero, según al menos un testimonio, se habría granjeado resentimientos por rechazar a hombres de rango superior al suyo. Ello podría explicar la ausencia de condecoraciones militares en sus primeros tiempos de servicio… hasta que un duelo de tres días con un francotirador alemán la catapultó a la fama.

Hubo detractores que cuestionaron tanto su fama como sus logros. Aún hay quienes insisten en que Liudmila Pavlichenko no fue real, sino solo una bonita morena del departamento de propaganda que se había aprendido de memoria una historia para inspirar a las masas. Tales afirmaciones buscan los tres pies al gato en las inexactitudes cronológicas de sus memorias, insisten en que el tipo de pelotón que ella decía haber liderado no se había creado todavía y apelan a su negativa a exhibir sus habilidades de francotiradora en Estados Unidos como prueba de que en realidad no poseía ninguna.

Para mí, en Liudmila Pavlichenko encontramos algo real. Sus memorias llevan el sello de la propaganda soviética, pero en su conocimiento técnico de la habilidades, las armas y la rutina del francotirador es donde su voz se muestra más precisa y vívidamente individual. Hay inexactitudes cronológicas, pero una mujer que junta los trozos de sus recuerdos entre la niebla de la guerra y del trastorno de estrés postraumático tras múltiples conmociones cerebrales en el campo de batalla bien puede cometer errores en algunos detalles. El tipo de pelotón de francotiradores que ella dice haber liderado no existía aún en el Ejército Rojo, pero Liudmila estuvo luchando en los primeros tiempos de la guerra, cuando todo era improvisado, y probablemente desarrolló métodos sobre la marcha. En cuanto a su niet durante la gira cada vez que le pidieron que disparara (salvo en la exhibición del club de tiro de Chicago), sus razones aparecen alto y claro en sus memorias: Lady Muerte detestaba la idea de verse expuesta como un poni de circo, y se negó rotundamente a reducir sus destrezas letales a trucos de salón.

Su guerra no solo fue lodo, sangre y dolor. Liudmila tenía un sentido del humor que brilla cuando relata los conflictos con sus inconscientes superiores o los momentos relajados con su pelotón en una noche de canciones, vodka y botín tras un asalto exitoso. Y, pese a su decisión de no confraternizar con colegas masculinos, acabó rompiendo sus

propias reglas en una aventura amorosa espectacularmente romántica en el frente.

A los veinticuatro años, Liudmila ya había dejado atrás un campo de minas de vida amorosa. Dice muy poco (y nada bueno) de su primer marido Alexéi Pavlichenko, el hombre adulto que la sedujo y la dejó embarazada después de un baile cuando tenía quince años. El único comentario de Liudmila sobre Alexéi, después de que este la abandonara a ella y a su hijo Rostislav, es «Afortunadamente, mi hijo no se parece en nada a su padre». Como madre soltera había estado centrada desde entonces en su trabajo, su educación y su hijo, de modo que el romance cayó sobre ella como un rayo al conocer a aquel alto, divertido y guapo teniente del Ejército Rojo en Sebastopol. Y ahí tenemos a Lionia Kitsenko, el hombre que enamoró y conquistó a la mujer más peligrosa del frente ruso. A Kitsenko a menudo se le describe como su subsargento y su compañero francotirador, aquel con el que compartió una noche tras otra como letal e inseparable equipo, pero Liudmila lo describe como el teniente que comandaba su compañía. Mi conjetura es que dos hombres distintos pueden haberse confundido, y que Liudmila tuvo una relación romántica tanto con su comandante como con su compañero francotirador en distintos momentos. Por eso los he separado a los dos y he descrito a Kitsenko como lo presentaba Liudmila: teniente Alexéi Arkédievich Kitsenko, apodado Lionia, su oficial superior, que acabaría siendo su segundo esposo. Tanto si estuvieron legalmente casados como si no (él no aparece mencionado en la tumba de ella como su esposo), Liudmila consideró a Lionia su marido a todos los efectos: tuvieron un cortejo relámpago que culminó en el ataque en el que Lionia se llevó a Liudmila herida del frente, le donó su sangre durante la operación quirúrgica que necesitó, la estuvo visitando mientras se recuperaba y la invitó a cenar en su refugio (¡que adornó con flores en la vasija mortero!) el día en que recibió el alta. Le propuso matrimonio aquella misma noche, y Lady Muerte y él fueron inseparables desde ese momento.

Fueron los mejores días de la guerra para Liudmila. Ella escribió que aquel amor la hacía mejor francotiradora; para volver a casa con Lionia parecía acertar en cualquier blanco al que apuntara, incluido el tenso duelo de tres días en que ella y su compañero francotirador (al que he llamado Konstantin Shevelyov, un nombre que más tarde sería crucial en su vida) fueron más listos que el francotirador alemán. Pero después de apenas tres meses juntos, Lionia fue alcanzado por fuego de mortero ante los ojos de Liudmila. Murió en sus brazos unas horas después, y ella casi enloqueció de dolor. No fue capaz de volver a disparar hasta que ella y su compañero hubieron llorado juntos en la

tumba de Lionia. Entonces volvió al frente con renovada furia: como más tarde le diría a Eleanor Roosevelt, cada alemán que tuvo en sus miras después de aquello podía haber sido el hombre que mató a Lionia.

Sebastopol cayó meses después, y Liudmila probablemente habría muerto allí (las francotiradoras del Ejército Rojo tenían en torno a un 75 por ciento de posibilidades de morir en combate) de no haber sido herida y evacuada unas semanas antes. A pesar de su deseo de regresar al frente, el departamento de propaganda tenía otros planes. Una carta acababa de llegar a la mesa de Stalin desde Washington D.C. para invitar a una delegación de estudiantes soviéticos a formar parte del congreso internacional de estudiantes de Eleanor Roosevelt, y el Jefe vio una oportunidad: Lady Muerte partió rumbo a los Estados Unidos.

Ni que decir tiene que se sintió como un pez fuera del agua, y que el desayuno de bienvenida en la Casa Blanca no fue bien: la respuesta cortante de Liudmila al comentario de la primera dama sobre cómo una francotiradora podría resultar cercana a los estadounidenses está tomada directamente de sus memorias, al igual que sus respuestas a las preguntas increíblemente estúpidas que le hicieron en su primera rueda de prensa. Pero hubo una mujer que lo cambió todo para Liudmila: la primera dama, que invitó a su huésped soviética a dar un paseo en su descapotable de camino a la cena de esa noche. Aunque su manera de conducir parece que alarmó a Lady Muerte más que una división pánzer entera, aquello marcó el comienzo de una insólita amistad.

Fue Eleanor quien llevó a Liudmila y a sus compañeros de delegación a conocer a FDR en una reunión privada en la que pudieron discutir el ansiado segundo frente en Europa, y quien la acompañó en parte en la posterior gira de buena voluntad por los Estados Unidos. La idea de una primera dama y una francotiradora rusa que se hacían amigas podrá parecer sumamente improbable, pero muchas de las escenas de Ojo de diamante están tomadas directamente de las memorias de Liudmila: sus discusiones acerca de la segregación racial en los Estados Unidos (que horrorizaba a Liudmila, al igual que el colonialismo británico en la India); Liudmila quedándose dormida en la limusina presidencial con la cabeza sobre el hombro de Eleanor; Liudmila cayendo de una canoa en la finca del Hudson y acabando en el dormitorio de la primera dama mientras Eleanor cosía el dobladillo a un pijama rosa para ella, ¡y se quedaban charlando durante tanto tiempo que FDR tuvo que ir en busca de las insólitas amigas para almorzar!

Con la protección de Eleanor, Liudmila aprendió a estar bajo los focos. Conoció a todo el mundo, desde Charlie Chaplin hasta Woody Guthrie (que escribió para ella la canción «Miss Pavlichenko», que puede encontrarse en YouTube), y se convirtió en una apasionada oradora que nunca olvidó su misión de pedir la ayuda estadounidense en nombre de sus compañeros soldados. En Chicago rindió al público a sus pies con el discurso que puso los cimientos de su fama: «Caballeros, yo he matado a 309 invasores fascistas a estas alturas. ¿No les parece, caballeros, que llevan demasiado tiempo escondiéndose tras de mí?».

Eleanor y Liudmila se dijeron adiós en una cena de despedida celebrada en la Casa Blanca en octubre de 1942. Mantuvieron correspondencia durante los siguientes quince años, mientras FDR cumplía su promesa de enviar soldados estadounidenses a Europa y Mila acababa la guerra como instructora de francotiradores. En 1957, la viuda Eleanor viajó a la URSS en su propia gira de buena voluntad, y la ex primera dama y la exfrancotiradora se abrazaron entre gritos de bienvenida.

Mis notas de autora suelen demorarse en explicar dónde mis personajes de ficción se entrelazan con los históricos. Ojo de diamante es diferente, porque casi todos los personajes nombrados vienen directamente de testimonios históricos. Los compañeros de delegación de Liudmila, Pchelintsev y Krasavchenko; sus oficiales el general Petrov, el teniente Dromin y el capitán Sergienko; sus compañeros de pelotón Fiódor Sedikh y el viejo Vartanov; su amiga de Odesa, Sofía, y su amiga la enfermera Lena Palii…, todos son reales. Mis únicas aportaciones sustanciales de ficción son Vika, la bailarina convertida en tanquista (¡una heroína que ya tengo en la mente para una futura novela!), y Kostia Shevelyov, que es un compuesto ficcionalizado de dos hombres distintos. Me he tomado algunas libertades con los testimonios históricos al servicio de la novela. Algunas de las aventuras de Liudmila en el frente se hallan condensadas y reordenadas: el ataque rumano con los sacerdotes está ligeramente desplazado, y su recuperación posterior trasladada al batallón médico desde Odesa. La primera misión en la que combate junto a Kostia la compartió con otro recluta en realidad, y Lionia aparece antes de lo que apareció en su vida en la novela. ¡El tiempo que pudo pasar con Liudmila fue tan escaso, que no he podido resistirme a traerlo a escena antes! Algunos hechos ocurridos durante la gira de buena voluntad también están reordenados: el encuentro de Liudmila con Laurence Olivier probablemente no se produjo hasta que ella fue a Inglaterra, y la gira particular de FDR por las bases militares estadounidenses terminó algo antes y nunca tuvo el propósito de coincidir con ninguna de las ruedas de prensa de Liudmila en California.

Dondequiera que he encontrado información contradictoria, como en cuanto al nombre exacto del regimiento de Liudmila o la noche concreta de la despedida de la delegación soviética en la Casa Blanca, me he basado en la versión de Liudmila. Algunos hechos y cifras que ella cita podrán no ser exactos, pero son hechos y cifras que habría dado por ciertos en ese momento, y me he servido de ellos. Hay también incidentes en las memorias de Liudmila que he decidido dejar fuera, como un encuentro con Stalin que probablemente nunca se produjo. Ha sido necesario encontrar un delicado equilibrio al tratar las memorias de Liudmila Pavlichenko a la vez como fuente original de la heroína y al mismo tiempo como documento con el que el departamento de propaganda se tomó ciertas libertades.

Sus memorias contienen tentadores vacíos y silencios que he llenado con licencias artísticas. Liudmila afirma que la última vez que vio a su esposo Alexéi Pavlichenko fue tres años antes de que la guerra estallara, y no vuelve a hacer mención de él. Probablemente fue uno de los millones de rusos que desaparecieron en el Ejército Rojo y murieron en el frente —hay ciertas evidencias que sugieren que era médico, y por eso lo he traído a la novela como cirujano del frente—. Su destino final se desconoce, así que he elaborado un final satisfactorio para el hombre que la sedujo a los quince años y luego los abandonó a ella y a su hijo.

El otro lugar en el que he llenado un vacío histórico ha sido en torno al compañero francotirador de Liudmila y a su último esposo Kostia Shevelyov. El compañero de Liudmila en sus memorias aparece con el nombre de Fiódor Sedikh: aquella relación habría sido tan íntima como pueda serlo una relación de trabajo, pero ya no vuelve a mencionarlo tras Sebastopol. Asimismo, el hombre que se convirtió en su esposo tras la guerra es un vacío absoluto: no sabemos nada de Kostantin Shevelyov más que las fechas de su nacimiento y muerte. ¿Por qué sus memorias contienen tan poco acerca de dos hombres que habrían sido tan importantes para ella?

Yo le he dado una razón: Konstantin Shevelyov tenía motivos para querer volar por debajo de los radares, y su célebre esposa estaba haciendo lo posible por mantenerlo alejado de sus focos. Bajo el carnicero régimen estalinista, había infinitas razones por las que alguien podría querer pasar desapercibido. Así convertí a Kostia en el compañero francotirador de Liudmila para poder introducir al último marido de Lady Muerte en el relato y rendir homenaje a los testimonios que indican que hubo un vínculo romántico entre ella y su compañero, pero también aporto un trasfondo que explique por qué ella lo haría figurar bajo otro nombre.

Por último, el francotirador: no se conoce ningún complot contra el presidente Roosevelt en 1942, aunque sí que escapó por poco del asesinato en 1933, cuando Giuseppe Zangara disparó contra él desde una multitud en Miami, y también logró evitar una sombría conspiración (en la que, supuestamente, estuvieron envueltos algunos de los personajes más prominentes de la industria estadounidense) que habría querido instaurar a un dictador militar en su lugar. En 1942, Roosevelt aún tenía enemigos de sobra que habrían celebrado su muerte: aislacionistas, fascista estadounidenses, rivales políticos que lo consideraban un traidor a su raza y a su clase y anticomunistas que veían como traición incluso una alianza en tiempos de guerra con la URSS. Crear al francotirador también me ha permitido dar sentido a uno de los episodios más extraños ocurridos durante la gira de buena voluntad de Liudmila: el millonario estadounidense William Jonson, que se enamoró de ella durante la gira, fue siguiéndola de ciudad en ciudad, le propuso matrimonio y le envió unas espectaculares joyas de diamante con una nota que decía: «Volveremos a encontrarnos». Según las memorias de Liudmila, no fue así. Pero era una historia demasiado buena como para ignorarla, y por eso en mi versión vuelven a encontrarse: primero en la Casa Blanca (cuyas medidas de seguridad eran mucho menos estrictas en los años cuarenta que en la actualidad) y luego en el parque del arroyo Rock, una extensión de bosque en medio de la capital de la nación que ha devorado su buena porción de cadáveres al cabo de los años. La becaria asesinada en Washington Chandra Levy estuvo desaparecida allí durante un año a pesar de los medios actuales. Y otro misterio del parque es el anillo perdido de Teddy Roosevelt, extraviado durante un paseo presidencial en 1902. Sigue perdido hasta hoy, ¡y yo he disfrutado elaborando también un posible destino para él!

Debo el más sincero agradecimiento a muchas personas que han ayudado en la escritura, la investigación y la preparación de esta novela. Mi madre y mi esposo, los primeros que alentaron el libro. Mis extraordinarias compañeras críticas Stephanie Dray y Stephanie Thornton. Mis primeros lectores y maravillosos expertos en la materia: Erin Davies y Outlaw, Charles F. A. Dvorak, Annalori Ferrell, Elena Gorokhova y Shelby Miksch. Mi agente Kevan Lyon y mi editora Tessa Woodward y el maravilloso equipo de William Morrow. ¡Habría estado perdida sin todos vosotros!

Y también habría estado perdida sin la propia Liudmila. Recomiendo su interesante Lady Muerte: Las memorias de la francotiradora de Stalin a quien quiera saber más sobre esta mujer fascinante. La traducción al inglés de David Foreman (Greenhill Books) resultó inestimable para mi investigación y la escritura de esta novela. Liudmila Pavlichenko fue

mucho más que una asesina de hombres, y pagó un precio por su tremendo valor. Aunque sobrevivió a la guerra, acabó su tesis doctoral y cumplió su sueño de ser historiadora, vio morir a muchos de sus amigos, tuvo que combatir el síndrome de estrés postraumático y conocer la muerte de Kostia…, pero se dedicó en sus últimos años a los veteranos de guerra, dejó su historia para la posteridad y murió en brazos de su querido hijo, rodeada de familia y poniendo verde a la muerte hasta el final.

Se suele decir que la Segunda Guerra Mundial la ganaron el espionaje británico, el acero estadounidense y la sangre soviética. Esa extensa generalización contiene un meollo de verdad. Pues la URSS se convirtió en enemigo de los Estados Unidos en la Guerra Fría tan pronto como acabó la Segunda Guerra Mundial, es fácil olvidar que, sin ella, la guerra contra las fuerzas el Eje podría haberse perdido. De todos los errores de Hitler, su colosal error napoleónico al intentar conquistar las URSS fue quizá el más decisivo: sin el frente oriental que absorbió tantas fuerzas alemanas, los Aliados quizá nunca habrían vencido. El coste de aquella victoria fue el de millones de muertos del Ejército Rojo mientras la sangre soviética ganaba tiempo al acero estadounidense y al espionaje británico para volver las tornas. En El código rosa he escrito sobre la guerra vista a través de la lente del espionaje británico. Ojo de diamante es la lente de la sangre soviética, la lucha de una mujer por contener su hemorragia, primero con su fusil y más tarde con su voz al atravesar el océano para llevar el acero estadounidense en auxilio de sus compatriotas.

Fotografías históricas



Liudmila Mijaílovna Pavlichenko (© Shim Harno [Mr Robert Kemp]/ Alamy).



Liudmila Pavlichenko, fotografía de propaganda, Sebastopol, principios de 1942.



La comandante del pelotón de francotiradores Liudmila Pavlichenko con sus tropas (32.ª División de Guardia Paracaidista), región militar de Moscú, agosto de 1942 (cortesía de Greenhill Books).



Liudmila Pavlichenko y Eleanor Roosevelt, gira por los Estados Unidos, 1942 (© ITAR-TASS News Agency/Alamy).



Lionia Kitsenko y Liudmila Pavlichenko, Sebastopol, enero de 1942.

Lecturas y curiosidades complementarias

No ficción

Alexéivich, Svetlana, The Unwomanly Face of War (trad. Richard Pevear y Larissa Volkhonsky), Random House, 2017.

Cook, Blanche Wiesen, Eleanor Roosevelt, volumen 3: The War Years and After, 1939-1962, Viking, 2016.

Fitzpatrick, Sheila, Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s, Oxford University Press, 2000.

Fitzpatrick, Sheila, y Yuri Slezhine, eds., In the Shadow of Revolution: Life Stories of Russian Women from 1917 to the Second World War, Princeton University Press, 2000.

Glantz, David, y Jonathan M. House, When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler, revisado y ampliado, University Press of Kansas, 2015.

Goodwin, Doris Kearns, No Ordinary Time: Franklin and Eleanor Roosevelt. The Home Front in World War II, Simon & Schuster, 1995.

Markwick, Roger D., y Euridice Charon Cardona, Soviet Women on the Frontline in the Second World War, Palgrave Macmillan, 2012.

Nikolaev, Yevgeni, Red Army Sniper: A Memoir on the Eastern Front in World War II, Greenhill Books, 2017.

Obratztsov, Youri, y Maud Anders, Soviet Women Snipers of the Second World War, Histoire and Collections, 2014.

Pavlichenko, Liudmila, Lady Death: The Memoirs of Stalin's Sniper, trad. David Foreman, Greenhill Books, 2018.

Vinogradova, Lyuba, Avenging Angels: Soviet Women Snipers on the Eastern Front (1941-45), Quercus, 2017.

Wacker, Albrecht, Sniper on the Eastern Front: The Memoirs of Sepp Allerberger, Knight's Cross, reimpresión ed. Pen and Sword Military, 2016.

YouTube

«Liudmila Pavlichenko-The Extraordinary Sniper». Dubistic, 23 de septiembre, 2016. .

«Liudmila Pavlichenko Speech in New York City». Pietrossino, 12 de febrero, 2010. .

Filmografía

La batalla por Sebastopol, 2015 (biografía bélica).

Enemigo a las puertas, 2001 (bélica).

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

